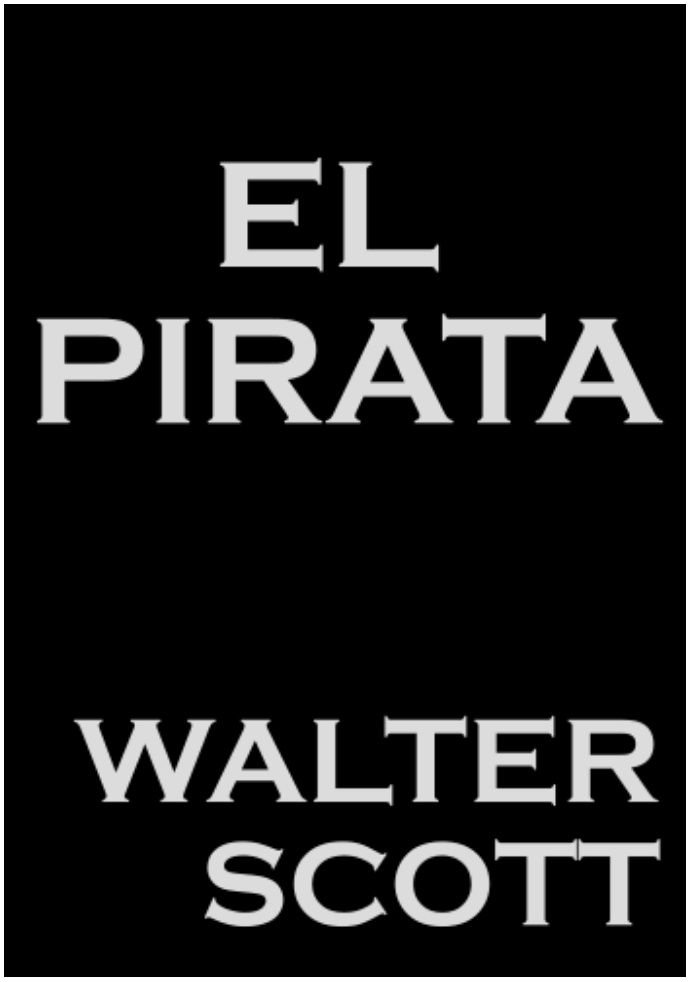
LIBROdot.com

El Pirata

Walter Scott



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

Como el autor de esta obra adquirió cuantas noticias e informes en ella consigna, a bordo de una embarcación, puede dar principio a este prefacio con las mismas palabras con que empieza el cuento del *Viejo marino;* "Una vez, había allí un barco..."

Los comisarios encargados del servicio de los faros del Norte lo invitaron a que los acompañara desde el verano al otoño de 1814. Con el fin de inspeccionar aquellos edificios, tan útiles desde el punto de vista político como desde el humanitario, confiados a su dirección, proponíanse dichos señores recorrer las costas de Escocia, atravesando cuantos grupos de islas la rodean.

Las funciones de los comisarios eran gratuitas, y disponían, para efectuar su servicio, de un yate perfectamente armado y pertrechado.

El jerife de cada uno de los condados de Escocia, bañados por el mar, ocupaba, de oficio, un lugar en el barco de los comisarios, y el autor de esta novela acompañó la expedición en calidad de huésped, habiendo tenido la suerte de que el notable ingeniero Roberto Stevenson, le ayudara con sus consejos y experiencia.

El placer de visitar lugares que despertaran la curiosidad agregábase al asunto principal del viaje: el cabo agreste o el formidable escollo que es necesario señalar con un fanal, no se encuentran, de ordinario, a grandes distancias de los magníficos espectáculos que ofrecen las rocas, cavernas y arrecifes. No teníamos tiempo limitado, y, como la mayoría de los navegantes de agua dulce, podíamos hacer con frecuencia que el mal viento nos fuese favorable, dejándonos conducir por la brisa, para volver a algún lugar curioso que ya habíamos visitado.

El 26 de julio del año de gracia 1814 salimos del puerto de Leith con el doble objeto de llenar una misión de utilidad pública y de divertirnos, y seguimos toda la costa oriental de Escocia, deteniéndonos donde creíamos que había más cosas que admirar. Las maravillas de Shetland y de las Orcadas nos detuvieron muchos días; contemplamos asombrados cuanto de interés había en la antigua Tule, donde el sol desdeñaba ponerse; doblamos por el extremo norte de Escocia e inspeccionamos brevemente las Hébridas, en cuyas islas tuvimos la suerte de saludar a numerosos amigos. Allí, para que a nuestra excursión no faltase la gloria del peligro, nos favoreció la presencia de un navío que, según nos dijeron, era un guardacostas norteamericano, lo cual nos obligó a pensar en la desagradable situación a que nos veríamos reducidos si quedábamos prisioneros de los Estados Unidos. Abandonamos las románticas costas de Morven y de Oban, y nos dirigimos a las orillas de Irlanda, donde admiramos la *Calzada de los Gigantes,** que comparamos con Staffa, que ya habíamos visitado. A mediados de septiembre surcamos nuevamente las aguas de Clyde, y llegamos al puerto de Greenock, dando por terminado aquel agradabilísimo viaje. Como tuvimos a nuestra disposición una gran chalupa, dotada con algunos hombres de los que, además de la gente de a bordo, componían la tripulación del buque, no encontramos dificultad alguna —cosa que suele ocurrir pocas veces— para desembarcar en cuantos sitios despertaron nuestra curiosidad. Entre los seis o siete amigos que vivimos durante unas cuantas semanas encerrados en el yate, no hubo la más insignificante discusión ni el más ligero desacuerdo, a pesar de la natural diferencia de

* Lugar de Irlanda en que numerosas columnas de basalto se adelantan hacia el mar, y forman una especie de calzada.

Librodot

gustos y caracteres de cada uno; pues todos pusieron especial cuidado en subordinar sus propios deseos a los extraños. Llenamos cumplidamente nuestra misión y hubiéramos podido repetir las palabras del hermoso canto de Allan Cunningham:

"Alegres hijos del placer, el mar, la húmeda patria, nos ha mecido haciéndonos dichosa la vida."

Pero el grato recuerdo de aquellas impresiones no carece de tristeza: cuando regresamos de la expedición, supe que el destino había conducido a su país, inesperadamente, a una mujer que poseía las grandes cualidades que requería el alto rango que ocupaba, y que me profesaba gran afecto; poco después, la pérdida del amigo a quien más quise en el mundo, obscureció tal recuerdo, cuya dulzura nada hubiera alterado sin esas crueles circunstancias.

Debo agregar que, al hacer aquella excursión, yo me había propuesto descubrir varios parajes que me fueran útiles para un poema con que entonces amenazaba a mis lectores y que después se publicó con el título *The Lord of the Isles y* que obtuvo un mediano éxito. Además, por aquella misma época, la novela *Wawerley,* empezaba a popularizarse, augurándome la posibilidad de un segundo esfuerzo literario en este género, y yo encontré en las salvajes islas de las Arcadas y de Shetland muchas cosas que creía habían de inspirar el más vivo interés, si las hacía servir de escenario de los fantásticos sucesos de una narración ficticia. La historia de *Gow el Pirata* refiriómela una vieja sibila que comerciaba con los marineros de Stromness. Nada hay más afable que la acogida y hospitalidad de los caballeros de Shetland, que se mostraron conmigo sumamente afectuosos, acaso porque algunos habían sido amigos y corresponsales de mi padre.

Tuve interés en conocer el abolengo de una o dos generaciones, que me hubiera dado a conocer el árbol genealógico del antiguo *udaller* noruego, y descubrí que el lenguaje y usos particulares de aquella raza primitiva habían desaparecido por completo bajo la influencia de la pequeña nobleza de Escocia. La única di renca que existe actualmente entre los nobles isleños escoceses, consiste en que la fortuna y propiedad están repartidas de un modo más equitativo entre las gentes del Norte, ésta es la razón por la cual nadie es envidiado, cualquiera que sea la posición que ocupe. Esta igualdad en cuanto a los medios de vida y el bajo precio en los artículos de primera necesidad, que es su consecuencia, hacían temer a la oficialidad de un regimiento de veteranos, de guarnición en el fuerte Carlota, en Lerwick, que los trasladasen a otra comarca, y especialmente a una capital, donde los ingresos no bastaran para cubrir sus necesidades. La resuelta afición de esos hijos de la alegre Inglaterra por las melancólicas y lejanas islas de Tule, tenía, sin embargo, algo extraordinario y sorprendente, que es lo que ha motivado la aparición de este libro, publicado muchos años después de la agradabilísima excursión a que he hecho referencia.

Las costumbres descritas en la novela son, en su mayoría, imaginarias, aunque de cierto modo fundadas en lo que, a la ligera, pude observar de lo que existe aún y en las plausibles indicaciones que se me han hecho para formar juicio exacto de lo que fue en otra época la sociedad de esas islas, tan separadas del resto del mundo, como dignas de interés.

La critica, al juzgar mi obra, ha procedido quizás algo ligeramente, puesto que sólo ha visto en Norna una simple copia de Meg Merrilies. Es evidente que yo no he expresado en mi libro lo que me proponía y deseaba, puesto que no se ha comprendido bien el fin que perseguía; pero creo, sin embargo, que cuantas personas lean atentamente *El Pirata,*

reconocerán en Norna la víctima de sus remordimientos y extravíos, el juguete de sus propias imposturas: educada por una literatura salvaje y por las extravagantes supersticiones del Norte, se diferencia grandemente de la bohemia del condado de Dumfries, cuyo pretendido poder sobrenatural no excede jamás al de las profetisas de aquellas mismas regiones. Los rasgos esenciales de aquel carácter pueden estar bosquejados; pero no han sido debidamente desarrollados, pues en este caso carecerían de fundamento las reflexiones a que aludo. Norna, dueña de poderes y facultades extraordinarios, que impone a los demás la creencia de sus dones sobrenaturales, hasta extraviar su propia razón, es muy inverosímil; y, sin embargo, son frecuentes, entre las gentes poco ilustradas, éxitos análogos, obtenidos por un impostor entusiasta. Esto trae a la memoria la canción que empieza así:

"Más dulce es ser engañado, que engañarse."

La fábula que atribuye a causas naturales las apariencias o incidentes de fuerzas sobrehumanas tiene necesariamente partes tan inverosímiles como un cuento de aparecidos; así lo he reconocido siempre, como ahora también lo reconozco: dificultad enorme que no siempre logró vencer el genio de la señora Radcliff.

Abbotsford, 1° de mayo de 1831.

PRIMIERA PARTE

En el mar todo anuncia los estragos.

SHAKESPEARE. *La Tempestad.*

I

Los marinos que acostumbran navegar en los borrascosos mares que circundan la antigua Tule, dan el nombre de cabo de Sumburgh al altísimo promontorio en que, al Sudeste, termina la isla de Mainland, larga, estrecha, de figura irregular y que puede considerarse —por su mayor extensión sobre las demás que forman el archipiélago como el continente de las islas escocesas. Este promontorio es, sin cesar, combatido por la corriente de una marea impetuosa que, arrancando de entre las islas Orcadas y Shetland, precipítase con rapidez vertiginosa, parecida a la de un brazo de mar de Pentland, y se llama de Roost de Sumburgh. Una hierba corta cubre el promontorio, por el lado de tierra, y su cumbre se inclina rápidamente hacia un pequeño istmo, sobre el cual ha formado el mar dos pequeñas ensenadas que tienden a unirse para convertir el cabo en isla, que no será, en este caso, sino una roca solitaria, completamente separada del continente.

En la antigüedad creyóse esto inverosímil o muy lejano, pues hace ya mucho tiempo que un potentado de Noruega, o según otras tradiciones, un antiguo conde de las Orcadas, construyó en aquella lengua de tierra su palacio o casa de recreo. Hace ya muchísimos

Librodot

años que esta mansión se halla abandonada, y sólo quedan hoy de ella ligeros vestigios, pues las arenas movedizas, arrastradas por los impetuosos huracanes de aquellas comarcas, han cubierto v casi enterrado todas sus ruinas. Esto no obstante, a fines del siglo XVII existía aún una parte del Palacio en disposición de poder ser habitada.

Era un edificio tosco, de piedra sin labrar, que no despertaba la curiosidad ni exaltaba la imaginación. Diciendo que era una gran casa de estructura antigua, con techo escarpado, cubierto de baldosas obscuras, describiríamos perfectamente el palacio de Yarlshof, en cuya fachada veíanse algunas ventanas pequeñas distribuidas con el más absoluto desprecio de las leyes de la arquitectura y del buen gusto. Circundándolo, y apoyados a sus paredes principales, hubo en otro tiempo algunos edificios más pequeños que constituían las dependencias del palacio y servían de habitación al séquito y criados del conde; pero todos se encontraban ya en ruinas. Las vigas habían servido para hacer fuego y para otros usos; las paredes habíanse desplomado en muchos sitios, y las arenas, penetrando en las antiguas habitaciones del palacio y formando en ella una capa de dos o tres pies de espesor, habían completado la devastación.

A fuerza de numerosos cuidados v venciendo enormes dificultades, habían logrado los habitantes de Yarlshof en medio de tales horrores y desolación tanta, conservar en buen estado algunos metros de tierra, que habían rodeado de una cerca para formar un jardín; y como las paredes del palacio preservaban este pequeño circuito del ímpetu destructor de los ciclones marinos, veíanse crecer en él los pocos vegetales que el clima era capaz de producir, o, mejor dicho, aquellos que los vientos no arrancaban, pues si es verdad que el frío en dichas islas es menos riguroso que en Escocia, lo es también que allí difícilmente pueden prosperar —sin el abrigo de una tapia— ni aun las verduras comunes; y, en cuanto a los árboles o arbustos, es inútil pretender encontrar alguno. ¡La fuerza devastadora de los huracanes del Océano es inmensa!

Junto al palacio, y casi a orillas del mar, precisamente en el sitio en que una de las ensenadas forma un pequeño y defectuoso puerto, en el que se ven tres o cuatro barcas de pescadores, hay algunas miserables chozas, donde habitan los vecinos de la aldea de Yarlshof, que tenían arrendado todo aquel distrito bajo las condiciones ordinarias, que, como es fácil suponer, eran poco favorables para ellos. El señor, dueño y propietario del distrito y del palacio, residía en otra mansión de su pertenencia mejor situada, en distinto cantón de aquella isla, y rara vez visitaba sus tierras de Sumburgh. Era un buen shetlandés; hombre sencillo, honrado, aunque algo precipitado a causa de su género de vida, rodeado de gentes que dependían de él; le apasionaban los placeres de la mesa, quizá por no tener otra cosa en que ocuparse; era franco y generoso con los suyos, y, por último, cumplidor exacto de todos los deberes que la hospitalidad impone respecto de extranjeros. Descendía de una antigua y noble familia de Noruega, circunstancia que le hacía aún más querido de las clases inferiores, que tienen, casi todas, el mismo origen, mientras que la mayoría de los propietarios de la isla son de raza escocesa, y en aquella época se les consideraba como extranjeros e intrusos. Magnus Troil, que, según él mismo afirmaba, descendía del conde fundador de Yarlshof, profesaba en alto grado esta opinión.

Los habitantes de la pequeña aldea de Yarlshof habían ya obtenido otras veces los beneficios del dadivoso propietario de las tierras de Sumburgh cuando llegó a las islas de Shetland el señor Mertoun —que tal era el nombre del morador del viejo palacio— algunos años antes de la época en que empieza nuestra historia.

Librodot

El señor Troil le dispensó la sincera y cordial hospitalidad que forma el carácter distintivo de aquellos aldeanos. Nadie le preguntó de donde venía ni adonde iba, ni con qué objeto había ido a un rincón tan apartado del imperio británico, ni si pensaba permanecer allí mucho tiempo. Aunque extranjero, recibió, desde su llegada a la isla, numerosas invitaciones: tenía seguridad de ser bien recibido en cualquiera de las casas que visitara, pudiendo hospedarse en ella a su albedrío, como si perteneciera a la familia —que no era exigente ni pródiga en atenciones—, hasta que él tuviera por conveniente trasladarse a otra morada.

Esta afectada indiferencia aparente de los buenos isleños con respecto al rango, carácter y cualidades de su huésped, no era consecuencia de su apatía, pues ansiaban vivamente conocerle; pero su delicadeza no les permitía infringir las leyes de la hospitalidad dirigiéndole preguntas, a las que le hubiera sido imposible contestar cumplidamente; y así, en vez de molestarle, como en otros países se acostumbra, para obtener confidencias que él no tenía quizás el propósito de hacer, los juiciosos shetlandeses diéronse por satisfechos atrapando al vuelo las pocas noticias que el curso de las conversaciones les revelaba.

Más fácil era conseguir que el agua brotase de una peña en los desiertos de Adaba, que obtener del señor Basilio Mertoun el descubrimiento de sus secretos, aun cuando se tratara de cosas sin importancia; y las personas notables que residían en Tule, no hallarían jamás su delicadeza sometida a una prueba tan difícil como al verse cohibidas —por exigencias sociales— de inquirir algunos antecedentes acerca del extraño y misterioso personaje.

Cuanto entonces se sabía de él, era muy poco. El señor Mertoun llegó a Lerwick, que empezaba a tener cierta importancia, a bordo de un buque holandés, sin más compañía que' la de su hijo, muchacho robusto y de agradable presencia, de catorce años de edad. El señor Mertoun tenía ya más de cuarenta.

El capitán del barco presentóle a varios de sus amigos, con quienes acostumbraba cambiar ginebra y pan de alajú, por bueyes del país, cecina de ganso y medias de lana de cordero; y los únicos informes que de él pudo darles fueron: que había pagado su transporte como un caballero y dado unas monedas a la tripulación para beber un trago a su salud. Esto fue una recomendación y bastó para procurar al caballero un círculo respetable de amistades, cuyo número se extendió a medida que fueron conociéndose los talentos e instrucción del recién llegado, realmente extraordinarios.

Este descubrimiento se hizo casi por fuerza, pues el señor Mertoun no acostumbraba hablar de otros asuntos comunes que de sus propios negocios; pero con frecuencia se empeñaba en discusiones que revelaban, a su pesar, al hombre instruido y de experiencia; y otras veces, por condescender y por gratitud a la hospitalidad de que era objeto, esforzábase para hablar con los que le acompañaban, sobre todo cuando la conversación era de un tono grave, melancólico o satírico, lo que estaba en armonía con sus ideas. En diversas ocasiones, la opinión general de los shetlandeses fue la de que el señor Mertoun había sido brillantemente educado, pero que sus preceptos habíanle descuidado respecto a un punto algo importante, pues nuestro buen extranjero no sabía distinguir la proa de la popa de un navío, e ignoraba en absoluto cuanto se relacionaba con el manejo de un barco. No acertaban a comprender los isleños cómo una ignorancia tan supina del arte más necesario a la vida (a lo menos en las islas de Shetland) se hermanaba con los vastos conocimientos que manifestaba respecto de otras muchas materias y que no podían

Librodot

negársele.

Excepto las determinadas ocasiones que hemos citado, jamás abandonaba el señor Mertoun su carácter sombrío, hallándose, de ordinario, concentrado en sí mismo. Una ruidosa alegría le obligaba a substraerse de los demás en seguida; y si toleraba, a veces, el gozo moderado de una reunión de amigos, advertíase en su rostro, desde luego, un abatimiento más profundo que el ordinario.

Sabido es que la mujer es sumamente curiosa y tiene un inmoderado deseo de descubrir misterios y disipar melancolías, sobre todo tratándose de un hombre seductor que se encuentra aún en lo más floreciente de su vida. Es, pues, posible que, entre las jóvenes de Tule, en general hermosas por sus cabellos de oro y grandes y azules ojos, nuestro pensativo y misterioso personaje hubiera encontrado alguna dispuesta a prodigarle sus consuelos si, casualmente, él se hubiera mostrado en actitud de recibir tan caritativo servicio; pero, lejos de animarle tal idea, parecía, por el contrario, que evitaba deliberadamente la presencia del bello sexo, al que no pocos recurren en sus aflicciones de alma y cuerpo para dulcificarlas.

El señor Mertoun era además desagradable a su huésped y principal patrón, Magnus Troil, porque este magnate de las islas de Shetland, que, como ya hemos dicho, descendía, por línea paterna, de una antigua familia de Noruega, a causa del casamiento de uno de sus antepasados con una señora danesa, abrigaba la profunda convicción de que un vaso de ginebra o de aguardiente era un específico infalible contra todos los cuidados y todas las aflicciones del mundo, y el señor Mertoun sólo bebía agua pura, sin que nadie le hubiera podido jamás hacer probar otra bebida que la suministrada por el cristalino arroyo de una clara fuente. Esto era intolerable para Magnus Troil, que lo reputaba como un ultraje a las antiguas y hospitalarias leyes del Norte, que él había observado rigurosamente pues aunque solía decir que ni una sola noche llegó a acostarse ebrio (lo que sólo era verdad en el sentido en que tomaba la palabra), le hubiera sido imposible demostrar que las noches siguientes, al irse a la cama, conservaba libre y expedito el uso de su razón. Puede muy bien juzgarse qué compensación ofrecería a Magnus Troil la compañía de este extranjero en cambio del disgusto que su sobriedad habitual le ocasionaba. El señor Mertoun revelaba desde luego al hombre de cierta posición; y aunque fácilmente se adivinaba que su fortuna no era inmensa, sin embargo, sus gastos demostraban claramente que tampoco nadaba en la miseria. En segundo lugar, sabía el modo de hacer agradable su conversación, cuando se dignaba hablar, como lo hemos indicado, y su misantropía y aversión por los negocios y relaciones sociales eran consideradas como consecuencia de su talento, lo que no podía sorprender en un país en que escasea. En una palabra, nadie podía penetrar el secreto del señor Mertoun, y su presencia ofrecía todo el interés de un enigma, que se lee muchas veces porque no se comprende qué significa.

Las bellas cualidades que poseía el señor Mertoun en nada se oponían a la disparidad de criterio que, respecto de algunos puntos esenciales, existía entre él y Magnus Troil, quien, una noche, cuando ya hacía algún tiempo que ambos residían juntos y después de permanecer en un sepulcral silencio cerca de dos horas, bebiendo agua el uno y aguardiente el otro, viose agradablemente sorprendido al oír que Mertoun le preguntaba si le permitiría ocupar como inquilino su abandonada casa de Yarlshof, situada en el extremo del territorio llamado Dunrossness, al pie del promontorio de Sumburgh.

Al fin quedaré libre y desembarazado de este hombre del modo más decente —dijo

Librodot

para sí Magnus—; y su cara seria no interrumpirá ya el curso de las botellas alrededor de mi mesa. Sin embargo, su partida va a poner fin a la venta de mis limones, pues una sola de sus miradas basta para agriar un océano de *punch.*

Esto no obstante, el bueno y desinteresado shetlandés hizo al señor Mertoun algunas generosas y discretas observaciones respecto a la soledad en que iba a condenarse y a los innumerables obstáculos que habría de salvar.

—La casa —le dijo— no está bien amueblada; no hay sociedad alguna en muchas millas en contorno; no podréis proveeros más que de los pequeños pescados salados que allí abundan, ni tendréis más compañía que la de las gaviotas y otras aves del mar.

—Mi buen amigo —respondió Mertoun—, precisamente por lo que acabáis de decirme, prefiero esa morada a cualquier otra, porque en ella podré evitar el trato de los hombres y, además, porque el lujo no puede allí reinar: un limitado recinto en que mi cabeza v la de mi hijo reposen resguardadas de la intemperie, es todo lo que deseo. Decidme la renta que yo debo pagar, señor Troil, y permitid que sea en Yarlshof inquilino vuestro.

—La renta, a fe mía —respondió el shetlandés—, no puede ser mucha tratándose de una casa tan vieja, que nadie ha habitado después de la muerte de mi madre, que Dios tenga en santa gloria. En cuanto a un abrigo, las paredes son muy sólidas, y resistirán todavía más de un golpe de viento; pero, en nombre del cielo, os suplico, señor Mertoun, que reflexionéis detenidamente en lo que vais a hacer. Un hombre nacido entre nosotros, que deseara ir a establecerse en Yarlshof, sería considerado como un extravagante y con mayor razón vos que habéis nacido en diferente país, bien sea en Inglaterra, Escocia o Irlanda, lo que nadie sabe de cierto.

—Y lo que a nadie importa —replicó el señor Mertoun con dureza.

—Yo me ocupo tanto en ello, como en contar las agallas de un arenque —profirió Troil—. Sólo diré que os estimo, porque estoy convencido de que sois escocés. ¡Estos escoceses! Llegaron aquí como una bandada de gansos silvestres, trayendo sus hijos y poniéndose a cubierto. ¡Que les pregunten si desean ahora regresar a sus montañas estériles o a sus llanuras pantanosas, después de haber probado en esta tierra la rica carne de vaca y el excelente pescado de nuestros lagos! No, señor —y esto lo dijo Magnus con entonación más animada, bebiendo constantemente tragos de aguardiente, lo que inflamaba su resentimiento contra los intrusos y le daba fuerza para sofocar las reflexiones algo humillantes que, se le ocurrían—. No, señor, no volveremos a ver más los tiempos antiguos de estas islas; sus costumbres primitivas han desaparecido para siempre. ¿Qué han hecho nuestros antiguos propietarios, nuestros Patersons, nuestros Feas, nuestros Schlagbrenners, nuestros Thorbions? Los han reemplazado los Giffords, los Scotts, los Monats, gentes cuyo solo nombre prueba que ellos y sus antepasados son extranjeros en el suelo que los Troils han habitado antes de los días de Turf Einar, que fue quien primeramente enseñó en estas islas a quemar la turba, beneficio que la posteridad ha sabido agradecer.

Este tema era tan lisonjero como inagotable para el potentado de Yarlshof, quien al empezar a hablar proporcionó un verdadero placer al señor Mertoun, que acariciaba la idea de entregarse a sus meditaciones, mientras el shetlandés-noruego declamaba contra los cambios introducidos en las costumbres y en los habitantes. Sin embargo, cuando Magnus Troil, en su discurso, llegó a la sensible conclusión de que en el espacio de un siglo habían de desaparecer la tierra y los propietarios de la isla de Shetland, acordóse de

Librodot

la proposición que su huésped le había hecho y enmudeció repentinamente.

—No me propongo, al hablar así —dijo al suspender su discurso—, oponerme al deseo que tenéis de estableceros en mis posesiones de Yarlshcf; pero os garantizo que es un sitio muy agreste. Y, cualquiera que sea el lugar de vuestra procedencia, seguro estoy que diréis, como los demás viajeros, que el clima de este país no es tan bueno como el del vuestro, opinión muy generalizada y sostenida por ellos. ¡Sin embargo, vos preferís retiraros a ese desierto que obliga a los naturales a emigrar! ¿Tomaréis una copita de aguardiente? ¿No? Permitidme, entonces, que yo beba a vuestra salud.

—Mi querido amigo —respondió Mertoun—, todos los climas me son indiferentes, y nada me importa que proceda de la Arabia o de Laponia el aire que aspiro, con tal que no me falte para llenar mis pulmones.

—¡Oh! en cuanto al aire —insinuó Magnus Troll—, no os faltará jamás. Es un poco húmedo, según aseguran los extranjeros; pero nosotros conocemos un remedio para tal inconveniente. Bebo a vuestra salud, señor Mertoun, p es preciso que os decidáis a imitarme y a fumar también en pipa. Entonces sí que, como decís, no os parecerán distintos el aire de las islas shetlandesas y el de Arabia. Pero, ¿habéis estado en Yarlshof?

El extranjero contestó con una negativa.

—No tendréis, entonces, idea de vuestra empresa. Si suponéis que vais a encontrar una rada tan buena como ésta, con una casa situada a la orilla de un hermoso brazo de mar en el que vayan los arenques hasta vuestra puerta, os equivocáis completamente. En Yarlshof no disfrutaréis de más espectáculo que el mar que se estrella contra las rocas, y el Roost de Sumburgh, impetuosa corriente de quince nudos por hora.

—A lo menos allí estaré libre del mar de las pasiones humanas.

—Solamente oiréis los chirridos de gaviotas y el bramido imponente de las olas, desde que sale el sol hasta que se pone.

—Tengo suficiente, amigo mío, con tal que yo no oiga la tarabilla de, las lenguas femeninas.

—¡Ah! decís eso, sin duda porque habéis oído a mis hijas Minna y Brenda, que cantaban en el jardín con vuestro Mordaunt. Pues yo os aseguro que me complace más escuchar sus vocecitas que la de la calandria que oí en cierta ocasión en Caithness, y que tendría en oír al ruiseñor, del que no sé más que lo que cuentan los libros. ¿Y qué harán mis pobres hijas cuando. Mordaunt no juegue con ellas?

—Ellas se arreglarán. Jóvenes o viejas, no faltará quién las divierta o las engañe. Pero lo interesante ahora, señor Troil, es saber si me cedéis o no en arrendamiento vuestra vieja casa de Yarlshof.

—¿Cómo podéis suponer que no acceda a vuestros deseos, puesto que estáis decidido a vivir en tan grande soledad?

—¿Y cuál será el precio?

—¡El precio! ¡Oh! Necesitáis disponer de *un plante cruive,1* llamado antiguamente jardín; además, un derecho en *scathold y,* por último, un sitio donde se pueda pescar para vos. ¿Os parece mucho pagarme ocho *lispunds* de manteca y ocho *scellings sterling* cada año?

—Conforme —dijo al punto el señor Mertoun, que aceptó tan razonables condiciones.

[1] Así se llamaban los pedazos de tierra destinados a cultivar hortalizas.

Y el extravagante personaje no tardó en instalarse en la solitaria casa que ya hemos descrito, resignándose —sin quejarse, pero con triste placer (al menos en apariencia)— a todas las privaciones que imponía necesariamente el vivir en lugar tan agreste y apartado del trato social.

II

Al saber los pocos habitantes de la aldea de Yarlshof que un personaje de tan elevada categoría, como ellos conceptuaban al señor Mertoun, iba a residir en la morada triste y ruinosa, llamada aún el palacio, se alarmaron extraordinariamente. En aquellos tiempos, la presencia de un magnate ocasionaba, generalmente, un aumento de cargas y exacciones, que justificaba la práctica bajo un pretexto cualquiera, basado en usos y costumbres feudales. Y así, de un modo violento y arbitrariamente, el temible y poderoso vecino, a quien llamaban el primer arrendatario, adueñábase sin pudor de una parte del precario beneficio, que el débil arrendador conseguía a fuerza de trabajos y fatigas. Sin embargo, los que en razón de sus arrendamientos estaban bajo la dependencia inmediata de Basilio Mertoun, conocieron pronto que no tenían que temer, de parte de éste, ninguna opresión de esa índole, pues fuese rico o pobre, los gastos estaban en relación con sus medios, y la frugalidad bien entendida formaba el carácter distintivo de todas sus acciones: no tenía más lujo que un pequeño número de libros y algunos instrumentos de física, que pedía a Londres cuando encontraba ocasión, lo que para aquellas islas suponía una riqueza extraordinaria; además, en su mesa y en su casa no gastaba más que cualquier pequeño propietario de aquel país. Sus arrendadores no se preocuparon gran cosa de la calidad del nuevo *tacksman 2* cuando advirtieron que la presencia de éste había mejorado su condición en lugar de empeorarla; y disipado el temor de la opresión, confabuláronse para disfrutar de su indolencia, conviniendo entre ellos hacerle pagar a un precio excesivo cuanto le suministraban para el consumo diario de su casa. El extranjero afectaba no reparar en este pequeño manejo con una indiferencia más que filosófica, cuando un incidente que acabó de revelar su carácter, no bien conocido todavía, concluyó con los ilícitos tributos que los aldeanos se habían propuesto imponerle.

Encontrándose cierto día el señor Mertoun en una torrecilla solitaria del palacio, ocupado en examinar detenidamente un paquete de libros que le había traído de Londres un barco ballenero procedente de Hull-Lerwick, oyó de pronto el ruido de una disputa, suscitada en la cocina, entre la vieja ama de gobierno y un pescador llamado Sweyn Erikson, a quien no aventajaba ningún shetlandés en el arte de manejar el remo y pescar en plena mar. La discusión y las voces, que crecían por momentos, concluyeron por agotar la paciencia del señor Mertuon. Sumamente indignado, bajó a la cocina, preguntó cuál era el objeto de la disputa, pero con insistencia e imperio tales, que, sorprendidos los dos, aunque trataron de eludir la cuestión con subterfugios, se vieron al fin precisados a declarar la verdad. Se trataba de una diferencia de opinión entre la honrada ama de gobierno y el no menos honrado pescador, a causa del reparto y aplicación de un ciento

[2] *Tacksman*, primer arrendatario.

Librodot

por ciento sobre el valor corriente que pretendían pagase el señor Mertoun por algunos abadejos que Sweyn había llevado.

Cuando Mertoun obtuvo la confesión de los culpables, los miró con fijeza, y con tono iracundo, amenazador y despectivo, exclamó, dirigiéndose al ama de gobierno:

—Oye, vieja hechicera, márchate de mi casa en seguida, y no olvides nunca que te arrojo de ella, no por embustera ni por ladrona, ni tampoco por tu vil ingratitud, sino porque has osado alzar la voz y alborotar delante de mí.

Y después, dirigiéndose a Sweyn, continuó de manera grave y sentenciosa:

—Y tú, miserable trapalón, que crees que puedes robar a un extranjero tan fácilmente como retiras la grasa a una ballena, ten en cuenta que conozco los derechos que sobre ti me ha cedido tu señor y mi amigo Magnus Troil. Si provocas mi cólera de nuevo, te haré conocer, a pesar tuyo, que te castigaré tan fácilmente como tú has venido a turbar la tranquilidad y el silencio de mi casa. Sé muy bien lo que significan todos los derechos que vuestros señores os hacían pagar en otro tiempo, como lo hacen hoy todavía, y sé también que a todos vosotros puedo haceros maldecir el día en que, además de robarme, os atreváis a perturbar mi sosiego con voces atronadoras, iguales a los agudos y siniestros graznidos de una banda de gaviotas del Polo ártico.

A Sweyn, asustado y confundido, no se le ocurrió por el pronto más que regalar humilde y generosamente a su excelencia el mismo pescado que fue causa de la disputa, suplicándole que olvidara lo acaecido. Pero cuanto más hablaba, más crecía la cólera del señor Mertoun, llegando a tal extremo que, fuera de sí, le tiró a la cabeza el dinero que tenía en la mano, y, asiéndole con la otra, lo arrojó violentamente a la cocina. Swyen huyó precipitadamente hacia la aldea, refirió su aventura a todos sus compañeros y les advirtió que, si alguna vez provocaban la ira del señor Mertoun, hallarían en él un señor tan absoluto como Paté Stuard, que los vejaba y los mandaba ahorcar sin piedad y sin proceso.

El ama de gobierno fue igualmente a la aldea de Yarlshof a solicitar a sus parientes y amigos que la aconsejaran respecto a lo que podría hacer para volver a ocupar un puesto que había perdido de tan rápida manera. El viejo ranzelmán del país, cuya opinión influía grandemente en todas las deliberaciones públicas, enterado de lo ocurrido, decidió gravemente que Sweyn se había excedido pretendiendo vender su pescado a un precio elevadísimo y sea cualquiera el pretexto que el señor Mertoun alegara para abandonarse de tal modo a su furor, el verdadero motivo no podía ser otro que el de haberse convencido del propósito de hacerle pagar diez céntimos por una porción de abadejo que, al precio corriente, sólo valía cinco. Después de tan sabia y equitativa solución, aconsejóles que desistieran de semejantes exacciones, limitándose en adelante a no robarle sino un 25 por 100 sobre el precio ordinario.

—Así —agregó el ranzelmán—, el señor Mertoun no se quejará; y puesto que no desea ocasionaros ningún mal, podéis abrigar la confianza de que, encontrándolo justo, no opondrá dificultades y nos protegerá. Veinticinco por ciento es un beneficio decente y moderado, que os granjeará las bendiciones del Cielo y el favor de San Román.

Los buenos y honrados habitantes de Yarlshof aceptaron al punto la proposición del juicioso ranzelmán, y dóciles a su exhortación no engañaron en lo sucesivo al señor Mertoun más que en veinticinco por ciento solamente, cantidad moderada y razonable que deberían pagar, sin protestas, los nababs, gobernadores, asentistas, especuladores de fondos públicos y tantos otros personajes que, mediante una fortuna rápidamente

Librodot

adquiridas, se establecieron en el país en condiciones brillantes. A lo menos, el señor Mertoun no parecía distar de semejante opinión, pues los gastos de su casa no le inquietaron.

Los padres conscriptos de Yarlshof, una vez arreglados sus negocios, preocupáronse de la pobre Swertha, el ama de gobierno tan bruscamente arrojada del palacio, y a la que profesaban gran cariño, si no por su utilidad, por su experiencia, y deseaban verla desempeñar nuevamente el importante cargo de directora del interior del palacio, pero, a pesar de su sabiduría y mucha sagacidad, no se les ocurrió el medio de conseguirlo.

A la infeliz Swertha, desesperada como estaba, no se le ocurrió más que acogerse a la protección del joven Mertoun, cuyo afecto se había granjeado cuando sirvió en el palacio, por medio de algunas antiguas canciones de Noruega y varios cuentos lúgubres de los enanos de los escaldas, que la supersticiosa antigüedad suponía que poblaban las desiertas cavernas y sombríos valles del Dunrossness y demás distritos de las islas de Shetland.

—Mi pobre Swertha —le dijo Mordaunt—, yo no puedo favorecerte: tú misma conseguirás más que yo. La cólera de mi padre se asemeja mucho al furor de esos antiguos campeones de tus cuentos y tus cánticos.

—¡Ah! mi siempre querido Mordaunt —exclamó la vieja patéticamente—, los guerreros eran unos campeones contemporáneos del bienaventurado San Olaf: arrojábanse ciegamente sobre las espadas, las lanzas, los arpones, los mosquetes, los arrebataban y los destrozaban tan fácilmente como el fiero tiburón pasaría a través de la frágil red con que se pescan los arenques; y cuando el acceso de su furor cesaba, quedaban tan débiles o indecisos como una ola.

—Estamos en el mismo caso,

Swerta —replicó Mordaunt—. Mi padre, cuando su cólera ha pasado, se olvida del motivo que le exacerbó; y por violenta que haya sido hoy, mañana no la recuerda. No os ha reemplazado todavía, y, desde vuestra salida del palacio, no hemos comido caliente ni puesto pan en el horno, alimentándonos solamente con los restos de fiambres. Estoy convencido, Swertha, de que si volvéis a casa *y os* encargáis nuevamente de vuestras ocupaciones ordinarias, sin decir a nadie nada, mi padre no os dirá una palabra.

Swertha vaciló al principio, no atreviéndose a seguir consejo tan arriesgado y repuso:

—El señor Mertoun parece, cuando se enoja, uno de esos demonios que echan fuego por los ojos y espuma por la boca, y... no... no... sería una locura volver a exponerse a su terrible furor.

Pero animada por las seguridades que le daba el joven, resolvió presentarse ante su amo; se vistió según costumbre, entró a hurtadillas en el palacio, y encargóse de sus antiguas y numerosas ocupaciones como una mujer atenta sólo a los cuidados de la casa, y lo mismo que si no los hubiese abandonado jamás.

Al principio, la criada no se atrevio a comparecer ante su amo; pero ocurriósele la idea de que, si después de tres días de fiambres le servía un plato caliente, delicadamente preparado, esa circunstancia influiría favorablemente en su opinión; pero, cuando Mordaunt le dijo que su padre no se había fijado lo más mínimo en el cambio de la comida, y vio que, pasando y repasando por delante de él varias veces su presencia no producía efecto alguno, creyó que todo lo había olvidado; sin embargo, convencióse de lo contrario en cierta ocasión en que, levantando un poco la voz en otra disputa que tuvo con una criada de la misma casa, el señor Mertoun, que en aquel momento pasaba junto a

ella, la miró con fijeza y la dijo: "¡Acuérdate!" con un tono que hizo estremecer a Swertha, obligándola a enmudecer durante algunas semanas.

Si el señor Mertoun gobernaba su casa de tan extraño modo, el sistema de educación que seguía con su hijo no era menos singular: le daba generalmente muy pocas pruebas de afecto; pero los progresos de su hijo constituían el principal atractivo de todos sus pensamientos e influían notablemente en el estado de tranquilidad de su espíritu; tenía buenos libros, y estaba lo suficiente instruido para llenar cerca de su hijo los deberes de un preceptor y enseñarle los ramos ordinarios de las ciencias; reunía, además de tal capacidad, ejemplar exactitud y muchísima paciencia en sus lecciones, y exigía estricta, por no decir severamente a su hijo la mayor suma de atención a sus lecciones. La historia, que era la lectura predilecto de Mertoun, o el estudio de los autores clásicos, le presentaban a veces hechos u opiniones que influían grandemente en su espíritu y le renovaban en seguida lo que Swertha, Sweyn y aun el mismo Mordaunt distinguían con el nombre de *su hora sombría*. A las primeras manifestaciones de esa crisis, que él mismo advertía antes que se declarase del todo, retirábase a la habitación más lejana de la casa, y no permitía entrar en ella ni aun a su hijo, pasándose allí encerrado los días y a veces las semanas enteras, sin salir más que para tomar alimento, que se le ponía a la puerta y al que apenas tocaba.

En otras ocasiones, particularmente en el invierno, cuando los aldeanos pasaban los días encerrados en sus casas, en fiestas y diversiones, este desventurado solitario, arrebujado en su capote, vagaba errante por todos los lados, ya sobre la orilla de un mar tempestuoso, ya entre los matorrales más desiertos, entregándose sin reserva a su humor triste y lúgubres pensamientos, sufriendo las inclemencias de la temperatura, en la seguridad de que nadie lo veía ni lo molestaba.

Con la edad, fue aprendiendo Mordaunt a conocer esos síntomas particulares, presagios seguros de los accesos de melancolía de su desgraciado padre, a tomar todas las precauciones posibles para que no se le interrumpiese en tan fatales momentos, porque sabía que la más insignificante contrariedad despertaba en seguida su furor, y a estas precauciones añadía el cuidado de hacer preparar y llevarle lo necesario para el sustento de la vida. Había advertido, además, que si se presentaba ante su padre antes que terminase la crisis, sus efectos eran más prolongados, y así, tanto por respeto al autor de sus días, como para entregarse más libremente a sus diversiones favoritas, Mordaunt había adquirido la costumbre de ausentarse de Yarlshof, y aun del distrito, bien persuadido de que su padre, al recobrar la tranquilidad y calma extraordinarias no se ocuparía en manera alguna de averiguar cómo ni en qué había empleado aquel tiempo, bastándole saber que su hijo no había sido testigo de su flaqueza; tan grande era la susceptibilidad del señor Mertoun respecto a ese extremo.

El joven Mordaunt aprovechaba tales intervalos para disfrutar de las pocas diversiones que había en el país, dando rienda suelta a su carácter activo, osado y emprendedor. Unas veces iba con los jóvenes del pueblo a buscar entre las hendiduras de las rocas ciertas hierbas comestibles sin temor a los peligros que la arriesgada empresa entrañaba; otras hacía excursiones nocturnas y con el mayor silencio por los flancos escarpados de las rocas, para apoderarse de los huevos y pollitos de aves marinas; y en esas expediciones temerarias desplegaba una destreza, actividad y presencia de ánimo tales, que sorprendía a los más viejos cazadores. En ocasiones, acompañaba a Sweyn y otros pescadores en sus largas y penosas excursiones de alta mar, aprendiendo a conducir

Librodot

un barco, arte en que los shetlandeses rivalizaban con los más diestros marinos del imperio británico y para el que demostraba excepcionales aptitudes: este ejercicio tenía para el joven un lisonjero atractivo.

En aquella época privaban las antiguas canciones o *sagas* de Noruega, y los marineros cantábanlas aún en lengua norsa, que había sido la que hablaron sus antepasados. Los viejos cuentos de la Escandinavia producían en el joven un encanto sensacional y arrobador, y las extrañas leyendas de los *berserkars*, de los reyes del mar, de los enanos, gigantes y hechiceros, que referían los naturales de las islas Shetland, eran, a su juicio, tan bellas (si no las superaban) como las ficciones clásicas de la antigüedad. Muchas veces, bogando sobre las olas, mostrábanse los lugares a que aludían las poesías salvajes, cantadas y referidas a medias por voces tan roncas y ruidosas como las del Océano. Aquí era una bahía, testigo de algún combate naval; allá, era un montón de piedras poco visible, que se elevaba sobre una de las puntas salientes del cabo y había sido el refugio de algún conde poderoso o algún famoso pirata; en las lejanías, en aquella marisma solitaria, una piedra gris marcaba el sepulcro de un héroe; otro sitio le era señalado como la guarida de una famosa hechicera, caverna inhabitada contra la cual chocaban, sin romperse, pesadas lomas de agua.

El Océano no carecía tampoco de misterios, cuyo efecto era aún más sorprendente a favor de un crepúsculo sombrío, que los ocultaba completamente la mayor parte del año y sólo permitía descubrirlos de un modo imperfecto, de vez en cuando.

Sus abismos sin fondo y sus profundas cavernas, según contaban Sweyn y otros pescadores conocedores de las leyendas, encerraban maravillas que los modernos navegantes rechazan con desprecio.

En una apacible bahía que la luna iluminaba y cuyas olas, levemente agitadas en su superficie, se extendían en una capa de arena cuajadísima de conchas, podía contemplarse aún, a la claridad del astro de la noche, a la sirena deslizándose blandamente sobre las tranquilas aguas, y mezclando su voz con el soplo de la brisa, y con frecuencia se la oía cantar las maravillas subterráneas o predecir los sucesos futuros. El *krakero*,[3] el más enorme de los seres vivientes, mostrábase aún en las simas más profundas del Océano del Norte para turbar en ellas la tranquilidad y la calma; otras veces, cuando las nieblas no permitían ver a lo lejos la superficie del mar, el ojo experimentado del navegante descubría los cuernos del monstruoso leviatán, revolviéndose en medio de los grupos nebulosos, lo que le aterrorizaba obligándole a forzar remos y velas, temeroso de que el violento remolino de las aguas, que la rápida submersión del monstruo en el fondo del mar ocasionaba, no pusiera su débil esquife a la merced de sus numerosos brazos. Conocían también la serpiente, que, emergiendo de las profundidades del mar, eleva hacia los cielos su enorme cabellera, semejante a la de un caballo de guerra, y, lanzándose a la altura de los grandes masteleros, parece acechar, con ojo amenazador, el momento más propicio para apresar a sus víctimas. Los habitantes de la isla de Shetland referían, además, otras numerosas historias terroríficas de monstruos marinos, fabulosos en su mayoría, que crispaban los nervios de los oyentes, y a las que continúan dando crédito los actuales moradores de aquellos países.

Cuentos semejantes circulan siempre y en todas partes entre el vulgo; pero la

[3] Especie de pólipo o pulpo gigantesco de mar, del que se supone que puede rodear con sus brazos un barco y hacerle zozobrar. Es un animal fabuloso.

imaginación se exalta, sobre todo, en medio de esos cabos, de esos precipicios de extraordinaria profundidad, de esos estrechos, de esas corrientes, de esos remolinos y arrecifes que casi no cubre el agua, y sobre los cuales el Océano se agita, espumea y hierve; en medio de esas islas solitarias, constantemente inhabitadas, y, en fin, en medio de las ruinas de antiguas fortalezas, vistas a la débil luz de un invierno del polo ártico.

Mordaunt era algo romántico; de suerte que esas supersticiones daban a su imaginación un ejercicio agradable y lleno de interés, pues, dudoso y con anhelos de creer, escuchaba con delectación las canciones dedicadas a ensalzar esas maravillas de la Naturaleza, que la credulidad inventó, y en lengua grosera, pero enérgica, describían los antiguos escaldas.

Sin embargo, al joven Mordaunt hubieran sido más útiles otras atracciones de más delicadeza que esos cuentos extravagantes y los groseros ejercicios que hemos citado. Cuando, con sus prolongadas noches, aparecía el invierno, impidiendo toda clase de trabajos, los buenos shetlandeses pasaban el tiempo en placeres, fiestas y diversiones ruidosas. Todo lo que el pescador había ahorrado durante el verano, lo gastaba en su hogar profusamente, a expensas de alegre hospitalidad, mientras que los propietarios y los ricos, que no dejaban de ser caritativos, celebraban fiestas y festines,, aminorando el rigor de la estación por medio de suculentas comidas, buen vino, bailes, canciones, alegrías, chistes y demás recreos análogos.

El joven Mordaunt era extraordinariamente entusiasta del baile, los placeres ruidosos y la jovialidad.

Cuando la melancolía y retiro del señor Mertoun se lo permitían, o, mejor dicho, exigían su ausencia, visitaba todas las casas de la aldea, siendo perfectamente recibido en todas partes. Si se cantaba, unía su voz a la de los cantores; si se bailaba, se mezclaba entre los bailarines. Si el tiempo era bonacible, se embarcaba o montaba uno de los numerosos caballos de poca alzada que andan errantes por los inmensos almarjales, y visitaba las moradas de aquellos hospitalarios isleños. Nadie ejecutaba mejor que él el baile de la espada, diversión originaria de los antiguos norsas. Tocaba a la perfección el *gúe y* el violín, acompañándose al cantar los aires melancólicos y conmovedores propios de aquella comarca. Amenizaba con inteligencia la monotonía de esa música con otros aires más vivos y más alegres del norte de Escocia. Cuando se organizaba una mascarada para ir a visitar a algún señor vecino o a algún rico propietario, se auguraba bien de ella, si Mordaunt aceptaba al figurar a la cabeza de la partida y dirigir la música. En tales ocasiones mostraba una alegría desenfrenada; dirigía su comitiva de casa en casa, llevando el regocijo y buen humor por doquier y dejando al despedirse, el sentimiento. Mordaunt dábase así a conocer y conquistaba las simpatías de la mayor parte de las primeras y más antiguas familias de Mainland; pero la del propietario y antiguo patrón de su padre, Magenus Troil, era la que visitaba con más frecuencia y mayor gusto.

La acogida cordial que el respetable anciano le dispensaba y la idea que conservaba Mordaunt de que había sido el patrón de su padre, no eran los únicos motivos de tan frecuentes visitas. Cuando él llegaba, el honrado y amable propietario se levantaba de su enorme poltrona, guarnecida de pieles de lobo marino, y cuya madera, de encina maciza, había sido toscamente tallada por algún carpintero de Hamburgo; le apretaba la mano tan sincera y afectuosamente como Mourdant se la ofrecía, y su excelente recibimiento era proclamado con el mismo tono de voz con que hubiera anunciado, en otra época, la vuelta de Navidad, fiesta tan célebre en tiempo de los antiguos godos; pero lo que

Librodot

especialmente seducía a Mordaunt eran dos corazones más jóvenes, cuya acogida, aunque en apariencia menos expresiva, era quizá más sincera.

III

Creemos haber dicho ya que las hijas de Magnus Troil se llamaban Minna y Brenda, cuya madre había fallecido hacía ya tiempo. En la época de que hablamos, eran jóvenes y hermosas: la mayor tenía diez y nueve años, y la menor diez y siete. Mordaunt tenía dos años más que Minna. Magnus Troil estaba orgulloso de sus hijas, que eran encantadoras, y los ojos cansados del anciano parecía que se reanimaban cuando las contemplaba. Aunque disfrutaban de una libertad que hubiera podido comprometer su dicha y la del viejo propietario, el amor filial sabía corresponder al afecto paterno, y la indulgente ternura no tenía que temer esa ligereza, esos caprichos, de que un sexo amabilísimo y sensible pocas veces sabe prescindir. Las dos hermanas tenían el mismo aire de familia; pero había una notable diferencia en sus caracteres y facciones.

Su madre, hija de un noble jefe a quien los desórdenes políticos del siglo XVII obligaron a abandonar su patria, había nacido en Escocia, en las montañas de Sutherland. El emigrado y su familia habían encontrado un asilo en estas islas pacíficas, que por su pobreza y soledad, estaban al abrigo de los trastornos civiles. Saint-Clair, así se llamaba aquel noble escocés, no había cesado un solo día de suspirar por su patria; recordaba con tristeza los campos en que había nacido, su torre feudal, sus vasallos, y la pérdida de su autoridad; las amarguras abreviaron sus días, siendo pocos los que pasó en este asilo, adonde vino a refugiarse. La hermosura de su hija, no obstante su origen escocés, impresionó tan hondamente a Magnus Troil, que pidió y obtuvo la mano de la huérfana, con la que no tardó en contraer matrimonio; pero la joven esposa sólo vivió cinco años, dejando profundamente desconsolado al viudo.

Minna tenía el talle noble y majestuoso de su madre, pareciendo una extranjera por sus ojos pardos, su cabello negro y sus cejas perfectamente dibujadas.

> Admirad la blancura de su tez
> pero nunca digáis que es palidez.

Sus mejillas eran tan ligera y delicadamente rosadas, que, en opinión de muchos, la azucena parecía haber matizado su rostro; pero si esa pálida flor tenía su predominio, el color de Minna no revelaba un estado enfermizo, pues, por el contrario la Naturaleza la había dotado de una salud robusta; sus facciones indicaban, a primera vista, un carácter elevado y reflexivo. Si ante Minna se relataba algún rasgo de injusticia, de infortunio o de persecución, la sangre enrojecía al punto sus mejillas, y descubría su ardor y su sentimiento, a pesar de su carácter que, de ordinario, era serio y reservado. Aunque algunos llegaban a suponer que las bellas facciones de Minna estaban como empañadas por una melancolía, que ni su edad ni situación en el mundo podrían ocasionarle, cuando la conocían mejor, convencíanse de que la causa verdadera de su gravedad residía en su natural dulce y apacible, y en la energía de una alma a la que afectaban bien poco los acontecimientos ordinarios y comunes de la sociedad. Las pocas personas que conocieron que la aflicción no era causa de su tristeza profunda, y que ésta procedía más bien de un

espíritu ocupado en objetos más importantes que los que la rodeaban, hubieran podido desearle cuanto necesitaba para su dicha; mas ellos difícilmente habrían querido que se transformase en un exterior más alegre su aire naturalmente sencillo y gracioso, pero lleno de respetuosa seriedad; en suma, y aunque no nos proponemos trazar aquí la imagen tantas veces retocada de un ángel, no es posible dejar de consignar que había en la grave hermosura de Minna, en la soltura medida, pero graciosa, de sus movimientos, en la dulzura de su voz y en la serenidad de sus ojos, un no sé qué que revelaba que la hija de Magnus Troil pertenecía a una esfera más elevada, más pura, y sólo casualmente se encontraba en un mundo que apenas la merecía.

Brenda era menos bella quizá, pero tan amable e inocente como su hermana, diferenciándose de ésta, tanto por sus facciones y la expresión de su fisonomía, como por sus gustos y carácter. Sus cabellos crespos eran de ese color rubio pálido que un rayo pasajero del sol dora, pero que recobra su color primitivo cuando el astro del día desaparece.

Sus ojos, su boca, la encantadora simetría de sus nacarados dientes que sin pretenderlo, mostraba, a veces; la frescura de su tez, cuyo delicado colorido hacía resaltar una blancura igual a la de la nieve, todo, en fin, retrataba su origen y testimoniaba que descendía de los antiguos escandinavos. Era algo más baja que Minna, pero sus formas semejaban las de un hada, y su fino talle dejaba al descubierto un modelo de sublimes perfecciones; su andar era gracioso y sus pasos competían con los ligeros de un niño. Sus ojos contemplaban, placenteros, cuanto se les ponía delante, vivo reflejo de su alegría y candor; generalmente, inspiraba mayor admiración que su hermana, aun cuando la que Minna producía fuese, quizá, más intensa y respetuosa.

Los gustos de estas amables hermanas diferenciábanse tanto como su fisonomía: sin embargo, esta diferencia no existía en las dulces afecciones de su corazón, porque en esto eran totalmente semejantes, sin que pudiera decirse cuál de las dos amaba más a su anciano y respetado padre: por lo demás, la jovial Brenda se interesaba por los más pequeños detalles domésticos, y parecía inagotable. Su hermana, más circunspecta, sólo mostraba en sociedad el deseo de enterarse de lo que ocurría para estar más satisfecha; pero la seducían las distracciones y los pasatiempos, sin preocuparse de si desempeñaría o no algún papel importante en ellos. Toleraba la alegría; pero prefería los placeres de carácter más grave y solitario. No poseía ninguno de esos conocimientos que los libros proporcionan, pues entonces era muy difícil hallar en Shetland la ocasión de aprender las lecciones

Que a la posteridad lega la muerte; y Magnus Troil, según hemos retratado, no era hombre en cuya casa se pudiera adquirirlos. Minna tenía, sin embargo abierto siempre ante sus ojos el libro de la Naturaleza, ese libro, el más precioso de todos, cuyas páginas maravillosas nos producen tanta admiración, aunque seamos poco capaces de comprenderlas. Minna Troil conocía las plantas de aquellas regiones salvajes, las conchas esparcidas sobre sus playas, las múltiples especies de esos habitantes alados de los aires, que frecuentan periódicamente las rocas más escarpadas y anidan en ellas. Era en extremo observadora; guardaba profundamente grabados en su memoria, que era muy feliz, los conocimientos que su paciencia y una atención sostenida le proporcionaban. Minna aprendió también a elevar su alma a la altura de las escenas melancólicas y solitarias, pero majestuosas, en medio de las cuales encontrábase casualmente colocada.

Librodot

El Océano, con sus variadas formas de sublimidad y de terror; las rocas y los precipicios, cuya vista llena de espanto; el estrépito y los eternos bramidos de las olas, y, finalmente, los ásperos chillidos de las aves marinas, le producían siempre un particular encanto. A su entusiasmo por el romanticismo —característico del pueblo de que descendía su madre— agregaba Minna su amor al clima y los parajes de su país natal; y esa pasión no sólo embargaba su pensamiento, sino que hasta la agitaban frecuentemente. A su hermana, espectadora de las mismas escenas, producíanle una emoción o terror pasajeros, que se disipaban al volver a la casa paterna. Varias veces, al verla rodeada de un círculo numeroso, se la hubiera podido creer una estatua ideal: sus pensamientos erraban sobre los bordes salvajes todavía, de su isla natal; pero, desvanecidas sus ideas y volviendo a la conversación, se interesaba en ella, sin que sus amigos dejasen de reconocer que nadie como Brenda les hacía saborear los placeres; y aunque algunas de sus particularidades parecía que necesitaban la indulgencia de los extraños, no era, por eso, menos querida que la seria y pensativa Minna.

Las dos hermanas hacían las delicias de su anciano padre, siendo al mismo tiempo el orgullo de la isla entera, cuyos habitantes de cierto rango habían formado una comunidad de amigos, no sólo por las distancias respectivas de sus viviendas, sino también por la costumbre notoria de dulce hospitalidad. Un poeta errante, y no gran músico, que después de probar fortuna en diferentes regiones, regresó a su patria para morir en ella, dedicó a las hijas de Magnus Troil un poema intitulado *La Noche y el Día; y* la descripción que hacía de Minna parecía una grosera imitación de los incomparables versos de lord Byron que siguen:

Nadie ha de disputarle la hermosura.
Como en límpido cielo noche pura,
su belleza realzan relucientes,
los astros de la bóveda pendientes.
Negros sus ojos son, pero expresivos;
y tiene todos los cambiantes vivos,
que la noche, a quien la observa, envía,
y el cielo se negó a otorgar al día.

Tan tiernamente amaba Magnus Troil a sus dos hijas, que nadie podía adivinar cuál era la predilecta; sin embargo, parecía que amaba más a la seria Minna en sus paseos solitarios, y, cuando se sentaba en su casa junto a la chimenea, la alegre Brenda ocupaba en el corazón del anciano el lugar más prominente, o, lo que es igual, que apetecía bastante más la compañía de la mayor, cuando lo invadía un humor triste y sombrío, y de la más pequeña, cuando estaba alegre y contento. En otros términos, prefería a Minna antes de mediodía, y a Brenda cuando había hecho gran consumo de alcohol.

Pero lo que, aparentemente, sorprendía más es que el cariño al joven Mordaunt y al padre de éste, se repartía por igual entre las dos hermanas. Desde que era niño, había recibido, con su padre, hospitalidad en casa del respetable propietario, en Burgh-Westra; y aunque habían fijado su residencia en Yarlshof, que casi distaba veinte millas, visitaban frecuentemente a la familia, a pesar de lo penoso del viaje, especialmente en la estación rigurosa del invierno. El espacio que necesitaban recorrer parecía infranqueable: forzosamente había que subir por las montañas escarpadas y salvar cenagales espantosos

Librodot

en los que, a cada paso, estaban expuestos a sucumbir; ensenadas y brazos de mar que penetraban en la isla por cada lado, y lagunas y numerosos riachuelos de agua dulce cortábanles el camino por doquier. Sin embargo, cuando el sombrío humor de su padre indicaba a Mordaunt que debía ausentarse de Yarlshof, no le detenían dificultad ni peligro algunos, y al día siguiente llegaba a Burgh-Westra en menos tiempo que el que hubiera necesitado para recorrer el mismo trayecto el más activo de sus conciudadanos insulares.

Por esa razón, sin duda, creían los isleños que era el amante de una de las hijas de Magnus Troil, y nadie dudaba que tal cosa fuese cierta, viendo que el respetable anciano no disimulaba el placer que experimentaba al recibirle y la franca amistad que le profesaba; era lógico, por consiguiente, suponer que aspiraba a la mano de una de las dos hermanas y que podía obtener un rico dote, compuesto de varias islas de terrenos pantanosos entremezclados de rocas, derechos de pesca, etc. —dote, en fin, digno de una hija querida—, unido a la esperanza de poseer un día, por la muerte del generoso propietario, la mitad de los dominios de la antigua casa de Troil. Las consecuencias que se deducían de las relaciones del joven Mordaunt con esta familia eran más verosímiles que una multitud de otras conjeturas que se admiten, a veces, como hechos incontestables. A cuál de las dos hermanas había entregado Mordaunt su corazón era un misterio que los más observadores no habían podido penetrar. En apariencia, el hijo del señor Mertoun las trataba con el afecto y amistad de un hermano, cuya preferencia no se inclina más de un lado que del otro; pero si con frecuencia dedicaba sus atenciones a alguna de ellas, era porque las circunstancias ponían de relieve en ese momento las cualidades y los talentos particulares de aquella que, aparentemente, prefería.

Las dos ejecutaban brillantemente la sencilla y deliciosa música del Norte, y cuando la hacían, Mordaunt, su compañero de estudios, y con frecuencia también su preceptor, tan pronto ayudaba a Minna a aprender esos aires salvajes, solemnes y graves con que los escaldas y trovadores ensalzaban en otras épocas las hazañas de los héroes, como mostraba un gran celo por enseñar a Brenda una música más viva y más complicada, pedida a Londres o Edimburgo por Magnus Troil para divertimiento de sus hijas. Mordaunt, que reunía al entusiasmo más ardiente la viva e impetuosa alegría de la juventud, estaba siempre tan dispuesto a participar de las visiones salvajes de Minna, como a escuchar las joviales y festivas chanzas de su hermana; pero no prefería ninguna de ellas, pues si algunas veces se le oía decir, respecto a Minna, que nunca era más amable que cuando su hermana, con el tono de su ligereza encantadora, le rogaba se despojase por un momento de su gravedad característica, afirmaba también respecto a Brenda, que jamás estaba más interesante que, cuando sentada y tranquila, compartía las emociones románticas de la primera, escuchándola atentamente. Ninguna de estas observaciones satisfacía a los curiosos, que ignoraban con cuál de las dos hermanas se casaría Mordaunt: necesitaban, para saberlo, que éste fuese mayor de edad o que el anciano udaller le exigiese que revelara sus intenciones.

—Sería gracioso —se decían—, que ese joven Mertoun extranjero en el país, que no posee ningún medio conocido de subsistencia, titubease o afectase tener el derecho de escoger entre las dos bellezas más encantadoras de las islas de Shetland: en el lugar de Magnus Troil —agregaban—, no permitiríamos que nos tuviera tanto tiempo en la incertidumbre.

Tal era el lenguaje del público; pero todas esas hablillas no se propalaban sino en

Librodot

tono muy bajo, pues todos conocían bien el carácter violento del viejo udaller; y nadie ignoraba que era peligroso intervenir en los negocios de la casa de aquel hombre de fuego, sin su anuencia. Tales eran las relaciones de Mordaunt con la familia del señor Troil en Burgh-Westra, cuando los acontecimientos que vamos a narrar se desarrollaron.

IV

Más de una semana había pasado ya en Burgh-Westra Mordaunt Mertoun, cuando un día notificó a Troil la necesidad de regresar al ruinoso castillo que habitaba con su padre.

Minna y Brenda trataron de hacerle desistir de su resolución, y Magnus Troil se opuso resueltamente a la partida, que consideraba en absoluto innecesaria.

—Si desea verlo su señor padre —díjole el anciano udaller—, cosa que no creo, que tome el barco de Sweyn, o que monte en una jaca: aquí encontrará veinte personas muy contentas de saber que no se ha quedado mudo en su prolongada soledad, porque forzoso es confesar que no habló mucho mientras vivió con nosotros.

Objetóle Mordaunt que precisamente esa misma razón hacía más necesaria su presencia en Yarlshof, puesto que él le servía de medio de comunicación con las otras personas de la casa; que, no teniendo absolutamente más trato que el suyo, era imprescindible su regreso.

—¡Hacer visitas mi padre! —terminó el joven—. El cabo Sumburgh llegará a Burgh-Westra antes quel él.

—El cabo Sumburgh —replicó el señor Troil— sería un huésped muy embarazoso; pero, a lo menos, nos acompañaréis hoy a comer. Tenemos las familias de Muness, de Quendale, de Thorslivoe, y otras muchas además de las treinta personas que han pasado aquí esta encantadora noche. Hoy tendremos tanta gente cuanta quepa en las habitaciones, en las granjas, y aun bajo los cobertizos, ¿y seréis capaz de abandonarnos precisamente en este momento?

—¿No vais a asistir al baile de esta noche? —preguntó Brenda con un tono entre serio y cariñoso—: ¿Y los jóvenes de la isla de Paba, que ejecutarán el baile de la espada, a quienes yo quisiera demostrar, por el honor de Mainland, que no les cedemos en nada?

—En la isla hay numerosos bailarines buenos y amables, y no necesitáis de mí porque, dondequiera que los hay, Brenda puede estar siempre segura de tener por pareja al más hábil de todos ellos. Yo no puedo bailar esta noche más que atravesando los páramos del Dunrossness.

—¿Qué decís? —exclamó Minna, que durante la conversación había estado mirando por la ventana con inquietud—, no insistáis en atravesar esta noche los páramos del Dunrossness.

—¿Pues en qué se diferencia esta noche de la de mañana? preguntóle riendo, Mordaunt.

—En que hoy, como podéis ver, hay una niebla espesa, que se extiende sobre la cadena de las islas, y que desde que amaneció no permite descubrir el cabo Fitful-Head, que termina la hermosa cordillera de montañas. ¿No veis las aves del mar que vuelan hacia la orilla, y a través de la niebla el cuervo marino undular como mi banda,4 y que las

[4] Los cuervos marinos, que con frecuencia rozan con sus alas salvajes las ondas de Shetland, se colocan en fila sobre el borde de las rocas, alineándose como los húsares negros de Brunswick en 1815.

Librodot

gaviotas van, presurosas y espantadas, a refugiarse en las rocas?

—Y, no obstante —agregó el padre—, pueden resistir a un golpe de viento con la misma firmeza que un navío del rey; su vuelo hacia las rocas presagia siempre tempestad.

—No os marchéis —insistió Minna—; la tempestad amenaza ser terrible, y será, seguramente, un hermoso espectáculo el contemplarla desde Burgh-Westra, si no tenemos ningún amigo expuesto a su furor. ¿Veis qué pesado y sofocante es el aire, a pesar de que comienza ahora el verano, y qué tranquila está la atmósfera sin que se mueva ni una sola paja en todos esos prados? No os marchéis, Mordaunt, os lo ruego, pues todo anuncia que la tormenta va a ser horrorosa.'

—¡Cómo! —dijo Magnus—, ¿serais capaz de dejarnos por el *tacksman* del nuevo chambelán que ha llegado de Escocia para darnos lecciones a nosotros los salvajes de las islas de Shetland? De todos modos, haced, Mordaunt, lo que mejor os pareciere.

—¡Oh! no —respondió el joven—; deseo vivamente conocer los nuevos utensilios que ha traído consigo.

—Sí —dijo Magnus—, las novedades trastornan a muchos jóvenes. Yo quisiera saber si el nuevo arado resistirá mucho contra nuestras rocas.

No queriendo hacer franca oposición a las preocupaciones del viejo udaller contra toda innovación, contestóle Mordaunt que, si sus presagios se confirmaban, se detendría en Stour-Burgh el tiempo necesario para evitar las furias del huracán; pero que si sólo era lluvia, continuaría su viaje, pues el agua no le asustaba.

—El huracán será más fuerte que la lluvia —dijo Minna—; observad cómo aumentan por instantes las nubes; ved aquellos rayos de un encarnado pálido y de púrpura, que penetran por entre sus masas negras.

—De todo eso deduzco —replicó Mordaunt— que debo precipitar la marcha. Adiós, Minna: yo os enviaré plumas de águila, aunque no haya más que una en la isla de Foulah. Adiós, mi hermosa Brenda; no me olvidéis, aunque los jóvenes de Paba bailen tan bien como decís.

—Puesto que estáis decidido a partir, tened cuidado con lo que hacéis —le dijeron al mismo tiempo las dos hermanas,

Magnus Troil censuró a sus hijas que supusieran que un joven activo corría peligro exponiéndose a algún golpe de viento, y ya en el mar o ya en la tierra; pero, a pesar de eso, aconsejó seriamente a Mordaunt que no se marchara, o que, en todo caso, se detuviese en Stour-Burgh.

—Los segundos pensamientos —le dijo— son los mejores, y como la casa de este escocés se encuentra a vuestro paso, cuando hay tempestad se refugia uno donde puede, pero guardaos bien de imaginar que os abran pronto la puerta si el huracán es muy fuerte; porque allá en Escocia hay ciertas cosas que se llaman cerrojos y barras, que aquí son desconocidas, gracias a San Román, excepto el gran cerrojo del viejo palacio de Scallaway, que todo el mundo contempla como una cosa rara. Quizá eso forme parte de los perfeccionamientos que ese hombre nos ha traído.

—Vamos, partid Mordaunt, pues que estáis decidido: y si no tuvierais tan pocos años, os haría echar el trago que llaman el *estribo;* pero los jóvenes sólo deben beber al acabar las comidas; así, yo beberé por vos, porque nosotros los viejos no abandonamos nuestras buenas costumbres, pues si hiciéramos otra cosa lo pasaríamos mal. A vuestra salud.

Y al decir esto, se bebió un gran vaso de aguardiente con la misma tranquilidad que si hubiese sido de agua.

A pesar de tantos consejos, salió Mordaunt de aquella morada hospitalaria, dejando a toda la familia acongojada por los peligros a que le veían expuesto, profundamente impresionado por los dulces sentimientos de afecto que toda ella le manifestaba. Al separarse de la casa, el humo espeso que salía de sus chimeneas recordóle la soledad triste e inhospitalaria de Yarlshof, y al comparar el humor sombrío y melancólico de su padre con la cordial franqueza de las personas de quienes acababa de separarse, exhaló un profundo suspiro.

Las predicciones de Minna tuvieron pronta confirmación, pues, a las tres horas de ponerse en marcha Mordaunt, el viento, que había permanecido en absoluto reposo durante la mañana, comenzó a agitarse, lanzando sonidos lastimeros, como si se arrepintiera anticipadamente de los desastres que su furor iba a ocasionar, como se ve a un maniático en el estado de abatimiento más sombrío en los momentos que preceden a los accesos de furor y de locura. Aquellos sonidos no tardaron en transformarse en rugidos espantosos, repetidos con esa furia característica de las tormentas del Norte. El huracán iba acompañado de borrascas, de lluvia y de granizo, que se estrellaba violentamente contra las montañas y las rocas, entre las que caminaba nuestro viajero, y que distrayendo su atención, a pesar de todos sus esfuerzos, le impedían seguir en línea recta en medio de unos parajes que carecen de sendas que conduzcan y orienten al que se extravía, y en los que los inmensos lagos y almarjales ofrecen, aun en tiempos serenos, dificultades casi invencibles. Las aguas del interior de la isla, aumentadas por los torrentes, extendíanse sobre las tierras, formando lagunas inmensas, y agitadas por el viento, y arrebatadas por la violencia de los remolinos, eran transportadas lejos de las olas de que habían formado parte. Una substancia salina, que flotaba en el aire y se pegaba al rostro, le revelaba que las aguas mismas del Océano, más distantes, impulsadas por el furor de la tempestad, se habían mezclado con las de los lagos y las de los ríos, igualmente fuera de su cauce.

Mordaunt mostrábase firme y valeroso en medio del espantoso desorden de la Naturaleza, como si estuviese familiarizado a luchar contra los elementos; y cual hombre que miraba los esfuerzos que había hecho para vencerlos como una señal de resolución y constancia varonil, conocía —lo mismo ocurre generalmente a los que han sufrido idénticos desastres— que la reacción valerosa para dominarles es un triunfo que eleva el alma hasta lo sublime. Lo que él consideraba que era la mayor prueba de su superioridad era distinguir el camino que debía tomar cuando los animales huían de las montañas y las aves dejaban el espacio en que habitaban.

—No podrán decir de mí en Burgh-Westra —iba pensando— lo que dicen del viejo *ringan* Ewenson, cuya barca zozobró entre la rada y el muelle; yo soy de otro temple; no me asustan el fuego, ni el agua, ni las olas del mar, ni los barrancos, ni los cenagales.

Mordaunt proseguía así su camino, luchando incesantemente con el huracán, y supliendo las señales ordinarias que sirven para orientar a los viajeros (pues las rocas y montañas que hubieran podido guiarle estaban ocultas tras la obscuridad y las tinieblas) por un sagaz instinto que, unido al conocimiento que había adquirido de aquellos parajes agrestes, le había enseñado a distinguir los menores objetos que, en tales circunstancias, podían mostrarle la dirección de sus pasos. Mordaunt, ya lo hemos dicho, caminaba con gran lentitud, ya deteniéndose para respirar, ya arrojándese al suelo cuando el huracán era más fuerte, ya abriéndose camino cuando los furores de éste se apaciguaban un poco, ya siguiendo la corriente, o bien imitando las hábiles maniobras de un navío, para prevenir

Librodot

sus golpes, pero sin perder una pulgada del terreno que tantas fatigas le había costado ganar.

Sin embargo, ni su experiencia, ni su valor, servíanle para mejorar su situación, cada vez más angustiosa, no porque estuviese chorreando agua su chaqueta de marinero y sus pantalones, traje usual de viaje de los jóvenes de aquel país, sino porque necesitaba traspasar inmensas y rápidas corrientes y abrirse camino a través de lugares pantanosos que, completamente inundados, le obligaban con frecuencia a dar un gran rodeo.

La juventud y el valor de Mordaunt luchaban con denuedo contra el viento, el granizo, la lluvia v la tempestad; pero tal combate, durante un viaje tan largo, en el que se había extraviado muchas veces en aquel horroroso trastorno de los elementos, agotaba ya sus fuerzas, cuando descubrió la casa de Stour-Burgh, o de Harfra, nombres que se daban indistintamente a la residencia del señor Triptolemo Yellowley. Este señor era un enviado del chambelán de las islas Orcadas y de Shetland, gran especulador que se proponía introducir, por medio de Triptolemo y en la Tule de los romanos, innovaciones que, en tan remotos tiempos, eran desconocidas hasta por la misma Escocia.

Aunque con gran trabajo, llegó Mordaunt a la habitación de ese digno agricultor, único asilo donde podía guarecerse en una extensión de muchas millas; pero, ¡cuál no sería su sorpresa al advertir que la puerta estaba cerrada no sólo con picaporte, sino hasta con cerrojo! precaución que, según las observaciones hechas ya por el señor Troil, desconocíase en aquel archipiélago. Llamar, dando repetidos golpes a la puerta con un palo o alguna piedra, era cuanto podía hacer en aquella situación un joven que había permanecido tanto tiempo a merced de la tempestad y justamente irritado de encontrar obstáculos que no esperaba hallar e impedían su admisión. Mientras le franquean la entrada, diremos a nuestros lectores quién era Triptolemo, y por qué bautizado con tan singular nombre.

Un noble conde escocés había encargado a Jasper Yellowley, padre de Triptolemo, la explotación de una hacienda que aquél poseía en el Mearas, donde, inútil es decirlo, no tardó en conocer que la realidad no correspondía a las esperanzas que había concebido. Inútiles fueron todos los medios adoptados por el animado colono para contrabalancear, con sus desvelos y su rara habilidad, las desventajas de un terreno frío y húmedo; sin embargo, quizá hubiese sacado provechosos resultados, si su inmediación a los montes Grampianos 5 no le hubiera expuesto constantemente a las visitas de los montañeses, que, si bien hicieron del joven Norval un héroe y un guerrero, redujeron en cambio a la miseria al desdichado Jasper, quien compensó su desventura impresionando con sus formas robustas y el colorido fresco y sonrosado de su cara, el corazón amoroso de la señorita Bárbara Clinkscale, hija del último Clinkscale y hermana del jefe de la familia de este nombre. Creyóse unánimemente en el país que esta unión era, a la vez, horrible y poco natural, pues la casa Clinkscale adolecía de orgullo escocés, aunque con la parsimonia que proverbialmente se atribuye a esa nación. Pero la señorita Baby poseía una hermosa fortuna de dos mil marcos, era mujer decidida, mayor de veinte años, y por lo tanto, *sui juris*, según consignó el hombre sabio que extendió el contrato matrimonial: de esta suerte, despreciando los comentarios y las consecuencias de su acción, no vaciló en casarse con el robusto labrador del condado de York. Su hermano y sus parientes más ricos le reprocharon violentamente y desconocieren come parienta a la que acababa de

[5] La cordillera de los Grampians está situada en el condado de Perth.

Librodot

deshonrarse de aquel modo. Pero esta casa tan orgullosa de Clinkscale, lo mismo que muchas familias escocesas de aquella época, tenía numerosos parientes que no eran tan delicados, los cuales reconocieron a su prima Bárbara después de su casamiento, y aun corrieron con el nuevo primo sus guisantes y su tocino gordo, aunque el tocino fuese entonces tan abominado por los escoceses como lo es por los judíos; hasta hubieran estrechado los lazos de amistad y parentesco, por el préstamo de alguna suma, que sin dificultad alguna hubiesen aceptado, si su buena esposa, que conocía su jerga y tenía un olfato tan fino como la más astuta comadre del Mearas, no se hubiera negado rotundamente a ello. Si la astuta Bárbara velase obligada a obsequiar al joven Deilbelicket, o al viejo Dougald Baresword, señor de Bandybrawl, o a otros muchos, buscaba la indemnización de su hospitalidad casi involuntaria, utilizándelos en sus negociaciones con las honradas gentes de mano ligera del otro lado del *cairn*, que, al verse descubiertos, desistieron de su manejo y concertaron un arreglo, contentándose con una suma modesta cada año.

Este importante acontecimiento reconcilió al honrado Jasper con el imperio que su tierna esposa ejercía ya sobre él, y acabó de consolidarle el haberse encontrado aquélla en situación de aumentar la familia. En ese estado, la señorita Bárbara soñó que daba luz un arado, al que se encontraban uncidos tres pares de bueyes del condado de Angus. Deseando explicar tan extraño presagio, convocó en seguida a sus comadres, que, como siempre ocurre, nunca faltan en casos semejantes. Después de una larga conferencia, el pobre Jasper aventuróse a decir que aquella visión debía referirse al pasado más que el futuro, y que podía haberla determinado la viva impresión que su tierna esposa recibiera al encontrar, cerca de la casa, el grande arado que con ayuda de seis bueyes, eran la alegría y el orgullo de su corazón. Estas explicaciones disgustaron de tal modo a la asamblea y ocasionaron tal estruendo, que Jasper, aturdido, echó a correr, tapándose los oídos.

—Oídle —gritó una mujer vieja, de estatura varonil—, oídle la idolatría que tiene por sus tres pares de bueyes, como si se tratara del becerro de Betel. ¡No! ¡no! No es un arado físico lo que ese niño tan bello debe conducir; es un arado moral, y estoy convencida de que un día hemos de verlo predicar en el púlpito de la parroquia, o cuando menos sobre lo alto de la montaña.

—Ese niño —replicó la anciana Glenprosing— será mucho más que eso y podrá dirigir sus pensamientos aún más allá que vuestro viejo James Guthrie, a quien tanto elogiáis: sí, se elevará mucho más alto, no lo dudéis; será ministro de la parroquia; y cuando sea obispo, ¿quién se asombrará?

El guante, lanzado así por la sibila, lo recogió otra; la disputa se agrió, no se oían más que gritos y voces, y el agua de canela distribuida entre los beligerantes, produjo el mismo efecto que el aceite arrojado sobre el fuego, cuando Jasper, cansado de tanto escándalo, entró de repente con una reja en la mano, amedrentando con su presencia al concurso e imponiéndole silencio.

Ignórase si la impaciencia de dar a luz un ser elevado anticipadamente a tan sublimes destinos, o el terror que le había producido tal fracaso, hicieron que la pobre señorita Yellowley cayera repentinamente enferma, y, contra las fórmulas en uso, se dijo que estaba grave; pero conservaba aún toda su presencia de espíritu, y la utilizó para exigir de su esposo las dos promesas siguientes: desde luego, que al niño que naciera se le bautizase con un nombre que recordara el sueño que ella había tenido, y en segundo término, que era preciso obligarle a seguir la carrera eclesiástica; y el afligido Jasper,

Librodot

pensando que en tan críticos momentos no debía oponerse a la voluntad de su muy amada esposa, accedió, sin rechistar, a todo lo que pedía.

El niño no tardó en nacer; pero el estado en que se encontraba la madre no le permitió, durante algún tiempo, informarse si la primera de sus condiciones había sido cumplida, y cuando, en su convalecencia, quiso saberlo, contestósele que, juzgando indispensable bautizarle en seguida, le habían dado el nombre de Triptolemo; pero que el cura de la parroquia, que era hombre muy erudito, aseguró que dicho nombre envolvía una clásica y hermosa alusión al arado y a los tres pares de bueyes que ella vio en sueños. La señora Yellowley no parecía muy satisfecha ni convencida de que sus deseos hubiesen sido cumplidos, y, murmurando contra ese nombre pagano, formó el propósito de contrarestar sus efectos, educando a su hijo de manera que elevase su alma por encima del pensamiento y utensilios relacionados con la profesión servil del hortelano.

Jasper, hombre sensato, reíase interiormente de los proyectos de su mujer, previendo acertadamente que el pequeño Triptolemo no sería más que un muchacho del campo, un labrador jovial, y que no revelaría tanto orgullo como los demás individuos de la familia de Clinkscale. Advirtió, íntimamente regocijado, que los sones que mejor hacían dormir al pequeñuelo en la cuna, eran los cantos y estribillos de los trabajadores del campo y que las primeras palabras que tartamudeó fueron los nombres de los bueyes de su establo; además, el niño prefería la cerveza hecha en casa a la de la taberna, que era más cara; y nunca lamía con más gusto el vaso, que cuando Jasper, por cierta maniobra de su invención, ponía en los ingredientes de su cerveza doble cantidad de hez de cebada que la que, ordinariamente, suministraba el ama de casa. Añádase a esto que cuando el pequeño Triptolemo lloraba y gritaba, aturdiendo a todo el mundo, el bueno del padre acudía a un remedio de éxito seguro, como era el de hacer sonar una brida a sus orejas.

Cuando Triptolemo tenía un año de edad, la señora Yellowley dio a luz una niña, a quien bautizaron con el nombre de Bárbara. Advirtióse desde su primera infancia *que* tenía la nariz puntiaguda y los labios delgados, vivo reflejo de las características facciones de la familia Clinkscale, que los habitantes de Mearns conocían muy bien; y como, a medida que iba creciendo, se la veía apoderarse violentamente de los juguetes de Triptolemo, y negarse obstinadamente a soltarlos, y que le pellizcaba, le mordía y le arañaba sin que mediara provocación, los observadores juiciosos y atentos opinaron que la señorita Baby tendría el mismo genio de su señora mamá. Algunos maliciosos decían que la sangre de la vieja Inglaterra no había dulcificado poco ni mucho la de los Clinkscale; que el joven Deilbelicket visitaba con frecuencia a la familia de Jasper, y les parecía extraordinario que la señora Yellowley, que, como nadie ignoraba, no hacía favores gratis, fuese tan solícita y tan generosa en adornar su mesa, siempre que aquél llegaba, y en servir la cerveza con profusión a este ocioso parásito, que para nada servía en el mundo. Pero la virtud austera y buena conducta de la señora Yellowley, así como la delicadeza de los sentimientos del señor Deilbelicket eran conocidas de todos, y les rendían la justicia de que eran merecedores.

En su infancia el joven Triptolemo recibió del vicario de la parroquia toda la instrucción que este buen eclesiástico podía darle; pero, cuando llegó a edad conveniente para ello, sus padres le enviaron al colegio de San Andrés a proseguir sus estudios. Una vez allí, preciso es declararlo, dulces recuerdos tornaban sus ideas hacia el arado de su padre, sus buenas tortas y su exquisita cerveza, aquella que bebía en la casa paterna, y que no podía reemplazar la del colegio. Esto no obstante, estudió con aprovechamiento y

Librodot

se notó que tenía gran afición a los autores antiguos que habían dedicado sus esfuerzos a hacer sabias investigaciones: entendía regularmente las bucólicas de Virgilio y recitaba de memoria las geórgicas; pero no fue posible en modo alguno inspirarle menor afición a la *Eneida y* hasta le inspiraba gran aversión aquel hermoso verso:

Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum,

porque, conociendo la significación exacta de la palabra *putrem,* pensaba que los combatientes, en el ardor de la pelea, golpeaban sobre un campo recién estercolado. Entre los héroes y filósofos antiguos, prefería a Catón, el censor romano, no por la austeridad de sus costumbres, sino por haber escrito el famoso tratado *De re rustica*, *y* repetía frecuentemente esta frase de Cicerón: *Jam neminen antepones Catoni;* estimaba también *a Palladius y a Terentius Varro;* pero *Columela* era *su vade mecum.* Además de estos escritores antiguos, admiraba a otros modernos, como el Tusser, Hartlib y otros, que habían escrito de economía rural, sin olvidarse de los desvaríos del pastor de las llanuras de Salisbury, ni de esos instruidos *filomatas* que, lejos de hacer inútiles predicciones políticas, encaminaban la atención de sus lectores hacia una buena cultura, medio seguro de obtener abundantes frutos, y que sin preocuparse de la elevación o caída de los imperios, indicaban las estaciones convenientes para la siembra y recolección, cambios probables en la temperatura de cada mes, como, por ejemplo, nieves en enero y calores en julio, y otras cosas curiosas y sumamente útiles.

El rector del colegio de San Andrés estaba muy satisfecho de la laboriosidad y aprovechamiento de su discípulo Triptolemo y aun le creía digno de su nombre cuatrisílabo, de origen griego; pero le desagradaba grandemente la atención exclusiva que dedicaba a sus autores favoritos, y tratando de encaminarle a estudios de otra índole, decíale que el tener la imaginación constantemente ocupada en examinar las diferentes calidades de las tierras y la nariz dentro de los terrones y el estiércol, olía demasiado a la esteva, para elevar su imaginación a objetos más sublimes, y hacer que adquiriese algunos conocimientos en la historia, en la poesía y en la teología; pero todo su empeño era inútil: Triptolemo no abandonaba sus aficiones. Si leía la batalla de Farsalia en la historia romana, no le interesaba que la libertad del mundo dependiese de este acontecimiento; lo único que le inspiraba vivo interés era la hermosa perspectiva de una excelente cosecha para el año siguiente en el campo donde se libró esta batalla. De todos nuestros poetas, sólo amaba al viejo Tusser,6 muchos de cuyos pasajes sobre el buen cultivo sabía de memoria. Había comprado a un buhonero, sólo por el título, *La visión de Piers el labrador, 7* pero, apenas hubo leído dos hojas, lo arrojó al fuego como un libelo político, impudente, y cuyo fondo no tenía relación alguna con el título. En cuanto a teología, le bastaba saber que, después de la caída de nuestro primer padre, el hombre había sido destinado a trabajar la tierra y a comer el pan con el sudor de su frente; que, por su parte, estaba decidido a cumplir esta misión lo mejor que le fuera posible, dejando a los

[6] Tomás Tusser nació en el condado de Essex en 1515; fue corista de la catedral de San Pablo; murió, siendo colono, en el condado de Suffolk, después de haber escrito varios libros en verso sobre la agricultura.

[7] Título poco apropiado de una obra mística atribuida a Roberto Langlande. Es uno de los poemas ingleses más antiguos.

demás el cuidado de meditar sobre los misterios de la religión como creyesen más oportuno.

Con aspiraciones tan limitadas, y no distrayéndole más que las ocupaciones de la vida campestre, era dudoso que los progresos que Triptolemo había hecho en sus estudios, o más bien el uso que se proponía hacer de ellos, realizasen las ambiciosas esperanzas de su apasionada madre. Él, sin embargo, no se oponía a abrazar el estado eclesiástico, cuya vida sedentaria y tranquila es a propósito para las personas dotadas de un alma especuladora. Pensaba dedicar seis días de la semana al cultivo de la *glébe,* y el séptimo a la predicación: en este día comería con gentes de buen humor o algún rico propietario, fumando su pipa y bebiendo un trago al concluir la comida. Mas para poner en práctica este plan, necesitaba obtener un *beneficio,* es decir, un presbiterio.

¿El beneficio, la *glébe,* los diezmos, el salario y el dinero influyeron en la madre de Triptolemo para querer consagrarlo a la Iglesia? No se sabe con certeza, porque murió antes de que el hijo concluyera sus estudios y dejando al pobre Jasper sumido en aflicción y dolor profundos. El desconocido esposo retiró del colegio a su hijo, a fin de que le ayudase en sus trabajos agrícolas, siendo éste su primer acto de administración doméstica. Puede suponerse, por consiguiente, que Triptolemo, llamado a practicar las brillantes teorías que había estudiado con tanto afán, encontraríase, empleando una comparación que a él hubiera parecido excelente, como un buey hambriento a quien se suelta en un hermoso campo de trébol; pero los cálculos de los hombres resultan muchas veces fallidos.

El Demócrito moderno comparaba un día la vida del hombre con una tabla agujereada, en cada uno de cuyos huecos hay una clavija cortada en forma que llene exactamente su capacidad, pero que, colocada arbitrariamente y sin discernimiento, causa las equivocaciones más groseras y absurdas; porque es muy frecuente ver, continuaba el filósofo, una clavija redonda en un agujero triangular. Esta manera de expresar los caprichos de la fortuna hizo reír a los que le escuchaban, excepto a un grueso magistrado que parecía aplicarse el caso citado y pretendía formalmente que aquello era cuestión muy seria. Sea de esto lo que quiera, es evidente que Triptolemo había nacido cien años antes de tiempo; si hubiera nacido después, habría sido vicepresidente de alguna ilustre sociedad de agricultura, bajo los auspicios de algún noble duque o señor, que, como ocurre con frecuencia, hubiera o no conocido la diferencia entre los bueyes y la carretera. Merecía ciertamente ese destino, porque de todos esos pormenores que sólo sirven para que algunos sean reputados como peritos en las artes, y sobre todo en la agricultura. Sí; Triptolemo Yellowley debió venir al mundo algo más tarde, y entonces su padre le hubiera puesto el arado en la mano, encargándole el cuidado de dirigir sus bueyes, hablando de los cuales habría empleado, en estos tiempos, para demostrar su excelencia, todos sus talentos oratorios. El buen Jasper quejábase de que la hacienda no prosperaba, aunque nadie hablase mejor que su hijo (al que llamaba *Tolemo)* de los granos, de las harinas, de las semillas, de los pastos, etc. Los negocios empeoraron mucho más todavía, cuando Jasper, agobiado por los años y la debilidad, vióse al fin en la necesidad de abandonar las riendas del gobierno a la ciencia académica de Triptolemo.

Pero la calidad del terreno era tan mala, que no se podía obtener una cosecha razonable; la tierra producía todo, menos lo que el labrador quería que produjese; abundaban en ella los cardillos, los helechos y las ortigas, lo que daba a entender que, en otra ocasión, habíase arado profundamente, aun en aquellos parajes en que parecía poco

Librodot

probable que la reja hubiera podido penetrar, confirmándose así la tradición popular de que los Pictas habían sido los antiguos cultivadores del terreno. No faltaban las piedras porque, según la doctrina de algunos labradores, daban calor al terreno, y había, además, numerosos manantiales y arroyuelos que refrescan el suelo y producen la savia, según la teoría de otros; pero en vano el pobre Triptolemo cultivaba alternativamente sus tierras según tan diferentes opiniones, para sacar provecho a un suelo tan ingrato; jamás pudo extender sobre su pan más manteca que el pobre Tusser, a quien no produjeron nada *sus cien recetas sobre el buen cultivo,* que de tanta utilidad fueron a los agrónomos contemporáneos.

Efectivamente, exceptuando unas cien aranzadas de terreno cercado, a las que Jasper limitó necesariamente sus trabajos, el resto sólo servía para romper los aperos de labranza y para extenuar los animales que se empleaban en su labor; y en cuanto a la parte de que se obtenía algún provecho, su cultivo y los gastos ordinarios que ocasionaba el del resto de las tierras y los ensayos que hacía Triptolemo consumían la producción. Así, cuando hablaba de sus mozos, de sus criados de labranza, acostumbraba decir suspirando profundamente: “Todo esto me devora”; exactamente lo mismo que podrían decirlo muchos propietarios territoriales, cuando hacen el balance de sus cuentas al fin de año.

Actualmente los negocios de Triptolemo hubieran terminado más rápida y distintamente. Si hubiese logrado crédito en un Banco o puesto en circulación letras de cambio, o hecho especulaciones en grande, la justicia se hubiera apoderado de sus cosechas, de sus granos, de sus caballerías y hasta de sus aperos de labranza; pero en aquella época era más difícil arruinarse; todos los labradores de Escocia se encontraban igualmente pobres; y por lo mismo que era muy difícil elevarse a una gran altura, la caída no era nunca muy rápida ni peligrosa. Los labradores, por sus escasos medios y falta de crédito, veíanse reducidos a la mayor miseria; pero, también les era imposible hacer bancarrota.

Además, la falta de éxito en los planes de Triptolemo, y los gastos que le ocasionaban, estaban compensados hasta cierto punto por la parsimonia y extrema economía de su hermana la señora Bárbara, quien hubiera realizado, al ser posible, la idea de aquel sabio filósofo que afirmaba que el sueño era una necesidad imaginaria, y el hambre una mera costumbre: él parecía haber renunciado a uno y otra; pero no faltó quien descubriese que estaba en inteligencia secreta con la cocinera de la casa, que le permitía entrar muy frecuentemente en la despensa, y partía con ella su cama. La señora Bárbara madrugaba mucho y se acostaba muy tarde, daba a sus criadas mayor tarea de la que podían hacer sin perderlas de vista en todo el día; y en cuanto a la comida, el aire parecía ser su único alimento y con el que hubiera mantenido de buena gana a todos los que se encontraban bajo sus órdenes. Su hermano, indolente en todas sus costumbres, pero que tenía buen apetito, habría probado alguna vez que otra un pedacito de carne, aunque sólo fuese para saber si los carneros de su hacienda estaban gordos y buenos; pero al hacer tal proposición a su hermana, exponíase a verla temblar horrorizada como si se tratase de comer un niño: sin embargo, como era de un carácter bastante flexible, no le fue difícil sujetarse a la necesidad de una cuaresma perpetua, y se consideraba dichoso cuando podía coger a hurtadillas un poco de manteca, con la que untaba su pan de cebada, o cuando no, comía salmón seis días de los siete de la semana. A pesar de las muchas economías de la señora Bárbara, veíase llegar el momento en que sería imposible a Triptolemo resistir durante más tiempo a lo que él llamaba su mala estrella, y que no era

Librodot

otra cosa sino el resultado natural de sus absurdas especulaciones. Por fortuna, en esta misma crisis, un Dios bajado del cielo, como los dioses de las óperas, vino a sacarle de tantos apuros; o, más claramente, el noble lord propietario de la hacienda llegó a su casa de campo, en una carroza que arrastraban seis caballos, y precedida de batidores, con todo el esplendor del siglo XVII.

Este lord era hijo del señor que había hecho venir a Jasper del condado de York, y cuyos planes Y proyectos eran tan extravagantes como los de su padre. En medio de las revoluciones de aquel tiempo, habíanle concedido por determinado número de años las tierras que pertenecían a la corona en las islas Orcadas y Shetland como igualmente su administración, bajo el título de lord chambelán, y estaba resuelto a emplear los mejores medios de explotación para conseguir el mayor producto posible. En Triptolemo creyó haber encontrado el hombre que necesitaba para la ejecución de sus planes, y celebró con él una conferencia en la gran sala de recibimiento. Al chambelán edificaron tanto los recursos del ingenio de nuestro amigo y de sus profundos conocimientos en agricultura, que dióse prisa a asegurarse la cooperación de un hombre tan útil.

El convenio y sus condiciones quedaron concertados a satisfacción de Triptolemo. Una larga y costosa experiencia le había enseñado que, sin deprimir su mérito ni dudar de sus talentos, no debía hacer todo los gastos y riesgos a cargo del propietario; y además, había halagado tanto las esperanzas y credulidad del lord chambelán, que a éste no se le ocurrió dar participación alguna a su protegido en los beneficios; porque, aun cuando la agricultura se encontraba en aquella época en Escocia bastante retrasada, había llegado ya a mucho mayor perfección que en las regiones de Tule. Triptolemo se lisonjeaba de conocer perfectamente los misterios de su arte, aventajando en ello a todos los que lo ejercían en el Mearns, y abrigaba la convicción absoluta de que el noble patrón se beneficiaría mucho con su empresa, salvo, sin embargo, un modesto honorario para el intendente, con una casa, sus tierras y lo demás necesario al sustento de su familia. El gozo que experimentó Bárbara al tener noticia de este convenio fue grandísimo.

—Si de esta manera —decía— no nos es posible sostener el gasto de nuestra casa, cuando todo sean ingresos y no haya ninguna salida, es preciso que seamos peores que infieles.

Triptolemo, al posesionarse de su papel de hombre importante y de negocios, andaba con la cabeza erguida, bebiéndose y regalándose cuanto podía, dando órdenes y haciendo provisión de instrumentos de agricultura para el uso de los habitantes de las islas. Pero, ¡qué instrumentos! Asombrarían hoy, si fuesen presentados a cualquiera de nuestras sociedades de agricultura... El antiguo arado de Escocia parecería más extraño a muchos labradores de ahora, que los cascos y las corazas del ejército de Hernán Cortés a los soldados de hoy; y si Cortés conquistó México, ¿por qué no habían de mejorar la agricultura de Tule aquellos arados?

Ignoramos por qué fijó Triptolemo su residencia en las islas de Shetland y no en las Orcadas: quizá creyese que allí eran más sencillos y más dóciles los habitantes o prefiriese la situación de la casa y hacienda que debía ocupar al alojamiento que podía tener en Pamona, capital de las Orcadas. Triptolemo instalóse, pues, en concepto de factor, y con toda la autoridad aneja a este título, en Harfra, o, según el nombre del distrito, en Stour-Burgh, a que daban nombre las ruinas de una antigua fortaleza construida por los Pictas, casi contigua a la casa habitación, completamente decidido a que sus trabajos, sus proyectos y su ejemplo honraran su nombre, y abrigando el propósito de civilizar a

Librodot

aquellas gentes ignorantes transfiriéndoles cuantos conocimientos acerca de las artes primitivas de la sociedad humana poseía él.

V

El joven Mordaunt Mertoun descargaba repetidos golpes en la puerta de la vieja casa de Harfra, impaciente y desesperado, llamando al mismo tiempo a grandes voces, mientras que los truenos y relámpagos se sucedían con una rapidez espantosa, los vientos enfurecidos se cruzaban en direcciones opuestas, y torrentes de lluvia inundaban al infeliz viajero: el huracán era horroroso. Mordaunt pensaba que si jamás sería perdonable el negar asilo a un extranjero, la inicua negativa, en medio de tan cruel e implacable tempestad, era un crimen. Como sus gritos y los repetidos golpes descargados sobre la puerta no producían efecto alguno, separóse un poco de la casa tratando de descubrir las chimeneas; pero experimentó gran desaliento al observar a través de la oscuridad de un cielo tempestuoso, que no salía humo de ellas, a pesar de ser ya la hora ordinaria de la comida en aquel país, lo que le hizo suponer que se condimentaban los alimentos en alguna pieza interior.

Esta observación hizo cambiar de Pronto su impaciencia en alarma, y se compadeció de los moradores de la casa. Habituado a la hospitalilad franca y generosa de los habitantes de las islas de Shetland, supuso que alguna gran calamidad, alguna desgracia, afligía a aquella infortunada familia, y buscó el medio de entrar en la casa, más con el objeto de asegurarse de la situación de sus moradores, que de guarecerse contra la tempestad, que cada vez era más fuerte; pero su inquietud respecto a este particular produjole el mismo resultado que sus primeras tentativas para que le abriesen la puerta. Triptolemo y su hermana habían oído perfectamente las llamadas del viajero y discutido la conveniencia de franquearle la entrada o hacerse los sordos.

A Bárbara Yellowley, a quien llamaban Baby por abreviar, no le agradaba la práctica de la hospitalidad; en la hacienda de Cauldsouthers había aterrorizado a los mendigos que van de puerta en puerta, a los buhoneros, a las gitanas, y a todos los parásitos; y se vanagloriaba de que ninguno de esa categoría de vagabundos hubiese oído jamás el ruido del picaporte de su puerta: y así, ignorando, además, en absoluto la honrada sencillez de los habitantes de las islas de Shetland, en donde ella y su hermano acababan de instalarse, Baby, por miedo o desconfianza, o por una economía exagerada, no abría jamás la puerta a quien no conociese perfectamente. Triptolemo, que no era avaro ni desconfiado, transigía en parte, aunque sólo por temor, con las ideas de su hermana, pues sabía que los hombres de bien eran pocos, especialmente entre los colonos, defendiendo con reprochable insistencia su teoría de que la primera persona es yo.

Mientras Mordaunt, en medio de los horrores de la tempestad, se deshacía llamando a la puerta de Triptolemo, éste y su hermana sostenían el siguiente diálogo:

—Ahora sí que todo marcha perfectamente —decía Triptolemo, oyendo el ruido del viento y hojeando un viejo *Virgilio* que había traído del colegio de San Andrés. Este es un día que hará crecer nuestras cebadas: *Ventis surgentibus,* decía muy bien el sabio y poeta de Mantua; pero, ¿en dónde están los bosques, Baby? ¿Dónde encontraremos aquí el *nemurum murmur?*

—¿Habéis perdido el juicio? —díjole Baby volviendo de repente la cabeza desde un obscuro rincón de la cocina, donde se ocupaba en los múltiples quehaceres de limpieza.

Librodot

Su hermano, que sólo se había dirigido a ella por costumbre, conoció que la había enojado con su pregunta y que le sería preciso sufrir una gran descarga antes de reanudar la conversación sobre el mismo objeto.

—¿Cómo os atrevéis, señor Yellowley —le dijo Baby adelantándose hacia él—, a interrumpirme cuando me veis ocupada en los negocios de vuestra casa?

—No os he interrumpido, Baby —le replicó su hermano—; yo hablaba a solas, y decía que aquí tenemos mares, vientos, lluvias; pero, ¿en dónde están los bosques, Baby? respondedme a esto: ¿de dónde sacaremos leña?

—¡La leña! —dijo Baby—; si yo no me preocupase tanto de la casa, seguramente no tendríamos más que la que hay debajo de vuestra extraordinaria peluca. Y si hacéis referencia a los despojos de madera de naufragios que vuestros criados de labranza trajeron ayer, yo he gastado esta mañana seis onzas para cocer vuestro almuerzo, aunque un hombre de orden y económico, que experimentara deseos de almorzar, hubiese hecho mejor en tomar un poco de grano molido, y no ir a rebañar la madera para consumirla toda en seguida.

—¿Queréis decir —replicó Triptclemo un peco chocarrero—, que, teniendo comida, nos hemos de pasar sin comer, y no faltándonos leña, nos hemos de pasar sin fuego, porque estas dos cosas son muy caras para disfrutar de ellas al mismo tiempo? Es que os habéis propuesto matarnos de hambre y de frío al mismo tiempo, o, como dicen los autores latinos, *unico contextu.* Mi querida hermana, hablándoos con franqueza, debo deciros que jamás lograréis hacerme comer el grano crudo, molido, desleído en agua; mis alimentos han de pasar por las pruebas del fuego y del agua.

—Siempre me habéis parecido un gran majadero. ¿No podíais, puesto que sois tan delicado, comer vuestro grano caliente el domingo, y frío el lunes para cenar? Hay muchas gentes que valen tanto como vos, y que se chupan los dedos después de regalarse con ese manjar.

—Os quedo muy reconocido, mi querida hermana —respondió Triptolemo—; pero, con ese alimento no tardaríamos en llegar al fin; no habría campos, ni arado, ni trabajo, y tendría que tenderme en la cama y esperar la hora de la muerte. Tenemos en casa más harina que la que todas estas islas necesitan para su consumo de un año y, sin embargo, me reprocháis un miserable plato caliente, a mí que tengo tanto trabajo.

—¡Chitón, silencio! ¡basta de conversación! ¡callad! —le dijo Baby, mirando alrededor, con aire asustado—. Es una grave imprudencia hablar de lo que uno tiene en casa, y vos sois sin duda el hombre que se necesita para guardarlo. ¿Oís? Ya llaman a la puerta: sí, llaman, tan cierto como que yo vivo de pan.

—Pues abrid, Baby —le dijo su hermano, que aprovechaba la ocasión para dar por terminada la disputa.

—¡Que abra! —exclamó Baby encolerizada, temerosa, y triunfante de la superioridad de inteligencia que creía tener sobre su hermano—. ¡Que abra para que entren los ladrones a robarnos!

—¡Ladrones! En este país no hay ladrones. Os lo he dicho mil veces, Baby; en este país no hay montañeses que nos atormenten: ésta es una tierra honrada y tranquila.

—Aquí no habrá montañeses, pero hay otros que no valen menos. Ayer pasaron frente a esta casa seis o siete de esos andrajosos, cuyo aspecto no era mejor que el de los montañeses que venían del otro lado de Clochnaben, con unos instrumentos, que llaman cuchillos, para descuartizar ballenas; todos parecían mendigos; las gentes honradas no

Librodot

usan de semejantes aperos.

Mientras los dos hermanos disputaban. Mordaunt no había cesado de gritar y dar golpes, oyéndosele claramente desde el interior de la casa, a pesar del ruido del huracán, que estaba entonces en su mayor fuerza. Triptolemo y Baby tenían un susto enorme y se contemplaban con inquietud.

—Si han oído hablar de dinero —dijo Baby—, no hay salvación para nosotros.

—Y vos no debéis nombrarlo ahora —le observó Triptolemo—. Asomaos a la ventana a ver cuántos son, mientras yo cargo mi carabina: id en silencio, y como si anduviéseis sobre huevos.

Baby dirigióse, toda temblando, hacia la ventana, y, cuando volvió dijo que sólo había visto un joven, que gritaba y hacía ruido como si estuviese sordo; pero que ignoraba cuántos había escondidos.

—¡Escondidos! ¡Qué desatino! —dijo Triptolemo, soltando la baqueta con que iba a cargar su carabina—; no se les verá ni oirá; quien llama debe ser algún infeliz, sorprendido por el huracán, y que querrá refugiarse aquí y que le demos un bocado de pan; abrid la puerta, Baby; haréis una obra de misericordia.

—¡Una obra de misericordia! —exclamó Baby, y luego, gritando, agregó—: ¡Entran por la ventana!

Efectivamente, Mordaunt había forzado una ventana y en aquel momento entraba en la habitación en que se encontraban los dos hermanos, chorreando agua. Triptolemo, consternado y abatido, echóse la carabina a la cara, aunque sin haberla cargado, cuando Mordaunt, sorprendido, le gritó:

—¡Deteneos, deteneos! ¿Cómo tenéis cerradas las puertas de vuestra casa con tanto cerrojo y en un tiempo tan horroroso? ¿Y qué espíritu maligno os ha inspirado esa idea de amenazar con una carabina a las personas que os piden un abrigo, como si se tratase de lobos marinos?

—Pero, ¿quién sois vos, amigo? ¿qué deseáis? —preguntó Triptolemo apoyando en el suelo la culata de su arma.

—¡Qué deseo! —exclamó Mordaunt—; todo lo que necesito: comer, beber, fuego, una cama para esta noche y un caballo que me conduzca mañana por la mañana a Yarlshof.

—¡Y sosteníais mi querido hermano —dijo Baby en voz baja y en tono de reproche—, que en este país no había ni vagabundos ni ladrones! ¿Habéis oído jamás a ningún andrajoso de Lochaber decir más descaradamente lo que quiere y por lo que viene? Amigo mío —agregó dirigiéndose a Mordaunt—, salid de aquí al punto, y proseguid vuestro camino; ésta es la casa del factor del lord chambelán, y no una posada para gentes de vuestra condición.

Mordaunt rióse de la simpleza de esta intimación, y repuso:

—¿Yo salir para exponerme de nuevo a los rigores de una tempestad como ésta? ¿Pensáis seguramente que yo soy algún buho, o algún alcaraván, cuando suponéis que voy a marcharme porque hagáis ruido con las manos o gritéis como una loca?

—¿Pero, os habéis propuesto —le dijo Triptolemo con un aire grave—, quedaros en mi casa de grado o por fuerza?

—Precisamente —respondió Mordaunt—. ¿Y con qué derecho os oponéis a ello? ¿Qué, no oís el ruido de los truenos y la lluvia? ¿No veis los relámpagos? Ignoráis, por ventura, que en quince millas al contorno, ésta es la única casa en la que puede uno

Librodot

refugiarse? Vamos, mi buen señor y mi buena señora, tales bromas sólo son admisibles en Escocia; pero esta moneda suena mal a los oídos en nuestras islas. A lo que veo, habéis dejado apagar el fuego, y mis dientes castañetean de frío. Yo arreglaré todo eso en un instante.

Efectivamente, Mordaunt se apoderó de las tenazas, removió la ceniza del hogar, y reanimó algunos restos de turba, que la económica Baby había calculado que podría conservar aún por muchas horas el germen del fuego sin dejar que se extinguiese; después miró alrededor, vio en un lado la provisión de leña, presente con que habían obsequiado a Baby el mar y las tempestades, y de que Baby no se servía sino pesándola. Arrojó al fuego dos grandes pedazos de madera, y el hogar, poco acostumbrado a tanta esplendidez, envió hacia la chimenea una negra columna de humo, tan densa como hacía mucho tiempo que no se veía en Harfra.

Mientras que este huésped importuno se procuraba todas sus comodidades, sin que se le convidase, Baby no cesaba de perseguir a su hermano instándole para que lo arrojase de la casa; pero Triptolemo no tenía deseos... ni valor para hacer tal cosa, y, además, las apariencias no parecían indicarle que pudiese salir victorioso en caso de una reyerta con el recién venido. Mordaunt estaba entonces en la flor de su edad; sus formas graciosas y su fuerte musculatura dejábanse ver al través de su vestido sencillo; tenía los ojos vivos, la cabeza bien formada, las facciones de su rostro animadas, su pelo era negro, brillante y lleno de rizos, y miraba de tal modo, que imponía. Todo esto contrastaba de un modo singular con la constitución física del huésped, en cuya casa había entrado a viva fuerza. Triptolemo era un hombre pequeño, zurdo, patiestevado, y su nariz remangada anunciaba, por el color de cobre que relucía en su punta, que el buen factor era aficionado al mosto. Así, pues, la diferencia era clara entre ambos campeones, tan desiguales en talle y fuerza, y la edad no añadía nada en favor del más débil; además, el factor era, en el fondo, un hombre de bien y muy honrado, y desde que supo que su huésped no se proponía más que procurarse un asilo contra la tempestad, hubiera sido el último, a pesar de las instigaciones de su hermana, en negar un servicio tan necesario a un joven cuyo exterior tanto le favorecía. Reflexionaba cómo podría revestirse del carácter de amo de casa, amigo de la hospitalidad, y despojarse del poco airoso papel de grosero defensor de su hogar contra un joven que se había introducido en su casa sin que se le hubiera autorizado para ello. Pero Baby, que había enmudecido al observar la extrema familiaridad de Mordaunt, su lenguaje y su conducta, le dijo:

—¿No os avergonzáis de encender fuego y de calentaros con nuestra mejor leña? ¿Por qué escogéis con preferencia la mejor encina?

—Esta madera os ha salido muy barata —le contestó con viveza Mordaunt—, y no debéis reprocharme un fuego cuyos materiales regala el mar. Estos hermosos pedazos de encina han prestado ya su servicio en la tierra y en el mar, y no pueden quedar unidos bajo la maniobra del esforzado marinero que guiaba la nave a que han pertenecido.

—Cierto —dijo la vieja Baby, suavizando un poco la voz—; ahora no debe andar la cosa muy buena en el mar; pero sentaos, y pues que el fuego arde, no lo desaprovechéis.

—¡Oh! sí, sí —dijo Troptolemo—; es un placer al ver tan buen fuego; desde que salí de Mearns no lo había visto igual.

—Ni nosotros volveremos a verlo —dijo Baby—, a menos que _ no se prenda fuego a la casa, o que se descubra alguna mina de carbón.

—¿Y por qué? —replicó el factor con aire triunfal—; ¿no podemos nosotros

Librodot

descubrir una mina de carbón en las islas de Shetland, como en el condado de Fite, especialmente cuando el chambelán tiene aquí un hombre activo e inteligente para hacer todas las investigaciones necesarias? ¿La pesca no es tan buena de los dos lados?

—Necesitáis que yo os diga lo que pienso, hermano —respondió Baby, a quien una larga experiencia había enseñado a no fiar mucho de las falsas especulaciones de su hermano—. Si le inspiráis tan hermoso proyectos a milord, apenas estaremos establecidos aquí, nos veremos obligados a ir a otra parte: seguramente creeréis que vais a tener en el bolsillo antes de un año buenas onzas portuguesas bien sonantes.

—Todo es posible —dijo Triptolemo—. ¿Acaso no sabéis que en las Orcadas existe una tierra que se llama Ophir, o cosa semejante? ¿Y Por qué no puede ser allí adonde el sabio rey Salomón mandó sus naves y sus criados a buscar 450 talentos? ¿Supongo que no pondréis en duda lo que dice la Biblia?

Esta extemporánea cita de la Escritura Santa impresionó a Baby, y la obligó a callar aunque murmurando entre dientes con cierto aire despectivo hacia su hermano.

Triptolemo, dirigiéndose entonces a Mordaunt, le dijo:

—Vosotros habéis de ver las felices transformaciones que hacen el oro y la plata aun en un país tan estéril como el vuestro. Estoy seguro de que en estas islas no existen minas de cobre ni de hierro.

Mordaunt manifestóle que había oído hablar de unas minas de cobre junto a las rocas de Konigsburg.

—Pues bien —continuó Triptolemo—, existen otras junto al lago de Swarna; pero vosotros creéis poder luchar con un hombre tan experimentado como yo.

Baby, que mientras hablaba su hermano no había cesado de contemplar atentamente al joven Mordaunt, dijo de pronto a Triptolemo:

—Me parece que haríais bien en dar a este joven un vestido para que se mudase, y ver qué le podríamos dar de comer, en vez de fastidiarnos con vuestras largas historias; quizá le agrade beber un poco de leche, o cualquier otra cosa, si tuvieseis la cortesía de ofrecérsela.

A Triptolemo sorprendióle esta proposición en boca de su hermana, y Mordaunt les contestó que les agradecería que le facilitasen ropa para mudarse y que le perdonasen si no bebía nada antes de comer alguna cosa.

Triptolemo lo condujo al punto a otra habitación, y le entregó las prendas necesarias para substituirlas por las mojadas que llevaba puestas, dejándolo solo para que lo hiciese con más libertad. Entretanto, se dirigió hacia la cocina extraordinariamente sorprendido de aquel acceso de hospitalidad de parte de su hermana.

—Debe haberse vuelto loca o está en peligro de muerte —pensaba—; y aunque soy su heredero, sentiría mucho el perderla, porque gobierna muy bien la casa: cierto que aprieta demasiado la cincha en algunas ocasiones; pero también la silla está más segura.

Aumentaron los temores de Triptolemo al entrar en la cocina, pues halló muy ocupada a su hermana en poner en una olla al fuego un ganso ahumado, que con otro de su especie estuvo mucho tiempo colgado de la chimenea.

—Un día u otro teníamos que comerlo; pues mejor es hoy que mañana y así disfrutará de él este buen muchacho —murmuraba Baby entre dientes.

—¿Qué estáis haciendo, hermana mía? —le dijo Triptolemo—. ¡Un ganso al fuego! ¿Qué fiesta vais a celebrar hoy?

—Una fiesta semejante a la que celebraron los israelitas cuando se libraron de la

servidumbre de los egipcios. ¿Vos no sabéis a quién hospedáis en vuestra casa?

—No, por cierto —respondió Triptolemo—. Creería que era un mercader ambulante, si no fuera porque tiene muy buen aspecto, y no lleva su pacotilla.

—Entonces no veis más claro que vuestros bueyes negros. Pero, si no conocéis a la persona que tenéis en casa, ¿conocéis a Tronda Drousdaughter?

—¿Tronda Drousdaughter? —respondió Triptolemo—; ¿cómo queréis que no la conozca, cuando le pago cada día dos sueldos de Escocia por su trabajo en nuestra casa, y trabaja como si la obra que hace le quemase los dedos? Mejor quisiera pagar cuatro sueldos ingleses a una muchacha de Escocia.

—Eso es lo único razonable que habéis dicho en toda esta dichosa mañana. Pues Tronda conoce perfectamente a este joven, y me ha hablado frecuentemente de él; a su padre le llaman el hombre silencioso de Sumburgh, y afirman que es una persona de mal agüero.

—Todo eso son necedades, sandeces de los moradores de estas islas. Si los necesitáis un día de trabajo, el uno ha pisado la hierba que llaman tang; el otro ha tropezado en su camino con alguno que le ha hecho mal de ojo; otros han vuelto la proa de su barco hacia el sol y necesitaban permanecer con los brazos cruzados todo el día.

—Muy bien, hermano, muy bien; si sabéis tanto, es porque habéis aprendido algunas palabras en latín en el colegio de San Andrés. Pero, ¿a que no me decís qué es lo que lleva alrededor de su cuello?

Un pañuelo de Barcelona, que chorreaba agua, y yo le he prestado uno de los míos para que lo substituya.

—¡Un pañuelo de Barcelona! —dijo Baby, levantando la voz y bajándola de pronto, temiendo que oyesen lo que iba a decir—: yo os hablo de una cadena de oro.

—¡De una cadena de oro! —dijo sorprendido Triptolemo.

—Sí, hijo mío, una cadena de aro. ¿Y qué pensáis ahora? Según afirma Tronda, parece que el rey de los drows se la ha regalado a su padre, el hombre silencioso de Sumburgh.

—Yo quisiera que no dijeseis nada o que os calléis. El resultado de todo esto es que este joven es el hijo del rico extranjero de Sumburgh, y que le obsequiáis con el ganso que debíais guardar para el día de San Miguel.

—Hermano mío, nosotros debemos hacer algo por el amor de Dios, y a fin de atraernos algunas amistades; y este joven —añadió— tiene una hermosa presencia; pues nuestra buena Baby tiene, además, la propensión, tan natural a su sexo, a favor de la juventud y hermosura del otro.

—Sí, por el amor de Dios —dijo Triptolemo—. Yo apuesto que no permitiríais que entrara más un joven de hermosa presencia, si no llevaba cadena de oro.

—¡Oh! seguramente —replicó Baby—, ¿os agradaría que el primer vagabundo que pasase por aquí, en un día de mal tiempo, nos rebañara cuanto poseemos? Pero este joven es bien conocido; goza de excelente reputación en el país, y Tronda dice que va a casarse con una de las dos hijas del rico udaller Magnus Troil, y que sólo espera, para fijar la fecha de la boda, a que haga su elección y se declare por una de ellas. En este caso, comprometeríamos nuestra reputación y nuestro reposo, si le despidiéramos sin haberle tratado bien, aunque haya venido sin invitación y entrado por la ventana.

—La mejor razón que yo tengo —dijo Triptolemo— para guardarle en casa, es que no os atrevéis a despedirle. Sin embargo, puesto que tenemos en casa a un hombre, y un

Librodot

hombre de posición, voy a hacerle comprender en qué casa se encuentra.

Y adelantándose hacia la puerta de la habitación en que Mordaunt mudábase de ropa, dijo:

—*Heus! tibi, Dave!*

—*Adsum:* aquí estoy —respondió Mordaunt, presentándose de pronto.

—¡Hola! Ya se conoce que habéis estudiado humanidades —dijo para sí el erudito Triptolemo—; pero yo le tantearé aún. ¿Sabéis algo de agricultura?

—A fe mía, señor —respondió Mordaunt—, he aprendido a arar sobre el mar, y a recoger las mieses sobre la cresta de los peñascos.

—¡Arar sobre el mar! Allí se abren surcos, que no es difícil cubrir; y en cuanto a vuestra cosecha, supongo que os referís a esas hierbas que se crían en lo alto de las breñas, y cuyo nombre no importa. Esta es una cosecha que debería estar terminantemente prohibida. Nada es más a propósito para que un hombre se rompa todos los huesos. Yo no sé qué gusto puede haber en colgarse al extremo de una cuerda entre el cielo y la tierra; yo preferiría que el otro extremo de la cuerda entuviese sujeto a una horca; así tendría seguridad de no caerme.

—¿Sí? Pues os aconsejo que lo probéis —repuso Mordaunt—. Creedme; hay pocas situaciones en el mundo en que el hombre experimente más gratas sensaciones que cuando se ve pendiente, en medio de los aires, entre una roca escarpada y altísima y un mar agitado, sostenido sólo por una débil cuerda, y apoyando el pie sobre una piedra tan poco saliente que apenas encontraría en ella donde apoyarse una gaviota. Tener la convicción de que la agilidad de sus miembros y su presencia de ánimo bastan para su seguridad en tan arriesgada posición, es vivir independientemente de la tierra, nuestro elemento natural.

Triptolemo escuchaba asombrado descripción tan animada; y su hermana, no menos confusa, fijando sus ojos en los de Mordaunt, exclamó, admirando el aire noble del joven:

—No es posible dudar, hijo mío, de que sois un valiente muchacho.

—¡Un valiente muchacho! —repitió Triptolemo—. Y yo digo un pájaro valiente que vuela y se columpia en medio de esos aires, debiendo quedarse en tierra firme. Pero, vamos, el ganso que ha preparado mi hermana, estará ya cocido: traed, Baby, platos y sal; va a ser un bocado exquisito. Creo que los habitantes de estas islas son los únicos en el mundo que, después de arriesgarse tanto para cazar estos animales, se contentan con hacerlos hervir.

—Sí, seguramente —replicó su hermana; siendo ésta la vez primera que estuvieron de acuerdo los dos hermanos—. En el condado de Agnus, ni en el Mearns, se hierven los gansos; allí hay asadores. Pero, ¿quién viene ahora? —agregó, mirando consternada hacia la puerta—. Eso es, abrid la puerta, y hasta los perros entrarán... pero, ¿quién la ha abierto?

—Yo —respondió Mordaunt—: no podíais permitir que un desgraciado permaneciera largo rato con un tiempo tan horrible llamando a vuestra puerta, que no es fácil abrir a lo que parece. Pero aquí hay algo que nos servirá para entretener el fuego —añadió tomando un pedazo dé encina que servía para atrancar la puerta y arrojándolo a la lumbre.

La señora Baby exclamó indignada, apresurándose a retirar del fuego la tranca:

—Esto es un obsequio del mar y no tenemos otro. Y vos, ¿quién sois? —preguntó al recién venido—, un mendigo desvergonzado, como no he visto jamás otro.

—Soy un mercader ambulante, señora —respondió el interpelado, que tenía todo el

aspecto de un buhonero—. Jamás he viajado —añadió— con tan mal tiempo, ni jamás he deseado tanto encontrar un abrigo. ¡Bendito —sea Dios, que me ha conducido a este asilo!

Y al hablar así, acercó al fuego un viejo taburete, y sin más ceremonia tomó asiento.

Baby lo contemplaba como un ave de rapiña a su presa, pensando expresar su indignación de un modo más contundente, cuando presentóse cojeando una vieja criada, medio muerta de hambre, que hasta entonces había estado escondida en un rincón de la casa, y lanzó una exclamación siniestra, que pareció presagio de una nueva desgracia:

—¡Ay, señor mío! ¡Ay, señora mía! Lo mejor de cuanto hay en casa y no tendremos suficiente. Ved aquí la vieja Norma de Fitful-Head, la mujer más terrible de todas estas islas.

—¿De dónde viene? ¿Y dónde puede haber estado? —preguntó Mordaunt, que parecía participar de la sorpresa, por no decir espanto, de la vieja criada—; pero es ocioso preguntar, porque cuanto peor está el tiempo, más viaja ella.

—Pero, ¿a qué viene a esta casa esa mendiga? —exclamó Baby, que se desesperaba de ver llegar, uno tras otro, a tanto forastero—. Yo haré que terminen pronto todos estos viajes; os lo aseguro, si mi hermano es un hombre, y si hay disponibles un buen par de esposas en Scalloway.

—Los hierros con que se le podría esposar —dijo gravemente la criada— no han sido forjados todavía sobre yunque alguno. Vedla aquí. Os ruego encarecidamente que le habléis con dulzura y cortesía; en caso contrario, no tardaréis en ver cómo una nube de piedra y granizo rompe todas las ventanas de la casa.

Mientras hablaba la criada, una mujer altísima, que casi no podía pasar por la puerta, entró en la cocina santiguándose y diciendo con tono grave estas palabras:

—Que Dios y San Ronald bendigan a los que tienen abierta la puerta de sus casas, y que su maldición y la mía persigan al avaro que la tiene cerrada.

—Y vos, ¿con qué derecho os permitís hablar de bendición y maldiciones en casa ajena? —preguntóle la señora Bárbara—. ¿De qué país sois, que inquietáis a las gentes hasta en su misma casa, de modo que no pueden sosegar una hora. ni servir al Cielo, ni conservar el pan que Dios les ha dado, sin que las importunidades de salteadores y vagabundos les asedien como una bandada de patos silvestres?

Estas palabras despertaron la cólera de la recién llegada, y para prevenir la explosión de su resentimiento, la criada y Mordaunt le hablaron con respeto:

La primera con lengua norsa, y el segundo en inglés.

—Estos señores son extranjeros, Norna —le dijo Mordaunt—, e ignoran vuestro nombre, vuestra condición y los usos de este país, por lo que debemos perdonarles su falta de hospitalidad.

—Yo cumplo los deberes de hospitalidad, señor mío —replicó Triptolemo—, *miseris succurrere disco.* El ganso que se cuece para vos, y que sin vuestra llegada hubiera seguido colgado en la chimenea hasta el día de San Miguel, lo demuestra; pero, aunque pusiéramos a cocer veinte, no faltaría quién engullese hasta la última pluma. Es necesario poner término a todo esto.

—¿Qué es a lo que hay que poner término, vil esclavo? —interrumpió Norna, volviéndose hacia él encolerizada—. ¿En dónde quieres poner orden? Trae aquí, si quieres, tus arados modernos, tus azadas y tus rastrillos; varía, si quieres, todos los utensilios y los instrumentos que usaron nuestros padres desde la reja del arado hasta la

Librodot

ratonera; pero recuerda que habitas una tierra conquistada en otro tiempo por los esforzados campesinos del Norte, y no pretendas mermar su hospitalidad, que testimonia que descendemos de gentes nobles y generosas. Yo te lo digo; mira lo que haces. Mientras Norna pueda ver, desde la cumbre de Fitful-Head, el vasto Océano, no han de faltarle a este país medios de defensa. Si los hombres de Tule, dejando de ser campeones, nos preparan banquetes a los cuervos, las mujeres conocen muy bien el arte que en ocasiones hizo de ellas reinas y profetisas.

La mujer que de tan extraño modo se había expresado, tenía un aspecto tan singular, su lenguaje eran tan orgulloso y sus pretensiones tan extravagantes, que, dado ese extraordinario conjunto, y atendida la fealdad de sus facciones, la aspereza de su voz y su colosal estatura, hubiera podido muy bien representar en el teatro la Boadicea de los antiguos bretones, la sabia Velleda, Aurinia o cualquiera otra famosa pitonisa de las que en otros tiempos conducían al combate a los antiguos godos. Sin embargo, su semblante no carecía de cierto aire de nobleza Y de regularidad, que, a no ser por la edad y los efectos de la intemperie, la hubieran hecho parecer hermosa. Los años y quizá también los sentimientos, habían amortiguado el brillo de sus ojos azules obscuros, que parecían casi negros, y esparcido un tinte de nieve sobre la parte de sus cabellos que no le cubría la toca, y que la violencia de la tempestad había desordenado por completo. El agua caía por todas partes del ancho vestido, de color obscuro, en que iba envuelta; pero, habiéndose quitado aquel vestido, que era una especie de manta, dejó ver un pequeño jubón de terciopelo azul obscuro, al que estaba unido un corsé carmesí, bordado de plata un poco oxidada. Varios dijes de plata, cortados a manera de signos del Zodíaco, guarnecían su cintura, y su delantal azul, también bordado, cubría una rica saya de color carmesí. Calzaba unos zapatos, algo parecidos a los de los antiguos romanos, de cuero, a medio curtir, sujetos con correas por encima de una media de color de escarlata. De su cintura pendía un arma que podía pasar, o por un cuchillo de sacrificios, o por un puñal, y en la mano llevaba un palo de forma cuadrada, que tenía grabadas las figuras y caracteres de uno de los almanaques perpetuos y portátiles usados por los antiguos escandinavos, y que los supersticiosos confundían con la vara mágica de los hechiceros.

Tal es el retrato de Norna de Fitful-Head, a quien unos respetaban, otros temían y todos consideraban mucho. En Escocia, una persona que despierta tales sospechas hubiera sido perseguida por la crueldad de los inquisidores investidos por el Consejo privado de las facultades necesarias para perseguir y castigar a los acusados de magia y sortilegio. Mas las supersticiones de esa índole pasan por tres distintas graduaciones antes de disiparse por completo. Los seres a quienes la credulidad concede un poder sobrenatural, son venerados al principio; pero, a medida que aumentan los conocimientos religiosos y crece la ilustración, inspiran odio y horror, concluyendo por ser considerados como impostores. Escocia estaba entonces en el segundo de esos tres períodos; pero las islas de Shetland formaban todavía en aquella época un mundo aparte. La superstición de los hijos del Norte y la ciega idolatría a la ciencia_ sobrenatural y poder sobre los elementos formaban parte de la creencia de los antiguos escandinavos, y los habitantes de las islas de Shetland conservaban las tradiciones de sus padres. Y si los naturales de Tule admitían que el demonio ayudaba a ciertos magos a ejercer sus sortilegios, creían también ciegamente que otros se relacionaban con espíritus menos temibles; tales eran los *trows o*

Librodot

drows,[8] las hechiceras modernas, y otros muchos.

Norna, que decía que estaba relacionada con un espíritu, era descendiente de una familia que, desde tiempo inmemorial, se creía dotada de un don extraordinario, y en honor de su pretendido poder sobrenatural, tomó el nombre de una de las tres hermanas que están encargadas por el destino, según la mitología del Norte, de tejer la trama de la vida humana. Ella y sus antepasados ocultaban cuidadosamente su verdadero nombre, porque la superstición había unido fatales consecuencias a su descubrimiento. Solamente se dudaba si Norna había obtenido el poder que la suponían por medies legítimos. Hoy se hubiera dudado quién engañaba a quién; pero es lo cierto que ella ejercía su arte con una confianza tan íntima, con tal dignidad en su aspecto y tal fuerza de expresión en su lenguaje, que el más incrédulo admitiría como real el entusiasmo de Norma a pesar de la risa que sus extravangantes pretensiones provocaban.

VI

Cuando Norna llegó a la casa de Triptolemo la tempestad había aplacado un tanto sus furores, pero tan pronto como aquélla estuvo en compañía de los que las circunstancias y la casualidad habían reunido, volvió a desencadenarse el huracán tan violentamente, que espantó a todos haciéndoles temer que el edificio se desplome sobre ellos.

La señora Baby reveló su terror, exclamando:

—¡Oh Dios mío! ¡Apiadaos de nosotros y sed nuestro amparo! ¡Aquí vamos a perecer todos! ¡Qué país es éste, en que habita una raza tal de vagabundos y miserables aventureros! Y vos, viejo loco —añadió dirigiéndose a su hermano, con la aspereza y aire duro que le eran peculiares— ¿qué necesidad teníais de dejar aquella hermosa tierra de Mearns para venir a un país donde sólo hay desvergonzados mendigos y vagabundos insolentes que asaltan nuestra misma casa, mientras que el Cielo nos amenaza con su cólera?

—Paciencia, mi querida Baby, paciencia —respondió Triptolemo—; todo esto cambiará, todo se mejorará, excepto —continuó murmurando en voz baja— el áspero humor de una mujer perversa, más difícil de soportar que el rigor de la tormenta.

La vieja criada y el buhonero no cesaban, mientras tanto, de suplicar a Norna; pero, como hablaban en lengua norsa, Triptolemo ignoraba lo que decían. Norna les escuchaba inmóvil; pero al fin rompió el silencio, y con aire despectivo y elevado, respondió en inglés:

—No, yo no haré nada. ¿Qué importa que esta casa se convierta esta misma noche en un montón de ruinas? El universo no necesita que en ella permanezca un loco con sus proyectos y una mujer avarienta. Han venido a nuestras islas con pretensión de reformar nuestros usos y costumbres; ¡pues que sepan lo que es una de nuestras tempestades!

Y esforzando más la voz agregó:

—¡Los que no quieran sucumbir, váyanse de esa casa!

El buhonero apoderóse al punto de su mochila, que empezó a atar sobre sus espaldas precipitadamente, y la criada por su lado, se cubrió con su manta, dispuestos ambos a abandonar la — casa, cuando Triptolemo, algo inquieto por tales disposiciones, preguntó

[8] Trows o drows enanos.

Librodot

a Mordaunt, vacilante y temeroso, si en efecto creía que hubiese algún peligro; es decir, tanto peligro.

—Lo ignoro —respondió Mordaunt—; lo que puedo aseguraros es que no me acuerdo haber presenciado ninguna otra tempestad tan fuerte como ésta. Norna podrá decirnos si va a aplacarse, pues es quién mejor conoce el tiempo en nuestras islas.

—¿Y es éste el único poder que le reconocéis a Norna? —dijo la sibila—. Pronto sabréis de lo que es capaz. Escúcheme, Mordaunt, joven extranjero en nuestras islas, pero cuyo corazón es bueno y humano: márchate de esta casa con los que se disponen a salir de ella, pues está condenada a perecer.

—Yo no saldré, Norna —respondióle Mordaunt—. No sé por qué me aconsejáis de ese modo, pero todas vuestras siniestras amenazas no me harán abandonar una casa en que, durante tan furiosa tempestad, se me ha dispensado buena acogida; si los dueños son ajenos a nuestras hospitalarias costumbres, debo mostrarles mayor gratitud por haberme franqueado sin dificultad su puerta.

—Este es un joven honrado exclamó la señora Baby, a quien las amenazas de la pretendida hechicera, habíanle despertado las ideas supersticiosas, pero que tenía a veces, algunos resplandores de sentimientos más elevados que le permitían apreciar el desinterés y la generosidad de los otros. Éste es un joven honrado —repitió—: lo que acaba de decir vale diez gansos, y yo, si los tuviese, no se los negaría, condimentados a su gusto. Seguramente es hijo de un hombre bien nacido y no de un rústico.

—Hacedme caso, Mordaunt —insistió Norna—. Estáis destinado a grandes empresas, y no debéis quedar bajo este techo inhospitaliario, para ser sepultado por sus ruinas con sus indignos habitantes, cuya vida le es tan indiferente al universo como la de la siempreviva que crece sobre el tamo que la cubre, y que no tardará en mezclarse con sus miembros mutilados.

—Yo... yo... yo... me marcharé —dijo Yellowley, quien a pesar de su afectación de hombre erudito y sabio, estaba sumamente inquieto, porque la casa era vieja y el viento huracanado hacía vacilar las paredes de una manera espantosa.

—¿Y por qué habéis de marcharos? —preguntó su hermana—. Yo no creo que el príncipe de los vientos influya tan poderosamente sobre los seres que Dios ha criado a su imagen y semejanza, y que una casa tan buena como ésta se convierta en ruinas porque esa vocinglera quiera amedrentarnos con sus charlatanerías pretendiendo quizá que nos echemos a sus pies como dóciles falderos.

—Yo sólo prentendía —replicó Triptolemo, avergonzado del ademán que había hecho para salir echar una mirada sobre nuestras cebadas, que deben haber sido tronchadas por la tempestad. Pero si esta buena mujer quisiera quedarse con nosotros, lo más acertado sería sentamos a comer y esperar con tranquilidad que el tiempo cambie.

—¡Buena mujer! —repitió Baby—; una ladrona, querréis decir—. Norna —agregó—, partid, aventurera, salid inmediatamente de una casa honrada, u os arrojaré un mueble a la cabeza.

Norna la miró despreciativamente y se acercó a la ventana para contemplar los cielos, profundamente absorta en sus meditaciones. Mientras tanto la pobre vieja Tronda aproximóse a su ama y le_ suplicó, en nombre de lo que más amase, que no provocara la cólera de Norna de Fitful-Head.

—En Escocia —le decía— no hay una mujer, como ésta, que pueda hacerse transportar sobre uno de esos nubarrones, tan fácilmente como un hombre sobre el mejor

Librodot

caballo.

—¡Oh! Algún día la veremos —le respondió su ama— a caballo sobre el humo de un barril de alquitrán, que es la cabalgadura más adecuada para ella.

Norna lanzó nuevamente a Baby una mirada despreciativa, que sus facciones sabían expresar tan bien, y volviéndose hacia el Nordeste, por donde el viento soplaba más furioso, permaneció durante largo rato con los brazos cruzados y los ojos fijos en el cielo plomizo.

Parecía que la guerra de los elementos era familiar a Norna, y, sin embargo, la dura serenidad de sus facciones imponía. Su mirada asemejábase a las que el embustero cabalista lanza al invocar la aparición de un espíritu que la inocente y crédula humanidad no puede contemplar sin emoción. Durante ese tiempo, Triptolemo y sus huéspedes manteníanse en diversas actitudes según las diversas sensaciones de cada cual. Mordaunt experimentaba curiosidad más que temor; no ignoraba que se le atribuía a Norna un poder extraordinario, y regocijábase de tener ocasión de apreciar la exactitud de tales rumores. Triptolemo, por el contrario, encontrábase abstraído en vista de lo que a su juicio superaba los límites de su filosofía, sintiendo mucho más miedo que curiosidad. Y en cuanto a Bárbara, difícil hubiera sido adivinar si sus ojos penetrantes y sus labios apretados reflejaban la cólera o el temor. El buhonero y la vieja Tronda, reflexionando que, si Norna había de desplomar la casa, no lo haría mientras ella estuviese dentro, permanecían tranquilos, pero estaban dispuestos a seguirla tan pronto como se dirigiese hacia la puerta.

De pronto, extendió Norna lenta y majestuosamente su palo de encina hacia la parte del cielo de donde el viento soplaba con más furia, y mientras que éste rugía violentamente, ella cantó una invocación noruega, que se conserva aún en la isla de Uist con el nombre de la *Tempestad*.

Como Mordaunt era un entusiasta de la música y de la poesía, y le encantaban las descripciones de sitios o lances fabulosos, escuchó con el mayor silencio e interés los cánticos salvajes que la sibila dedicó, entusiasmada, a la tormenta; pero aunque hubiese oído hablar mucho de los versos rúnicos y de los encantamientos del Norte, no creía que la tempestad, que poco antes estaba en su mayor apogeo, cediese a la influencia de aquella invocación o sortilegio. Y, no obstante, el huracán no resonaba ya más que a lo lejos, y el peligro había desaparecido; pero, ¿no pudo la pitonisa prever aquel acontecimiento por medio de indicios desconocidos para los que llevaban poco tiempo de residencia en las islas o no se entretenían en hacer observaciones meteorológicas? Mordaunt no dudaba de la reconocida experiencia de Norna, y esto bastaba para explicar lo que parecía sobrenatural en sus acciones. Sin embargo, la talla colosal y la cara de aquella bruja, medio cubierta por su desordenada cabellera; la nobleza de su aire y el gesto majestuoso y amenazador con que, aparentemente, invocaba al espíritu invisible de la tempestad, le convencieron por completo de que, si existía un arte oculto y transcendental capaz de dominar a la Naturaleza, y si en alguna ocasión existió una mujer que pudiese estar investida de tal autoridad, Norna había nacido para tan alto destino.

Los demás espectadores no dudaban del poder de la bruja. Tronda v el buhonero creían ciegamente que Norna era capaz de vencer a los elementos; pero Triptolemo y su hermana contempláronse sorprendidos y espantados cuando vieron que el furor de la tormenta cedía de un modo ostensible, especialmente durante las pausas que Norna hacía entre las estrofas de su cántico hechicero. Después de una larga pausa, la pitonisa reanudó

Librodot

su canto, pero con tono más dulce.

—¡Qué hermosa canción sería —murmuró Triptolemo al oído de su hermana— la que impidiera que nuestras mieses se tendiesen antes de la siega! ¿No nos vendería este secreto por un ciento de libras de Escocia?

—¡Un ciento de cabezas de necios como ves! —replicó Baby—; ofrecedle cinco marcos en dinero contante; todas las brujas han sido pobres como Job.

Norna, como si adivinase sus pensamientos, los contempló despreciativamente, y se dirigió hacia la mesa, sobre la que estaban los preparativos de la frugal comida de la señora Bárbara, de la que tomó una taza de *bland* y un poco de pan de cebada. Bebió y comió y luego dijo a sus huéspedes:

—No necesito agradeceros el refrigerio que he tomado, porque no me lo habéis ofrecido, y la gratitud para con las personas groseras y avaras, es como el rocío del cielo que cae sobre las rocas de Foulah, donde nada existe que pueda `er reanimado. No —repitió—, yo no os lo agradezco —y sacando del bolsillo una gran bolsa de cuero, bastante pesada al parecer, agregó—: Yo os pago con lo que estimáis más que toda la gratitud de los habitantes de Hialtland, para que jamás podáis decir que Norna de Fitful-Head ha comido de vuestro pan y bebido de vuestro brebaje sin pagaros.

Y, al hablar así, puso sobre la mesa una pequeña y vieja moneda con la efigie grosera y borrosa de uno de los antiguos reyes del Norte. Tritolemo y su hermana manifestaron su resentimento, con actitud: el primero, protestando que su casa no era taberna ni posada, y su hermana exclamando:

—¿Ha perdido el juicio esta vieja? ¿Quién ha oído decir jamás que la ilustre casa de Clinkcale ha vendido comidas a nadie?

—¡Ni las ha regalado! —agregó su hermano entre dientes—; no olvidéis eso, Baby.

—¿Qué murmuráis, viejo cuclillo? —le respondió amablemente su hermana, que comprendió lo que quería decir—: devolvedle la moneda a esa mujer, pues es una dicha el desembarazarse de ella: mañana por la mañana sólo encontraréis un pedazo de pizarra u otra cosa peor.

Triptolemo tomó la moneda de oro ara devolvérsela a Norna; pero quedó sorprendido al ver la efigie, y, con mano trémula, se la entregó a su hermana.

—Sí —dijo la Pitonisa—. Vosotros habéis visto otra vez esa moneda. ¡Procurad hacer buen uso de ella! Esa moneda nada vale para las almas bajas y avarientas; ha sido ganada corriendo honrosos peligros, y debe gastarse con una liberalidad que los iguale. El tesoro escondido bajo un hogar acusará un día, como el talento huido de la Escritura, a sus avaros poseedores.

El obscuro significado de esas frases sorprendió y asustó a Baby y a su hermano más de lo que ya lo estaban. Triptolemo tartamudeó algunas palabras que parecían una invitación que hacía a Norna para que se quedase con ellos aquella noche, o a lo menos participase de la comida que se estaba preparando entonces; pero mirando furtivamente a todos los presentes y pensando que sólo podía servirles un solo plato, corrigió su frase, ya casi empezada, diciendo que le agradecería que tomase su parte de lo poco que tenían, y que sería servido en menos tiempo del que se necesita para desuncir un par de bueyes del arado.

—No seré yo quien coma ni duerma aquí —replicó Norna—: y no sólo voy a libraros de mi presencia, sino también de la de los demás huéspedes que con gran sentimiento vuestro se encuentran aquí. Mordaunt —añadió, dirigiéndose a éste—: la tempestad se ha

Librodot

alejado, y vuestro padre os espera esta misma noche.

—¿Os dirigís al mismo lugar? —preguntó Mordaunt—: yo no me detendré más que un momento para tomar un bocado, y os acompañaré, mi buena madre, pues el camino debe ofrecer muchos peligros a causa del desbordamiento de los ríos.

—Yo voy en la misma dirección le contestó la sibila—, y Norna no necesita que el brazo de ningún mortal la sostenga. Seres que están en estado de allanar el camino que yo debo recorrer me llaman lejos de aquí, hacia el Este. Tú, Bryce Snailsfeot, apresúrate a llegar a Sumburgh; allí se prepara una buena cosecha para ti. Innumerables mercancías buscarán en breve en aquellas playas nuevos dueños; y el marinero, dormido profundamente en el fondo del Océano, se inquietará muy poco del destino de los fardos y cajones que las olas arrojen a la orilla.

—No, no, mi respetable madre —repuso el buhonero—, yo no quiero que nadie muera para aprovecharme de su muerte; me limito a dar las gracias a la Providencia por los beneficios que me otorga en mi pequeño comercio; sin embargo, es indudable que unos aprovechan la pérdida de los otros, y puesto que estas tempestades lo destruyen todo sobre la tierra, es de justicia que nos envían algo por el mar; y así, cogeré un pedazo de pan de cebada y me echaré un trago y, después de dar las gracias a todos, emprenderé la marcha hacia Yarlshof.

—Sí —dijo la pitonisa—, los cuervos acuden siempre adonde ha habido matanza; así, en donde el mar hace sus estragos, va el buhonero para aprovecharse de sus despojos, como el tiburón sigue a los navíos para devorar los cadáveres.

Si este sarcasmo fue o no dicho intencionalmente, pareció a lo menos superior a la inteligencia del pobre mercader, pues, no dándose por aludido, y dejándose llevar de sus esperanzas, tomó su mochila y su palo, que le servía además de vara para medir, dirigióse a Mordaunt con la familiaridad característica de los países poco civilizados, y le preguntó si deseaba regresar a Yarlfhof en su compañía.

—Yo voy a comer —le respondió Mordaunt— con el señor Yellowley y la señora Baby, y dentro de media hora emprenderé la marcha.

—En ese caso, yo tomaré un bocado en el camino —dijo el buhonero, quien apoderándose sin ceremonia alguna de lo que la señora Baby creyó que eran las dos terceras partes de un pan de cebada; salió de la casa.

—¡Qué hambre tiene este buhonero! —exclamó la señora Baba. Y se observan en este país las leyes contra los vagabundos de ese modo? No lo digo porque yo pretenda cerrar la puerta de mi casa a las personas decentes y honradas especialmente durante una tempestad que parecía anunciar el fin del camino; pero ya está el ganso sobre la mesa: ¡pobre animalito!

Baby dijo esto con gran sentimiento por no estar ya su ganso suspendido en la chimenea. Mordaunt no pudo menos de reírse, y tomó una silla para ponerse a la mesa; pero, habiéndose vuelto para ver en dónde estaba Norna, advirtieron que había desaparecido antes que el buhonero tomase sus provisiones.

—Me alegro de que esa bruja se haya marchado —dijo Baby—, aunque haya dejado esta moneda de oro, que a nosotros nos avergonzará siempre.

—Callaos, por el amor de Dios —exclamó en voz baja Tronda Dronsdaughter—; ¿quién sabe dónde está ahora? No podemos estar seguros de que no nos oiga, aunque no la veamos.

Baby se estremeció y miró en torno suyo, pero en seguida se repuso, porque era tan

Librodot

esforzada como áspera y atrevida, y dijo:

—Habiéndola despreciado e insultado frente a frente, no sé por qué no he de hacerlo ahora. Nada me importa que me oiga o no, ni que esté lejos o cerca. Y vos, pobre imbécil —añadió, dirigiéndose a su hermano—, ¿por qué habrís tanto les ojos? A vos, que habéis estudiado en San Andrés y aprendido el latín y las humanidades, según decís, ¡os intimidan las chocheces de una vieja pordiosera! Bendecid la mesa y comamos, sin pensar más en esa bruja; su moneda no ensuciará mi bolsillo; haré un regalo a cualquier pobre, cuando me muera, y entretanto la guardaré para que me traiga la dicha; y ya veis que esto no se puede llamar gastarla; pero, en fin, bendecid la mesa y vamos a comer.

—Mejor sería —dijo Tronda— que rezaseis una oración a San Ronald y tirareis una pieza de seis sueldos por encima de vuestro hombro izquierdo.

—Sí, para cogerla vos —replicó la implacable Bárbara—. Aun se pasará mucho tiempo antes de que podáis ganar otro tanto aquí o en otra parte. Vamos a comer, Triptolemo, y no nos acordemos más de esa vieja loca.

—Loca o no —dijo Yellowley—, sabe muchas cosas; ¿no es prodigioso el poder de una persona de carne y hueso que con la voz calma la tempestad? Y después, lo que dijo del tesoro escondido bajo el hogar... Vaya, no puedo olvidarla...

—Pero podréis callaros —objetó su hermana con un tono muy agrio.

El pobre agricultor enmudeció y, sentándose a la mesa, hizo con una cordialidad extraordinaria los honores de su mezquina comida a su nuevo huésped, el primero de los intrusos que había llegado a su casa, y el último que la dejó. El ganso desapareció en seguida; pero, de modo tal, que Tronda, que se había prometido roer los huesos a lo menos, casi no encontró con qué satisfacer sus pobres deseos. Cuando concluyeron de comer, Triptolemo puso sobre la mesa una botella de aguardiente; pero Mordaunt, que era tan sobrio como su padre, usó muy moderadamente de este último don de la hospitalidad. Durante la comida, hablóse casi exclusivamente de Mordaunt y de su padre, y Baby quedó tan encantada de los pormenores en que él mismo se extendió, que no le permitió que volviera a ponerse sus vestidos, mojados aún, y le instó para que no se marchara hasta el otro día, a pesar del gasto que el darle de cenar implicaba.

Pero lo que Norna le había dicho avivó sus deseos de regresar a Yarlshof, y, además, la casa de Triptolemo, a pesar de la hospitalidad que se le había dispensado, le era muy poco agradable. Conservó los vestidos que se le prestaron, prometiendo devolverlos pronto, y, después de despedirse muy cortésmente de Triptolemo y Bárbara, partió.

VII

No le fue fácil a Mordaunt recorrer la distancia de diez millas escocesas que hay desde Stour-Burgh a Yarlshof, pues tales rodeos se vio obligado a hacer para evitar los numerosos pantanos y lagunas que a cada paso encontraba, que el viaje llegó a serle tan peligroso y molesto como la de la famosa retirada de Ayr. No encontró el viajero en su camino bruja ni hechicera alguna que lo separase de la dirección que había tomado; los días eran ya largos, y así llegó a Yarlshof, sano y salvo, a las once de aquella misma noche. El castillo estaba obscuro v silencioso; sólo después de silbar varias veces bajo la ventana de Swerta pudo lograr que ésta respondiese a la seña ya convenida.

La primera vez que silbó Mordaunt, Swerta, aun medio dormida, soñaba

Librodot

agradablemente con un marinero empleado en la pesca de la ballena, que se anunciaba, hacía cuarenta años, de un modo semejante a la ventana de su choza; al cabo despertó, acordándose que Juana Fea dormía desde mucho tiempo antes el sueño eternal bajo las heladas olas del Groenland, y que ella misma estaba sirviendo al señor Mertoun, en Yarlshof; y, por último, levantóse y abrió la ventana.

—¿Quién llama a esta hora?

—Soy yo —respondió Mordaunt.

—Podéis entrar, La puerta está cerrada sólo con el picaporte. Encontraréis aún fuego entre la ceniza, y hay pajuela para que podáis encender una vela.

—Perfectamente —contestó Mordaunt—. Pero, ante todo, ¿cómo se encuentra mi padre?

—Como siempre: ayer preguntó por vos. Prolongáis mucho vuestra ausencia, señor Mordaunt, y venís muy tarde a casa.

—¿Le ha pasado ya la crisis, Swertha?

—Por fortuna, se encuentra todo lo bien que puede estar. Ayer le hablé dos veces sin que él me hubiese dirigido antes la palabra; a la primera me contestó con tanta cortesía como pudierais hacerlo vos mismo; a la segunda me dijo que no le mortificase, y como aseguran que el número tres trae suerte, me atreví a hablarle todavía; pero me llamó vieja charlatana, aunque con cierta cortesía y sin incomodarse.

—Bien, Swertha; pero levantaos y dadme de cenar, porque hoy he comido pésimamente.

—Entonces habréis estado en Stour-Burgh en casa de esos recién venidos; pues no hay otra casa donde puedan dejar de serviros lo más bueno y mejor. ¿Habéis encontrado por ahí a Norna de Fitful-Head? Esta mañana salió para Stour-Burgh, y ha regresado esta tarde a la aldea.

—¡Regresado! ¿Y cómo es posible que haya andado más de tres leguas en tan poco tiempo?

—¡Oh! Nadie sabe cómo ella viaja. Yo he oído decir al ranzelmán, que había pensado ir a Burgh-Westra con el propósito de hablar a Minna Troil; pero que había encontrado en Stour-Burgh lo que buscaba y que por esto regresó a nuestra aldea. Pero entrad e id a la cocina, donde podréis cenar a vuestro gusto; el armario no está vacío, ni menos cerrado, pues, aunque el amo es extranjero, no tiene nada de avaro.

Mordaunt decidióse a entrar en la cocina, donde Swerta le sirvió con gran esmero una cena abundante, que le indemnizó de la mezquina comida que había hecho en Stour-Burgh.

El cansancio le retuvo el otro día en la cama más tiempo que de costumbre, y, cuando se levantó, vio que su padre estaba ya en la pieza que servía para todo, excepto para guisar y dormir. Le saludó, sin hablarle, y aguardó a que éste le dirigiese la palabra.

—Ayer estuvisteis fuera de casa, Mordaunt —le dijo su padre.

Mordaun había estado ausente más de una semana; y como sabía que su padre no le echaba de menos mientras se encontraba bajo el influjo de sus crisis de melancolía, contestó afirmativa, pero lacónicamente.

—¿Y os hallabais, según pienso, en Burgh-Westra? —volvió a preguntar Mertoun.

—Sí, señor.

Y, después, ambos permanecieron callados durante un largo rato.

Mertoun paseaba con gravedad y como absorto en reflexiones que parecían presagiar

Librodot

un nuevo e inmediato acceso de melancolía: luego, volviéndose repentinamente hacia su hijo, y con tono casi semejante al de una pregunta, dijo:

—Magnus Troil tiene dos hijas encantadoras, que se encuentran en la hermosa edad de las mujeres.

—Encantadoras; sí, señor —contestó su hijo, a quien sorprendió que en cierto modo le pidiese informes acerca de dos personas de un sexo del que, al parecer, se cuidaba tan poco; pero su sorpresa fue mayor cuando su padre, con un tono no menos duro que el primero, volvió a preguntarle:

—¿Cuál de las dos os parece más hermosa?

—Yo, mi querido padre —respondió Mordaunt sin manifestar el más mínimo embarazo—, no puedo juzgarlas. No he reflexionado nunca acerca de ellas; las dos me parecen muy bien.

—No debéis eludir mi pregunta, Mordaunt, pues quizá tengo algún motivo para desear conocer vuestra opinión sobre el particular. No pronuncio jamás una palabra inútil, y vuelvo a preguntaros ¿cuál de las dos hijas de Magnus Troil os parece más hermosa?

—Verdaderamente, padre mío —replicó Mordaunt—, que tengo tentaciones de creer que os chanceáis haciéndome esa pregunta.

—Señor mío —dijo Mertoun, cuyos ojos rodaban ya en sus órbitas y centelleaban de impaciencia—; yo no me chanceo nunca; contestad.

—Pues bien, padre mío, os doy mi palabra de honor de que no me puedo decidir por ninguna. Las dos son muy hermosas, muy amables, aunque entre las dos existe una notable diferencia. Minna es de un moreno más agraciado y aunque más circunspecta y más seria que su hermana, no es ni taciturna ni melancólica.

—Ya, ya —replicó su padre—; como vuestra educación ha sido también circunspecta y seria, supongo que es Minna quien os agrada más.

—No señor, mi querido padre; yo no puedo darle la preferencia sobre su hermana. Brenda está siempre tan alegre como un corderito en una mañana de primavera; es más pequeña que su hermana, pero está tan bien formada y baila tan bien...

—¿Cuál es la que divertirá mejor a un joven que habita en una casa triste, y que tiene un padre melancólico?

Mordaunt, sorprendido de la tenacidad que mostraba su padre en querer averiguar a todo trance su opinión respecto al punto indicado, limitóse a contestarle, como la primera vez, que las dos hermanas eran igualmente admirables, y que jamás se le había ocurrido apreciar a la una menos que a la otra; que otras personas podían mejor que él resolver sobre la preferencia que podría dársela respectivamente, según les agradase el carácter circunspecto o alegre, o el color moreno o blanco; pero que a él le parecían los dos igualmente bellas e interesantes.

Si Swertra, que entró en aquel momento con el almuerzo, no le hubiese distraído, quizá Mertoun no se hubiese contentado con las explicaciones que su hijo acababa de darle de un modo tan frío. Se pusieron a la mesa, y aunque Mordaunt había cenado la víspera muy tarde, comió con tal apetito, que su padre se convenció de que el almuerzo le interesaba más que la conversación. El señor Mertoun se cubrió la frente con una mano, y permaneció así un largo rato contemplando a su hijo, que sólo se ocupaba en el almuerzo. Éste comía sin distraerse y sin ocurrírsele que tan atentamente le estaban observando. Todo en él era franco, sencillo y natural.

—Su corazón no se ha dejado sorprender todavía —pensaba el señor Merton—. Tan

Librodot

joven, tan vivo, con una imaginación tan brillante, con un exterior tan agradable, con una figura tan seductora, me asombra que a su edad y en su situación haya evitado hasta ahora los lazos en que, sin excepción, se dejan coger todos los hombres.

Terminado el almuerzo, el señor Mertoun, lejos de proponer, como acostumbraba, a su hijo, que estaba siempre pendiente de sus labios, que se ocupase en el estudio, tomó su sombrero y su bastón, y le ordenó que le acompañase a pasear sobre el promontorio de Sumburgh.

—Desde allí —le dijo— podremos contemplar la inmensidad del Océano, que debe estar muy agitado a causa de la tempestad de ayer.

Mordaunt, a quien agradaban más que las ocupaciones sedentarias el ejercicio activo, se levantó rápidamente para seguir a su padre. Algunos minutos después trepaban por la montaña, cuyo declive por el lado de la tierra, es largo, escarpado y algo cubierto de hierba, pero que por aquel lado del mar forma una línea casi perpendicular que infunde terror.

El tiempo era delicioso; el viento soplaba suavemente arrastrando las pequeñas nubes de que estaba sembrado el horizonte, que, ocultando de vez en cuando el disco del sol, adornaban el suelo con la variedad de luz y de sombra que da, a lo menos momentáneamente, a una escena descubierta y casi sin límites, el especial encanto que ofrecen a la vista los múltiples colores de la tierra, cultivada a trechos. Esas luces, esas sombras, sucedíanse rápidamente y como jugueteando sobre los vastos almarjales, las rocas y los brazos de mar, cuyo círculo, extendiéndose más y más en torno de los viajeros, a medida que éstos avanzaban hacia la cumbre del promontorio, ofrecía una perspectiva más hermosa.

El señor Mertoun deteníase frecuentemente para contemplar esa escena, y su hijo creía que esas pausas no tenían otro objeto que el de disfrutar de aquel delicioso espectáculo; pero subiendo aún, y cuando se encontraban ya junto a la cumbre del promontorio, Mordaunt observó que la respiración de su padre iba haciéndose cada vez más difícil, y su marcha más incierta y penosa, y cuando se convenció de que en efecto las fuerzas se le debilitaban y que la subida le fatigaba más que de costumbre, se asustó de veras. Púsose entonces a su lado y le ofreció en silencio el apoyo de su brazo, como un acto de deferencia a la vejez, y más que todo de ternura filial. Mertoun le tomó sin hablar y se apoyó sobre él por algunos minutos; pero apenas habían dado cien pasos cuando Mertoun arrojó repentinamente lejos de sí a su hijo de una manera violenta, por no decir brutal, y, como si un recuerdo inesperado despertase su cólera y reanimara sus fuerzas, empezó a trepar por la montaña con un paso tan precipitado, que su lijo vióse obligado a hacer grandes esfuerzos para seguirle. Mordaunt sabía muy bien que su padre tenía un carácter muy singular, y ligeras, aunque numerosas circunstancias, le habían convencido de que no le amaba, a pesar de las demostraciones con que manifestaba en ocasiones que era el único objeto de sus cuidados sobre la tierra; pero jamás la convicción de esa falta de ternura hirió tanto a Mordaunt como cuando rechazó de modo tan brusco e inesperado la ayuda que casi todas las personas de edad avanzada aceptan con placer de los jóvenes que les acompañan, aunque sean desconocidos, como un homenaje agradable y natural.

Sin embargo, Mertoun pareció no haber advertido la impresión que su dureza produjo en el corazón sensible de su hijo; y deteniéndose en una especie de explanada a la que habían llegado díjole con afectada indiferencia:

—Mordaunt, pues que tenéis tan pocos motives para permanecer en estas islas

Librodot

salvajes, creo que no os desagradará ver algo más del mundo.

—Os doy mi palabra de honor, querido padre, de que no se me ha ocurrido nunca salir de aquí.

—¿Y por qué? Me parece que a vuestra edad sería una cosa muy lógica. Cuando yo tenía vuestros años, la extensión de la Gran Bretaña, a pesar de su variedad y de su hermosura, no bastaba a mi imaginación ni a mis deseos, y con más razón me habría sido imposible concretarme entonces a vivir en un país tan reducido, cercado aquí y allá por el mar, y en el que sólo se ve turba y musgo.

—Jamás se me ha ocurrido dejar estas islas, mi querido padre; aquí soy dichoso, tengo amigos y vos mismo, quizá, lamentaríais mi ausencia, a menos que...

—¡Qué! —dijo su padre interrumpiéndole con actitud—. ¿Queréis persuadirme de que si estáis aquí o deseáis permancer, es por el amor que me profesáis?

—Sí, señor —respondió Mordaunt con dulzura—. Este es mi deber y creo haberlo cumplido hasta ahora.

—¡Oh sí! ¡vuestro deber, vuestro deber! —dijo Mertoun en el mismo tono—: es como el del perro que sigue al criado que le da de comer.

—¿Y no cumple con su deber procediendo de ese modo? —interrogó Mordaunt.

—Sí; pero no mueve la cola más que cuando lo acarician.

—Padre mío, abrigo la convicción de que no tenéis que reprocharme...

—Basta —replicó Mertoun con aspereza—; no hablemos más de esto: ya hemos hecho suficiente el uno para el otro; es preciso separarnos muy pronto. Esta necesidad nos consolará, si nuestra separación lo reclamase.

—Estoy dispuesto a obedecer vuestras órdenes y a someterme a vuestros deseos —agregó Mordaunt, gozoso de tener ocasión de viajar y recorrer el mundo—. ¿Presumo que juzgaréis oportuno que empieze por un viaje a la pesca de la ballena?

—¡La pesca de la ballena! ¡Vaya un modo singular de ver el mundo! Vos sólo podéis hablar de lo que habéis aprendido: en fin, dejemos esto. Decidme, ¿dónde os refugiasteis ayer de la tempestad?

—En Stouor-Burgh, en casa del señor Triptolemo, llegado recientemente de Escocia.

—¿En casa de ese estúpido, lleno de proyectos y de visiones estrafalarias? ¿Y a quién visteis allí?

—A su hermana y a la vieja Norna de Fitful-Head.

—¡Cómo! repuso Mertoun, sonriéndose de un modo burlón—. ¿Esa mujer tan poderosa en hechizos y en brujerías, que hace cambiar el aire con sólo volver su toca, como lo hacía el rey Erik volviéndose su sombrero? La buena señora viaja lejos de su casa. ¿Le va bien con su negocio? ¿Gana mucho dinero vendiendo vientos favorables a los que pretenden entrar en el puerto?

—No lo sé, padre mío —repuso Mordaunt, a quien ciertos recuerdos le pusieron en guardia contra las bromas de su padre preservándole de participar de ella.

—¿Creéis que el asunto es tan serio que no puede tomarse a 'risa, o encontráis su mercancía demasiado ligera para ocuparos en ella? —preguntó Mertoun en tono irónico, que era síntoma de alegría—. Pero reflexiona un poco —continuó diciendo—. Todo el universo se vende y se compra. ¿Y por qué ha de exceptuarse el viento, si el que lo tiene encuentra compradores? No hay un puñado de tierra que no esté arrendado; con el fuego y los combustibles se comercia; los infelices que barren con sus redes el furioso Océano, pagan el privilegio de ahogarse; ¿y por qué razón había el aire de quedar exceptuado de

Librodot

ese tráfico universal? Todo cuanto existe tiene su precio, sus vendedores y quien lo compre. En muchos países, la Iglesia os venderá un pequeño rincón en el cielo, y en todos se adquiere una buena parte de infierno a expensas de la salud de las riquezas y de una conciencia muy tranquila. ¿Por qué ha de ser ilícito el tráfico de Norna?

—No lo discuto —replicó Mordaunt—; pero prefería que se deshiciese de este género en pequeñas partidas; ayer lo vendía al por mayor, y los que han negociado con ella, han tenido mucho más de su dinero.

—Verdad, porque los efectos son todavía visibles —replicó su padre, deteniéndose al borde de aquel espantoso promontorio a cuya cima había llegado, y desde la cual inspiraba el profundo precipicio.

Forma la superficie del cabo Sumburgh una capa de piedra blanda y difícil de desmenuzar que, merced a la acción progresiva de la atmósfera, va deshaciéndose en grandes masas suspendidas sobre el borde del terrible precipicio, y que cuando la violencia de las tempestades las desprende, se derrumban con un estruendo espantoso en las aguas que azotan de continuo la base del promontorio. Numerosos fragmentos pétreos se amontonan bajo las rocas de que antes formaban parte, y el mar arroja sin cesar sus espumosas olas sobre ellos.

En las lejanías, las olas continuaban aún muy agitadas, cuando Mertoun y su hijo llegaron a lo alto del promontorio, porque la tempestad de la víspera había sido sumamente impetuosa, y, por consiguiente, una rápida marea se estrellaba al pie del precipicio con espantoso estruendo. La Naturaleza inspira siempre, en su magnificencia, en su hermosura y aun en sus horrores, tal interés que ni aun la costumbre de admirar su variado espectáculo lo debilita jamás. El padre y el hijo se sentaron en la cumbre de la montaña para contemplar más cómodamente la horrorosa escena que se ofrecía a sus ojos.

Mordaunt, cuya vista era más penetrante e investigadora que la de su padre, levantóse de pronto, exclamando:

—¡Oh gran Dios! ¿Qué es aquello? ¡Un navío en el Roost!

Su padre miró hacia el Noroeste, y vio un barco que la corriente arrastraba.

—Le faltan las velas —dijo, y tomando su anteojo, agregó—; está desarbolado, y no es ya más que un esqueleto.

—La corriente lo lleva hacia el cabo Sumburgh —continuó Mordaunt horrorizado—, y no le queda ningún recurso para doblarlo.

—En efecto, no maniobra —repuso el padre mirando aún con el anteojo—; y, a lo que parece, la tripulación lo ha abandonado.

—Todos habrán perecido quizá —respondió Mordaunt—, porque ayer era imposible que aun los marineros más experimentados no naufragasen, conduciendo al remo un barco descubierto.

—Probablemente —repuso Mertcun con su glacial indiferencia—; pero, antes o después, todos hubieran perecido de igual modo. ¿Y qué importa que la muerte, que a todos alcanza, devore sus víctimas a la vez a bordo de un barco como el que vemos o que se apodere de ellas una a una? El naufragio y el campo de batalla pueden ser tan funestos como nuestra mesa y nuestra cama; y si no morimos de un modo es sólo para vivir miserablemente hasta que otro nos arrastre hacia la tumba. ¡Ojalá me hubiese llegado ya esa hora que la razón nos enseñaría a desear, si la Naturaleza no hubiese grabado profundamente su horror en nuestros corazones! No os asombren, Mordaunt, mis reflexiones

Librodot

porque la vida es nueva todavía para vos; pero antes de que lleguéis a mi edad, os familiarizaréis con ellas y jamás las apartaréis de vuestro pensamiento.

—¿Es eso quizá resultado de haber vivido mucho? —preguntó Mordaunt.

—Es propio —respondió Mertoun— de todos los que aprecian la vida en su verdadero valor; mas, los que, como Magnus Troil obedecen sólo al instinto animal a que deben todos sus placeres sensuales, quizá tengan también motivo para disgustarse de la vida.

Mordaunt no creía que nadie debiera disgustarse de vivir, y su opinión era que el hombre que, como el rico udaller, llenaba todos —sus deberes religiosos y sociales, debía ser más dichoso en la ancianidad que el que pretendía ser insensible; pero trató de salirse de la cuestión, porque sabía que discutir con su padre era irritarle más, y dio un sesgo a la conversación para hablar nuevamente del navío que había naufragado.

El esqueleto, pues no debía llamarse de otro modo, encontrábase en medio de la corriente, y era arrastrado con violencia hacia el promontorio. Al principio, y a simple vista, sólo se percibía un punto negro en medio de las aguas; luego, más cerca, semejaba una ballena que únicamente deja ver sus aletas sobre las aguas, y que en seguida descubre su inmensa cola, y, en fin, se convencieron de que se trataba de un navío impulsado hacia la orilla por las olas, que lo levantaban alternativamente sobre su superficie y lo sumergían entre los profundos surcos que entre una y otra quedaban; parecía de un porte de 200 a 300 toneladas, y que había estado artillado, pues se descubrían claramente las portas para uso de las piezas: probablemente la tempestad lo había desarbolado la víspera y abandonado a la violencia de las ondas, que lo arrastraban como un tronco de árbol; probablemente la tripulación, después de haber luchado tan heroica como inútilmente para dirigir su rumbo o manejar con éxito las bombas lo había abandonado, salvándose en las lanchas, no existiendo, por consiguiente, razón alguna para —alarmarse del peligro que pudieran correr los náufragos. Sin embargo, Mordaunt y su padre se sobrecogieron de horror al observar que el abismo iba a tragarse al navío, esa obra maestra del ingenio del hombre. El barco parecía crecer a cada braza que adelantaba; en fin, ya cerca del promontorio, lo vieron elevarse sobre una inmensa ola que le hacía rodar sobre su cima, pero sin destrozarlo, hasta que, lanzándolo ella misma contra las rocas, lo destruyó por completo, coronando así el triunfo de los elementos, conjurados contra la nave. Una ola que lo levantó hasta los aires, había permitido verle entero; pero, después de su choque, y cuando se retiró, el buque ya quedó deshecho; las aguas sólo arrastraron en su retroceso maderos, planchas, toneles y otros objetos análogos, que, llevados lejos por la corriente, volverían con la próxima ola, para precipitarse contra las mismas rocas.

Mordaunt creyó ver entonces un hombre asido a una tabla, o a un tonel, y que parecía impelido hacia una lengua de tierra cubierta de arena, donde las olas rompíanse con menos fuerza.

—¡Vive todavía! —exclamó Mordaunt al ver al náufrago—. ¡Puede salvarse!

Y, al hacerse esta consideración, el intrépido y generoso joven, aprovechándose de las hendiduras y salientes que ofrecían las irregularidades de las rocas, empezó a descender con temeridad inaudita.

—Deteneos, joven imprudente, os lo mando —exclamó Mertoun—; intentar salvar a ese infeliz es correr a una muerte cierta; deteneos: dirigíos a la izquierda; el camino es más seguro.

Pero Mordaunt estaba ya empeñado en realizar su empresa peligrosa.

—¿Y por qué he de impedírselo? —reflexionó Mertoun—. Si el ímpetu sublime de sus generosos sentimientos y su ciego entusiasmo le acarrea la muerte, será dichoso al abandonar el mundo en el crítico momento que desarrolla toda su actividad moral y toda la fuerza de su juventud en beneficio de la humanidad; dejará de sufrir y no experimentará los íntimos pesares que acompañan al agotamiento inevitable del espíritu y del cuerpo. Sin embargo, no quiero permanecer inmóvil ante el doroloso desastre; no; no podría ver impasible cómo se extingue en un hombre tan joven la luz de su existencia.

Mertoun abandonó la cima del precipicio, y anduvo rápidamente un cuarto de milla hacia la izquierda, y llegó a la entrada de una hendidura practicada en las mismas rocas, único camino por donde los habitantes de Yarlshof van en todo tiempo al pie del, precipicio. Este camino es conocido por el nombre de *senda de Erik.*

Mordaunt había realizado ya su temeraria empresa, venciendo las numerosas dificultades que al principio, le habían desviado de la línea recta; él las venció todas: aquí se desplomaban bajo sus pies enormes fragmentos de la montaña, precipitándose en el Océano con el ruido del trueno, en el momento en que él iba a confiarles el peso de su cuerpo; más lejos, apenas había retirado el pie, se desprendían otros, como si pretendieran arrastrarle en su caída. Necesitábase, para no sucumbir en la demanda, tener un valor sereno, un golpe de vista exacto, el pie firme y una mano tenaz. Mordaunt, que poseía todas estas cualidades encontróse, en menos de siete minutos, al pie de aquel espantoso derrumbadero, y precisamente sobre una pequeña lengua de tierra, que la arena y las piedras desgajadas de la montaña formaban, y que, adelantándose hacia el mar, deja sobre su derecha la base del promontorio, eternamente combatido por las olas, mientras que por la izquierda forma una pequeña playa que se prolonga hasta la llamada *senda de Erik.*

Cuando el navío náufrago fue destrozado por el choque violento de las olas, el mar sepultó en sus abismos cuanto se había visto flotar sobre las aguas, excepto un pequeño número de pedazos de madera, toneles y cajones, que fueron arrojados sobre la playa a que había llegado Mordaunt, cuya vista penetrante descubrió en seguida, entre aquellos despojos, el objeto que había llamado su atención y conoció desde más cerca que, efectivamente, era un hombre, en situación bastante apurada. Sus brazos estaban entrelazados, apretando una tabla con fuerza casi convulsiva; pero hallábase sin conocimiento, inmóvil, y en peligro de que el reflujo de la primera oleada volviese a arrastrarlo hacia el mar, lo que hubiera hecho su muerte inevitable, pues un extremo de la tabla había quedado flotando sobre las aguas. Mientras Mordaunt reflexionaba de este modo, advirtió que una ola monstruosa se adelantaba hacia la orilla, y, sin perder tiempo, precipitóse a salvar al desgraciado náufrago antes que llegara o a lo menos impedir que le arrastrase en su retroceso. Sin embargo, la ola fue más fuerte de lo que él supuso, y vióse obligado a poner a prueba todo su vigor y su destreza para salvar al náufrago y salvarse él mismo, pues aunque era muy buen nadador, la fuerza de la ola hubiera podido 'arrastrarle mar adentro y estrellarse después contra las rocas; pero pudo sostenerse firme sobre el terreno, y antes de que llegase otra ola, sacó a tierra el cuerpo del náufrago y la tabla a que continuaba abrazado. Pero ¿cómo reanimar a un hombre cuyos síntomas anunciaban que iba a perder la poca vida que le quedaba? ¿Ni cómo podría transportar a un lugar seguro y más cómodo a un desgraciado completamente inerte? Mordaunt no encontraba solución a este problema.

Levantó entonces los ojos hacia el promontorio, sobre el cual había dejado a su padre, y le llamó muchas veces atronando el espacio con sus. gritos; pero no lo vio, y sus voces

Librodot

eran apagadas por el ruido de las olas. Entonces contempló más atentamente al desgraciado náufrago; su vestido estaba adornado de galones, según se acostumbraba en aquel tiempo; su ropa y las sortijas que llevaba en los dedos revelaban que pertenecía a un rango distinguido, y su fisonomía, aunque pálida y desfigurada, anunciaba juventud y hermosura; respiraba aún, aunque de un modo casi imperceptible, y su vida dependía de un hilo tan delgado, que hacía temer que concluyera de romperse, si no se le prestaban en seguida eficaces socorros.

Mordaunt advirtió entonces que un hombre se acercaba lentamente y con precaución, siguiendo la orilla del mar. Al principio creyó que era su padre; pero comprendió que aquél no podía haber llegado aún hasta aquel sitio; además, el que se acercaba era más bajo que Mertoun. La persona que se aproximaba era el buhonero que había encontrado la víspera en Harfra y visto ya en otras ocasiones. Mordaunt lo reconoció, al fin, y lo llamó diciendo:

—¡Bryce! ¡Eh, Bryce! venid aquí.

Pero Bryce estaba tan ocupado en recoger los despojos que el mar había lanzado sobre la playa y se daba tanta prisa en colocarlos al abrigo de las olas, que no oyó las voces que le daba Mordaunt.

Cuando, por último, el buhonero se aproximó al joven, sólo fue para reprocharle como una imprudencia la obra de caridad en que se ocupaba.

—¿Habéis perdido el juicio? —díjole—. Después de vivir tanto en nuestras islas, ¿os atrevéis a salvar la vida a un hombre que se ahoga? ¿Ignoráis que si vive os causará tanto daño como bien le hacéis? Vamos, señor Mordaunt ayudadme a hacer algo más útil que eso. Ayudadme a llevar un poco más lejos algunas de estas cajas, antes que llegue alguien, y nos partiremos buenamente lo que Dios nos envía, y de lo que debemos estarle agradecidos.

Mordaunt conocía esta superstición inhumana del pueblo bajo de las islas de Shetland, generalmente adoptada, en virtud de la cual los desgraciados náufragos que llegaban allí no encontraban quien los socorriese. Sin embargo, la opinión de que el hombre que salvaba la vida de un náufrago exponíase a recibir injurias de parte de éste, contrastaba grandemente con el carácter hospitalario de aquellos isleños, desinteresados y francos en otras ocasiones para con los extranjeros, y que, obcecados por esa superstición, se negaban frecuentemente a socorrer a los infelices a quienes la violencia de las tormentas en aquellos mares borrascosos reducía a extremos deplorables. Las exhortaciones y el ejemplo de los propietarios han puesto término a este cruel prejuicio, del que la generación actual puede quizá conservar algún vago recuerdo. Con todo, no se concibe fácilmente tal dureza de corazón para con los desgraciados náufragos, en unos hombres expuestos constantemente a los mismos desastres, a no ser que la costumbre de luchar con el peligro haya embotado su sensibilidad.

Bryce, acaso por la cuenta que le tenía, era de los que mayor culto rendían a esta antigua superstición, contando menos, para llenar su mochila de buhonero, con los almacenes de los comerciantes de Lerwick o de Kirwall, que con los naufragios que la violencia de los vientos del Noroeste ocasionaban; y como allá, a su modo hacía profesión de un gran fervor religioso, dirigía frecuentemente al Cielo las más fervorosas acciones de gracias. Afirmábase que si hubiese dedicado al socorro de los marineros que habían naufragado en aquellas costas, el mismo tiempo que había invertido en despojarlas de sus ropas y en apoderarse de sus efectos, habría perdido muchas mercancías, pero

Librodot

hubiera salvado no pocos infelices. Ocupado en salvar cuanto le parecía más portátil y más precioso, no hizo caso a los ruegos reiterados de Mordaunt, aunque se encontraba junto a él en el lugar adonde la corriente arrojaba los despojos de los naufragios. En fin, Mordaunt vio que el buhonero fijaba los ojos en una fuerte caja que las olas habían depositado en la orilla del mar: era de madera de Indias, y sólidamente cerrada con planchas de cobre. Los esfuerzos de Bryce eran inútiles para forzar su fuerte cerradura, y, ya impaciente sacó de su bolsillo un martillo y un escoplo, y se disponía a hacer saltar los goznes, cuando Mordaunt, perdiendo la calma e irritado de la sangre fría e indiferencia del buhonero, tomó un palo que estaba a sus pies, y acercándose a él, con tono amenazador, le dijo:

—¡Miserable! Levantaos al punto y ayudadme en seguida a salvar de nuevos peligros a este pobre desgraciado; si no, juro que he de convertirse en una momia. Yo diré a Magnus Troil que sois un ladrón para que ordene que seáis azotado públicamente y después os expulse del país.

En tanto que Mordaunt dirigía a Bryce esta filípica, saltó la tapa del arca, dejando ver en el interior varios objetos, seductores para el buhonero, como eran vestidos, camisas adornadas de encaje, una brújula de plata, una espada con puño del mismo metal, y otros objetos igualmente preciosos y de fácil venta; y así estaba casi dispuesto a responder al vigoro discurso de Mourdant empleando un pequeño cuchillo de monte que llevaba antes que renunciar a su presa. Era de pequeña talla, pero de complexión robusta, y, además, estaba mejor armado, en términos que hubiera podido embarazar a Mordaunt.

—No juréis, señor, no juréis —le replicó el buhonero—, porque no estoy dispuesto a sufrirlo, y, si os atrevéis a tocarme, cuando recoja los despojos de los egipcios, os daré una lección de la que habréis de acordaros durante mucho tiempo.

Mordaunt, justamente indignado, iba a poner a prueba el valor de Snailsfoot, cuando oyó a su espalda una voz que le dijo:

—¡Deteneos!

Era Norna de Fitful-Head, que durante el calor de la disputa se había acercado sin que lo advirtiesen ninguno de ellos.

—¡Deteneos —le repitió a Mordaunt—; y tú, Bryce, socorre en seguida a quien de ello tiene necesidad, y esto te proporcionará una gran ganancia; yo soy quien te lo dice!

—Es de Holanda —dijo el buhonero, mirando, como perito en la materia, una camisa que tenía en la mano—; sí, de Holanda, y muy rica. Sin embargo mi buena madre, ejecutaré vuestras órdenes, y hubiera obedecido las del señor Mordaunt —agregó, trocando las amenazas en deferencia y sumisión—, si no hubiera jurado de ese modo que me ha hecho temblar hasta la médula de mis huesos y hacerme perder la calma.

Sacó luego un frasquito del bolsillo y se acercó al náufrago, diciendo:

—Esto es un aguardiente como no se encuentra en toda la isla; y si esto no lo reanima, no sé qué recurso emplear.

Bebió él primero un buen trago como para testimoniar la bondad del licor, y se dispuso a introducir algunas gotas en la boca del moribundo, cuando retiró repentinamente su mano, miró a Norna, y dijo:

—¿Me aseguráis, mi buena madre, que este hombre no me ocasionará daño alguno si le presto este socorro? Vos sabéis lo que se dice sobre esto.

Norna, sin responder, cogió el frasquito del aguardiente y empezó a frotar las sienes del náufrago, indicando a Mordaunt el modo cómo debía sostenerle la cabeza para que

Librodot

arrojase el agua que había tragado.

—Con seguridad —dijo Bryce, contemplando la operación—, que ya no hay el mismo riesgo en socorrerle, ahora que está fuera del agua y en paraje seco; pero, ¿no es triste ver cómo esas sortijas aprietan los dedos hinchados de ese infeliz, poniéndole las manos más moradas que la concha de un cangrejo antes de cocerle?

Y, al decir esto, apoderóse de una de las manos frías de aquel desgraciado, que precisamente en aquel momento dio alguna señal de vida, y empezó la obra caritativa de despojarle de las sortijas, que parecían ser de algún valor.

—Si no quieres morir —replicó Norna—, no prosigas esta operación, pues, de otra suerte haré sobre ti tales informes, que trastornarán todos tus viajes en estas islas.

—¡Por el amor de Dios y por su santa gracia! —exclamó el buhonero—. Haré todo lo que me mandéis y del modo que lo queráis. Ayer sentí un gran dolor reumático en las espaldas, y sentiría mucho no roder continuar mis viajes acostumbrados en el país con el objeto de ganar algunos pobres maravedises, gracias a la Providencia, que me ayuda enviando de vez en cuando algunos objetos a nuestras costas.

—En ese caso, silencio —dijo Norna—, pues, de otro modo, tendrás que arrepentirte. Toma este hombre sobre tus hombros, y no olvides que su vida es de gran precio y serás recompensado.

—Será un acto de justicia —dijo el buhonero con aire pensativo, mirando la caja abierta y los demás efectos que había esparcidos sobre la arena—; pero este advenedizo me impide aprovecharme de una herencia que me hubiera hecho rico para toda la vida, y ahora todo se queda ahí expuesto a que la nueva marea se lo lleve al Roost, como lo que se llevó ayer.

—No temas —le contestó Norna—, nada se perderá: ya llegan por allá abajo otras aves de rapiña cuyo instinto es tan delicado como el tuyo.

Y, efectivamente, llegaban de Yarlshof varias personas con apresuramiento a lo largo de la orilla para participar del botín. El buhonero gemía y suspiraba viéndoles llegar.

—Sí, sí —decía—, ya vienen las gentes de Yarlshof; ¡qué buena cosecha para ellos! Sí, nadie ignora que son muy diestros para esto: pronto limpiarán la playa, sin dejar una astilla, aunque esté podrida. Y lo peor es, que entre todos ellos no habrá ni uno que sea devoto y agradezca a la Providencia el bien que les envía. Allá viene entre ellos el viejo ranzelmán Neil Ronaldson, que no puede moverse para ir a la parroquia a oír el sermón, pero que caminará diez millas si se trata de desvalijar un navío que haya naufragado.

A pesar de todo, tal era el imperio que ejercía Norna sobre él, que, sin titubear un momento, cargó sobre sus fornidas espaldas al náufrago, que iba reanimándose poco a poco, y, ayudado de Mordaunt, se encaminó por lo largo de la costa, sin volver a chistar. Antes de moverse del —sitio, el extranjero miró hacia la caja, y se esforzó en hablar, sin poder conseguirlo, pero Norna lo tranquilizó diciéndole que ella cuidaría de que se pusiese en salvo.

En la *senda de Erik*, por donde debían subir a lo alto de la montaña para dirigirse a Yarlshof, encontraron a los aldeanos que venían muy ligeros en dirección opuesta. Hombres y mujeres hacían al pasar una reverencia a Norna, revelando en sus semblantes el temor que les inspiraba. Norna se había adelantado ya algún trecho cuando, volviéndose repentinamente, llamó a voces al ranzelmán.

—Neil Ronaldson —le dijo—, oíd bien lo que voy a deciros: allá abajo hay una caja cuya cubierta se ha desprendido: haced que la transporten a vuestra casa, y guardaos bien

Librodot

de substraer la cosa más insignificante. ¡Desgraciado del que a tocar un solo objeto se atreva! ¡Le sería mejor no haber nacido! Os hablo seriamente y deseo ser obedecida.

—Cumpliremos fielmente vuestra voluntad, buena madre —respondió Ronaldson—; yo os respondo que nada será extraído de la caja, pues que así lo ordenáis.

Detrás de los aldeanos y a alguna distancia de ellos, venía sola una vieja que, hablando consigo misma, maldecía de su decrepitud, porque le era imposible seguir a aquéllos; sin embargo, se apresuraba cuanto podía para llegar a tiempo de participar del botín. Al principio nadie la conoció; pero Mordaunt sorprendióse extraordinariamente cuando, al pasar por su lado, vio que era el ama de gobierno de su casa.

—¿Sois vos, Swertha? preguntóle—. ¿Y dónde vais tan lejos de la casa?

—He salido para buscar a mi amo, y a vos también —respondió con el tono de un culpable sorprendido infraganti, pues el señor Mertoun había manifestado frecuentemente la repugnancia que le producían semejantes excursiones.

Pero Mardount estaba sumamente preocupado para que pudiese pensar en el motivo que la había conducido a aquel sitio y sólo le preguntó si tenía noticias de su padre.

—Sí —contestóle Swertha—, lo he encontrado muy apurado para bajar por la *senda de Erik,* que seguramente no es muy buen camino para un hombre de sus años; le he ayudado a subir de nuevo y le he conducido a casa, y ahora venía en vuestra busca para deciros que fueseis allá corriendo, porque no se encuentra bien.

—¡Mi padre se encuentra enfermo! —exclamó Mordaunt, acordándose de la falta de fuerzas que había manifestado cuando empezaron a pasear aquella mañana.

—No se encuentra bien —dijo Swertha, así como titubeando y entre dientes—; él no puede ya bajar por una senda tan incómoda y peligrosa.

—Volveos a casa, Mordaunt —dijo Norna, enterada de la conversación—. Yo cuidaré de que nada falte al náufrago; lo encontraréis en casa del ranzelmán cuando queráis verle; por ahora, no podéis prestarle ningún nuevo socorro.

Mordaunt comprendió que Norna tenía razón y, después de ordenar a Swertha que lo siguiese, encaminóse hacia su casa.

Swertha le siguió muy despacio y contra su voluntad; pero, al llegar *a la senda de Erik,* le perdió de vista, y entonces desanduvo lo andado, murmurando entre dientes:

—¡Ahora había de ir yo a casa! ¿Cree que voy a dejar de aprovecharme de los obsequios del mar? No; semejante regalo no se tiene todos los días. Es el mejor que hemos tenido después que el *lames* y la *Jenny* naufragaron en nuestras costas en tiempo del rey Carlos.

Mientras hablaba así, precipitaba el paso, y como la buena voluntad suple en ocasiones la falta de energías, hizo un esfuerzo maravilloso a fin de llegar para cuando el botín se repartiese. No tardó, pues, en encontrarse a la orilla donde el ranzelmán se llenaba sus bolsillos, exhortando al mismo tiempo a sus honrados compañeros a que repartiesen los despojos equitativamente, decidiéndoles a reservar algo para les enfermos y viejos.

—Si así lo hacéis —les decía—, la mano de Dios bendecirá estas playas y nos enviará, antes que llegue el invierno, otro naufragio que nos colmará de riquezas.

VIII

Librodot

Corriendo, más que andando, Mordaunt se dirigió a Yarlshof, y algunos minutos después llegaba a su casa.

La debilidad que su padre había mostrado al camino, cuando salió de paseo, daba verosimilitud a lo que Swertha acababa de decirle, pero no tardó en convencerse de que el ama de gobierno los había engañado a los dos para verse libre de ellos.

Mordaunt encontró a su padre en el fondo de una de las habitaciones, descansando de la fatiga que le había ocasionado el paseo de aquella mañana.

—¿Dónde está el náufrago que habéis socorrido con tanta humanidad, a riesgo de vuestra vida? —preguntó Mertoun a su hijo tan pronto como lo vio.

—Norna se ha encargado de él, y su palabra me merece crédito.

—¿Acaso esa bruja se ocupa también en el arte de curar? Lo celebro de todo mi corazón; así tendremos ese cuidado menos. Pero yo había venido aquí muy aprisa para proveerme de vendas y de hilas, pues, según dijo Swertha debíais tener los huesos rotos.

Mordaunt guardó silencio por no perjudicar a la vieja ama de llaves, y para que Mertoun no se entregase a los accesos de cólera a que era tan propenso.

Cuando Swertha regresó de su expedición, era ya muy tarde, venía sumamente cansada, y traía un paquete algo voluminoso. Mordaunt se dirigió inmediatamente a ella para reñirla por las mentiras con que había pretendido engañar tanto a él como a su padre.

—Creí de buena fe —respondió el ama de gobierno, que ya había pensado lo que debía contestar—, que estaba en el deber de prevenir a mi amo para que buscase vendas, cuando os vi con mis propios ojos bajar de lo alto del promontorio como un gato montés; temí que os romperíais todos los huesos, y que sería un milagro que no rodaseis por el precipicio. Y puedo también deciros, señorito Mordaunt, que vuestro padre no se encontraba bueno, porque su palidez era extremada.

—Pero, Swertha —objetóle Mordaunt cuando ella le dio tiempo para hablar—, ¿cómo, debiendo estar aquí hilando y al cuidado de la casa, os encontrasteis esta mañana en la *senda de Erik?* ¿Y qué contiene este paquete, Swertha? Porque temo mucho que hayáis infringido las órdenes de mi padre, y que vuestra salida no haya tenido otro objeto que el de asociaros al latrocinio de los demás, a las orillas del mar.

—¡Dios os bendiga y San Ronald os proteja! —replicó Swertha, entre aduladora y festiva—. Vos no querríais impedir que una pobre mujer se aprovechara de las buenas cosas con que el mar nos obsequia. Es cosa tan interesante, señor Mordaunt, ver un navío que ha naufragado, que hasta el mismo párroco sería capaz de abandonar el púlpito en medio de su sermón, para ir a presenciarlo como, todos los demás; Y, ¿pretendéis que una pobre vieja ignorante permanezca en el rincón de la cocina con la rueca al lado y sea capaz de resistir la tentación? A mí no me han correspondido más que algunos retazos de batista o de muselina, y uno o dos trozos de paño grueso. Los más fuertes y los más listos son los que se aprovechan más.

—Sí, Swertha; pero, como eso no es más que un robo, tendréis también vuestra parte de castigo en éste y en el otro mundo.

—¡Ah mi querido señorito! ¿Y quién va a atreverse a castigar a una pobre vieja por tan poca cosa? Hay gentes que hablan muy mal del conde Patricio, y, sin embargo, él protegía a los pobres que van también a la playa, y dictó leyes para impedir que los barcos que se estrellan contra la costa fuesen socorridos. Bryce el buhonero asegura que los marinos pierden todos sus derechos cuando la quilla toca la arena. Además, los muertos no se preocupan poco ni mucho de los bienes de este mundo, como a los grandes

condes y los reyes del mar en tiempo de los norsas les importaba bien poco de los tesoros que encerraban en sus sepulcros. ¿No habéis oído nunca, señorito Mordaunt, que el rey Olaf Triguarson hizo guardar en su sepulcro cinco coronas de oro? Yo sé una canción que lo dice.

—Jamás me habéis hecho oir esa canción; pero tened en cuenta que el extranjero que Norna ha hecho transportar a la aldea, puede preguntamos mañana en dónde habéis escondido los efectos que le robasteis después del naufragio. ¿Qué contestaréis entonces?

—Nadie le dirá ni una sola palabra de eso, mi querido señorito. ¿Seríais vos, acaso, capaz de hablarle de esto? ... Entre los pedazos que he traído, hay un retal de seda, del que podréis haceros un hermoso frac para la primera fiesta a que asistáis.

Mordaunt rióse de la sutileza de la vieja, que, a fin de que callase, le ofrecía parte del robo; pero, dejando la conversación, le mandó que preparase la comida y fuese a buscar a su padre, a quien volvió a encontrar en el mismo sitio, y casi en la misma actitud en que lo había dejado.

Cuando concluyeron de comer, Mordaunt manifestó a su padre el propósito de ir a la aldea para ver si el náufrago necesitaba alguna cosa.

Mertoun lo autorizó con un movimiento de cabeza.

—Allí no debe estar bien —agregó Mordaunt.

Mertoun asintió inclinando la cabeza de nuevo.

—A juzgar por las apariencias —prosiguió Mordaunt—, debe ser un hombre de cierto rango, y aun suponiendo que aquellas pobres gentes hagan por él todo cuanto les sea posible, en el estado de debilidad en que se encuentra...

—Comprendo interrumpió Mertoun—; pensáis que debemos hacer alguna cosa por él. Perfectamente: visitadlo; si necesita dinero, que fije la suma, y la tendrá; pero, si se trata de alojar un extranjero aquí, y de tener relaciones con él, me opongo a ello. Me he retirado a la extremidad más lejana de las islas de la Gran Bretaña para evitar el hacer nuevos conocimientos, porque no quiero que nadie me aturda los oídos contándome sus felicidades o desgracias. Cuando transcurridos algunos años conozcáis más el mundo, vuestros antiguos amigos os convencerán de que no debéis tener otros en el resto de vuestra vida. En fin, procurad que ese extranjero se marche lo antes posible del país, y que yo no vea en mi derredor más que esos rostros vulgares y groseros cuya bellaquería y bajeza soporto como un mal demasiado ligero, para causarme la menor irritación.

Arrojó luego su bolsillo a su hijo, y le hizo señas de que se marchase.

Mordaunt retiróse efectivamente, dirigiéndose a la aldea, donde encontró al extranjero en la negra y obscura morada de Neil Ronaldson, sentado, en un rincón de la cocina, sobre el arca misma que había excitado la codicia del buhonero. El ranzelmán se encontraba fuera, ocupado en dividir con la más estricta imparcialidad los despojos del navío; escuchando la quejas, satisfaciendo los agravios, y, como si todo ello no fuese absolutamente criminal, haciendo el papel de un magistrado sabio_ y prudente en todos los detalles de tan inhumana operación.

La mujer del ranzelmán, que había quedado sola guardando la casa, introdujo a Mordaunt cerca de su huésped, a quien dijo con censurable familiaridad:

—Viene a visitaros un joven; podéis decirle, si gustáis, vuestro nombre, ya que a nosotros lo habéis ocultado. A no ser por él, a nadie hubierais podido decirlo, porque, cuando un hombre está muerto; no habla.

El extranjero se levantó, estrechó la mano a Mordaunt, y le manifestó que sabía que le

Librodot

era deudor de su vida y de la conservación de sus cajas.

—En mis otros bienes —agregó— es inútil pensar, porque los habitantes de este país se apresuraron tanto en esta caza, como el diablo en un huracán.

—Poco os ha servido vuestra habilidad en la maniobra —dijo Margarita Bimbister, que así se llamaba la esposa del ranzelmán—, puesto que no habéis evitado el ir al cabo Sumburgh, mientras que éste, estad seguro de ello, no hubiera ido a buscaros nunca.

—Dejadnos un momento solos, buena Margarita —suplicó Mordaunt—; deseo hablar particularmente con este caballero.

—¡Caballero! —exclamó enfáticamente Margarita—. Dudo que merezca ser tratado así.

El náufrago era de mediana estatura, bien hecho y vigoroso. Mordaunt tenía poca experiencia del mundo, y parecióle que su nuevo conocido poseía los modales francos e ingenuos de un marino, un aire resoluto y unas facciones graciosas, ennegrecidas por el sol, lo que indicaba que había recorrido climas diferentes: contestaba fácilmente, y hasta con alegría a las preguntas que le hacía Mordaunt sobre el estado de salud, asegurándole que una buena noche le devolvería las fuerzas de que le había privado el accidente sufrido; pero se quejaba con amargura de la avaricia y de la curiosidad del ranzelmán y su mujer.

—Esta vieja charlatana no se ha separado de mí un instante preguntándome, sin cesar, cómo se llamaba el navío naufragado. Me parece que podía contentarse con la parte que le ha correspondido en el pillaje; no me han dejado más que mis vestidos. ¿Hay en este país salvaje algún magistrado o juez de paz que socorra a un infeliz que se encuentra entre los mismos que le han despojado?

Mordaunt citóle a Magnus Troil, que era el principal propietario y juez provincial del distrito, dándole grandes esperanzas de que le hiciese justicia y agregando que lamentaba que sus pocos años y la vida retirada que hacía su padre, no le permitiesen prestarle toda la protección que necesitaba.

—¡Oh! —exclamó el marino—, habéis hecho bastante: ¡ah! con sólo cinco de los cuarenta valientes que han perecido, que me acompañasen, yo mismo me haría justicia.

—¡Teníais cuarenta hombres! Era una tripulación demasiado numerosa para vuestro buque.

—No era, sin embargo, la necesaria. Teníamos diez cañones en batería, sin contar los de las miras de proa; perdimos algunos hombres en nuestro crucero, y había además, gran acumulación de mercancías. Seis de nuestros cañones servían de lastre. ¡Oh! Si yo hubiera tenido bastante gente, no hubiéramos naufragado de este modo. Todos estábamos muertos de fatiga a fuerza de trabajar en las bombas, y la gente concluyó por abandonarme en el navío, para perecer con él o salvarme a nado; pero los perdono, pues han salido bien pagados. Las lanchas zozobraron en medio de la corriente, y todos perecieron; y yo, que debía haber sucumbido también me he salvado por una casualidad.

—¿Veníais, entonces —preguntó Mordaunt—, de las Indias occidentales del Norte?

—Sí; el navío se llamaba la *Buena Esperanza de Bristol:* era un nombre atractivo. Hemos hecho muy buenos negocios en los mares de Nueva España. Mi nombre es Clemente Cleveland, soy el capitán, y principal propietario del buque. Soy natural de Bristol, y mi padre es muy popular en el Tollsgll. Era el viejo Clemente Cleveland de College-Green.

Mordaunt comprendió que no debía hacer más preguntas, aunque las revelaciones del

Librodot

marino no le satisfacían por completo.

Al capitán Cleveland, le había impresionado amargamente el robo de los isleños, pero había recibido de Mordaunt servicios muy particula*res, y* a pesar de ello, en sus quejas parecía que acusaba a todos los isleños sin distinción.

Mordaunt enmudeció, dudando si despedirse de él o hacerle nuevas ofertas. Cleveland pareció adivinar su pensamiento, pues agregó en seguida:

—Soy un marino franco, señor Mordaunt, pues éste me han dicho que es vuestro nombre; estoy completamente arruinado, y esto no da ni buen humor ni buen gusto; pero, sea ello lo que quiera, os habéis portado conmigo como un amigo verdadero, y os estoy tan reconocido como si os cumplimentase mucho. Por esta razón, ya antes de que yo abandonase esta casa, quiero daros mi escopeta. Es buena; pone cien granos de mostaza, a ochenta pasos, en el gorro de un holandés; también puede cargarse con bala; he matado con ella un búfalo a trescientos pasos. Poseo dos más, y os ruego que conservéis ésta en recuerdo mío.

—Eso equivaldría a tomar yo participación en el pillaje —contéstóle Mordaunt riéndose.

—De ningún modo —repuso el marinero, abriendo una caja más pequeña que había dentro de la grande, y que contenía fusiles y pistolas—. Veis que he salvado mi ropa y mis armas. Aquella vieja alta y morena la ha cuidado admirablemente, y aquí, entre los dos —añadió bajando un poco la voz y mirando receloso en torno suyo, como quien teme ser escuchado—, esta caja vale tanto como lo que yo he perdido. Al decir a estos tiburones terrestres que estoy arruinado, no quiero dar a entender que carezca de todo recurso, no; aquí hay una cosa que vale más que los granos de mostaza para matar gorriones.

Y, al decir esto, sacó de la caja una gran bolsa de cuero con la siguiente etiqueta: *Mostacilla,* mostrando a Mordaunt que estaba llena de onzas de oro de España, y de medias onzas portuguesas.

—No, no —prosiguió—, todavía puede fletar otro barco. En vista de esto, ¿rehusaréis aceptar mi escopeta?

—Puesto que os empeñáis, la acepto con todo mi corazón: iba precisamente a preguntaros, en nombre de mi padre —agregó Mordaunt, mostrándole el bolsillo que Mertoun le había entregado—, si necesitabais ese mismo lastre que me habéis hecho ver.

—Muchas gracias; ya sabéis que estoy bien provisto; pero tomad mi vieja compañera, deseando que os sirva tan bien como me ha servido; pero vos no viajaréis con ella tanto tiempo como yo. ¿Supongo que sabréis tirar?

—Sólo regularmente —contestó el joven, contemplando la escopeta, que era de fabricación española, embutida en oro, de pequeño calibre, pero cuyo cañón era más largo que los que de ordinario se usan para la caza.

—Cargada con perdigones, no hay escopeta alguna que derribe mejor que ésta una pieza, por remontada que estuviese: y con bala, podéis matar a cien toesas, en el mar, un lobo marino desde la cima de vuestras rocas. Pero, os lo repito, jamás esta arma os servirá tanto como a mí.

—Seguramente no sabré usarla con tanto acierto como vos.

—¡Ja, ja! puede ser —dijo Cleveland soltando una gran carcajada—; pero no se trata de eso. A mí me ha servido para matar al timonero del barco español que abordamos, apoderándonos de él sable en mano. Era un grueso bergantín llamado el *San Francisco,*

Librodot

cargado de oro y de esclavos con destino a Puertobello. Veinte mil duros nos valió cada pedacito de plomo.

—Yo no he cazado así todavía.

—Siendo vos un simpático muchacho, joven, activo, y robusto, ¿por qué no habéis de dedicaros a cazar pájaros semejantes? —preguntó Cleveland, poniendo la mano sobre el saco de oro.

—Mi padre desea que viaje muy pronto —repuso Mordaunt, que acostumbrado a respetar a los marinos que tripulaban algún navío de guerra, la invitación de un hombre que, en su concepto, le parecía un marino consumado, le lisonjeaba.

—Esa es una buena idea, y lo visitaré para decírselo. Tengo un barco de reserva a la altura de estas islas; pero que se vaya al diablo: me encontrará en cualquier parte, aunque no nos hayamos separado en muy buena inteligencia, a menos que no se encuentre en el fondo del mar. Estaba en mejor estado que nosotros, su cargamento era menos pesado, y habrá resistido. Colgaremos una hamaca para vos a bordo y os convertiréis en un verdadero marino.

—Me agradaría mucho; pero es preciso que mi padre lo consienta.

—¡Vuestro padre! ¡está bueno! pero decís bien; como he pasado tanto tiempo en el mar, no puedo imaginarme que haya quien tenga más mando que el capitán; cuando visite a vuestro padre, le hablaré del asunto. ¿No vive en esa hermosa casa de campo construida a la moderna, que dista de aquí un cuarto de milla?

—No, señor; reside en aquel viejo palacio, medio arruinado, que está casi al pie del promontorio, y no recibe visitas.

—Entonces resolved vos mismo la cuestión cuanto antes, porque no puedo permanecer aquí mucho tiempo. Y puesto que vuestro padre no es magistrado, es preciso que veáis a ese Magnus, o como le llamáis. Estos caribes me han robado dos o tres objetos que necesito a todo trance, aunque guarden lo demás y se vayan al diablo. ¿Queréis recomendarme a él?

—No lo necesitáis; hasta que hayáis naufragado y que solicitéis sus servicios. Sin embargo, os daré con mucho gusto cuatro letras para él.

—Tomad, pues, recado de escribir —dijo Cleveland, sacando papel y ùn tintero de su arca; y mientras lo hacéis, y puesto que han forzado los goznes, voy a cerrar las escotillas y a asegurar mi cargamento.

Y efectivamente, en tanto que Mordaunt escribía a Magnus explicándole las circunstancias del naufragio del capitán Cleveland, éste, después de haber sacado alguna ropa y varios objetos que colocó en una mochila, tomó un martillo y unos clavos, y compuso el arca tan bien como el más hábil carpintero, rodeándola después con una cuerda con la facilidad y destreza de un marino.

—Lo confío todo a vuestra custodia, excepto esto —dijo enseñando el saco de oro—, y esto —tomando un sable y un par de pistolas— que servirá para defender mis portuguesas.

—No necesitáis armas en este país, capitán Cleveland; un niño puede ir con un bolsillo de oro en la mano, desde el cabo Sumburgh hasta el *scaw* de Unst, sin que nadie intente arrebatárselo.

—Después del robo de que me han hecho víctima ...

—¡Oh! Las gentes de este país creen que es legítimamente suyo cuanto el mar arroja sobre las costas.

—Es una buena doctrina; pero si suponen que la tierra debe hacerles iguales regalos, mis armas les convencerán de que se equivocan. ¿Queréis guardarme este cofre en vuestra casa, hasta que os avise, y proporcionarme un guía que me enseñe el camino y que lleve mi mochila.

—¿Deséais ir por tierra o por mar? —le preguntó Mordaunt.

—¡Por mar! pero, ¿de qué modo? ¿en una de esas cáscaras de nuez medio podridas? No, no; por tierra, por tierra, a no ser que yo disponga de mi navío y mi tripulación.

Se separaron. El capitán Cleveland, acompañado de su guía, partió para Burgh-Westra, y Mordaunt se encaminó a Yarlshof, haciendo trasladar a su casa la caja del marino.

IX

A la mañana siguiente, previa invitación de Mertoun, empezó Mordaunt a referirle lo que le había pasado con Cleveland, pero su padre se alteró, púsose repentinamente en pie y, después de dar dos o tres grandes pasos por la habitación en que se encontraban, se retiró al gabinete, como acostumbraba en los momentos de mal humor. Por la noche se dejó ver, pero Mordaunt no quiso hablarle del asunto que tanto le había conmovido.

El joven encontróse, pues, abandonado a sí mismo para formar opinión sobre el nuevo conocimiento que el mar le había enviado; pero, después de reflexionar detenidamente, sorprendióse de que el resultado fuese poco favorable a Cleveland. Creyó ver en el carácter de aquel hombre algo extraño: era bien formado, tenía unos modales francos y llenos de atractivo; pero revelaba cierta pretensión de superioridad, que desagradaban a Mordaunt. Aunque bastante aficionado a la caza para que le agradase la posesión de una buena escopeta española, y por interés que tuviese en montar y desmontar la llave y examinar todas sus piezas y los adornos de la caja, abrigaba ciertos escrúpulos respecto al modo de adquirirla el capitán.

—He hecho mal en aceptarla —se decía—, pues el capitán quizá me la ofreciera como una especie de pago al pequeño servicio que le presté. No obstante, su oferta me pareció tan sincera que hubiera sido una falta de delicadeza el rehusarla.

Un buen día de caza le reconcilió con su escopeta, y persuadióse de que todas las demás armas análogas no eran sino unos trabucos naranjeras en comparación de la suya; pero al verse reducido a disparar contra las gaviotas o los lobos marinos, habiendo franceses y españoles que poder atacar, navíos que tomar al abordaje y timoneros a quienes pudiese acertar una bala con su escopeta, consideraba indigna de él la ocupación de cazar pájaros: su padre le había aconsejado que saliera de las islas, y su inexperiencia no le permitía pensar sino en el mar, con quien se había familiarizado desde su niñez y aspiraba a participar de las fatigas y peligros de una pesca en Groenlandia, donde los shetlandeses encontraban sus más peligrosas aventuras. Después de haberse declarado la guerra, las hazañas de sir Francisco Drake, del capitán Mordaunt y de otros famosos aventureros cuya historia le había vendido Bryce Snailsfoot, le impresionaba más profundamente; y se acordaba con frecuencia del ofrecimiento del capitán Cleveland de tomarle a su bordo, y aunque, a primera vista, le parecía lisonjero, no se le parecía tanto cuando le ocurría la duda de saber si en una larga navegación no hallaría algo que le incomodase. Sabía ya que era terco y dudaba si también sería despótico y, por

Librodot

consiguiente, un momento de mal humor podría hacer este defecto intolerable para los que navegaban bajo sus órdenes.

—Si mi padre me autorizase —pensaba a pesar de las consideraciones que acababa de hacerse—, me embarcaría en busca de objetos nuevos y de aventuras extraordinarias, en las que haría tales proezas, que darían materia para muchas relaciones a las amables hermanas de Burgh-Westra; cuentos que harían llorar a Minna y reir a Brenda, y las dos me admirarían.

Tal era la recompensa que se prometía de sus trabajos y de sus peligros, pues la morada de Magnus Troil le atraía, irresistiblemente.

A veces, cuando pensaba Mordaunt referir a su padre la conversación que tuvo con el capitán Cleveland, y la proposición que éste le hizo, acordábase de la funesta impresión que produjo a Mertoun lo poco que le dijo, y desistía, no atreviéndose ni aun a aludir indirectamente al asunto decidiendo notificarle la proposición del capitán Cleveland cuando llegase su segundo barco, y que éste le reiterase su ofrecimiento.

Pero los días, las semanas y los meses se sucedían sin que Mordaunt supiese nada del marino, hasta que se enteró por conducto de Bryce Snailsfoot, que residía en Burgh-Westra como miembro de la familia. Sorprendió a Mordaunt esta noticia y, aunque a causa de la ilimitada hospitalidad de los habitantes de las islas de Shetland, y que Magnus Troil ejercía más que nadie, no era nada extraño que Cleveland permaneciese en casa del udaller mientras adoptaba sus disposiciones, sorprendíale que no hubiese pasado a algunas otras islas más al Norte para informarse de su, barco, o que no hubiese fijado su residencia en Lerwick, a donde los pescadores llevan frecuentemente noticias de las costas y de los puertos de Escocia y de Holanda. Y además, ¿por qué no recogía el arca que había depositado en su casa de Yarlshof? Mordaunt creía que el capitán estaba en la obligación de enviarle algún recado, en prueba, a los menos de su recuerdo.

Este asunto parecía estar relacionado con otro de más difícil explicación. Hasta la llegada de aquel personaje, apenas se había pasado una semana sin que Mordaunt recibiese alguna prueba de amistad y cariño de Burgh-Westra. Unas veces Minna necesitaba la letra de algún villancico norsa; otras, Brenda le enviaba un enigma ;para que lo adivinase, o una canción nueva para que la aprendiese: el mismo udaller, con una letra casi ininteligible, enviaba sus afectuosos recuerdos a su joven amigo, juntamente con algún regalito de provisiones y la instancia de que fuese a Burgh-Westra a pasar con ellos el mayor tiempo posible; esas pruebas de cariño se remitían por un mensajero especial, pero cuando venían a Yarlshof de Burgh-Westra traían a Mordaunt algún testimonio de la buena memoria del udaller y de toda su familia. Ahora habían transcurrido algunas semanas sin que ningún mensajero viniendo de Burgh-Westra hubiese llegado a Warlshof. Mordaunt advirtió con sentimiento este cambio, e hizo a Bryce todas las preguntas que el orgullo y la prudencia le permitieron para convencerse de la indiferencia de sus amigos.

¡Grandes noticias! —respondió un día Bryce a las preguntas de si ocurría alguna novedad, que le dirigió Mordaunt—. Triptolemo pretende modificar las medidas del país y el señor Magnus Troil ha jurado que precipitará a Yellowley de lo alto de la roca de *Brassa* antes que aceptar esa modificación.

—¿Y no ocurre nada más?

—¿Y os parece poco? ¿Cómo van a vender y comprar ahora las gentes si les cambian sus pesos y medidas?

—Es cierto. Pero, decidme, ¿no se han anunciado navíos extranjeros en esta costa?

Librodot

—Seis dogres holandeses en Brassa, y una gran galeota, que ha fondeado en la bahía de Scolloway, y viene, sin duda, de Noruega.

—¿No ha llegado ningún navío de guerra, ninguna corbeta?

—Ninguno desde que partió el *Milán. Si* Dios lo quisiera, yo desearía que el mar se lo tragase.

—¿Sucede algo nuevo en Burgh-Westra? ¿Se encuentran todos bien?

—A Dios gracias, todos están buenos y en disposición de reír y de bailar todas las noches con el capitán que naufragó en Sumburgh-Head.

—¿Ríen y bailan todas las noches? ¿Y con quién baila el capitán Cleveland?

—Con todo el mundo. Pero yo me ocupo muy poco en estas cosas, porque me desagrada ver dar cabriolas.

Mordaunt, tan disgustado por lo que acababa de saber, como por los escrúpulos de Bryce, le dijo:

—A vos sólo os agrada vender caras cosas que nada valen.

—Yo soy un pobre viejo y debo descargar mi conciencia; pero vos asistiréis al baile que habrá en Bugh-Westra la noche de San Juan y seguramente necesitaréis algunos adornos mundanos, medias, chalecos u otras cosas. Yo puedo venderos todo eso.

—¡El baile! —repetía Mordaunt—. ¿El baile la noche de San Juan? ¿Tenéis el encargo de convidarme, Bryce?

—No; pero no ignoráis que seréis bien recibido. El náufrago será el primero de la comparsa.

—El diablo se lo lleve —exclamó Merdaunt, muy incomodado.

—No me opongo —replicó el buhonero—; pero no os matéis por negocios ajenos; el diablo asistirá también al baile; y lo que os digo es la pura verdad, aunque me miréis con esos ojos tan grandes como una lechuza; y ese capitán, de cuyo nombre no me acuerdo, me ha comprado uno de estos ricos chalecos encarnados que os enseñaré, con un hermoso adorno muy bien bordado. Tengo un pedazo absolutamente igual, con ribetes verdes; y si queréis bailar después de él, debéis comprarlo, porque es una tela que agrada mucho a las muchachas. El capitán me la ha pagado bien. ¡Pobre pecador! Le compadezco.

Mordaunt volvió la espalda a Bryce, cruzó los brazos y dio algunos paseos por la habitación, repitiendo:

—¡No convidarme! ¡Un extranjero ser el rey de la fiesta!

—¡Oh! Estoy seguro de que se os invitará —replicó el buhonero.

—¿Se ha hablado de mí?

—No lo sé; pero... ¿por qué os agitáis tan ferozmente como un lobo marino cuando se retira de la playa? Porque. .. sabéis. .. yo he oído asegurar que todas las gentes del país serían convidadas. No pueden olvidarse de vos, que sois antiguo amigo de la casa, y sabéis hacer las mejores cabriolas. Podéis consideraros ya convidado, y obraréis sabiamente comprando un buen chaleco pues es una fiesta en la que todo el mundo estará muy bien vestido. ¡Dios se apiade de nosotros!

Continuaba Mordaunt con aire distraído, y, después de una corta pausa, el buhonero se acercó a él, diciéndole:

—No os enojéis, señor Mordaunt; porque aunque haya hecho pagar al capitán el precio justo, tratándose de servir a un antiguo parroquiano como vos, reduciré el precio y me pagáis cuando podáis. Yo soy un hombre honrado, señor Mordaunt, y no agobio a nadie, y mucho menos a un parroquiano; o, si queréis, yo os dejaré el corte por su valor

Librodot

en plumas o en pieles de nutria u otra especie de peletería. Vos sabéis perfectamente cómo se adquieren estas cosas, y tengo la convicción de haberos provisto de la mejor pólvora que jamás ha llegado a estas islas; procede de la provisión del capitán Pluket, que pereció con el bergantín *María*, hace seis años. Era gran cazador, y, por suerte, el frasco donde la tenía llegó a tierra sin mojarse; yo no la vendo si no a los buenos tiradores. Os decía, pues, que seréis llamado a Burgh-Westra para la fiesta de San Juan, y no querréis estar peor vestido que el capitán, ni os convendría.

—Sí, iré a la fiesta aunque no me convidasen.

Y tomando con precipitación la tela de manos del buhonero, agregó:

—No les avergonzaré por mi vestido.

—¡Oh! Tened cuidado —exclamó Bryce—. Tratáis la tela como si fuera arpillera; la vais a hacer añicos: bien podéis decir que mi mercancía es cosa delicada. Su precio es cuatro dólares. ¿Queréis que os anote esta suma?...

—No —respondió Modaunt con sequedad, entregándole los cuatro dólares.

—¡Dios os envíe las buenas vestiduras blancas de la parábola, que son mejores que las muselinas, las batistas, los listones y las sedas de este mundo! ... pero... ¿qué estáis haciendo, señor Mordaunt? ¡Dios asista a este joven! La tela de seda no se maneja' como si fuera un manejo de heno.

Mordaunt arrojó despreciativamente la tela que acababa de comprar a la vieja Swertha, diciéndole que la guardase donde le pareciese mejor; y tomando la escopeta que estaba en un rincón, se puso su vestido de caza y se fue sin hacer caso de Bryce, que se disponía a pronunciar otro discurso elogiando una nueva mercancía.

El buhonero sorprendióse de la poca estimación que el joven manifestaba tener a los géneros que compraba.

—¡Este muchacho está loco! —exclamó Swertha.

—¡Loco rematado, loo mismo que su padre! —agregó Bryce—. ¿A quién se le ocurre tratar así una tela de seda por la que acaba de pagar cuatro dólares?

—¡Cuatro dólares este andrajo! —dijo Swertha—. Vaya una buena compra la que ha hecho mi joven amo! Mordaunt es seguramente un loco, pero no tanto como vos bribón, Bryce.

—El dinero es suyo, y tiene ya bastante edad para comprar lo que se le antoje. Además, el género vale bien el dinero.

—Puede ser —respondió Swertha con frialdad—; pero voy a ver lo que piensa su padre.

—No debe usted hacer eso, señora Swertha, porque eso sería no agradecer el hermoso pañuelo que os traje de Lerwick.

—Y que me costó muy caro: he aquí en lo que vienen a parar los favores que vos hacéis.

—Cuando compréis alguna cosa para la casa o para el amo, redondearéis la cuenta.

—Perfectamente; me parece que vamos a necesitar un poco de lienzo, pues no está bien que se diga que economizamos como si hubiera un ama en casa; y así, nosotros no ponemos ninguna especie de tela.

—Así debe hacerse. “Pensad en los que compran como en los que venden” dice la Sagrada Escritura. No lo olvidéis.

—Es un placer tratar con gente lista, que de todo saca provecho. Ahora comprendo que la seda que habéis vendido al señorito Mordaunt, la habéis cobrado a su justo precio.

Librodot

X

Las mismas causas que a los ancianos sumen en una penosa y sombría postración, hacen que los jóvenes se entreguen a un ejercicio exagerado, a semejanza del ciervo herido que procura aturdirse corriendo para olvidar el dolor de la herida.

Por eso, Mordaunt, cuando estuvo fuera de su casa y con la escopeta al hombro, marchaba precipitadamente, sin saber adónde y sin otro fin que el de olvidar la amargura de su propio despecho. Su orgullo había sufrido mucho con las expresiones del buhonero, que confirmaban las sospechas que le había hecho concebir el prolongado silencio de sus amigos de Burgh-Westra.

Si César no hubiese sido más que un gladiador afortunado, un tropiezo en este ejercicio le hubiera humillado tanto, como pudo humillarle la victoria de un rival que le disputaba el imperio del mundo. De igual suerte Mordaunt Mertoun, habiendo dejado de ser considerado como el primero de los jóvenes de la isla, estaba nervioso y fuera de sí al pensar en su humillación. Minna y Brenda, cuyas atenciones se disputaban todos los isleños jóvenes, lo habían olvidado. No podía ignorar que todos suponían que aspiraba a la mano de una de las dos; y ahora, de repente y sin falta alguna por su parte, les era tan indiferente, que había perdido hasta aquellas pequeñas consideraciones que siguen a una relación o correspondencia cualquiera. Hasta el viejo udaller parecía haberse desposeído de sus afectos y amabilidad; y el pobre Mordaunt se hallaba privado, sin motivo, sin esperarlo y en un solo día, de la sonrisa de la belleza y del favor del poder. Estos pensamientos le mortificaban profundamente, y Mordaunt redoblaba sus pasos para distraerse.

Distraído, seguía su ruta, atravesando un terreno en el que ni seto, ni pared, ni cerca de ninguna especie detienen el paso del caminante, hasta que se encontró en un paraje muy solitario, rodeado de colinas, en medio de las cuales había un pequeño lago, cuyas aguas, escapándose por una y otra parte en pequeños arroyuelos, fertilizan las tierras y ponen en marcha los molinos.

Era aquél un delicioso día de verano; los rayos del sol, como ocurre generalmente en aquellas islas estaban empañados por un ligero vapor de color de plata que, cubriendo completamente la atmósfera, destruía el hermoso contraste de la sombra y de la luz, prestando a la claridad del mediodía los tonos delicados del crepúsculo. El pequeño lago, de una milla de extensión, estaba en calma, ofreciendo a la vista una superficie como bruñida, excepto cuando alguna de las numerosas aves que revoloteaban sobre las aguas, se zambullía en su seno; su matiz verde azulado justificaba su nombre de Green-Loch, o *Lago Verde.*

Cuando Mordaunt llegó junto al lago, semejaba éste un espejo transparente, y reproduciendo y reflejando su superficie las blancas colinas que lo circundaban, con tanta exactitud, que la tierra y el agua se confundían; y con la niebla causada por la bruma, hubiera sido difícil a un extranjero percibir que una llanura fluida se extendía ante él. Apenas puede imaginarse la pintura de una soledad más completa, cuya impresión triste, pero en cierto modo agradable, resaltaba mayor a causa de la serenidad de la estación, el color casi pálido de la atmósfera, y el silencio absoluto de los elementos. Las mismas aves acuáticas absteníanse de volar, se guardaban de proferir gritos y bogaban tranquilamente sobre las aguas silenciosas.

Librodot

Sin propósito determinado y casi sin pensar en lo que hacía, Mordaunt echóse la escopeta a la cara y disparó sobre el lago. Los granos de plomo agitaron su tersa superficie como las gotas de una lluvia parcial; los ecos de las colinas repitieron el ruido de la explosión, y, en fin, las aves, asustadas, volaron en grupos y en desorden lanzando mil gritos diferentes, que se perdían allá a lo lejos.

Mordaunt contempló la tropa cobarde y fugitiva con aquella especie de sentimiento que experimentaba respecto a la Naturaleza y a todos sus objetos, animados o no, por poco relacionados que estuviesen éstos en la causa de su secreto despecho.

—Sí, sí —les dijo—; volad, zambullíos, gritad cuanto se os antoje, y sólo por haber visto un objeto extraño y haber oído un ruido insólito. ¡Cuántos imitadores tenéis en este miserable mundo! pero a lo menos vosotras conocéis que las cosas nuevas son, muchas veces, peligrosas. Pero, ¿qué relación tienen las gaviotas con los amigos que me han abandonado? ¡Ah! ¡Verme abandonado por el primer extranjero que la casualidad ha traído a nuestras costas! ...

Mordaunt sorprendióse de pronto al sentir en su espalda el contacto de una mano. Volvió al punto la cabeza y vio a Norna de Fitful-Head envuelta en los anchos pliegues de su negra capa. Habiéndole ella reconocido desde lo alto de una colina, descendió hasta el lago por un estrecho barranco, para acercarse a él sin ser vista.

El joven Mordaunt no era supersticioso, pero tenía alguna duda respecto a las extraordinarias facultades que se le atribuían a Norna, una mujer extraordinaria, dotada de una energía superior, que obraba siempre por motivos que sólo ella conocía, e independientes de toda consideración humana.

No puede extrañar, por lo tanto, el que Mordaunt se sorprendiera al ver de repente, y a su lado, a aquella mujer misteriosa, que le contemplaba con severidad y tristeza, lo mismo que las *fatales* vírgenes de la mitología escandinava contemplaban a los jóvenes héroes, por ellas destinados a participar del banquete de Odín. Se reputaba, en efecto, como una desgracia al encontrar a Norna sola en un lugar apartado, de suerte que pocos isleños hubiesen permanecido tranquilos al encontrarla, como Mordaunt, en las orillas del *Lago Verde.*

—No soy mensajera de una desdicha, Mordaunt Mertoun —le dijo, adivinando quizá la causa de su sorpresa—. Jamás te he ocasionado daño alguno; nada tienes que temer de mí.

—Nada temo —le contestó Mordaunt, procurando serenarse—. ¿Y por qué había de terneros, cuando siempre me habéis profesado amistad?

—Mordaunt —prosiguió Norna con un tono afectuoso, pero enérgico—: aunque no naciste en estas regiones, ninguno de cuantos llevan en sus venas la sangre Shetlandesa, ni aun los que se sientan junto a la chimenea de Magnus Troil, los nobles descendientes de los antiguos condes de las Orcadas, me inspira tanto interés y ternura como tú, mi amado y apreciable joven. Tenías quince años cuando rodeé tu cuello con esta cadena encantada, labrada por los *drows* en la profundidad de sus obscuras cavernas; entonces ya habías dirigido tus pasos hacia el Northsnaven, solamente hollado por las plantas membranosas del *swartback,* y tu barco se encontraba ante las profundas cavernas del Brinnastir, donde el lobo marino había dormido hasta entonces en una obscuridad profunda. Esta es la razón por la cual te hice este noble don; y tú sabes perfectamente que, desde ese día, todos en esta isla te consideran como un hijo, o como un hermano, favorecido de los poderosos, cuando la noche sucede al día.

Librodot

—¡Ay, ay! mi buena madre —exclamó Mordaunt suspirando—; vuestro regalo me favoreció, pero no me ha conservado el favor. Mas, ¿qué importa? Haré de los demás el mismo caso que ellos hacen de mí. Mi padre quiere que salga de estas islas muy pronto; cuando me marche, os devolveré vuestra cadena encantada, para que procure a otro una dicha más duradera que la mía.

—No rechaces los dones de la raza sin nombre. No los rechaces; pero, ¡oh Mordaunt!, no los busques tampoco. Tú eres el hijo adoptivo; siéntate sobre esa piedra obscura; yo procuraré despojarme de los atributos que no poseen los demás mortales y te hablaré como una madre a su hijo.

Norna decía esto con tono lastimero, y su aspecto lleno de dignidad atraía tanto la simpatía como la atención.

Mordaunt tomó asiento sobre la piedra que le había señalado con el dedo entre otros fragmentos esparcidos en derredor y arrancados por las tormentas de la cumbre de la montaña. Norna sentóse también sobre otra piedra, cerca de él, colocándose su capa de modo que sólo se le veía la frente y los ojos, y un solo rizo de su blanca cabellera. Luego prosiguió gravemente y con acento de extremada aflicción:

—Yo no he sido siempre, como ahora, la sabia, la poderosa, la soberana ante quien el joven se inclina temblando, y el anciano descubre su blanca cabellera: hubo un tiempo en el que mi presencia no imponía silencio a la alegría; yo simpatizaba con las pasiones humanas, y gozaba y sufría como el resto de los humanos. Era aquélla 'una época de abandono; era un tiempo de locura; de lágrimas sin motivo, y de alegría frívola y sin fruto; pero, a pesar de estas locuras, de tales sentimientos y de tantas debilidades, ¿cuánto daría Norna de Fitful-Head por ser aún la joven dichosa, y casi ignorada de mis primeros años? Escúchame, Mordaunt, y apiádate de mí; pues me oyes exhalar quejas que jamás han resonado en los oídos de ningún mortal, y que nadie más volverá a oír. Yo seré lo que debo ser —prosiguió levantándose de pronto con una especie de salto y extendiendo su brazo descarnado y ennegrecido—; yo seré la reina y la protectora de estas islas salvajes y abandonadas; las ondas no mojarán mis pies sin mi permiso, aun cuando el mar se enfurezca bajo el impulso de, las más crueles tempestades; yo seré aquella cuyos vestidos respetan los mismos huracanes, aun cuando su fuerza arruine los más sólidos edificios. Tú has sido testigo de ello Mordaunt Mertoun; tú oíste mis palabras en Harfra y presenciaste cómo se aplacaba la tempestad. Habla y confirma lo que he dicho.

Mordaunt creía que la vieja que tales desatinos hablaba estaba loca de remate; pero sin embargo no se atrevió a contradecirla.

—Yo os oí contar —le dijo—, y vi que la fuerza de la tempestad cedía.

—¡Cedía! —exclamó Norna, furiosa y golpeando el suelo con su negro bastón de encina—; tú no dices toda la verdad. ¡Tú conoces mi poder; pero ignoras, el hombre inmortal ignora, el precio que me ha costado! No, Mordaunt, jamás; aunque se tratase de estos vastos dominios, orgullo un tiempo de los antiguos hombres del Norte, cuando sus banderas flotaban triunfantes desde Bergen hasta la Palestina, jamás, por todos los tesoros del mundo, ni por adquirir un poder igual al mío, vendas la paz de tu corazón.

Dicho esto, volvió a tomar asiento en la misma piedra, cubrió su cara con la capa, apoyando la cabeza sobre la mano, y lloró con amargura.

—Buena Norna —dijo Mordaunt; pero vióse obligado a callar de nuevo, por no saber cómo consolar a la afligida anciana—. Buena Norna —prosiguió después—, sí vuestro dolor os hace sufrir, ¿por qué no vais a buscar a nuestro digno párroco de Dunrossness?

Librodot

Se dice que desde hace muchos años no asistís a las asambleas cristianas, y eso no está bien. Se os conoce por las curas que hacéis de las enfermedades corporales; pero el médico de nuestras almas es el párroco.

—¡A mí —exclamó Norna, levantándose rápidamente, dejando caer su capa, y con la boca llena de espuma—, a mí me decís que vaya a buscar al párroco! ¿Pretendéis matar de horror al santo hombre? ¡Yo asistir a una asamblea cristiana! ¿Queréis que el edificio se desplome sobre los fieles y que manche el altar una sangre culpable? ¡Yo buscar al médico de las almas! ¿Queréis que el demonio se apresure a apoderarse de su presa delante de Dios y de los hombres?

—¡Desgraciada mujer! —repuso Mordaunt, a quien la extraordinaria agitación de Norna le inclinaba a admitir la supersticiosa creencia de los habitantes de las islas—. Si efectivamente has pactado con el autor del mal, ¿por qué no has de arrepentirte? Pero haz lo que quieras; yo no puedo ni me atrevo, como buen cristiano, a permanecer junto a ti. Toma tu regalo —añadió quitándose la cadena—; lo detesto, no lo quiero; una alhaja fabricada por el autor del mal, sólo mal puede producir.

—Calla y óyeme, joven insensato —respondió Norna tranquilamente y como si hubiese recobrado toda su razón en vista de la sorpresa y horror que advertía en Mordaunt—; óyeme, te lo mando. Yo no he hecho pacto alguno con el enemigo del género humano ni he recibido de su ministerio la ciencia o el poder. Aunque los espíritus me sean familiares y propicios mediante un sacrificio que me es imposible declarar, Dios sabe que estoy tan inocente como el ciego que cae en un precipicio, que no ha visto ni podido evitar. ¡Oh, no te marches, no me abandones en este momento de debilidad! Permanece a mi lado, siquiera hasta que pase la tentación, o me precipito en este lago para verme libre de mi poder y de mi triste miseria.

Mordaunt que había profesado siempre a esta singular mujer un inexplicable afecto, debido quizá a las consideraciones que ésta le había manifestado, dejóse fácilmente seducir y se sentó de nuevo para escuchar lo que Norna le dijese, creyendo que así conseguiría disipar por completo su agitación.

Poco tiempo después, Mordaunt había conseguido vencer la aflicción y trastorno de la anciana, que le dijo con voz firme y tono natural:

—No me proponía hablarte de mí, Mordaunt, cuando, descubriéndote desde lo alto de esa roca escarpada, descendí, para encontrarte, a este sitio. Mi destino como quiera que sea, es inmutable. En cuanto a mí, he dejado ya de ser sensible; pero con respecto a los que ella ama, Norna de Fitful-Head conserva aún los sentimientos que la unen a la especie humana. No olvides esto Mordaunt. Hay una águila, la más noble de cuantas se ciernen en el aire sobre estas rocas encumbradas; en el nido de esa águila se ha introducido una víbora: ¿quieres ayudarme a destruir el reptil y salvar la noble raza del príncipe de los cielos del Norte?

—No os entiendo, Norna. Si deseáis que os comprenda y que os responda, explicaos mejor; no descifro enigmas.

—Hablaré más claro: tú conoces la familia de Burgh-Westra; las amables hijas del generoso udaller Magnus Troll, Minna y Brenda; quiero decir, tú las amas.

—Las he conocido, buen madre —repuso Mardaunt—, y las he amado... Estad seguro de ello.

—Conocerlas una vez es conocerlas siempre —dijo Norna con tono enfático—, y amarlas una vez es amarlas siempre.

Librodot

—El haberlas amado una vez, es desearles que vivan felices y dichosas —dijo Mordaunt—; y para hablaros francamente, os diré que los habitantes de Burg-Westra me han olvidado por completo. Sin embargo, indicadme los medios de servirles, y yo os convenceré de que no he olvidado una amistad antigua.

—Perfectamente, te daré ocasión de que me lo demuestres. Magnus Troil ha abrigado en su seno una serpiente, y sus amables hijas están a merced de un miserable.

—¿Os referís al extranjero, a Cleveland? —preguntó Mordaunt.

—A él aludo; al que encontramos sobre la playa, como un montón de algas marinas, junto al cabo Sumburgh. Me decía el corazón que lo dejase allí, hasta que se lo volviesen a llevar las mismas olas que lo habían conducido a la orilla. Ahora me arrepiento de haber procedido de otro modo.

—Pues yo estoy satisfecho de haber procedido cristianamente. No tengo motivos para arrepentirme. Si Minna, Brenda, Magnus y los demás prefieren al extranjero, no debo ofenderme; más bien, hará reír a mi costa si me comparase con él.

—Bien, estoy convencida de que todos ellos merecen tu amistad desinteresada.

—Pero no puedo adivinar en qué puedo serles útil. Brece el buhonero me ha dicho que el capitán Cleveland se lleva muy bien con las señoritas de Burgh-Westra, y aun con el mismo udaller. Sé perfectamente que no reúno los méritos del capitán Cleveland, y no trato de discutírselos: él puede contarles grandes batallas; yo no puedo hablar más que de nidos de pájaros; él puede decirles cuántos franceses ha matado; yo no he matado más que lobos marinos; él es de hermosa presencia y viste muy bien; mi vestido es muy sencillo e ignoro muchas cosas. Extranjeros tan amables cautivan los corazones de las personas que los tratan, con tanta facilidad como el cazador aprisiona en sus redes las inocentes avecillas.

—Ese juicio no te favorece y perjudica a Minna y Brenda; no creas los cuentos de Bryce Snailsfoot, de ese avariento que se zambulliría en el mar por la más insignificante moneda que se le diese. Él es el culpable de que hayas perdido algo en la opinión de Magnus Troil; pero que tenga cuidado, porque no le pierdo de vista.

—¿Y por qué no decís al udaller lo que me acabáis de decir a mí?

—Porque merece recibir una severa lección de la experiencia. Ayer le hablé, y, ¿sabes cuál fue su respuesta? _ La siguiente: “Buena Norna, estáis chocheando.” Puesto que desprecia los consejos de la vejez, los de la juventud lo instruirán. Ve, pues, a Burgh-Westra, como lo hacías antes, el día de San Juan.

—No he sido convidado ni me llaman, ni me desean, ni se acuerdan del santo de mi nombre, y, si llegara a ir, quizá no quisieran conocerme; pero, de todos modos, había pensado ir.

—Has pensado bien. Si visitamos a nuestros amigos cuando están enfermos, ¿por qué no hemos de visitarlos cuando la fortuna les es adversa? No dejes de ir; puede que nos encontremos allí; pero nuestros caminos son diferentes. Adiós, y no digas que te he dado estos consejos.

Alejóse Norna, y Mordaunt, sin moverse de la orilla del lago, siguió la con la vista hasta que la anciana desapareció entre las encrucijadas del sendero.

Luego, el joven Mordaunt encaminóse a su casa, resuelto a seguir los consejos que Norna acababa de darle con tanta más razón cuanto que ellos se ajustaban a sus deseos e inclinaciones.

Librodot

XI

Aproximábase el día de la fiesta; pero Mordaunt, sin el cual, poco tiempo antes, no se habría celebrado un solo acto de regocijo en la isla, no recibía invitación, mientras que los isleños sólo hablaban del favor de que gozaba el capitán Cleveland en casa del viejo udaller de Burgh-Westra. Swerta y el ranzelmán, casi siempre por medios indirectos, daban a entender a Mordaunt que él mismo se había atraído aquella desgracia socorriendo a un náufrago que hubiese sido arrastrado al mar por el reflujo de la primera ola.

—No es bueno oponerse a los caprichos del mar —decía Swertha.

—Cierto —contestaba el ranzelmán—; el hombre prudente no arrebata su presa a las ondas ni a la cuerda. Es peligroso socorrer a un hombre a medio ahogar o medio ahorcado; ocasiona siempre desgracias. Y, si no, ¿quién mató de un tiro al difunto Will Paterson en la altura de Noss? Precisamente el holandés a quien había salvado del agua. Arrojar una tabla o un cable a un hombre que se ahoga, puede ser, quizá, una obra de misericordia; pero os expone a algún peligro.

—Vos sois un hombre prudente y un digno hombre, ranzelmán; vos ayudáis a un vecino cuando lo necesita, tan bien como cualquiera, y nunca habéis echado la red.

—Soy ya viejo y he oído lo que nuestros antepasados decían respecto al particular. Nadie en estas islas hará más que yo para servir a un cristiano en tierra firme; pero no sacaré a nadie del agua salada.

—¡Y, sin embargo pensar que ese Cleveland ocupa ahora el lugar de nuestro joven amo en casa de Magnus Troil, que el Pentecostés último lo miraba todavía como la flor de la isla!

—Magnus está haciendo un disparate. En ocasiones, Swertha, los más avisados son unos verdaderos gansos. Pero sus rasgos de locura no le producían ninguna ganancia, aunque pronto hemos de ver el funesto resultado de todo esto; bien no ha de producir.

—No, no; no puede resultar bien ninguno; eso es verdad.

Esas funestas predicciones, repetidas de vez en cuando, produjeron algún efecto en el joven Mordaunt. Realmente, no creía que las desagradables circunstancias en que se encontraba, fuesen la consecuencia necesaria de su caritativa acción; pero le parecía que algún poder invencible ejercía un imperio funesto sobre su destino. Estaba sumamente inquieto y decidido a concurrir a la fiesta, que ya se acercaba, presintiendo que en ella ocurriría algo imprevisto que influiría de un modo eficaz sobre su suerte futura.

Mordaunt comunicó a su padre su proyecto, y Mertoun quiso saber qué motivo particular le inducía a ir a Burgh-Westra para San Juan, mejor que en otra época cualquiera.

—Se celebra una fiesta a la que concurrirá mucha gente.

—Y vos deseáis aumentar el número de los locos. Id enhorabuena; pero procurad no apartaros del camino recto. Una caída *de lo* alto de las rocas de Foulah no sería más peligrosa.

—¿Puedo preguntaros la razón de ese consejo?

—Magnus Troil tiene dos hijas. Estáis en la edad en que tales juguetes se suelen mirar con cariño para maldecirlos el día en que abrimos los ojos a la luz. Proceded siempre con cautela, porque de igual suerte que la mujer ha abierto las puertas del mundo al pecado y la muerte, así sus miradas tiernas y su dulce lenguaje causan la ruina de quien confía en

Librodot

ellas.

Mordaunt había advertido algunas veces que a su padre le inspiraba el sexo femenino gran antipatía; pero jamás se había explicado en términos tan claros. Le respondió que Minna y Brenda eran para él como las demás jóvenes del país, y aun mucho menos, puesto que le habían retirado su amistad sin causa alguna.

—¿Y queréis ir para reanudar la amistad? ¡Insensata mariposa que, habiendo escapado de la llama sin quemarse, pretende volver a dejar en ella las alas, en vez de contentarse con la oscuridad a que debe su salud! Mas es inútil que pretenda apartaros de vuestro destino. Id a donde éste os llama.

Al día siguiente, víspera de la gran fiesta, Mordaunt emprendió el camino reflexionando acerca de las órdenes de Norna, de lo que su padre le había dicho y de los presagios agoreros de Swertha y del ranzelmán.

—Quizá me reciban fríamente —pensaba—; pero, si es así, estaré menos tiempo. Sólo quiero averiguar si han sido engañados por ese extranjero, o si su conducta es caprichosa y sólo obedece al placer de mudar de compañía. En el primer caso, yo procuraré justificarme y ¡que Cleveland se guarde! En el segundo. ¡adiós Burgh-Westra y sus habitantes!

Estos pensamientos hicieron afluir a sus ojos las lágrimas. Se apresuró a enjugarlas, censurándose esta debilidad; y, redoblando el paso, continuó su camino.

El día era hermoso, ni una sola nube empañaba el cielo, y Mordaunt seguía caminando con una ligereza que contrastaba con los obstáculos que tuvo que vencer la última vez que había recorrido aquel trayecto; sin embargo sus reflexiones sugeríanle una comparación menos agradable.

—Entonces —se decía a sí mismo—, luchaba contra un huracán furioso; pero todo era calma y tranquilidad en mi corazón; ¡ojalá estuviese hoy mi espíritu tan sereno como aquel día, aun cuando tuviese que combatir la más terrible tempestad que haya turbado el silencio de estas montañas solitarias!

Distraído con estos pensamientos, Mordaunt llegó próximamente a mediodía a Harfra, donde vivía el ingenioso señor Yellowley. Nuestro viajero había adoptado sus precauciones para no tener necesidad de someterse a la hospitalidad parsimoniosa de gentes que, de este particular, habían adquirido en el país muy mala reputación; así es que abasteció su pequeña mochila de modo que hubiera bastado para otro viaje más largo. Sin embargo, o por cortesía, o por distraerse entró en la casa, que estaba en completo desorden. Triptolemo, calzado con sus botas fuertes, subía, bajaba, preguntaba una y mil veces a su hermana y a su criada, que le respondían ásperamente. Al fin, compareció la señora Baby cubierta con un traje de amazona, que en algún tiempo había sido verde, pero que ya no tenía media vara de tela del mismo color, a fuerza de remiendos y composturas. Un sombrero a modo de campanario (comprado hacía ya mucho tiempo, en una ocasión en que la vanidad había vencido a la avaricia), con una pluma que había expuesto frecuentemente a las caricias del viento y a las injurias de la lluvia, constituía todo su adorno, sin contar una varita de acebo engastada en plata, que tenía en la mano, muy antigua. Tales aderezos, su decidido modo de mirar y su aire de importancia, revelaban que Bárbara Yellowley se disponía para salir y que deseaba que todo el mundo conociese su propósito.

Ella fue la primera que vio al joven, cuya llegada le produjo una extraña impresión.

—¡Dios mío! —exclamó antes que entrase Mordaunt—. ¡Aquí está aquel hermoso

Librodot

joven que lleva una alhaja alrededor de su cuello, y que se comió nuestro ganso tan pronto como si hubiera sido una calandria! Ya abre la puerta.

—Me dirijo a Burgh-Westra, señora Yellowley —dijo Mordaunt.

—¡Ah! Tendremos mucho gusto en viajar en su compañía, porque nos dirigimos al mismo sitio. Aunque es muy temprano para pensar en comer, si quisierais un pedazo *de* pan de cebada y un vaso de cerveza... Con todo, no es sano viajar con el estómago ocupado, y, además, debéis guardar vuestro apetito para la fiesta, en la que iodo será espléndido y abundante.

Mordaunt sacó sus provisiones, diciéndoles que no había pretendido ocasionarles gastos, y les invitó a que las partiesen con él. El pobre Triptolemo, que pocas veces podía saborear manjares tan suculentos como los que le ofrecía Mordaunt, se arrojó sobre ellos con la misma ansiedad con que Sancho debió arrojarse sobre la espuma de las ollas en las bodas de Camacho, y aun su hermana cedió a la tentación, aunque con mayor reserva y cierta especie de pudor.

Había dejado apagar el fuego, decía, porque, en un país tan frío, convenía economizar los combustibles, y no había preparado comida porque debían ponerse en camino muy pronto.

Debió, sin embargo, conocer que la cecina de vaca de Mordaunt era excelente y manifestó cierta curiosidad en saber si en aquel país se preparaba lo mismo que en el norte de Escocia. Estas consideraciones decidieron a Baby a aceptar la invitación que se le había hecho y que ella no esperaba.

Cuando concluyeron de comer, Triptolemo mostróse impaciente por partir, y Mordaunt reconoció entonces que la_ acogida que la señora Baby le había dispensado, no era completamente desinteresada. Ni ella ni su sabio hermano pensaban viajar sin un guía que les condujese en un país casi desierto y desconocido para ellos. Les hubiera sido fácil hacer que los acompañase uno de sus jornaleros; pero el circunspecto agricultor manifestó que esto sería perder un día, por lo menos, de trabajo, y su hermana confirmó ese temor, exclamando:

—¡Un día de trabajo! Podéis decir veinte días. ¡Si estas gentes huelen un buen cocido, u oyen el sonido de un violín, Dios sabe cuándo lograréis hacerles trabajar de nuevo!

Esta fue la causa a que se debió principalmente la excelente acogida que obtuvo Mordaunt en una casa donde la llegada de un forastero atemorizaba. Además, el señor Yellowley sentíase gozoso de poder referir, durante el viaje, a su joven compañero, todos sus planes de mejora, y tener un oyente benévolo, cosa que ocurría pocas veces.

Como Triptolemo y Baby habían decidido viajar a caballo, necesitábase otro para su guía y nuevo compañero, lo que no ofrecía dificultad alguna en un país donde abundan aquellos animales, que andan en libertad por aquellas extensas praderas, de cuyos pastos se aprovechan con los gansos, las cabras, los cerdos y las vacas, multiplicándose tan rápidamente, que la vegetación resulta con frecuencia escasa para su alimento. Sin embargo, existe un derecho de propiedad individual sobre estos animales, marcados todos con el hierro de su propietario, pero, cuando un viajero necesita un caballo, jamás tiene escrúpulo de montar sobre el primero que encuentra y, cuando ha concluído su viaje, lo deja en libertad.

Aunque Triptolemo tenía el propósito de poner término a aquel abuso de la propiedad, no dejaba, entretanto, de aprovecharse de él, y hasta reconocía su conveniencia para los que, como él, no poseían ninguno de esos cuadrúpedos.

Librodot

Se nos olvidaba decir que estos caballos eran muy pequeños, pero estaban dotados de gran fuerza, y soportaban muy bien los malos tratos y las fatigas de una penosa marcha, y su aspecto era el de un oso más bien que el de un animal de la raza equina.

Al que le cupo la suerte de conducir a Baby, habíasele puesto una silla de señora, de una antigüedad respetable. Era una enorme masa a manera de almohada, llena de borra, y de la que pendía, por todos lados, en forma de gualdrapa, un viejo tapiz que, excepto la cabeza, cubría por completo el animal.

Mordaunt prestó galantemente su ayuda a la señora Yellowley para que montase; pero no necesitó hacer grandes esfuerzos. Quizá, al verse objeto de las atenciones de semejante escudero, y satisfecha interiormente de lucir sus más preciosos atavíos, se le ocurriesen ciertas ideas, que alejaron los pensamientos habituales de economía que la tenían constantemente preocupada.

—Si no se estropeasen los vestidos, sería delicioso —dijo sonriéndose a Mordaunt— viajar con tan buen tiempo y en tan amable compañía.

Su hermano subió no sin esfuerzo a caballo y no obstante la serenidad del tiempo púsose una gran capa encarnada sobre su vestido con lo que su caballería quedó más cubierta aún que la de su hermana. Además el animal que era vivo, caprichoso y terco hacía de vez en cuando algunas corvetas que impedían al jinete guardar el equilibrio; y esos brincos aun a muy corta distancia, parecían ser causados por los movimientos que voluntariamente hacía el caballero, sin el auxilio de otras piernas que las que la Naturaleza le había dado. Hubiera sido necesario fijarse mucho para persuadirse de lo contrario, pues, al contemplar la seriedad, la inquietud y el miedo que reflejaba el rostro de Triptolemo, se habría sentido una impresión agradable ante el gracioso contraste que hacía con sus innumerables sobresaltos.

Mordaunt caminaba al lado de la digna pareja, montado, según en aquella época se acostumbraba en el país, sobre el primer caballo que se había cogido y sin más arreos que una simple brida. El señor Yellowley, viendo a su guía provisto de una caballería, resolvió interiormente postergar su reforma hasta que él poseyera caballos que pudieran ser utilizados de aquel modo.

Pero Triptolemo, menos tolerante respecto a otros usos y abusos del país, dirigió a Mordaunt largos discursos referentes a las transformaciones que su llegada iba a producir en aquellas islas.

Por poco que conociese el arte moderno, para hacer que una hacienda prosperase hasta el extremo de fundirse entre las manos de su propietario, Triptolemo reunía en sí el celo, si no los conocimientos, de toda una sociedad de agricultura, y ninguno de los sucesores sobresalió en aquel noble fervor.

La región montañosa que Mordaunt le hacía recorrer inspiraba al activo Triptolemo ideas nuevas. Pensaba construir un hermoso camino a través de aquellos almarjales espantosos, sólo practicables para los cuadrúpedos sobre que cabalgaban; edificaría casas que reemplazasen *los skeos* o cobertizos de piedra sola y sin cimiento que los naturales del país destinaban a secar los pescados; les enseñaría a fabricar buena cerveza; les haría plantar bosques en los desiertos parajes desprovistos ahora de toda clase de arbolado; encontraría minas preciosas en lugares donde el dinero de Dinamarca se recibía con gran veneración. Triptolemo había ya decidido efectuar todas estas transformaciones y mejoras, y hablaba con la mayor confianza del apoyo que esperaba obtener de los grandes propietarios de la isla, particularmente de Magnus Troil.

Librodot

—Antes que transcurran algunas horas —dijo, terminando la relación de sus planes—, habré comunicado al pobre hombre algunas ideas, y veréis cómo queda agradecido al que le lleve conocimientos preferibles a la riqueza.

—No debéis fiaros mucho —dijo

Mordaunt como previniéndole—; la barca de Magnus Troil es poco gobernable; está tan aferrado a sus opiniones y a las de su país, que os sería más fácil enseñar a vuestro caballo a zambullirse en el mar como un lobo marino, que hacer que Magnus abandonase un uso norsa por otro escocés: y, sin embargo, siendo tan invariable en sus añejas costumbres, no es muy constante para sus viejos amigos.

—*Heus te inepte!* —dijo el escolar de San Andrés—; que sea variable o inconstante, no me interesa. ¿No soy un hombre en quien debe confiarse, un hombre investido de gran crédito? ¿Se atreverá Magnus a medir su juicio con el mío, a oponer sus razones a las del hombre que representa al lord chambelán en las islas de Shetland y las Orcadas?

—De todos modos, os invito a que no os opongáis demasiado, ni directamente, a sus opiniones. Magnus jamás se ha sometido a nadie, y un viejo caballo sin domar, difícilmente se dejará poner la brida. Además, las grandes explicaciones le impacientan, y probablemente se rebelará contra vuestras proposiciones de reforma antes que hayáis terminado de exponérselas.

—¿Qué queréis decirme, amigo mío? ¿Existe algún hombre tan completamente ciego, que no conozca lo mucho que falta en estas islas? ¿Puede nadie, por muy bestia que sea, mirar eso a que aquí se llama neciamente molino harinero? Estos infelices vense precisados a tener cincuenta en cada parroquia, y a moler todos el grano en una mezquina máquina, debiendo tener un buen molino señorial cuyo ruido se oiría en todo el país, y en el que la harina cayese por celemines.

—Sí, sí, hermano mío — dijo Baby—, eso es saber bien lo que se dice. Cuanto más cuesta una cosa tanto honor da; ésa es vuestra máxima. ¿No podréis convenceros de que en este país cada uno muele el puñadito de grano que necesita sin cuidarse de molinos señoriales, que ocasionarían grandes gastos? ¿Cuántas veces habéis reñido con el viejo Edie Happer, molinero de Grindleburn, y aun con su criado, sobre los derechos de maquila que se pagaban por moler? ¿Y querríais hacer ese regalo a estos infelices que muelen su grano sin gastar nada?

—No me habléis de eso. Más valdría dar al molinero la mitad molida como Dios manda, que poner el buen grano en un juego de niños. Mirad un momento, Baby, ese molino movido por el agua. ¡Ah! ¡Ah! ... ¡Maldito jaco! (La última interjección arrancósela su caballo, que no le permitía detenerse para señalar las deficiencias de un molino de las islas de Shetland.) Miradle, os digo; es poco mayor que un molino de mano; no tiene ni rueda, ni dientes, ni tolva, ni cedazo... Quieto, quieto, ¡qué maldito animal! Apenas podrá moler medio celemín de grano en un cuarto de hora, y la harina serviría más bien para hacer un picotín a los caballos que para los hombres. Por la tanto... ¿Ya vuelves? ¡Maldito animal! ... Por lo tanto... Este jaco es el mismo diablo.

Mientras Triptolemo hablaba, el caballo, que no había cesado de saltar y hacer corvetas, metió la cabeza entre las patas delanteras, tiró un par de coces y arrojó al jinete al arroyo, corriendo luego hacia la dehesa en que le habían cogido, relinchando y coceando, satisfecho por haberse librado de su carga.

Mordaunt no pudo contener la risa, ayudó a salir del agua a Triptolemo, a quien felicitó Baby irónicamente por haber caído en un arroyuelo de las islas de Shetland, pues

no se habría levantado con tanta facilidad si hubiese caído en una de las corrientes que hacen mover los molinos en Escocia. Sin responder a este sarcasmo, Triptolemo advirtió gozoso que su gran capa le había impedido mojarse completamente; pero exclamó colérico:

—He de traer caballos padres del condado de Lanark y potrancas de cría del de Ayr y exterminaré aquí esta raza de animales que sólo sirven para quebrar el pescuezo a las personas honradas. ¿Oís lo que digo, Baby? Estad segura de que libraré al país de estos malditos animales.

—Sería preferible que retorcieseis ahora vuestra capa, Triptolemo —le contestó su hermana.

Entretanto, ocupábase Mordaunt en coger otro caballo en el prado inmediato, y cuando lo tuvo hizo una brida de juncos entrelazados y colocó al desconcertado agricultor sobre el nuevo alazán, más tranquilo que el que arrojó a Triptolemo al arroyo.

La caída calmó el entusiasmo de Yellowley, que, en cinco grandes millas que quedaban aún de camino, apenas habló, dejando que Baby se lamentara de la pérdida de la vieja brida que se había llevado el fugitivo.

—¡Sólo hacía dieciocho años el próximo San Martín que la habíames comprado, y ahora ya se puede considerar como perdida! —decía la económica señora, y como viese que nadie pensaba contradecirla, disertó extensamente acerca del ahorro.

Mordaunt no la interrumpió antes por el contrario, sabiendo que estaban ya cerca de Burgh.-Westra, se ocupaba más en el probable recibimiento que le dispensarían Minna y Brenda, que en escuchar la charla enojosa de una vieja, por grande que fuese la elocuencia con que intentase demostrar que la cerveza regular era una excelente bebida, y que, si su hermano se hubiese roto un tobillo, un poco de manteca y tinos simples que ella conocía le hubieran curado mejor y más económicamente que las drogas de todos los boticarios del mundo.

A los tristes almarjales que habían atravesado hasta entonces siguieron lugares más amenos. Nuestros viajeros caminaban junto a la orilla de un delicioso lago de agua salada, o, mejor dicho, de un brazo de mar, rodeado de un terreno llano y fértil que producía excelentes y abundantes cosechas. En medio de esta tierra de promisión alzábase el palacio de Burgh-Westra. Una gran cadena de montañas cubiertas de verdura, resguardábanla de los vientos del noroeste; pero su situación era tal que dominaba el lago, el Océano, las diferentes islas y aun los montes más lejanos. De las chimeneas del palacio, y de las de casi todas las cabañas que en torno suyo se agrupaban, salía una espesa nube de humo reveladora de los grandes preparativos que se hacían para la fiesta.

—¡Oh! —exclamó Baby—. Creeríase, viendo tanto humo, que está ardiendo la aldea. Adviértase desde aquí el olor del despilfarro, y un hombre de buen apetito tendría con el humo que sale de esas cocinas para que su pan de cebada le supiese a gloria.

XII

Si, según afirmación de Baby, un hambriento se hubiera podido alimentar con el humo que salía de las chimeneas de Burgh-Westra y que el viento llevaba hasta las vecinas montañas, los sordos habrían podido oír el ruido que sonaba en las inmediaciones del palacio.

Librodot

Un espectáculo animadísimo atraía igualmente la atención. Veíanse llegar en todas direcciones grupos de amigos, cuyas caballerías, en el momento que los jinetes se apeaban, tomaban el trote para volver a sus pastos, que era la forma usual de licenciar una caballería que se había reclutado sólo para el servicio de un día. Otros, vecinos de las islas inmediatas, venían por mar y desembarcaban en una pequeña y cómoda ensenada, que servía también de puerto al palacio y a la aldea. Los viajeros deteníanse con frecuencia para saludarse mutuamente, encaminándose por grupos a la morada de Magnus, cuyas puertas se abrían de par en par para que entrasen los huéspedes.

Entre las voces que llegaban a sus oídos, Mordaunt creyó reconocer la del dueño de la casa e inquietóse pensando si a él se le dispensaría una acogida tan cariñosa como a los demás. Cuando se acercaban Triptolemo, Baby y su joven acompañante, oyeron claramente el sonido alegre de los instrumentos y las voces de los músicos que ensayaban las canciones que habían de entonar aquella noche. Se oían, en fin, hasta los gritos de los galopines de cocina y las voces de su jefe, dictándoles órdenes o regañándolos; y este ruido, nada agradable en otras ocasiones formaba una parte bastante interesante del coro que precede siempre a una fiesta campestre.

Pero no era sólo el joven Mordaunt quien se había entregado a sus mortificantes reflexiones. Baby estaba casi sofocada por una mezcla de sentimiento y de sorpresa, calculando mentalmente la cantidad de comestibles que se necesitaría para mantener a tanta gente como veía y oía hablar en derredor: aquel derroche, sin que fuese en manera alguna a sus expensas, crispábale los nervios, lo mismo que un gran crimen estremece al espectador, aunque nada tenga que temer por su propia seguridad. En resumen, aquel espectáculo hacía sufrir a Baby lo mismo que Bruce sufrió en Abisinia cuando vio a los infelices ministriles de Gondar descuartizados por orden de Ras Miguel Triptolemo, tan pronto como llegó al sitio en que los aperos de labranza y demás utensilios destinados al cultivo de las tierras estaban esparcidos de una manera confusa, advirtió los defectos del arado de un solo mango y de los demás instrumentos con que se efectuaban las faena agrícolas en las islas. Su corazón palpitaba como el de un bravo guerrero que mira las armas y las insignias del enemigo con quien ha de combatir.

—La suerte está echada —se decía a sí mismo—: ese día probará si los shetlandeses merecen que nos sacrifiquemos por su prosperidad, y si su espíritu es más susceptible de cultura que sus hornagueras. De todos modos, conviene proceder prudentemente eligiendo el momento favorable para hablar. Conozco, por mi propia experiencia, que, ahora, es preferible ocuparse del cuerpo antes que del alma. Algunos bocados de ese rosbif, que despide tan buen olor, serán una introducción favorable a mi gran proyecto de mejoramiento de las razas.

Triptclemo, Baby y Mordaunt encontrábanse ya frente al palacio de Magnus Troil, edificio construido en diferentes épocas y compuesto de varios cuerpos que sucesivamente se habían adaptado al principal, a medida que la necesidad de una habitación más espaciosa se fue haciendo sentir. Ocupábase Magnus en recibir a los numerosos huéspedes que iban llegando, bajo un pórtico muy ancho, sostenido por dos enormes pilares de madera esculpidos, que habían servido para adornar la popa de los navíos que habían naufragado en aquellas costas. Vestía un traje de corte antiguo, de paño azul forrado de escarlata y galoneado de oro. Sus rasgos varoniles anunciaban la salud, aunque estuviesen sus facciones ennegrecidas por la intemperie; sus venerables cabellos blancos, negligentemente sujetos por detrás con una cinta, revelaban un temperamento robusto.

Librodot

Al ver a estos tres viajeros una nube de disgusto obscureció su frente, y pareció cesar en. su alegría.

Al aproximarse a Triptolemo, compuso algo su rostro, como queriendo reunir el aire de rico udaller a la acogida hospitalaria que el dueño de la casa deseaba dispensar a los concurrentes a su fiesta.

—Bien venido seáis a Burgh-Westra, señor Yellowley —dijo a Triptelemo—. El viento os ha impelido hacia una costa algo dura: a nosotros, pues, que somos los naturales del país, nos corresponde suavizarla en obsequio vuestro. ¿Es ésta vuestra hermana? Señora Bárbara Yellowley, permitidme el honor de saludaros como vecino.

Con una cortesía de que nadie sería capaz en nuestro degenerado siglo, rozó con sus labios las arrugadas mejillas de la vieja solterona, cuya fisonomía dejó entrever algo que hubiera podido tomarse por un asomo de risa. Mirando después fijamente a Mordaunt, le dijo sin extenderle la mano, y con un tono que revelaba la agitación que se esforzaba en ocultar.

—A vos también, señor Mordaunt, os doy la bienvenida.

—Si así no lo hubiera esperado —repuso Mordaunt naturalmente, ofendido por un recibimiento tan frío—, no hubiese venido; pero todavía no es tarde para retroceder.

—Joven —respondió Magnus—, no podéis ignorar que, si os marcharais, ultrajaríais al dueño de la casa; no alteréis la buena armonía que reina entre mis huéspedes por escrúpulos infundados. Cuando Magnus Troil dice: “Os doy la bienvenida”, quiere que se le crea. Entrad, mis dignos huéspedes, entrad, y veremos lo que mis hijas han preparado para recibiros.

Magnus, al hablar así, dirigíase a todos los que podían oirle, y de modo que Mordaunt no creyese que eran para él solo o que no le comprendiesen. El udaller condujo a los recién llegados al interior de su casa, en donde dos grandes salas, que hacían los oficios de un salón moderno, estaban completamente ocupadas por convidados de uno y otro sexo.

El mobiliario era sencillo, pero de buen gusto. Magnus Troil, como la mayoría de los grandes propietarios del país, era el amigo de todo viajero desgraciado que sufriese algún incidente y, con frecuencia había desplegado su autoridad en beneficio de la persona y bienes de los náufragos; pero, como esos incidentes se multiplicaban en aquellas peligrosas costas, y el mar arrojaba constantemente infinidad de objetos que nadie reclamaba, la casa estaba atestada de los destrozos causados por el Océano. Las sillas, colocadas a lo largo de las paredes, eran, en su mayoría, de construcción extranjera. La forma de los espejos y armarios revelaba que estos muebles habían figurado en algún navío, y aun dos de ellos eran de una madera extranjera y desconocida. El tabique que separaba las dos piezas, parecía haber sido construido con maderas que hubieran prestado el mismo servicio a bordo de varios barcos, pero torpemente utilizados por algún carpintero del lugar. Estas señales evidentes de las miserias humanas contrastaban notablemente con la alegría que reinaba en aquel recinto; pero los habitantes del país estaban ya tan familiarizados con aquellos objetos, que su vista no influía poco ni mucho en sus placeres.

La fiesta pareció revestir nuevos caracteres para los jóvenes que se hallaban reunidos, al ver llegar a Mordaunt; todos se dirigieron hacia él, para preguntarle por qué hacía tanto tiempo que no había ido a Burgh-Westra, y esta acogida sincera alivió en parte las inquietudes que le atormentaban. Su corazón latía apresuradamente, pensando en la

Librodot

acogida que le dispensarían las dos hermanas, a quienes ni un solo instante había dejado de adorar. Atravesó varios grupos de amigos, cada uno de los cuales deseaba retenerle el mayor tiempo posible, y logrando, al fin, separarse de sus dos compañeros de viaje, que se habían pegado a él como la pez, llegó a la puerta del gabinete, al que daba acceso una de las dos salas de que hemos hablado, gabinete que Minna y Brenda habían adornado a su gusto, y que estaba reservado para ellas solamente.

Mcrdaunt había contribuido a la decoración de ese gabinete, pues durante su última estancia en Burg-Westra, la entrada de dicho gabinete le era tan libre como a las mismas que lo ocupaban; pero los tiempos habían variado tanto, que estuvo largo rato sin saber si se atrevería o no a entrar, y sólo se determinó a hacerlo cuando oyó que Brenda decía: *adelante*, pero con el tono que se usa regularmente cuando se esperaba la visita, de algún importuno.

Mordaunt entró en el gabinete que habían preparado para la fiesta, agregándole algunos adornos de gran precio. En él estaban sentadas las dos hijas de Magnus, y, a lo que le pareció, en conversación íntima con Cleveland y un viejo cuyos ojos conservaban aún toda la viveza de la juventud, y en los que brillaba, además, un reflejo de penetración y de finura, que se manifestó desde luego en la curiosidad con que miró a los concurrentes, retirándose a un lado para apreciar mejor el recibimiento que Minna y Brenda dispensaban a Mordaunt.

Al entrar éste, las dos hermanas se ruborizaron y se pusieron de pie, pero sin presentarle la mejilla, según lo permitía entonces el uso y parecían exigirlo las circunstancias, y sin darle la mano. Limitáronse a saludarle como a cualquier otro de sus conocidos. El rubor de Minna era, sin embargo, más que testimonio momentáneo de una ligera emoción, que se disipa tan pronto como la idea transitoria que lo provoca, y en el mismo instante miró a Mordaunt tranquila y fríamente devolviéndole los cumplimientos que el afligido joven le dirigía casi tartamudeando. La emoción de Brenda, al menos aparentemente, era más viva y más profunda; el rubor invadía su rostro. No trató ni aun de responder a los cumplimientos embarazados que Mordaunt le dirigía tímidamente; pero lo miró con ojos que revelaban el disgusto y el sentimiento que experimentaba, y que parecían decir que la memoria de los tiempos pasados no se había borrado aún de su corazón. Mordaunt conoció que su amistad con Minna se había extinguido, pero que aún podría ser reanimada la_ de la sensible y amable Brenda. Y es tal la condición humana que, aunque no había encontrado hasta entonces ninguna diferencia entre las des hermanas, la amistad de la que parecía haber olvidado su antiguo cariño érale ahora la más preciada.

De estas reflexiones sacóle el capitán Cleveland, quien, después de dejarle el tiempo suficiente para cumplimentar a las señoritas de la casa, se adelantó hacia él con la franqueza de un marino, tan cortesmente, que, aun cuando Mordaunt había perdido la amistad de la familia de Burgh-Westra, no pudo menos de corresponder a sus expresiones de cariño, contestando a un saludo que celebraba que hubiese pasado agradablemente el tiempo que había transcurrido sin verle. Cleveland disponíase a contestar, pero se lo impidió el viejo de quien hemos hablado, que, colocándose entre ambos y tomando la mano a Mordaunt, levantóse sobre la punta de los pies para besarle en la frente, lo cual era una respetuosa prueba de cariño, y se encargó de responder a su pregunta, diciendo:

—¿Y sois vos, príncipe de las rocas y de los precipicios, quien preguntáis cómo se pasa el tiempo en Burgh-Westra? ¿Cómo se pasaría si los placeres y la hermosura no nos

Librodot

prestasen sus alas para acelerar su vuelo?

—Sin olvidar la agudeza y la alegría, mi viejo amigo —replicó Mordaunt, con un tono medio en serio, medio en broma, apretando al mismo tiempo su mano—: la ausencia no inspira temor donde se encuentra Claudio Halcro.

—No os burléis, jovencito: cuando la edad haya adelgazado vuestras piernas como ha adelgazado las mías; cuando haya helado, por decirlo así, vuestro espíritu como el mío; cuando haya apagado vuestra voz...

—Os estáis calumniando, mi querido maestro —contestó Mordaunt, aprovechándose del carácter original de su viejo amigo para aminorar el embarazo de la situación en que se encontraba y ganar terreno para hacer sus observaciones, antes de lanzarse a pedir una explicación respecto al cambio de conducta que había adoptado toda la familia. No habléis de ese modo —prosiguió—, pues el tiempo no apoya su mano sobre los bardos sino muy ligeramente. ¿No os he oído decir que el poeta participa de la inmortalidad de sus cantos? Ciertamente, el poeta inglés, de quien nos habláis con frecuencia, era más viejo que vos cuando tomó el remo en medio de los sublimes ingenios de Londres.

Aludía con esto a una historia que era el *caballo de batalla* de Claudio Halcro, y bastaba una sola palabra que directa o indirectamente se relacionara con ella para lanzarle a la palestra. Los ojos del viejo brillaron de entusiasmo, y no quiso desaprovechar la ocasión de hablar de un asunto que le lisonjeaba más que cualquier otro.

—¡Ah! mi querido Mordaunt —exclamó—, la plata siempre es plata, y se puede usar sin que se gaste o se empañe; pero el plomo no es más que plomo. No debe el pobre Claudio Halcro unir su nombre al del glorioso e inmortal Juan Dryden. Yo he visto a este grande hombre, sí, yo lo he visto en el café de los Sublimes Ingenios, como se llamaba entonces, y aun he tomado en una ocasión un polvo de rapé de su propia tabaquera. Creo haberos referido ya esta historia; pero aquí está el capitán Cleveland, que no la ha oído nunca. Encontrábame alojado en Londres, en Russel-Street, cerca de Convent-Garden.

—Creo, señor Halcro —respondió el capitán, sonriéndose—, que ayer me contasteis esa historia, y ahora debemos ocuparnos en los negocios del día: conviene que nos repitáis el tono de esa canción que debemos aprender.

—Hay que elegir otro tono en el que nuestro querido Mordaunt pueda tomar parte, pues, en caso contrario, no tocaré una sola cuerda. Sabéis que es la primera voz del país. ¿Qué decís vos, hermosa. Noche? Y vos, encantadora Aurora, ¿qué opináis? —dijo Halcro, dirigiéndose alternativamente a las dos hermanas, a quienes hacía tiempo había dado aquellos nombres alegóricos.

—El señor Mordaunt Mertoun —repuso Minna— ha venido muy tarde para ser hoy uno de los cantores. Es una desgracia para nosotras, pero es irremediable.

—¿Cómo? —replicó Halcro vivamente—. Vos habéis cantado juntos toda vuestra vida. Creedme, Minna, las antiguas canciones son las armoniosas y los antiguos amigos los más seguros. El señor Cleveland posee una excelente voz de bajo; pero, para causar un grande efecto, deberíais elegir uno de los veinte aires que habéis cantado en otras ocasiones, y con los que nos hechizáis cuando el tenor señor Mordaunt os acompaña. Abrigo la convicción de que en el fondo de vuestro corazón, mi bella Aurora, aprobáis este cambio.

—Os equivocáis grandemente, señor Halcro —repuso Brenda, con un tono de disgusto y volviendo a ruborizarse.

—¡Eh! ¿Qué quiere decir esto? —interrogó el viejo, mirándolas a una después de

Librodot

otro—. ¿Qué veo yo aquí? Una Noche nublada y una Aurora tan roja. Esto no anuncia buen tiempo: explicadnos lo que ocurre, señoritas. ¿Quién os ha ofendido? Temo ser yo, pues los viejos tenemos siempre la culpa de los disgustos de los jóvenes.

—No, no, señor Halcro —replicó enérgicamente Minna, asiendo del brazo y llevándose a su hermana.

—Me haréis temer, Minna —insinuó Mordaunt, esforzándose por dar a sus palabras el tono de chanza—, que el último que ha llegado es quien os ha ofendido.

—¿Qué importa quién sea el ofensor —contestó Minna con su ordinaria gravedad—, si el que podía quejarse ha resuelto no darse por ofendido?

—¿Es posible, Minna —exclamó Mordaunt—, que me habléis de ese modo? ¿Y vos, Brenda, me juzgaréis tan severamente sin permitirme que os dé una explicación franca y decorosa?

—Las personas a quienes toca resolver esta cuestión —repuso Brenda con voz débil, pero decidida—, han manifestado su voluntad, y a nosotras sólo toca conformarnos. Vamos, hermana pues me parece que hemos permanecido aquí demasiado tiempo, y que reclamarán nuestra presencia en otra parte. El señor Mordaunt nos dispensará en atención a los muchos cuidados que hoy pesan sobre nosotras.

Las dos hermanas salieron cogidas del brazo, a pesar de los esfuerzos que hizo Claudio Halcro para impedir que se alejasen.

Y, volviéndose luego a Mordaunt, prosiguió el poeta:

—¡Estas muchachas son muy variables! Capitán Cleveland, ¿sabéis qué es lo que ha alterado la armonía en el tono de estas jóvenes Gracias?

—Perderíamos el tiempo —respondió Cleveland— si pretendiésemos averiguar cuál es la causa que hace mudar el viento o una mujer. En el lugar del señor Mordaunt, yo no volvería a preguntar nada a esas beldades orgullosas.

—Ese es un consejo de amigo, capitán —contestó Mordaunt—, y aunque no os lo he pedido, no dejaré de apreciarlo. Pero permitidme que os pregunte, si os es tan indiferente la opinión de las jóvenes amigas que os conceden su amistad, como pretendéis que yo lo sea.

—Puedo aseguraron —contestó Cleveland— que jamás he reflexionado dos veces en ello. Hasta ahora no he encontrado una mujer que merezca pensar en ella después de haber zarpado. En tierra es otra cosa; yo reiré, cantaré, bailaré y me fingiré enamorado de veinte muchachas a la vez, si ellas lo desean aunque no sean la mitad de hermosas que las que acaban de dejarnos, rogándoles que no se acuerden de mí desde el momento en que el pito del contramaestre me llame a bordo.

Mordaunt estaba a punto de incomodarse con Cleveland, tanto porque el capitán había advertido ya la penosa situación en que él se encontraba, cuanto por haberle expuesto con tanta rudeza su opinión, y le contestó que tales sentimientos sólo convenían a las personas que poseían el arte de conquistar la buena voluntad de aquellos a quienes la casualidad les presentaba, y que no podían perder, por un lado, más que lo que confiaban ganar por otro.

Estas palabras eran irónicas; pero se advertía en Cleveland un gran conocimiento del mundo y una íntima persuasión de su mérito exterior, lo que hacía su intervención sumamente desagradable para Mordaunt.

—Os enojáis, mi querido amigo —repuso Cleveland sonriéndose—; pero de ningún modo podréis hacer que yo me enoje. Las bellas manos de todas las agraciadas mujeres

Librodot

que he conocido no me hubieran jamás pescado al pie del promontorio de Sumburgh. Ruégoos, por lo tanto, que no me provoquéis; pues aun cuando me lancéis una andanada, no dispararé contra vos una sola pieza, porque —y pongo por testigo al señor Halcro— he clavado mis cañones.

—Sí, sí —interrumpió Halcro—, vos debéis ser amigo del capitán Cleveland. No riñáis jamás por los caprichos de una mujer. ¡Qué diablos! Si ellas estuviesen siempre del mismo humor, no podríamos dedicarles tantas canciones. El mismo viejo Dryden hubiera tenido muy poco que decir a una joven que no hubiese variado de opinión; valdría tanto como cantar en verso el agua que mueve la rueda de un molino. El genio de una mujer, capitán, es como vuestro flujo y reflujo, vuestras corrientes y vuestros torbellinos, que van y vienen. ¿Conocéis mi despedida a la joven Northmaven? Esta era la pobre Betty Stimbister, a quien he dado el nombre de María porque es más poético lo mismo que me llamé Hacon, del nombre de uno de mis antepasados, Hacon Goldemund, o Hacon Boca de Oro, que aquí llegó, con Arold Harfager. ¿Pero de qué hablábamos? ¡Ah! de la pobre Betty Stimbister. Esta fue la causa, sin hablar de algunas deudas, de que yo saliera de las islas de Hiatland, que es el verdadero nombre de las islas de Shetland, y que me lanzase al mundo. He corrido mucho desde entonces, capitán; yo me he abierto un camino, aunque trabajosamente, pero tan bien como podía hacerlo un hombre que tenía la cabeza, el bolsillo y el corazón ligeros. He pagado bien mi escote, en dinero o en talento. He visto la deposición y restauración de reyes como vos despediríais de vuestra hacienda a un pobre labrador antes de terminar el arriendo. He, conocido los grandes talentos del siglo, y especialmente al insigne Dryden. ¿Quién es el hombre de nuestras islas que pueda decir lo mismo sin mentir? He tomado un polvo de la caja de rapé de Dryden, y voy a contaros cómo tuve esa felicidad.

—¡Pero la canción, señor Halcro! —exclamó Cleveland.

—¿La canción? —respondió Halcro, cogiendo al capitán, pues estaba demasiado acostumbrado a quedarse sin auditorio por no emplear todos los medios conocidos para retenerlo—. ¿La canción? He dado una copia de ella, así como de otras quince, al inmortal Dryden. La oiréis, la oiréis, si tenéis un poco de paciencia, y vos también, señor Mordaunt. Pero, ¿qué significa esto? ¿Apenas os he visto un momento, después de seis meses, y ya pretendéis abandonarme?

Y al decir esto, cogió a Mordaunt por un botón de la casaca.

—Ahora que nos ha cogido a remolque —dijo el marino— tenemos que escucharle hasta el fin, aunque alargue el cable con tanta lentitud como para hacernos perder la paciencia.

—Dispénsenme la merced de guardar ahora un poco de silencio; no hablemos todos a la vez —dijo el Poeta con tono imperativo, mientras que Cleveland y Mordaunt, mirándose mutuamente con resignación, esperaban el relato de la historia que estaban irremisiblemente condenados a volver a oír.

—He de contároslo todo, hasta los últimos pormenores. Fui lanzado al mundo como tantos otros jóvenes haciendo multitud de cosas Para ganar mi vida, porque, por fortuna, era apto para todo, pero apasionado por las musas, como si les tuviese que agradecer, como otros belitres, un coche con seis caballos. Además,_ pude sostenerme sobre el agua, hasta la muerte de mi viejo primo Lorenzo Linklatter, quien me legó, cerca de aquí, una pequeña isla, aunque Cultmalindie fuese su pariente en el mismo grado que yo; pero Lorenzo era apasionado por los hombres de talento, a pesar de que él era muy torpe. Me

Librodot

dejó, pues, su pequeña isla, que es tan estéril como el Parnaso; pero yo tengo siempre cinco céntirpos para gastar, otros cinco para dárselos a un pobre, y cinco más para meterlos en la hucha, y una cama y una botella de vino para ofrecerla a un amigo, de :lo que os convenceré si os dignáis acompañarme después de la fiesta. Pero, ¿dónde estamos de mi historia?

—Me parece que junto al puerto —respondió Cleveland.

Pero Halcro era un orador demasiado decidido para hacer caso de tales ironías.

—¡Ah! Ya recuerdo —prosiguió Halcro con el aire de satisfacción de un hombre que ha encontrado el hilo de su historia—. Cuando yo vivía en Russel-Street, en casa del viejo Timoteo Thimblethwaite, que era entonces el sastre más acreditado de Londres, trabajaba él para todos los bellos ingenios y para todos los jóvenes mimados de la fortuna. Sostenía correspondencia con cuantas personas afamadas había en la capital, y recibía cartas de Crowne, de Tate, de Prior, de Tom Brown, de todos *los hombres célebres* de aquel tiempo, y de tal modo cuajadas de agudezas, que no había medio de leerlas sin morir de risa, aunque todas se deducían a pedirle tiempo para pagar.

—Yo hubiera creído —dijo Mordaunt—, que el sastre tomaba esas bromas por lo serio.

De ningún modo. Timoteo había nacido en el Cumberland y tenía el alma de un príncipe ¡pero el aldermán que caía entre sus manos cuando él recibía una de esas epístolas pagaba el retraso! También a mí me abrió crédito en algunas ocasiones, pues llegué a deberle hasta dos meses de alquiler del cuarto que ocupaba en el tercer piso de su casa. Yo le servía en cuanto podía; redactaba sus cuentas... examinaba sus libros...

—¿Y llevabais, seguramente, a los bellos ingenios y a los aldermanes, los trajes que él les confeccionaba? —preguntó Cleveland.

—No, señor... pero me hacéis perder el hilo de mi historia. ¿En dónde estaba?

—¡Qué el diablo os ayude a encontrar ese hilo de que habláis! —exclamó el capitán librando, con una fuerte sacudida, el botón de su casaca de la cautividad en que le tenía el poeta, y saliendo en seguida del gabinete.

—¿Ha habido jamás —dijo Halcro al verle salir—, hombre tan grosero, tan mal educado, ni con tantas pretensiones? Es tan necio como descortés y no sé qué puede agradarles de él a Magnus y a las tontas de sus hijas. Él les refiere largas historias, que hacen perder la paciencia, sobre sus aventuras y sus combates navales, pero estoy cierto que la mayor parte de ellas son mentiras. Mordaunt, mi querido hijo, no contéis jamás largas historias cuyo héroe seáis vos. Mostráis excesiva propensión a hablar de vuestras aventuras sobré las montañas y las rocas, con la cual interrumpís la conversación e impedís que los demás se entiendan; pero comprendo que tenéis impaciencia por escuchar el final de mi relato y voy a proseguirlo. ¿En dónde estaba?

—Sería preferible dejarlo para después de comer, señor Halcro —respondió Mordaunt, que estaba deseando evadirse, pero no tan descortesmente como el capitán.

—¡Cómo! mi querido hijo, ¿vos también pretendéis abandonarme? No tratéis tan ligeramente a un antiguo conocido. Yo he caminado mucho por el sendero de la vida, que me ha parecido, a veces, escabroso, pero jamás he pensado que podía cansarme cuando he contado con el apoyo de un antiguo amigo como vos.

Y, mientras decía esto, soltó el botón de la casaca de Mordaunt y le pasó la mano por debajo del brazo. Mordaunt no intentó resistirse, pues la observación del poeta respecto a la poca complacencia de los conocidos antiguos le había conmovido; pero, al preguntarle

Librodot

Halcro en dónde se hallaba de su historia, le recordó la canción que decía haber dedicado a su primera salida de las islas de Shetland y que Mordaunt ya conocía, pero prefería los versos a la prosa insubstancial de aquel hablador impenitente.

—He aprendido a tocar el laúd bastante bien, pues fue mi maestro el buen Shadwell, el grueso Tom, como le llamábamos generalmente.

—El viejo artista hizo una brevísima pausa y luego reanudó su interminable charla, diciendo:

—Vamos, ya he templado mi laúd. ¿Qué queréis que os cuente? ¿Qué deseáis que os cante? ¡Ah sí! La joven de Northmaven, a quien llamo María, porque Betty suena muy mal en una canción inglesa.

Y, dicho esto, el poeta cantó con sentimiento artístico y regular voz varias coplas que produjeron alguna emoción a Mordaunt.

—Os habéis conmovido —dijo Halcro al concluir de cantar—. Lo mismo ha sucedido a la mayoría de los que han escuchado estas coplas. Soy el autor de la música y de la letra, en las que hay una especie de... ¿eh? ¿eh?... de sencillez de verdad, que van rectas al corazón. Vuestro mismo padre no resistiría su ternura, a pesar de tener un corazón tan impenetrable a los encantos de la poesía, que el mismo Apolo no haría en él blanco con ninguna de sus flechas. Seguramente le jugó alguna mujer una mala pasada allá en su juventud, y por eso se muestra tan rencoroso contra el bello sexo. Sí, sí, ésa es la madre del cordero; pero, ¿a qué hombre no le ha sucedido otro tanto? Mas, vamos mi querido hijo, pues veo que todos se encaminan a la sala del banquete, hombres y mujeres. ¡Las mujeres! Son nuestro tormento, y, sin embargo, nos sería imposible prescindir de ellas; pero en la última estrofa que he cantado... ¡Ah! Ya nos llama la maldita campana. Vamos, es preciso partir; pero descuidad, cuando terminemos la comida, encontraremos algún rincón donde estemos tranquilos, y acabaré de contaros mi historia.

XIII

Triptolemo Yellowley quedó extraordinariamente sorprendido al contemplar la profusión que reinaba en la mesa de Magnus Troil, el número de convidados que se reunían en torno de ella, el de humildes amigos, de aldeanos, de pescadores, y de sirvientes que en otras habitaciones estaban regalándose, la multitud de pobres que habían acudido de todas las aldeas y cabañas de veinte leguas en contorno, para aprovecharse de la generosidad del espléndido señor, y hasta tal extremo llegó su sorpresa, que empezó a dudar interiormente de la conveniencia de proponer en aquel momento al anfitrión, a quien llenaba de gloria su misma hospitalidad, un cambio radical en los usos y costumbres de su país.

Es indudable que el sagaz Triptolemo no se equivocaba al creer que él solo reunía más talento y más conocimientos que todos los convidados juntos, sin exceptuar su huésped, a quien censuraba aquella excesiva prodigalidad; pero el anfitrión, a cuya mesa se come, ejerce, a lo menos durante la comida, una gran influencia en el espíritu de sus convidados aun de los más distinguidos; y si el banquete es suculento y los vinos están bien elegidos, ni la gracia, ni el talento, ni aun el rango mismo pueden superarle antes que el café se haya servido. Triptolemo sentía el influjo de esta superioridad momentánea; a pesar de lo cual deseaba hacer algo que demostrase a su hermana y a Mordaunt, que no

Librodot

les había exagerado mucho hablándoles, durante el viaje, del modo cómo obligaría a aceptar sus planes a Magnus Troil, y de vez en cuando les miraba a hurtadillas para ver si su tardanza en hablar de la necesidad de las reformas que tenía en proyecto, no le había hecho desmerecer algo en su opinión.

La señora Bárbara lamentaba profundamente el derroche de aquella comida, calculando el gasto que debía ocasionar un festín como no había visto otro. No concebía la facilidad con que olvidaban los invitados sus deberes de cortesía y las reglas de urbanidad, y la indiferencia con que el dueño de la casa veía esta conducta. Algunos de los comensales se hacían servir de un plato que no estaba empezado aún y que habría podido figurar nuevamente en la cena. Nadie se inquietaba y mucho menos el dueño de la casa, si se destrozaba uno de aquellos platos que, por su naturaleza, no pueden ser presentados dos veces en la mesa, o si se asaltaba un pastelón de caza, un lomo de vaca de doce o quince libras, o uno de aquellos manjares delicados que, según todas las reglas de una buena economía, deben soportar siquiera dos ataques, y que, según sus ideas, debían estar reservados para los más nobles invitados en vez de ser devorados por los más humildes. Absorta en estas reflexiones y calculando que sólo lo que se perdía de todas aquellas viandas, cocidas o asadas, bastaría para abastecer su mesa lo menos durante un año, la señora Bárbara habíase olvidado de su hermano y de los proyectos de éste.

Mordaunt Mertoun tampoco se acordaba del pretendido reformador de las islas de Shetland. Estaba sentado entre dos hermosas jóvenes de Tule, las cuales, sin mostrarse resentidas por la preferencia con que el joven había distinguido siempre a las hijas de Magnus, aceptaban sus atenciones; pero, al mismo tiempo que dispensaba a sus vecinas todos los mínimos cuidados que exige la sociedad, Mordaunt observaba en secreto a las dos hermanas y al padre de éstas.

La conducta de Magnus, que conservaba su peculiar alegría, le pareció la misma de siempre; pero las costumbres de Minna y Brenda habían cambiado mucho.

Cleveland estaba sentado entre una y otra, y Mordaunt veía y oía cuanto pasaba entre ellos. El capitán repartía por igual sus atenciones entre las dos hermanas, más advertíase que daba la preferencia a la mayor. Brenda no lo ignoraba, pues más de una vez dirigió sus miradas a Mordaunt, en las que a éste parecióle descubrir algún recuerdo de sus primeras relaciones y el sentimiento de verlas interrumpidas, Minna, por lo contrario, no se acordaba más que de Cleveland, con gran sorpresa y disgusto de Mordaunt. Sí, la seria, la prudente, la reservada Minna, cuyo aire y modales revelaban tanta elevación de alma; Minna, que en sus paseos, dirigíase siempre hacia un pequeño manantial de algún lugar apartado; Minna, la enemiga de una alegría ligera y amiga de una tranquilidad melancólica y reflexiva; Minna, cuyo carácter, en suma, parecía completamente opuesto al que necesitaba tener una joven para dejarse cautivar por la galantería audaz y poco distinguida de un hombre como el capitán, no veía ni escuchaba más que a Cleveland, a quien prestaba constantemente un interés y una atención que Mordaunt, conocedor de sus sentimientos, pudo apreciar hasta qué punto el extranjero poseía su amistad y cariño, y el corazón del joven sublevábase, no sólo contra el nuevo favorito, sino también contra la misma Minna.

—¿Qué le agradará de ese hombre —se decía a sí mismo—, si no es el aire audaz y de importancia que le dan los acontecimientos y la costumbre de un mando despótico? Este hombre emplea, al hablar, más términos técnicos que ninguno de cuantos oficiales

Librodot

de marina he oído, y sus genialidades son de tal índole, que Minna no hubiera podido sufrirlas otras veces, y sin embargo ahora se muestra complacida y se sonríe. Brenda misma parece tener menos gusto en su galantería que Minna, a quien debería serle mucho más desagradable.

Pero Mordaunt se equivocaba. Juzgaba a Cleveland con el apasionamiento de un rival, y, por consiguiente, criticaba con demasiada severidad su conducta y sus modales, que, sin ser muy refinados, no podían llamar la atención en un país de costumbres tan sencillas como aquél. Además, el capitán tenía el aire franco y abierto de un marino, mucha gracia natural, una alegría adecuada a su situación, una confianza sin límites en sí mismo, y aquel carácter audaz y emprendedor que, con frecuencia, es suficiente para conquistar el bello sexo. Mordaunt se engañaba al suponer que Cleveland debía desagradar a Minna Troil porque sus caracteres eran opuestos. Si hubiese conocido mejor el mundo, habría observado que hay personas cuyos gustos y modo de pensar no tienen ninguna analogía, y no sería aventurado el decir que en la mayoría de los matrimonios los cónyuges, a juzgar por sus cualidades, parece que debían inspirarse mutuamente antipatía.

Quizá se deba esto a que la Providencia ha querido mantener en la sociedad humana una distribución igual de espíritu, de sabiduría y de bellas cualidades. Porque, ¿qué sería el mundo si las personas a quienes ha cabido en suerte el talento, la ciencia, la amabilidad la hermosura, no se uniesen más que con las que se encuentran en el mismo caso, y las clases degradadas, ignorantes, brutales y deformes, no pudieran unirse más que entre sí? ¿No es evidente que los hijos de estas últimas llegarían a parecerse moral y físicamente a los orangutanes? Cuando vemos estas disparatadas uniones, compadecemos al individuo sacrificado, pero admiramos la sabiduría misteriosa de la Providencia, que equilibra el bien y el mal moral, asegurando a las inocentes víctimas del carácter degradado de uno de los autores de sus días, una porción de sangre más dulce y más pura transmitida por el otro. Si tales enlaces no fuesen tan frecuentes, el mundo no sería una morada en la que el bien y el mal se encuentran mezclados en igual proporción, un lugar de pruebas y de sufrimientos.

Examinando detenidamente las causas de esas uniones imprevistas, no podremos menos de reconocer que los contrayentes no obran con tanta inconsecuencia y de una manera tan contraria a su carácter como podría hacemos creer el resultado.

La Providencia, al permitir esta fusión de caracteres, de inclinaciones v de sentimientos, no lo hace por impulsión misteriosa, sino con un fin en el que se revelan su sabia previsión e infinita sabiduría.

Si Mordaunt hubiera sido más experto, si hubiera conocido mejor el curso de las cosas humanas, no le habría extrañado que un hombre como Cleveland, joven bien formado, audaz, emprendedor y valiente, apareciese ante la fecunda imaginación de Minna dotado de todas las cualidades de un héroe.

A fin de poder observar mejor a las personas que le interesaban, el joven Mertoun obsequiaba a sus vecinas, y con tan aparente interés las atendía, que Minna y Brenda le creyeron indiferente a todo lo demás. Sus esfuerzos para mostrarse alegre y contento, eran secundados eficazmente por la jovialidad de las señoritas Maddie y Clara Groatsettars, que pasaban en la isla por dos ricas herederas y que se consideraban dichosas en aquel momento por encontrarse algo separadas de su tía, la vieja y buena lady Glowrowrum. No tardó en empeñarse la conversación, en la que Mordaunt mostróse muy

Librodot

discreto mientras que sus dos vecinas le tributaban sus sonrisas y sus aplausos. Pero, en medio de esta alegría aparente, Mordaunt observaba a hurtadillas a las dos hijas de Magnus, viendo siempre a la mayor ocupada en hablar con Cleveland, sin preocuparse de los demás invitados, mientras que Brenda, convencida de que su primer amigo no le dispensaba ninguna atención, dirigía de vez en cuando su vista inquieta y melancólica al grupo de que él formaba parte. Vivamente emocionado al ver la turbación y la desconfianza reflejadas en los ojos de la joven, resolvió tener con ella una explicación aquella misma noche. Se acordaba de que Norna le había dicho que estas dos jóvenes se encontraban en peligro; y aunque no le había explicado su naturaleza, presumió que no podía provenir más que del error en que estaban respecto al carácter de Cleveland, e hizo el propósito de desenmascararlo.

Distraído con estos pensamientos, sus atenciones para con las señoritas Groatsettars debilitáronse insensiblemente, y quizá hubiera llegado a manifestarse indiferente a cuanto le rodeaba, si Minna no hubiese dado a las señoras la señal para retirarse de la mesa. Saludó al concurso con la gracia que le era peculiar y con una altivez digna; pero sus ojos tomaron una actitud más dulce y halagüeña cuando se fijaron un momento en Cleveland. Brenda, con el rubor que cubría sus mejillas en determinadas circunstancias, hizo la misma ceremonia con un embarazo que casi rayaba en torpeza, pero que su juventud y timidez natural hacían interesante. Parecióle a Mordaunt que sus ojos le habían distinguido posándose sobre él más tiempo que sobre los demás, y atrevióse por la primera vez a buscar su mirada; Brenda adivinó su pensamiento y ruborizóse más de lo que ya —lo estaba.

Al retirarse las señoras, los hombres, antes de pensar en la danza, pusiéronse a beber a grandes tragos. El viejo Magnus, uniendo el ejemplo al consejo, díjoles que no debían perder tiempo, pues las señoras solicitarían pronto su concurso para comenzar el baile; y dirigiéndose a un criado de blanca cabellera, que estaba detrás de él vestido como los marineros de Dantzig y que desempeñaba, entre otras, las funciones de repostero, le preguntó:

—Erick Scambester, mi buen navío, el *alegre marinero de Cantón*, ¿tiene su cargamento a bordo?

—Sí, señor —respondió el Ganimedes de Burgh-Westra—, un buen cargamento de excelente aguardiente, de coñac, de azúcar de Jamaica y de limones de Portugal, sin mencionar la nuez moscada y los asados, con una gran provisión de agua de la fuente de Shelticoat.

Los convidados riéronse a carcajadas al oír este gracioso diálogo, que casi siempre precedía a la llegada de un vaso de ponche, de colosales dimensiones. Este era un regalo que había hecho a Magnus Troil el capitán de uno de los barcos' de la compañía de las Indias orientales, que, al regresar de China, impulsado por los vientos hacia el Norte, entró en la bahía de Lerwick, y encontró el modo de desembarazarse de una parte de su carga, mermando el pago de los derechos debidos al rey. Magnus Troil fue uno de los mejores parroquianos del capitán Cooli, quien, antes de hacerse a la vela y en testimonio de gratitud a otros servicios prestados por el udaller, ofrecióle aquel vaso espléndido, cuya aparición fue saludada con aplausos por los invitados.

Este océano de *punch* fue colocado delante de Magnus, quien servía grandes vasos de él a cuantos se encontraban a su lado, enviando a los más separados un gran jarro de plata, que se llenaba a menudo, inspirando sus frecuentes viajes mil dichos agudos.

Librodot

En todo el archipiélago de Tule no había quien supiese preparar tan bien el *punch* como el viejo Erick Scambester, por lo que sus compatriotas le habían aplicado el sobrenombre de *fabricante de punch, si*guiendo así la antigua costumbre de los habitantes de Noruega, que dieron a Rollo el *Andador* y a otros héroes célebres de sus anales epítetos adecuados a la cualidad particular que les caracterizaba.

Este agradable licor hizo su natural efecto. La alegría era más ruidosa, muchos convidados cantaron, y no sin gracia, para demostrar que si las virtudes marciales de sus antepasados habían decaído, ellos disfrutaban de los placeres de Walhalla, que consistían en ingerir los océanos de cerveza y de hidromiel con que regala Odín a los que son admitidos en su paraíso escandinavo. En fin, a fuerza de libaciones y cantos, todos se volvieron osados y locuaces. Todos querían hablar, y nadie se disponía a oir. Todos se esforzaban en lucir sus habilidades, pretendiendo que sus compañeros las ensalzaran. El viejo Halcro que, después que se retiraron las señoras, había ido a colocarse junto a Mordaunt Mertoun, manifestaba su decidido propósito de empezar y de concluir, sin omitir un solo detalle, la historia de su conocimiento con el glorioso Dryden. Triptolemo Yellowley, con la cabeza algo pesada, y olvidando la general veneración que inspiraba Magnus y la idea de opulencia que brotaba en él a causa de lo que veía en torno suyo, empezó a exponer sus proyectos reformistas.

XIV

Los huéspedes de Magnus Troil, entregados por completo a los placeres ruidosos, bebían sin cesar. Mordaunt, que, como su padre, evitaba las libaciones en los festines, no participaba de la alegría general, siéndole igualmente indiferentes las excursiones que la jarra hacía en torno de la mesa; pero precisamente por eso era la persona a quien Halcro se disponía a referir sus historias. En efecto, el poeta tenía el instinto del ave de rapiña que se precipita desde lo alto de las nubes sobre la oveja enferma, porque conoce que ésta no puede oponerle resistencia. Así, Halcro aprovechóse de las ventajas que le ofrecía la distracción de Mordaunt y de la apatía que le impedía defenderse. Con la habilidad característica de los implacables parlanchines, extendíase en el relato de sus cuentos haciendo interminables digresiones, de modo que, cuanto más avanzaba la narración, más se alejaba del fin. Ya había logrado contar, con todos sus detalles, la historia de su atento casero, el maestro sastre de Russel-Street, interpolando el bosquejo de cinco o seis de sus parientes; algunas anécdotas relativas a tres de sus principales rivales, y, en fin, algunas observaciones generales sobre la indumentaria y las modas de aquel tiempo. Al explicar la naturaleza del derecho que con frecuencia se arrogaba el dueño de su casa para introducirse en el santuario de las musas, dijo:

—Consistía este derecho, principalmente, en soportar las bromas de los demás y en no permitirse ninguna respecto de ellos. ¡Oh! mi amigo Thimblethwaite era un hombre genial, a quien nunca molestaban las chanzas picantes que los asistentes al café de los Sublimes Ingenios le dirigían continuamente como si fueran truenos y cohetes en una noche de regocijo: y aunque algunos, quizá la mayoría de aquellos ingenios sublimes, tenían cuentas pendientes con él, a ningún sujeto ilustrado recordaba semejantes bagatelas. Acaso se os ocurra pensar, mi querido Mordaunt, que esto no era más que una política que el uso consagraba, porque en nuestro país no se sabe qué es pedir prestado ni

Librodot

prestar, ni qué son alguaciles ni recursos para prender a un pobre diablo y llevarle a la cárcel. Pero permitidme que os diga que una mansedumbre de cordero como la de mi pobre difunto Thimblethwaite, era muy rara en Londres y en sus contornos. Yo podría referiros muchas anécdotas relacionadas con este asunto que me han ocurrido a mí y a muchos otros, con esos malditos mercaderes londinenses, que os erizarían el cabello. Pero, ¿qué diablos le pasa al viejo Magnus que está gritando como si luchase con una ráfaga de viento del Noroeste?

Efectivamente, el viejo udaller bramaba; acosado por los planes de reforma y de mejora que a viva fuerza quería sugerirle Triptolemo, contestábale como una ola a un escollo.

—¡Arboles! ¡No me habléis de vuestros árboles! Aun cuando faltase en todas nuestras islas uno bastante grande para ahorcar en él a un necio, me sería indiferente. Nosotros no tendremos más árboles que los que levantan en nuestros puertos sus cabezas; los mejores árboles deben tener vergas por ramas y buenas velas por hojas.

—Pues la desecación del lago de Bracbaster, de que os hablaba, señor Magnus Troil ––respondió el pertinaz agricultor—, es sumamente importante; hay dos medios de hacerlo: o por el valle de Linklater, o por el arroyuelo de Scalmester. Después de nivelar el terreno por ambos lados. . .

—Hay un tercero, señor Yellowley —repuso el udaller interrumpiéndole.

—Confieso con franqueza que no se me ocurre; pues al Mediodía se encuentra la montaña de Bracbaster, y al Norte la altura de... he olvidado su nombre.

—No me habléis de montañas ni de alturas, señor Yellowley. El tercer medio que hay para desecar el lago, y es el único que se empleará en nuestros días, es arrojar en él una gran cantidad de aguardiente, de zumo de limón y de azúcar; con el cargamento de uno o dos navíos habrá suficiente; que se reúnan luego todos los alegres propietarios del país, y os respondo de que dentro de veinticuatro horas el lago de Bracbaster estará tan seco como la cima del cabo Sumburgh en verano.

Aquella contestación de Magnus provocó la risa y los aplausos de los convidados haciendo callar al pobre Triptolemo. Al diálogo entre Magnus y Triptolemo, que había llamado la atención de todos los concurrentes sucedió un susurro general, que revelaba el buen humor de los convidados, y el poeta Halcro se aprovechó de él para recobrar su imperio sobre Mordaunt.

—¿Qué iba diciendo? —preguntó con un tono que, más que sus palabras, anunciaba a su cansado oyente que no estaba en disposición de concluir su larga y enfadosa historia—. ¡Oh! sí, ya me acuerdo: hablaba del café de los Sublimes Ingenios. Este café había sido establecido por un...

—¡Por el amor de Dios, mi querido Halcro! —exclamó el joven, impaciente—. Deseo que me habléis de vuestro encuentro con Juan Dryden.

—¡Qué! ¿con el glorioso Dryden? ... Cierto... Sí... Pero, ¿en dónde estaba yo?... En el café de los Sublimes Ingenios... Perfectamente... Estábamos a la puerta, y los mozos no tenían ojos más que para mí, pues Thimblethwaite les era bien conocido. Voy a contaros una anécdota muy graciosa referente a este asunto.

—Por todos los santos del cielo, habladme de Juan Dryden —dijo Mordaunt, resuelto a no oír más digresiones.

—¡Oh! sí, sí, el glorioso Dryden... pero, ¿qué iba yo diciendo?

¡Ah! ya me acuerdo. Estábamos junto al mostrador, sobre el cual dos camareros se

Librodot

ocupaban, uno en moler café y el otro en empaquetar hojas de tabaco, porque debéis saber que la pipa y su carga de tabaco costaban un sueldo; y fue precisamente allí donde le vi por la primera vez. Un tal Denis estaba sentado cerca de él. Este Denis...

—Basta —dijo imperiosamente Mordaunt—, y no pensemos más que en Juan Dryden. ¿Qué clase de hombre era?

—Un hombre pequeño, viejo, regordete, con pelo rubio y traje negro. Sus `vestidos le sentaban muy .bien. El honrado Thimblethwaite jamás hubiera tolerado que otro sastre trabajase para Dryden, y puedo aseguraron que nadie como él sabía hacer una manga... Pero aquí no se puede hablar. ¡Al diablo ese escocés! Ya vuelve a discutir con el viejo Magnus.

Así era en efecto, y aunque esta vez nadie le interrumpió, la disputa continuaba acalorada y ruidosa, cruzándose preguntas y respuestas, réplicas y contrarréplicas tan rápidamente que se confundían unas con las otras, como el ruido de una descarga cerrada de fusilería que se oye a cierta distancia.

—¡Que atienda a razones! —exclamó Magnus—. Nosotros queremos oír la razón y también hablaros con razón, y si la razón no es suficiente os daremos la rima. ¿No es así amigo Halcro?

El poeta, aunque interrumpido en su relato, engrióse al llamamiento del udaller, y como un cuerpo de infantería ligera, que en medio de una acción ha recibido la orden de reforzar los granaderos, desplegó un aire de suficiencia y de orgullo, y palmeando sobre la mesa, se levantó, disponiéndose a sostener a su huésped del modo que debe hacerlo un invitado a quien se trata bien. Este refuerzo que recibió su contrario, desconcertó no poco a Triptolemo, quien suspendió el ataque que había empezado contra los usos y costumbres de las islas de Shetland, y no volvió a abrir la boca hasta que Magnus le preguntó:

—Y bien, señor Yellowley, ¿en dónde está la razón que hace un momento invocabais tan ruidosamente?

—Tened paciencia, respetable señor, ¿qué podéis vos decir o qué puede decir cualquiera en defensa de esa máquina que se llama arado en este país de ciegos? Los salvajes montañeses de Gaithness o de Sutherland harán seguramente mejor las faenas agrícolas con sus rudimentarios instrumentos.

—Pero, ¿en qué os perjudica nuestro arado? ¿Qué podéis alegar contra él? Ara nuestras tierras. ¿Qué más se necesita?

—Sólo tiene un mango.

—¡Qué diablos! —exclamó el poeta—. ¿Para qué necesitáis dos mangos cuando con uno solo hace bien su trabajo?

—Decidme —agregó Magnus— ¿cómo sería posible a Niel de Lupness que se quedó manco al caerse de una roca conducir sus arados con dos mangos?

—Los arreos son de pellejo, sin curtir, de lobo marino —replicó Triptolemo.

—Así nos evitamos el trabajo de preparar el cuero —repuso Magnus.

—El arado en este país —agregó Triptolemo— está tirado por cuatro mezquinos bueyes, uncidos de frente, y se necesita que dos mujeres sigan a esas miserables máquinas para concluir los surcos con dos palas.

—Bebamos un trago señor Yellowley, y no olvidéis levantar el codo. Las caballerías o los animales que empleamos en las faenas campestres, son demasiado vigorosos para permitir que uno pase delante de otro; y nuestros hombres son extremadamente corteses y

Librodot

bien educados para ir a trabajar al campo y dejarse en casa las mujeres. Nuestro arado labra la tierra que produce cebada; nosotros mismos hacemos la cerveza, cocemos el pan que nos alimenta y lo partimos de buena gana con los extranjeros... A vuestra salud, señor Yellowley.

Estas palabras pusieron término a la cuestión, y, en su consecuencia, Halcro dijo al oído de Mordaunt:

—Concluido este asunto, podemos reanudar nuestra historia del glorioso Juan Dryden. Decía que vestía de negro, y hacía más de dos años que debía la cuenta al sastre, según luego me dijo el honrado Thimblethwaite. ¡Qué ojos tenía! No eran aquellos ojos relucientes y fulminantes que los poetas suponemos que tienen las águilas, sino unos ojos dulces, lánguidos y penetrantes, como no los he visto yo iguales sino en Esteban Kleancogg, el violinista de Papastow, que...

—No hagáis digresiones, hablad sólo de Juan Dryden —interrumpió Mordaunt deteniéndole un poco, y que, no teniendo otra distracción, empezaba a tomar el gusto a la historia de Halcro.

—¡Ah! sí, sí, el glorioso Juan Dryden —dijo el poeta—. Miró a mi honrado huésped, y le dijo: "Timoteo, ¿qué tenéis ahí?" Y todos los sublimes ingenios, los lores y demás personas que le rodeaban nos abrieron paso y pudimos llegar a un rincón del fuego. Thimblethwaite llegó, pues, hasta ella, pasando por medio de todos, atrevido como un león, y yo iba tras él con un paquete pequeño bajo el brazo, pues el muchacho encargado de tales comisiones estaba ausente ... Conviene que sepáis que en dicho café no se admitían extranjeros que no hiciesen algún consumo. A propósito de esto, refiere sir Carlos Sedley que...

—Os olvidáis del glorioso Dryden —interrumpió Mordaunt.

—Sí, sí, el glorioso Dryden; bien le podéis llamar glorioso: háblase de Blakmore, de Shadwell y de tantos otros; pero ninguno es digno de desatar las correas de sus zapatos. "¿Qué tenéis ahí?", preguntó a mi huésped: y mi huésped le respondió con humildad "que se había permitido venir a enseñarle la tela que lady Elisabeth había escogido para una bata". "¿Y cuál de vuestros pájaros, Timoteo, es el que lleva ese paquete bajo el brazo?" "Es un pájaro de las Orcadas, dicho sea con perdón, señor Dryden", respondió Thimbletwaite, que era muy agudo, "y trae una pequeña composición en verso para que os dignéis mirarla". "¿Este pájaro es anfibio?", preguntó el glorioso Dryden cogiendo el papel. Leyó los versos y con tono halagador y sonriendo amablemente, dijo: "¡Muy bien! Este pájaro será un cisne en vuestras manos." Todo el mundo se echó a reír; pero nadie reía de mejor gana que los que, por estar algo apartados, no pudieron oir su agudeza. Las palabras de Dryden pasaron, de boca en boca, a todos los jóvenes estudiantes del temple y los bellos ingenios que preguntaban insistentemente quiénes éramos. Había un francés que deseaba revelarles que se trataba del señor Thimblethwaite; pero le costaba tanto trabajo pronunciar Dumbletate y *Timbletaite,* que su explicación habría durado...

—Tanto como vuestra historia —repuso Mordaunt.

La voz fuerte y enérgica de Magnus cortó definitivamente la narración.

—No quiero oir hablar más sobre ese artículo, señor Triptolemo —decía.

—Permitidme que os diga una sola palabra sobre la raza de vuestros caballos —respondió Yellowley con un tono de voz que parecía implorar misericordia—; vuestros caballos, querido señor, tienen la alzada de los gatos y la fiereza de los tigres.

—Su alzada es la conveniente —repuso Magnus Troil—, así puede uno montarse y

apearse de ellos mejor; respecto a su pretendida fiereza, los que no los sepan manejar que no monten en ellos.

El agricultor enmudeció y dirigió una expresiva mirada a Mordaunt como para suplicarle que guardase secreto sobre su caída. Magnus, que permanecía dispuesto a acosarle, prosiguió con el aire severo y altivo de un hombre que tenía la costumbre de no ser contradicho:

—¡Por la sangre de San Magnus mártir, sois el hombre más singular que me he echado a la cara, señor Yellowley! Acabáis de llegar de una tierra extranjera; ignoráis nuestras leyes, nuestros usos, nuestra lengua, y, no obstante, pretendéis gobernarnos e imponernos la esclavitud.

—Enseñaros, señor, enseñaros, y eso en beneficio vuestro.

—Somos ya demasiado viejos para ir a la escuela —respondió el shetlandés—. Os lo digo ahora para siempre: nosotros sembraremos y recogeremos nuestras cosechas como las sembraron y recogieron nuestros antepasados; comeremos lo que Dios nos envía, sin cerrar la puerta al extranjero; y si hay algo imperfecto en nuestras costumbres o en nuestros usos, lo corregiremos oportunamente; pero la fiesta del bienaventurado San Juan Bautista ha sido instituida en mi casa para que las gentes se diviertan; y el que se atreva a proferir una palabra de eso que llamáis razón, tragará un cuartillo de agua del mar; sí, os doy mi palabra de que la tragará. Así, los que gusten, pueden pasar a reunirse con los violines, pues me parece que anuncian que el baile va a empezar. Los pies de las jóvenes estarán seguramente en este momento como sobre carbones encendidos. Vamos, señor Yellowley, fuera rencor. ¡Qué! ¿Sentís aún los balanceos del *alegre marinero?*

Efectivamente. Triptolemo se balanceaba un poco cuando se puso en pie para ir tras de su huésped.

—No os incomodéis —le dijo Magnus—; descuidad; haremos que encontréis vuestras piernas para bailar. Avanzad, Triptolemo, os remolcaré para que no os vayáis al parque. ¡Ah, ah, ah!

Así hablaba Magnus, mientras se adelantaba majestuosamente; y como un navío de guerra de primer orden que desafía las borrascas, conducía a Triptolemo como una presa a remolque. La mayor parte de los convidados los seguían dando gritos de alegría, en tanto que algunos intrépidos bebedores permanecieron junto a la mesa brindando repetidamente a la salud de Magnus y a la prosperidad de su techo hospitalario.

La sala del baile se llenó en seguida. Era una habitación amplia, digna de la sencillez patriarcal de las islas de Shetland, irregular en su estructura, con un techo muy bajo, que servía para guardar mercancías, muebles viejos, y otros usos diferentes.

A las personas de distinción, que se reúnen para sus contradanzas y sus valses, les hubiera sorprendido aquella sala de baile, pobremente iluminada con algunas lámparas, velas, linternas de navío y candeleros de diferentes especies, que derramaban una luz sombría sobre los montones de mercancías apiladas a lo largo de las paredes, porque Magnus como muchos de sus compatriotas, era negociante al mismo tiempo que propietario. Para que se pudiese bailar allí, se habían puesto a los lados, amontonándolas, las mercancías, en sus cajones o fardos, y los alegres shetlandeses encontraban se allí tan a gusto como los jóvenes aristócratas puedan estarlo hoy en el más espléndido salón de Saint-James-Square.

El grupo de los viejos espectadores, representaba a la perfección una tropa de antiguos Tritones, ocupados en contemplar las ninfas marinas. El aire áspero y

Librodot

endurecido que en la mayoría había impreso la costumbre de estar expuestos a la inclemencia de la atmósfera; sus cabellos crespos y erizados, como su barba, daban a sus rostros el verdadero aspecto de aquellos fabulosos hijos del Océano. La juventud, por el contrario, era esbelta; veíanse por doquier, hermosos talles y formas graciosas y perfectas: los jóvenes tenían el pelo largo y rubio y, en su cutis, un tinte fresco y rojo que no había sido alterado aún por la rigidez del clima. Las hijas y parientas de los amigos y ricos propietarios del contorno, reunidos en Burgh-Westra, eran, generalmente, jóvenes y lindas y unían a lo fresco y sonrosado de su cutis, una delicadeza encantadora en su colorido.

Su exquisito gusto natural y su oído delicado y lleno de precisión, correspondía exactamente a los instrumentos, cuyo sonido y estilo eran muy estimables. Los viejos, unos de pie, otros sentados sobre cajones de mercancías, criticaban a los bailarines haciendo comparaciones entre los bailes que presenciaban y los de sus tiempos; o bien, excitados por los vinos generosos que circulaban entre ellos, se divertían en castañetear sus dedos, o en mover sus pies como si llevaran el compás.

Mortificado por penosos recuerdos, Mordaunt contemplaba esta escena de gozo general. Depuesto de la dignidad que, hasta entonces, le había concedido su clase, de primer bailarín y director de aquellas fiestas ruidosas, veíase substituido por el extranjero Cleveland. Deseando sofocar aquellos recuerdos, aproximóse a las señoritas a quienes había obsequiado durante la comida, con el propósito de invitar a una de ellas a bailar con él; pero la venerable tía lady Glowrowrum, que mientras comieron había sufrido con el mayor disgusto aquella extraordinaria alegría de sus sobrinas, no permitió que renovasen en el baile una intimidad que tanto le había molestado; y así, tomando la palabra a nombre de éstas, contestó a Mordaunt, después de manifestarle su gratitud por la atención de que las hacía objeto, que la señorita Clara y la señorita Matilde estaban comprometidas para toda la noche. Él se retiró; pero, como permaneciese a poca distancia para averiguar cuáles eran aquellos compromisos, pudo convencerse de que aquello sólo fue un pretexto para alelarle, pues al poco rato las dos hermanas, ya más alegres, bailaban con dos jóvenes que las invitaron después. Enojado por este desprecio, y no queriendo exponerse a recibir nuevas afrentas, decidió retirarse de entre los bailarines, yendo a mezclarse con el tropel de gentes de clase más inferior que no desempeñaban más papel que el de simples espectadores procurando digerir con la mayor filosofía posible la mortificación que experimentaba.

XV

Asegura el moralista Johnson que los jóvenes no se acuerdan del caballo de madera de la niñez, ni los viejos de la amante de su juventud. Del mismo modo el sentimiento de Mordaunt, excluido del baile, parecerá injustificado a nuestros lectores, que quizá creerían tener razón para incomodarse si se encontrasen en un caso análogo. No faltaban otras diversiones para los que no eran aficionados a bailar o no encontraban pareja. Halcro estaba en su elemento. Había reunido en torno suyo un numeroso auditorio a quien repetía sus poesías con todo el entusiasmo del glorioso Dryden, siendo muy aplaudido. Las poesías de Halcro eran, en su mayoría, traducciones o imitaciones de las sagas de los escaldas, que los pescadores de aquellas islas cantaban no hace todavía

Librodot

mucho tiempo.

Mordaunt, atento a medias a la voz del poeta, casi sumido en sus reflexiones, encontrábase junto a la puerta de la habitación, fuera del círculo que rodeaba a Halcro, cuando éste cantó, con un aire salvaje, lento y monótono, una imitación de un canto guerrero del Norte.

—¡Pobres paganos! ¡Desdichados ciegos! —exclamó Triptolemo suspirando—. Nos hablan de mieses y cosechas, y creo que jamás han cogido dos espigas de cebada.

—Pues en ese caso —repuso vivamente el poeta—, son mucho más hábiles, señor Yellowley, si fabrican su rica cerveza sin cebada.

—¿Cebada? Sí, seguramente —dijo el agricultor—. ¿Quién ha oído hablar jamás de cebada en estos lugares? Avena, querido mío, avena; eso es lo único que tienen esos miserables, y aun me sorprende que cojan una sola espiga, porque no hacen más que arañar la tierra con una mala máquina que llaman arado, que es igual que si la moviesen con una horquilla. ¡Oh! Merecerían verse la reja y el yugo de un verdadero arado escocés, con un joven robusto como Sansón, colocado entre los dos mástiles, imprimiéndole una fuerza capaz de levantar una roca. Dos bueyes forzudos y otros tantos caballos os trazan un surco tan ancho como el cauce de un torrente. Los que han podido presenciar ese espectáculo, han visto algo más digno de mención que esas viejas historias de combates y carnicerías de que este país ha sido teatro con frecuencia, por más que empleéis vuestra poesía en ensalzar a vuestros héroes y sus obras sanguinarias, señor Claudio Halcro.

—¡Estáis disparatando! —interrumpió el poeta levantándose vivamente y accionando como si toda la defensa del archipiélago de las Orcadas, atacado por el extranjero Triptelomo, estribara en su brazo—. Es una herejía mencionar el país natal de nadie, si el ofendido no está apercibido para su defensa, o para burlarse del país del agresor. Señor mío, hubo un tiempo en que, si no fabricábamos buena cerveza, ni aguardiente exquisito, a lo menos sabíamos en dónde encontrarle; pero hoy, los descendientes de los reyes del mar, de los campeones del Norte, de los *berserkars,* son tan incapaces de manejar sus armas como las mujeres: sólo merecen elogios su habilidad en el manejo del remo y agilidad para trepar por las rocas.. Pero, honrados shetlandeses, ¿qué más podría decir en alabanza vuestra el genial Juan Dryden?

—¡Bravo! Eso es hablar como los ángeles, noble poeta —dijo Cleveland, que acababa de aproximarse al grupo de que formaba parte el pequeño bardo—. Los viejos campeones de que nos hablabais la noche anterior tocaban el arpa de un modo admirable: ¡Ah! ¡Qué bravas gentes! Dignos amigos del mar y enemigos de cuanto encontraban. Sus barcos estaban, ésta es mi opinión, bastante mal construidos; pero, si efectivamente han llegado a los mares de Levante, dudo que haya habido jamás marineros más hábiles.

—Les hacéis justicia, capitán Cleveland —dijo Halcro—. En aquellos tiempos nadie era dueño de su vida y de sus bienes, sino los que vivían veinte millas más allá del mar azul. En todas las iglesias de Europa se hacían rogativas a Dios para que les librase de la cólera de los habitantes del Norte. En Francia, Inglaterra y aun Escocia, aunque ahora se muestran muy arrogantes, no había una bahía, un puerto en que nuestros antepasados no se paseasen tan libremente como sus naturales moradores. Ahora, nos sería imposible traer ni aun cebada sin el auxilio de los escoceses. ¡Qué felicidad si volviesen aquellos tiempos en los que medíamos nuestras armas con las suyas!

—¡Habláis como un héroe! —dijo Cleveland.

—¡Ah! —prosiguió el poeta—. Quisiera solamente ver bogar nuestros barcos, los

Librodot

antiguos dragones marítimos del mundo, con el estandarte de cuervo negro desplegado en lo alto de sus juanetes, y sus puentes llenos de armas, apoderándonos de lo que nos rehusó un suelo avaro, vengando los antiguos desprecios y los ultrajes recientes, recogiendo la cosecha de lo que otros sembraron, cortando los árboles que no habíamos plantado, viviendo alegremente en todos los países del universo y muriendo con la sonrisa en los labios cuando llegaba nuestra hora.

—¡Eso es hablar como un héroe! —exclamó Cleveland poniendo al poeta una ruano en el hombro.

—Eso es hablar como un demente —agregó Magnus Troil, que había llegado al grupo atraído por la vehemente peroración del incorregible charlatán—. Somos todos individuos del mismo reino, según creo, y desearía, señor Halcro, que no olvidaseis que vuestros viajes podrían conduciros también a la horca. Yo estimaría más a los escoceses si se estuviesen quietos en sus casas y nos dejaran vivir en paz, según nuestros usos y costumbres; si quisieran permanecer solamente hasta que yo los arrojase de ellas, porque, en ese caso, continuarían allí muy quietos y pacíficos hasta el día del juicio. Con lo que el mar nos envía y la tierra nos presta, tenemos bastante felicidad.

—Sé lo que es guerra —dijo un viejo que formaba parte del corro, interviniendo en la conversación—, y mejor quisiera atravesar en una cáscara de nuez el Roost de Sumburgh, que arrostrar nuevamente sus furores.

—¿En qué guerra ejercitasteis vuestro valor? —preguntó Halcro, que, si por respeto no se atrevió a contradecir a su huésped, no se resignaba a abandonar su tema.

—Me cogieron en la leva —respondió el viejo tritón—, obligándome a servir bajo las órdenes de Montrose, cuando vino a estas islas, allá por el año 1651, y me llevó como a otros muchos, de buena o mala gana, para hacernos cortar la cabeza en los desiertos de Strathnavern. No lo olvidaré nunca. Nos costó mucho trabajo poder comer. ¿Qué no hubiera yo dado entonces por una lonja de vaca de Burgh-Westra? Cuando nuestros montañases nos trajeron una porción de excelentes bueyes, los matamos a tiros con nuestros fusiles, los descuartizamos y los asamos como pudimos. Pero, al ir a llevar el primer trozo a la boca, oímos el ruido de muchos caballos, luego algunos tiros y, por último, una descarga cerrada. Entonces, mientras los oficiales nos gritaban que nos mantuviésemos firmes, y la mayoría buscaba el mejor medio de salvarse, cayó sobre nosotros la infanteria y la caballería a las órdenes del viejo Urry o Harry, y nos dispersó, concluyendo por destrozarnos tan aprisa como los bueyes que acabábamos de matar.

—¿Y Montrose? —preguntó la graciosa Minna—. ¿Qué fue de él? ¿Cómo aceptó la derrota?

—Como un león que tiene enfrente los cazadores; pero no miré dos veces el camino por donde se marchó, porque me fui a través de las montañas.

—¿Entonces lo abandonasteis? —repuso Minna, despreciativamente.

—No tuve yo la culpa, señorita Minna —respondió el viejo, algo desconcertado—; no había empuñado las armas voluntariamente; y, además, ¿qué podía haber hecho? Si los demás huían como carneros, ¿había yo de quedarme?

—Debisteis morir con él —dijo Minna.

—Ya la poesía hubiera inmortalizado vuestro nombre —agregó Halcro.

—Mil gracias señorita Minna —contestó el sencillo shetlandés—, mil gracias, amigo Claudio; pero es preferible beber esta rica cerveza, estando vivo como lo estoy, que proporcionaros la satisfacción de hacer versos en mi elogio, porque hubiese perdido la

Librodot

vida hace cuarenta o cincuenta años, permaneciendo al lado de mi comandante, y el resultado hubiera sido el mismo. Montrose fue hecho prisionero, ¡infeliz Montrose!, a pesar de todas sus proezas; y a mí que no había hecho ninguna me apresaron también. A Montrose lo ahorcaron. ¡Pobre hombre! En cuanto a mí. . .

—A vos os apalearon y almohazaron de lo lindo —interrumpió Cleveland, impacientado del interminable relato del más que pacífico shetlandés.

—Sólo se hace eso a los caballos, amigo mío —observó Magnus—. Supongo que no creeréis que con vuestro aire de tordilla podréis hacer ruborizar al pobre vecino Haagen por no haberse hecho matar hace ya cuarenta años. Si le habéis visto la cara a la muerte, mi bravo y joven amigo, ha sido con los ojos de un hombre joven que desea dejar memoria; pero nosotros somos gentes pacíficas mientras que los demás lo sean con nosotros, y nadie nos insulte, o a nuestros vecinos, porque en ese caso quizá no encontrasen nuestra sangre septentrional más fría que la de los antiguos escandinavos, que nos legaron su nombre y su linaje. Vamos, vamos al baile de la espada a fin de que los forasteros que nos honran con su visita vean que nuestras manos no han perdido por completo la costumbre de manejar las armas.

Sacáronse en seguida de un viejo cofre una docena de machetes o alfanjes, cuyas hojas enmohecidas revelaban que eran desenvainados muy de tarde en tarda y con los que se armaron seis jóvenes shetlandeses, a los que se unieron seis muchachas conducidas por Minna Troil, y los músicos empezaron a ejecutar un aire apropiado al antiguo baile noruega

El primer movimiento tenía mucha gracia y majestad: los jóvenes mantenían sus espadas levantadas, sin gesticular mucho, pero la música y los movimientos de los bailarines crecían en rapidez progresivamente; sus espadas se entrechocaban a compás, con una viveza que prestaba a esta escena apariencias de peligro, a juicio de los espectadores aunque la firmeza, precisión y cadencia ordenada con que medían sus golpes, les hiciesen poco temibles. Lo más notable de semejante espectáculo, era el denodado valor de las mujeres, que, ora rodeadas por los combatientes, recordaban a las sabinas debatiéndose en los brazos de los romanos, o bien marchando bajo los arcos de acero que los jóvenes formaban cruzando sus espadas sobre las cabezas de sus hermosas compañeras, semejaban a las amazonas la primera vez que éstas tomaron parte en los bailes pírricos de los compañeros de Teseo. Pero entre las lindas bailarinas la que más se distinguía y la que más se prestaba a la ilusión de aquel cuadro encantador, era Minna Troil a quien Halcro llamaba *la reina de las espadas* desde hacía mucho tiempo. Figuraba en medio de los actores de este juego guerrero como si todos los aceros resplandecientes fuesen atributos de su persona o sus juguetes predilectos. Cuando el baile era más intrincado; cuando el choque continuo de las armas ponía espanto en el corazón de muchas de sus compañeras, los labios y los ojos de Minna revelaban la calma de una divinidad que preside a su elemento.

Cuando cesó la música y ella quedó sola un momento, los bailarines y las jóvenes que se alejaban parecían los guardias y el séquito de alguna princesa que, separados de ella momentáneamente, dejábanla entregada a su soledad. Sus miradas, su actitud, su sonrisa correspondían exactamente a la dignidad ideal que el espectador le atribuía; pero, saliendo de repente del éxtasis a que se había abandonado, sonrojóse al darse cuenta de que había sido el objeto de la atención general y dio graciosamente su mano a Cleveland, que, aunque no había bailado, adelantóse hacia ella para conducirla galantemente a su asiento.

Librodot

Mordaunt Mertoun observó, cuando pasaron a su lado, que Cleveland hablaba al oído de Minna, y que, aunque fue breve su respuesta, ésta pareció encontrarse más embarazada que cuando uno o dos minutos antes había sostenido las miradas de toda la reunión. Esta observación aumentó las sospechas que Mordaunt había concebido. Conocía perfectamente el carácter de Minna, y sabía con qué indiferencia solía recibir las atenciones y galanterías que se le prodigaban a su rango y su belleza. "¿Será posible que ame a ese extranjero?" Tal fue la pregunta que se hizo a sí mismo Mordaunt, quien se respondió en seguida: "Aunque lo ame nada me importa." Aunque el joven Mertoun no hubiese solicitado de Minna más que la amistad, creía tener razón para incomodarse de que concediese su amor a un hombre a quien él juzgaba indigno de un afecto tan precioso. Probablemente, en este raciocinio, un poco de vanidad o alguna sombra de arrepentimiento, podrían haber aparecido bajo la máscara de una generosidad desinteresada; pero, a veces, hay elementos preciosos en nuestros pensamientos más nobles y sublimes, que impiden censurar demasiado severamente los motivos de nuestras mejores acciones. En tales casos, es preferible que cada uno respete los actos de su vecino, sin profundizar demasiado las causas que los originan, cualquiera que sea el esmero con que se dedique a examinar la pureza de los suyos.

Tras el baile de las espadas siguieron varios otros ejercicios y canciones, que el entusiasmo había inspirado a las hábiles proezas de algún joven, en tanto que el auditorio coreaba algún estribillo favorito. En estas canciones la música, aunque sencilla y poco artística, impera naturalmente sobre los corazones, produciendo emociones que las composiciones de los más sabios y de los primeros maestros no inspiran porque nada dicen a los oídos no ejercitados, aunque deleiten a los que gracias a su educación, comprenden y aprecian las combinaciones difíciles de la armonía.

Próximamente a medianoche, resonó en la puerta de la sala un fuerte golpe anunciando, juntamente con el sonido de la gaita, que acababan de llegar nuevos invitados, a quienes en seguida se les franqueó la entrada, según la hospitalaria costumbre del país.

XVI

Los que acababan de entrar venían disfrazados de tritones y sirenas, según se acostumbraba en las fiestas análogas a la que se estaba celebrando. Los tritones eran representados por jóvenes vestidos grotescamente con cabelleras y barbas postizas hechas de filásticas, y con unos sayos de tela ordinaria, de color azul verdoso, producto de aquellas islas. Adornábanlos sartas de corales, conchas y otras producciones marinas, e iban armados de tridentes y llenos de diferentes emblemas característicos de las antiguas divinidades que pretendían representar. Claudio Halcro, cuyo gusto clásico había dirigido aquel disfraz, puso en manos de des de aquellas deidades acuáticas dos enormes caracoles de mar o bocinas, cuyo ronco y desapacible sonido ensordecía aún a los mismos *tritones.*

Las sirenas iban vestidas con más gusto y llevaban más adornos que los dioses marinos que las escoltaban. Sus sayas de seda y de otras telas preciosas de color verde habían sido cortadas caprichosamente, pero respondiendo a la idea que se habían formado de aquellas diosas fantásticas, y de medo que realzasen la hermosura de su talle y las gracias de las bellas jóvenes que las vestían. Sus joyas eran muchas y valiosísimas.

Librodot

Aquellos tritones y sirenas no eran forasteros sino invitados que, habiéndose retirado poco a poco con alguna anticipación, habían adoptado aquel disfraz para amenizar la fiesta. Claudio Halcro había compuesto canciones apropiadas a las circunstancias, que los disfrazados cantaban a coro.

La poesía, la música y el baile fueron entusiastamente aplaudidos hasta por el mismo Yellowley, no obstante lo cual lamentóse en voz baja a Mordaunt de que se empleara tan buen cáñamo en hacer aquellas barbas y cabelleras postizas de los tritones.

Mordaunt no le respondió. Toda su atención estaba reconcentrada en una sirena que, al entrar, habíale dicho por señas que deseaba hablarle. Esta mujer, más cuidadosamente disfrazada que las demás, le apretó el brazo mirándole de un modo significativo. Iba envuelta en un manto amplísimo y su rostro ocultábase tras un antifaz de seda. El joven observó que se separaba lentamente de las demás máscaras, y que se colocó cerca de una puerta como para tomar el aire; desde allí le miraba de un modo significativo, y aprovechándose de un momento en que la atención de todos estaba reconcentrada en sus compañeras, abandonó la estancia.

Mordaunt apresuróse a seguir a su guía misteriosa, que se había detenido un momento para que pudiese ver el camino que ella tomaba. Caminando uno tras otro ligeramente, rodearon un lago de agua salada en cuya linfa se reflejaban los rayos de la luna, treparon por pequeñas colinas y atravesaron vaIlecitos. La sirena detúvose al fin, en un paraje en que las hijas de Magnus acostumbraban sentarse, cuando el tiempo lo permitía sobre una glorieta solitaria. Allí debía obtener Mordaunt la explicación del enigma.

La misteriosa sirena tomó asiento en un banco de piedra, arrancó de su rostro el antifaz que lo ocultaba, y Mordaunt quedóse sorprendido. La persona que hasta allí lo había guiado era Brenda.

El hijo del señor Mertoun turbóse como si se encontrara ante una persona a quien hubiera injustamente ofendido. La hija de Magnus también estaba perpleja; pero como ella misma había preparado la entrevista, y no podía prolongarla mucho, se vio obligada a hablar en seguida para aprovechar el tiempo.

—Mordaunt —le dijo temblando—, perdonad, debí llamaros señor Mertoun. Os sorprenderá, seguramente, la libertad que me he tomado.

—Ya no me sorprende nada más que una demostración de cariño vuestra o de vuestra hermana. La entrevista no me llama la atención hace algunas horas. Os suplico en nombre del Cielo, que me digáis en qué he podido ofenderos y por qué me tratáis tan desdeñosamente.

—Así lo desea nuestro padre.

—Vuestro padre no puede haber modificado de pronto su opinión a menos que haya sido cruelmente engañado. ¿Qué cargos me hace? Estoy dispuesto a demostrar que se me ha calumniado infamemente.

—No lo dudo; pero es bien difícil... es imposible que explique la causa del resentimiento de mi padre. Norna le ha hablado francamente y abrigo el temor de que se hayan separado incomodados, y os consta que ellos, para llegar a indisponerse, necesitan un motivo grave.

—He observado con frecuencia que vuestro padre recibe con cierta consideración los consejos de Norna, y que sus singularidades le merecen más indulgencia que las de cualquier otro, aunque no crea en las facultades sobrenaturales que ella se atribuye.

—Son algo parientes, se querían mucho cuando jóvenes, y hasta pretendieron casarse.

Librodot

Las singularidades de Norna se manifestaron después que murió su padre, y por eso precisamente, renunció el mío a su proyecto de matrimonio. Le guarda muchas consideraciones, y si ha reñido con ella por vuestra causa, es indudable que sus prevenciones contra vos están profundamente arraigadas.

Hubo una pequeña pausa durante la cual ambos jóvenes quedaron pensativos, y, luego, prosiguió Brenda:

—¡Jamás creeré que hayáis dicho nada que pueda ofendernos a Minna o a mí!

—¿Y quién se ha atrevido a lanzar semejante acusación contra mí? —repuso Mordaunt abandonándose a toda la impetuosidad de su carácter—. Por San Magnus mártir juro que le arrancaré la lengua y se la echaré a los cuervos.

—Vuestra cólera, Mordaunt, me causa miedo y voy a dejaros.

—¡Cómo! ¿Os marcharéis sin revelarme el nombre del calumniador y cuál es la calumnia?

—Hay más de una persona —respondió Brenda titubeando— que ha asegurado a mi padre... que le han convencido... no debo revelaros... pero muchas gentes afirman lo mismo.

—Aunque fuesen un millón, nadie escapará de mi venganza. ¡Santo mártir! ¡Decir que he ofendido a las personas a quienes más amo y respeto sobre la tierra! Voy a ir en seguida a vuestra casa pues necesito que vuestro padre me haga justicia públicamente.

—¡Oh! Mordaunt, no hagáis eso, si no pretendéis que sea yo la criatura más desgraciada del mundo.

Decidme, entonces, si ese Cleveland es uno de los que me han calumniado.

—¡No, no! —repuso vivamente Brenda—. Salís de un error para caer en otro más peligroso. Me aseguráis que sois mi amigo y quiero probaros que también os profeso una gran amistad, pero es necesario que os tranquilicéis. Nuestra entrevista ha durado ya demasiado y es preciso terminarla.

—Decidme qué puedo hacer en vuestro obsequio y creed que, si no lo hago, será porque me pidáis un imposible.

—Pues bien, ese capitán... ese Cleveland.. .

—¡No me equivocaba! Estaba convencido que, de un modo o de otro, ese aventurero sería el culpable de cuanto sucede.

—Si no me escucháis tranquilamente y en silencio, me iré sin hablar más. Lo que voy a deciros no se refiere a vos sino a otra persona ... a mi hermana Minna, a quien traen desasosegada las atenciones que le dispensa el capitán Cleveland.

—Esas atenciones son bien recibidas.

—A mí también me ha impresionado su figura. Además, habla muy bien, refiere cuanto ha visto y describe los países que ha visitado.

—¡Vaya, se conoce que ha aprendido a la perfección el arte de divertir a las muchachas!

—No hay duda de eso —contestó Brenda con la mayor sencillez—. Puedo aseguraros que al principio me agradaba tanto como a Minna; pero, aunque ella tiene más talento, yo conozco mejor el mundo, porque he visto muchos más pueblos. He estado una vez en Kirkwall y tres en Lerwick, de modo que no me engaña con tanta facilidad como a mi hermana.

—Decidme, Brenda: ¿y qué os ha hecho variar de opinión respecto a ese joven marino que parece tan insinuante?

Librodot

—No lo creo sincero, pues, por melancólicas y tristes que fuesen las historias que nos contaba, no dejaba él de estar alegre, y reía y bailaba con el mayor gusto.

—Y entonces bailaría más a menudo con vos que con Minna.

—No; eso no. Mientras sus atenciones se han dividido igualmente entre las dos, no me he inquietado.

—Pero, ¿por qué os desagrada que procure enamorar a vuestra hermana? Él es rico, aseguráis que tiene talento, y su figura es simpática, ¿podéis desear algo más en un novio de Minna?

—Os olvidáis, seguramente, de quiénes somos, Mordaunt. Las hijas de Magnus Troil ocupamos en estas islas, que para nosotras son un pequeño mundo, el primer rango; descendemos de los reyes del mar y de los antiguos condes de las Orcadas, y no debemos intimar con un extranjero que llegó a nuestras costas por la primavera, sin que nadie lo conozca ni sepa de dónde viene, y que se marchará probablemente el próximo otoño para no volver más.

—¿Y qué obstáculo se opone a que una hermosa paloma azul de las islas de Shetland le acompañe en su peregrinación?

—Me desagrada que habléis de un asunto tan importante con tan poca seriedad. Minna y yo somos hijas de Magnus Troil, el amigo de los extranjeros, pero el padre de las islas de Shetland. Él les dispensa la hospitalidad más generosa, pero que se guarden de suponer que puede admitir una alianza con su familia.

Brenda pronunció estas palabras con mucho calor; pero agregó más suavemente:

—No, Mordaunt; Minna no olvidará jamás lo que debe a su padre y a la sangre de su padre hasta el extremo de pensar en contraer matrimonio con Cleveland; pero los discursos de éste pueden arrebatarle toda esperanza de felicidad. ¿Os acordáis de Ulla Storlson, que subía diariamente a la cima del promontorio de Vossdale para tratar de descubrir en el Océano el barco de su amado? Cuando recuerdo su paso lento, sus pálidas mejillas, sus ojos, cuyo brillo se iba extinguiendo como una lámpara a la que falta el aceite; cuando me represento el apresuramiento con que por la mañana trepaba hasta lo más alto de la roca, y la desesperación y el abatimiento que reflejaba su rostro al bajar, ¿podéis sorprenderos de que me inquiete por Minna, cuyo corazón conserva fielmente todo germen de afecto que se introduce en él?

Mordaunt se conmovió escuchando a Brenda, cuyo rostro hermoso estaba bañado de lágrimas.

—No —replicó Mordaunt—, no me sorprende que os inspire inquietudes vuestra hermana; y si podéis indicarme en qué puedo seros útil para resolver la situación arriesgaré mi vida, como lo he hecho tantas veces para buscaros huevos de aves sobre las rocas. Pero, si me han acusado de haberos faltado al respeto y consideraciones que merecéis, creed que es una columnia inventada por el infierno.

—Os creo, Mordaunt, y os vuelvo mi confianza. Ignoro en qué podréis ayudarnos; pero vigilad a Cleveland, sin reñir con él, pues, siendo un soldado tan experimentado, os vencería.

——Cleveland no me inspira más temor que otro cualquiera.

—De todos modos, limitaos a vigilarle, averiguar quién es y descubrir sus verdaderas intenciones. Nos ha dicho que pensaba marchar a las Orcadas para informarse respecto a la suerte de un barco que hacía vela con él; pero el tiempo transcurre y él no se mueve para nada. Adiós, Mordaunt: Norna abriga la esperanza de reconciliaros con mi padre y

Librodot

me ha encargado que os diga que no os vayáis mañana de Burgh-Westra, por más frialdad que mi padre y mi hermana os demuestren. Yo también debo manifestarme indiferente con vos, pero, en el fondo del alma, nosotros seremos siempre Brenda y Mordaunt. Ahora separémonos pronto, pues no conviene que nos vean hablar a solas.

Mordaunt entrechó la mano que la joven le tendía; pero ésta la retiró prontamente, entre ruborizada y risueña, al ver que trataba de besársela.

Brenda indicó con un gesto al joven Mertoun el camino que debía seguir, y ella, por otro distinto, se encaminó a su casa con la mayor celeridad que le fue posible.

Cuando Mordaunt encontróse nuevamente en el domicilio del udaller sintióse más dispuesto a escuchar con paciencia y agrado un elogio del claro de la luna que le hizo Claudio Halcro.

—El sol —decía el poeta— es la linterna que avisa al pobre trabajador para que se levante y reanude el trabajo. Desde que aparece en el oriente, empieza a recordar a cada uno sus obligaciones y miserias. Pero habladme de la luna; su gozosa claridad inspira alegría y humor.

—Y locura —añadió Mordaunt.

—Sí, también. La luna es el alma y la esencia de la poesía y del amor, y estoy seguro de que no hay ni ha habido enamorado que no le haya tributado elogios.

—La luna —intervino Triptolemo— hace madurar el grano y llena las nueces.

—La multa, la multa —gritó el udaller—. El señor Yellowley habla en griego. ¡Por las reliquias del santo mi patrón, he de obligarle a beber la pinaza llena de *punch* si no nos canta una canción!

—¡Oh! —repuso Triptolemo—. Mi cabeza es un lago que es preciso desecar.

—Cantad, pues —le dijo el udaller—, porque no consiento que hable aquí nadie otra lengua que la norsa. Erick Scambester, traed la piñaza.

El agricultor se puso a cantar, o, mejor dicho, a graznar, una balada de los segadores del condado de York, y que su padre acostumbraba cantar cuando estaba a medios pelos.

Esta diversión puso término a la velada, cuyos concurrentes, rendidos de cansancio y sueño, retiráron se poco después a sus departamentos respectivos.

El silencio más profundo sucedió a la algazara de aquella bulliciosa noche.

XVII

En la mañana que sucedió al festín espléndido con que Magnus Troil había obsequiado a sus huéspedes, éstos se encontraban aburridos: las matronas bostezaban y los hombres sentíanse atormentados por la jaqueca.

Sin duda, no habían dormido lo suficiente para recobrar las energías gastadas durante la noche precedente.

Erick Scambester había empleado todos los recursos imaginables para impedir que el fastidio invadiese a los invitados a la hora del almuerzo. Gemía la amplia mesa bajo el peso enorme de grandes pedazos de vaca salada y ahumada, de pasteles y de pescados condimentados de diversas maneras sin que faltasen té, café, chocolate y numerosos licores de infinidad de marcas y procedencias.

La vida de tantos manjares suculentos reanimaba a los fatigados huéspedes y despertaba su apetito, y, con tales alicientes, no es de extrañar que todos honrasen al an-

Librodot

fitrión tragando como si jamás hubiesen probado bocado.

El almuerzo duró una hora y ya la mayor parte de los convidados se encontraban de pie con los mondadientes en la mano, cuando presentóse de pronto Erick Scambester, lanzando fuego por los ojos y con un arpón en la mano, diciendo que una enorme ballena acababa de encallar, o poco menos, a la entrada del lago.

El entusiasmo se apoderó de todos los presentes, quienes se apresuraron a registrar los almacenes de

Burgh-Westra, de donde sacaron todas las armas y herramientas que creyeron que podrían servirles; formaron dos divisiones, de las que una bajo las órdenes de Cleveland, embarcóse en las lanchas que había en la pequeña ensenada mientras que la otra se dirigía por tierra al paraje en donde debía librarse la batalla.

Triptolemo vio, con este motivo, desbaratado su proyecto de pronunciar una extensa disertación sobre la agricultura y sobre las ventajas que podría reportar el cultivo, por los procedimientos modernos, de las tierras del país. El tumulto que ocasionó la noticia que llevó Scambester fue un dique para la poesía de Halcro y la prosa no menos temible de Yellowley.

—Dejaos ver, hermano —díjole a Triptolemo la señora Baby—; adelantaos; tomad parte en la empresa. ¡Quién sabe dónde puede caer la bendición del cielo! Dícese que todos participarán por igual de los beneficios y una libra de aceite valdrá su dinero. Vamos, vamos, no seáis perezoso; tened, apoyaos en mi brazo. ¿Quién sabe si la grasa de ese animal se podrá comer mientras está fresca?

Ignoramos si la perspectiva de comer la grasa de la ballena estimuló el celo de Triptolemo; pero ello fue que, blandiendo la horquilla de que se había armado, partió lleno de valor a tomar parte en la lucha con el monstruo cetáceo.

La situación en que se había colocado el animal favorecía la empresa de los isleños. Una marea de extraordinaria altura había conducido la ballena por encima de la barra de arena que se encuentra a la entrada del lago. Cuando la marea empezó a retirarse, previó el peligro y realizó los mayores esfuerzos para franquear la barra; Pero, habiéndose lanzado a un paraje en que las aguas eran menos Profundas, se agravó.

Los isleños más jóvenes y mejor armados caminaban a la vanguardia, mientras que los viejos y las mujeres se subían sobre las rocas cuyas cimas dominaban el lago, para presenciar el combate.

Como las barcas necesitaban doblar un pequeño promontorio para llegar a la entrada del lago, el grupo que iba delante tuvo tiempo de reconocer las fuerzas y situación del enemigo.

El general, tan valiente corno experimentado, quiso presenciar y dirigir personalmente las operaciones de sus tropas; tenía un enorme cuchillo en la mano y lo blandía como si estuviese impaciente por destrozar al enorme cetáceo que había ido a combatir.

La ballena, que tenía más de sesenta pies de largo, manteníase completamente inmóvil en la parte del lago donde las aguas eran más profundas, y parecía esperar la vuelta de la marea, cuya proximidad le avisaba su instinto. Los arponeros resolvieron pasar un cable con un nudo corredizo alrededor de la cola del monstruo, cuyos extremos se prenderían a unas áncoras fijas en la orilla, para impedir que se escapase antes que la remataran. Tres barcas se dedicaron a tan arriesgada empresa. El udaller encargóse del mando de la primera, y las otras dos fueron confiadas a Cleveland y a Mordaunt.

Librodot

Adoptadas estas disposiciones, sentáronse todos en la orilla esperando la llegada de las barcas. En este intervalo, Triptolemo Yellowley, midiendo con la vista el cuerpo del cetáceo, se atrevió a decir que ni seis bueyes, ni aún sesenta si se hablaba de los del país podrían conducirlo a la orilla.

—¿Qué tienen que ver los bueyes en este asunto? —apresuróse a interrogar Magnus Troil con manifiesto mal humor.

—Sabéis perfectamente, señor Magnus Troil —repuso Yellowley—, que las ballenas, que por su enormidad no pueden ser arrastradas a la orilla por un tiro de seis bueyes, pertenecen de derecho al gran almirante, que es el noble lord chambelán de estas islas, de quien tengo la honra de ser representante.

—Y yo os digo, señor Triptolemo Yellowley, y se lo diría a vuestro amo si estuviera presente, que cuantos arriesguen su vida para cazar esta ballena, tendrán su parte, conforme a nuestras buenas y antiguas costumbres norsas. Si algunas de esas mujeres que están mirando tocase el cable, tendría su parte, y si se encontrara encinta el niño que no ha nacido aún participará como todos los demás.

—A cada uno lo suyo —replicó Triptolemo—. Defenderé siempre los derechos de milord y los míos.

—¿Sí? —exclamó Magnus—. Pues os juro por las reliquias del santo mártir, que no reconoceremos más leyes de reparto que las de Dios y San Olav, que se conocían en estas islas antes de que existiesen el almirante, el chambelán, el tesorero y su administrador. Así, pues, si queréis que se os admita en el reparto, trabajad como nosotros; entrad en esa barca que acaba de llegar. Y vosotros amigos míos, haced un sitio al representante del lord chambelán, para que pueda lanzar el primer tiro a la ballena.

Vacilaba Triptolemo, temblaba de miedo y cólera, y buscaba torpemente el modo de ocultar estos sentimientos, tomando a broma la orden de Magnus, cuando su hermana se le aproximó diciendo al oído:

—¡Id, pues! ¿Seríais capaz de perder la parte de grasa que os corresponde, estando tan próximo el invierno durante el cual se necesita encender luz hasta en pleno día?

Este sabio y prudente consejo, el temor que le inspiraba el udaller, y la vergüenza que tenía de manifestarse menos arriesgado que los demás inflamaron el valor del agricultor, que, blandiendo la horquilla que tenía en la mano, entró en la barca como un nuevo Neptuno armado de su tridente.

Los tres barcos encargados de aquel servicio peligroso se adelantaron entonces hacia el cetáceo, que permaneció inmóvil. Los aventureros avanzaron silenciosos y con todo género de precauciones y, después de una tentativa infrutuosa, consiguieron pasar un cable alrededor de la cola del monstruo, que no se movió. Antes que los extremos del cable quedasen atados a las áncoras, la marea empezó a subir y Magnus expuso la conveniencia de dar muerte a la ballena, o al menos herirla gravemente, antes de que el animal consiguiera ponerse a flote para evitar que se les escapase.

—Dadle en seguida el primer ataque —ordenó el udaller—, pero conceded al señor Yellowley el honor del primer golpe.

Triptolemo, a quien la inmovilidad del cetáceo había devuelto la tranquididad, manifestó que la ballena no tenía ni más vigor ni más actividad que un caracol, y sin más aviso, clavó su horquilla con todas sus fuerzas en el cuerpo del coloso.

Magnus Troil, que sólo se había propuesto divertirse a costa de Triptolemo, gritó desaforadamente a los arponeros que se retirasen, si no querían perecer cuando el

Librodot

monstruo se moviera. Este hizo un ruido semejante a la explosión de una máquina de vapor, arrojó a los aires una enorme columna de agua, y agitó las olas del lago con su cola formidable. El diluvio que lanzaba la ballena cayó sobre el barco que montaba Magnus, a cuyo lado se encontraba Triptolemo, que, asustado, cayó de espaldas y fue preciso conducirlo a tierra.

Mientras tanto, desde las otras barcas y desde la orilla, descargábase sobre el coloso una lluvia de arpones, dardos y tiros que excitaron su cólera. La ballena lanzaba sonidos semejantes a profundos y atronadores suspiros, que causaban espanto. El agua que arrojaba sin cesar estaba teñida de sangre, y la superficie del lago iba enrojeciéndose. Entretanto, los arpones redoblaron sus ataques, pero Mordaunt y Cleveland distinguíanse entre todos.

Magnus ordenó que se acercaran más a la ballena, gritando luego:

—¡Animo, amigos míos, ánimo, ya no está tan furiosa! Vamos, señor Triptolemo, tendréis aceite para entretener dos luces durante todo un invierno en Harfra. ¡A los remos, amigos míos, a los remos!

Las dos barcas se habían ya anticipado a aquella orden, y Mordaunt, deseando aventajar a Cleveland, había introducido con toda su fuerza una media pica en el cuerpo de la ballena. El coloso, cuya última herida le había penetrado sin duda la espesa capa de sebo que cubre la carne, dio un mugido terrible y lanzó al aire una cantidad enorme de sangre y agua; rompió, como sí fuese un hilo, el cable que la sujetaba; sumergió de un colazo el barco en que se encontraba Mordaunt y arrojóse por cima de la barra a impulsos de la marea, dejando tras de sí un largo surco de púrpura.

—Ahí tenéis flotando vuestro aceite, amigo Yellowley —dijo Magnus—. Este invierno necesitaréis fundir grasa de carnero si os queréis alumbrar.

—Pero, ¿en dónde está Mordaunt? —gritó Claudio Halcro.

El joven, menos afortunado que sus compañeros, había perdido el conocimiento a causa de un golpe que recibió al sumergirse con el barco, y 'flotaba sobre el agua.

Sólo tres personas se sobrepusieron a la superstición verdaderamente extraña y bárbara que impedía a los shetlandeses socorrer a un hombre que se ahogaba, a pesar de hallarse ellos mismos expuestos a semejante peligro. La primera fue Claudio Halcro, quien, olvidándose de que no sabía nadar y sin saber lo que hacía, se arrojó al mar; pero, al sentir el contacto del agua se acordó de todo lo que le faltaba para llevar a cabo la noble empresa de socorrer al joven Mertoun y retrocedió considerándose dichoso cuando llegó a la orilla sin otro accidente que haber tomado un baño frío.

Magnus Troil, cuyo buen corazón le hizo olvidar su resentimiento con Mordaunt, en. el instante que le vio en peligro, intentó lanzarse al lago; pero Erick Scambester, le contuvo diciéndole:

—Deteneos, señor, ¿qué vais a hacer? El capitán Cleveland lo tiene ya entre sus brazos: dejad que esos dos extranjeros se socorran mutuamente, es lo mejor, mas no por ellos nos expongamos a que la luz del país se extinga. Deteneos, señor, os digo, y reflexionad que no se pesca tan fácilmente a un hombre en el lago de Bredness.

Magnus no hubiera hecho caso de esta observación, si no hubiese visto con sus propios ojos que Cleveland había ido a nado a socorrer a Mordaunt, y le sostenía ya sobre el agua, esperando que se acercara una barca que los recogiese a los dos. El movimiento de compasión que había experimentado el honrado udaller, no tuvo más duración que la del peligro; y, separándose de Erick Scambester, le dijo:

Librodot

—Tú eres un viejo loco si has creído que me inquietaba porque ese joven tordo nadase o se sumergiese.

Sin embargo, a pesar de su afectada indiferencia, el udaller dirigió la vista por encima de las cabezas de los honrados isleños que desde que Mordaunt fue depositado en tierra, le habían rodeado para volverle a la vida; y no pudo recobrar su aire natural hasta que vio que Mordaunt empezaba a volver en sí y se convenció de que este accidente no tendría fatales consecuencias. Entonces, lanzando algunas maldiciones contra los imbéciles que no se atrevían a darle un vaso de aguardiente se retiró con la mayor tranquilidad como si no se hubiese interesado en su buena o mala suerte.

Cuando las dos hermanas de Burgh-Westra vieron a Mordaunt sumergido en el lago, Minna palideció intensamente y Brenda lanzó un grito penetrante de espanto.

El interés que había inspirado la situación de Mordaunt, decayó al desaparecer el peligro, y sólo quedaron a su lado Claudio Halcro y otros dos o tres individuos. Cleveland encontrábase a diez pasos de allí, chorreando agua y con una expresión tan particular en sus ojos y en todas sus facciones, que Mordaunt la advirtió. Halcro se apresuró a decir que el joven Mertoun debía la vida a Cleveland, y Mordaunt, no escuchando más que los sentimientos de su gratitud, se levantó del suelo y alargó su mano al pirata dándole al mismo tiempo las gracias; pero, al ver que Cleveland retrocedió uno o dos pasos, con los brazos cruzados sobre el pecho y rehusando estrechar la mano que se le ofrecía, retrocedió igualmente un poco, con extraordinaria sorpresa.

—Basta —dijo el capitán—, no hablemos más del asunto. He pagado una deuda, ahora hemos quedado en paz.

—Habéis hecho más, señor Cleveland —respondió el joven—, puesto que habéis expuesto vuestra vida, y yo no corrí el menor riesgo. Además —agregó con el deseo de que la conversación perdiera todo carácter de seriedad—, gané una escopeta.

—Sólo los cobardes dan en sus cálculos algún valor al peligro. Este ha sido mi compañero inseparable toda mi vida y ha navegado mucho conmigo. En cuanto a la escopeta, poseo otras, y podréis ver cuando se os antoje quién de los dos sabe servirse mejor de ellas.

El tono con que estas últimas palabras fueron dichas sorprendió a Mordaunt, que creyó adivinar ciertas hostiles intenciones. Cleveland advirtió su sorpresa, y, acercándose a él, le dijo al oído:

—Sabed, mi joven compañero, una de nuestras costumbres: cuando dos aventureros damos caza al mismo navío, y uno pretende aventajar al otro una distancia como de sesenta pasos y dos buenas escopetas resuelven en seguida la cuestión.

—No os comprendo, capitán.

—Lo creo, y no esperaba que me comprendieseis.

Y, dicho esto, le volvió la espalda, sonrióse despreciativamente y fue a reunirse con los que regresaban a Burgh-Westra, en donde no tardó en vérsele junto a Minna, cuyas miradas expresivas parecían agradecerle la generosidad de que había dado pruebas.

—Si no fuese por Brenda —pensaba el joven—, hubiera sido preferible haberme quedado en el lago, pues nadie parece que se cuida de si estoy vivo o muerto. “¡Sesenta pasos sobre la orilla del mar, y dos buenas escopetas!” Sí. Eso es lo que quiso decirme. Perfectamente, haremos la prueba; pero ¡no será el día que él me ha salvado la vida!

Mientras Mordaunt reflexionaba de este modo, Erick Scambester decía a Halcro:

—O estos dos jóvenes se aprecian muy poco o yo no me llamo Erick. Mordaunt salva

la vida a Cleveland, y éste corta al otro la hierba bajo los pies en Burgh-Westra, pues no es poca cosa el perder los agasajos de la casa del udaller; pero Cleveland ha cometido hoy una locura pescando a Mordaunt en el lago.

—Bueno, bueno —dijo el poeta—, ésos son cuentos de viejas, amigo Erick. ¿Qué dice el glorioso don Juan Dryden, que un día de éstos será canonizado? “La bilis pinta los objetos de amarillo, como ella es.”

—Todo el mundo puede equivocarse respecto a este punto —respondió Erick—, estos dos jóvenes se tienen ojeriza, y si ha de ocurrir una desgracia, prefiero que sea Mordaunt el perjudicado.

—¿Por qué, Erick? —le preguntó Halcro vivamente—. ¿Por qué deseáis mal a ese joven, que vale muchísimo más que el otro?

—Porque el señor Mordaunt sólo bebe agua, como el viejo podenco de su padre; pero Cleveland levanta el codo que es una bendición.

—¡Excelente razón! —repuso el poeta, quien dando la conversación por terminada fue a reunirse con los huéspedes de Magnus, que se encontraban a corta distancia de Burgh-Westra y se divertían refiriendo los diversos incidentes de su ataque contra la ballena, que los había burlado.

—Es preciso que el capitán Donderdrecht, de Rotterdam —dijo el udaller—, no oiga jamás relatar esta aventura, porque formaría mal juicio de nosotros y diría que no servimos para estas cosas.

XVIII

La fortuna, que no es tan loca como se cree generalmente, debía a Magnus Troil una compensación y se la otorgó conduciendo a Burgh-Westra un personaje que era nada menos que el buhonero Bryce Snailsfoot, que se presentó pomposamente cabalgando sobre un jaco del país, seguido de otro que conducía un niño con la cabeza descubierta y los pies desnudos, cargado con una gran bala de mercancías.

Bryce, que se anunció como portador de grandes novedades, fue introducido en la sala del convite, y se le invitó a tomar asiento junto a una mesa, en un lado de la habitación, donde se le sirvió una abundante comida. La atenta hospitalidad del dueño de la casa prohibió qué se le dirigiera ninguna pregunta antes que hubiese satisfecho completamente su apetito. Terminada la comida el buhonero manifestó que había llegado la víspera a Lerwick después de haber estado en Kirkwall, capital de las Orcadas, y que un fuerte huracán que le cogió a la altura —de Fitful-Head, le había impedido ir antes a Burgh-Westra.

—¡Un huracán! —exclamó Magnus—, aquí no hemos tenido ni un soplo de viento.

—Entonces —repuso el buhonero—, ha habido alguien que no ha pasado todo su tiempo durmiendo.

—¿Qué ocurre en las Orcadas, Bryce? Contadnos algo, pues eso valdrá más que hablar del huracán.

—Ocurren cosas tan extrañas como no han ocurrido de treinta años a esta parte, desde el tiempo de Cromwell.

—¿Es que hay otra revolución? —preguntó Claudio Halcro—. ¿El rey Jacobo ha vuelto?

Librodot

—Mis noticias valen veinte reyes y otros tantos reinos. Porque ¿que bien nos han proporcionado nunca las *evoluciones?* Y hemos visto una docena, tanto grandes como chicas.

—¿Ha llegado algún navío de la compañía de Indias? —preguntó Magnus Troil.

—No estáis muy lejos de la verdad. No es un navío de la compañía de Indias, pero es un hermoso barco armado en guerra, cargado de mercancías de todas clases, que se vende a un precio razonable, que permite a un hombre honrado como yo proporcionar a todo el país la ocasión de hacer excelentes compras, como podréis juzgar vos mismo cuando os muestre el contenido de esta bala.

—Sí, sí —dijo el udaller—, no dudo que hayáis hecho muy buenas compras, puesto que se las proporcionáis a los demás. Pero... ¿qué barco es ése?

—No lo sé exactamente. He hablado con el capitán, que es hombre muy discreto. Seguramente ha estado en Nueva España, porque el barco viene abarrotado de sedas, de vinos preciosos, de azúcar, de polvo de oro, sin que falte tampoco el oro y la plata acuñados.

—¿Pero qué figura tiene ese barco? —le preguntó Cleveland, que escuchaba muy atentamente—. ¿Es una fragata o un bergantín?

—Es un barco muy fuerte y muy bien construido, corta *el* agua como un delfín, tiene doce piezas de batería, pero está mentado para veinte.

—¿Sabéis cómo se llama el capitán! —volvió a preguntar Cleveland, bajando la voz.

—No le llaman más que capitán, y no pregunto jamás el nombre de las personas con quienes hago mis negocios de comercio; porque, y os ruego que me perdonéis, señor Cleveland, hay más de un honrado capitán, que no se cuida mucho de unir su nombre a su título.

Bryce Snailsfoot tiene mucha prudencia —dijo el udaller interviniendo—, sabe que un necio hace preguntas a las que un sabio no responde.

—He negociado con más de un mercader en mi vida —replicó Bryce—, y no me he convencido todavía de la utilidad de nombrar a una persona al principio de cada frase. Todo lo que puedo deciros es que el capitán debe querer mucho a sus gentes, pues que van tan bien vestidos como él mismo. Los simples marineros usan fajas de seda, botones de plata, hebillas de plata y todo lujosísimo y de buen precio.

—¡Idiotas! murmuró entre dientes Cleveland. Y después .agregó en alta voz—: ¿Supongo que bajarán muchas veces a tierra para alardear de su magnificencia ante las jóvenes de Kirkwall?

—De ningún modo, El capitán no permite que nadie baje a tierra sin que le acompañe el contramaestre, y éste es un hombre tan serio, que no les deja respirar; lleva constantemente consigo un gran cuchillo de monte y dos pares de pistolas en la cintura. Toda la tripulación le teme tanto como al comandante.

—No puede ser más que el diablo, si no es Hawkins —dijo entre dientes Cleveland.

—Os suplico capitán, no olvidéis que sois vos quien lo nombráis.

—Capitán Cleveland —preguntó el udaller— ¿será éste el barco de que nos habéis hablado en otra ocasión?

—Entonces les habrá favorecido la fortuna porque, según parece, están en mejor estado que cuando yo los dejé. ¿Les habéis oído hablar de un barco que navegaba con ellos, Snailsfoot?

—Sí, algo han dicho respecto a un barco que creían había naufragado en estas costas.

Librodot

—¿Y les habéis dicho lo que sabéis? —le preguntó el udaller.

—No soy tan tonto. Si les hubiera dicho qué se había hecho del barco hubieran preguntado por su cargamento, y quizá se les ocurriera atormentar a unas pobres gentes por saber qué suerte han corrido cuatro harapos que el mar arrojó sobre la orilla.

—Sin contar lo que pudiera haberse encontrado en vuestro poder —agregó Magnus, cuya observación causó una risa general.

Hasta él mismo participó de la alegría que había producido su sarcasmo; pero, recobrando su seriedad natural, añadió con gravedad:

—Podéis reíros, amigos míos; pero hasta que respetemos los derechos de los infelices que naufragan en nuestras costas, seremos vejados y oprimidos, como lo estamos siendo, *por* la fuerza superior de los extranjeros que nos tienen bajo su yugo.

Los invitados no respondieron; pero Cleveland tomando la palabra, dijo con cierta alegría:

—Si esas bravas gentes son mis camaradas, podéis tranquilizares, señores, no inquietarán a ningún habitante de este país, por algunas cajas o hamacas que el naufragio de mi pobre *sloop* arrojara sobre la costa. ¿Qué más da que sea el mar o Snailsfoot quien las aproveche? Mostrad Bryce, a estas señoras cuantos objetos traéis para la venta, pues quizás haya alguna cosa que les agrade.

—Seguramente no se trata del segundo barco de Cleveland —dijo Brenda en voz baja a su hermana—, pues su llegada le hubiera alegrado más.

—¡Oh! —repuso Minna—, he visto brillar sus ojos ante la idea de reunirse con sus compañeros en los peligros.

—Quizá hayan brillado —replicó Brenda— al pensar que puede aprovecharse de esta ocasión para salir de estas islas: los ojos no revelan siempre los verdaderos sentimientos que dominan en el corazón.

—De todos modos —agregó Minna—, no debéis interpretar desfavorablemente los pensamientos de un amigo; y si, en estas circunstancias, os equivocáis en vuestra opinión, nada tendréis que reprocharos.

Mientras tanto, Snailsfoot abría su bala, envuelta en una piel de lobo marino que se cerraba por medio de unas correas con hebillas, operación que interrumpieron más de una vez las preguntas que le dirigieron el udaller y otras personas.

—Los oficiales, ¿iban frecuentemente a tierra? —preguntó Magnus Troil—. ¿Qué recibimiento les dispensaban?

—Muy cordial —respondió el buhonero—. El capitán y varios individuos de su tripulación habían asistido al baile y a otras diversiones de la comarca. Sin embargo, he oído algo respecto a las aduanas y otros derechos que deben pagarse al *rey;* y algunos señores encopetados del pueblo, y que, en su calidad de magistrados, pretendieron alzar la voz, se han indispuesto con el capitán, que no quiso someterse a sus pretensiones, de suerte que es muy natural que fuese recibido por el pronto muy fríamente, lo que le hizo decir que iba a Stromnell o Langhope, porque allí está al áncora bajo los cañones de la batería de Kirkwall. Sin embargo, mi opinión es que continuará en aquella rada hasta que pase la gran feria del verano.

—Los habitantes de las Orcadas —dijo Magnus— pretenden, por lo visto, apretar más el collar con que la tiranía de los escoceses los esclaviza, viniendo ahora a hablarnos de aduanas y de derechos del rey. Los hombres honrados deben oponerse a todas estas exacciones; así lo he hecho siempre y lo haré hasta el fin de mis días.

Esta declaración de Magnus Troil entusiasmó a los convidados, que aplaudieron a rabiar.

Pero la inexperiencia de Minna la condujo todavía más lejos que a su padre, pues dijo al oído de Brenda, pero de modo que Cleveland lo oyese, que la falta de energía de los habitantes de las Orcadas les había hecho desaprovechar todas las ocasiones que habían tenido de sacudir el yugo de la Escocia.

—¿A qué se debe —agregó— el que no nos hayamos aprovechado de tantas revoluciones como ha habido en los últimos tiempos para sacudir un yugo que se nos impuso injustamente, y colocarnos de nuevo bajo la protección de Dinamarca, que es la nacionalidad de nuestros padres? Y por qué hemos vacilado sino porque los habitantes de las Orcadas han hecho tantas alianzas con nuestros opresores, que no sienten el impulso de la sangre norsa que heredaron de los héroes?

Triptolemo oyó la última parte de este discurso patriótico y, no pudiendo contenerse, exclamó:

—El gallo joven sabe cantar lo mismo que el viejo. Perdonad, señorita; debí decir la gallina nueva, y os ruego que me dispenséis este *lapsus lingue*. ¡A fe mía i.e. puede considerarse dichoso un país en el que los padres se declaran contra los derechos debidos al rey, y las hijas hablen contra su corona! Sólo el árbol y el cáñamo lo pueden arreglar.

—Hay muy pocos árboles en nuestras islas ——dijo Magnus—, y en cuanto al cáñamo, lo empleamos para hacer velas y no queda una hebra disponible para hacer corbatas.

—Y el que censure las opiniones de esta señorita —agregó Cleveland—, obrará más prudentemente si busca otra ocupación a su lengua y a sus oídos.

—Sí, sí —replicó Triptolemo—. ¡No se puede hablar francamente en un país donde los jóvenes están siempre dispuestos a desenvainar su estoque para defender los desatinos de una muchacha! Pero, ¿cómo puede haber buenos modales donde no se maneja bien el hierro del arado o la reja?

—Señor Yellowley —repuso el capitán—, estoy convencido de que no son mis modales los de que habláis, y no los pondréis en el número de los abusos que venís a reformar aquí; pero, de todos modos, os advierto que cualquier tentativa a este particular, podría ser peligrosa.

—Y difícil —añadió Triptolemo—, pero no temáis mis observaciones, capitán; mis trabajos se refieren solamente a los hombres y las cosas de la tierra, y no me interesan los que viven sobre el mar: vos no sois de mi elemento.

—En ese caso, seamos amigos, mi buen rompeterrones —dijo Cleveland.

—¿Rompeterrones? —repitió Yellowley—. ¿Dónde diablos habéis vos atrapado esta locución evidentemente griega?

—He hecho tantos viajes por libros como por el mar —respondió el capitán—, pero los últimos han sido de tal naturaleza, que ya no recuerdo mis antiguas peregrinaciones por las tierras clásicas. Y bien, Bryce, muéstranos si tienes alguna cosa que merezca ser contemplada.

El astuto buhonero apresuróse a exponer un surtido de géneros muy superiores a los que de ordinario constituían su comercio, con particularidad telas raras y preciosas guarnecidas de franjas y bordadas de flores sobre modelos árabes y tan magnífica y caprichosamente trabajadas, que su vista hubiera deslumbrado a otra sociedad más familiarizada con el lujo que los sencillos habitantes de Tule. La admiración hizo enmudecer a

Librodot

todos, mientras que la señora Yellowley, levantando las manos hacia el cielo, declaró que el mirar aquellas extravagancias era un pecado, y que sería cometer un verdadero crimen el preguntar su precio.

Sin embargo, otras personas fueron más valientes que Baby, y a sus preguntas respondió el buhonero, diciendo que pedía algún dinero por aquellas preciosidades por no regalarlas; los precios eran realmente tan moderados, que probaban muy bien que Bryce había hecho un excelente negocio. La baratura fue causa de que el buhonero despachara en seguida la mayor parte de las mercancías, pues algunos compraron cosas que no necesitaban sólo, por aprovechar la ocasión de adquirir algunos objetos por menos dinero de su valor. Guiada por estos principios, lady Glowrowrum compró siete zagalejos y una docena de corsés, y muchas otras señoras la imitaron en este rasgo de previsión económica. El udaller adquirió también algunas cosas; pero el mejor parroquiano de Snailslfoot fue el capitán Cleveland, que compraba todo lo que llamaba la atención de las señoras, para regalárselo, entre las que no olvidó a Minna y Brenda.

—Temo, capitán —dijo Magnus—, que estas señoras acepten estos regalos como recuerdos que pretendéis dejarles, y que vuestra liberalidad no sea una señal segura de que vais a abandonarnos.

—No tengo seguridad —respondió el pirata, después de vacilar un momento— de si el barco de que se habla es el que hacía vela conmigo. Necesito ir a Kirkwall para convencerme; pero, en todo caso, volveré para despedirme de todos.

—Entonces, quizá pueda conduciros allá. Tengo que ir a Kirkwall para liquidar cuentas con algunos mercaderes a quienes he consignado mi pescado, y, además, he prometido muchas veces a Brenda y Minna el llevarlas a la feria. Posiblemente ese barco, sea el vuestro o no, tendrá géneros que me acomoden. Si me complazco en ver mi casa llena de bailarinas, no me desagrada tener mi almacén lleno de provisiones. Mi bergantín nos conducirá a las Orcadas; puedo ofreceros en él una hamaca si la deseáis.

Este ofrecimiento complació tanto a Cleveland que, después de deshacerse en acciones de gracias, quiso manifestar su satisfacción agotando su bolsillo para comprar a Snailsfoot otros muchos objetos que suponían otros tantos regalos. La indiferencia con que hacía pasar sumas tan considerables de sus manos a las del buhonero, revelaban que era hombre pródigo cuya riqueza era inagotable; y la señora Baby dijo en voz baja a su hermano que el capitán, no obstante su naufragio, debía haber hecho un viaje más dichoso que todos los capitanes de Dundee que habían llegado sin accidente alguno al puerto.

La aspereza con que hacía estas observaciones se suavizó extraordinariamente cuando Cleveland, que parecía que intentaba aquella tarde comprar a todo el mundo, acercóse a ella con un vestido en la mano, y le suplicó que lo aceptase como una prueba de afecto.

Mientras Cleveland procuraba granjearse la estimación de todos, haciendo regalos a diestro y siniestro. Mordaunt compraba una pequeña cadena de oro con el propósito de ofrecérsela a Brenda cuando se le presentara la ocasión. Se convino en el precio, y quedó apartado el objeto. Claudio Halcro manifestó algunos deseos de adquirir una tabaquera de plata; pero el bardo tenía raras veces el dinero a su disposición, y, gracias a su género de vida errante, era aún más raro que lo necesitara. Bryce, que aquel día no había vendido nada a crédito, manifestó que las ganancias que le quedaban eran tan cortas, que no podía fiar a ningún comprador. Mordaunt adivinó por los gestos y actitudes de uno y otro cuál era ¡a causa de la disputa y, deseando complacer a su antiguo amigo, arrojó sobre la mesa

Librodot

el valor del objeto, diciendo que no permitiría que el señor Halcro la comprase, pues él deseaba ofrecerla como una pequeña demostración de su cariño.

—No puedo competir con vos, mi querido amigo —dijo el bardo—, pero esta caja me recuerda de un modo extraordinario la del glorioso Juan Dryden, de la cual tuve el honor de tomar un polvo de tabaco en el café de Will, y a esto se debe que estime mucho más el índice y pulgar de mi mano derecha que cualquiera otra parte de mi cuerpo. Os ruego que me permitáis reembolsares el precio cuando venda mi pescado salado de Urkaster.

—Este es un asunto ajeno a mi negocio —dijo el buhonero tomando el dinero de Mordaunt—. La caja está vendida y pagada.

—¿Y cómo os atrevéis a disponer nuevamente de lo que me habíais vendido ya? —preguntó el capitán aproximándose.

Todos se sorprendieron al oir a Cleveland, quien, mientras hablaba con la señora Baby, vio con la mayor emoción la tabaquera y empleó aquel medio para hacerla suya; mas el buhonero, que no quería indisponerse con tan buen parroquiano, se limitó a contestarle que no había tenido intención de ofenderle.

—¿Cómo? —repitió Cleveland, adelantando su mano hacia la caja y la cadena—; ¿no tenéis intención de ofenderme, y vendéis lo que ya me habíais vendido? Devolved a este caballero su dinero y tratad de mantener vuestra palabra.

Snailsfoot sacó, aunque de mala gana, su bolsa de cuero para devolver a Mordaunt la cantidad que éste le había dado.

—Habéis dicho —objetó Mordaunt, negándose a recibir su dinero delante del señor Halcro que la caja estaba vendida y pagada, y no permitiré que nadie se apodere de lo que —me pertenece.

—¡Que os pertenece! —exclamó Cleveland—. Estos objetos son míos; había hablado de ellos a Bryce antes de levantarnos de la mesa.

—Yo, yo —balbució el buhonero deseando quedar bien con los dos—, no os había entendido.

—Vamos, vamos —intervino el udaller—, me desagrada que se dispute por semejantes bagatelas. Vamos a pasar a la sala de baile, y es preciso que todos estén de buen humor. Bryce conservará estas baratijas hasta mañana por la mañana, y entonces decidiré a quién pertenecen.

Las leyes del udaller en su casa eran absolutas y los dos jóvenes se separaron dirigiéndose mutuamente una mirada de resentimiento.

Es raro que el segundo día de una fiesta ofrezca tantos atractivos como el primero. El espíritu se resiente de la fatiga del cuerpo, y nadie se encuentra en disposición de repetir lo que ha hecho la víspera. El baile no fue tan alegre como el de la noche precedente, y no era más que la una cuando Magnus Troil vióse precisado a dar, aunque a pesar suyo, la señal de retirarse.

Precisamente en aquel momento, Halcro llevándose aparte a Mordaunt, le manifestó que necesitaba darle un encargo del capitán Cleveland.

—¿Un desafío quizá? —preguntó Mordaunt, cuyo corazón latía pronunciando esta palabra.

—¡Un desafío! —replicó Halcro—. ¿Quién ha oído jamás hablar de eso en estas tranquilas islas? Y, además, ¿mi aspecto es por ventura el de un hombre encargado de semejantes mensajes? ¿Y a vos, sobre todo? Todo lo que necesito deciros es que el capitán Cleveland tiene gran interés en poseer los objetos que os disputáis.

—Pues juro que no los poseerá.

—Escuchadme, Mordaunt; parece que las armas y otras señales que se encuentran en esas alhajas le han dado a conocer que han sido suyas, y si me regaláis la tabaquera, como habéis manifestado intención de hacerlo, no la aceptaré sino para dársela.

—Y Brenda quizá hará lo mismo —pensó Mordaunt—. Ahora que he reflexionado mejor, mi querido amigo, permitiré que el capitán Cleveland posea los objetos a que da tanta importancia, bajo una condición.

—Agriaréis la cuestión con vuestras condiciones, pues, como dice muy bien el glorioso Dryden, las condiciones no son más...

—Escuchadme: esa condición es que las reciba a cambio de la escopeta que me regaló, y así no nos deberemos nada el uno al otro.

—Comprendo. Decid al buhonero que puede entregar las alhajas al capitán Cleveland, e informaré a éste bajo qué condiciones puede recibirlas, pues, sin esto, Bryce sería capaz de cobrarlas dos veces.

Y dicho esto, fuese Halcro en busca de Cleveland. Mordaunt viendo al otro extremo de la sala de baile a Bryce, que tenía el privilegio de entrar libremente en todas partes, se dirigió a él para decirle que podía entregar los objetos en litigio.

—Hacéis bien, señor Mordaunt —repuso el buhonero—, sois un joven prudente y dotado de buen sentido; una satisfacción oportuna evita la cólera, y me alegro mucho de poderos ser útil prestándoos este pequeño servicio. Entre el udaller de Burgh-Westra y ese capitán Cleveland se encuentra uno como entre el diablo y el mar irritado. Por lo demás, es indudable que el udaller se hubiera pronunciado en favor nuestro, porque es hombre que ama la justicia.

—Pues parece señor Snailsfoot, que vos no hacéis gran caso de ella, porque de otro modo, no habría surgido esta disputa. Mi derecho es tan claro, que no teníais más que haber declarado la verdad.

—La justicia que a mí me interesa sólo tiene relación con mis negocios comerciales, como, por ejemplo, dar la medida exacta en las telas, a menos de que la vara de que me sirvo no esté un poco gastada por un extremo porque no tengo otro bastón cuando viajo, y comprar y vender al justo precio; pero mi ocupación no es administrar justicia.

—Bastaba con que hubieseis testimoniado conforme a vuestra conciencia.

—Mi conciencia, señor Mordaunt, es tan delicada como la del más honrado comerciante pero es algo tímida, no gusta de ruido, y cuando alguno da voces, ella habla tan bajo, que no logro entenderla.

—Porque no tenéis costumbre de escucharla.

—Vuestro corazón prueba lo contrario.

—¡Mi corazón! —exclamó Mordaunt con sorpresa—, ¿qué queréis decir?

—No me refiero precisamente al corazón, señor Mordaunt, sino a lo que está encima. Nadie verá el chaleco que os cubre el pecho, sin que reconozca que el comerciante que os lo ha vendido por cuatro dólares tenía conciencia y era amigo vuestro; y así no debéis enojaros conmigo, porque no he querido intervenir en una disputa que me era perjudicial.

—¡Enojarme! ¿Habéis perdido el juicio? No busco querellas.

—Me alegro mucho —replicó el mercader—, porque no quiero enfadarme con nadie y mucho menos con un antiguo parroquiano, y os aconsejo que no disputéis con el capitán Cleveland, porque su oficio es batirse, y os vencería fácilmente.

Casi todos los concurrentes se habían retirado ya; Mordaunt saludó al buhonero,

riéndose de su consejo prudente, y encaminóse a la habitación que le había señalado Erick Scambester, que desempeñaba las funciones de chambelán. Era una pequeña pieza de uno de los edificios exteriores miserablemente amueblada y en la que debía dormir sobre una hamaca de marinero.

XIX

Minna y Brenda dormían juntas en la habitación que en otros tiempos fue alcoba conyugal de sus padres, y que Magnus, profundamente afligido por la muerte de su compañera, había cedido a las prendas que le quedaban de una unión tan rápidamente deshecha.

Esta estancia, adornada por las huérfanas con todo el lujo que permitían los recursos del país, era testigo de todas sus confidencias, a las que pareció poner término la llegada de Cleveland a Burgh-Westra. Minna había advertido que Cleveland no ocupaba en el concepto de estimación de su hermana un lugar tan distinguido como en los suyos. Brenda, por su parte, reprochaba a Minna en su fuero interno la ligereza con que había aceptado las prevenciones desfavorables que le inspararan a su padre contra Mordaunt Mertoun.

La noche de que se trata, una y otra conocieron mejor que en ninguna otra ocasión lo mucho que había disminuido la confianza que hasta entonces había existido entre ellas. El viaje de Kirkwall, de que se había hablado, debía ser un acontecimiento en una vida tan sencilla y tan uniforme como la suya; y algunos meses antes, Minna y Brenda se hubieran olvidado de dormir para hablar de aquel asunto, y, sin embargo, apenas se dijeron una sola palabra, corno si temiesen que la conversación las obligara a revelar los secretos pensamientos que no querían descubrirse.

Sin embargo, eran tan francas y bondadosas, que cada una de ellas se reprochaba interiormente la frialdad de que se creía ser causa y cuando, después de haberse desnudado y rezado sus acostumbradas oraciones, iban a meterse en el lecho, se abrazaron más cariñosamente que nunca.

Acostáronse al fin, y se durmieron pronto; pero el sueño de ambas fue igualmente agitado.

La imaginación hízoles ver pavorosos fantasmas y escenas horribles que les presagiaban profundos males.

Ambas despertaron al mismo tiempo, llenas de sobresalto, y, lanzando un espantoso grito, abrazáronse mutuamente.

En la habitación se encontraba

Norna de Fitful-Head, sentada junto a la chimenea en la que había siempre una luz en verano, y un fuego de leña o de turba en invierno.

Norna hallábase arrebujada en su grande y larga manta, balanceando pausadamente su cuerpo a la pálida luz de una pequeña lámpara de hierro, cantando cosas tristes y melancólicas con acento que más parecía sobrenatural que de voz humana.

Las hijas de Magnus conocían perfectamente a Norna; pero su aparición tan inopinada e intempestiva les produjo impresión vivísima, aunque de diferente naturaleza a cada una, quizá porque tenían concepto distinto respecto al poder sobrenatural que se le atribuía a la vieja.

A Minna le agradaban las historias maravillosas, y se encontraba siempre dispuesta a recibir impresiones que la conmovieran, y Brenda, por lo contrario, tenía en su misma alegría una ligera inclinación a la sátira, y se reía de las cosas y de los seres fantásticos, por lo que el poeta Claudio Halcro, al hablar de las tradiciones supersticiosas adoptadas en las inmediaciones de Burgh-Westra, solía decir que Minna las creía sin temblar, y que Brenda temblaba sin darles crédito.

Ambas jóvenes estaban igualmente agitadas en aquel momento, pero por sentimientos muy diferentes. Minna repuesta un tanto de su sorpresa, se dispuso a saltar del lecho para acercarse a Norna, mientras que Brenda que no veía en ella más que una loca, cuyas extravagancias la asustaban, retenía a su hermana por el brazo suplicándole en voz baja que llamase a alguien que viniese a acompañarlas. Pero su imaginación estaba muy exaltada para que ella prestase oído a los temores de su hermana, así es que, desprendiéndose de sus brazos, se vistió apresuradamente y, con voz firme, dijo a la extraña visitante:

—Norna, si tenéis que desempeñar alguna misión respecto de nosotras, hablad, pues yo al menos escucharé con respeto, aunque sin temor.

Brenda, que no se consideraba segura en la cama cuando su hermana se levantó, seguíala como los cobardes siguen la retaguardia de un ejército que se adelanta temerosos de quedarse abandonados, y medio oculta detrás de Minna, cuyo vestido asía fuertemente, dijo con voz trémula:

—Norna, mi querida Norna, esperad hasta mañana para decirnos cuanto gustéis. Llamaré a Eufanía Fea, nuestra doncella, y os preparará una cama para que paséis la noche.

—¡Una cama para mí! —exclamó Norna—. No, mis ojos no se cerrarán al sueño: están siempre alerta para ver cuanto ocurre en Burgh-Westra y las Orcadas; mis ojos vieron desaparecer la roca de Hoy, sepultada en el seno de los mares, y levantarse sobre los mismos al pico de Hengcliff, y no se cerraron ni se cerrarán hasta que mi tarea no esté terminada. Sentaos, pues, Minna, y vos también Brenda, vos que estáis temblando sin motivo, abrigaos bien, porque la historia es larga, y antes que se concluya tiritaréis; pero vuestro temblor será más espantoso que el que produce el frío de invierno.

—¡Por el amor de Dios, mi querida Norna! —repuso Brenda, asustada—. Esperad que llegue el día; la aurora no tardará mucho en aparecer; si vuestra historia es lúgubre, no nos la contéis a la mortecina luz de esa triste lámpara.

—¡Silencio, loca! A Norna le es imposible hacer, a la luz del día una revelación que pondrá en fuga al sol del firmamento y pondrá término a las esperanzas de cien barcos pescadores que mañana se lanzarán al mar y cuyo regreso aguardarían en vano cien familias. Es preciso que el demonio, a quien despertará el sonido de mi voz, despliegue sus alas negras sobre un mar en que no haya un solo barco.

—Compadeceos de la debilidad de Brenda, mi buena Norna —suplicó Minna—, y aplazad esas terribles historias para otro lugar y otra ocasión.

—No, joven, no; esta historia sólo puede ser relatada durante la noche y al resplandor de esa lámpara, fabricada con el mismo hierro que sirvió para matar en un cadalso al cruel lord de Wosdenvoe, asesino de su hermano. ¿Veis? La llama empieza a debilitarse y mi narración debe terminar al mismo tiempo que ella. Sentaos delante de mí, y colocaré la lámpara entre nosotras, pues el demonio no puede penetrar en el círculo iluminado por ella.

Las dos hermanas obedecieron. Minna, mirando en torno suyo con la inquietud de la

Librodot

curiosidad más bien que con la del temor, y como si pretendiera descubrir el ser que, según las palabras equívocas de Norna, debía hallarse cerca. Brenda, revelando en sus miradas el temor, la impaciencia y la cólera que la dominaba, pero Norna, sin hacer de ella caso, empezó su historia así:

—Sabéis hijas mías, que por vuestras venas circula la misma sangre que por las mías, pero ignoráis en qué grado y de qué modo, pues desde la infancia existieron sentimientos hostiles entre vuestro abuelo y el hombre desventurado que me engendró. No le llamaré más que Erlando, porque no me atrevería a llamarle padre. Vuestro abuelo Olavo era hermano de Erlando. Cuando se dividieron las inmensas posesiones de su padre Rodolfo Troil, el más rico de los vástagos de los antiguos reyes norsas, adjudicáronse a Erlando los bienes que su padre poseía en las Orcadas, y los de las islas de Hiatland a Olavo. La discordia se introdujo bien pronto entre los dos hermanos, y cuando esta partición fue confirmada por el tribunal supremo del país. Erlando, que pretendía haber sido perjudicado, retiróse colérico a las Orcadas maldiciendo las islas del Hialtland y a los que la habitan, y renegando de su hermano y de toda su sangre.

"Erlando, no pudiendo reprimir su pasión por las rocas y por las montañas, no fijó su morada en las fértiles colinas de Ofir, ni en las verdes llanuras de Gramesey, sino en la isla salvaje y montañosa de Hoy, cuya cima se eleva hasta el firmamento, como las rocas de la Foulah y de Féroe. Este desgraciado Erlande conocía todas las leyendas que los escaldas y los bardos nos han transmitido, y la principal ocupación de su vejez fue inculcarme aquellos conocimientos que tan costosos habían de sernos a ambos. Visité todos aquellos sepulcros solitarios, conocidos por los montones de tierra y de piedras que los cubren y aprendí a calmar con himnos entonados en su alabanza el espíritu de los fieros guerreros que los habitaban. Sabía dónde se celebraban en otro tiempo los sacrificios de Tor y de Odín: qué piedra manchaba la sangre de las víctimas; en dónde se colocaba el sacerdote con la frente pensativa; hasta dónde avanzaban los jefes guerreros cuando iban a consultar el ídolo, y en dónde se situaban los oradores de orden inferior, que asistían a las ceremonias respetuosos y aterrorizados. Los lugares a que el tímido campesino no se atrevía a llegar no me inspiraban temor alguno; me paseaba en el círculo construido por las hechiceras, y dormía tranquilamente en el borde de las cavernas encantadas.

"A mí me agradaba, desgraciadamente, pasearme en las inmediaciones de un resto notable de antigüedad llamado la *Roca del Enano*, que los extranjeros miraban con curiosidad y los naturales del país con temor religioso. Es un enorme fragmento de roca que se encuentra en un valle inculto lleno de piedras y de precipicios al pie de la montaña de Ward, en la isla de Hoy. Existen en el interior de esta roca dos lechos, que un estrecho pasadizo separa entre sí. La entrada está descubierta actualmente; pero al lado se encuentra la gruesa piedra que, por medio de las muescas, que se ven aún, servía de puerta a esta morada extraordinaria de que Trold, enano famoso, ha hecho su mansión favorita. El tímido habitante evita el acercarse a este lugar, porque a la salida del sol, a mediodía, y al obscurecer, aparece el horrible y disforme enano sentado sobre su roca. A mí no me asustaba esta aparición, Minna, porque entonces mi corazón era puro como el vuestro, y vuestra mano no es más inocente que entonces la mía. Además de valor y esfuerzo tenía en mi juventud una grande presunción; una sed insaciable por todo lo que no podía obtener, me llevaba como a nuestra primera madre, al deseo de aumentar mis conocimientos, aun por medios ilícitos. Deseaba ardientemente poseer el mismo poder que los *voluspas y*

las profetisas de nuestra antigua raza; disponer como ellas de los elementos; hacer salir de sus sepulcros la sombra de los héroes borrados desde fecha remontísima del libro de los vivientes, para que me contasen sus gloriosas hazañas y me revelaran sus tesoros ocultos. Con frecuencia, sentada cerca de la *Roca del Enano,* con los ojos fijos en la montaña de Ward., que se eleva sobre este valle sombrío, he contemplado entre las negras rocas aquel maravilloso carbúnculo que brilla como una hoguera si le miran desde abajo, pero que no puede ver aquel que, desafiando los peligros, ha pesado su planta en el pico de donde sale el resplandor. Mi joven corazón se deshacía inquieto y vanidoso, anhelando descifrar este misterio y cien otros que encontraba descritos en las sagas que leía, o que Erlando me enseñaba, y cuya explicación no encontraba en parte alguna, y mi espíritu osado se atrevía a invocar al dueño de la *Roca del Enano,* para que me ayudase a adquirir conocimientos vedados a los simples mortales.

—¿Y el espíritu maligno oyó vuestra invocación? —preguntó Minna, atemorizada.

—¡Silencio! —ordenó Norna, bajando un poco lo voz—. No le demos nombres que le ofendan, porque está con nosotras y nos oye.

Brenda no cesaba de temblar.

—Me voy con Eufanía Fea a su cuarto —dijo la hija menor de Magnus Troil—, os dejo, podéis concluir a placer vuestras historias de brujas y de enanos que ni he creído nunca ni volveré a escuchar, sobre todo a media noche y a la mezquina luz de una lámpara.

Y, al decir esto, se levantó dispuesta a salir de la habitación; pero Minna la detuvo diciéndole:

—¿Y es éste el valor, hermana mía, de la que no da crédito a nada de cuanto nos han transmitido nuestros padres respecto a los acontecimientos sobrenaturales? Lo que Norna va a contarnos quizá se refiera al destino de nuestro padre y a su casa; y si a mí me es permitido escucharlo con la confianza de que Dios y mi inocencia me protegerán contra cualquier influjo funesto, vos, Brenda, que no creéis en esta influencia, no debéis asustaros. Acordaos que la inocencia nada tiene que temer.

Brenda, que no podía resistir su inclinación natural por el chiste, le contestó:

—No habrá ningún peligro; pero, como dice el libro viejo de las buenas palabras, *hace* mucho miedo. En fin, me quedaré, Minna; pero será —agregó en voz baja— por no dejaros sola con esa mujer horrible, y porque... tampoco tengo valor para subir la escalera y atravesar un largo corredor, pues de otro modo no permanecería aquí cinco minutos más.

—No llames a nadie, joven irreflexiva —le dijo Norna—, porque expones tu vida y no vuelvas a interrumpirme porque me será imposíble continuar cuando esta luz encantada se apague.

—¡Bendito sea Dios! —pensó Brenda—. Casi no le queda aceite, y más valdría apagarla; pero no, que entonces Norna continuaría con nosotras a obscuras, y sería aún peor.

Después de reflexionar de este modo, sometióse a su destino y se sentó resuelta a escuchar el fin de la historia de Norna, con todo el valor que pudiera, pero decidida a no creer una palabra, y Norna prosiguió así:

—Encontraándome yo, a eso de las doce de un día de verano, sentada en las inmediaciones de la *Roca del Enano,* contemplando la montaña en que el misterioso carbúnculo brillaba más que nunca y gimiendo de pena al considerar los límites estrechos

Librodot

de los conocimientos humanos, ocurrióseme invocar al enano Trold, y apenas acababa de hacerlo, cuando el cielo se obscureció en torno mío, como si la hora de media noche hubiese reemplazado a la del mediodía. Al fulgor de un relámpago vi en toda su extensión el cuadro desierto de los matorrales, de las lagunas, de las montañas, de los precipicios, y un trueno despertó todos los ecos de Word-Hill, cuya voz se repetía de caverna en caverna, como el ruido de una roca que, desprendida de lo alto de una montaña, rueda hasta el fondo del abismo. En seguida una lluvia abundante inundó toda la tierra, y vime obligada a guarecerme en lo interior de la roca misteriosa.

"Allí tomé asiento sobre el más ancho de los dos lechos cortados de la roca en la extremidad, más profunda de la gruta, mirando al otro, y pasando de una conjetura a otra sobre el origen y destino de tan extraña morada. ¿Era la obra de aquel poderoso Trold, a quien le atribuyen las poesías de los escaldas? ¿Era la tumba de algún jefe escandinavo, sepultado con sus armas y riquezas, y quizá también con su esposa inmolada, a fin de que la amada en vida no se separase de él después de la muerte? ¿Era el asilo al que la penitencia había llevado en tiempos más modernos a algún piadoso anacoreta? O, por último ¿sería la obra de algún artista errante, a quien la casualidad, el capricho o la ociosidad habían obligado a construirse una habitación tan singular?

"Mientras me hacía estas reflexiones, el sueño había ido apoderándose de mí poco a poco; un segundo trueno me despertó de repente, y al través de la sombría claridad que penetraba por la abertura superior de la gruta, vi al enano Trold que estaba sentado frente a mí, en el lecho más pequeño de la otra extremidad, cuya enorme mole parecía ocupar por completo. Temblé, pero sin espanto, porque por mis venas corría la sangre ardiente de la antigua raza de Lochlin. El enano me habló, pero en el dialecto norsa más antiguo, y pocas personas, excepto mi padre y yo, lo habrían comprendido: aquél era el idioma que se hablaba en estas islas antes que Olav hubiese plantado la cruz sobre las ruinas del paganismo. Pero sus palabras eran confusas como los oráculos que los sacerdotes paganos repetían a nombre de sus ídolos a las tribus reunidas al pie de la montaña de Helgafels.

—Tu deseo va a realizarse —me dijo Te armaré del poder supremo y podrás imponer tu voluntad a todos los elementos; pero esta omnipotencia sólo se obtiene a cambio de un inmenso sacrificio. Si quieres que las rocas, las tempestades, los vientos, la luz y las aguas te obedezcan, priva de la existencia con tu propia mano al hombre que te dio el ser.

"Yo le contesté al punto, porque el espíritu de los antiguos escaldas de nuestra raza me amparaba y no temía el fantasma con quien me encontraba en tan reducido espacio, diciéndole. `La vida es un achaque para el hombre, que sólo muriendo puede verse libre de él.'

"Miróme el demonio arqueando las cejas y como irritado y dominado al mismo tiempo, y desapareció envuelto en un espeso vapor sulfúreo. De repente me sentí aterrorizada y me lancé al aire libre; la tempestad había cesado y el cielo estaba puro y sereno. Fui a buscar a mi padre, meditando en el camino las palabras del fantasma, como ocurre generalmente, pero me costó trabajo poder recordarlas entonces con la claridad y expresión con que lo he hecho después.

"Aquella aparición me pareció un sueño, ¡tan vago era el recuerdo que de ella conservaba! Creí entonces haber ya vivido bastante en la soledad y haber escuchado lo suficiente los sentimientos que me inspiraban mis estudios favoritos: los abandoné durante algún tiempo e hice relaciones con las jóvenes de mi edad. En una visita que hice

Librodot

a Kirkwall conocí a vuestro padre, quien encontró fácil acceso en casa de la parienta con quien yo me encontraba y que hubiera hecho con gusto todos los esfuerzos posibles para borrar el odio que dividía nuestras familias. Vuestro padre, hijas mías, está más endurecido que cambiado por los años. El tenía los mismos rasgos varoniles, la misma franqueza norsa, el mismo corazón, el mismo valor e igual prudencia, unidos a la ingenuidad de la juventud, a un deseo vivo de complacer y a una viveza que sólo duró lo que nuestra juventud.

"Pero, aunque mereciera ser amado, y aunque Erlando me hubiese autorizado para admitir su honesto cariño existía un extranjero, Minna, un fatal extranjero hábil en los manejos que nosotros desconocemos poseedor de cualidades ignoradas en tiempo de nuestros sencillos abuelos, y que vivía en medio de nosotros como un ser procedente de una esfera superior.

"Me contempláis como si os sorprendiera que yo haya podido inspirar tal pasión, porque ahora no conservo nada que pueda recordaros que Norna de Fitful-Head fue querida y admirada cuando se llamaba aún Ulla Troil. La transformación que se advierte entre un cuerpo animado y un cadáver después de la muerte no es más manifiesta que la que he sufrido permaneciendo en este mundo miserable. Miradme, hijas mías, miradme a la débil luz de esa mortecina lámpara; ¿podéis creer que estas facciones ajadas y marchitas por la inclemencia del aire; que estos ojos, que casi se han convertido en piedras a fuerza de fijarlos sobre objetos de terror; que estos cabellos grises que flotan sobre mis espaldas, como los pedazos de una vela rasgada por el huracán en un navío que está a punto de sumergirse; podéis creer que todos estos atractivos y la persona que los posee, hayan inspirado amor? La lámpara palidece y va a extinguirse; pero, ¡qué importa que se apague mientras confieso tristemente mi deshonra!

"Nos amábamos y nos veíamos en secreto, hasta que le dí el último testimonio de una pasión fatal y culpable. Y ahora brilla, lámpara mágica, brilla algunos momentos, llama poderosa, aun en tu moribunda claridad. Di al que se agita en torno nuestro que no extienda sus alas sobre el círculo que tú alumbras. Aguarda un instante todavía hasta que descubra los secretos más ocultos de mi corazón, y entonces piérdete si quieres en sombras tan densas como son mi falta y mi dolor.

Mientras que Norna se expresaba en tales términos, inclinó un poco la lámpara para reunir el aceite que alimentaba su llama, avivándola, y con una voz hueca y frases cortadas, continuó su relación:

—Mi amor fue descubierto, pero no mi crimen. Erlando llegó furioso a Pomona, y me condujo a su solitaria vivienda de la isla de Hoy: me prohibió ver más a mi amante, y me ordenó que mirase como a mi futuro esposo a Magnus, en quien deseaba perdonar los agravios de su padre. ¡Ay! No era ya digna de su amor; mi único deseo era huir de la casa paterna para ocultar mi vergüenza entre los brazos de mi amante. Debo hacerle justicia: fue constante, fiel, sumamente fiel; su perfidia me hubiera hecho perder la razón: pero las fatales consecuencias de su fidelidad me han sido diez veces más costosas.

Aquí se interrumpió un momento y luego prosiguió en el acceso del delirio:

—A esta fidelidad debo la terrible prerrogativa de ser la poderosa e infortunada reina de los mares y los vientos.

Volvió a interrumpirse después de esta extraordinaria exclamación, y continuó después su historia más sosegadamente:

—Mi amante vino en secreto a Hoy para convenir los medios de que yo huyera. Le di

Librodot

una cita para fijar la hora en que su navío entraría en el estrecho y a medianoche salí de la casa de mi padre.

Los sollozos de Norna eran tan extremados y persistentes, que ésta sólo pudo ya continuar su relación por medio de frases incoherentes e interrumpidas:

—Abandoné la casa a medianoche; debía pasar frente a su habitación: vi que la puerta estaba abierta, creí que me observaba, y temiendo que el ruido de mis pasos le despertase cerré aquella puerta fatal: acción insignificante y de poca importancia al parecer; pero, ¡oh Dios del cielo! ¡cuáles fueron sus resultados!

A la mañana siguiente la habitación estaba llena de un vapor sofocante, y mi padre había muerto.

¡Muerto por mi desobediencia! ¡muerto a causa de mi deshonra! Después de esto, sólo hay obscuridad y tinieblas. Una espesa nube encubrió todo 'lo que hice, todo lo que vi después, hasta el día en que adquirí la convicción de que mi suerte estaba cumplida, y que yo era, en fin, el ser tranquilo, pero terrible que se encuentra en vuestra presencia; la reina de los elementos, la que participa del poder de los seres para quienes son el hombre y 'sus pasiones un juguete comparable al que el pescador hace de las torturas del pez a quien arranca los ojos para lanzarle nuevamente al mar y ver cómo cruza, ciego y expirante, las aguas. Jóvenes, la que veis delante de vosotras no experimenta las locuras que agitan vuestros espíritus. Soy aquella que hizo su ofrenda, y que ha privado al autor de sus, días de la vida. El oráculo confuso quedó cumplido por este acto criminal, haciendo de mí un ente enorme y poderoso, pero infinitamente desgraciado.

Norna hablaba todavía cuando la luz vacilante se elevó un poco sobre la lámpara, y pareció pronta a expirar; pero al ver expirar la llama, se interrumpió diciendo:

—Basta.. él llega ... él llega ... Ya sabéis quién soy; el derecho que he adquirido para aconsejaros y mandaros. Ahora, espíritu soberbio, ven, si quieres.

Y, dicho esto, apagó la lámpara y salió de la habitación con el paso mesurado que solía, como Minna pudo convencerse al escuchar desde la puerta.

XX

Minna estaba absorta en esta horrible relación, que aclaraba algunas revelaciones incompletas sobre Norna, que su padre y otros parientes le habían contado, y quedóse

largo rato sumergida en sorpresa tan terrorífica que ni aun se atrevió a hablar a su hermana; pero, cuando al fin, le dirigió la palabra y no obtuvo respuesta, le tocó la mano y vio que Brenda estaba tan, fría como el mármol.

Asustada, abrió la ventana para que el aire entrase en la habitación juntamente con la pálida claridad de una noche hiperboreal, y conoció entonces que Brenda se había desmayado. Norna, su espantosa historia, sus relaciones misteriosas con el mundo invisible, todo se borró en seguida de su imaginación y se dirigió precipitadamente al cuarto de su anciana sirvienta para pedirle socorro, sin reflexionar en lo que ocurriría en los largos y obscuros corredores que velase obligada a atravesar.

La anciana Eufanía acudió al momento al socorro de Brenda, empleando cuantos medios le sugirió su experiencia; pero la pobre joven se encontraba tan nerviosa que, aun restablecida de su desmayo, todos los esfuerzos que hizo para tranquilizarse no, pudieron evitar un acceso de histerismo. Este accidente calmóse también, gracias a los conocimien-

tos farmacológicos de Fea, mujer muy versada en la simple medicina que se usaba en las islas de Shetland, quien suministró a la enferma una cocción calmante compuesta de plantas y flores destiladas.

Minna se acostó junto a su hermana, la besó repetidamente en las mejillas; y trató de reconciliar el sueño; pero sus esfuerzos eran inútiles porque la voz de la parricida involuntaria, resonando aún en sus oídos, le hacía estremecer.

Por la mañana encontrábanse ambas en un estado bien diferente del que hubiera podido esperarse. Un profundo sueño había devuelto a la diligente Brenda toda la viveza de sus miradas, el color de rosa de sus hermosas mejillas y la sonrisa graciosa de sus labios; la ligera indisposición de la noche precedente no había dejado en su rostro huellas perceptibles como tampoco los dejaron en su pensamiento los terrores fantásticos de la relación de Norna. Las miradas de Minna, eran, por el contrario, melancólicas y abatidas, y su fuego visiblemente apagado por las fatigas del insomnio y la ansiedad.

Al despertar casi no se hablaron, como si temieran tocar un asunto que les había causado tanta agitación la noche precedente; pero, después de rezar sus devociones de costumbre, y mientras Brenda ayudaba a vestir a su hermana, pues cada una desempeñaba respecto de la otra los oficios de doncella de tocador, advirtió la palidez de Minna, y, habiendo comprobado por una mirada que dirigió al espejo, que sus facciones no ofrecían la misma alteración, besó a su hermana en la mejilla y le dijo cariñosamente:

—Claudio Halcro tenía razón al darnos los nombres del *Día y* de la *Noche.*

—¿Y por qué me recordáis ahora esos nombres? —preguntó fríamente Minna.

—Porque cada una de nosotras siente más valor durante las horas a que esos nombres se refieren. Yo tuve un susto de muerte al oir anoche esa funesta historia que vos escuchasteis tan valientemente; ahora que es de día y se ve claro, puedo pensar en ella sin temor, en tanto que vos os encontráis tan pálida como un espíritu sorprendido por el retorno del sol.

—Sois muy dichosa, Brenda —le contestó su hermana gravemente—, pudiendo olvidar en tan poco tiempo una relación tan horrible y tan maravillosa.

—Lo que tiene de horrible no Puede olvidarse; pero me parece que sólo la imaginación exaltada de esa pobre mujer, tan activa en conjurar apariciones, la acusará de un crimen que realmente no habrá existido.

—¿No creéis entonces la entrevista con el enano de la caverna de Dwarfie Stone, ese sitio maravilloso del que se refieren tantas historias y que durante tantos siglos se ha reputado obra y residencia de un demonio?

—Convencida como estoy de que nuestra desgraciada parienta no es una impostora, creo sencillamente que encontrándose en Dwarfie Stone durante una tormenta, entró en la gruta para buscar un abrigo, y que, en el intervalo de un desmayo, o quizá mientras dormía, tuvo algún sueño relativo a las tradiciones populares de que se ocupaban constantemente. Esa es mi opinión.

—Pero, de todos modos los resultados correspondieron a la obscura predicción de la visión.

—Perdóname; el sueño jamás hubiera tenido apariencias de realidad. Ella misma nos confesó que lo había casi olvidado, y que no volvió a acordarse de él hasta la muerte funesta de su padre. ¿Y quién nos asegura que lo que ella creyó recordar no fue obra de una imaginación naturalmente trastornada por esa catástrofe horrible? Si hubiera visto realmente al enano, o si, en efecto, hubiese hablado con él, no habría olvidado con tanta

Librodot

facilidad su conversación; yo no la hubiera olvidado tan pronto.

—Brenda, habéis oído decir al piadoso sacerdote de la iglesia de Santa Cruz que toda la sabiduría humana es peor que la misma locura cuando se propone descubrir misterios superiores a la inteligencia; y que, si no creyésemos más que lo que comprendemos, nos rebelaríamos hasta contra la evidencia de nuestros sentidos, que con frecuencia nos presentan como exactas varias cosas que son incomprensibles.

—Sois demasiado instruida, Minna, para necesitar las amonestaciones del piadoso ministro de Santa Cruz; además, creo que sus palabras se referían solamente a los misterios de nuestra religión; que debemos creer sin —examinarlos y sin vacilaciones; pero en lo relativo a las acciones ordinarias de la vida, como Dios nos ha dado la razón, no creo que hagamos mal en servirnos de ella. Tenéis, mi querida hermana, una imaginación más ardiente que la mía, y os prestáis más fácilmente a aceptar como verdades esas historias maravillosas, porque os agrada pensar en las brujas, en los enanos, en los espíritus de las aguas, y desearíais quizá tener a vuestras órdenes una de esas hadas o duendes, como los llaman los escoceses, con su capita verde y un par de alas tan hermosas como los colores del estornino.

—Así podréis evitaros la molestia de atar mi corsé, y atarle de través, porque, en el calor de vuestros argumentos, habéis hecho saltar dos ojetes.

—Esa falta quedará pronto reparada; y, como diría uno de nuestros amigos, apretaré los cordones. Mas ves respiráis tan difícilmente que no es obra que pueda hacerse muy bien. Pero, ¿qué tenéis? ¿Suspiráis?

—Suspiro —respondió Minna algo confusa—, porque os veo dispuesta a hablar ligeramente de los infortunios de esa mujer extraordinaria y a ridiculizarlos.

—No los ridiculizo; por el contrario, Dios sabe que me inspira compasión. Sois vos, Minna, la que atribuís a malas intenciones todo lo que digo sencilla y llanamente. Norna me parece un mujer cuyos talentos superiores se encuentran frecuentemente unidos a una especie de delirio; la creo más hábil en la ciencia meteorológica que cualquiera otra mujer de las islas de Shetland; pero que ejerza poder alguno sobre los elementos, lo niego en absoluto, como también son pura fábula los cuentos que referían nuestras nodrizas sobre el rey Erik, que, sabéis lo mismo que yo, que el monarca hacía soplar el viento por el lado que se le antojaba volviendo la punta de su sombrero.

Minna, algo incomodada por la tenaz incredulidad de su hermana, contestóle ásperamente:

—Y, sin embargo, Brenda, esa mujer, esa mujer medio loca, que pretender engañar a todo el mundo, es la persona cuyo consejo —seguís en la cosa que ahora más os interesa.

—Ignoro a qué os referís —repuso Brenda, algo ruborizada, retrocediendo algunos pasos como para alejarse de su hermana.

Mas, como la correspondía ponerse el corsé, Minna la retuvo por el lazo de seda que le adornaba y la golpeó sobre el cuello de manera que, produciéndole un ligero tinte de escarlata, provocó en su ánimo una pequeña confusión. Pero luego Minna agregó más dulcemente:

—¿No es extraño, Brenda, que después de haber sido tratadas como sabéis por el extranjero Mordaunt Mertoun, a quien únicamente su confianza ha traído a una casa en la que no es convidado ni recibido con placer, le miréis aún con buenos ojos? Seguramente esto debía ser suficiente para probaros que hay sortilegios y encantamientos en nuestras islas, y que vos misma os encontráis ahora bajo la influencia de uno de esos poderes

secretos. Por algo lleva Mordaun una cadena de oro encantada: cuidado con lo que hacéis, Brenda, y tened prudencia que aún es tiempo.

—Nada me importa Mordaunt Mertoun —respondió Brenda, obedeciendo a la ley que impone a las personas de su sexo rechazar tales acusaciones—; no me interesa lo que él o cualquier otro lleven pendiente de su cuello.

Y agregó en seguida afectando la mayor indiferencia:

—Pero, a deciros verdad, Minna, creo que todos habéis juzgado con extremada desconsideración a este joven que ha sido durante mucho tiempo nuestro más íntimo compañero. Advertid que Mordaunt Mertoun no es más con respecto a mí que con respecto a vos, y os consta mejor que a nadie, que no hacía ninguna diferencia entre nosotras como si fuéramos sus hermanas. Sin embargo, vos renunciáis a su amistad porque un marino vagabundo, a quien no conocemos poco ni mucho, y un buhonero conocido solamente por un ladrón, un bribón y un embustero, han hablado mal de él. No creo que jamás haya dicho que podía escoger entre las dos, y que sólo esperaba para hacerlo el saber a quién de las dos corresponderían en dote Burgh-Westra y el lago de Bredness. No creo que haya dicho nada de eso, ni que lo haya pensado siquiera.

—Puede ser que no os falte motivo para saber que su elección está ya hecha.

—No os permitiré esto —repuso vivamente Brenda.

Y escapándose de las manos de su hermana, y mirándola frente a frente agregó:

—Sabéis que toda mi vida he dicho la verdad, porque no sé mentir, y os declaro que jamás Mordaunt Mertoun hizo la menor distinción entre nosotras dos hasta que ...

Una especie de remordimiento de conciencia la contuvo, y su hermana preguntó sonriéndose:

—¿Hasta cuándo Brenda? Parece que vuestro amor a la verdad ha sido sofocado por la última frase.

—Hasta que cesasteis de tratarlo como se merece, pues que es preciso decirlo. No dudo que renuncie pronto a la amistad que os profesa, en vista del poco caso que hacéis de ella.

—Perfectamente. Estáis al abrigo de mi rivalidad por su amistad o por su amor. Mas meditad lo que decís, Brenda: todo esto no es ni un chisme de Cleveland, que es incapaz de hablar mal de nadie, ni un embuste de Bryce Snailsfoot: apenas hay una persona en todas las islas que ignore que las hijas de Magnus Troil esperaban impacientemente la elección de Mordaunt Mertoun, de ese advenedizo sin nombre. ¿Puede tolerarse que se diga esto de nosotras, de las descendientes de un conde noruego, de las hijas del primer udaller de las islas de Shetland? ¿Podemos sufrirlo sin resentimiento, aun cuando fuésemos las últimas lecheras del contorno?

—Los locos, como ignoran lo que dicen, no ofenden a nadie; jamás modificaré la buena opinión que tengo de un amigo, por dar crédito a los chismes de la isla, que interpretan siempre mal las acciones inocentes.

—Escuchad tan sólo lo que dicen la señorita Glowrowrum, escuchad a Maddie y Clara Groatsettars.

—Si escuchase a la señorita Glowrowrum, escucharía la peor lengua de la isla; y en cuanto a Maddie y Clara Groatsettars, se consideraron muy dichosas en recibir anteayer, durante la comida, los obsequios de Mordaunt, que estaba sentado entre las dos, como lo observaríais vos misma si vuestros oídos no estaban ocupados oyendo otras cosas más agradables.

—Vuestros ojos no estaban mejor ocupados, Brenda, pues que estaban constantemente fijos en un joven que ha hablado de nosotras con bastante impertinencia, como todo el mundo afirma, aunque vos no le deis crédito, y la señorita Glowrowrum dice que no nos favorece el mirarle, porque eso confirmaría tales creencias.

—Miraré a quien me plazca. La señorita Glowrowrum no gobernará mis pensamientos, ni mis palabras, ni mis ojos. Juzgo a Mordaunt Mertoun inocente. Le miraré como tal, le hablaré como tal; y si no le he dicho nada, y he variado de conducta con respecto a él, ha sido por obedecer a mi padre, y no por lo que la señorita Glowrowrum y todas sus sobrinas, aunque éstas fueran veinte en vez de dos, digan y cuchicheen respecto a quien nada les importa.

—¡Ah, Brenda! Esa viveza es mayor que la que de ordinario se emplea para defender a un simple amigo. Cuidado con lo que hacéis; el que hizo la infelicidad de Norna, fue un extranjero a quien amaba contra la voluntad de su familia.

—Sí, era un extranjero, no sólo por su nacimiento, sino por sus costumbres: no habían pasado juntos la infancia; ella desconocía la dulzura, la franqueza de su carácter. Era, efectivamente, un extranjero por su carácter, sus gustos, su país, sus costumbres, su modo de pensar; quizás algún aventurero a quien la casualidad o una tormenta había arrojado a estas islas, y que ocultaba un corazón pérfido, bajo la máscara de la sinceridad. Mi querida hermana, es a vos a quien conviene tener en cuenta vuestro consejo; hay otros extranjeros en Burg-Westra además del pobre Mordaunt Mertoun.

A Minna pareció que la volubilidad de su hermana la llenaba de confusión; pero su altivez natural, que se sobreponía a todo, le dio bastante fuerza para contestarle con una tranquilidad afectada:

—Si quisiera, Brenda, trataros con la misma desconfianza que me manifestáis, podría deciros que Cleveland no me interesa más que Mordaunt, el joven Swartaster, Lorenzo Erickson o cualquier otro amigo de mi padre; pero sería una indignidad engañaros o encubrir mis pensamientos. ¡Amo a Clemente Cleveland!

—No digáis eso, mi querida hermana —exclamó Brenda profundamente enternecida y echando los brazos al cuello de su hermana—; no digáis eso, os lo suplico: renunciaré a Mordaunt, juraré no dirigirle la palabra, pero no me repitáis que amáis a ese Cleveland.

—¿Y por qué lo he de negar? —contestó Minna, desprendiéndose poco a poco de los brazos de su hermana—. ¿Por qué he de ocultar un sentimiento que me honra? La valentía, la fuerza y la energía de su carácter, acostumbrado a mandar, y ajeno al temor, esas mismas cualidades que os hacen temer por mi dicha, son precisamente las que la aseguran. Acordaos, Brenda, que mientras preferíais una superficie llana de arena en la orilla del mar, durante un tiempo bonancible, yo buscaba con transportes de júbilo las cimas de las rocas, aun en lo más fuerte de las tempestades.

—Y eso es precisamente lo que me inspira temores, ese genio de aventuras que os conduce hoy al borde de un precipicio más peligroso que la proximidad de las costas inundadas por una alta marea. Ese hombre ... no arruguéis el entrecejo, pues nada he de decir que le perjudique: ¿no es, aun a vuestros ojos predispuestos en su favor severo y tiránico? Acostumbrado a mandar como decís, se atreve también a mandar donde no tiene derecho ninguno, conduciendo a los que le estaría mejor seguir; y, por último, ¿no le. vemos precipitarse en el peligro a tontas y a locas? ¿Y podréis pensar en casaros con un hombre de carácter tan inquieto y turbulento, que ha vivido constantemente sobre un teatro de muertes y de peligros, y que, aun sentado a vuestro lado, no puede disimular su

Librodot

impaciencia de volver a él de nuevo? Un enamorado, a lo que me parece, debería amar a su novia más que a su vida; pero el vuestro, mi querida Minna, amará menos a la suya que el placer de matar a sus semejantes.

—Pues precisamente por eso le amo. Soy una hija de las antiguas heroínas de Noruega, que enviaban con sonrisas sus amantes a pelear y los inmolaban con sus propias manos si se deshonraban en el combate. Mi amado debe despreciar los vanos ejercicios en que nuestra raza degenerada busca ocasiones de distinguirse. No amaré a un mata-ballenas ni a un cogenidos: mi amado ha de ser el rey de los mares, o, al menos, llevar el dictado moderno que más se aproxime a este noble título.

—¡Ah mi querida hermana! —exclamó Brenda con un tono de admiración compasiva—; ahora sí que empiezo a creer en los sortilegios, como decía aquella historia española que me quitasteis ya hace tiempo, porque, enamorada de los antiguos caballeros andantes escandinavos, os hacía ver que sobrepujabais en extravagancias al héroe de la misma. ¡Ah Minna! vuestro rubor prueba que vuestra conciencia os acusa, y os recuerda el libro a que me he referido. ¿Creéis que sea menos cuerdo confundir un molino de viento con un gigante, que al comandante de un barco corsario con un Kümpe o con un Vi-King?

Minna se encolerizó al oír esta última frase.

—Tenéis derecho para insultarme, puesto que os he revelado mi secreto.

La sensibilidad de Brenda no pudo resistir esta acusación, y suplicó a su hermana que la perdonase.

—Somos bien desgraciadas —contestó Minna enjugando las lágrimas de su hermana– – por no ver con los mismos ojos, y acrecentarnos nuestro infortunio con nuestras mismas observaciones. Poseéis mi secreto, pero dejará bien pronto de serlo, pues se lo revelaré a mi padre tan pronto como ciertas circunstancias me lo permitan. Entretanto, os lo repito, poscéis mi secreto; pero sospecho que, en cambio, también soy dueña del vuestro, aunque os negáis a confesármelo.

—¡Cómo, Minna! ¿Querríais que os revelase que estoy enamorada cuando nadie me ha dicho todavía la menor palabra que justifique ese amor?

—Claramente no; pero el fuego se descubre lo mismo por el calor que por la llama.

Brenda inclinó la cabeza y respondió:

—Veo que sois diestra en esos signos; pero todo lo que puedo decir es que si algún día llego a amar a alguien, será cuando hayan solicitado mi amor una o dos veces a lo menos, y esto nadie lo ha hecho. Pero no volvamos a disputar y pensemos qué razón habrá inducido a Norna a referirnos su historia, y qué resultados espera de ella.

—Habrá pretendido darnos algún aviso, que nuestra situación, y no lo disimularé, especialmente la mía, parecía demandarle; estoy segura de mi inocencia y del honor de Cleveland.

Brenda hubiera deseado responder que confiaba más en la primera seguridad que en la segunda; pero, no queriendo renovar una discusión enojosa se limitó a decir:

—Me sorprende que Norna no nos hablase más de su amante: con seguridad que él no la abandonaría en la situación aflictiva a que la había reducido.

—Existen aflicciones —repuso Minna después de una pausa— que oprimen tanto el corazón, que le hacen olvidar los objetos mismos que las producen. El horror y la desesperación le harían olvidar su infortunado amor.

—Quizá huyera su amante de estas islas por temor a la venganza de nuestro padre.

Librodot

—Si el temor o la cobardía —repuso Minna elevando al cielo la mirada— le hicieron huir del espectáculo de desgracias que había ocasionado, seguramente habrá ya recibido el castigo que el Cielo reserva a los traidores y a los cobardes. Pero vamos, hermana, que nos esperan.

Descendieron al comedor, cruzándose ambas los brazos por la espalda más cariñosamente que nunca.

Antes de que se reunieran a los invitados, acordaron no referir a su padre la visita nocturna de Norna, y no hacer alusión alguna, en su presencia, a la triste historia que les había contado.

SEGUNDA PARTE

I

Chabre, poeta moralista, ha escrito de la superstición haciendo vibrar algunas cuerdas en el corazón de los lectores. Hubo un tiempo en que la superstición tenía grandes atractivos; pero, desterrada su influencia por la razón, su sistema de terrores imaginarios ha desaparecido casi por completo. Las ideas y prácticas supersticiosas intervenían en las diversiones de los siglos poco ilustrados, considerándose, lo mismo los presagios de la víspera de todos los Santos en Escocia, como pasatiempo y verdadera predicción. Todavía en nuestro siglo algunas gentes, regularmente educadas, se dirigen a veces al rincón de un desván en busca de una embustera para que les diga la buenaventura con propósito de divertirse, aseguran; pero dispuestas a dar crédito a las respuestas de la sibila.

Al entrar Minna y Brenda Troil en la sala donde se había preparado un almuerzo tan abundante como el del día anterior, Magnus, aunque en tono de broma, les censuró su tardanza. En efecto, el almuerzo casi había terminado, y los invitados se disponían a entregarse a una supersticiosa y antigua práctica noruega.

Esta práctica parece haber sido inspirada en los poemas de los escaldas, en los que se representan frecuentemente los campeones y heroínas ocupados en averiguar su suerte, consultando, al efecto a alguna encantadora o pitonisa, que obligaba al destino, por la fuerza de la poesía rúnica, a revelar sus secretos y pronunciar los oráculos, cuyo sentido se prestaba a diversas Y contradictorias interpretaciones.

Una vieja sibila, Euifanía Fea, ama de gobierno mencionada ya en las páginas de esta novela, hallábase instalada en el hueco de una gran ventana, cubierta y oscurecida cuidadosamente con pieles de oso y varios otros tapices, a fin de representar en cierto modo la choza de un lapón, con una pequeña abertura como la de un confesionario que permitía a la persona que estaba sentada oir sin ver a quien le dirigía la palabra. Allí la sibila escuchaba las preguntas que se le hacían en verso y respondía del mismo modo y de improviso. Se suponía que los tapices que ocultaban la choza impedían que la pitonisa viera y conociera a las personas que la consultaban y la relación que tenían sus respuestas con las circunstancias del consultante, o la que se creía encontrar, provocaba frecuentemente la risa; pero, a veces, daba origen a muy serias reflexiones. La sibila se elegía

Librodot

casi siempre entre las mujeres que poseían el talento de improvisar en lengua norsa, lo que no era raro en un país en que todos tenían la cabeza atiborrada en antiguos versos, y las reglas de la versificación eran en extremo sencillas. Las preguntas debían ser formuladas en verso; pero, como el don de esta improvisación poética, aunque muy común, no era, sin embargo, universal, permitíase al que anhelaba dirigirse a la sibila, escoger un intérprete, el cual, de pie junto a la gruta y teniendo asida la mano al consultor del oráculo, encargábase de versificar la pregunta.

Este día el sufragio general confirió a Claudio Halcro las funciones de intérprete, y después de hacer varios movimientos de cabeza y murmurar algunas excusas sobre su falta de memoria y el decaimiento de sus talentos poéticos, lo que no se compadecía con su sonrisa de confianza y las aclamaciones de toda la reunión, el alegre viejo accedió a desempeñar el papel que se le señalaba.

Pero hízose entonces un cambio singular de las disposiciones adoptadas. Norna de Fitful-Head, a la que todos, excepto las dos hermanas, creían a muchas millas de distancia, entró de pronto en la sala, y, sin saludar a nadie, se dirigió majestuosamente hacia el tabernáculo de pieles de oso que se había improvisado, haciendo un signo a la sibila que lo ocupaba para que saliese en seguida de su escondrijo. Fea obedeció, bamboleando la cabeza y aterrorizada. Realmente, pocos de los reunidos habían visto con indiferencia llegar a una mujer tan conocida y temida como Norna. Ésta se destuvo un momento a la entrada de aquella especie de santuario, y levantando la piel que servía de puerta, miró hacia el Norte, como si esperase de aquel lado sus inspiraciones, e hizo luego una señal a los espectadores; indicándoles que podían consultarla sucesivamente, entró en la gruta, y, dejando caer la piel, desapareció de la vista de los concurrentes.

La diversión varió de aspecto y la mayoría del concurso encontró un motivo para muy serias reflexiones en vez de la distracción que se habían prometido; así es que nadie se decidía a consultar al oráculo. El carácter y las pretensiones de Norna considerábanlos casi todos los espectadores de una naturaleza demasiado grave para el papel que ella voluntariamente se había impuesto; cuchicheaban los hombres, y las mujeres estrechábanse unas contra otras, atemorizadas.

La voz sonora y robusta de Magnus interrumpió el silencio.

—Señores, ¿por qué no damos principio a la diversión? ¿Tenéis miedo porque mi parienta va a ser nuestra sibila? Debemos, por el contrario, darle las gracias por haberse encargado de un papel que nadie en nuestras islas puede desempeñar mejor que ella. ¡Qué! ¿Renunciaríamos por eso a nuestra diversión? En modo alguno; antes debemos seguirla con mayor regocijo.

Y como todos permanecieron callados, Magnus Troil añadió:

—No quiero que se diga que no hay quien no haga preguntas a mi parienta, por falta de valor. Yo la consultaré el primero; pero no sé versificar tan fácilmente como cuando tenía veinte menos. Claudio Halcro, venid conmigo.

Se acercaron los dos, cogidos por la mano, y el udaller, que, como los demás personajes, importantes de la isla de Shetland, dedicábase también al comercio y la navegación, acordándose de que tenía un interés muy considerable en un barco que a la sazón se encontraba en el mar con destino a la pesca de la ballena, encargó a Halcro que preguntase si aquella empresa sería beneficiosa.

Halcro formuló la pregunta en los siguientes términos:

Pues que todo lo ves, de uno a otro polo,
y de cuanto sucede en la ancha esfera,
nada se oculta a tu mirada de águila,
nada se esconde a tu profunda ciencia,
di: ¿cuál será la suerte de una nave
que está en el mar pescando la ballena?

La diversión tomaba un carácter serio, y todo el mundo prestaba atención a la respuesta de Norna, cuya voz, atravesando las pieles de que estaba rodeada, llegó con claridad a los oídos de los oyentes:

El viejo sólo piensa en las riquezas;
prosperarán sus mieses y ganados,
pero de rabia arrancaráse un día
todo el cabello hasta quedarse calvo.

Dicho esto, enmudeció un instante, que aprovechó Triptolemo para decir en voz baja:

—Aun cuando diez brujas y otros tantos brujos me lo asegurasen, jamás creeré que un hombre de juicio se arranque los cabellos, mientras vea sus graneros bien provistos.

Pero la voz de la pitonisa interrumpió sus comentarios, agregando con tono reposado y monótono:

El mar de Islandia va surcando el buque;
los marinos alegres y contentos,
llevando al armador siete ballenas,
presurosos dirígense hacia el puerto.

—¡Que el Cielo nos mire bondadosamente! —exclamó Bryce Snailsfoot—. No es una mujer quien acaba de pronunciar esas palabras. Yo he hablado en North-Ronaldsha con gentes que han visto en el mar el barco *Olavo* de Lerwick, que tanto interesa a nuestro patrón, y es tan seguro, como hay estrellas en el cielo, que han sabido, por las señales del navío, que habían pescado siete ballenas, como Norna acaba de decir.

—¡Oh! ¿Precisamente siete? —preguntó Cleveland—. ¿Y vos lo habéis sabido en North-Ronaldsha? Seguramente habéis propalado tan buena noticia en el país al venir hacia acá.

—No he hablado de ello una sola vez, capitán. He conocido muchos mercaderes y muchos buhoneros que abandonan sus negocios por ocuparse en lo que no les importa; pero yo me ocupo más bien en vender mis mercancías que en dar noticias. Y a la verdad no creo que, después de pasar el agua en Dunrossness, haya enterado a tres personas de que el *Olavo* había completado su cargamento.

—Si una de esas tres personas ha hablado de ello como seguramente ha ocurrido, nuestra buena profetisa habla con conocimiento de causa.

Cleveland, al decir esto, dirigíase a Magnus; pero éste no le escuchaba con aire de aprobación, pues el respeto que la inspiraba su patria Se extendía hasta sus supersticiones.

Interesábale realmente por su desgraciada parienta, y si no rendía público homenaje a

Librodot

sus conocimientos sobrenaturales, le desagradaba que los demás se los negasen.

—Norna, mi prima —dijo recalcando esta palabra—, no se relaciona poco ni mucho con Bryce Snailsfoot ni con sus conocidos. Ignoro cómo se informa de todo, pero he observado siempre que los escoceses, y en general todos los extranjeros que llegan a las islas de Shetland se empeñan en explicar cosas que parecen bastante obscuras a los hombres cuyos antepasados vivieron aquí durante siglos enteros.

El capitán Cleveland dióse por aludido y limitóse a hacer una señal de aprobación sin tratar de sostener su escepticismo.

—Vamos mis buenos amigos —dijo Magnus— adelante, no se detengan, y ¡ojalá recibáis todos respuestas tan favorables! ¿Cuántos toneles de aceite podrán dar las siete ballenas? Necesito sacar la cuenta.

Ninguno de los concurrentes manifestaba el menor deseo de consultar el oráculo.

Hay personas a quienes las buenas noticias agradan siempre, aunque sea el mismo diablo quien se las comunique —dijo la señora Baby Yellowley digiriéndose a la señorita Glowrowrum, a quienes les disposiciones económicas, casi semejantes, de una y otra habían hecho intimar—, pero creo, señora, que en esto hay demasiada brujería para que unas buenas cristianas como nosotras lo aprueben.

—Seguramente hay algo de lo que decís, señora Yellowley; pero nosotros los shetlandeses no somos completamente iguales a los demás; y, sea esta mujer bruja o no, es amiga y parienta cercana del señor Magnus Troll, y éste se incomodará si toda la concurrencia no le dirige alguna pregunta; hasta mis sobrinas tendrán que hacer lo mismo cuando les llegue su turno. Y, después de todo, ¿qué les puede ocurrir? Son jóvenes, según veis, y tendrán tiempo para arrepentirse si hubiese algo de malo en ello.

Mientras el concurso permanecía perplejo y temoroso, Halero observó que el viejo udaller arrugaba el entrecejo y golpeaba violentamente el piso con el pie derecho revelando que se le iba acabando la paciencia; y para evitar una ruptura desagradable, declaró resueltamente que iba a consultar a la pitonisa en su propio nombre; y después de reflexionar un poco para pulir la rima, dijo:

Anciana a quien el mundo reverencia
a causa de su extrema omnipotencia,
¿qué han de esperar mis versos de los hados?
¿daránme fama o se verán quemados?
¿conquistará mi nombre, al fin, la meta?
¿Alcanzaré la gloria del poeta?

La voz de la sibila dejóse oír sordamente en el fondo de su santuario, diciendo:

No todo el que la busca, halla la gloria,
según los testimonios de la historia,
y el que volar no puede, ¿a qué elevarse
si no es para en la sima despeñarse?

Halcro mordióse los labios y levantó los hombros; pero recuperando en seguida su buen humor, y aprovechándose de su facilidad de versificador, repuso:

Pues que me niega la gloria,
tiránica, sus favores,
y mis cantos y loores
no han de pasar a la historia,
viviré en la obscuridad,
oculto cual la violeta
y mis ansias de poeta
perdonará la amistad.

El bardo retiróse prestamente y un tanto satisfecho de sí mismo, y la discreción que acababa de manifestar resignándose al destino a que le había condenado la sibila, le valió los aplausos de todos. Pero ni el ejemplo de Halcro, ni las instancias del udaller, decidieron a nadie a consultar a la temible Norna.

—¡Holgazanes! ¡cobardes! —exclamó Magnus—. ¿Y vos, capitán Cleveland, tenéis también miedo de consultar a una vieja? Decidle algo. Preguntadle si el navío de doce cañones que ha llegado a Kirkwall es el barco que esperáis.

Cleveland volvió la vista hacia Minna, y creyó adivinar que ésta deseaba saber lo que él respondería a su padre, después de reflexionar un momento, dijo:

—Nadie me ha inspirado miedo jamás. Señor Halcro, habéis oído la pregunta que nuestro generoso huésped desea que formule; hacedla, pues, en mi nombre y del modo que se os antoje, porque yo no soy más instruido en poesía que en sortilegios.

Halcro no necesitó que le repitiesen el encargo; en seguida cogió la mano al capitán Cleveland, según se acostumbraba en aquella diversión, e hizo la pregunta indicada por el udaller. diciendo:

Encuéntrase en el puerto una galera,
que llegó de regiones apartadas.
Decid, si lo sabéis, ¿es por ventura
la que esperando está mi camarada?

La pitonisa hizo esperar su respuesta más de lo que acostumbraba; y con una voz más baja, pero resuelta, dio la siguiente contestación:

La sangre es roja y contemplarla asusta,
y enrojecidas tú las manos tienes;
la fiera con las fieras se apresure
a unirse pues la esperan impacientes.

Cleveland sonrióse despreciativamente y dijo extendiendo la mano:

—Pocos marinos han abordado tan frecuentemente como yo en Nueva España sin haber tenido, más de una vez, que dirimir cuestiones con los guardacostas; pero jamás se tiñeron mis manos con sangre que no hayan pedido borrar una copa de agua y una servilleta.

—No se puede vivir en paz con los españoles de allende los mares —interrumpió el udaller con atronadora voz—. Muy frecuentemente se lo he oído decir al capitán Tragendeck y al viejo comodoro Rummelaer; ambos estuvieron en la bahía de Honduras y en

todos los parajes de la misma latitud. Yo les profeso odio mortal desde que en 1558 vinieron a apoderarse de todos los víveres que había en Isla Hermosa. Mi abuelo refería de vez en cuando —y así lo testimonia una vieja historia que conservo escrita en holandés— que allí donde los españoles ponen la planta del pie; echan raíces, y es ardua empresa el desalojarles del terreno conquistado.

—Esa es la verdad, mi viejo amigo —respondió Cleveland—; ésa es la verdad pura; se muestran tan celosos de sus posesiones de ultramar, como un viejo marido pudiera estarlo de su joven esposa; y si se le presenta ocasión de apoderarse de uno de sus enemigos, lo empareda, hasta que se muere, dentro de sus minas. Por esto nosotros les hacemos la guerra con el pabellón clavado al mástil.

—¡Es indispensable hacerlo así! —afirmó Magnus—. El verdadero marino inglés no iza jamás su pabellón. Al pensar en esas murallas de madera, me creería inglés si no temiera parecerme demasiado a mis vecinos los escoceses. Dispensadme, señores, si alguno de vosotros es español; no tengo el propósito de molestar a nadie, pues todos somos amigos y todos sois aquí muy bien venidos.

Después, dirigiéndose a Brenda, añadió:

—Vamos, hija mía, a vos os corresponde preguntar ahora a la sibila; vos sabéis bastantes versos norsas para formular vuestra pregunta; es bien público.

—No recuerdo ninguno acomodado a las circunstancias —dijo Brenda retrocediendo algunos pasos.

—¡Bah! —repitió su padre empujándola suavemente hacia adelante, mientras que Halcro le tomaba la mano, casi a pesar suyo—: una modestia inoportuna no debe interrumpir jamás una diversión decente. Hablad por Brenda, Halcro; un poeta debe saber interpretar los pensamientos de una joven.

Halcro saludó a la joven y hermosa Brenda con el entusiasmo de un poeta y la galantería de un viajero; díjole en voz baja que ella no seria en ningún caso responsable de los defectos en que él incurriese y guardó silencio profundo durante algunos instantes, fijando los ojos en el cielo. Luego, sonrióse con cierta complacencia y como si estuviera satisfecho de las ideas que se le habían ocurrido, y declamó:

Tú, a quien se teme y se honra,
¿puedes declarar, si sabes,
qué oculta una hermosa joven
en su corazón amable?
¿Quieres decirnos si Brenda
tan hermosa y adorable,
será de Cupido víctima?
¿Le será el dios favorable?

La pitonisa no vaciló en responder:

El dios le será propicio,
y hará, bondadoso, el Hado,
que en la planta broten flor
de perfume delicado.

—Es una profecía muy agradable; no se puede hablar más juiciosamente —dijo el udaller, tomando por el brazo a Brenda que, llena de rubor, procuraba escaparse—. No hay que avergonzarse por esto, hija mía; ser dueña de la casa de un hombre honrado; contribuir a perpetuar el nombre de alguna familia norsa, poder labrar la dicha de sus vecinos, socorrer al menesteroso y auxiliar a los extranjeros, es lo mejor que puede ocurrir a una joven, y yo se lo deseo de todo mi corazón a cuantas aquí se encuentran. Vamos: ¿quién va a consultar ahora a la sibila? Seguramente va a pronosticar a todas que se casarán con excelentes esposos. Madie Groatsettars, mi linda Clara, venid aquí; tomad directamente parte en la diversión.

—No estoy convencida —repuso la señorita Glowrowrum moviendo la cabeza con cierta timidez y embarazo—, de que deba aprobar...

—Bien, , bien. Magnus Troil no obliga a nadie; pero la diversión ha de continuar hasta que el cansancio nos rinda. Venid, Minna; vos tenéis el deber de obedecerme; venid, aproximaos. No os asustéis por una broma inocente; hay otras cosas que deberían avergonzaros más. Vamos, hablaré por vos, aunque hace tiempo que no tengo trato con las musas.

Minna se ruborizó; pero, tranquilizándose pronto, se mantuvo en pie, al lado de su padre, sobreponiéndose a todas las hablillas a que pudiera dar lugar la situación en que se encontraba. Magnus después de pasearse repetidamente la mano por la cara, consiguió recitar:

Sin retóricas ni ambages,
y con claridad perfecta,
¿puedes decir madre Norna,
si Minna está más propensa
a contraer matrimonio
que a vestirse la estameña
de las esposas de Cristo?
Repóndeme con presteza.

La pitonisa suspiró profundamente como si lamentase que la obligaran a responder a la pregunta que se le acababa de dirigir; pero, al fin, pronunció su oráculo diciendo:

Aunque no ama todavía,
Minna amará y de tal suerte
que su amor será de muerte
una triste sinfonía.

Al udaller disgustó extraordinariamente esta respuesta.

—¡Por las reliquias del santo mártir, mi patrón! —exclamó colérico—, ¡esto es abusar demasiado de mi cortesía! Si otra persona hubiera dicho a mi hija lo que acabo de oír, esta audacia no hubiera quedado impune. Pero vamos, sal de tu cabaña, mala bruja —añadió sonriéndose—, ya debía saber que tú tenías que amargarnos la fiesta. ¡Dios te proteja!

Como no hubiese ninguna respuesta, Magnus prosiguió al cabo de algunos instantes:

—Vamos, prima, aunque te haya hablado ásperamente no te enojes conmigo: no

Librodot

deseo mal a nadie, y a ti menos que a cualquiera; conque así, ven a darme la mano. Si me hubieras pronosticado el naufragio de mi navío y una mala pesca, nada hubiera replicado; pero, tratándose de una de mis hijas, todo me afecta mucho; vamos, dame la mano, y no hablemos más de este asunto.

Norna no contestaba y los circunstantes mirábanse unos a otros con alguna sorpresa, cuando el udaller, cansado de esperar, descubrió la puerta de la cabaña; dentro no había nadie. El asombro y el temor que este hecho produjo fueron generales, porque parecía imposible que la sibila hubiese salido sin ser vista; y, sin embargo, había desaparecido. Magnus, después de reflexionar un momento, dijo en tono jocoso:

—Amigos míos, hace mucho tiempo que todos conocemos a mi parienta, que se diferencia notablemente del resto de los humanos; pero quiere bien a su país, nos profesa a mí y a los míos un gran afecto, y yo respondo que ninguno de mis huéspedes tiene nada que temer de ella; no me sorprenderá que venga a comer con nosotros.

—¡Dios no lo permita! —dijo Baby a la señora Glowrowrum—; porque, milady, no me gustan las personas que van y vienen como un rayo de sol o un soplo de viento.

—No habléis tan alto —respondió la dama—, bajad la voz y agradeced al cielo que no se haya llevado la casa con todos los que aquí estamos. Sé que hay brujas que han hecho iguales habilidades, y que Norna lo puede hacer también.

Todos los espectadores expresábanse aunque en voz baja, en parecidos términos; pero el udaller, a voces y con tono autoritario, propuso a la asamblea, o mejor dicho, mandó, que le siguiese para ver salir los barcos a la pesca de alta mar.

—El viento ha sido contrario desde la salida del sol —díjoles—, por cuya causa se han detenido los barcos en la bahía; pero ahora sopla favorablemente y en seguida se van a dar a la vela.

Este repentino cambio de tiempo ocasionó más de un guiño de ojos y más de un comentario entre los concurrentes que relacionaban tal circunstancia con la repentina desaparición de Norna, a pesar de lo cual, ninguno se atrevió a hacer la menor observación, porque sabían que hubiera disgustado al dueño de la casa. Magnus se adelantó majestuosamente hacia la orilla, y sus huéspedes fueron tras él tan sumisos como un rebaño de carneros sigue al manso que les sirve de guía.

II

La ocupación más importante de los shetlandeses y el único recurso con que en otro tiempo contaban los ricos para aumentar sus rentas, y los pobres para asegurar sus medios de vida era la pesca, de suerte que la epoca más importante y de más animación en todo el año en aquellas islas es la en que se puede pescar más.

Reúnense los pescadores de cada distrito en un lugar determinado de la costa, al que llevan sus barcos y en el que completan la tripulación, cuyos hombres, durante la temporada de la pesca, habitan en unas chozas de tierra, cubiertas de césped, que ellos mismos construyen y que les sirven además para secar el pescado, presentando aquella costa el aspecto de una comarca indígena.

Generalmente, los pescadores echan sus redes a muchas millas de distancia del punto de partida; y si, por desgracia, el viento o la marea les son poco propicios, quédanse a lo largo durante dos o tres días, con escasas provisiones y sobre barcos fragilísimos,

Librodot

ocurriendo a veces que no se vuelve a tener noticias de ellos. Su partida inspira ciertas ideas de sufrimientos y peligros que ennoblecen la ruda profesión del pescador, a las que deben agregarse los sobresaltos de las mujeres, que ven desde la costa alejarse los barcos y los buscan de lejos con la vista cuando regresan.

En el lugar de la costa a que Magnus se dirigió con sus amigos, todo era actividad y animación. Había unos treinta barcos, cuyas tripulaciones, que oscilaban entre tres y seis hombres, despedíanse de sus mujeres y de sus parientes; a bordo tenían ya preparados sus anzuelos y sus redes. Magnus no era espectador inmóvil; iba constantemente de uno a otro barco, informándose del estado de sus provisiones y de sus preparativos. De vez en cuando profería algún terrible juramento en norsa o en holandés, y les llamaba pescadores badulaques porque se disponían a lanzarse al mar sin tener bien provistos sus barcos; pero concluía siempre sus discursos añadiendo un azumbre de ginebra, carne salada u otra cualquier cosa. Los honrados pescadores, cuando recibían aquellos presentes, le tributaban mil acciones de gracias con la brusca brevedad que les es característica; pero las demostraciones de gratitud de las mujeres eran más ruidosas, viéndose obligado el udaller, que renegaba de todas las lenguas femeninas, a imponerles silencio.

Cuando, al fin, estuvieron todos a bordo, se desplegaron las velas y se dio la señal de partida: los remeros empezaron a mover sus brazos, y, alejándose de la orilla, rivalizaban entre ellos para llegar el primero al punto de la pesca y extender sus redes antes que los demás, proeza a que daban gran importancia los tripulantes del barco que la obtenía.

Mientras que podían ser oídos desde la orilla, cantaban una antigua canción norsa; pero el ruidoso coro confundíase bien pronto con el rumor de las olas y los silbidos del viento.

Cuando la vista de los que quedaban en la playa sólo alcanzaba ya a distinguir algunos puntos imperceptibles y negros hacia el horizonte, el oído percibía aún, aunque muy tenuemente, alguno de aquellos acentos armoniosos.

Las mujeres que habían permanecido en la orilla hasta que los barcos desaparecieron completamente, se retiraron después a pasos lentos, con la vista baja y la inquietud reflejada en el rostro. Aquí y allá se veía una vieja sibila que predecía, según el estado aparente de la atmósfera, si el viento sería contrario o favorable, mientras otras recomendaban que se hicieran ofrendas votivas a San Ninián. Otras, en fin, lamentábanse en voz baja de que Norna de Fitful-Head hubiese partido descontenta de Burgh-Westra cuando aquél era el día en que con más empeño se debía haber procurado darle gusto.

Los huéspedes de Magnus Troil, después de hablar algún tiempo con las mujeres de los pescadores, dividiéronse en grupos, que seguían distintas direcciones, para disfrutar de lo que puede llamarse el claroscuro de un hermoso día de verano de las islas de Shetland, cuyo aspecto general tiene un carácter de dulce melancolía.

En uno de los más solitarios lugares de la costa, donde una vasta abertura entre las rocas deja a la marea el paso libre a la caverna, encontrábanse paseando Minna Troil y el capitán Cleveland. Probablemente la superstición de los shetlandeses, que suponían que aquella gruta estaba habitada por las sirenas, había decidido a la hija del udaller y a su acompañante a pasear allí, creyendo que no les molestarían.

Un pequeño tapiz de arena, cuya blancura deslumbraba, extendiéndose al pie de una de las rocas de la orilla, les ofrecía un piso firme de unos trescientos pasos de extensión, que les invitaba a pasear. A un lado, un recodo rápido de la bahía en el que el mar, apenas agitado por los vientos, ofrece una superficie tan hermosa como la de un espejo, limitaba

Librodot

aquel paseo, que, por el otro extremo, se extendía hasta una soberbia • roca inaccesible, refugio constante de centenares de pájaros de mar de diferentes especies, y en cuyos lados se abría la caverna, profundo abismo en que se precipitaba la marea. La entrada de esta bóveda estaba dividida en dos partes por una enorme piedra a manera de pilar que, emergiendo del fondo del mar y elevándose hasta lo más alto de la caverna, parecía servir de punto de apoyo a su parte superior, formando de este modo una doble puerta, que los pescadores y habitantes del país conocían con el nombre de *Nariz del Diablo*. Cleveland se había paseado con Minna en otras ocasiones por aquel lugar salvaje y solitario adonde no llegaban más que los gritos de las aves marinas. Minna había hecho de este sitio su paseo favorito, cuya vista lisonjeaba sus aficiones a lo romántico, sombrío y extraño; pero la conversación que entonces sostenían era de tal índole, que distrajo su atención, y la de su compañero, del magnífico espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

—No podéis negarlo, Cleveland —le decía Minna—: abrigáis contra ese joven prevenciones injustas. Nada ha hecho, a lo menos con respecto a vos, que justifique vuestro resentimiento, y con respecto a él, mostráis una violencia tan imprudente como inexplicable.

—Suponía que el servicio que le presté ayer me hubiera puesto al abrigo de semejante acusación —respondió Cleveland—. No me refiero al peligro a que me expuse porque, habiendo vivido siempre en medio de ellos, los desprecio; pero muy pocos se hubieran arriesgado a ser víctima de un animal furioso para salvar a un hombre que les hubiera sido indiferente.

—Es cierto que pocos hubieran hecho lo que vos; pero eso carece de importancia para quien posee valor y generosidad en tan alto grado. Claudio Halcro, esa cabeza de chorlito, no habría vacilado si sus fuerzas hubiesen sido iguales a su valor. Mi padre mismo hubiera hecho lo mismo, no obstante el justo motivo de enojo que tiene contra ese joven, cuya vanidad le ha llevado al extremo de abusar de la hospitalidad que se le dispensaba. No os vanagloriéis pues demasiado por vuestra hazaña, mi buen amigo, si no pretendéis hacerme creer que os ha costado grandes esfuerzos. Sé que no amáis a Mordaunt Mertoun, aunque hayáis arriesgado la vida por salvarlo.

—¿Y no perdonaréis nada a los sufrimientos que me ha proporcionado cuando la opinión general pretendía que ese arrebatanidos era una barrera que se oponía al logro de mi mayor deseo, que es el cariño de Minna?

Cleveland decía esto con un tono tan apasionado como insinuante, y sus modales, como las expresiones de que se servía, contrastaban con los discursos y los gestos de un marino ineducado, cuyo aire adoptaba ordinariamente; pero su apología no satisfizo a Minna, que repuso:

—Habéis sabido, quizá demasiado pronto y bien, cuán poco teníais que temer, si es cierto que lo temíais, que Mertoun, o cualquier otro, encontrara el camino del corazón de Minna... Dejemos los agradecimientos y las protestas. Si queréis probarme vuestro reconocimiento, reconciliaos con Mordaunt, o a lo menos no disputéis con él.

—Es absolutamente imposible Minna, que ese joven y yo seamos amigos; y todo el amor que os profeso, no será suficiente para realizar este milagro.

—¿Y por qué? Os habéis prestado mutuamente grandes servicios y tengo muchas razones para desear que os reconciliéis.

—¿Y podéis olvidar el tono que ha empleado para hablar de Brenda de vos misma y de la casa de vuestro padre?

Librodot

—Yo lo perdono todo. ¿No podréis hacer vos otro tanto?

Cleveland bajó la cabeza y enmudeció un momento.

—Os engañaría, Minna —repuso luego el marino—, si os prometiese lo que me sería imposible cumplir, y no puedo ni quiero engañaros. Mi amistad con Mordaunt es imposible. Existe entre los dos una antipatía natural, una aversión instintiva que nos hace odiosos el uno al otro. Preguntadle a él mismo, y os dará la misma respuesta que os acabo de dar. El servicio que me hizo refrenaba mi resentimiento, y esta opresión me incomodaba de tal suerte, que hubiera mordido el bocado hasta ensangrentarme los labios.

—Habéis llevado tan largo tiempo lo que llamáis vuestra máscara de hierro, que, aun cuando os la quitáis, vuestras facciones conservan la impresión de su dureza.

—Sois injusta al hacerme cargos porque os hablo francamente y os digo la verdad. No puedo ser amigo del joven Mordaunt; pero no intento ocasionarle daño alguno: no exijáis de mí que le estime. Y persuadíos de que este esfuerzo, si me fuese posible realizarlo, resultaría inútil, pues estoy seguro de que cuantas más gestiones hiciese para conseguir su amistad, más despertaría su odio y sus sospechas. Dejadnos, pues, el libre ejercicio de nuestros sentimientos naturales, y como éstos nos distanciarán no podremos reñir. ¿Os satisface esto?

—Tendré que conformarme, pues que me aseguráis que es un mal sin remedio. Pero decidme ahora: ¿por qué os habéis quedado tan pensativo, al saber la llegada de vuestro segundo navío, pues seguramente es él el que acaba de entrar en el puerto de Kirkwall?

—Temo que la llegada de ese barco y de su tripulación no me haga perder mis más caras esperanzas. Empezaba a obtener la benevolencia de vuestro padre; con el tiempo la hubiera conquistado completamente; pero Hawkins y sus camaradas vienen a destruir para siempre la esperanza que me alienta. Os he referido de qué modo nos separamos. Yo mandaba entonces un navío más fuerte y mejor armado que el suyo; tenía una tripulación que, a mi menor gesto, habría sido capaz de lanzarse sobre una legión de demonios armados de su terrible elemento: ahora me encuentro solo, aislado, desprovisto de todo medio para ejercer sobre ellos coacción e imponerles respeto, y abrigo la persuasión de que no tardarán en dar tales testimonios de su carácter desordenado y de su libertinaje habitual, que probablemente ocasionará su ruina y la mía.

—No temáis nada; mi padre no cometerá la injusticia de haceros responsable de las faltas ajenas.

—Pero, ¿qué pensará Magnus Troil de las mías?

—Mi padre es noruego, pertenece a una raza oprimida, y no se enojará porque hayáis combatido a los españoles, como conquistadores del Nuevo Mundo, o los holandeses, o los ingleses, que han sucedido a aquéllos en los dominios americanos. Sus antepasados mismos sostuvieron la libertad de los mares sobre las valientes flotas que mandaban aterrorizando toda Europa.

—De todos modos —repuso Cleveland sonriéndose—, temo que el descendiente de uno de los antiguos reyes del mar crea que un corsario moderno no es una persona digna de emparentar con él. No os he ocultado que tengo razones para temer las leyes inglesas y Magnus, aunque enemigo declarado de las gabelas y de los impuestos, es muy rigorista y tengo la seguridad de que no vacilará en atar una cuerda a la verga mayor para colgar a un pobre filibustero.

—No, no lo creáis; a él también le hace sufrir mucho la opresión de las tiránicas leyes

de nuestros orgullosos vecinos de Escocia, y espero que muy pronto podrá oponerles una resistencia abierta. Nuestros enemigos, porque así es como yo les llamo, se encuentran ahora divididos; cada navío que llega a nuestras costas trae la noticia de alguna nueva conmoción; los montañeses pelean contra los habitantes de las tierras bajas, los willamitas contra los jacobitas, los whigs contra los tories, y en una palabra, Inglaterra contra Escocia. ¿Qué puede impedir, según Halcro nos ha indicado con toda claridad, que nos aprovechemos de las discordias de esos bandidos para recobrar nuestra independencia?

—Nada —respondió Cleveland; e, imitando el tono y las actitudes de su interlocutora, agregó enarbolemos el estandarte del cuervo sobre el castillo de Scalloway, y proclamemos a vuestro anciano padre el conde Magnus I.

—El conde Magnus VII sería en ese caso, pues seis de sus antepasados ciñéronse la corona de conde antes que él. Podéis mofaros de mi entusiasmo; pero, ¿acaso no es muy posible todo eso?

—¡Claro! Como que jamás ha de intentarse realizar ese sueño; y, en último extremo la chalupa de un navío de línea inglés bastaría para poner término a la aventura.

—Eso es tratarnos despreciativamente, y no obstante, debéis saber por experiencia lo que es capaz de hacer un puñado de hombres resueltos.

—Pero necesitarán armas, Minna, y que estén decididos a arriesgar su vida en la empresa. No penséis en semejantes visiones. Dinamarca ha descendido al rango de un reino de segunda categoría y no está en situación de poder lanzar una andanada a Inglaterra; aquí el amor a la independencia ha sido sofocado por una larga dominación, revelándose solamente por los murmullos de descontento, que se profieren cuando se han consumido algunas botellas de vino. Pero, aun cuando todos los isleños ¡fuesen tan guerreros como sus antepasados, ¿qué podrían hacer las famélicas tripulaciones de algunos barcos pesqueros contra la marina británica? No penséis más en semejante cosa, amada Minna; eso es un sueño, y no vacilo en darle ese nombre, aunque él aumente el hermoso brillo de vuestros ojos y realce extraordinariamente vuestro aire majestuoso.

—Sí, seguramente es un sueño —dijo Minna bajando los ojos—, y veo que no es propio de una joven de Hialtland el levantar la cabeza Y marchar como una mujer libre: nosotras sólo debemos mirar al suelo, y nuestros pasos deben ser lentos Y medidos como los de quien se ve reducido a la condición de esclavo.

—Existen países en los que la vista puede extenderse sobre bosquecillos de palmeras y de cocoteros, en que el pie puede moverse tan ligeramente como un navío que navega a velas desplegadas sobre campos cubiertos de flores, sobre llanuras en las que se aspiran los perfumes más delicados, y en los que no hay mas sumisión que la del bravo al más bravo, y la de todos los corazones a la más bella.

—No, Cleveland —repuso Minna, después de una pequeña pausa—, mi país natal, por salvaje que os parezca y por oprimido que esté, posee para mí encantos que no encontraría en ningún otro punto del universo. Me esfuerzo inútilmente enfermarme una idea de esos árboles y de esos bosquecillos que mis ojos no vieron jamás; mi imaginación no puede concebir en toda la naturaleza un espectáculo más sublime que el del mar cuando la fuerza de la tempestad lo encrespa, ni más majestuoso que el de las olas cuando se adelantan, como ahora, en una calma profunda, hacia la orilla. Los más bellos parajes de una tierra extraña, el rayo del sol más espléndido iluminando el más rico paisaje, no distraerían mi pensamiento, un instante siquiera, de esta roca majestuosa, de esta montaña

Librodot

que se eleva hasta las nubes, y de este vasto océano. Hialtland, es la patria en que murieron mis antepasados y donde mi padre pasará su vida, y en ella quiero yo también vivir y morir.

—¿Sí? Entonces, yo deseo vivir y morir en Hialtland. No iré a Kirkwall; no revelaré mi existencia a mis camaradas, porque me sería difícil separarme nuevamente de ellos. Vuestro padre es mi amigo, Minna: ¿quién sabe si mis cuidados, mis atenciones, el tiempo, no le determinará a aceptarme como individuo de su familia? ¿Y quién se inquietaría por la longitud de un viaje cuyo término es la felicidad?

—Eso sí que no es más que un sueño en el que no debéis pensar aún, porque es casi irrealizable. Mientras permanezcáis en casa de mi padre y os sentéis a su mesa, él pueda prestaros algún servicio, encontraréis en él un amigo y un huésped generoso; pero si le habláis de su nombre y su familia el franco y cordial udaller se transformará en el orgulloso descendiente de un conde de Noruega. Vos mismo podéis juzgarlo. Sus sospechas han recaído un instante sobre Mordaunt Mertoun y ha retirado su amistad a ese joven a quien profesaba un cariño paternal. Jamás ha de consentir que nadie pretenda aliarse con su familia, si no desciende de una raza del Norte, inmaculada e irreprochable.

—¿Y quién puede asegurar que la mía no lo es?

—¡Cómo! ¿Tenéis algún motivo para suponer que descendéis de una familia norsa?

—Ya os he dicho, hermosa Minna, que mi familia me es desconocida por completo. He pasado mi infancia en la soledad en una habitación de la pequeña isla de la Tortuga, educado por mi padre, que era entonces muy diferente de lo que después ha sido. Nos robaron los españoles, y nos vimos reducidos a tal estado de miseria que mi padre, desesperado y deseando vengarse, empuñó las armas, y, reconociéndolo por jefe otros individuos que se encontraban en las mismas circunstancias vino a ser un pirata: luchó contra los españoles con suerte varia, ya próspera, ya adversa, hasta que al fin, al pretender reprimir un acto de violencia de parte de sus compañeros, murió a sus manos, que es la suerte que sufren generalmente ciertos capitanes; pero ignoro en absoluto de quién descendía mi padre, ni cuál era el lugar de su nacimiento, y jamás he experimentado deseos de averiguarlo.

—¿A lo menos, vuestro infortunado padre era inglés?

—Eso es indudable. Su nombre, que yo he hecho demasiado formidable para pronunciarlo jamás, es inglés, y su idioma, sus conocimientos literarios, y el empeño que ponía, antes de que nos arruináramos, en hacerme tan instruido como él, prueban claramente que había nacido en Inglaterra. Si el carácter de rudeza con que yo me disfrazo cuando las circunstancias lo exigen, no es el que me es natural, lo debo a mi padre, Minna, y es él quien me ha transmitido las ideas y principios que, en cierto modo, me hacen acreedor a vuestro cariño y a vuestra consideración. Y sin embargo, me parece que, en ocasiones, tengo dos caracteres; porque apenas puedo creer que el Cleveland que ahora se encuentra paseando en esta orilla solitaria con la amable Minna Troil, siéndole permitido hablarle de la pasión que ella le inspira, sea el jefe emprendedor de esa atrevida banda, tan terrible como una tormenta.

—No hubierais podido hablar así a la hija de Magnus Troil si no fueseis el valiente e intrépido jefe que, con tan pocos medios, ha hecho su nombre tan famoso como temido. Mi corazón se asemeja al de una joven de los tiempos antiguos, quiere ser conquistado con acciones heroicas y no con frases almibaradas.

—¡Ah! Ese corazón —dijo Cleveland suspirando—, ¿cómo lo atraería a mis

Librodot

intereses?

—Reuniéndoos a vuestos amigos, siguiendo la fortuna y confiando lo demás a la suerte. Si volvieseis aquí algún día jefe de una flota formidable, ¿quién sabe lo que ocurriría?

—¿Y quién puede asegurarme que, a mi regreso, si regreso alguna vez, no encuentre a Minna Troil comprometida o casada? No, Minna, no confiaré jamás a la suerte el único objeto digno de mis deseos que he encontrado en el viaje borrascoso de mi vida.

—Escuchadme, Cleveland: me comprometo, por lo más sagrado que tienen los ritos del Norte, todavía en uso entre nosotros, a no casarme sino con vos. ¿Os satisface esto? No puedo ni quiero prometeros otra cosa.

—No me queda más remedio que conformarme —respondió Cleveland después de un momento de silencio—, pero no olvidéis que sois vos quien me obligáis a emprender nuevamente una vida que las leyes inglesas condenan y que las pasiones violentas de los hombres audaces que a ella se dedican, han hecho infame.

—En mí no hacen mella tales preocupaciones —repuso Minna—. Mientras os batís contra Inglaterra, considero sus leyes como la declaración de un enemigo orgulloso que amenazase no conceder cuartel: un hombre bravo combate siempre valerosamente. En lo que respecta a vuestros camaradas, con tal que su modo de vivir no corrompa el vuestro, ¿por qué ha de comprometeros *su* mala reputación?

En tanto que Minna hablaba, Cleveland, oyéndola, la contemplaba con sorpresa y admiración, ocasionándole la sencillez de la joven una sonrisa que apenas podía disimular.

—No hubiera creído jamás —contestó él—, que tanto valor se encontrara unido a tanta ignorancia del mundo, tal como hoy existe. Por lo demás, cuantos me hayan conocido convendrán en que he realizado grandes esfuerzos, a riesgo de mi popularidad y de mi vida, para suavizar la ferocidad de mis compañeros. ¿Pero cómo humanizar a gentes devoradas por la sed de venganza contra el mundo que les ha proscrito? ¿Cómo enseñarles a usar moderadamente de los placeres, que sólo la casualidad puede ofrecerles, para hacerles variar de conducta, cuando su vida no es más que una serie continua de privaciones y peligros? Pero esa promesa, Minna, esa promesa que es la única recompensa que espero del más puro afecto, no debo vacilar en reclamarla.

—No debo hacerla aquí sino en Kirkwall, tenemos que invocar y tomar por testigo el espíritu que preside en el antiguo círculo de Stennis. ¿Acaso temeríais nombrar al antiguo padre de los que han perecido en los combates, el *Severo,* el *Terrible?*

—Hacedme la justicia de creer, amable Minna —repuso el marino sonriéndose—, que estoy poco dispuesto a temer nada, y mucho menos a lo que no existe más que en la imaginación.

—¿No lo creéis, pues? Entonces, haríais mejor en amar a Brenda antes que a mí.

—Creeré cuanto vos creáis, Minna. Los habitantes de Walhalla, de los que os he oído hablar frecuentemente con ese loco poeta Claudio Halcro serán para mí seres verdaderos: seré crédulo hasta ese punto; pero no me pidáis que les tenga miedo.

—¡Oh! En modo alguno: jamás los héroes de mi raza intrépida retrocedieron cuando Tor u Odín se les aparecieron armados con todo el terror que ellos inspiran. Pero reflexionad que alardeando de vuestro valor, desafiáis a un enemigo tan terrible como no le habéis encontrado aún.

—A lo menos, en estas latitudes septentrionales —repuso Cleveland sin dejar de

Librodot

sonreírse—, porque he visto frente a frente, en mis viajes, a los demonios de la línea equinoccial, a quienes nosotros suponemos tan poderosos y malvados como los del Norte.

—¿Habéis contemplado las maravillas que existen más allá del mundo visible? —preguntó Minna no sin cierto terror.

—Poco antes de que muriese mi padre —respondió Cleveland tratando de tomar un aire serio—, obtuve, a pesar de mi extremada juventud, el mando de un *sloop*, tripulado por treinta hombres tan resueltos como no hubo otros jamás. Combatimos largo tiempo contra los españoles, pero con escaso éxito, porque sólo pudimos apresarles algunas miserables y pequeñas barcas que se ocupaban en la pesca de la tortuga, y cuya carga no valía la pena de conducirla a bordo. Más trabajo me costó impedir que mis camaradas se vengasen de su mala fortuna sobre la tripulación de aquellos miserables barcos: por último, desesperados, hicimos un desembarco y atacamos uno de aquellos pueblos donde, según nos habían dicho, debíamos encontrar varios mulos cargados de oro, que pertenecían a un gobernador español. Conseguimos apoderarnos de la plaza; pero, mientras que yo hacía esfuerzos por salvar a los habitantes del furor de mis gentes, los muleteros, los mulos y su carga preciosa huyeron a los bosques. Esto concluyó de enfurecer a mis compañeros, que no habían sido nunca muy sumisos, y se rebelaron abiertamente contra mí; se reunieron en consejo general, y acordaron —destituirme, condenándome, además, por mi escasa fortuna y mucha humanidad, a ser abandonado en una de aquellas pequeñas islas llenas de bosques y arenales frecuentadas solamente por las tortugas y los pájaros de mar, y que se suponen habitadas por los demonios que adoraban los antiguos naturales, o por los espíritus errantes de los caciques a quienes los españoles habían hecho morir en el tormento para obligarles a que les entregasen sus tesoros, o ya, en fin, por diferentes espectros. El lugar de mi destierro, Coffin-Key, cerca de dos leguas y media al sudeste de las Bermudas, es uno de aquellos que se suponían habitados por seres sobrenaturales, hasta tal punto que todos los tesoros de México no hubieran determinado al más valiente de los bribones que me conducían, a hacerme compañía durante una hora, aunque fuese a mediodía. Después de desembarcarme, se alejaron remando con todas sus fuerzas, sin atreverse a volver la vista atrás, dejándome el cuidado de proveer a mi subsistencia del modo que me fuese posible, en una pequeña isla arenosa, estéril, perdida en medio del Océano Atlántico y habitada según ellos creían por espíritus malignos.

—¿Y qué resultó? —preguntó Minna con viveza.

—Resultó que me mantuve a expensas de los pájaros de mar, que, al principio, dejaban que me acercase a ellos y los matase a palos; pero, cuando conocieron mejor las perversas disposiciones de la especie humana, emprendían rápidamente el vuelo al verme avanzar, y vime obligado, para mantenerme, a coger los huevos de las tortugas.

—¿Y los espíritus?

—Tenía mis aprensiones secretas con respeto a ellos. A mediodía, y en las profundas tinieblas de la noche, no me inspiraban temor; a través de lo vapores, varios espectros de diferentes especies se me aparecieron durante la primera semana de mi residencia en la isla. Me parecían ya un español envuelto en su capa y su gran sombrero, ya un matrimonio holandés con su gorra y sus pantalones, y ya un cacique indio con su corona de plumas y su larga lanza de caña en la mano.

—Pero... ¿os acercasteis a ellos alguna vez? ¿Les dirigisteis la palabra en alguna ocasión?

Librodot

—Me acercaba siempre a ellos; pero —siento ver frustradas vuestras esperanzas, mi hermosa amiga—, al acercarme, el fantasma se transformaba en un matorral, en un tronco de árbol, en la punta de una roca o en cualquier otro objeto de la Naturaleza. Por último, la experiencia me demostró que no debía dar crédito a semejantes visiones, y continué viviendo solitario en la isla de Coffin-Key, sin volver a alarmarme, y tan tranquilamente como si estuviese sobre el puente de un navío de alto bordo con una veintena de compañeros en torno mío.

—Me parece que os estáis divirtiendo a costa mía, Cleveland, haciéndome escuchar un cuento insubtancial; pero, ¿cuánto tiempo permanecisteis en la isla?

—Durante un mes llevé una existencia miserable; hasta que la tripulación de un barco que había abordado a la isla en busca de tortugas me sacó de allí. Esto no obstante, aquel retiro me fue provechoso, porque en aquel suelo estéril y arenoso encontré la *máscara de hierro* que me ha servido para preservarme contra la traición y los motines de mis gentes. Allí formé el propósito de fingir que no poseo más sensibilidad ni más conocimientos, ni soy más humano, ni más escrupuloso que los sujetos con quienes el destino me asocia. Reflexioné detenidamente todo lo que me había sucedido, y conocí que, mostrándome más bravo, más hábil y más emprendedor que los demás me había granjeado su respeto y había adquirido el derecho de mandarles; y que, pareciendo mejor educado y con mayor ilustración, me había atraído su envidia y su odio. Siéndome imposible despojarme de la superioridad que me daba mi inteligencia y la educación que había recibido, resolví hacer cuanto me fuera posible para disfrazar una y otro, y no manifestar más que el exterior grosero de un marino despovisto de sentimientos y —de principios más elevados, y previ entonces lo que me ha sucedido después: que esta apariencia de dureza salvaje me otorgaría sobre mis gentes una autoridad que me sería útil tanto para mantenerles en la disciplina, como Para favorecer a los desgraciados que cayesen en poder nuestro. En una palabra, comprendí que, para llegar al mando, necesitaba asemejarme, al menos exteriormente, a los que a mí estuviesen sometidos. Al conocer la suerte de mi padre, irritáronse mis deseos de venganza, e hízose más firme mi resolución. El había sido también víctima de la superioridad que sus sentimientos, sus costumbres y maneras le daban sobre los que mandaba. Llamábànle sus subordinados *el señorito, y* pensaban seguramente que él esperaba una ocasión favorable para reconciliarse con la sociedad, cuyos usos y costumbres tanto se acomodaban con sus inclinaciones naturales, y esto fue quizá lo que les decidió a asesinarle. La naturaleza y la justicia me inclinaban al mismo tiempo a la venganza. Yo estuve bien pronto a la cabeza de un nuevo cuerpo de aventureros, que tan numerosos son en aquellas islas. No busqué a los que me habían condenado a perecer en una isla desierta; sólo pensé en unirme a los asesinos de mi padre. Lo conseguí y me vengué de un —modo tan terrible, que este solo rasgo me dio la reputación de una ferocidad inexorable, que yo deseaba me supusiesen y que poco a poco se introdujo quizá en mi corazón. Tal transformación sufrí en mis modales, en mis discursos y en mi conducta, que, los que me habían conocido antes, atribuíanla al trato que me suponían con los demonios de Coffin-Key, o algún misterioso pacto con aquellos seres fantasmagóricos.

—Me asusta la conclusión de vuestra confidencia —dijo Minna—, ¿y no llegasteis a ser el monstruo de valor y de crueldad con cuya máscara os cubristeis?

—No, Minna, no llegué ni llegaré jamás, y seréis vos la que habréis hecho este milagro. Es cierto que siempre he procurado distinguirme más bien por actos de valor y

Librodot

de intrepidez que por proyectos de robo y de venganza; que con frecuencia he salvado, por una broma grosera, una vida que iba a ser sacrificada; que por la crueldad excesiva de las medidas que proponía, obligaba a algunos de mis subordinados a interceder en favor de los prisioneros: de suerte que el fingido rigor de mi carácter ha prestado más servicios a la humanidad que si me hubiera declarado abiertamente en su favor.

Una pequeña pausa sucedió a la narración de Cleveland, que fue el primero en interrumpirla, para agregar:

—¿No tenéis nada que decirme, señorita Troil? Comprendo que me ha perjudicado en vuestra opinión la franqueza con que os he revelado mi carácter. Os diré solamente que las tristes circunstancias que me han conducido a la situación en que me encuentro han contrariado pero no modificado mis naturales inclinaciones.

—Sé perfectamente —repuso Minna por fin—, que no habríais sido tan sincero conmigo si no hubieseis sabido que me sería fácil ver bien pronto a vuestros camaradas, y que su conversación y sus modales me habrían descubierto lo que, sin esta causa, me hubierais ocultado gustoso.

—Eso es una cruel injusticia. Desde el instante que supisteis que yo era un marino de fortuna, un aventurero, un PIRATA, si es necesario que pronuncie esta palabra, ¿no debíais aguardar cuanto os he revelado?

—Es rigurosamente exacto; debí prever todo eso, e ignoro cómo me atreví a esperar otra cosa: me parecía que una guerra contra los supersticiosos y crueles españoles justificaba, ennoblecía la profesión que habéis calificado con exactitud; pensaba que los guerreros independientes del Océano occidental, al empuñar las armas para vengar a tantas tribus robadas y asesinadas tendrían aquella elevación del alma que manifestaron los hijos del Norte cuando viniendo en sus grandes galeras, vengaron en tantas costas las operaciones de la degenerada Roma. Esto es lo que suponía; pero esta suposición sólo era un sueño hermoso; siento haber despertado y verme desengañada. De todos modos, no sois responsable del error de mi imaginación. Adiós; debemos separarnos.

—Decidme solamente que no os horrorizáis de mí porque os he revelado la verdad.

—Necesito reflexionar en cuanto me habéis dicho, antes que pueda explicarme a mí misma cuáles son mis verdaderos sentimientos. De todos modos, os diré desde luego que, el que se entrega a un saqueo infame, a fuerza de crueldades y derramamiento de sangre; el que se ve obligado a acallar los remordimientos con la afectación de una maldad más profunda, no es, ni puede ser, el amado que Minna Troil esperaba encontrar en Cleveland, y que si ella le ama aún, se deberán a su arrepentimiento, pero no a sus hazañas.

Al decir esto, Minna retiró la mano que Cleveland se esforzaba en retener entre las suyas, y se escapó, prohibiéndole, por señas que la siguiese.

Cleveland lamentó su partida, y al ver que se alejaba se decía a sí mismo:

—Por visionaria que fuese no esperaba yo esta salida. El nombre de la profesión peligrosa que ejerzo no la atemorizó, quizá porque desconocía sus consecuencias naturales; y todo lo que ya había ganado por mi semejanza con un campeón norsa o con un rey del mar, lo perderé en un momento porque una banda de piratas no se asemeja a un coro de arcángeles. Quisiera que Rackam, Hawkkins y todos los demás se encontrasen en el fondo del mar y que la corriente de Pentland les hubiera sepultado en infiernos antes que hubiesen llegado a las Orcadas; pero, aunque se empeñen todos los demonios, no dejaré el rastro de ese ángel. Iré a las Orcadas; es necesario que llegue yo allí antes que Magnus. Por limitado que sea su talento, podría alarmarse si presenciara mi encuentro

con mis compañeros. Por lo demás, gracias al Cielo, en este país salvaje sólo se sabe cuál es la naturaleza de nuestro comercio por oídas y nuestros buenos amigos los holandeses tienen gran cuidado en no hablar nunca mal de los que les dan a ganar algún dinero; y así, si la fortuna me favoreciera otorgándome el amor de Minna, renunciaría a las empresas al través de los mares, me establecería en medio de estas rocas y viviría tan feliz como a la sombra de los más amenos bosques de plátanos y palmeras.

Y, dicho esto, con el alma llena de ilusiones, encaminóse el marino a Burgh-Westra.

III

Para no aburrir a nuestros lectores refiriéndoles detalladamente todas las diversiones que aquel día se celebraron en casa de Magnus Troil, diremos sólo que la mesa volvió a gemir bajo el peso de los manjares que se sirvieron; los convidados hicieron honor a la comida con gran apetito; los hombres bebieron a grandes tragos; las mujeres rieron a carcajadas; Claudio Halcro recitó nuevas poesías, hizo juegos de manos y elogió repetidamente a Juan Dryden; el udaller brindó entonando canciones báquicas, a las que se contestaba en coro; y, por último, la velada se pasó en el gran almacén a que Magnus llamaba su sala de baile.

Entonces, y encontrándose en aquel sitio, Cleveland se acercó al udaller, que estaba sentado entre sus dos hijas, y le anunció su propósito de marchar a Kirkwall en un pequeño bergantín que había fletado Bryce Snailsfoot para ir en busca de nuevas mercancías, por haber despachado rápidamente todos las que trajo.

Magnus sorprendióse y se disgustó de esta repentina decisión, y preguntó a Cleveland ásperamente, que desde cuándo prefería la compañía de Bryce Snailsfoot a la suya. Cleveland contestóle, con el tono de ruda franqueza propio de un marino, que el viento y la marea no aguardaban y que tenía motivos poderosos para ir a Kirkwall antes del tiempo en que pensaba el udaller hacer su viaje; que esperaba verle en la gran feria, y que quizá pudiera acompañarle a su regreso.

Mientras hablaba Cleveland, Brenda miraba detenidamente a su hermana procurando no atraer sobre ella la atención general, y notó que Minna palidecía intensamente y que parecía apretar los labios y fruncir algún tanto las cejas, como si pretendiera concentrar en ella misma alguna fuerte emoción. Esto no obstante, Minna guardó silencio, y cuando Cleveland, después de haberse despedido del udaller acercóse a ella para abrazarla, como lo hacía todas las noches, recibió su último adiós sin pronunciar palabra.

Acercábase el momento de que Brenda se sometiera también a su prueba. Mordaunt Mertoun estaba despidiéndose entonces de Magnus Troil quien le recibió fríamente y sin concederle ni una sola mirada de amigo. Hasta pareció que se burlaba cuando le dijo que le deseaba un buen viaje, encargándole que, si en el camino encontraba alguna hermosa joven, no supusiera que se había enamorado de él porque se hubiese reído algún rato en su compañía. Mordaunt ruborizóse al oírlo, y creyendo fundadamente que se le insultaba, se abstuvo de contestar, aunque, por respeto a Brenda, no se mostró enojado. Luego, se despidió de las dos hermanas. Minna, cuyo corazón se había humanizado mucho en su favor, le recibió con cierto interés; pero Brenda se mostró más cariñosa y las lágrimas corrieron de su ojos, en términos que el udaller mismo lo observó y dijo con algo de enfado:

Librodot

—Lo que os sucede no es extraño, hija mía, es un antiguo amigo; pero acordaos que la amistad se ha concluido ya, tal es mi deseo.

Mordaunt que salía lentamente de la sala, oyó la mitad de la reprensión, y sintiéndose sumamente mortificado, retrocedió para saber cuál era aquel motivo. Pero le faltó resolución de advertir que Brenda se había visto obligada a valerse de su pañuelo para ocultar su agitación y sus lágrimas; y la idea de que su partida era la causa de tanto duelo, borró de su memoria la impresión que le habían producido las expresiones poco atentas de Magnus a su hija, y se retiró. Los demás convidados le imitaron y la mayoría se despidió aquella misma noche, para emprender la marcha al amanecer del día siguiente.

Minna y Brenda, aunque por motivos diferentes, estaban apesadumbradas, y si la aflicción no pudo hacer desaparecer por completo la reserva de la una hacia la otra, a lo menos disipó la frialdad. Por la noche lloraron juntas, y, sin hablarse, conocieron que se amaban más que nunca, al saber que la pena que las hacía llorar con tanto desconsuelo, tenía el mismo origen en sus corazones.

Probablemente, aunque las lágrimas de Brenda corriesen con más abundancia, el dolor de Minna era más profundo; porque tardó en dormirse mucho más tiempo que su hermana, cuyo sueño velaba sin cesar de llorar. Mientras se entregaba así a sus sombrías reflexiones sorprendióse Minna al oír, bajo su ventana, sonidos armoniosos. Al principio supuso que sería algún capricho de Claudio Halcro, cuyo singular humor le llevaba con frecuencia a dar a las dos hermanas iguales serenatas; pero el instrumento que oía no era la gaita del viejo trovador, sino una guitarra, y nadie en la isla sabía tocar ese instrumento más que Cleveland, que había aprendido durante su permanencia entre los españoles de la América Meridional. Quizá aprendiese también en el mismo país los armoniosos versos que cantaba bajo las ventanas de una joven de Tule, y cuya canción no parecía a propósito para quien habitaba un clima tan riguroso, puesto que en ella se hablaba de producciones naturales desconocidas en las Orcadas.

Cleveland cantaba con voz armoniosa, sonora, de mucha extensión, y perfectamente ajustada al estilo español. Su invocación no hubiera quizá sido infructuosa, si Minna hubiese podido abandonar el lecho sin despertar a su hermana; pero esto era imposible, porque Brenda después de haber derramado amargas lágrimas antes de dormirse, rodeó a su hermana con un brazo. Minna, temiendo despertarla, renunció al proyecto de ponerse un vestido muy de prisa y asomarse a la ventana para hablar a Cleveland, a quien seguramente había conducido allí el deseo de tener con ella una última entrevista. La posición en que se encontraba, contrariábala grandemente, pues que le impedía despedirse de su amado; y, por otra parte, no se atrevía a hacer testigo a Brenda, que no tenía un concepto muy elevado de Cleveland.

En esta indecisión, transcurrieron algunos instantes; y cuando Minna resolvióse a desasirse, lo más suavemente que pudo, del brazo de su hermana, un pequeño quejido como el de un niño a quien se molesta; en su sueño, le hizo prever que la despertaría infaliblemebte si llevaba adelante su propósito. Minna viose, pues, obligada, con gran sentimiento, a permanecer inmóvil y silenciosa, mientras su amado, como si hubiese querida enternecerla por una música de otro género empezó nuevamente a cantar.

Minna, a quien se dirigían los cantares de Cleveland, pretendió otra vez levantarse, sin despertar a Brenda; pero siempre con el mismo inútil resultado. No le quedaba más que pensar dolorosamente que su amado cansado de esperar, se retiraría entristecido por no haber podido obtener de ella una sola palabra ni una sola mirada. Si siquiera le hu-

biese podido decir adiós, encargarle que no riñese con Mordaunt, instarle a que abandonase a sus camaradas, ¡puede ser que sus ruegos, sus consejos, le hubieran entonces impresionado e influido de un modo provechoso en el resto de su vida!

Mortificada por tales pensamientos, Minna iba a hacer un último esfuerzo, cuando oyó, bajo la misma ventana, voces que en seguida conoció que eran la de Mordaunt y la de Cleveland. Ambos hablaban vivamente pero en voz baja, como si temiesen ser oídos. La sorpresa que esto le produjo, aumentó su deseo de levantarse, y sin reflexionar ya nada, separó el brazo de su hermana. Ésta no despertó, aunque medio dormida pronunció algunas palabras incoherentes.

Entretanto, Minna se ponía apresuradamente un vestido con el propósito de abrir la ventana, cuando oyó que la conversación degeneraba en disputa, que de las palabras pasóse a los golpes, y que un profundo quejido puso término a aquella cuestión. Temiendo que hubiese ocurrido una desgracia, Minna corrió a la ventana y se esforzó para abrila, porque las personas a quienes deseaba ver encontrábanse tan cerca de la pared, que necesitaba sacar la cabeza para descubrirlas; pero los goznes estaban enmohecidos y la prisa con que intentaba abrirla hacían, como ocurre generalmente, esta operación más difícil aún. Al fin, cuando lo logró y sacó casi medio cuerpo fuera de la ventana, no había nadie allí, y sólo a la luz de la luna pudo ver una sombra que volvía en aquel momento una esquina. Esta sombra semejaba la de un hombre que caminaba lentamente llevando otro sobre sus espaldas, circunstancia que puso el colmo a la agonía que Minna experimentaba. La ventana no estaba muy alta y Minna apresuróse a saltarla para seguir a aquellos hombres.

Al llegar a la esquina tras de la cual había desaparecido la sombra, nada descubrió que le indicase el camino que siguiera la persona que ella buscaba. Separadamente de los ángulos que presentaba el cuerpo principal de aquel antiguo edificio, las bodegas, graneros, caballerizas y otras dependencias subalternas, esparcidas, sin plan y sin orden, a su alrededor dificultaban sus pesquisas: el jardín estaba rodeado por una cadena de pequeñas rocas que se extendían hasta la bahía y eran la prolongación de otras más elevadas que formaban la costa: muchas de ellas estaban separadas unas de otras por pequeños desfiladeros, estrechos a veces, y muy sinuosos: entre ellas había un gran número de cavernas y de aberturas, en una de las cuales pudo haberse refugiado el desaparecido con su fúnebre carga, pues la hija de Magnus no vacilaba en calificarla así.

Minna reflexionó un instante y comprendiendo que haría una locura en continuar su pesquisa, desistió de ello; pero, al ocurrírsele que pudiera ser socorrido el herido, si no lo estaba de muerte, iba ya a levantar su voz para llamar en su auxilio, cuando oyó a Claudio Halcro que regresaba de la bahía cantando una antigua canción norsa que se acomodaba a la situación en que Minna se encontraba, por lo que ésta la tomó por un aviso providencial.

No se olvide que esto ocurría en un país supersticioso en que se daba crédito a toda especie de presagios. Un verso de Virgilio, con el que por casualidad tropezaran los ojos, considerábase en .la corte de Inglaterra, en el siglo XVII, como una profecía de los acontecimientos futuros. No era, por consiguiente, extraño que una joven nacida en las islas de Shetland, separadas del resto del universo, tomase por aviso del cielo a una canción norsa que parecía tener alguna analogía con lo que acababa de ocurrir.

—Me callaré —dijo a media voz—, cerraré mis labios.

—¿Quién habla ahí? —preguntó Claudio Halcro al oírla, no sin cierta alarma; pues, a

Librodot

pesar de haber viajado por países extranjeros, no pudo jamás desprenderse de las supersticiones del suyo.

Minna encontrábase tan abatida y aterrorizada que no se atrevió a responder. Halcro creyó descubrir la figura de una mujer vestida de blanco; y como no la viese claramente por encontrarse a la sombra de la casa, y además porque hacía una niebla muy espesa, en la inseguridad de lo que fuese, empleó, conjuró el espectro, recitando versos antiguos de la lengua norsa.

Minna con una voz tan débil, que el poeta pudo creer perfectamente que era el fantasma que acababa de conjurar quien le respondía repuso:

—Halcro, soy yo.

—¡Vos! —exclamó el poeta sorprendiéndose extraordinariamente—. ¡Vos aquí! ¡en este claro de luna, y cuando ya va a ponerse! Pero, de veras, ¿sois vos? ¿Quién hubiera creído, mi encantadora Noche, encontraros vagando por vuestro reino tenebroso? Estoy seguro de que les habéis visto lo mismo que yo; y sois valerosa, puesto que les habéis seguido.

—¿Visto? ¿Seguido? ¿Y a quién? —preguntó Minna, confiando enterarse por este medio, de la causa de su inquietud y de su miedo.

—Los cirios fúnebres que bailaban en la bahía —repuso el vatey que por cierto, no presagian nada bueno. Me acerqué a la bahía para verles, pero ya habían desaparecido. Me parece, no obstante, haber descubierto una barca que se dirigía hacia lo largo y que sería quizá la del algún pescador que se hacía a la mar. Desearía tener buenas noticias de los que se han marchado. Norna, que nos abandonó tan de improviso y estos cirios fúnebres... que Dios vele sobre nosotros; soy ya un pobre viejo, y sólo puedo rezar y suplicarle que no suceda ninguna desgracia. Pero, ¡cómo! ¡mi encantadora Minna! ¡habéis llorado! ¡y ahora que la luna os alumbra! ¡Por San Magno! Pero, ¡estáis descalza! ¿Acaso se han concluido en nuestras islas las medias de lana bastante finas y bastante suaves para unos pies tan lindos, y que a la luz de la luna parecen tan blancos como la nieve? ¡Cómo! ¿no me respondéis? ¿Acaso os han disgustado mis bromas? No, mi querida Minna —añadió Halcro con un tono algo serio—; acordaos que soy bastante viejo para ser vuestro padre, y que os amé siempre como si fueseis mi hija.

—No me disgustáis —repuso Minna esforzándose para hablar—. Pero ¿no habéis visto ni oído nada? Deben haber pasado junto a vos.

—¿Quiénes? —preguntó Halcro—. ¿Os referís a los cirios fúnebres? No, no han pasado junto a mí; creo, por lo contrario, que han pasado junto a vos, que ejercen sobre vos toda su influencia, pues tenéis la palidez de un cadáver. Vamos, vamos, Minna —añadió abriendo una puerta del lado de la casa—, estos paseos a la luz de la luna, convienen más a un viejo poeta que a una joven vestida tan ligeramente como estáis ahora. Hija mía, no os expongáis a la frescura de la noche en nuestras islas, donde el ambiente está más cargado de nieve y lluvia que de perfumes. Vamos, hija mía entrad, pues según ha dicho el insigne Juan Dryden, o como digo yo en un hermoso poema.

“no abandone la niña el blando lecho
hasta que el sol caliente el verde prado”.

Disponíase Halcro a proseguir aduciendo razones para demostrar a Minna que debía estar acostada y no vagando por el campo; pero ella le interrumpió para preguntarle viva-

Librodot

mente, apoyando sobre el brazo del poeta una mano que parecía destinada a sostener un cuerpo agitado por vivas convulsiones, e impedirle caer:

¿Habéis visto a alguien en la barca que se lanzaba a la mar?

—¡Oh! ¿Cómo podría ver a nadie cuando la escasa luz y la distancia sólo me permitían distinguir que era una barca y no una ballena?

—Pero alguien debía ir en esa barca —repuso Minna, casi sin saber lo que decía.

—Seguramente, porque jamás se ha visto que una barca marche sola contra el viento. Pero, vamos, sólo son locuras, y. así, como dice la reina en una antigua comedia que Guillermo Davenant ha arreglado hace poco: ¡a la cama, a la cama, a la cama!

Se separaron, y los pies de Minna, que apenas podía sostenerse, lleváronla trabajosamente hasta su alcoba, en donde se acostó procurando no ocasionar ruido alguno, con el corazón oprimido de dolor, al lado de su hermana, que continuaba durmiendo; pero con sueño más apacible.

Minna no dudaba de haber oído la voz de Cleveland, y aunque no abrigaba la misma convicción de que fuese Mertoun con quien aquél había disputado, la impresión que había recibido no le permitía dudar de ello. El gemido espantoso con que había terminado la lucha, la sombra que había parecido indicarle que el vencedor se retiraba cargado con el cuerpo de su víctima, todo le demostraba que la contienda había tenido un fin desastroso. Pero, ¿quién de los dos desgraciados había sucumbido? ¿Quién había muerto prematuramente? ¿Y quién había logrado tan fatal y sangrienta victoria? A todas estas preguntas contestábase ella misma; pero con una voz que apenas se dejaba oir, que, dado el carácter, los modales y costumbres de Cleveland, probablemente él sería el vencedor. Esta reflexión la consoló en parte, pero su consuelo convirtióse en mayor pena —al reflexionar que el crimen que Cleveland acababa de cometer, destruía para siempre las esperanzas de dicha para Brenda.

—¡Infeliz hermana!— decíase llorando amargamente mientras contemplaba a Brenda que dormía con la mayor tranquilidad—. ¡Hermana desgraciada! Tú vales mil veces más que yo, pues tus virtudes no te permiten tener presunción ni orgullo. ¡Cómo he podido dejar de sentir un momento siquiera el dolor de una herida que es imposible que se cierre en mi corazón sin que se abra en el tuyo!

Sumamente conmovida, estrechó con ternura a su hermana contra su corazón, y ésta despertó dando un profundo suspiro.

—¿Sois vos, mi querida hermana? —preguntó—. ¡Ah! soñaba que estaba en uno de esos monumentos que Claudio Halcro nos describe y sobre los cuales hay una estatua del sujeto que encierran. Me parecía que una de esas estatuas marmóreas se había acostado junto a mí, y que animándose de pronto, me apretaba contra su seno helado. ¿Es el vuestro, Minna? ¿Cómo tenéis tanto frío? Con seguridad os encontráis enferma, mi querida hermana; dejadme levantar, para llamar a Eufanía Fea. ¿Qué tenéis? ¿Acaso Norna ha venido otra vez aquí?

—No llaméis a nadie —le contestó Minna deteniéndola—, mis sufrimientos son de índole tal, que nadie puede calmarlos. Tiemblo porque sospecho que ha ocurrido una desgracia mayor que todas las que Norna pudiera predecir. Pero Dios es Todopoderoso, mi querida Brenda, dirijámonos a El y roguémosle que convierta en alegrías nuestras aflicciones, pues sólo El puede hacerlo.

Las dos hermanas rezaron juntas pidiendo al Cielo que las protegiese y les diese fuerzas para soportar sus males, y al concluir procuraron dormirse, dedicando así a Dios

sus últimas palabras, ya que no podían dedicarle sus últimos pensamientos. Brenda fue la primera en dormirse y Minna, ahogando, al fin, sus negros presentimientos tuvo también la suerte de poder conciliar el sueño.

Conforme Halcro había pronosticado, al amanecer hubo tempestad: era una borrasca acompañada de lluvia y viento, como las que con frecuencia ocurren en aquellas latitudes, aun en la mejor estación del año. El zumbar de los vientos y el ruido que hacía la lluvia al caer con fuerza sobre el techo de las cabañas de los pescadores, despertaron a sus infelices mujeres, que, llamando a sus hijos, y haciéndoles levantar al Cielo sus inocente manos, rogaban fervorosamente a Dios, pidiéndole protegiese a sus esposos, a sus padres, que se encontraban en aquellos instantes a merced de los embrabecidos elementos. En Burgh-Westra, el viento resonaba en toda las chimeneas agitando todas las puertas y ventanas. Las vigas, cuya mayor parte eran despojos de barco que había naufragado, parecían gemir, como si temiesen ser dispersadas nuevamente por la tempestad. Entretanto, Minna y Brenda seguían durmiendo tranquilamente como si la diestra mano del célebre escultor Chantry las hubiese formado de mármol de Carrara. La tempestad se calmó al fin, y los rayos del sol disipando las nubes que el viento arrastraba hacia alta mar, penetraban ya por las ventanas, cuando la hija mayor de Magnus Troil despertó del profundo sueño que el agotamiento de sus fuerzas le había procurado: entonces, con la cabeza apoyada sobre i n brazo empezó a pensar en los sucesos de aquella noche, que ahora le parecían visiones de un sueño pasajero: dudaba aún si los horrores que su memoria le recordaba y que había precedido al momento en que se había levantado, no serían quimeras que algún ruido exterior le había sugerido.

—Necesito ver en seguida a Claudio Halcro —se dijo a sí misma—: pues que él estaba entonces levantado, debe haber oído algo de lo que a mí me pareció entender.

Y, al adoptar esta resolución, lanzóse fuera del lecho; pero apenas estuvo en medio de la alcoba, Brenda, despertando en aquel momento; exclamó:

—¡Cielo santo! Hermana, ¿qué os ha ocurrido? ¡Mirad vuestros pies!

Mina vio con asombro que al punto se convirtió en consternación, que sus dos pies, y especialmente uno de sus talones estaban manchados de sangre seca. Sin acordarse de contestar a Brenda, corrió a la ventana y miró desconsolada al césped que había debajo; pero los torrentes de agua que habían arrojado las nubes, y sobre todo el techo inmediato de la casa, habían borrado todas las huellas del crimen si, efectivamente, había existido. La hierba brillaba con fresca verdura, y cada brizna, cargada con una gota de rocío, semejaba un diamante expuesto a los rayos del sol de la mañana.

Mientras Minna contemplaba sobrecogida aquel espectáculo, Brenda acercóse a ella y le instaba, con el más vivo interés, que le refiriese cuándo, cómo y en dónde se había herido.

—Un pedazo de vidrio ha atravesado mi zapato —contestó Minna buscando un pretexto cualquiera para tranquilizar a su hermana—, y no lo he advertido en seguida.

—Y, no obstante, mirad cómo os ha salido sangre —replicó su hermana—. Mi querida Minna —agregó aproximándose con una toalla húmeda—, dejadme limpiar la sangre; puede que la herida sea más grave de lo que suponéis.

Brenda disponíase a unir la acción a las palabras; pero Minna, no hallando otro recurso para impedir que su hermana descubriese que la sangre que iba a limpiar no había circulado jamás por sus venas, la apartó con un gesto de impaciencia y desagrado. La pobre Brenda, ignorando en qué podía haber ofendido a su hermana, retrocedió algunos

pasos y la contempló con sorpresa y aflicción, más que con resentimiento, diciéndole:

—Hermana mía, creía que habíamos convenido ayer noche en amarnos siempre de igual modo, cualquiera que fuese nuestra suerte.

—De un momento a otro varían mucho las cosas —contestó Minna; pero estas palabras no reflejaban bien su pensamiento; se las dictó, a pesar suyo la triste y delicada posición en que se encontraba.

—Sí, seguramente —afirmó Brenda—, las cosas pueden variar mucho en una noche tempestuosa. Mirad, el viento ha derribado la pared del huerto de Eufanía; pero ni el viento, ni la lluvia ni nada debe aminorar el cariño que nos profesamos, Minna.

—Pueden, sin embargo, ocurrir cosas —replicó Minna—, que le conviertan en ...

El resto de la frase no se oyó y mientras acababa de pronunciarla, ella misma se limpió las manchas de sangre que cubrían los pies y el talón izquierdo. Brenda, siempre de pie y contemplando a su hermana a cierta distancia, esforzóse en vano por restablecer entre ellas la confianza y la amistad.

—Hacíais bien, Minna —le dijo—, en no permitir que os ayudase en curar un arañazo tan pequeño: desde aquí apenas le veo.

—Las heridas más crueles —respondió Minna— son las que menos se ven exteriormente. ¿Pero estáis bien segura que la veis?

—Seguramente —repuso Brenda, creyendo satisfacer a su hermana— veo un pequeño rasguño; pero ahora ya no veo nada, puesto que os habéis puesto la media.

—La verdad es que no veis nada —contestó Minna distraídamente—; pero, paciencia, con el tiempo todo se verá y todo se aclarará; sí, todo.

Mientras hablaba, seguía vistiéndose apresuradamente; y luego bajó, seguida de su hermana, a la sala en donde los invitados encontrábanse reunidos para el almuerzo. Minna ocupó en la mesa su puesto acostumbrado, pero estaba tan pálida y tenía un aire tan esquivo, sus discursos eran tan incoherentes y sus actitudes tan extrañas, que llamó la atención de todos e inquietó a su padre. Todos hacían mil conjeturas sobre el estado en que la veían, que parecía un efecto moral más bien que físico. Unos pensaban que la habían hecho mal 'de ojo; otros censuraban en voz baja a Norna de Fitful-Head; algunos lo atribuían a la marcha del capitán Cleveland, y decíanse que era vergonzoso que una joven tan encantadora estuviese tan enamorada de un vagabundo desconocido. Quien calificó tan despreciativamente al capitán, fue Baby Yellowley, precisamente en el momento que cubría sus sobresalientes hombros con la mantilla que le había regalado. La vieja señora Glowrowrum supuso otra cosa, que se apresuró a comunicar a la señora Yellowley después de haber dado gracias a Dios por no estar emparentada con la familia de Burgh-Westra más que por la madre de las dos jóvenes, que era, lo mismo que ella, una linda escocesa.

—Los Troils, señora Yellowley, por más que levanten altivamente la cabeza, según todo el mundo sabe tienen gato encerrado. Esa Norna, como ellos la nombran porque así no se llama está loca de remate; y los que están bien enterados, aseguran que Magnus tiene participación en el asunto y por eso no quieren oír hablar mal de esa bruja. Me encontraba yo entonces en Escocia; si no, lo sabría todo; pero, sea lo que quiera, lo cierto es que en su sangre hay algo de locura. Sabéis que los locos no toleran que se les lleve la contraria; pues bien, en todas las islas de Shetland no hay uno que sufra más trabajosamente una contradicción que el udaller. Pero jamás se dirá que hablo mal de una familia con la que estoy emparentada, aunque señora Yellowley, deseo no olvidéis que somos

Librodot

parientes por los Sanit-Clairs, y no por los Troils, y que los Saint-Clairs son conocidos en todo el mundo por una familia respetable y de sano juicio; pero ¡ah! advierto que empiezan a beber el vaso del *estribo.*

Cuando lady Glowrowrum volvióse de espaldas, Baby dijo a su hermano:

—No sé por qué razón esa vieja me llama señora, señora y siempre señora, pues no debe ignorar que la sangre de los Clinkale vale tanto o más que la de los Glowrowrum.

Efectivamente, los huéspedes de Magnus marchábanse unos tras otros, sin que éste pusiese atención en ello, pues Minna le tenía tan preocupado que, contra su costumbre, apenas pensaba en saludarles. Así se concluyó este año la fiesta de San Juan Bautista en Burgh-Westra, en medio de una gran inquietud, lo que afirmaba la frase de cierto emperador de Etiopía: “Es imposible que el hombre cuente razonablemente los días que destina a su felicidad”.

IV

Mordaunt no regresaba a su casa a pesar de haber transcurrido ya con exceso el tiempo en que, al salir, había anunciado que volvería. Esta tardanza no hubiera sorprendido ni inquietado a nadie en otra época, porque Swertha, que se encargaba de pensar y de hacer deducciones por todos los habitantes de la casa hubiera concluido diciendo que se habría quedado en Burgh-Westra más tiempo que los demás huéspedes, para tomar parte en alguna nueva diversión; pero, como no ignoraba que Mordaunt había perdido la predilección de Magnus Troil, y que además, su propósito era el de no detenerse demasiado en casa del udaller, en atención a la precaria salud de su padre, para quien seguía teniendo la misma piedad filial, la vieja ama de llaves se mostraba muy inquieta. Esta espiaba las miradas de su amo; pero Mertoun, mostrábase tan impenetrable como la superficie de un lago durante la noche. Sus estudios, sus comidas solitarias, sus paseos por los lugares desiertos y retirados, no sufrían variación alguna y parecía no acordarse de la ausencia de Mordaunt.

Pero, al fin tantos rumores, de distintas procedencias, llegaron a los oídos de Swertha, que le fue imposible disimular su agitación, y, exponiéndose a sufrir todo el furor de su amo, y acaso también a perder el puesto que ocupaba, resolvió obligarse a prestar alguna atención a lo que a ella le atormentaba. Necesitábase que el buen humor y la buena cara de Mordaunt hubiesen impresionado vivamente el corazón marchito y egoísta de esta pobre vieja para que se arriesgase a una empresa tan atrevida, y de la que su amigo el ranzelmán inútilmente pretendió disuadirla. Sin embargo, sabiendo que, si fracasaba, sería una vergüenza y una pérdida incalculable para ella, propúsose adoptar toda la prudencia y circunspección que las circunstancias exigían.

El lector sabe ya que uno de los rasgos característicos del raro e insociable Mertoun, a lo menos desde que se había retirado a la soledad de Yarlsihof, era el no permitir a nadie que le dirigiese la palabra, cualquiera que fuese su objeto, ni que le preguntasen nada, a no ser absolutamente necesario. Swertha sabía que, para entablar conversación con su —amo, necesitaba ponerle en el caso de que él mismo la empezase. A fin de conseguir su objeto, al preparar la mesa para la comida frugal y solitaria de Mertoun, dispuso todas las cosas como si aguardase un convidado. Esta estratagema obtuvo el resultado que deseaba, pues como viese Mertoun, al salir del gabinete, un segundo cubierto sobre la mesa,

Librodot

preguntó a la sirvienta si había regresado ya Mordaunt de Burgh-Westra.

Esto era precisamente lo que esperaba Swertha, quien se apresuró a responder con un tono de inquietud y de tristeza que tanto tenía de afectada, como de real:

—¡No, no! Ni nada que se le parezca ha pasado por la puerta de la casa; y mucho tendríamos que agradecer que el señorito Mordaunt hubiese regresado sano y salvo. ¡Ah! ¡El pobre muchacho!

—Pues si no ha regresado todavía, ¿por qué le ponéis el cubierto, vieja marrullera? exclamó su amo con un tono capaz de hacerle desistir de su empresa.

Swertha respondió resueltamente, "que era menester que alguien se acordara del señorito Mordaunt en la casa, que ella no podía hacer otra cosa que prepararle una silla y un cubierto para cuando llegase; pero que creía que el pobre muchacho se encontraba bien lejos, y que, si pudiese decir todo lo que pensaba abrigaba ciertos temores de que no volviese jamás".

—¡Temores! —exclamó Mertoun con los ojos inflamados como cuando sufría un acceso irresistible de cólera—. ¡Es a mí a quien comunicáis vuestros necios temores! ¡A mí, que sé perfectamente que todo lo que no es locura, necedad, egoísmo, vanidad en vuestro sexo es solamente un conjunto de pueriles temores y de inquietudes frívolas! ¿Pero qué me importan vuestros temores, vieja loca?

Merece llamearse la atención sobre el hecho de que todas las mujeres, cuando se violentan las leyes del afecto natural, se sublevan. Cuando en el extremo de una calle un padre maltrata a su hijo, o un hijo ofende a su padre, el sexo femenino a cuyo conocimiento llega uno u otro suceso, toman la defensa de la parte ofendida. Nada decimos de las reyertas en los matrimonios, porque en este caso la compasión podría tener por base el interés personal. Swertha, aunque avara y egoísta, participaba de este generoso sentimiento, y en esta ocasión se vio de tal modo impulsada por él, que se atrevió a hacer frente a su *amo y a* censurarle su indiferencia y su dureza de corazón con un atrevimiento de que ella misma quedó asombrada.

—Sí; es cierto —repuso—, que no es a mí a quien corresponde concebir temores por mi joven amo el señorito Mordaunt, aunque sea la alhaja de mi corazón; pero un buen padre hubiera hecho ya diligencias para averiguar qué le ha ocurrido al pobre muchacho, pues hace una semana que salió de Burgh-Westra y nadie lo ha visto por ninguna parte. No hay un solo niño en la aldea que no eche de menos al señorito Mordaunt, pues él, con su cuchillo, les hacía a todos sus pequeños barquitos, y si le pasara alguna desgracia, no quedaría en toda la parroquia una persona que dejara de llorar sino su padre.

A Mertoun sorprendióle la insolente volubilidad de su sirvienta, que se atrevía a desobedecerle, y su misma sorpresa le había impuesto silencio. Sin embargo, al oir este último sarcasmo le mandó, con un tono colérico, que callase, dirigiéndole al mismo tiempo una de las más terribles miradas que sus ojos negros y sus facciones severas le hubiesen jamás lanzado. Pero Swertha, a quien, durante esta escena, según declaró más tarde al ranzelmán, sostuvo una fuerza sobrenatural, prosiguió hablándole en el mismo tono, sin intimidarse.

—Habéis escandalizado —dijo la criada— porque unas pobres gentes han recogido a la orilla del mar algunos toneles y algunas arcas que no servían para nada, y ahora que el más bello muchacho del país ha desaparecido, mejor sería decir evaporado, no os dignáis preguntar siquiera qué ha sido de él.

—¿Pero qué queréis que le haya ocurrido, vieja loca? Aunque nada bueno puede

Librodot

sucederle haciendo tantas locuras.

El tono con que hablaba, reflejaba más bien la burla que la cólera, y Swertha, que había ya llegado al punto difícil de su conversación, resolvió no dejarla; con tanta más razón, cuanto que comprendió que el fuego de su contrario empezaba a debilitarse.

—Seré una vieja loca; no pretendo negarlo; pero si el señorito Mordaunt ha sido, desgraciadamente, sumergido en el fondo del Roost —donde la tempestad del otro día, aunque por ¡fortuna fue corta, hizo zozobrar tantos barcos—; si al regresar a pie se hubiese ahogado en un lago, o le hubiesen faltado los pies sobre una roca (y todo el mundo conoce su atrevimiento para trepar por ellas), ¿quién estará entonces loco? ¡Que Dios proteja al joven, huérfano de madre! —añadió con acento patético—. ¡Si la del señorito Mordaunt viviese todavía, no hubiera esperado tanto tiempo para buscarle por todas partes!

Esta última frase impresionó terriblemente a Mertoun; sus labios temblaron y sus mejillas palidecieron. En tal estado, dijo a Swertha que fuese a su gabinete, en donde pocas veces se le permitía entrar, y le trajese una botella que él mismo indicó.

—¡Oh! ¡oh! —díjose a sí misma, apresurándose a ir por la botella—, parece que mi amo tiene con qué hacer pasar, en caso necesario, todo el agua que traga.

En el gabinete había una pequeña caja con varias botellas; pero el polvo y las —telas de araña que la cubrían, probaban claramente que hacía mucho tiempo que nadie la había tocado. Aunque no sin gran esfuerzo, consiguió destapar una, valiéndose de un tenedor, porque en Yarlshof no se conocía aún el sacacorchos; y después de convencerse por el olor o por el gusto, de que, en efecto, era agua de las Barbadas, la llevó al comedor, en donde encontró a su amo en un estado tal de postración y debilidad, que se asustó. Swertha echó en el primer vaso que encontró una dosis moderada, creyendo prudentemente que esta pequeña cantidad sería suficiente para producir un grande efecto a un hombre tan poco aficionado a los licores; pero Mertoun ordenóle impaciente, por señas, que llenase el vaso. La sirvienta obedeció y quedó sorprendida al ver que se lo bebía de un solo trago.

—¡Que todos los santos del Cielo nos protejan! —exclamó Swertha—. Ahora va a ponerse tan borracho como loco, y se negará a escuchar a todo el mundo.

Sin embargo, las mejillas de Mertoun recobraron sus colores naturales, respiró más libremente y no manifestó ningún síntoma de embriaguez: al contrario, Swertha declaró más tarde a sus amigos que, aunque había tenido siempre mucha confianza en un buen vaso de licor, no había visto jamás que hiciese tales milagros, y que su amo nunca le había hablado más juiciosa y moderadamente que entonces.

—Swertha —le dijo—, tenéis razón; por ahora, soy yo el que no la tengo. Id en seguida a casa del ranzelmán, y decidle que venga a hablarme inmediatamente para informarme del número de hombres y barcos que puede poner a mi disposición para que salgan en busca de Mordaunt; los emplearé todos, y les recompensaré con generosidad.

Swertha corrió hacia la aldea tan velozmente como se lo permitían sus doce lustros: además, abrigaba la convicción de que su sentimiento de compasión desinteresada sería recompensado; porque lo que había provocado era una pesquisa que prometía ser lucrativa, y ella estaba resuelta a aprovecharse. Andando aún, y mucho antes que nadie la pudiese oir, empezó a dar grandes voces llamando a Neil Ronaldson, Sweyn Erickson y demás confederados a quienes interesaba el objeto de su misión. Y para decir la verdad, aunque la buena mujer se interesase vivamente por Mordaunt, y su ausencia le inquietase

Librodot

realmente, nada la hubiera contrariado tanto en aquel momento como el verle llegar sano y salvo, porque, entonces, no habría pesquisas y, por lo tanto, sería nulo el provecho que contaba sacar de ellas.

Swertha desempeñó rápidamente su misión y convino con los senadores de Yarlshof la porción que se le adjudicaría: a sueldo por libra. En seguida, regresó a su casa acompañada de Neil Ronaldson, a quien en el camino instruyó convenientemente dándole toda clase de detalles respecto al carácter de su amo.

—Sobre todo —le decía—, contestadle pronto, alto y claro, como si se tratara de echar un barco al agua, porque le desagrada tener que repetir las cosas. Si os pregunta por las distancias, no hay inconveniente en que convirtáis las millas en leguas, porque desconoce en absoluto el país; y si os hablase de dinero, pedidle cuanto queráis, porque hace tanto caso de los dólares como si fuesen pedazos de pizarra.

Instruido así Neil Ronaldson, Swertha lo introdujo a la presencia de su amo; pero el ranzelmán confundióse al ver que no podía llevar a ejecución el plan que había trazado. Al tratar de hacer subir el precio del alquiler de los barcos y del salario de los hombres, exagerando las distancias y los peligros, viose interrumpido por Mertoun, que le probó que conocía perfectamente no sólo el interior del país y las distancias, sino las mareas, las corrientes todo cuanto se relacionaba con la navegación de aquellos mares, aunque hasta entonces hubiese parecido que ignoraba todos aquellos pormenores. Ronaldson temió, pues, que Mertoun estuviese tan instruido de los salarios como de lo demás que habían tratado y que supiera muy bien lo que convenía pagar. El ranzelmán, por otra parte, no había olvidado el escándalo que promovió el furor de Mertoun cuando, a poco de llegar a Yarlshof, despidió a Swertha y amenazó a Sweyn; sin embargo, como titubease entre el temor de de pedir mucho o de no pedir lo suficiente, Mertoun le tapó la boca y puso término a su embarazo, prometiéndole una recompensa superior a cuanto hubiera podido imaginar, y hasta una gratificación espléndida si le comunicaba que su hijo estaba sano y salvo.

Arreglado ya satisfactoriamente este punto, Neil Ronaldson, como hombre de conciencia, empezó a citar todos los sitios en que podían adquirirse noticias del joven Mordaunt, tanto en la isla de Mainland como en las inmediatas, y prometió no olvidarse de ninguna.

—Además —agregó—, si me dais licencia para hablar, os diré que cerca de aquí hay una persona que, si alguno se atreviera a preguntarle y ella se dignara contestar, podría darnos del señorito Mordaunt más noticias que nadie. Ya sabéis, Swertha, a quién me refiero; a la persona que estaba esta mañana en la bahía —y calló, mirando de un modo expresivo a la criada, la que contestó con un significativo movimiento de cabeza.

—¿Qué queréis decir? —pregunt6 Mertoun—; explicaos pronto y claramente. ¿De quién habláis?

—El ranzelmán se refiere a Norna de Fitful-Head —repuso Swerta—. Ha ido esta mañana a la iglesia de San Ringán.

—¿Y qué puede saber esa mujer de mi hijo? Me han dicho que es una loca, una mujer que vive de imposturas y que se encuentra en todas partes.

—Si recorre el país —objetó Swertha—, no es para vivir a expensas de los demás, pues, además de lo que posee, Magnus Troil, su pariente, no la dejaría carecer de nada.

—Pero eso, ¿qué tiene que ver con mi hijo?

—Norna ha demostrado profesar gran cariño a Mordaunt desde el primer momento

Librodot

que le vio; le ha hecho de vez en cuando algunos regalitos, y entre ellos la hermosa cadena de oro que lleva al cuello, de la que se dice que ha sido trabajada por las hechiceras. Desconozco el valor dol oro; pero Bryce Snailsfoot me ha asegurado que vale cien libras esterlinas de Inglaterra, que es una gran suma.

Ronaldson, id o enviad a alguien en busca de esa mujer, si creéis que puede saber alguna cosa de mi hijo.

—Norna no ignora nada de cuanto ocurre en estas islas —respondió el ranzelmán—, antes que nadie llegue a averiguarlo; mas, por lo que toca a ir en su busca a la iglesia o al cementerio, nadie en el mundo lo hará por oro ni por plata, y lo que os digo ahora, es también la verdad de Dios.

—¡Holgazán supersticioso! —exclamó Mertoun—. Swertha, dadme mi capa. Esa mujer estuvo en Burgh-Westra, es parienta de Magnus Troil y seguramente sabe algo de la ausencia de mi hijo. Yo mismo iré a buscarla. ¿Decís que está en la iglesia de la Cruz?

—En la iglesia de l'a Cruz precisamente, no, sino en la iglesia vieja de San Ringán —respondió Swertha—; está muy lejos y el paraje tiene muy mala nombradía. Si me creyerais, haríais bien en esperar que saliese, y no la perturbaríais en un momento en el que, según nuestras noticias, se ocupa más de los muertos que de los vivos. Las personas de su clase no gustan de que las molesten cuando están ocupadas en sus negocios.

Mertoun no contestó; pero arrebujóse en su capa, porque en aquel momento caía una niebla sumamente densa, y caminando más rápidamente que de costumbre, tomó el camino que conducía hacia la iglesia destruida, que distaba de su casa tres o cuatro millas.

Swertha y el ranzelmán siguiéronle con la vista hasta que desapareció: cuando estuvieron seguros de que ya no podía oírles, uno y otro contempláronse de un modo que anunciaba que no auguraban bien de aquella diligencia, y ambos hicieron su observación al mismo tiempo.

—Los locos caminan siempre ligeros y no atienden a nadie —dijo Swertha.

—¡A nosotros no nos es dado evitar nuestro destino! —exclamó el ranzelmán—. He conocido a varias personas que han querido detener en su carrera a tales gentes, pero ha sido inútil. Vos habéis oído hablar de Elena Embreson de Camsey. Ésta había cerrado todas las puertas y ventanas de su casa para que su marido no viese la luz del día y no se levantase para ir a pescar en alta mar, porque temía un tiempo huracanado; pues bien, el barco en que él debía salir zozobró en el Roost, y ella mostróse muy alegre de haber salvado la vida de su marido, impidiéndole que se embarcara; pero el destino de las criaturas es inexorable. Antes de llegar a su casa, encontrólo ahogado en una balsa. Y aconteció ...

Swertha interrumpió a Neil Ronaldson diciéndole que necesitaba ir en seguida a la bahía para hacer partir los barcos.

—Por una parte —decía—, me inquieta ese pobre muchacho, y por otra, temo que— se presente antes que salgan en su busca, pues, como ya os he dicho, mi amo sabe conducir, pero no quiere tirar, y si no ejecutáis sus órdenes saliendo inmediatamente, podéis despediros del alquiler de los barcos; os lo aseguro.

—Bien, bien, —respondió el ranzelmán—, partiremos, sí, lo antes que sea posible. Por fortuna, el barco de Clawson y el de Pedro Groot se encuentran en la orilla desde esta mañana; porque, cuando se dirigían a la playa, un conejo pasó delante de ellos, y regresaron a su casa como hombres prudentes, sabiendo que no tendrían que hacer otra

cosa en todo el día. Sorprende, Swertha, que haya tan pocas gentes de juicio en el país. Nuestro gran udaller sólo discurre con acierto cuando tiene la cabeza despejada; pero viaja mucho en su navío y su pinaza para conservarla mucho tiempo. Ahora aseguran que su hija Minna ha perdido la chaveta. Norna sabe más cosas que nadie; pero no se puede citar como persona sensata. En cuanto al señor Mertoun con seguridad que su cerebro tiene, bajo la quilla, una gran vía de 'agua; y su hijo el joven Mordaunt es una cabeza destornillada. En resumen, entre las personas notables de los contornos, hay bien pocas, excepto yo, naturalmente, y quizá vos, Swertha, que de uno u otro modo no puedan ser reputadas de locas.

—Así será, Neil Ronaldson —contestó Swertha—; pero si no os apresuráis a ir a la bahía, perderéis la marea, y entonces, ¿quién será el que no tiene juicio?

V

La superstición, que muy arraigada en Europa, se había extendido hasta aquel lejano archipiélago, había dado gran celebridad a la iglesia de San Ninián, que a la sazón se encontraba en ruinas. Las islas de Shetland tenían sus santos, sus capillas, sus reliquias, y aunque poco conocidos en el resto del mundo, eran objetos que atraían el homenaje de los sencillos habitantes de Tule, a quien imponían respeto. Los isleños tenían una gran veneración, aunque sumamente supersticiosa, a la iglesia de San Ninián, o como la llamaron después en todo el distrito, de San Ringán. Esta devoción supersticiosa doblase principalmente a que dicha iglesia estaba edificada a la orilla del mar, y frecuentemente servía de punto de orientación a los pescadores que se encontraban con sus barcos en alta mar. La superstición aglomeró tantas prácticas, que el clero reformista creyó de su deber solicitar una orden de los tribunales eclesiásticos prohibiendo celebrar el servicio religioso fundándose en que el culto con que eran los santos venerados y otras doctrinas erróneas de la Iglesia romana, sólo servían de entretenimiento a rústicos e ignorantes campesinos.

Cuando la iglesia de San Ringán fue, por esta causa, declarada lugar de idolatría, cumpliéronse todas las formalidades necesarias para anular su consagración y trasladar a otra el culto público, fueron arrancados el plomo y las vigas de su techo, y aquel pequeño edificio gótico, de antigua y grosera arquitectura, quedó abandonado a merced de los elementos. El suelo, en aquel sitio, era muy semejante al de Yarishof, que creemos haber ya descrito; y el furor de los vientos, que soplaban, sin obstáculo que los contuviese, sobre la superficie de esta playa, arrebataba la arena movediza arrastrándola hasta las naves y las alas de la iglesia; por el lado noroeste, que era el más expuesto al viento, habíanse aglomerado las arenas junto a las paredes exteriores hasta la mitad de su altura, y sólo interrumpían la monótona y espantosa desnudez de aquellas ruinas la vista de algunos maderos del techo que habían quedado al descubierto y el pequeño campanario que lo coronaba.

Esto no obstante, y a pesar de su completo abandono, la iglesia de San Ringán conservaba aún vestigios de los homenajes que en otra época se le habían tributado. Los ignorantes pescadores del Dunrossness observaban una práctica de origen antiquísimo y de la que inútilmente se esforzaba por apartarles el clero protestante. Cuando sus barcos estaban en gran peligro acostumbraban hacer una ofrenda a San Ringán, que nunca

dejaban de cumplir, dirigiéndose solos y en secreto a la antigua iglesia. Allí se descalzaban y antes de entrar al cementerio, daban tres vueltas alrededor de las ruinas, cuidando de seguir el curso del sol. Al terminar la tercera vuelta el que había hecho el voto arrojaba su ofrenda, que consistía, por lo general, en una pequeña moneda de plata, por entre los hierros de una reja colocada en uno de los lados, y después se retiraba, sin volver la cabeza atrás hasta que no estaba fuera de los límites de lo que antes había sido un lugar sagrado, creyendo que el esqueleto del santo recibía la ofrenda en su descarnada mano, y mostraba por la reja su calavera descarnada.

Y, efectivamente, esta escena era horrible para los espíritus débiles e ignorantes, puesto que los impetuosos remolinos que amenazaban sepultar completamente bajo las arenas, las ruinas de la iglesia —y que poco a poco 'habían ido aglomerando allí tal cantidad que ocultaban casi del todo el muro—, y los arcos botarates que la sostenían parecía que hacían esfuerzos para descubrir los sepulcros de los que reposaban desde luengos siglos en la parte del sudeste, y, después de un huracán, mostrábanse al desnudo las cajas mortuorias y, en ocasiones, hasta los esqueletos, fuera de las bóvedas cubiertas con mampostería a los ojos asustados de los vivos.

A este sitio encaminábase Mertoun, aunque desprovisto de todo sentimiento religioso o supersticioso y sin experimentar el terror que a todos invadía cuando trataban de aproximarse a la iglesia de San Ringán. Desconocía la superstición, y por esto y por su vida solitaria y el cuidado que tenía en evitar la compañía de los isleños, era considerado como hombre que sin ser muy crédulo parecía caer en el extremo contrario, dudando quizá de los dogmas recibidos y enseñados por la Iglesia.

Cuando llegó junto a la pequeña bahía, sobre la orilla del mar, y cerca de las ruinas, se detuvo un instante y no pudo menos de reconocer que aquel lugar, que tanto influjo ejercía en la imaginación, era muy a propósito para un edificio consagrado a la religión. La iglesia estaba frente al mar, al que se adelantaban, por una y por otra parte, dos promontorios, rocas negras y lúgubres, que formaban los extremos de la bahía y avanzaban sus cabezas gigantescas. En el punto más elevado de estas rocas, las gaviotas y otras aves marinas reunidas en grupos, semejaban copos de nieve, mientras más abajo, largas filas de cuervos marinos, parecían soldados colocados en orden de batalla. Tales eran los únicos seres vivientes que poblaban aquellos lugares. Ninguna tempestad combatía entonces al mar y, sin embargo, las olas, bastante agitadas, rompíanse contra los dos cabos, produciendo un estruendo semejante al del trueno cuando se le oye desde lejos; y ascendiendo en tablas de espuma hasta la mitad de la altura de aquellas rocas, negras como el ébano, ofrecían un espectáculo de colorido y de horror tan hermoso como imponente.

Cuando Mortoun se aproximó a aquellos tenebrosos lugares, el cielo, entre dos promontorios, estaba cubierto por espesas nubes, tan numerosas, que la vista no podía descubrir el Océano. Era una exacta reproducción del mar en la visión de Mirza, en la que los vapores, las nieblas y las nubes lo ocultaban en toda su extensión. El terreno, que desde la orilla se elevaba gradualmente a una altura considerable, no dejaba ver el interior del país, que parecía destinado a una esterilidad eterna: apenas crecían allí algunas matas de hierba desmedradas, y una especie de junco propio de las tierras arenosas. Sobre una colina situada enfrente de la bahía, y que sólo distaba del mar lo suficiente para no estar expuesta a las acometidas de las olas, alzábanse las ruinas medio enterradas en la arena, que ya hemos descrito, rodeadas de una pared que se deshacía en polvo, en la que el

Librodot

tiempo había abierto numerosas brechas, Pero que limitaba aún la extensión del cementerio. Los marineros que obligados por el temporal entraban en aquella bahía, referían que en ocasiones brillaban luces en la iglesia, lo cual les presagiaba alguna gran tormenta, u otro accidente desgraciado cualquiera.

Mertoun, al acercarse a la iglesia, tomó instintivamente, y sin darse quizá de ello cuenta, alguna precaución para no ser descubierto antes de encontrarse junto a la pared que rodeaba al cementerio. Casualmente llegó al ruinoso edificio por el lado en que el viento, esparciendo la arena, dejaba descubiertos los sepulcros.

Entonces, al mirar por una de las brechas, descubrió a la persona en cuya busca iba. Esta estaba ocupada de una manera perfectamente acomodada a las ideas que generalmente se tenían de su carácter, y que, además, era bastante extraordinaria hasta para ella misma.

Encontrábase de cuclillas junto a un monumento antiguo, cuya lápida representaba, por una parte, un caballero groseramente esculpido, y por la otra, un escudo de armas difíciles de conocer. Dicho escudo estaba colocado horizontalmente, contra lo que generalmente se acostumbraba en nuestros cementerios, donde se colocan en una posición perpendicular. Bajo este monumento dormía el sueño eternal Ribolt Troll, uno de los antepasados de Magnus, a quien en el siglo XV habían hecho famoso sus hazañas y su carácter emprendedor. Norna de Fitful-Head parecía dedicada a descubrir aquel sepulcro, lo que sólo estaba cubierto con arena movediza. Era de esperar que conseguiría con facilidad su objeto, y que, al terminar la obra que los vientos habían empezado,, quedarían al descubierto los restos de aquel guerrero memorable. Mientras trabajaba, Norna entonaba una canción rúnica, según hacían en aquel país cuantos se entregaban a prácticas supersticiosas.

Norna descubrió una parte de la caja de plomo que encerraba los restos del guerrero; cortó un pedazo de este metal con gran respeto religioso, y, luego, cubrió nuevamente el ataúd con la arena de modo que, al concluir su trabajo, no quedó rastro alguno que revelase que el secreto del sepulcro había sido profanado.

Mertoun, oculto tras la pared del cementerio, no apartó los ojos de Norna durante toda la ceremonia, no porque le inspirase la menor veneración ella ni los ritos que celebraba, sino porque pensó que el interrumpir a una loca en sus actos de demencia, no sería la mejor manera de obtener de ella las noticias que iba a buscar. Pudo observar detenidamente su aire y figura; pero su rostro estaba casi enteramente cubierto por sus cabellos y por la capucha de su mantilla obscura, lo que hacía que sus facciones quedasen tan veladas como las de una druidesa durante la celebración de sus misterios. Mertoun había oído hablar frecuentemente de Norna; quizá la hubiera visto en varias ocasiones por las inmediaciones de Yarlshof; pero los absurdos que de su persona circulaban, le impedían fijar su atención en una mujer que él consideraba rematadamente loca o impostora, o ambas cosas al mismo tiempo; pero, entonces, cuando las circunstancias le obligaban a examinarla más despacio, no pudo menos de reconocer que era una entusiasta sincera, o que desempeñaba tan admirablemente su papel, que ninguna pitonisa de la antigüedad la habría aventajado. Su aire de dignidad, al levantarse; la solemnidad de todos sus gestos; el tono sonoro y expresivo de su voz, cuando se dirigía al guerrero cuyo sosiego eterno se atrevía a turbar, impresionaron grandemente a Mertoun, a pesar de la indiferencia con que miraba cuanto pasaba en torno suyo. Al ver Mertoun que Norna ponía término a su singular y fúnebre ocupación, entró en el cementerio, y pasando, no muy difícilmente, a

Librodot

través de los escombros de las tapias, mostróse ante ella. Lejos de temer ni aún de mostrar sorpresa a la vista de un extranjero en lugar tan apartado, díjole la pitonisa con un tono que revelaba que ya le esperaba:

—¡Al fin habéis venido en busca mía!

—Y os he encontrado —respondió Mertoun, creyendo que hablándole en el mismo tono que ella acababa de emplear, llegaría más pronto a su objeto.

—Cierto, me encontráis en el paraje en que todos los hombres deben juntarse un día, en medio de los tabernáculos de la Muerte.

—Tenéis razón —replicó Mertoun extendiendo la vista por aquella escena de —desolación, en la que los principales objetos que contemplaba sus ojos eran piedras sepulcrales, las unas medio enterradas en la arena, las otras, violentamente arrancadas por los huracanes, de los lugares que estaban destinadas a cubrir, y en la mayor parte de las cuales veíanse inscripciones o emblemas mortuorios.— Tenéis razón; éste es el punto de reunión general de los hombres: ¡felices los que llegan pronto a un puerto tan apacible!

—El que experimente deseos de entrar en este puerto —repuso Norna—, debe haber gobernado bien su barco en el viaje de la vida. Yo no me atrevo a esperar que sea para mí un refugio tan apacible. Y vos, ¿lo esperáis? La ruta que habéis seguido, ¿os da algún derecho para ello?

—No es de eso de lo que deseo hablar ahora. He venido a preguntaros si sabéis qué ha sido de mi hijo Mordaunt y queréis decírmelo.

—¡Un padre pretende que una extranjera le dé noticias de su hijo! ¿Y cómo voy a saber yo qué ha sido de él? ¿Acaso el cuervo pregunta a la garza “en dónde están mis hijos”?

—Olvidad esa afectación de misterio, que si puede ejercer alguna influencia en el vulgo, a mí no me produce efecto alguno. Me han asegurad en Yarlshof que vos sabéis, o que podéis saber qué es de mi hijo Mordaunt Mertoun, que no ha regresado todavía a casa después de la fiesta de San Juan Baustista, celebrada en el dominio de vuestro pariente Magnus Troil. Decidme lo que sepáis, si sabéis algo, y os lo recompensaré tan espléndidamente como me lo permitan mis recursos.

—Nada existe en el universo que merezca, a mi juicio, el nombre de recompensa por una palabra que yo perdería diciéndosela a un mortal. En cuanto a tu hijo, si deseas verle vivo, ve a la feria de Kirkwall en las Orcadas.

—¿Y para qué he de ir yo a esa feria? Mi hijo no había pensado concurrir a ella.

—La humanidad sigue el curso de su destino sin remo y sin timón. Vos no habéis pensado esta mañana venir a la iglesia de San Ringán, y, esto no obstante, os encontráis en ella. Hace un minuto no creíais necesario acudir a la fe ria de Kirkwall, y, sin embargo, iréis.

—No iré, a no ser que me expliquéis más claramente el motivo. No supongáis que soy de los que os creen dotada de un poder sobrenatural.

—Antes que nos separemos lo creeréis también. Ahora no me conocéis de ningún modo, y después no me conoceréis mejor; pero yo os conozco bien, y os convenceré de ello pronunciando una sola palabra.

—Pronunciadla, entonces; porque, mientras no quede convencido, no seguiré vuestros consejos.

Oíd primero lo que tengo que deciros de vuestro hijo, pues lo que he de deciros de vos, borrará luego de vuestro memoria todo otro pensamiento. Iréis a la feria de Kirkwall,

y el quinto día, a la hora de las doce, entraréis en la catedral de San Magnus; en la nave izquierda del templo encontraréis una persona que os hablará de vuestro hijo.

—Necesitáis explicaros con más claridad para que me determine a seguir vuestro consejo —contestó Mertoun despreciativamente—. En mi juventud me he dejado en ocasiones engañar por las mujeres, pero jamás tan torpemente como vos pretendéis ahora engañarme.

—Oídme pues —exclamó alzando la voz la vieja sibila—: la palabra que voy a pronunciar contiene el secreto de mayor trascendencia de vuestra vida; agitará todo vuestro ser, y penetrará hasta la médula de vuestros huesos.

Aproximóse seguidamente a Mertoun y deslizó en su oído una palabra que produjo en todo su cuerpo un efecto mágico. Mertoun quedó mudo de sorpresa, mientras Norna, extendiendo su brazo triunfalmente, se retiró y, doblando una esquina de la tapia, desapareció entre las ruinas.

Mertoun permaneció inmóvil sin atreverse a seguir sus huellas.

—¡Es inútil que pretendamos esquivar nuestro destino! —se dijo al recobrar su presencia de ánimo, y salió de las ruinas y del cementerio.

Al llegar a una altura desde la que se divisaba aún la iglesia, volvióse para mirarla por última vez, y descubrió a Norna en lo alto de la vieja torre, envuelta en su manto y agitando al aire algo que parecía una bandera blanca. Una nueva sensión de horror, semejante a la que le había ocasionado la palabra que la sibila le deslizó al oído, le congeló nuevamente los sentidos y le obligó a marchar con mayor ligereza de lo que acostumbraba, hasta que estuvo muy lejos de la iglesia de San Ringán y de su bahía de arenas.

Cuando llegó a Yarlshof, las facciones de Mertoun habían —sufrido tal transformación, que Swertha creyó iba a entregarse a uno de aquellos accesos de melancolía que ella denominaba su hora negra. ¿Y no era de temer que así sucediese después de haberse atrevido a ir a buscar a Norna a la iglesia de San Ringán, morada eterna de numerosos y diferentes espíritus?

Sin embargo, sin manifestar otros síntomas de demencia que una melancolía tétrica y profunda, su amo la enteró de que pensaba concurrir a la feria de Kirkwall, proyecto tan poco en armonía con su costumbre, que el ama de gobierno casi no daba crédito a lo que acaba de oir. Poco tiempo después enteróse, con la mayor indiferencia, de que ninguno de les que habían ido por mar y tierra a adquirir noticias de Mordaunt, las había obtenido. Esa tranquilidad convenció a Swertha de que, en su entrevista con Norna, ésta le había predicho que sus esfuerzos serían ineficaces.

Los habitantes de la aldea sorprendiéronse extraordinariamente al ver al señor Mertoun, como impelido por una resolución repentina, hacer sus preparativos para ir a Kirkwall, tanta más razón cuanto que hasta entonces había evitado el encontrarse en los lugares de reuniones públicas. Swertha esforzóse en vano para descubrir aquel misterio, lo cual ocasionó nuevas inquietudes por su joven amo. Sin embargo, se tranquilizó no poco a la vista del dinero que le entregó su amo, pues, aunque la cantidad no era muy crecida, a ella le pareció un tesoro. Mertoun dijo a la vieja sirvienta que iría a Kirkwall, en la barca de un propietario de la isla de Mousa, alquilada para el caso.

VI

Librodot

La situación de Minna tenía gran semejanza con la de la heroína de la aldea de la hermosa balada de la señorita Ana Lindsay. Gracias a su gran entereza de ánimo no sucumbió bajo el peso del horrible secreto que la atormentaba constantemente y que hasta en sueños hacíale ver siniestras y ensangrentadas imágenes. Los sentimientos más penosos son aquellos que estamos obligados a guardar dentro de nosotros mismos, y por los que no nos es permitido desear ni pedir consuelo; y si a esto se agrega la enojosa carga de un misterio culpable gravitando sobre su corazón inocente, no es extraño que la salud de Minna se resintiese profundamente.

Su carácter, sus actitudes, sus costumbres sufrieron tal transformación que muchos de los que vivían a su lado la atribuyeron a un efecto de hechicería o encanto, y no pocos a un principio de locura. La soledad, que tanto la seducía antes, le era ya insoportable, y, sin embargo, cuando estaba en sociedad, no se interesaba por nada, ni prestaba la más mínima atención a cuanto sucedía: parecía, generalmente, encontrarse sumida en tristes y sombrías reflexiones; pero si por casualidad se pronunciaba en su presencia el nombre de Cleveland o Mordaunt, parecía que despertaba de un sueño profundo, y temblaba aterrorizada como si viera aproximar una mecha encendida a un reguero de pólvora destinado a hacer saltar una mina. Luego, al convencerse de que el terrible secreto no se había descubierto aún, lejos de consolarse, hubiera querido conocerle en toda su extensión, antes de ver prolongada la agonía de su incertidumbre.

Con su hermana mostrábase tan variable, que su conducta parecía uno de los síntomas más funestos de su enfermedad. Algunas veces buscaba la compañía de Brenda, como si la impeliese a ello la convicción íntima de que las dos debían ser heridas del mismo golpe, aunque sólo ella conociese toda la extensión de la desgracia que las amenazaba; pero —de pronto, comprendiendo la herida que recibiría el corazón de Brenda al conocer el crimen cometido por Cleveland, según ella suponía, le era imposible soportar su presencia y rechazaba obstinadamente los consuelos que su hermana se esforzaba en prodigarle. Ocurría frecuentemente que Brenda, instando a su hermana para que se consolase, hería, sin saberlo, alguna cuerda cuyas vibraciones repercutían en el alma de Minna; de suerte que ésta, siéndole imposible disimular su agonía, corría para esconderse en su gabinete. Esta conducta atribuíase a los caprichos de un corazón que había cesado de amar a una hermana; pero Brenda la sufría con una dulzura de carácter tan constante, que Minna se conmovía muchas veces hasta derramar lágrimas de ternura; y acaso estos momentos, aunque bien amargos para el recuerdo de que la revelación de su fatal secreto debía destruir la felicidad de Brenda al mismo tiempo que la suya, fuesen los más soportables, a causa del cariño que mutuamente se profesaban.

Esas alternativas de tétrica melancolía y sensibilidad valetudinaria produjeron su efecto que no tardó en manifestarse en el enjuto y pálido semblante de la pobre Minna; sus hermosos ojos perdieron su brillo natural, y se la veía taciturna o agitada según las diversas sensaciones a que estaba sometida. Mostrábase en sociedad cabizbaja y silenciosa, y cuando creía no ser observada, hablaba sola.

Su padre, sumamente inquieto, recurrió a toda la farmacia de las islas de Shetland. Consultó a todos los que conocían la virtud saludable de las plantas, pero no obtuvo ningún resultado provechoso. Desesperado ya, resolvió llamar a su parienta Norna de Fitful-Head, aunque a la sazón no estaban en muy buena armonía. Norna no acudió al Primer llamamiento; se encontraba entonces en su morada ordinaria, cerca de la orilla del

Librodot

mar, junto al promontorio de donde ella tomó el nombre, y aunque Erik Scambester se había encargado de llevárselo, la sibila negóse resueltamente a recibirle, y no quiso tampoco contestarle.

A Magnus le disgustó mucho el poco aprecio que su parienta había hecho de su mensaje; pero la inquietud que le ocasionaba Minna, la especie de respeto que le inspiraban las desgracias reales de Norna, y el poder que le atribuían, le impidieron mostrarse encolerizado, resolviendo ir él mismo a hacerle una visita. A nadie reveló su proyecto: sólo dijo a sus hijas que se preparasen para acompañarlo a hacer una visita a una parienta que hacía largo tiempo no habían visto, y les recomendó que llevaran algunas provisiones, porque, viviendo aquélla en un sitio muy retirado, posiblemente no estaría su despensa bien provista.

Brenda, que jamás pedía explicaciones a su padre, presumiendo que el ejercicio y la agitación que ocasionara este pequeño viaje serían útiles a su hermana, apresuróse a hacer los preparativos necesarios, y, al siguiente día emprendieron la marcha, ya costeando la orilla del mar, ya atravesando almarajes, hacia el extremo noroeste de Mairland.

El udaller iba en un hermoso caballo de Noruega, tan vigoroso como los caballos ordinarios del país, pero algo más grande. Minna y Brenda, que sabían montar perfectamente, tenían dos de aquellos pequeños animales que, habiendo sido criados con mayor esmero que el de costumbre, probaban, por la gracia de sus formas y la agilidad de sus movimientos que aquella casta tan injustamente despreciada, era susceptible de mejorarse. Acompañábanles cuatro criados, dos a caballo y dos a pie. Esta última circunstancia no retardaba su marcha, porque las montañas por que habían de trepar y los pantanos que necesitaban atravesar, les obligaba casi siempre a ir al paso; y cuando encontraban un terreno llano y seco que les permitía caminar al trote, los peatones cogían dos caballos en la primera pradera que encontraban.

La alegría no les acompañaba en aquel viaje, pues todos iban silenciosos. Esto no obstante, el udaller, agitado por su natural impaciencia, hacía en ocasiones tomar a su palafrén un paso más ligero; pero, acordándose, al punto del estado delicado de Minna, deteníase para preguntarle si se encontraba fatigada. A mediodía se detuvieron para tomar un refrigerio —pues iban abundantemente provistos— cerca de una fuente de agua cristalina y pura que no seducía al paladar del udaller, pero que éste consiguió hacerla agradable mezclándola con un exquisito aguardiente. Después de vaciar varias veces un gran vaso de plata, en el que había cincelados un Cupido alemán fumando en pipa, y un Baco, echando el contenido de un frasco en la boca de un oso, mostróse Magnus algo más comunicativo de lo que durante toda la mañana lo había estado.

—Ahora —dijo a sus hijas—, sólo tenemos que caminar dos leguas para llegar a la morada de Norna; veremos qué recibimiento nos hace esa vieja sibila.

Minna interrumpió a su padre con una débil exclamación, y Brenda, sorprendida, dijo:

—¿Es entonces a Norna a quien vamos visitar? ¡Dios no lo consienta!

—¿Y por qué no ha de consentirlo Dios? —preguntó el udaller arrugando el entrecejo—. Quisiera saber por qué Dios no había de permitir que visitemos a una parienta cuyos conocimientos pueden ser útiles a vuestra hermana. En todas nuestras islas no hay nadie de mayor inteligencia que Norna. Estáis loca Brenda; vuestra hermana tiene más juicio que vos: valor, mi querida Minna, valor. Recuerdo que, cuando aún erais niña, os complacía extraordinariamente al oír las canciones y las historias de Norna; estabais

Librodot

abrazada a ella y pendiente de su cuello mientras Brenda se escapaba gritando, lo mismo que un navío mercante español huye delante de un corsario holandés.

—Deseo que nuestra parienta no me cause hoy tanto espanto, mi querido padre— respondió Brenda dejando a su hermana los medios de entregarse a la taciturnidad, que tanta atracción ejercía sobre ella y al mismo tiempo complaciendo a su padre al sostener la conversación—. Me han contado cosas de su habitación, y la idea de presentarme en ella sin ser convidada, me produce alguna alarma.

—Sois una loca al suponer que la visita de los buenos parientes desagrade a un corazón franco y generoso, a un corazón de Hiatland como el de mi prima Norna. Ahora comprendo por qué se ha negado a recibir a Erik Scambester. Hace muchos años que no he visto el fuego de su chimenea, y jamás os llevé a su casa. Tiene razón para estar quejosa de mí; pero le diré la verdad y es que, aun cuando lo permitan el uso y la costumbre del país, considero inconveniente poner a contribución una mujer que vive sola, según hacemos nosotros con los udallers nuestros compañeros, cuando vamos de casa durante el invierno, formando así una bola de nieve que se engruesa rodando.

—¡Bah! —repuso Brenda —. No seremos una carga para Norna, pues vamos bien provistos de cuanto podamos necesitar; pescados, jamones, cecina, gansos ahumados; en una palabra, llevamos alimentos suficientes para vivir durante una semana, y más vino y aguardiente del que vos podréis beber, mi querido padre.

—Perfectamente, querida hija. Navío bien provisto hace buen viaje; así sólo tendrá que prestarnos Norna un cubierto y una cama para vosotras dos; porque yo prefiero mi capa de viaje y unas buenas tablas de Noruega a vuestros colchones de lana y pluma, Norna tendrá el placer de vernos, sin necesidad de hacer el menor gasto.

—Deseo, mi querido padre, que esta visita le proporcione un placer.

—¿Eh? ¡Por el santo mártir cuyo nombre llevo! —repuso Magnus—, ¿suponéis quizá que mi parienta sea alguna pagana, a quien no le cause alegría el ver su carne y su sangre? Quisiera estar tan seguro de que la pesca será buena este año, como del placer que recibirá con nuestra visita. ¡No! ¡no! Lo único que temo es no encontrarla en casa, porque ella recorre frecuentemente el país, pensando siempre en lo irremediable.

Minna, al oír esto, exhaló un profundo suspiro.

—No es necesario que suspiréis por eso, hija mía —repuso el udaller—; ésa es una falta en que muchos incurren; pero guardaos en imitarles, Minna.

Un segundo suspiro, que en vano se esforzó por retener, anunció que este consejo era tardío.

—Me parece que mi prima os inspira tanto temor como a Brenda —dijo Magnus mirando con fijeza el rostro pálido y desfigurado de su hija mayor—; y si es así, decídmelo francamente y nos volveremos tan a prisa como si tuviésemos viento en popa e hiciésemos quince nudos cada hora.

—Hablad hermana —intervino Brenda con un tono de súplica—; ¡hablad por el amor de Dios! ¿Sabéis... presumís.. creéis que Norna no puede hacer nada para aliviaros?

—Nada, ciertamente, puede hacer —respondió Minna débilmente—; pero qué sé yo. .. quizá pueda responder a una pregunta, a una pregunta que el miserable dirija al miserable.

—Mi prima no se encuentra en la miseria —objetó el udaller, interpretando mal el concepto— Posee una bonita renta, lo mismo aquí que en las Orcadas; pero los pobres obtienen la mayor parte y ¡desgraciado el shetlandés que deje de imitarla en eso! Gasta en

Librodot

sus viajes lo demás; no sé cómo. Os reiréis mucho cuando veáis su casa y a Nicolás Strumpfer, que ella llama Pacolet. Muchos creen que Nicolás es el diablo; pero os respondo que es de carne y hueso como nosotros. Su padre vivía en Groemsay. Me alegraré mucho de ver nuevamente a Strumpfer.

Mientras el udaller se expresaba en estos términos, Brenda, si no tenía una imaginación tan brillante como su hermana, poseía un juicio nada vulgar, reflexionaba acerca de la influencia que esta visita ejercía en el espíritu abatido de la enferma. Resolvió, en fin, hablar particularmente a su padre acerca del asunto en la primera ocasión que tuviera durante el viaje, y referirle todos los pormenores de su entrevista nocturna con Norna a la que atribuía, principalmente, el estado de postración en que se encontraba Minna. Entonces su padre juzgaría mejor si debería o no persistir en visitar a una mujer tan singular y exponer a su hija al golpe fatal que su presencia podría causarle.

Mientras Brenda formaba este propósito, Magnus, sacudiendo con una mano migajas que habían caído sobre su galonada chaqueta, y tomando con la otra un vaso de agua y aguardiente bebió por el resultado feliz del viaje, y ordenó que se prosiguiera la marcha. En tanto que se ensillaban los caballos Brenda dio a entender a su padre que deseaba hablarle reservadamente, lo que sorprendió no poco al udaller, quien, aunque era callado como un muerto, respecto a las cosas que consideraba secretos de importancia, estaba tan distante de acomodarse al misterio, que hablaba de todos sus negocios en familia, y hasta delante de sus criados. Pero su sorpresa subió de punto cuando, habiéndose quedado de propósito un poco atrás con Brenda durante la marcha, enteróse de la visita nocturna de Norna en Burgh-Westra y del relato que había hecho a sus atemorizadas hijas. Mientras hablaba Brenda, sólo profirió algunas interjecciones, y luego, al concluir aquélla, desahogóse lanzando mil maldiciones a la loca de su prima por haber ido a contar a sus hijas tan horrible historia.

Siempre se ha dicho —agregó Magnus— que con toda su ciencia y conocimientos de las estaciones, está rematadamente loca, y ¡por las reliquias del santo mártir mi patrón! que empiezo a creerlo. Ahora me encuentro como quien no sabe gobernar su barco y ha perdido la brújula. Si hubiera sabido todo esto antes de ponernos en viaje, nos hubiéramos quedado en Burgh-Westra; pero puesto que estamos tan adelantados y Norna nos espera...

—¡Nos espera, mi querido padre! ¿Cómo puede ser eso?

—No sé nada; pero, como ella conoce de qué lado debe soplar el viento, tampoco debe ignorar dónde nos proponemos ir. Es menester no incomodarla. Quizá nos ha jugado esta mala acción, porque el otro día ambos nos encastillamos con respecto a ese joven Mordaunt Mertoun; y siendo así, ella podrá remediarlo todo, y lo remediará, o si no me dirá por qué; pero es necesario adoptar temperamentos de dulzura.

Viendo que su padre no desistía de la visita proyectada, Brenda trató de averiguar si lo que Norna les había contado tenía algún fundamento. Magnus suspiró profundamente, moviendo la cabeza, y le dijo, en pocas— palabras, que su intriga con un extranjero y la muerte de su padre, de la que había sido la causa ocasional, aunque en absoluto inocente, eran ciertas pero que jamás había vuelto a tener noticias de su hijo.

—¡Su hijo! —exclamó Brenda—, no nos ha dicho de él nada.

—Entonces, quisiera que mi lengua se hubiese paralizado antes que hablar de este asunto. Ahora veo que es tan difícil a un hombre, cualquiera que sea su edad, ocultar un secreto a las mujeres, como a una anguila el escaparse del nudo corredizo de una crin.

Librodot

Cuando el pescador consigue pasárselo alrededor del cuerpo, la anguila ha de saltar fuera del agua.

—Pero ese niño, padre mío —insistió Brenda que deseaba conocer los pormenores de aquella historia extraordinaria—, ¿sabe qué ha sido de él?

—Me figuro que se lo llevó ese pícaro de Vaugan —respondió el udaller de un modo que revelaba claramente que no era de su agrado aquella conversación.

—¡Vaughan! El amante de la pobre Norna seguramente. ¿Y qué clase de hombre era ése, mi querido padre?

—Un hombre como los demás, pues no le he visto nunca. Frecuentaba la casa de muchas familias escocesas de Kirkwall; y yo, a semejanza de los buenos norsas antiguos... ¡Ah! Si Norna sólo hubiese visto a sus compañeros, y no se hubiese relacionado con esos escoceses, no habría conocido a ese Vaughan, y otra suerte hubiera sido la suya. Pero, en ese caso, Brenda, yo tampoco hubiese conocido a vuestra madre —agregó mientras brillaba una lágrima en sus grandes y azules ojos— y esto me hubiera evitado los interminables sufrimientos que me produjo después de una dicha tan poco duradera.

—Como amiga, o como compañera —contestó Brenda no sin titubear—, Norna hubiera desempeñado muy mal el lugar de mi madre a vuestro lado; al menos, así lo creo, por lo que he oído decir.

Pero Magnus, amargado en aquel momento por el recuerdo de una esposa tan querida respondióle con mayor indulgencia de lo que su hija esperaba:

—Entonces, yo me hubiera decidido a casarme con Norna. Ese casamiento debía ser el término de una antigua querella, un bálsamo derramado sobre una llaga añeja. Todos nuestros parientes lo deseaban, y en la situación en que me encontraba, sobre todo no conociendo todavía a vuestra bienaventurada madre, no tenía razón en qué fundar una negativa. No juzguéis a Norna ni a mí por lo que somos ahora. Ella era joven y hermosa, y yo era ligero como un gamo de las montañas, y no me preocupaba poco ni mucho del puerto en que entraría mi barca, porque había muchos a sotavento. Pero Norna dio la preferencia a ese Vaughan, y ésta fue la mayor prueba de afecto que pudo darme.

—¡Pobre parienta! —exclamó Brenda—. ¿Pero creéis, padre mío, que tenga un poder sobrenatural? ¿Creéis que es verosímil la aparición misteriosa del enano, que dice que vio en...?

Magnus le interrumpió porque estas interpelaciones le desagradaban mucho, diciéndole.

—Creo Brenda, todo lo que creyeron mis antepasados, sin pretender ser más sabio que ellos. Todos creían que cuando un ser, no importa de qué sexo, sufría grandes tormentos, la Providencia le abría los ojos del alma y le concedía el conocimiento de lo futuro. La pobre Norna ha sufrido muchísimo para merecer los dones que le han sido otorgados. Sus conocimientos le pesan y abruman tanto como dolorosa le sería una corona de espinas, aunque fuese la del imperio de Dinamarca. No pretendáis, Brenda, saber más que supieron vuestros antepasados. Minna, cuando gozaba de buena salud, veneraba todos los escritos norsas, aunque fuese la misma bula del Papa, que como sabéis se escribe en latín.

—¡Pobre Norna! —volvió a decir Brenda—: y su hijo, ¿no se ha encontrado jamás?

—¿Qué nos importa su hijo? —replicó el udaller más bruscamente que antes—. Todo lo que sé, es que Norna estuvo muy mala antes y después de darlo a luz, y tuvimos que recurrir al arpa y a la flauta para distraerla un poco. En cuanto al hijo, nació antes del

tiempo prefijado por la Naturaleza, y probablemente habrá muerto; ¿pero vos, que entendéis de todo eso, Brenda? Id delante, y no me preguntéis más, pues éstas son cosas que no deben ocupar vuestra atención.

Y dicho esto, el udaller espoleó su caballo, y partiendo a gran trote sin preocuparse de si el camino era bueno o malo mientras que el instinto del pequeño caballo de Brenda escogía los parajes en que podía tener las patas firmes, colocóse bien pronto junto a la melancólica Minna, dirigiendo indistintamente la palabra a una o a otra de sus dos hijas. Brenda procuraba consolarse pensando que la enfermedad de su hermana podría encontrar alivio en los remedios que Norna le indicase, pues no creía firmemente que era en su imaginación donde aquéllos obrarían, y la enfermedad de Minna era sólo moral.

Los viajeros habían caminado hasta entonces casi en línea recta, a través de cenegales y de terrenos cubiertos de musgo, salvo los frecuentes rodeos que se veían obligados a dar para evitar aquellas grandes lagunas que comunican con el mar, y que a veces se prolongan muchas millas dentro de las tierras; pero en aquel momento llegaban al extremo noroeste de la isla, y necesitaban trepar por una cordillera inmensa de rocas que, después de muchos siglos, desafiaban los esfuerzos de los huracanes y del Océano del Norte cuyas olas imponentes se estrellaban en sus orillas.

—Esta es la morada de Norna —dijo el udaller dirigiéndose a sus hijas—. Mirad, mi querida Minna: si esto no os causa risa, nada os hará reír en este mundo. ¿Quién, sino un quebrantahuesos, ha podido fabricarse tal vivienda? ¡Por las reliquias de mi santo patrón! jamás criatura humana privada de alas, y en su sano juicio, ha podido vivir en semejante mansión a menos que no sea sobre el Fraw-Stack de Papa, donde fue encerrada la hija de un rey de Noruega para impedir que se comunicara con sus amantes, y si es cierta la historia que cuentan. Y si os hablo de ello hijas mías, es porque me agrada que sepáis que es difícil impedir que el fuego prenda a la estopa si se encuentra cerca.

VII

La comparación que Magnus había hecho de la morada de Norna con el nido de un quebrantahuesos o un águila marina no carecía de fundamento; pero tampoco había más que un shetlandés familiarizado desde su infancia con la vista de las rocas, que se riera allí. La vivienda de Norna era pequeña, y uno de aquellos edificios llamados en las islas de Shetland *burgh o casas de los pictas, y duns* en Escocia e islas Hébridas. Estos edificios fueron el primer esfuerzo de la arquitectura el término medio entre la madriguera de una zorra en un altozano —compuesto de piedras arrojadas al acaso las unas sobre las otras— y una habitación humana; en otros términos, una construcción informe en que no entra el mortero ni cemento alguno, ni madera de construcción, sin bóveda ni escalera, como puede verse todavía visitando sus ruinas. Tales ruinas son muy numerosas, pues las hay en todos los promontorios e islas pequeñas; en todos los puntos que pueden ofrecer a los habitantes medios de defensa, lo que demuestra que el pueblo antiguo que construyó estos edificios, era una raza considerable, y que en estas islas había entonces una población numerosísima.

El edificio a que nos referimos había sido reparado y ensanchado en una época más moderna probablemente por algún pequeño déspota o algún pirata enamorado de la seguridad que le ofrecía su situación, y ocupaba una punta, avanzada sobre el mar, de una

Librodot

roca que un precipicio poco extenso, pero muy profundo, separaba del mar. Se habían hecho algunas adiciones al estilo grotesco de las fortificaciones góticas; el interior habíase recubierto con tierra y cal, y se habían abierto algunos huecos para dar paso al aire y la luz. Por último, techándolo y dividiéndolo en pisos por medio de maderos procedentes de barcos naufragados, el último propietario había hecho de él una torre semejante a un palomar, formado por dos paredes entre las cuales había bastante espacio para aquellas galerías circulares que caracterizan todos los fuertes de construcción rudimentaria, que parecían haber sido el único abrigo de sus primeros moradores.

Esta extraña vivienda, construida con las piedras que se encontraban esparcidas por todas partes, y expuestas después de muchos siglos, a las vicisitudes de los elementos, era del mismo color que el peñasco sobre que se elevaba, y con el que se confundía por su gran semejanza con un fragmento de roca, e irregularidad de su forma.

La indiferencia con que hasta allí había mirado Minna cuanto pasaba a su alrededor, desapareció a la vista de una morada que, en otra época más feliz de su vida, hubiera excitado grandemente su curiosidad y admiración. La desgraciada joven, cuya credulidad corría parejas con la pretensión de Norna contemplaba con interés aquella singular habitación.

—Norna —dijo a media vozno pudo escoger mejor vivienda. No tiene más espacio que el que un ave marina necesita para posarse. Vense por doquier olas espumosas y tormentas. La desesperación y el poder mágico no encontrarían asilo más conveniente.

Brenda, por lo contrario, temblaba mirando el difícil y peligroso sendero por el que caminaba, especialmente al aproximarse al borde del precipicio. Aunque era shetlandesa, y por mucho que confiase en el instinto de su cabalgadura, asustóse atrozmente cuando, yendo a la cabeza de los demás, y al volver un ángulo del peñasco sus pies estuvieron por un instante fuera del precipicio, quedando un vacío espantoso entre su calzado y el Océano, cuyas agitadas olas rompíanse bramando y lanzando espumas, a quinientos pies de profundidad. Lo que a una señorita de otro país cualquiera le hubiera producido un acceso de delirio, no le ocasionó a ella más que una momentánea agitación, y aun ésta desapareció tan pronto como pensó que esta impresión podría producir en la imaginación de Minna un efecto benéfico.

Sin embargo, volvió la cabeza para ver cómo franquearía Minna aquel sitio peligroso, y oyó la voz de su padre que, aun cuando tan tranquilo por él mismo como si caminase por un terreno llano, exclamó alarmado: “¡cuidado, hija mía!, en el momento en que ésta, con los ojos inflamados v dejando escapar la brida, tendió los brazos y adelantó su cuerpo sobre el precipicio, en la actitud de un cisne silvestre que, balanceándose y abriendo sus alas, se apercibe para lanzarse de lo alto de un peñasco en el seno de los aires. Brenda experimentó una angustia horrible, que le produjo una fortísima impresión, aunque un instante después vio a su hermana que continuaba montada sobre su silla. El animal que la llevaba había atravesado rápidamente el paraje peligroso, poniendo término a la tentación, si Minna había tenido alguna, y suprimiendo la ocasión de ceder a ella.

Por último, entraron en un terreno más llano y descubierto: era éste un istmo cuya punta se extendía hacia el estrecho precipicio que separaba la porción de roca en que Norna habitaba, y que estaba aislada del cuerpo principal de aquel peñasco. Este foso natural, que parecía abierto por algún movimiento sísmico, era sombrío, profundo e irregular, estrecho hacia el fondo y ancho en su parte superior. Hubiera podido *creerse* que la parte de la roca que sostenía la vivienda de la sibila había sido arrancada de la

extremidad del istmo, pues se inclinaba grandemente hacia el mar. Este ángulo de proyección era tan considerable que era preciso hacer un esfuerzo poderoso para apartar de la imaginación la idea de que esta parte de la roca se encontraba a punto de precipitarse en el mar, arrastrando consigo la morada que la cubría. Los pusilánimes hubieran vacilado antes de posar su planta en ella temiendo que el peso de su cuerpo la hiciese rodar al abismo.

Impasible, el udaller se dirigió resueltamente hacia la torre, apeóse, como igualmente sus hijas, y mandó a sus criados que descargasen las provisiones y llevaran los caballos al paraje más próximo y conveniente para pastar. Avanzaron en seguida hacia la puerta, que parecía haber estado en otro tiempo en comunicación con la otra parte de la roca por medio de un grosero puente levadizo, cuyos restos se descubrían aún, pero que había sido reemplazado por otro puente muy estrecho y sin pretil, por el que sólo podía pasarse a pie, construido con duelas de toneles cubiertas de césped y sostenidas por la mandíbula de una ballena que formaba una especie de arco.

El udaller cruzó este puente temible con el majestuoso paso que le caracterizaba y cuya firmeza amenazaba destruir este frágil apoyo. Sus hijas le siguieron con un paso ligero, no tardando en encontrarse los tres a la puerta baja y estrecha de la morada de Norna.

—¿Y si estuviera ausente? —preguntó Magnus dando repetidos golpes a la puerta que era de madera de encina negra—. ¡Bah! Aguardaríamos su regreso veinticuatro horas, y haríamos pagar este retardo a Nicolás Strumpfer en aguardiente.

Al decir esto el udaller, se abrió la puerta y la sorpresa de Minna no fue menor que el susto de su hermana al ver ante ellas un enano de una cuadratura sorprendente, de cerca de cuatro pies y cinco o seis pulgadas, con una cabeza extraordinariamente grande y de facciones muy pronunciadas; su boca era enorme y sus labios más gruesos que los de un negro; su nariz, monstruosa y aplastada, y sus largas y negras ventanas, hendidas de alto abajo, casi dejaban al descubierto al través de sus sinuosidades, los arranques del cerebro; sus grandes ojos, bizcos y saltones, que abría y cerraba con prodigiosa vivacidad, mientras contemplaba a Magnus con cierto aire que revelaba que no le era desconocido, mas sin pronunciar una palabra. Las dos hermanas dudaban si aquel monstruo sería el mismo Trold en persona, el demonio que tan importante papel desempeñaba en el relato de Norna. Magnus, al hablarle, hízolo con el tono de condescendencia familiar que se adopta con un sujeto inferior cuando es necesario contemporizar con él o hacerle partícipe de nuestros intereses, tono que no es, sin embargo, menos ofensivo cuando el que lo emplea deja sentir su superioridad sobre los otros.

—¡Ah honrado Nicolás! —dijo el udaller—, ¿estáis aquí? Siempre tan diligente y tan bondadoso como San Nicolás vuestro patrón, al que se le ve tallado a golpes de hacha, para adornar la proa de algún barco holandés. ¿Cómo estáis, Nicolás o Pacolet, si este nombre os es más agradable? He aquí a mis dos hijas. Nicolás; casi tan hermosas como vos, según podéis juzgar.

Strumpfer hizo un gesto, inclinándose torpemente a manera de saludo y de reverencia; pero sus miembros deformes continuaban obstruyendo la entrada de la vivienda.

—Hijas mías —prosiguió el udaller que debía tener algún motivo para hablar a aquel cerebro tan bondadosamente—, ved aquí a Nicolás Strumpfer, a quien su ama llama Pacolet, con gran propiedad, por cierto. Es tan ligero como el que atravesaba los aires

Librodot

sobre su caballo de madera, en la historia de Valentín y de Orsón, que leíais, Minna, en vuestra niñez. Sabe guardar los secretos de su ama, y jamás se los ha revelado a nadie. ¿No es cierto?

El deforme enano hizo un gesto aún más horroroso que el primero y, como si pretendiera explicar el chiste de Magnus, abrió su inmensa boca, echando la cabeza hacia atrás, dejando ver que en su profunda cavidad no había más que un trozo arrugado de lengua que sólo le servía para ayudarle a tragar los alimentos, pero que no era bastante para formar sonidos articulados. Ignorábase si fue la crueldad o la dolencia lo que le redujo a aquel estado; pero, como oía bien era indudable que no había nacido mudo. A su mueca horrible correspondió el udaller en la misma moneda, y después lanzó una carcajada tan espantosa y sarcástica como excitado se encontraba por su deplorable situación. Las dos hermanas contempláronse sorprendidas, y aun Magnus mismo pareció desconcertarse.

—Pero dime amigo Nicolás —prosiguió el udaller después de una breve pausa—, ¿cuánto tiempo hace que no te has lavado, con un vaso de rico aguardiente, ese tragadero que parece tan ancho como el brazo de mar de Pentland? Yo lo he traído excelente.

El enano arrugó el entrecejo, movió su enorme cabeza y, alzando su mano derecha, hasta la altura del hombro, señaló con el pulgar la casa.

—¡Qué! —exclamó Magnus, que había comprendido muy bien lo que el enano quería decirle—: ¿mi prima está de mal humor? No te preocupes por eso; dejaré una botella para que te regales cuando esté ella ausente: aunque tus labios estén mudos, tu garganta bien podrá tragar.

El enano hizo un gesto dando a entender que conocía, la verdad de la anterior proposición.

—Ahora, Pacolet, déjanos pasar y permíteme que lleva a mis dos hijas a que vean a su parienta. ¡Por los huesos de San Magnus! no tendrás que arrepentirte de ello. No muevas la cabeza amigo mío, porque, si tu ama está en casa, necesitamos verla.

El enano hízole comprender por señas, y aun por sonidos discordantes e inarticulados, que no podía pasar.

—¡Ta, ta, ta! —repuso el udaller, cuya sangre comenzaba ya a; inflamarse—; no me molestes más con tus muecas y déjanos entrar; tomo sobre mí la responsabilidad de lo que ocurra.

Y al decir esto, asió vigorosamente al enano por el cuello de su chaleco azul y le obligó a abandonar el puesto, empujándole pausadamente hacia un lado, y entró con sus dos hijas, que atemorizadas mas teníanse lo más cerca posible de su, padre. Encontráronse en un pasadizo obscuro y tortuoso que no recibía otra luz que la de una aspillera o especie de tronera, destinada en otro tiempo según parecía, a defender la entrada por medio de una culebrina. A medida que avanzaban andando despacio y casi a tientas crecían las tinieblas hasta que la luz desapareció de pronto, casi por completo. Brenda, levantando los ojos para descubrir la causa, tembló al ver el aspecto pálido de Norna, pues era muy natural que la dueña de la casa, desobedecidas sus órdenes, no guardase muchas ceremonias. La palidez de sus facciones, que la obscuridad aumentaba; sus ojos fijos e inmóviles; su actitud fría y severa; que no presagiaba buen recibimiento; su triste silencio y cuanto había en la morada, acrecentaba el asombro terrorífico de Brenda. Magnus Troil y Minna no habían descubierto aún a su extraordinaria huésped.

Librodot

VIII

—La escalera debe estar aquí —dijo el udaller tropezando en la obscuridad con algunos peldaños de desiguales forma y altura—: sí, sí, ésta debe ser, si no estoy desmemoriado. Ved aquí la habitación en donde de ordinario pasa el tiempo mi prima —agregó, deteniéndose delante de una puerta entreabierta—, con todo ese aparato en derredor, y tan entretenida siempre como el diablo en un huracán.

Seguidamente entró Magnus, con sus dos hijas, en la tenebrosa estancia en donde Norna estaba sentada en medio de un montón confuso de libros escritos en diferentes idiomas, de pedazos de pergamino, de fragmentos de mármol y de piedras, en los que aparecían grabados los caracteres rectos y angulares del alfabeto rúnico, y otros objetos de la misma índole, que el vulgo toma por atributos de las ciencias malditas por Dios. Había en un rincón una vieja cota de malla y un casco, y encima de una antigua chimenea muy mal construida veíanse colgadas el hacha y la lanza pertenecientes a aquella armadura. Sobre una pequeña mesa, se descubrían, convenientemente ordenadas, algunas hachas de piedra de granito verde que se encuentran frecuentemente en dichas islas, que el pueblo llama piedras de rayo, y a las que se atribuye la propiedad de preservar contra las chispas eléctricas; se observaba entre ellas un cuchillo de piedra de los que se empleaban para los sacrificios, y que acaso había servido para inmolar víctimas humanas; y, por último, uno o dos de aquellos instrumentos de bronce llamados *celts*, cuyo uso desconocen los anticuarios. Muchos otros objetos de forma y aplicación indefinibles y cuya descripción sería imposible hacer, estaban confusamente esparcidos, y, sobre una gran cantidad de hierbas marinas secas, amontonadas en un rincón, se veía un animal que se hubiera tomado por un perro disforme, pero que no era sino un becerro marino que Norna había domesticado.

Cuando Magnus y sus hijas entraron, el becerro marino erizó su pelo tan vivamente como pudiera hacerlo un perro en semejante ocasión; Norna se quedó inmóvil. Estaba sentada delante de una mesa de granito y parecía ocupada en leer un libro muy viejo, y junto a ella, sobre la misma mesa, había un pan de cebada sin levadura de los que sirven de alimento ordinario a los pobres habitantes de Noruega, y un cántaro de agua.

Magnus Troil quedóse silencioso un instante, contemplando a su parienta. La singularidad de aquella habitación inspiró a Brenda un nuevo temor, y Minna, no obstante su estado habitual de melancolía, experimentó un sentimiento de curiosidad no exento de respeto. Deseando no dar a Norna motivo alguno de enojo y no queriendo manifestar que le intimidaba la acogida que se le dispensaba, el udaller fue el primero que habló.

—Buenos días, prima Norna; mis hijas y yo hemos venido de bien lejos para visitares.

Norna alzó un momento la cabeza para mirar al udaller, y luego volvió a inclinarla sobre el libro que parecía llamar su atención.

—No os enojéis —prosiguió Magnus—, lo que pensamos deciros no es urgente y podemos esperar. Venid aquí Minna, ved qué hermoso panorama se divisa desde este punto. ¿Veis aquel cabo, a cerca de un cuarto de milla, y las olas que suben a la altura de un mastelero, y vienen a deshacerse a la orilla? Y el becerro marino de nuestra parienta, ¿sabéis que es hermoso? ¡Hola, amiguito! ihu, hu, hu.

Librodot

El becerro marino soltó un gruñido.

—No es muy atento que digamos —prosiguió el udaller esforzándose por mostrar confianza—, como el de Pedro Mac-Raw, el antiguo tañedor de cornamusa de Stornoway, pues aquél movía la cola cuando oía cantar el aire de *Daberfae,* y no se inquietaba aunque le cantasen cualquier otro. En fin prima —agregó al ver que Norna cerraba su libro—: ¿vais a decirnos que somos bien venidos, o necesitamos buscar otro sitio donde pernoctar y salir de la casa de nuestra parienta, a pesar de lo avanzado de la tarde?

—Raza de corazón duro y frío tan sorda como_ el áspid lo es a la voz del mismo que le encanta, ¿qué necesitáis de mí? —dijo Norna—. ¡Despreciasteis los avisos saludables que os di, los males que os amenazaban, y ahora que han llegado, venís a pedirme consejos, cuando éstos son ya inútiles!

—Vuestra cortesía prima —respondió el udaller con el tono de franqueza y de resolución que le caracterizaba—, no es muy exquisita. No puedo deciros que haya visto nunca un áspid, puesto que no se crían en este país; pero estoy seguro de que este animal no puede servir de término de comparación con mis hijas y conmigo. Nuestro antiguo conocimiento y otras causas me impiden salir en seguida de vuestra casa; pero tengo derecho a ser recibido con la misma amabilidad con que me he presentado. Si nos tratáis groseramente, nos iremos, y dejaré caer toda la vergüenza sobre vuestro techo hospitalario.

—¡Cómo! —repuso Norna— ¿osáis usar este lenguaje en casa de una mujer de quien todo el mundo solicita, como vos lo hacéis ahora, su protección y consejos? Los que se dirigen a la Reim-Kennar deben hablarle en voz baja, pues hasta los vientos y las olas enmudecen en su presencia.

—Los vientos y las olas —respondió resueltamente Magnus— harán lo que les plazca; pero yo no tengo por qué callar. En casa de un amigo hablo con la misma libertad que en la mía, y no arrío mi pabellón en presencia de nadie.

—¿Y esperáis con esas groserías obligarme a responder a todas vuestras preguntas?

—Prima —replicó firmemente el udaller—, no conozco tan bien como vos las antiguas sagas norsas; pero sé perfectamente que nuestros antepasados, cuando iban a consultar a los intérpretes del destino, lo hacían con el hacha sobre el hombro y la espada desnuda en la mano, para obligar a la potestad que ellos invocaban a oírles y responderles, aunque fuese el mismo Odín.

—Primo Magnus —contestó Norna que se puso en pie y se adelantó hacia él—, has hablado cuerdamente y como os conviene a ti y a tu hija, porque si hubiese salido de mi casa sin exigirme una respuesta, el sol no se hubiera levantado mañana sobre vuestras cabezas. Los espíritus que me iluminan son muy celosos, les desagrada que se les emplee en beneficio de la humanidad y se niegan a servirme si no se les obliga a ello por las importunidades osadas del hombre libre y valiente. Ahora habla: ¿qué deseas de mí?

—La salud de mi hija, pues cuantos esfuerzos hago para devolvérsela son inútiles.

—¡La salud de tu hija! ¿Y cuál es su enfermedad?

—Al médico le corresponde averiguarlo. Lo único que puedo decir es que...

—No es necesario que digas nada. Sé cuanto tú puedes decirme, y mucho más. Sentaos todos, y tú, joven colócate en este sitio —dijo a Minna mostrándole el asiento que ella acababa de dejar—, ésta fue en otra época la silla de Giervada, a cuya voz las estrellas dejaban de brillar y la luna se obscurecía.

Minna se dirigió lentamente y temblando ¡hacia el asiento que se le había indicado, una especie de sillón de piedra groseramente tallado por la mano de algún antiguo artista godo.

Brenda, que no se separaba del lado de su padre, sentóse con éste sobre un banco de piedra colocado a alguna distancia de Minna sin dejar de mirarla, con una mezcla de horror, de sorpresa y compasión. Su agitación era indescriptible. No poseyendo aquella imaginación exaltada, que era la cualidad dominante de su hermana, resistíase a creer en lo maravilloso; sin embargo, la escena que iba a representarse le inspiraba vagos temores; pero estas aprensiones borrábanlas las que le inspiraba el afecto que sentía por su hermana, tan débil y propensa a emocionarse. Minna estaba sentada, pensativa, resignada a cuanto le prescribiese una mujer cuya pretendida magia podía producirle efectos bien perniciosos, dispuesta, como estaba, desde hacía largo tiempo, a dar crédito a tales patrañas. Su esbelto talle y los contornos delicados de sus formas contrastaban admirablemente con los ángulos irregulares de su grosera silla. Sus mejillas y aun sus labios parecían de yeso por su blancura. Norna, hablándose a sí misma en voz baja y monótona, iba tomando de distintos sitios diferentes objetos que colocaba ordenadamente sobre la mesa.

Brenda, al ver tales preparativos, miró a Magnus, tratando de descubrir, a hurtadillas, la expresión de su rostro; pero el udaller observaba tranquila y sosegadamente las idas y venidas de Norna, y parecía aguardar el resultado con la sangre fría de un hombre que, confiado en la habilidad del cirujano, le ve disponerse a ejecutar una dolorosa operación, con todo el interés que le sugieren los lazos de la naturaleza o los de la amistad.

Norna completaba mientras tanto sus preparativos, colocando sobre la mesa un pequeño escalfador lleno de carbón de piedra, un crisol y una pequeña plancha de plomo.

—Es una fortuna ——dijo la sibila en alta voz— que yo supiera, antes que vosotros mismos, que habíais de venir aquí, pues, sin esto, ¿cómo habría podido prepararme para lo que se trata de hacer? Joven —agregó, dirigiéndose a Minna—, ¿dónde reside vuestro mal?

Minna limitóse a apoyar la mano sobre su costado izquierdo.

—En efecto —repuso la sibila—, ése es el sitio de todo bien y de todo mal. Y vos, su padre, y vos; su hermana no creáis que éstas son palabras vanas de una mujer que habla caprichosamente. Si puedo decir cuál es el mal, tal vez encuentre el medio de hacer menos doloroso lo que todos los remedios del mundo no pueden curar. El corazón, sí, el corazón, tocadle; y los ojos se obscurecen, el pulso late más débilmente; la sangre se detiene en las venas, y todo su ser se marchita como la hierba marina bajo los rayos del sol: sólo queda la sombra de lo que se ha perdido y el temor de un mal inevitable. La Reim-Kennar va a empezar su obra, y es una dicha que me haya provisto anticipadamente de cuanto se necesita para conseguirlo.

Quitóse entonces su largo manto obscuro, quedándose con un vestido corto de color azul pálido guarnecido estrafalariamente con tiras de terciopelo negro, y sujeto a la cintura con una cadena de plata: desató la redecilla que contenía sus cabellos grises, y los dejó flotando sobre sus espaldas y su rostro ocultando casi por completo sus facciones. Colocó luego el crisol sobre el escalfador que hemos mencionado, vertió sobre el carbón algunas gotas del licor que contenía una pequeña botella, y empapando el índice de su mano derecha en otro licor, tocó el carbón diciendo en voz alta: “Fuego, cumple tu deber”. Al pronunciar estas palabras y a consecuencia seguramente de alguna preparación

química desconocida de los espectadores, el carbón colocado en el escalfador empezó a arder lentamente. Norna, como si aquella tardanza le molestase, movió la cabeza y retiró todos sus cabellos sobre su espalda, y mientras — soplaba para activar la llama, la luz roja que ésta reflejaba en su cara que parecía la de una furia, y sus ojos lanzaban chispas como los de un animal salvaje. Abandonando por un instante su tarea, murmuró en voz baja que debían darse las gracias al espíritu del fuego, y entonó una canción con música extravagante.

Al concluir su cántico cortó un pedazo de la plancha de plomo, y la puso sobre el crisol, y mientras á el metal se derretía volvió a cantar.

Tomó después el cántaro que estaba sobre la mesa, vertió un poco de agua en un cubilete y la agitó con el extremo de su varia.

Agarró luego las tenazas, sacó el crisol del fuego, y vació el plomo derretido en el cubilete.

El metal, al caer en el agua tomó, como ocurre siempre, aquellas variadas formas irregulares que conocen cuantos han hecho esta experiencia en la juventud, y en las que todos encuentran una semejanza con lo que pretenden ver. Norna examinaba detenidamente la masa del plomo que había en el fondo del vaso, de la que desprendió algunos fragmentos; pero no encontró lo que buscaba.

Al fin, murmurando en voz baja, y dirigiéndose a sí misma más bien que a los que la rodeaban, dijo:

—Aquel que no vemos, desea que no se le olvide. Necesitamos rendirle su tributo, aun en una obra a la que no contribuye. ¡Terrible dominador de las nubes, tú también has de oír la voz de Reim-Kennar!

Y, mientras decía esto, arrojó nuevamente el plomo en el crisol; y el metal mojado, al ponerse en contacto con el recipiente enrojecido por el fuego, empezó a rechinar, no tardando en ponerse, por segunda vez, en estado de fusión. La sibila, dirigiéndose hacia un rincón de su cuarto, abrió de par en par una ventana que daba al Noroeste, por la cual entró en seguida la luz del sol, que estaba entonces casi a nivel con el horizonte, y medio cubierto de espesas nubes de un color rojizo obscuro que presagiaba una tempestad; y volviéndose luego hacia aquel lado, del que soplaba una brisa fuerte, cuyos sordos mugidos se oían desde allí, Norna invocó al espíritu de los vientos, arrancándose un mechón de cabellos y lo arrojó fuera de la ventana, que cerró después.

La sibila vertió nuevamente en el agua el plomo derretido, y volvió a examinar escrupulosamente las porfías extraordinarias que el metal tomaba. La voz y los gestos de Norna parecían anunciar que el encanto había producido todo su efecto; escogió entre los pedazos del plomo uno que en cierto modo se asemejaba al corazón humano, y aproximándose a Minna, le dijo:

—La joven que toma asiento al borde de pozos encantados, debe pensar que alguna vez será víctima de un maleficio; la que va a mares lejanos puede encontrar alguna sirena que no le sea propicia, y la que duerme en la gruta de un enano se expone a sufrir más rudas pruebas. Sin embargo, los pozos, los mares y las grutas no son la causa de tu mal.

Minna, que estaba distraída reflexionando acerca de sus sufrimientos secretos, volvió en sí y prestó toda su atención, y sus ojos recobraron su antiguo brillo, fijándolos sobre Norna con la esperanza de oír algo que le interesara. La sibila agujereó el pedazo de plomo y le pasó un anillo de oro que podía servir para suspenderle de una cadena o de un collar, y prosiguió diciendo:

Padeces la influencia de un espíritu infernal, que, como ningún otro, ocasiona amarguras y hace derramar lágrimas. ¿Me entiendes?

—Continúe, madre —repuso Minna—, que yo' descifraré el misterio de vuestras palabras.

—¡Bendito sean el Cielo y todos los santos que en él moran! ——exclamó Magnus Troil—. Es lo primero que en muchos días le he oído decir atinadamente.

—Y será lo último que hablará en muchos meses —replicó Norna muy incomodada por aquella interrupción— si volvéis a interrumpir mi encanto. Volveos hacia la pared y cuidad de no mirar aquí so pena de incurrir en todo mi enojo. Vos Magnus Tril, por vuestra incredulidad a cuanto no comprendéis sois indigno de ver esta obra misteriosa, y vuestras miradas debilitarán mis conjuros, porque las potestadas que invoco no perdonan las dudas.

Poco habilitado a que le tratasen con tanta desconsideración, Magnus iba a responderle enérgicamente; pero reflexionó que se trataba de la salud de Minna, y que la persona que le faltaba al respeto era una mujer que había sufrido grandes penas, y dominó su cólera: bajó la cabeza, y obedeciendo las órdenes de la sibila, volvióse de espaldas a la mesa, y puso su cara contra la pared. Brenda ejecutó otro tanto a la primera indicación de su padre, y los dos quedaron silencios.

Norna, dirigiéndose nuevamente a Minna, le dijo:

—Cesen tus males; devuelva la esperanza el brillo a tus ojos; recobre tu corazón la paz, y la confianza tiña de rojo tu rostro bellísimo. A tus angustias pondrá término Kirwall, donde dejarás de ver pies y manos ensangrentados.

Minna, al oir esto, se ruborizó, suponiendo que la sibila conocía la causa secreta, de sus penas. La misma convicción le infundía esperanza y apretó la seca mano de Norna, con toda la expresión de su afecto, primero contra su corazón, y después contra sus labios, inundándosela de lágrimas.

Norna desprendió su mano de las de la joven, que no cesaba de llorar, y con más ternura de lo que ella solía manifestar, ató una cadena de oro al corazón de plomo, y colgóla al cuello de Minna, diciéndole:

—Ten paciencia, hija mía. Esta cadena, obra de una hada insigne, justifica que no te miento. Llévala constantemente, contigo, pero no permitas que nadie la vea, hasta que, en el transcurso del tiempo, mi pronóstico tenga confirmación.

Y, dicho esto, la sibila ocultó en el seno de Minna la cadena que le había colgado al cuello, con lo que quedó terminada la supersticiosa ceremonia.

Norna volvió a advertir a la joven que, si enseñaba a alguien aquel don de las encantadoras, o hablaba de él, toda su virtud quedaría destruida. Por último, abriendo el cuellecito que acababa de abrochar, hizo salir algunos eslabones de la cadena de oro; le dijo que la mirase atentamente, y Minna reconoció la que la sibila había dado en otra ocasión a Mordaunt, con lo que parecía anunciar que el joven vivía y continuaba estando bajo la protección de Norna. Minna la miró con curiosidad; pero la sibila puso un dedo sobre sus labios para imponerle silencio, y volvió a ocultar la cadena bajo el velo que cubría el seno más hermoso que la Naturaleza había formado.

Norna apagó luego con el agua del cubilete el carbón encendido y dijo a Magnus y a Brenda que podían volverse, porque la ceremonia había terminado.

IX

La farsa practicada por la vieja sibila había producido un efecto saludable a Minna, por lo que aquélla pareció adquirir un verdadero derecho al reconocimiento de Magnus Troil.

Norna volvió a abrir la ventana, y Minna, limpiándose las lágrimas, y adelantándose hacia su padre con aire de ternura y confianza, se precipitó en sus brazos, pidiéndole que la perdonase por los sufrimientos que le había ocasionado. No es necesario decir que este perdón le fue concedido con toda la ternura del amor paternal, aunque expresado bruscamente, y que Magnus la abrazó con el mismo gozo que si la viera salir de un sepulcro. Desprendiéndose de los brazos de su padre, arrojóse luego en los de Brenda, a quien manifestó con lágrimas y caricias, más bien que con palabras, cuánto sentía la conducta extraña que con ella había observado en aquellos últimos días. Magnus creyóse obligado a expresar su gratitud a Norna, cuya ciencia había producido resultado tan eficaz; pero apenas hubo empezado a decir: “mi respetable parienta, no soy más que un viejo norsa...”, cuando aquélla le interrumpió poniendo un dedo sobre sus labios.

—En torno de nosotros hay seres dijo—, seres a quien la voz de un mortal molesta, y a quienes desagrada que se tributen sacrificios a los sentimientos humanitarios. Algunas veces llegan hasta rebelarse contra mí, su dueña soberana, porque estoy cubierta todavía con la apariencia de la humanidad. Temblad, pues, y prestadme atención. Mis acciones me han elevado sobre este humilde valle de la vida, asilo de la caridad y la indigencia; he despojado al donador del don que me había hecho; me he elevado a una altura inconmensurable y sólo me une a la tierra la pequeña porción que tocan mis pies, por eso poseo el privilegio de luchar contra estos seres terribles. No tenéis que temer nada; pero guardaos de ser temerario. Que esta noche sea para vosotros una noche de ayuno y penitencia.

Si desde el principio de la operación el udaller se había mostrado dispuesto a obedecer a la sibila, fácilmente puede suponerse que lo estaría mucho más después de los resultados que acaba de obtener. Permaneció, pues, sentado y en el mayor silencio, y, para evitar el tedio tomó un libro que encontró a mano: era ése un esfuerzo que le imponía la desesperación, pues no se recordaba jamás que Magnus Troil se hubiera distraído leyendo. La casualidad quiso que le agradase, pues era la obra bien conocida de Olaüs Magnus, acerca de las antiguas naciones del Norte. Por desgracia, esta obra estaba escrita en latín, idioma mucho menos familiar al udaller que el norsa y el holandés; pero era la hermosa edición ilustrada con preciosas láminas, en las que se representaban las guerras, las pescas, los ejercicios y ocupaciones domésticos de los escandinavos. Aquel libro hablaba a sus ojos, y los viejos y los niños saben perfectamente que, aunque una obra no diga nada a su razón, no deja por eso de ser divertida.

Mientras tanto, Minna y Brenda abrazadas estrechamente como dos flores nacidas en un mismo tallo, estaban sentadas, rodeando un brazo de cada una la espalda de la otra, como si temiesen que surgiera algún nuevo motivo que destruyese la armonía que tan felizmente acababa de restablecerse entre las dos. Norna volvió a ocupar su asiento junto a la mesa, y ya leía en el grueso volumen forrado de pergamino que tenía en la mano cuando fue interrumpida por Magnus y sus hijas, ya miraba a las dos hermanas mostrando por ellas un interés que parecía alterar la severa dignidad de su rostro. Todo respiraba allí el tranquilo silencio de la tumba, cuando la llegada del enano Pacolet inte-

rrumpió aquella solemne escena.

Norna miró con enojo al intruso, que pareció apaciguar la cólera de su ama levantando ambas manos hacia el cielo y haciendo oir un sonido inarticulado: después, recurriendo en seguida a su modo ordinario de hablar, hizo varios signos con los dedos. Norna contestóle del mismo modo, y las dos hermanas, que jamás habían oído decir que las gentes pudieran entenderse por aquel medio, empleado por dos seres tan singulares, creyeron casi que éstos se comunicaban las ideas en virtud de algún maleficio.

Al terminar esta conversación Norna se volvió hacia Magnus y le dijo con cierto enojo:

—¡Cómo, primo mío! ¿Es posible, que os hayáis distraido hasta el punto de traer provisiones al domicilio de la Reim-Kennar, y que hayáis pretendido transformar la morada del poder y de la desesperación en una sala de festín y de recreo? No digáis, nada, no me respondáis; la duración de la cura que acaba de verificarse depende de vuestro silencio y de vuestra obediencia. Pronunciad una sola palabra y Minna recaerá en un estado peor que el en que estaba cuando llegó aquí, y del que la he sacado.

Esta amenaza produjo instantáneamente todo su efecto sobre el udaller, a pesar del deseo que tenía de justificarse.

—Venid conmigo todos —dijo Norna, encaminándose a la puerta—, y no miréis atrás; esta estancia no queda vacía aunque nosotros, hijos del polvo, salgamos de ella.

Norna iba delante, y Magnus ordenó por señas a sus hijas que la siguiesen y la obedecieran. La sibila bajó, mucho más ligera que sus huéspedes, los escalones desiguales de una mala escalera que conducía a la sala del piso bajo. Cuando Magnus y sus hijas, que se habían visto apuradas para seguirla, llegaron a dicha sala, encontraron a sus criados atónitos y sorprendidos, presenciando la operación en que se ocupaba Norna.

Los criados habían colocado cuidasamente sobre una mesa de piedra las provisiones que habían traído, a fin de que Magnus encontrase preparada la comida cuando sintiese apetito, que guardaba un período tan arreglado como el flujo del mar; pero quedaron mudos de asombro al ver que Norna se apoderaba sucesivamente de todos los comestibles que su previsión había llevado, y con la ayuda del activo Pacolet los arrojaba uno tras otro, por la ventana, al mar, cuyas olas rompíanse contra la roca sobre que estaba edificada la casa. La cecina de vaca y los jamones volaban por los aires; los gansos ahumados y el pescado seco volvieron a su elemento, y la devastación era tan rápida, que el udaller apenas pudo salvar de ella su gran cubilete de plata, mientras que la calabaza que contenía su bebida favorita volaba a juntarse con las demás provisiones. Pacolet miró al consternado udaller y le hizo una mueca maliciosa, como, si, a pesar del gusto natural, que aquel licor le producía, gozara viendo la incomodidad de Magnus, que era mucho mayor que la que hubiera experimentado si hubiera tenido que partir con el enano su bebida predilecta.

La pérdida de la calabaza de aguardiente agotó la paciencia del udaller, que exclamó lleno de cólera:

—¿Qué quiere decir esto, prima? Esto es una manía de destrucción que se ha apoderado de vos. ¿Y en dónde vamos a cenar ahora, y con qué?

—En donde os plazca —repuso Norna—, y con lo que os agrade; pero no será con los alimentos que hábeis profanado esta mansión. Idos todos en seguida y no perturbéis por más tiempo mi sosiego. Os habéis detenido aquí demasiado.

—¡Cómo, prima! —replicó Magnus—, ¿nos arrojáis de vuestra casa al caer la noche?

Un escocés no cerraría su puerta a un extranjero a tales horas. Pensad qué vergüenza será para nuestro linaje, si nos obligáis a marchar sin provisiones.

—Silencio —ordenó Norna—, y retiraos. Conformaos con haber obtenido lo que deseabais. Unos simples mortales no pueden hospedarse en mi vivienda, pues no poseo provisiones para satisfacer las necesidades de los hombres. Al pie de esta roca existe una grande y hermosa extensión de arena; allí encontraréis un arroyuelo cuya agua es tan pura como la de Kindilguie y la hierba *dulce* que abunda en las hendiduras de las peñas es tan saludable como la de Guydin, y no ignoráis que el agua de los pozos de Kindilguie y la hierba *dulce* de Guydin curan todas las enfermedades, excepto la muerte.

—Tampoco ignoro —repuso el udaller— que es preferible comer hierbas podridas del mar como un estornino; carne salada de lobo marino, como los naturales de Burra-Forth, y ratas, caracoles y lampreas como los miserables habitantes del Stroma, antes que tomar un pedazo de pan blanco y un vaso de excelente vino tinto en una casa donde me lo echan en cara ... Pero comprendo, prima —prosiguió, haciendo un esfuerzo para tranquilizarse—, que no procedo cuerdamente; sí, lo conozco: hago mal, debería mostrarme agradecido por lo que habéis hecho antes, lejos de censuraros lo que ahora hacéis. No os impacientéis, nos marchamos en seguida. Y vosotros, tunantes —dijo apostrofando a sus criados—, que os habéis apresurado a cumplir vuestro deber antes que os lo mandasen, salid al punto de aquí y despachaos a recoger vuestros caballos, pues necesitamos buscar otro albergue para esta noche, si no queremos acostarnos con el estómago vacío y sobre las piedras.

Los criados, a quienes el arrebato de Norna había llenado de confusión, no aguardaron que el enano concluyera de dar sus órdenes para abandonar aquel lugar precipitadamente; el udaller, tomando por el brazo a sus dos hijas, se disponía a seguirles, cuando Norna exclamó enfáticamente: "¡Esperad!", a cuya voz se detuvieron; la sibila presentó la mano a Magnus, y el bueno del udaller, ajeno a todo resentimiento, se la apretó afectuosamente.

—Magnus —dijo ella—, estamos obligados o separarnos; pero creo que sin resentimiento.

—No os lo guardo, prima —le contestó Magnus, aunque titubeó al decirlo=; no os guardo ninguno. No he tenido jamás resentimiento contra nadie, y mucho menos lo tendré contra vos, que sois mi propia sangre, contra una mujer cuyos consejos me —han conducido al través de más de una borrasca de la vida, tan seguramente como el mejor piloto de Swarna o de Strona conduciría un barco en la corriente y torbellinos del brazo del mar de Pentland.

—Está bien —replicó Norna—; ahora retiraos con la sola condición que me atrevo a imponeros. ¡Ni una sola palabra más! Jóvenes, aproximaos para que os bese en la frente.

Minna y Brenda obedecieron a la sibila, la primera con una especie de respeto religioso, y con temor involuntario la otra; la una subyugada por el fuego de su imaginación, y la otra dominada por su timidez característica. Norna los despidió al momento, y dos minutos después encontrábanse al otro lado del puente, sobre la explanada de la roca situada frente a la morada que esta misteriosa mujer se había elegido.

La noche empezaba a enseñorearse de la tierra, un soberbio crepúsculo se extendía a lo lejos por toda la superficie del mar, que parecía dormir, pues apenas se oía el suave murmullo de las olas, que se acercaban una tras otra a besar suavemente la roca. Enfrente

alzábase la antigua fortaleza, tan vieja, tan informe y tan compacta como el granito que le servía de base. Ni la vista ni el oído descubrían en los alrededores rastro de humana vivienda. Sólo en una abertura que servía de ventana a la torre, veíase la débil luz de una lámpara a cuya claridad se entregaba, seguramente, la sibila a sus estudios nocturnos y misteriosos. Aquel tenue resplandor trazaba en el crepúsculo, con el que iba a confundirse, un rayo de luz pálida semejante a la de la atmósfera, así como la vieja y su enano, únicos moradores de aquel lugar inhabitado, se asemejaban a la soledad en que vivían.

Magnus y sus dos hijas quedáronse silenciosos durante algunos minutos, entregado cada uno a sus propias reflexiones. Minna, reconcentraba toda su atención en los consuelos misteriosos que había recibido, esforzábase inútilmente por encontrar en las frases que Norna le había dirigido una significación más clara y precisa. El udaller no se había repuesto aún de la sorpresa que le había causado el modo grosero con que su parienta los había despedido en circunstancias que no le permitían manifestar todo su enojo; su carácter hospitalario y bondadoso le hacía considerar aquella acción como uno de los mayores insultos. Se arrepentía de no haberse encolerizado, pero ya no era ocasión oportuna para ello, y no sabía qué hacer. Brenda fue la primera que interrumpió el silencio, preguntando adónde irían y en dónde pasarían la noche.

Esta pregunta, formulada con la mayor sencillez, no exenta de cierta melancolía, cambió instantáneamente el curso de las ideas de Magnus. Su inesperada y difícil situación, hiriéndole entonces bajo un punto de vista cómico, arrancóle una estruendosa carcajada que, resonando en todos los peñascos, despertó a los pájaros de mar que dormían en sus cavidades y huyeron despavoridos. Minna y Brenda previnieron a su padre que se exponía a enojar a Norna riéndose de aquel modo, y unieron sus esfuerzos para alejarse de aquel sitio. Magnus dejóse conducir sin resistencia hasta que, logrando desasirse de sus manos, sentóse o, mejor dicho, se dejó caer sin fuerzas sobre una gruesa piedra y empezó a lanzar de nuevo tan estruendosas carcajadas, que las dos hermanas se alarmaron de aquellas convulsiones, que no juzgaban naturales.

Al fin, aquel acceso de risa desapareció por sí mismo, el udaller exhaló un gran gemido, se limpió los ojos, y dijo:

—¡Por las reliquias de San Magnus, mi patrón y uno de mis antepasados! Cualquiera, al verme reir de este modo, creerá que el hallarme expulsado de una casa a tal hora de la noche, es una broma agradable. Reflexionad un poco. Nosotros estábamos allí sentados tranquilamente, y contábamos disponer de un abrigo para pasar la noche, y estaba tan seguro de cenar bien y beber mi buen vaso de aguardiente, como jamás lo había creído; pues, lejos de eso, nos despiden, y he aquí que Brenda me pregunta, con voz llorosa y afligida, ¡qué vamos a hacer y a dónde vamos a dormir! ¡Pobre muchacha! A fe mía, que si alguno de esos pícaros que creyeron conveniente atormentar a la pobre vieja haciendo los preparativos para una comida que no era todavía necesaria, no toma a su cargo el conducirnos a cualquier punto vecino, nos será forzoso encaminarnos hacia Burgh-Westra, aprovechándonos del crepúsculo y llegaremos cuando Dios quiera. Lo siento por vosotras, hijas mías; en cuanto a mí, he hecho más de un viaje con una ración más corta que la que, según todas las apariencias, tendremos para esta noche. Quisiera haber salvado del naufragio siquiera un pedazo de pan para vosotras y un trago para mí, pues nuestra situación no sería tan lamentable en este caso.

Las dos hermanas aseguraron a su padre que no les afligía mucho el quedarse sin

Librodot

cenar.

—Tanto mejor —dijo el udaller—, entonces, no me quejaré tampoco de mi apetito, aunque en este momento sea grande. Y ese miserable Nicolás Strumpfer, ¡qué muecas hacía el gran tunante mientras lanzaba al mar mi hermosa calabaza de aguardiente! Si no hubiera sido por el temor de incurrir en el enojo de Norna, creo que lo hubiera enviado a hacer compañía a mi calabaza: tan cierto como que las reliquias de San Magnus están en Kirkwall.

Los criados aproximáronse entonces con los caballos, que se habían resistido a dejarse coger. Los pobres animales, no encontrando atractivo alguno en el sitio en que los dejaron, habíanse traslado a otro lugar más de su gusto, y se habían rebelado contra las bridas. Sin embargo, Magnus recibió una gran alegna: una pequeña cesta de provisiones había escapado a la cólera de Norna y de Pacolet, gracias a la ligereza con que uno de los criados se la llevó. El mismo mozo, muchacho listo e inteligente, manifestó además, que había visto hacia la orilla del mar, y a unas tres millas de distancia, una gruta de pescadores, que parecía abandonada; y como se encontraba a un cuarto de milla del camino que debían seguir, propuso pasar en ella el resto de la noche, a fin de que las señoritas estuviesen al abrigo del frío y de la humedad, y los caballos tomaran algún reposo.

Al librarnos de un peligro, nos debemos mostrar reconocidos a la Providencia; pero nada inspira una alegría más ingenua y más inocente que el verse, repentinamente y sin saber cómo, desembarazados de los pequeños obstáculos que con frecuencia tropezamos en el curso ordinario de la vida. Magnus, no abrigando ya temores respecto a sus hijas, y seguro de que no les faltaría comida, se puso a entonar algunas canciones norsas, apretando los hijares a su caballo, tan alegremente como si se dispusiera a emprender un viaje de placer y no necesario. Brenda le acompañaba algunas veces a cantar y los estribillos los repetían en coro los criados.

Minna no se encontraba todavía en estado de hacer tales esfuerzos; sin embargo, procuraba contribuir a la alegría general, interesándose en cuanto pasaba en torno suyo, y respondiendo prontamente y con buen humor a las múltiples preguntas que el udaller, interrumpiendo sus canciones, le hacía a cada momento.

Todos se encontraban en mejor situación que cuando habían pasado por el mismo camino la montaña precedente; reíanse de los obstáculos que encontraban de trecho en trecho, contando poder descansar tranquilamente en la choza, de que se creían muy lejos, y en la que no esperaban hallar más que soledad y tinieblas. Pero el udaller parecía estar destinado aquel día a engañarse en todos los cálculos que hacía.

—¿Y dónde está esa choza que habéis visto, Lorenzo? —le preguntó al criado.

—Debe estar allá abajo junto al lago —respondió el criado—; pero, si no me equivoco, allí hay gentes que se han posesionado de ella antes que nosotros, y menos mal si son habitantes de este mundo.

En efecto, en aquella choza abandonada velase una luz bastante viva, que penetraba por entre las rendijas de las paredes de tablas, pero en tales términos que podía tomarse por una fragua. Las ideas supersticiosas de los shetlandeses reavivárense al punto, y, refiriéndose a los que la ocupaban, decía uno de los criados:

—Son *trows.*

—O hechiceros —agregaba otro.

—Son sirenas —replicó un tercero—; ¿no oís la música y sus voces extraordinarias?

Paráronse a escuchar, y, efectivamente, se oían algunas voces. Brenda, con voz un poco trémula, pero en la que se advertía cierto deseo de ridiculizar el miedo de los demás, dijo que aquello no era más que el sonido de un violín.

—De todos modos —dijo Magnus, el cual, si creía en las apariciones como sus criados, a lo menos no las temía—, sean músicos de este mundo o espíritus del otro, quiero que me trague el diablo, antes que dejarme robar por otra hechicera lo que resta de mi cena.

Y, al decir esto, apeóse de su caballo, asió con una mano firme su palo y adelantóse hacia la cabaña, seguido solamente de Lorenzo, pues los otros tres criados permanecieron al lado de Minna y Brenda, guardando las caballerías.

X

Magnus Troil encaminóse rectamente a la cabaña, en la que no cesaba de brillar la luz, y de la que salían muy distintamente los sonidos de un violín; pero, si sus pasos eran firmes y seguros, él iba con mayor lentitud que de costumbre, pues —como general prudente, aunque esforzado— el udaller deseaba conocer su enemigo antes de atacarle. El fiel Lorenzo Saholey, que seguía paso a paso a su amo, acercóse a él y le dijo al oído:

—¡Dios nos ampare, señor! Si es algún espíritu que se distrae tocando el violín, no puede ser otro que el de Claudio Hralcro, porque jamás ha imitado nadie mejor su aire favorito de *Hermosa y rica.*

Magnus, que sabía casi de memoria todos los tonos favoritos del viejo poeta, era de la misma opinión que Lorenzo, y no vaciló en llamar con voz estentórea a Halcro. Este respondió al punto, y apresuróse a salir al encuentro de su amigo.

El udaller ordenó, por señas a sus gentes que avanzasen, y, después de haber apretado cordialmente la mano del poeta, le preguntó:

—¿Cómo tenéis humor para tocar vuestros antiguos adagios en un lugar de desolación, imitando a un mochuelo que dirige sus gritos a la luna?

—Y vos, señor —respondió Claudio Halcro—, ¿cómo es que os encontráis aquí con vuestras hermosas hijas? Minna y Brenda, sed muy bien venidas a estas arenas amarillas, y dadme la mano, como lo dijo el glorioso Juan Dryden, o lo diría cualquier otro poeta en circunstancias análogas. ¿Cómo habéis venido cambiando la noche en día, y convirtiendo en brillante plata cuanto pisan vuestros pies?

—No tardaréis en saberlo —dijo Magnus—; pero, ¿quién está con vos en la cabaña? Desde aquí oigo que hablan en ella.

—Son el señor Triptolemo y mi perillán Gil. Yo ... Pero entrad, entrad; distraeremos el hambre con la música, porque no hemos podido encontrar alimento alguno por caridad ni por dinero.

—Eso quizá tenga remedio, —repuso el udaller—, pues, aunque lo mejor de mi cena haya sido arrojada al mar desde lo alto de Fitful-Head para obsequiar a los tiburones y a los lobos marinos, nos quedan aún algunos despojos. Lorenzo, trae las provisiones.

—En seguida señor contestó el criado, y se fue a buscar la cesta, mientras Magnus y sus hijas entraban en la cabaña.

En aquella choza inmunda cuyo hedor' indicaba que había servido para secar pescado,

Librodot

y cuyas paredes y techo estaban ennegrecidos por el humo, encontrábase el desgraciado Triptolemo Yellowley, sentado junto al fuego, que alimentaba con algunas hierbas marinas secas, turba y algunos pedazos de madera, residuos de los barcos que habían naufragado. Acompañábale un joven shetlandés, con el pelo crespo y los pies descalzos, que servía 'a Halcro de paje, para llevar su violín, ensillar su caballo y otros servicios análogos. Triptolemo, desconsolado, no manifestó sorpresa ni alegría por la llegada del udaller y de su séquito; pero, cuando todos se agruparon junto al fuego, que la humedad y el frío de la noche hacían apetecible, y cuando se sirvieron las provisiones y se vió sacar de la cesta una buena cantidad de pan de cebada, de cecina de vaca, y una calabaza de aguardiente, hermana menor, seguramente, de la que la mano infatigable de Pacolet había arrojado al Océano, y concibió la esperanza de cenar regularmente, su frente se serenó, se frotó las manos, hizo todo lo posible para reírse, y preguntó cómo les iba a sus excelentes amigos de Burgh-Westra.

A1 concluir el refrigerio, el udaller volvió a preguntar a Claudio Halcro, y más particularmente a Triptolemo, qué casualidad los había reunido y llevado a aquella hora a sitio tan distante de sus viviendas.

—Señor Mangus Troil —respondió Triptolemo, después que un segundo vaso de aguardiente le dio fuerzas para narrar su triste historia—; no quisiera que creyeseis que me desconcierto con facilidad. Pertenezco a la especie de grano que sólo un gran viento puede abatir. He visto muchos San Martín y muchas Pentecostés desde que vine al mundo, y vos sabéis que estas épocas son las más escabrosas para los agricultores como yo; y si' en ocasiones mi fortuna ha sido adversa, he sabido poner al mal tiempo buena cara; pero creo que he venido a enterrarme completamente en vuestro maldito país. ¡Dios me perdone si juro!, pero las malas compañías hacen adquirir malos hábitos.

—En el nombre del Cielo; ¿queréis decirme qué es sucede? —exclamó el udaller—. Si metéis vuestro arado en una tierra nueva, no dudéis que habéis de encontrar de vez en cuando alguna piedra. Debéis darnos el ejemplo de la, paciencia, pues que habéis venido aquí con la pretensión de mejorarnos.

—El diablo fue quien me trajo. Hubiera obtenido más provecho tratando de mejorar las piedras de Clochnaben.

—Todavía ignoro qué os ha ocurrido ni de qué os quejáis.

—De lo mucho que he sufrido desde que llegué a esta isla, que creo fue maldita al ser creada, pues sólo es habitación conveniente para mendigos, ladrones, prostitutas, hechiceras y espíritus malignos.

—¡Bonito lenguaje! Si no hace todavía mucho tiempo, os hubiera oído decir solamente la mitad, me hubiera dedicado a enseñaros a vivir con la ayuda de un garrote.

—Perdonad, señor udaller; cuanto más —fuerte seáis, más compasivo os debéis mostrar. Reflexionad un momento en la infausta suerte de un hombre sin experiencia, que llega a vuestro paraíso terrenal: tiene sed, y le dan un poco de leche agria (esto no afecta a vuestro aguardiente, señor Magnus, porque es excelente) ; tiene hambre, y le ofrecen un pescado tan acerbo, que el mismo Satanás no hubiera podido digerirlo. Llamáis a vuestros labradores y les mandáis que trabajen, pues se niegan a hacerlo porque es la fiesta de San Magnus o de San Ronán, o de cualquier otro santo, o porque, al despertar por la mañana, han bajado de la cama poniendo primero el pie izquierdo en el suelo, o porque al salir de casa han visto un mochuelo, o un conejo les ha pasado por delante atravesando el camino que ellos seguían, o porque vieron en sueños un caballo en un

Librodot

asador; en resumen, no se puede sacar partido ninguno de ellos. Ponedles una azada en la mano, y trabajarán como si el mango estuviese ardiendo; pero invitadles a bailar, y veréis si se cansan de saltar y de hacer piruetas.

—¿Y por qué habían de cansarse —preguntó Claudio Halcro—, habiendo buenos violines para marcar el compás?

—Sí, sí —respondió Triptolemo moviendo la cabeza—; vos sois precisamente el hombre que se necesita para mantener el buen humor; pero sigamos. Aro un pedazo de terreno, y llega un tunante atrevido que desea un cercado para plantar en él sus coles, y elige para el caso el centro, el meollo de la tierra que yo había preparado para sembrarla de trigo, como si él fuera el propietario o el arrendador: protesto, pero él planta sus coles y yo me quedo sin sembrar mi trigo. Me dispongo a hacer mi colación, confiando en disfrutar, siquiera durante aquel tiempo de la paz y tranquilidad doméstica, pero llegan uno, dos, tres, cuatro, media docena de esos bribones, que vienen a divertirse de un lado o de otro, me insultan porque la puerta estaba cerrada, se zampan la mitad de lo que había preparado para mi comida la providencia de mi hermana, providencia nada pródiga, por cierto. Luego llega una hechicera con su varita en la mano, con la que intima a los vientos que soplen o que callen, según se les ocurra; manda en mi casa como si fuese la dueña, y cuando se va, es preciso manifestarle gratitud porque no se ha dignado llevarse mi habitación.

—Pero con eso no respondéis a mi pregunta —objetó el udaller—: ¿cómo es que estáis aquí?

—Paciencia, mi digno señor —repuso Triptolemo afligido—; escuchad lo que tengo que deciros, pues creo que haré bien en contaros toda la historia. Necesitáis saber que supuse haber encontrado un don del Cielo, que me habría hecho tolerables todos los inconvenientes de que os he hablado.

—¡Cómo! ¡Un don del Cielo! exclamó el udaller—. ¿Acaso habéis despojado a algún infeliz náufrago? Vaya, señor Triptolemo, vaya. ¿Vas, que deberíais dar buen ejemplo a los demás?

—No es eso, señor. Necesitando algunas piedras para hacer una era en que trillar el trigo, mi hermana me convenció de que nos bastaría la chimenea de la cocina; levanté, pues, una gran piedra de una vieja habitación de Sitor-Burgh, y encontré bajo ella un cuerno lleno de monedas de todas clases, la mayor parte de plata, entre las que brillaba alguna que otra de oro. Ahora bien; considero aquel hallazgo como un hermoso don del Cielo, y Baby pensó lo mismo; de suerte que estábamos dispuestos a soportar los inconvenientes de un país en el que se encuentran tales riquezas. Volvimos a colocar la piedra encima del cuerno, que me pareció ser el verdadero cuerno de la abundancia, y, para más seguridad, Baby visitaba aquella habitación a lo menos veinte veces cada día, y yo hacía poco más o menos lo mismo.

—¡Hermosa diversión a fe mía —repuso Claudio Halcro—, es ir a visitar un cuerno de monedas de oro y plata que os pertenece! Dudo que el glorioso Dryden se le ocurriera jamás divertirse de modo semejante; en cuanto a mí, os confieso con franqueza que no conocía ese pasatiempo.

—Muy bien, Halcro ——objetó el udaller—; pero no reflexionáis que Triptolemo era sólo un depositario del lord chambelán con respecto a ese dinero, pues conociendo perfectamente todos los derechos que tiene su señoría sobre las ballenas y los objetos procedentes de los náufragos, no desconocería los que tiene sobre los tesoros ocultos.

Librodot

Triptolemo sufrió, al oir esto, un formidable acceso de tos.

—¡Hem! ¡Hem! Seguramente: los derechos de milord habían sido respetados; tanto más cuanto el dinero estaba en poder de un hombre tan honrado como pueda serlo cualquiera de todo el condado de Angus. Pero escuchad lo que me sucedió últmamente. Al ir un día a ver si el tesoro continuaba en su sitio y bien guardado, experimenté una gran sorpresa. Yo deseaba contar la parte que le correspondía a milord, porque todo obrero debe tener su salario, y es indudable que el que encuentra un tesoro, puede ser comparado a un operario. Algunos sostienen que, si el que lo encuentra representa al señor, le pertenece todo entero. Pero, dejando esta cuestión para resolverla más oportunamente, les diré, señores y señoras, que cuando entré en la estancia donde estaba el tesoro, encontré a un enano asqueroso y contrahecho, que tenía en la mano el precioso cuerno, y contaba el dinero que contenía. No soy hombre miedoso; pero juzgando que necesitaba proceder con cautela por si allí había algo de brujería, me dirigí a él hablándole en latín, que es la lengua más a propósito para hablar a un ser de distinta naturaleza que nosotros y le conjuré in *nomine Patris*, etc., empleando todas las palabras que mi pobre memoria pudo sugerirme. El enano, al verme, empezó a temblar como quien ve y oye cosas incomprensibles e inesperadas, pero, reponiéndose pronto, fijó sobre mí sus ojos pardos que se parecían a los de un gato montés; abrió una enorme boca, en la que no descubrí nada que se pareciese a una lengua y enfurecióse como una perra doga cuando se lanza contra un oso. Aquello me desconcertó un poco, y me retiré para llamar a mi hermana Baby, que es capaz de disputar el dinero a toda clase de perros y diablos, y, a la verdad, en tales trances se muestra tan valerosa como he podido ver en Lindsays o en Ojilvies, cuando Donald Mac-Donnoch, o cualquier otro, descendía de las montañas de Escocia a las tierras bajas. Pero la sirvienta, llamada Tronda Dronsdaughter salió al encuentro de mi hermana, gritando y ladrando como si llevara una legión de demonios en el cuerpo, y tuve que esperar prudentemente que mi hermana se desembarazase de ella. Cuando, conseguido esto llegamos a la habitación en donde debía estar el enano, éste, el cuerno y el dinero, habían desaparecido, como si un gato hubiese lamido el lugar en que acababa de verlos.

El afligido Triptolemo se interrumpió, y, mientras los demás se miraban unos a otros oyendo el extraño relato, el udaller dijo en voz baja a Claudio Halcro:

—Ese enano no podía ser más que el demonio, o Nicolás Strumpfer; y, si es este último, es más brujo de lo que yo suponía y, en adelante, le haré más justicia.

Y, dirigiéndose luego a Triptolemo, le preguntó:

—¿Y no sabéis cómo salió aquel enano de vuestra casa?

—¡Claro que no! —respondió Triptolemo, mirando con inquietud en torno suyo, como si la memoria de aquella escena le intimidase aún—. Tampoco lo vio mi hermana Baby, que tenía más presencia de ánimo; no pudimos comprender cómo ni por dónde se había marchado. Tronda nos dijo que ella le había visto salir por una ventana, montado sobre un dragón; pero, como tengo entendido que el dragón es un animal fabuloso, supongo que en realidad no vio nada.

—¿Pero puede saberse —preguntó Brenda, que deseaba instruirse más a fondo de cuanto se relacionaba con su parienta Norna—, qué tiene que ver esa aventura con vuestra presencia aquí y a hora tan intempestiva?

—La hora no es intempestiva, señorita Brenda —repuso Claudio Halcro, que estaba deseando hablar, y cuya imaginación corría más veloz que la pesada mollera del cultiva-

dor—: es, por lo contrario, la más conveniente, pues que nos ha procurado vuestra amable compañía. Hablando francamente, señorita Brenda, tengo yo la culpa de que vuestro amigo el señor Triptolemo se encuentre ahora aquí. La casualidad me condujo a su casa en el momento en que este suceso acababa de ocurrir, y, dicho sea de paso, fui tratado con suma tacañería sin duda a causa del trastorno que la desaparición del enano, del cuerno y del dinero había producido. Creyendo, según ciertos detalles de la historia – –mi amigo Magnus comprende perfectamente lo que quiero decir—, que los que reciben una herida deben conocer el bálsamo que puede curarles, le insté a que visitara a nuestra amiga de Fitful-Head; y como el señor Triptolemo, recordando cierta ocurrencia de que fue víctima, no tenía muchas ganas de montar uno de nuestros pequeños caballos...

—Que son unos verdaderos demonios, exclamó Triptolemo, añadiendo en voz baja—: como todos los malditos habitantes de este país.

—Me encargué —prosiguió el poeta— de conducirle a Fitful-Head en una barca, que Gil y yo manejamos como si fuese la falúa de un almirante con su tripulación completa, y el señor Triptolemo Yellowley podrá deciros si jamás piloto alguno la hubiera podido hacer entrar tan diestramente en la pequeña ensenada que dista un cuarto de milla de la habitación de Norna.

—Mi deseo era —repuso Triptolemo—, que me hubieseis conducido nuevamente a mi casa del mismo modo y sin accidente.

—Sí; no lo dudo —replicó Halcro.

—Efectivamente he demostrado tener muy poco juicio poniéndome en vuestras manos; pero ignoro qué habéis hecho de vuestro talento para hacer volar la barca al entrar en el *voe,* como llamáis a un lago; que lo diga ese pobre muchacho, que ha estado a punto de perecer ahogado. ¡Y todavía aseguraba que traíais mucha vela! Pero nada, no querría veros dejar el violín para tomar el remo.

—Amigo Halcro, ése no es el comportamiento de un buen marino —dijo el udaller.

—Ocurrió —siguió Triptolemo— que al primer golpe de viento, que en vuestro país son frecuentes, nos hizo rodar tan fácilmente como una mujer devana una madeja de hilo. El señor Halcro sólo se acordó de salvar su violín; este pobre muchacho nadó como un barbo, y yo, a no ser por un remo que me salvó, me hubiera ido al fondo; y aquí estábamos sin socorro y sin consuelo, hasta que vinisteis, pues entre todos no teníamos más que un pedazo, de pan negro y duro de Noruega, en el que hay más serrín de pino que harina de centeno, por lo que sólo tiene sabor a trementina.

—Nos pareció al llegar —dijo Brenda—, que estabais muy alegres.

—¿Porque habéis oído un violín, señorita Brenda —respondió Triptolemo—, habéis supuesto que nos divertíamos? No olvidéis que es el violín de Claudio Halcro, y creo que él le arañaría hasta junto a la cama en donde estuviese su padre expirando, y aun a la hora de su muerte, si sus dedos le permitiesen entonces manejar el arco. Os aseguro que aumentaba mis penas al oírle aires norsas y escoceses, ingleses o , italianos, como si nos encontráramos en el mejor de los mundos.

—¿No os he dicho que la aflicción no serviría para poner a flote nuestra barca? —repuso con indiferencia el ministril—. Hacía cuanto me permitían las circunstancias para alegraros: y si no lo he conseguido, no es culpa mía ni de mi violín. He tocado en presencia del glorioso Juan Dryden...

—No quiero oíros hablar más del glorioso Juan Dryden —dijo el udaller, que temía tanto las narraciones de Halcro, como Triptolemo su música—. Os he dicho que no quie-

ro más que una vez por cada tres vasos de aguardiente. Así lo convinimos. En cambio, podéis referirme lo que ha contestado Norna a vuestra consulta.

—¡Oh! Eso es más grandioso todavía —respondió Yellowley—: no ha querido vernos ni oírnos; pero ha hecho al señor Claudio Halcro muchas preguntas respecto a vuestra familia, señor Magnus Troil, y cuando se enteró de lo que deseaba, quiso arrojarlo de lo alto de su roca al mar, como una cáscara vacía de guisantes.

—Pero a vos, ¿qué os ha dicho? —preguntó Magnus.

—Se negó resueltamente a oírme —respondió Triptolemo—; y ésta es una lección que deben aprovechar cuantos recurran a las brujas y a los espíritus familiares.

—Vos no necesitáis recurrir a la ciencia de Norna, señor Yellowley —dijo Minna, molestada por las frases de Triptolemo, y deseando poner término a las quejas de éste contra una mujer que le había prestado un gran servicio—. El niño más pequeño de nuestras islas hubiera podido deciros que un tesoro dado por las brujas desaparece pronto, si el que lo recibe no lo emplea con provecho para sí y para sus semejantes.

—Soy vuestro humilde servidor, señorita Minna —repuso Triptolemo—; os agradezco infinito la noticia que acabáis de darme, y me alegro de que hayáis recobrado el juicio; perdonadme, quise decir, la salud. Respecto al tesoro, ni he usado ni he hecho abuso de él; y cualquiera que viviese bajo el mismo techo que mi hermana Baby, se convencería de que no es posible hacer ninguna de ambas cosas; y en cuanto a hablar de él, si es verdad que ofende a los seres que llamamos allá en Escocia *los buenos vecinos*, y a los que llamáis aquí *drows*, la efigie de los antiguos reyes norsas que llevaban grabadas las monedas de oro y plata, puede haber hablado otro tanto como yo.

—Cierto —dijo Claudio Halcro, aprovechando la ocasión para vengarse del poco caso que Triptolemo hacía de sus conocimientos náuticos y musicales—; nuestro amigo, el señor Triptolemo, ha sido tan prudente y reservado que no ha dicho una palabra de este encuentro ni aun a su amo el lord chambelán. Pero ahora que la cosa se ha hecho pública, tendrá que comunicarle que ya no está en su poder, y el lord chambelán quizá se niegue a dar crédito a la historia del enano. También dudo que Norna haya creído un cuento tan extraordinario, y supongo que a esto se deberá el mal recibimiento que nos ha dispensado. Me inclino a creer que la bruja sabía que nuestro buen amigo Triptolemo había escondido el dinero en otro sitio cualquiera, y que la historia del enano era sola una invención suya. Por mi parte, no creo que exista en el mundo una criatura tan rara como la que nos ha descrito, si no la veo por mis propios ojos.

—Entonces, abridle —exclamó Triptolemo, poniéndose en pie horrorizado— y le veréis: ahí está, vedle ahí, el mismo.

Todos se apresuraron a mirar al sitio que había indicado Triptolemo, y, efectivamente, allí estaba el enano Pacolet que, a través del humo que llenaba la choza, tenía los ojos fijos en el grupo de amigos. Había entrado en la cabaña sigilosamente y permaneció inmóvil y escuchando la conversación, hasta que Triptolemo advirtió su presencia. Su llegada repentina y su espantosa figura atemorizaron al mismo udaller, a pesar de que ya le conocía. Enojado consigo mismo, por haber manifestado aquella alteración, y con el enano que la había ocasionado, le preguntó ásperamente qué deseaba. Pacolet le entregó una carta, y le contestó lanzando un grito inarticulado semejante a la palabra *shogh.*

—Ésta es una palabra del idioma de los montañeses —dijo Magnus—. ¿Acaso has aprendido esta lengua, Nicolás, después de perder la tuya?

Librodot

Pacolet contestó afirmativamente con la cabeza, y le hizo señas de que leyese la carta.

—No sé si tendré bastante luz con la del fuego —replicó Magnus—; sin embargo, lo intentaré; quizá tenga relación con Minna.

Brenda manifestó que ella podría leerla, pero su padre se opuso resueltamente, diciendo:

—No, no, hija mía; las cartas de Norna debe leerlas la persona a quien van dirigidas. Entretanto, dad de beber a ese tunante de Strumpfer, aunque no lo merece, porque no he podido olvidar la mueca que me hizo cuando arrojó al mar mi calabaza de aguardiente como si hubiera sido de agua corrompida.

—¿Queréis ser su copero, su Ganimedes —preguntó Halcro a Triptolemo—, o me confiáis tan honrosa ocupación?

Mientras tanto limpiaba Magnus cuidadosamente sus anteojos, que había sacado de un estuche de cobre, y, colocándolos sobre su nariz, empezó a leer la misiva de Norna.

—No me acercaré a ese monstruo por todas las tierras de Gowries —contestó Triptolemo, que todavía temblaba de miedo, aunque veía que los demás lo trataban como una criatura de carne y hueso—; pero dispensadme la merced de preguntarle qué ha hecho de mis monedas de oro y plata.

El enano, al oír aquello, inclinó la cabeza hacia atrás y abrió su enorme boca señalando con los dedos.

—Si se las ha tragado, el asunto no tiene remedio— dijo el señor Yellowley—; pero deseo que le hagan tanto provecho como la mielga mojada a una vaca. Por lo visto es el criado de la bruja, ¡a tal señor, tal honor! Pero si en estas islas no son delitos el robo ni el sortilegio, el chambelán puede buscar otro factor, porque no quiero habitar en un país donde no se protegen las propiedades de los hombres contra las empresas de los ladrones, y se dejan las almas inmortales a merced de las garras del demonio y de las de sus comadres. Dios nuestro Señor se apiade de nosotros.

El agricultor desahogaba su mal humor tanto más libremente, cuanto que el udaller no le escuchaba, pues había llamado a Halcro al rincón opuesto de la choza, y hablaba con él.

—Ahora, amigo Halcro, deseo saber cuál es el motivo que os ha conducido a Fitful-Head, pues no creo que sea únicamente el placer de acompañar a semejante ganso.

—Quería consultar a Norna respecto a nuestros negocios.

—¡Respecto a nuestros negocios! ¿Qué negocios?

—La salud de vuestra hija Minna. Me enteré de que vuestra prima se había negado a recibir vuestro recado y a ver a Erick Scambester. Estaba muy disgustado desde que la graciosa y amable Minna se encontraba enferma y jamás me he sentido más triste. Entonces, creyendo ejercer en Norna más influencia que otro cualquiera, merced a la amistad que siempre ha existido entre los escaldas y las mujeres inspiradas, emprendí este viaje con la esperanza de ser útil a mi antiguo amigo y a su familia.

—Esta es una prueba de amistad que agradezco infinito, mi querido Halcro. Siempre he dicho que, a pesar de todas vuestras locuras, teníais el honrado y sano corazón de un norsa antiguo. No os molestéis por lo que os he dicho, porque debemos lisonjearnos de tener mejor el corazón que la cabeza. Y Norna se ha negado a contestaros, ¿no es así?

—Así ha sido, en efecto. En vez de responder a las preguntas que le dirigía, preguntóme ella muchas cosas respecto —a la salud de Minna; le referí cómo la había encontrado fuera de casa durante una noche tempestuosa; cómo Brenda me había contado

que Minna se había herido en el pie; en fin, le dije todo cuanto sabía.

—Y más de lo que sabíais, pues jamás oí decir que Minna se hubiese herido.

—¡Oh! No fue nada, un pequeño rasguño; pero esto no me asustaba; mi único temor era que la hubiese mordido algún perro, o que la hubiese picado algún animal venenoso: por eso se lo conté a Norna.

—¿Y qué os dijo ella?

—Que me fuese a arreglar mis asuntos y que todo quedaría aclarado en la feria de Kirkwall. Eso mismo dijo a este bendito Triptolemo; fue todo lo que sacamos en limpio de nuestro viaje.

—¡Qué cosa más extraordinaria! Mi parienta me recomienda que concurra a la feria con mis hijas. Es una idea que le bulle en la cabeza, a no ser que tenga un decidido interés en ello; pero, al menos, que yo sepa, nada tiene que comprar ni que vender. Así es que habéis salido de su casa tan enterados como entrasteis, y, además habéis hecho zozobrar a vuestro barco.

—No lo pudimos evitar. El viento de tierra se levantó de pronto; el muchacho tenía el timón, y a mí me era imposible bajar las velas y tocar al mismo tiempo el violín. Pero, ¿qué importa? El agua salada nunca hace daño a un shetlandés, cuando puede salir de ella; y menos mal que nos encontrábamos junto a la orilla, y el agua no era muy profunda. Al descubrir esta cabaña abandonada, nos consideramos felices. Aquí hemos hallado abrigo y hemos encendido fuego, y gracias a vuestra compañía y a vuestras provisiones, no carecemos de nada. Pero es tarde, y vuestras hijas necesitarán reposo; aquí hay otro cuarto en donde dormían los pescadores; y aunque huele a pescado, podrán pasar la noche en él arrebujadas en las capas. Nosotros beberemos un trago de aguardiente, recitaré algunas estrofas del glorioso Dryden, o algunos versos míos, y dormiremos en seguida como unos zapateros de viejo.

—Dos vasos de aguardiente, si no tenéis bastante con uno, y los hay —repuso el udaller—; pero ni una estrofa del glorioso Dryden ni de ningún otro, por esta noche al menos.

Pocos momentos después todos dormían, y, al día siguiente, emprendieron el camino cada uno por su lado, después de acordar que el poeta fuese también a la feria de Kirkwall acompañando a Magnus y a sus dos hijas.

XI

Trasladémonos con el lector a las islas Orcadas y detengámonos ante alas ruinas de un antiguo edificio conocido por el nombre de *Palacio del Conde, cuyos* restos, aunque sumamente maltratados, se conserven aún junto a la venerable iglesia que la devoción noruega dedicó a San Magnus mártir. El citado palacio está casi tocando con el del obispo, que también se encuentra ruinoso, y uno y otro afectan la imaginación y traen a la memoria el recuerdo de los trastornos, religiosos y políticos, desarrollados en las islas Orcadas, menos expuestas, sin embargo, a los males de la guerra y a los de las revoluciones que muchos otros países del mundo. Con ciertas modificaciones oportunas, serían aprovechables aún muchos trozos de aquellos edificios arruinados, para viviendas góticas, siempre que los arquitectos se contentasen con imitar lo que es realmente bello, y no formaran un conjunto caprichoso de este orden de arquitectura y no mezclaran ca-

Librodot

prichosamente los diversos estilos civiles, eclesiásticos y militares de todos los siglos.

El Palacio del Conde tiene tres lienzos de un cuadrado largo, y conserva aún su aspecto de edificio elegante, en el que se advierten todos los rasgos característicos de las viviendas de los príncipes y señores feudales, o lo que es igual, la magnificencia de un palacio y la solidez de una fortaleza. Un gran comedor, que se comunica con las piezas de las torres, y una gran chimenea a cada extremo, son testimonios elocuentes de que los antiguos condes de las Orcadas eran muy hospitalarios. Entrase después a un amplio salón o espaciosa galería, donde se pasa a los aposentos abiertos en los torreones exteriores. Una gran ventana gótica, que ocupa todo un extremo de la estancia y a la que se sube por una hermosa y grande escalera dividida en tres mesetas deja paso a la luz que durante todo el día entra a raudales. Los adornos y proporciones de aquel antiguo edificio son de muy buen gusto; pero, como actualmente nadie cuida de su conservación, los restos de la pompa y magnificencia de los antiguos condes, considerados en los siglos en que vivieron, como pequeños soberanos, se deterioran más y más.

En la espaciosa sala, de que hemos hablado, paseábase lentamente, con los brazos cruzados y la cabeza baja, el pirata Cleveland. No vestía del mismo modo que lo vimos en las islas de Shetland, sino un rico traje de uniforme con profusión de galones y bordados. Un sombrero con plumas y una espada de un puño primorosamente cincelado, que en aquella época eran compañeros separados de los gentilhombres, revelaban sus aspiraciones a la nobleza; pero, si su exterior había ganado con semejantes adornos, su salud había desmejorado. Estaba pálido, la viveza de sus miradas y movimientos parecía amortiguada, y en su fisonomía destacábanse las huellas de un sufrimiento físico o moral, y acaso de ambas cosas al mismo tiempo.

Mientras Cleveland se paseaba en la sala de aquel palacio ruinoso, subió rápidamente la escalera un joven de talle esbelto, que parecía haberse esmerado mucho en el adorno de su persona. Sus modales eran afectados, y su fisonomía tenía cierta expresión de vivacidad insolente. Entró en la sala y púsose delante de Cleveland, quien, después de saludarle con una ligera inclinación de cabeza, se encasquetó el sombrero hasta los ojos, y reanudó su paseo con evidente mal humor.

El recién llegado inclinóse también correspondiendo al saludo de Cleveland, tomó como cualquier petimetre, un polvo de rapé de una caja de oro, y se la presentó al pirata, quien la rehusó con frialdad y sin proferir palabra alguna. El joven guardóse la caja en su bolsillo y, cruzándose de brazos, se paró a contemplar con atención los movimientos de aquel cuya soledad había ido a interrumpir.

Enojado, sin duda, de la curiosidad de que era objeto, se detuvo Cleveland, diciendo ásperamente:

—¿De modo que no puedo estar tranquilo, siquiera media hora? ¿Qué diablos me queréis?

—Me alegro mucho —respondió el recién llegado— que hayáis sido el primero en dirigirme la palabra, pues deseaba saber si sois Clemente Cleveland, o solamente su espíritu, porque me han asegurado que los espíritus no hablan nunca los primeros a aquellos ante quienes se presentan; pero ya estoy convencido de que sois el mismo en carne y hueso. ¡Por Satanás! Habéis descubierto un lugar muy a propósito para ocultarse un buho al mediodía, o para que se pasee una sombra al pálido reflejo de la luna.

'Cleveland, cada vez más amostazado contestó:

—Puesto que ya habéis descargado vuestro saco de lisonjas, ¿podéis decirme si se os

ofrece alguna cosa formal?

—Os diré con toda formalidad que me parece debéis saber que soy vuestro amigo.

—Me lo figuro.

—Debéis hacer más que figurároslo. Os lo he probado en todas partes.

—Reconozco que vuestro comportamiento ha sido siempre el de un buen camarada; pero, ¿qué tenemos con eso?

—¿Qué tenemos? He aquí un modo muy particular de mostrarse agradecido. ¿Sabéis, capitán, que Benson, Barlow, Dick Fletcher, yo y otros varios que os somos adictos, decidimos a vuestro antiguo camarada, el capitán Goffe, a cruzar por estos sitios para buscaros, mientras que Hawkins, la mayor parte de la tripulación y el mismo capitán pretendían dirigirse a Nueva España para proseguir allí nuestra antigua profesión?

—¡Ojalá que os hubieseis ocupado solamente de vuestros asuntos y me hubierais abandonado a mi suerte!

—¿A vuestra suerte? No era mala: la de ser delatado y ahorcado cualquier día en que uno de esos canallas ingleses u holandeses a quienes habéis despojado de sus cargamentos, os viera. Como de todo el mundo es éste el sitio más concurrido de marineros, para salvaras de tal riesgo hemos perdido en estas playas un tiempo precioso, cuyos habitantes se ' han vuelto extremadamente exigentes, pues no teniendo género que venderles ni dinero que malgastar entre ellos pretendían apoderarse del buque.

—¿Y por qué no os habéis marchado sin mí? Ya que hemos hecho un reparto equitativo, y ya que cada cual tiene lo que le corresponde, debe hacer lo que más le convenga. He perdido mi buque y, habiendo sido capitán, no me embarcaré sometido a Goffe u otro cualquiera. Además, no podéis ignorar que Hawkins y él no me miran bien desde que les impedí echar a pique aquel brick español con los pobres negros que se encontraban a bordo.

—¡En verdad, no os comprendo! ¿Sois aquel Clemente Cleveland, nuestro valiente e intrépido capitán? ¿Teméis a Hawkins, Goffe y a unos veinte canallas semejantes, contando como contáis conmigo, con Barlow y con Dick Fletcher? ¿Os hemos jamás abandonado en el consejo ni en la lucha? ¿Por qué, pues, suponéis que os abandonaríamos en esta ocasión? No necesitáis servir bajo las órdenes de Goffe, porque, ¿es acaso una novedad el que gentes valientes muden de capitán? Descuidad, vos seréis quien nos mande, y mal rayo me parta... si sirvo más bajo el mando de ese pícaro Goffe. Quiero que mi capitán sea rico: que huela a gentilhombre. Por otra parte, no debéis olvidar que fuistes vos quien mojó mis manos en agua salada, y de cómico de la legua me convertisteis en pirata.

—¡Pobre Bunce! No es un servicio por el que me debáis estar agradecido.

—Hay opiniones. No creo que exista gran diferencia en sacar el dinero al público de uno u otro modo; pero ya os he suplicado que olvidéis el nombre de Bunce y me llaméis Altamonte. Me parece que hombres como nosotros tienen el derecho de escoger el nombre que se les antoje, lo mismo que un cómico ambulante, y yo jamás he salido a las tablas sin llevar el de Altamonte.

—Perfectamente; os llamaré Juan Altamonte, puesto que Altamonte es el...

—Sí, capitán, Altamonte, pero no Juan, porque me hace el efecto de un vestido de terciopelo con galón de papel dorado. Quiero mejor llamarme Federico, porque Federico y Altamonte.. .

—No hemos de discutir por eso. Os llamaré Federico; pero decidme ¿cuál de estos

dos nombres sonará mejor cuando griten en las calles. “Declaraciones y últimas palabras del pirata *Juan Bunce, por otro nombre, Federico Altamonte, que ha sido ahorcado esta mañana”?*

—Me es imposible, capitán, responder en conciencia a pregunta semejante sin beber primero un vaso de *grog.* Acompañadme primero a casa de Bet Haldane, en el muelle, y pediré inspiración al mejor aguardiente que habréis probado en toda vuestra vida. Pediremos un galón, y no faltarán algunas muchachas hermosas que nos ayuden a vaciarlos. ¿Decís que no? ¿No os acomoda? En ese caso no me muevo de aquí, porque ¡voto va! ... que de ésta no habéis de escapar. De todos modos, abandonemos este montón de piedras en las que estáis encerrado como un tejón, y vayamos donde nos dé el aire y la luz del sol: ¿a dónde iremos?

—Donde se os antoje, con tal de que no encontremos a uno de esos bribones ni a persona alguna.

—Vamos, entonces, al monte de Whiteford, que domina la población, y allí nos pasearemos tan grave y honradamente como si fuéramos procuradores que arreglan sus negocios.

Cuando salieron del castillo ruinoso, volvióse Bunce para examinarlo, y preguntó a Cleveland.

—¿Sabéis quién fue el último pájaro que ocupó esta jaula vieja?

—Un conde de las Orcadas, según tengo entendido —le respondió Cleveland.

—¿Y sabéis cómo murió? Porque se han contado que le ocasionaron la muerte una calentura que le produjo lo muy apretado de un corbatín de cáñamo, y su deseo de saltar en el aire.

—Efectivamente, asegura la tradición que hace algunos centenares de años su señoría aprendió a hacer cabriolas en el aire, después de entablar amistad con un nudo corredizo.

—En aquellos tiempos se consideraría un honor el ser ahorcado en tan respetable compañía. ¿Y qué había hecho su señoría para elevarse a tal altura?

—Saqueó, hirió y dio muerte a los leales y fieles vasallos de Su Majestad.

—¡Hola! ¿Fue entonces una especie de corsario —exclamó Bunce—. Uno como nosotros?

Y volviéndose hacia el edificio ruinoso, le saludó con aire respetuoso y teatral, diciendo:

—Muy grave y muy venerable señor conde, permitidme que os llame mi amado primo, y me despida de vos muy cordialmente: os dejo con la buena compañía de ratas y ratones, y me llevo a un hombre honrado, que, no quedándole más corazón que el de una rata, quisiera abandonar su profesión y abandonar a sus amigos.

—Mi querido amigo Federico Altamonte o Juan Bunce: os ruego que no habléis tan alto. Cuando estabais en la escena, podíais gritar cuanto os diese la gana; pero, en vuestra actual profesión, no se debe hablar jamás sino con miedo a la verga mayor, y sin olvidar el lazo corredizo.

Los dos amigos salieron en silencio de la pequeña villa de Kirkwall, y treparon el monte de Whiteford, cuya cima, árida y estéril, se eleva al norte del antiguo edificio de San Magnus. En la planicie situada al pie de aquella montaña había mucha gente que se preparaba para ir a la feria de Sint-Oll, que debía celebrarse al día siguiente, y a la que solían concurrir todos los habitantes de las Orcadas y un gran número de las personas del archipiélago más lejanos de las islas de Shetland. Dicha feria dura tres días, o toda una

Librodot

semana, y en ocasiones suele prolongarse más. Es muy antigua, y debe su nombre a Olao, Olavo u Ollaw, célebre rey de Noruega que impuso el cristianismo en estas islas a fuerza de castigo más bien que por persuasión. Ha sido respetado como el único patrón de Kirkwall hasta que San Magnus compartió con él tal honor.

No estaba dispuesto Cleveland a intervenir directamente en la escena ruidosa que se ofrecía a sus ojos, y, dando un rodeo sobre la izquierda para subir al monte, no tardaron él y su acompañante en estar completamente solos, sin más compañía que la de algunos gallos silvestres, que en las Orcadas son muy generosos. Después de haber subido hasta cerca de la cumbre de aquel monte de figuras cónicas, ambos se volvieron, como impulsados por una misma idea, para gozar de aquella perspectiva que se extendía a sus pies.

Las varias ocupaciones a que se entregaban los que estaban en el llano situado entre la villa y el pie de la montaña, daban a aquella escena extraordinaria animación. A lo lejos se veía la villa, desde cuyo centro alzábase, como una gran mole, la antigua catedral de San Magnus, que era un monumento imponente, solemne y majestuoso, obra de una época muy lejana, y de una mano muy hábil. El movimiento del muelle y la vista de los edificios próximos daban más animación a aquella escena. La bahía, que forman los promontorios de Inganes y de Quanterness, en cuyo fondo, como asimismo todo el mar en la extensión que alcanzaba la vista, y especialmente el estrecho que separa la isla de Shapinsha de la de Pomona, cubríanlos numerosas embarcaciones de todas clases, que de diferentes islas llegaban con pasajeros o con mercancías, a la feria de Saint-Ollaw.

Al llegar al sitio desde donde se divisaba mejor el hermoso panorama, los dos extranjeros, según acostumbran los marinos, recurrieron a sus anteojos de larga vista para poder examinar la bahía de Kirkwall y las embarcaciones que en ella se encontraban; pero la atención de cada uno parecía tener objeto diferente. Altamonte miraba de hito en hito el *sloop* armado, que se distinguía por su porte magistral y por la bandera inglesa, que en él habían arbolado, y que estaba entre los buques mercantes, sobresaliendo entre todos por el buen estado y conservación de sus aparejos.

—Ahí está —erijo Bunce—; ojalá estuviese en la bahía de Honduras, que lo mandaseis vos, que yo fuera vuestro teniente, Fletcher vuestro contramaestre y tuviésemos una tripulación de cincuenta muchachos valientes; en ese caso, no me acordaría de estas malezas desmedradas ni de estas miserables rocas. Sí, seriais nuestro capitán, porque el salvaje de Goffe se emborracha diariamente, lo mismo que un lord; saca la espada; ataca a su propia tripulación con el sable o la pistola en la mano, y se pelea con todo el mundo, por lo que los indígenas de todas partes se niegan a proveerle de víveres ni de agua, y esperamos de un momento a otro un rompimiento decisivo.

Cleveland, absorto en sus pensamientos no contestaba a Bunce, y éste, sorprendido de su silencio, volvióse hacia él, diciéndole:

—¿Qué diablos hacéis? ¿Os interesa acaso ese ruin barquichuelo, que no tiene más carga que pejepalo, pescado salado, gansos ahumados y barriles de manteca de ínfima calidad? Todo el cargamento no vale el cabo de una pistola. No, no, dadme más bien la caza de una embarcación española que bogue como una ballena y esté abarrotada de ron, azúcar, tabaco, barras de plata y polvo de oro. Entonces a todo trapo se despeja la cubierta, empuña todo el mundo las armas y se iza la bandera negra, nos aproximamos, y al ver que la tripulación es numerosa, que está bien armada...

—Veinte cañones sobre el puente —dijo Cleveland.

Librodot

—Cuarenta, si gustáis —replicó Bunce—; pero nosotros no tenemos sino diez; más ¿qué importa? “La embarcación disparará su andanada.” “Eso no es nada, camaradas; arrimaos, y ahora al abordaje...” “¿Estamos? pues manos a la obra, y emplead las granadas, pistolas, hachas y sables.” La embarcación se rinde, y nos apoderamos de su cargamento sin pedirle siquiera licencia.

—¡Por mi vida! —exclamó Cleveland—, que tomáis el oficio con tal afición, que es innegable que, al haceros pirata, no errasteis el camino. Pero no me decidireis a persistir en una profesión inventada por el diablo, porque sabéis perfectamente que no vale lo que cuesta. Pasada la primera semana, ya no hay azúcar ni ron, el tabaco se ha ido en humo, las barras de plata y los polvos de oro han ido a parar a las manos de los honrados habitantes de Puerto Real y de otros sitios, los cuales cierran los ojos sobre nuestro comercio mientras tenemos dinero, para abrirlos cuando se nos concluye. Entonces nos reciben —fríamente y aun sucede que avisan secretamente a la justicia, porque cuando nuestros bolsillos están vacíos, ellos quieren llenar los suyos, aunque sea a costa de nuestras cabezas, y el cordel y el palo ponen término a las proezas del caballero pirata. Os he dicho ya que deseo abandonar este oficio; y cuando miro una de estas barcas, preferiría remar toda mi vida, antes que proseguir en la vida que he hecho. Estas buenas gentes sólo van al mar para buscar honradamente su sustento y el de sus familias y para establecer una comunicación amigable entre las islas, en provecho de sus habitantes; nosotros sólo lo surcamos para arruinar a cuantos encontramos y perdernos a nosotros mismos. He resuelto ser en lo sucesivo hombre de bien.

—¿Y en dónde fijaréis vuestra residencia? —le preguntó Bunce—. Habéis infringido las leyes de todas las naciones, y la justicia os alcanzará y os aniquilará dondequiera que os refugiéis. Cleveland, os hablo formalmente, porque yo también he reflexionado a veces, y sacado deducciones bastante amargas para emponzoñar semanas enteras de placer. El dilema es el siguiente: o servimos de adorno a alguna horca patibularia o continuamos viviendo como hasta aquí.

—Podemos —repuso Cleveland— solicitar el indulto que se ha ofrecido a los que renuncian a nuestra profesión y se entregan voluntariamente.

—Sí —objetó Bunce seriamente—, la época del perdón ha pasado hace ya tiempo, y actualmente harán lo que les plazca. Si yo estuviese en vuestro lugar, no arriesgaría de este modo mi garganta.

—Recientemente han sido indultados algunos; ¿por qué no había de serlo yo también?

—En efecto, han perdonado a Harry Glasby y a algunos otros; pero Glasby había prestado algunos servicios, pues vendió a sus camaradas y ayudó a recobrar *La Fortuna, y* vos no haréis esto ni aun por vengaros del brutal Goffe.

—¡Preferiría morir mil veces! —exclamó Cleveland.

—No es necesario que lo juréis para que os crea. En cuanto a los demás, sólo eran tripulantes, canallas que apenas valían la cuerda con que les hubieran colgado. Vos sois el morueco de la manada, y no podéis menos de ser marcado.

—¿Y por qué? Vos no ignoráis cuál ha sido mi conducta, Juan.

—Federico, si os da igual.

—Estáis loco de remate. Dejaos de tonterías, y hablemos seriamente.

—Conforme, si sólo se trata de un momento, —porque me siento transformado en Altamente; hace ya diez minutos que hablo como un hombre formal.

—Procurad entonces continuar así algunos minutos más. Se, Juan, que puedo contar con vos en absoluto, y puesto que he empezado a hablar de esta cuestión, voy a confiarme a vos por completo. Decidme por qué se me negaría el indulto que ansío. He tomado un exterior bastante duro; pero, en caso preciso, demostraría a cuántas personas he salvado la vida; cuántas veces he hecho devolver a los propietarios las mercancías que, sin mi intervención, se hubieran destruido por el solo placer de perjudicarles. En resumen, Bunce, yo puedo probar...

—Que sois un pirata tan honrado como el mismo Robin Hood; y por esto es por lo que Fletcher y todos cuantos no son bribones, os ofrecemos nuestra más sincera adhesión, porque hacéis que el nombre de pirata no tenga un carácter absoluto de reprobación. Pero supongamos que os conceden el indulto: ¿qué será de vos después? ¿En dónde encontraréis amigos? ¿Qué clase de sociedad os admitirá en vuestro seno? Drake, reinando Isabel, ha saqueado México y el Perú, y sin estar muy recomendado, esta reina, cuya memoria sea bendita, le ha hecho un caballero. En tiempos del humorístico rey Carlos, el galo Hal Morgan llevóse consigo cuanto ganó en el mar, y compró un dominio y un palacio, sin que nadie le molestara jamás; pero ahora, las circunstancias han variado. Sed pirata un solo día, y estáis por siempre proscrito. El pobre diablo encontrará constantemente, cualquiera que sea el lugar en que se refugie, personas que pregunten al verle pasearse por el muelle: "¿Quién es aquel extranjero de color atezado, que marcha tan melancólico y con la cabeza baja y de quien huye todo el mundo como si fuera un apestado?" A esta pregunta no faltará quien conteste diciendo: "Es Fulano, el pirata que acaban de indultar", y todos dejarán de hablarle y ninguna mujer de buena reputación le concederá su mano.

—Los colores del cuadro que me habéis pintado son exageradamente sombríos, porque hay mujeres... a lo menos una, que siempre será fiel a su amante, aun cuando éste fuera como lo acabáis de describir.

Bunce guardó silencio un momento y, mirando a Cleveland con fijeza, repuso luego:

—Empiezo a sospechar que me he vuelto brujo. Desde el principio supuse, a pesar de su inverosimilitud, que había faldas de por medio. Esto es peor, por mi vida, que cuando el príncipe Volcius estaba enamorado. ¡Ja, ja, ja!

—Reíos cuanto os plaza, nada hay más cierto. Existe una joven que me ama, a pesar de saber que soy pirata, y debo confesaros con franqueza, amigo Juan, que, aunque he maldecido mil veces este género de vida y renegado de mí mismo por haberla comenzado, jamás me hubiera decidido a abandonarla, a no ser por la esperanza, que me anima, de merecer a quien amo.

—En este caso, es inútil alegar razones a quien se ha vuelto loco. Para un pirata, capitán, el amor no es más que locura, y debe ser esa joven de una especie rara para que un hombre de talento se exponga a ser ahorcado por sus lindos ojos, Pero, decidme: ¿está más cuerda que vos? Necesariamente reina entre ambos una gran simpatía, pues supongo que no es una de esas bellas vendedoras de caricias a quienes amamos mientras nos conviene. ¿Será, pues, una muchacha ejemplar y de una conducta irreprochable?

—Es una santita y la criatura más bella que se ha visto jamás.

—¿Y os ama, noble capitán, sabiendo que sois el primero de los caballeros de fortuna, llamados vulgarmente piratas?

—Sí, estoy seguro de ello.

—Pues, en tal caso, o ha perdido el juicio o ignora lo que es un pirata.

—Efectivamente, creo que no lo sabe. Se ha educado en el retiro tan sencillamente y tan ignorante del mal, que compara nuestra ocupación con la de los antiguos norsas que recorrian los mares con sus victoriosas galeras, fundaban colonias, conquistaban reinos y se titulaban reyes.

—No puede dudarse de que es un título más sonoro que el de pirata; pero me atrevo a decir que de ellos a nosotros no habría gran diferencia. En fin, esa joven debe ser una mujer valerosa. ¿Por qué no la traéis a bordo? ¿Por que no le permitís semejante fantasía?

—¿Suponéis que pueda yo convertirme en Satanás hasta el extremo de aprovecharme de su error y su entusiasmo para introducir un ángel de inocencia y hermosura en un infierno semejante? Os aseguro, amigo mío, que, aun cuando mis otros crímenes fuesen dos veces más numerosos y detestables, nada serían comparándolos con tal infamia.

—De todos modos, me parece que habéis hecho una locura en venir a las Orcadas. Llegará día en que se sepa que el navío la *Venganza,* mandado por el famoso pirata Cleveland, se estrelló sobre las rocas de Mainland, pereciendo él con toda su tripulación. Hubierais, pues, podido permanecer allí, ignorado de amigos y enemigos, casaras con vuestra bella shetiandesa, convertir vuestra faja en red y vuestra espada en anzuelo, procurando pescar en alta mar, no monedas de oro, sino peces.

—Ese era mi propósito; pero un miserable buhonero, un vendedor ambulante que se mete en todo lo que no le importa, hizo público en las islas de Shetland la noticia de vuestra llegada aquí, y me he visto obligado a venir a informarme de si decía la verdad.

—En el fondo, creo que habéis procedido cuerdamente, porque así, como supisteis en Mainland nuestra llegada a Kirkwall, también hubiéramos nosotros sabido vuestra residencia en las islas de Shetland, y algunos de nosotros, por amistad o por rencor, y muchos temiendo que no se os ocurriera hacer el papel de Harry Glasby, habrían ido a buscaras para obligaros a permanecer entre nosotros.

—Lo suponía, y por eso me negué a aceptar el ofrecimiento que me hizo un amigo de conducirme hasta aquí. Además, Juan, me he acordado de que para obtener mi indulto se necesitará dinero, como lo acabáis de decir, y no estando muy sobrado de él, porque, como vos sabéis, jamás me ha tentado la avaricia, he querido...

—Tomar vuestra parte de pastel. Bien hecho, y lo encontraréis, pues no es posible negar que, en cuanto a eso, Goffe ha obrado honradamente y ha cumplido nuestros convenios. Esto no obstante, procurad que nada sospeche de vuestro designio de dejarnos, pues temo que os juegue alguna de las suyas. Él tenía ya por suya la parte que os corresponde, pues os creía muerto, y no os perdonará fácilmente el haber resucitado para venir a reclamarla.

—No me inspira temor alguno —repuso Cleveland—, y esto lo sabe él perfectamente; quisiera que las relaciones que hemos mantenido no me fuesen más perjudiciales que su rencor. Lo que me preocupa grandemente es que en una desgraciada riña que hubo la víspera de mi salida de Mainland, herí a un joven que ha sido mi suplicio desde que llegué a este país.

—¿Murió? Porque una muerte es aquí más seria que en las islas de Bahama, en donde se puede enviar al otro mundo a cualquiera en todo momento, sin que nadie haga más alto que si fuesen pichones torcaces. Aquí es distinto y deseo que no hayáis dispensando a vuestro amigo el favor de inmortalizarlo.

—Abrigo esperanzas de que así sea, aunque mi cólera haya sido siempre tan funesta a los que la han provocado. De todos modos, confieso que lo siento, tanto más, cuanto que

Librodot

tuve que dejar al joven en poder de la locura.

—No os entiendo.

—Hablaré más claramente. Habéis de saber que mientras yo llamaba la atención de mi dama para obtener un rato de conversación antes de marcharme, y comunicarle mis proyectos, aquel joven se puso a mi lado; ya comprenderás que interrumpirme en semejantes momentos...

—¡Oh! Sí, ese delito merecía la muerte, según todas las leyes del amor y del honor.

—No digáis frases de tragedia; y dejando aparte las chanzas escuchadme. Aquel joven, que es de un carácter muy vivo, me replicó cuando le mandé que se retirase, y vos sabéis que me desagrada que se me haga esperar. Apoyé mi orden con un bofetón bien dado; él me lo devolvió con interés; luchamos por algunos momentos y, creyendo que, de cualquier modo, debía poner fin al combate, saqué un puñal que, según mi antigua costumbre, llevo siempre conmigo. Tan pronto como le herí, me arrepentí de ello, pero ya no era tiempo sino de escaparme y ocultarme; porque, si hubieran advertido lo que acababa de pasar, mi perdición era segura. El amo de la casa, viejo, severo e inflexible, me hubiera entregado a la justicia, aun cuando fuese su hermano. Cargué con el cuerpo de mi contrario y fui a la orilla del mar con el propósito de arrojarlo a algún precipicio, en donde hubiera podido estar mucho tiempo antes de ser descubierto. Luego pensaba partir a bordo de un bote que había alquilado para ir a Kirkwall, y que estaba aguardándome junto a la ribera, y ausentarme en seguida; pero, cuando llegué cerca de la orilla, oí que gemía el herido, lo que probaba que no le había muerto. Nadie podía verme entonces; pero, lejos de pensar en consumar el crimen, puse en el suelo a mi enemigo, y procuré restañar la sangre de su herida, cuando apareció una vieja, a quien había visto con frecuencia y de quien se cree que es bruja y espíritu superior. Me mandó que la dejase al cuidado del herido, y no necesité que me lo repitiera dos veces. Iba a darme nuevas órdenes, cuando oímos la voz de un viejo original, amigo de la familia. La bruja me recomendó el secreto, silbó muy bajito, y presentóse un feo y extraordinario enano, con cuya ayuda condujo al herido a una de las numerosas cavernas que hay en aquel paraje. Gané el mar lo antes que pude y me embarqué. Si aquella vieja maldita tiene realmente influencia con el rey de los vientos, como se supone, sin duda me ha hecho alguna de las suyas, porque jamás viento alguno me apartó tanto de mi rumbo como el huracán espantoso que sopló a poco de salir yo. Si no llevo conmigo una brújula de bolsillo, jamás hubiera tocado en Isla Hermosa, donde encontré un brick que me condujo aquí. Y que la vieja hechicera me tuviese buena o mala voluntad, es lo cierto que estoy fuera de los peligros del mar, pero sumamente inquieto.

—Lleve el diablo al promontorio de Sumburgh, o como se llame la maldita roca contra la que se estrelló nuestra incomparable *Venganza*.

—No habléis así: si los cobardes no se hubiesen metido en su lancha, cuando les expuse el peligro de ser tragados por las olas, lo que, al cabo, no tardó en ocurrir, la *Venganza* estaría ahora a flote. Al permanecer conmigo, habrían salvado todos su vida y el navío, y si yo les hubiese acompañado, habría perecido en su compañía. ¿Quién puede decir lo que hubiera sido mejor para mí?

—Ahora que conozco bien la causa de vuestra preocupación, podré prestaros ayuda. Os seré fiel, Cleveland, como la hoja al puño; pero no permitiré que nos abandonéis. De todos modos, vendréis hoy a bordo, ¿no es cierto?

—Es forzoso porque carezco de otro asilo —respondió Cleveland suspirando.

Luego pasó revista con su anteojo a las barcas que surcaban la bahía con la esperanza de descubrir entre ellas a Magnus Troll, y siguió a Bunce en silencio.

XII

Cleveland y su compañero anduvieron largo rato sin pronunciar palabra alguna. Al fin, Bunce puso término a aquella situación, diciendo:

—Mi capitán, concedéis extraordinaria importancia a la herida de aquel joven; os he visto hacer más sin afligiros tanto.

—Pero jamás sin la más pequeña provocación, Juan, y, por otra parte, me había salvado la vida. Es cierto que después le había prestado idéntico servicio; pero ¡qué importa! no era aquel el modo de que debíamos tratarnos. Confío que la habilidad de aquella vieja le sea útil, pues tiene extraordinarios conocimientos de los simples.

—Su continuáis pensando como ahora, os calificaré de tonto. Que una joven os trastorne el juicio, nada tiene de particular; pero que os preocupéis de las habladurías de una vieja, es una locura demasiado grande para que un amigo os lo permita. Hablad de vuestra Minna, cuanto gustéis; pero no tenéis derecho alguno para moler a vuestro antiguo escudero con las necedades de una bruja. Puesto que nos encontramos ya en medio de las barracas y tiendas que preparan estas buenas gentes, veamos si hay aquí algo que nos divierta un momento. En la alegre Inglaterra, hubiéramos encontrado dos o tres compañías de cómicos de la legua, y numerosas jaulas de fieras y animales extranjeros; pero estos graves isleños no piensan más que en lo que les es de alguna utilidad, y ni siquiera tengo el gusto de escuchar la más mínima querella entre mi divertido compadre Pulchinela y su cara mitad.

Mientras tanto Cleveland había dirigido la vista a una caseta decorada con más esmero que las otras, y a cuya entrada había de muestra un vestido completo, notable por su elegancia, con algunas telas hermosas. Un gran rótulo de lienzo contenía, por un lado, *el* pormenor de los géneros que vendía Bryce Snailsfoot, y sus precios; y por el otro, la imagen de Adán y Eva vestidos con hojas de parra, al pie de los cuales había unos versos en los que se pretendía demostrar la necesidad de comprar las telas que estaban de venta en aquel establecimiento.

Cleveland leyó los versos, que le recordaron a Claudio Halcro, poeta laureado de aquellas islas, cuya musa servía a todos, grandes y pequeños, y el comerciante se apresuró a descolgar con trémula mano el vestido, que seguramente estaba allí para airearse más que para atraer la atención de los compradores.

—¡Por vida mía, capitán! —exclamó Bunce en voz baja—. Seguramente habéis tenido en vuestras garras a ese guapo, y temerá verse desplumado nuevamente, pues apenas os ha visto, se ha apresurado a poner en seguridad sus géneros.

—¡Sus géneros! —exclamó Cleveland mirando atentamente lo que hacía el buhonero—. Ese vestido es mío, y lo dejé en una caja en

Yarlshof, después del naufragio de la *Venganza*. Hola, Bryce Snailsfoot, ladrón, ¿qué significa esto? ¿No bastaba habernos vendido bien caro lo que comprasteis tan barato, sino que necesitabais apoderaros de mi caja y mi vestido?

Bryce Snailsfoot hizo una señal al niño que le servía de dependiente en su tienda y le dijo al oído que fuese a casa del preboste y le encargara que enviase inmediatamente

Librodot

algunos de sus oficiales.

Luego, volviéndose hacia Cleveland, exclamó:

—¡Bendito sea mil veces *el* Cielo! ¿Es el digno capitán Cleveland a quien yo veo? ¡Que alegría experimenta mi corazón! ¡Cuán feliz soy al veros de nuevo al lado de vuestros afligidos amigos!

—Mis afligidos amigos, ¡miserable! —repuso Cleveland—; yo os daré mayor motivo de aflicción que hasta ahora, si al punto no declaráis dónde habéis robado mis vestidos.

—¡Robado! ¡Que la misericordia de Dios nos ampare! Al pobre capitán lo ha vuelto loco la borrasca que ha sufrido al salir de Mainland.

—Bribón —dijo Cleveland golpeando el suelo con el bastón que tenía en la mano—: ¡creéis engañarme con vuestra desvergüenza! Si deseáis conservar la cabeza sana sobre vuestros hombros y que no os rompa todos los huesos, decidme en seguida en dónde habéis robado mis vestidos

—¡Robado! —repitió nuevamente Snailsfoot; pero, conociendo el carácter impetuoso de Cleveland, y temeroso de que ejecutase sus amenazas, miró con inquietud hacia la villa para asegurarse de si venía el socorro que había ido a buscar su dependiente, y, que, a su parecer tardaba demasiado.

—Quiero que contestéis al punto —insistió el capitán levantando el bastón—, os voy a aplastar como una momia y echar a rodar vuestras baratijas.

—Dejad que este hombre honrado se defienda —intervino Bunce, regocijado—, porque tiene la fisonomía más hermosa que tuvo jamás un hipócrita, y posee una elocuencia mercantil muy a propósito para engañar a los compradores. No olvidéis tampoco que sois de una misma profesión, pues él mide sus géneros con la vara y vos con la espada.

—Habéis perdido el juicio —gritó Cleveland, procurando desasirse de su brazo—; dejadme, porque ¡vive Dios! que quiero molerle a cintarazos.

—Sujetadle, caballero —suplicó el buhonero a Bunce—; sujetadle.

—Pues respondedle algo, ¡qué diablo! porque si no, le suelto.

—Me acusa —respondió Bryce, que se veía muy comprometido, y juzgó que era preciso tirar de los hilvanes—, de haber robado estas prendas, siendo así que las he comprado de una manera —legítima.

—¿Y a quién, miserable vagabundo? —preguntó Cleveland—; ¿quién pudo atreverse a vendéroslas?

—Mistress Swertha, honrada mujer de Yarlshof, en concepto de ejecutora testamentaria, y por cierto que estaba bien afligida cuando me las vendió.

—Seguramente lo estaría, pero me parece que su deseo por aumentar la bolsa sería mucho mayor que su tristeza; ¿pero cómo se atrevió a vender objetos confiados a su custodia?

—La buena mujer —respondió Snailsfoot, deseoso de prolongar la conservación hasta que llegase la fuerza armada— lo hizo con buena intención, y si queréis estarme atento, estoy dispuesto a datos cuenta de la caja y de cuanto contenía.

—Hablad, pues, sin evasivas, porque, si mentís, os aseguro que no me andaré con chiquitas.

—Sabed, noble capitán, que todo el país se encuentra en una gran inquietud. Vuestro honor, que todos aman y respetan como el suyo propio, y que suponían en el fondo del mar, dándole ya por perdido, muerto ...

—Yo os convenceré de que vivo todavía.

—Tened paciencia, señor, porque no me dais tiempo para hablar. También el joven Mordaunt Mertoun ...

—¡Ah! ¿Qué le ha ocurrido?

—Nadie lo sabe, porque ha desaparecido. Se presume que haya caído desde una roca muy alta al mar, pues era un joven muy temerario. Algunos negocios he realizado con él, de pieles y de plumas, a cambio de pólvora y perdigones.

—¿Pero qué relación tiene lo que estáis diciendo con los vestidos del capitán? —preguntó Bunce—; mirad que voy a encargarme de enderezaros si os desviáis de la cuestión.

—Id despacio, que harto tiempo tendréis para eso. Ahora bien como os decía, habían desaparecido dos personas, y sin mencionar lo que ocurría en Burgh-Westra, con motivo de lo que la señorita Minna...

—Mira, bribón —repuso el capitán encolerizado—, si no hablas de ella con todo el respeto que se le debe, te corto las orejas y te las hago comer.

—¡Diablo! —exclamó el buhonero, esforzándose por reir—; queréis divertiros y eso sería una gran broma... No hablemos entonces de Burgh-Westra. En el antiguo castillo de Yarlshof residía el señor Mertoun, padre de Mordaunt, y también se ha evaporado... desaparecido, Magnus Troil, de quien no hablo sino con respeto, monta a caballo; M. Claudio Halcro coge su barca, y el señor Triptolemo se embarca con. él; todos los habitantes corren los campos, pudiendo asegurarse que la mitad de ellos buscan a la otra mitad. Son tiempos bien calamitosos los que corremos.

Bunce, a quien aquella charla tenía impaciente, dijo, amenazando con el bastón al buhonero:

—Hablad de los vestidos, que es lo que importa, porque si no...

Snaisfoot a quien el pavor le obligó a hacer diferentes contorsiones, replicó:

—Pero, señor, mi buen señor, mi digno señor: sí, ciertamente, los vestidos. Encontré a la sirvienta del señor Mertoun muy apesadumbrada con motivo de su amo viejo, de su amo joven y del digno capitán Cleveland, y juntamos nuestras pesadumbres y nuestras lágrimas.

Bunce rozó con su bastón la oreja del buhonero y, éste, no pudiendo reprimirse, dejó escapar:

—¿Y qué diablos he de deciros? Me vendió la caja de los vestidos, pagué el precio, y, por consiguiente, es mía, y esto es lo que sostendré hasta que me muera.

—¿Quiere esto decir —repuso Cleveland—, que aquella vieja hechicera se atrevió a vender lo que no era suyo, y que tú, honrado Bryce Snailsfoot, lo has comprado?

—Pero, digno capitán —dijo el concienzudo buhonero—, ¿cómo queríais que se portaran unos infelices como nosotros? Vos, que erais el dueño, habíais desaparecido; el señor Mordaunt, que era el depositario, no se encontraba; los vestidos iban a pudrirse; de manera...

—De manera —repuso Cleveland—, que la vieja los vendió y tú los compraste sólo para que no se estropearan.

—Exactamente, noble capitán.

—Bribón, desvergonzado; óyeme: no quiero ensuciar mis manos tocándote ni turbar el orden; yo...

—Hacéis bien —repuso Snailsfoot con aire significativo.

—Te rompo los huesos si vuelves a pronunciar una palabra más. Escucha: vuélveme la cartera de cuero negra que cierra con llave, el bolsillo de doblones y algunos vestidos que me son necesarios y te dejaré el resto.

—¡Doblones! —repitió el buhonero afectando sorprenderse mucho—; no os entiendo; he comprado vestidos y no doblones: si los había en la caja Swerta los guardará, porque los doblones no se estropean con la humedad.

—Devuélveme mi cartera y lo que me pertenece, ladrón infame —exclamó Cleveland—, o te salto la tapa de los sesos.

El astuto miró en torno suyo y vio acercarse el socorro que aguardaba; eran seis oficiales de policía.

—Honrado capitán —replicó Snailsfoot, cobrando ánimo a la vista del refuerzo que llegaba—, haríais bien en reservar el calificativo de ladrón para vos mismo; ¿quién sabe cómo habéis adquirido todas esas lindas cosas?

Cleveland, no pudiendo ya contenerse, le agarró por el cuello, le hizo saltar por encima de la mesa que le servía de mostrador, echólo a rodar con cuantas mercancías había en ella, y, sujetándolo con la mano izquierda, le aporreó las espaldas todo lo bien que pudo con la derecha en la que tenía el bastón. Su acción fue tan rápida que no dio tiempo a Bryce Snailsfoot para defenderse, a pesar de ser forzudo, limitándose a gritar como un becerro.

Llegaron, por fin, los oficiales de policía y obligaron a Cleveland a soltar al buhonero para atender a su propia defensa. Esta fue tan diestra como vigorosa, heroicamente secundada por su compañero y amigo Bunce, que se había regocijado del apaleamiento del mercader. Muchísimos espectadores acudieron en auxilio de la patrulla, y Cleveland, después de luchar valientemente, fue vencido y reducido a prisión. Su compañera, más afortunado que él, consiguió escaparse, apelando a la ligereza de sus pies.

La altivez de Cleveland casi no pudo soportar aquella derrota, en virtud de la cual era conducido atravesando calles para comparecer ante los jueces que se encontraban reunidos en la sala de sesiones.

Cuando el capitán, rodeado por la policía llegaba a la puerta del ayuntamiento, produjose un incidente que varió rápidamente el aspecto de la cuestión.

La huída precipitada de Bunce había tenido un doble objeto: salvarse él y ayudar a su amigo. Había corrido al puerto, en donde se encontraba la chalupa del pirata, y poniéndose al frente de los hombres de la tripulación, los llevó a prestar auxilio a Cleveland. Aparecieron, pues, en escena, una docena de perillanes resueltos que, metiéndose entre la multitud, la dispersaron a cintarazos, y, llegando hasta Cleveland, lo sacaron en un abrir y cerrar de ojos de las manos de los oficiales. Condujéronlo triunfalmente al muelle, mientras algunos se detenían de vez en cuando para dispersar al populacho que les seguía, pero que no intentó recobrar al prisionero, porque los sables y pistolas de los piratas les tenían a raya.

Llegaron, pues, a su barco sin que nadie se lo impidiera, e hicieron entrar en él a Cleveland, quien, en aquellas circunstancias no podía encontrar otro refugio. Empuñando los reinos, dirigieron el rumbo hacia el navío, que estaba en la bahía, entonando a coro una vieja canción que los habitantes de Kirkwall, congregados en la orilla, no pudieron entender.

Y así fue, cómo, en virtud de aquel suceso imprevisto, el pirata Cleveland, reunióse, nueva aunque involuntariamente, con sus compañeros de quienes poco antes tenía el

Librodot

propósito firme de separarse.

XIII

Retrocedamos para llevar a nuestros lectores al lado de Mordaunt Mertoun, a quien dejamos gravemente herido.

Aunque pálido y débil a causa de la gran pérdida de sangre que había sufrido, encontrábase ya en la convalecencia. La hoja del puñal con que fue herido había resbalado en sus costillas y no le ocasionó sino una herida ligera:— Los bálsamos y vulnerarías de la sabia Norna de Fitful-Head, quien antes de que Mordaunt recobrase el conocimiento, le hizo transportar a su singular habitación, lo habían curado.

Norna y el enfermo encontrábanse, a la sazón, en una isla más distante, a la que se habían traslado en una barca. No necesitamos decir que la bruja ejercía tal ascendiente en el espíritu supersticioso de sus conciudadanos, que éstos se apresuraban a ejecutar todas sus órdenes, cualesquiera que fuesen, y como, además, les imponía el más riguroso secreto, los incautos campesinos quedaban asombrados de los sucesos a que ellos habían contribuido, y que hubieran perdido todos sus caracteres de maravilla si cada cual hubiese revelado lo que había hecho o visto.

Encontrábase Mordaunt sentado junto al fuego, en una estancia medianamente amueblada, con un libro en la mano, que, después de contemplarlo largo rato con impaciencia y desagrado, lo arrojó sobre la mesa que tenía enfrente. Norna se levantó inquieta, le tomó el pulso y le preguntó afectuosamente por el estado de su salud. La contestación del joven no satisfizo a la pitonisa, que repuso:

—Sois un desagradecido. ¿Os he arrancado de las garras de la muerte, ya os cansa tanto mi presencia, que no podéis disimular el deseo de pasar lejos de mí los primeros días de una vida que os he devuelto?

—Querida Norna, no me hacéis mucha justicia; no ignoro que os debo la vida, y estoy sumamente agradecido; vuestra compañía me es muy grata; pero tengo deberes que cumplir.

—¿Qué deberes pueden superar a los de la gratitud que me debéis? ¡Vuestros deberes! ¿Serán acaso los de empuñar vuestro fusil y subir a las rocas para cazar aves marinas? Sabed que todavía no tenéis bastantes fuerzas para entregaros a ejercicio semejante.

—No es eso lo que me preocupa, y para citaros uno de los deberes que me obligan a abandonaros, os recordaré lo que un hijo debe a su padre.

—¡A su padre! —replicó Norna riéndose sarcásticamente—. ¡Oh! no sabéis, sin duda, el medio que tenemos en estas islas de eximirnos rápidamente de tales deberes. Además, vuestro padre nada ha hecho para merecer vuestro cariño. ¿No os abandonó en vuestra infancia a manos desconocidas, proveyendo apenas a vuestras necesidades, sin preocuparse siquiera de si estábais vivo o muerto y limitándose a socorreros míseramente de vez en cuando? Durante el corto número de años que os ha hecho el compañero de su misantropía, jamás su conducta ha sido la de un verdadero padre.

—Si la ternura de mi padre no ha sido ostensible, no por eso he dejado de disfrutar de sus beneficios. Un buen hijo debe siempre gratitud a su padre, aunque éste le haya demostrado alguna frialdad. Al mío debo la instrucción que me ha dado y el amor que me

Librodot

profesa. Además, los hombres no somos dueños de nuestros afectos; sufre, y aun cuando no me amase...

—No os ama, no —replicó Norna con viveza—; jamás ha amado a nadie más que a sí mismo. Es un desgraciado, pero ha merecido su desgracia. Mas ¡oh Mordaunt! si carecéis de un padre que os ame, tenéis, en cambio, una madre que os quiere más que al aire que respira.

—¡Una madre! ——exclamó Mordaunt con manifiesta incredulidad—. ¡Ay! Hace tiempo que carezco de madre.

—¡Estáis equivocado! —dijo Norna con una expresión llena de profunda sensibilidad—; vuestra desgraciada madre no murió. ¡Ojalá hubiese muerto! Esa madre os ama con extremada ternura, y... —agregó arrojándose a sus brazos— ¡yo soy, Mordaunt, esa desgraciada... no, esa afortunada madre!

Abrazóle convulsivamente y derramó un torrente de lágrimas, las primeras acaso que vertió después de muchos años. Asombrado Mordaunt de aquella revelación; conmovido él mismo, aunque atribuía los transportes de Norna a un ataque de enajenación mental, hizo lo posible para tranquilizarla.

—¡Hijo ingrato! —exclamó ella—, ¿qué mujer sino una madre hubiese velado por ti como lo he hecho? Desde que vi hace años a tu padre, me penetré de tu carácter. Entonces, eras un niño; pero la voz de la naturaleza me reveló que eras sangre de mi sangre y huesos de mis huesos. Acuérdate cuántas veces te sorprendía mi presencia, cuando menos lo pensabas, en los sitios a donde ibas. Acuérdate cuántas te he vigilado mientras trepabas sobre los peñascos ahuyentando con palabras mágicas a los demonios que se aparecen al atrevido cazador en los lugares de más peligro para hacerle víctima de un movimiento de pavor: ¿no he colgado de tu garganta para tu seguridad esta cadena de oro que un rey encantador entregó a los fundadores de nuestra raza? Por ti Mordaunt, mi poder ha realizado cosas en la que otra madre no hubiera pensado sin estremecerse. A media noche he ordenado a la sirena que guiase tu barca por los mares. He calmado los vientos y amansado al Océano, para que pudieses cazar sin riesgo por los montes.

Viendo Mordaunt que Norna disparataba más cada vez, deseando satisfacerla y calmar sus transportes, le dijo:

—Mi querida Norna, tengo muchas razones para llamaros madre; pero la cadena de que me habláis no pende de mi cuello ni la he visto más desde que fui herido.

—¡Ah! —exclamó la bruja afligida—. ¿Es en eso en lo que pensáis ahora? Pues bien, os la he quitado para colgarla al cuello de la que amáis, a fin de que vuestra unión se realice, como se realizará aun cuando el infierno mismo se oponga.

—No reparáis —replicó Mordaunt suspirando—, en la distancia que nos separa; su padre es rico y de una antigua familia.

—No es más rico que lo será el heredero de Norna de Fitful-Head, ni tampoco es su sangre más noble que la que lleváis en las venas. Vuestra madre desciende de lo mismos condes y reyes del mar, de quien Magnus trae su origen. ¿Creéis que vuestra sangre se se mancille porque un presbítero no ha bendecido mí unión con vuestro padre? Nosotros contraemos matrimonio según los antiguos ritos norsas. Nos damos la mano en el círculo de Odín, y hacemos tan solemnes votos de fidelidad eterna, que hasta los usurpadores escoceses los juzgan tan legales como una bendición recibida al pie de los altares. Nada tiene Magnus que reprochar a mi hijo. Fui débil, criminal; pero vuestro nacimiento no es consecuencia de la infamia.

Librodot

El tono tranquilo y reposado con que Norna se expresaba, empezó a hacer dudar a Mordaunt. Agregó, además, tantos pormenores y circunstancias perfectamente enlazados, que fue difícil al enfermo persistir en su creencia de que aquella mujer estaba loca. Resolvió, pues, no pensar en ello, dejando para otra ocasión el reflexionar más detenidamente acerca de lo que acaba de oir.

—¿Y creéis realmente, madre mía —dijo—, puesto que queréis que os dé este nombre, que Magnus Troil olvidará sus prevenciones contra mí y permitirán mi unión con su hija Brenda?

—iCon Brenda! —replicó Norna—; ¿quién habla de Brenda? Es Minna a quien me refiero.

—Es Brenda a quien amo; en ella pienso y pensaré siempre.

—Es imposible, hijo mío; no podéis preferir la alegría pueril de una joven que sólo se ocupa de los cuidados domésticos, a los sentimientos elevados de la noble Minna. ¿Quién habrá que se incline para coger la humilde violeta, cuando con sólo alargar la mano puede apoderarse de la rosa deslumbradora?

—Las flores más humildes son las que exhalan el mejor olor.

—¿Osáis hablarme de ese modo? No, hijo mío, no podéis destrozar el corazón de vuestra madre la vez primera que os llama hijo. No me respondáis; pero escuchadme. Necesitáis casaros con Minna, pues he puesto en su garganta el talismán del cual depende vuestra común felicidad. Hace años que no me ocupo en otra cosa, y nada hay capaz de modificar este decreto del destino. Minna debe ser la esposa de mi hijo.

—¿Pero no amáis a Brenda de igual modo?

—No me es tan querida, no la amo la mitad que a Minna, cuya alma dócil, pero exaltada y reflexiva, la hace una compañera conveniente para un ser cuyos destinos se apartan de los caminos vulgares de este mundo. Brenda sólo piensa en divertirse, confunde la ciencia con la ignorancia, y se burla de cuanto es superior a su inteligencia corta y limitada.

—No es, en efecto, supersticiosa ni entusiasta, y por eso precisamente la amo más; pero advertid, madre mía, que ella corresponde al cariño que le profeso y Minna ama a ese extranjero, a Cleveland.

—No, no le ama ni le amará nunca. Él tampoco se atreverá a solicitar su mano, pues le dije cuando llegó a Burgh-Westra, que os la tenía destinada.

—A esa imprudente declaración debo entonces el odio que él me profesa, la herida que he recibido y casi la pérdida de mi vida. Ya veis los efectos de vuestras intrigas.

Semejante reconvención sorprendió a Norna como si la hiriese un rayo. Llevó su mano a la frente y hubiera caído al suelo, si Mordaunt, asustado, no se hubiera apresurado a sostenerla.

—¡Perdonadme, justo Cielo! ¡perdonadme! —exclamó la sibila después de unos momentos de silencio—, y si deseáis castigar mi crimen, no me abruméis con vuestra venganza. Sí, joven —prosiguió—, me habéis dicho lo que yo misma no he osado decirme, y habéis empleado un lenguaje que no puedo escuchar y vivir si es el de la verdad.

Mordaunt intentó interrumpirla; pero fue inútil, porque Norna prosiguió con voz trémula y conmovida:

—Sí; habéis despertado la sospecha que envenena el sentimiento íntimo de mi poder, único don de que disfruto a cambio de la inocencia y paz de mi corazón. Vuestra voz es

Librodot

semejante a la de aquel espíritu infernal que, cuando todos los elementos se me doblegan y someten, me dice al oído: “Norna, todo eso no es más que una ilusión, y tu poder no tiene más fundamento que la vana credulidad de los ignorantes, ayudada de tus propios artificios.” Esto es lo que queríais decir; pero hay en esta cabeza exaltada —agregó, poniendo un dedo en su frente—, pensamientos rebeldes que se insurreccionan. Mi trono es una nube, mi cetro un meteoro, y mi reino está poblado de fantasmas; pero muero o continúo siendo la más poderosa y la más miserable de las criaturas.

—No os aflijáis, mi querida y desgraciada bienhechora —le dijo Mordaunt todo conmovido—, pues creeré cuanto os plazca respecto a vuestro poder; mas debéis mirar las cosas desde otro punto de vista. Encaminad mejor vuestras ideas, y encontraréis encantos en la vida y consuelos en la religión.

Norna lo escuchó con tranquilidad como si reflexionase en sus consejos y deseara tomarlos por norma de su conducta; pero, cuando Mordaunt cesó de hablar, dijo ella moviendo la cabeza:

—¡Es imposible! Necesito continuar siendo la misteriosa Reim-Kennar, soberana de los elementos, o perecer. No hay término medio. No saldré de la roca inaccesible que jamás ha sido —hollada por pies humanos, en donde debo dormirme en el fondo del océano, cuyas encrespadas olas arrastrarán rugiendo mi cadáver insensible. Así, la parricida no será jamás denunciada como reo de impostura.

—¡Parricida! —repitió Mordaunt retrocediendo con horror.

—Sí, hijo mío —replicó Norna tranquilamente—. Entre estos muros funestos murió mi padre por culpa mía. En esta misma estancia fue encontrado frío, lívido y sin vida. ¡Hijos indóciles, éstos son los frutos amargos que produce la desobediencia!

Y, dicho esto, salió del aposento, donde quedó Mordaunt reflexionando acerca de lo que acababa de oir. Su padre le había enseñado a no creer en las supersticiones de los shetlandeses, y, sin embargo, veía que Norna, aunque conseguía engañar a los demás, lograba engañarse a sí misma, lo cual demostraba, a su juicio, que no estaba loca; pero la imputación de parricidio hacía dudar de todo a Mordaunt.

XIV

En triunfo fue llevado Cleveland al navío, después de haber sido arrancado de las manos de los oficiales de justicia, y los tripulantes dieronle la bienvenida con gritos de regocijo, acercándosele y estrechándole la mano por haber vuelto entre ellos.

Luego que sus partidarios manifestaron ruidosamente la satisfacción que experimentaban viéndole, se le condujo hacia la popa, en donde estaba sentado sobre un cañón el comandante Goffe, que escuchaba con desagrado las alegres aclamaciones de la tripulación. Era éste un hombre de unos cuarenta años, alto, y tan robusto, que solía comparársele a una navío de sesenta y cuatro. Sus cabellos negros, pobladas cejas, aire feroz y fuerza contrastaban notablemente con el aspecto varonil y franca fisonomía de Cleveland, a quien ni el ejercicio de su infame profesión había despojado por completo de su exterior gracioso y noble.

Los dos capitanes se contemplaron por algún tiempo en silencio, en tanto que los partidarios de cada uno se agrupaban en torno de ellos. Los más viejos pertenecían a la facción de Goffe; los jóvenes, entre los cuales se contaba Juan Bunce, eran adictos a

Librodot

Cleveland. El primero que habló fue Goffe.

—Capitán Cleveland, se os recibe muy cariñosamente a bordo, y acaso supongáis que soy todavía comodoro; pero, ¡voto al chápiro! eso ya concluyó porque al perder vuestra embarcación perdisteis también vuestro grado.

Hagamos constar que aquel digno comandante interpolaba en todos sus discursos numerosos juramentos y otras expresiones que él llamaba *descargar la andanada,* y que por respeto a nuestros lectores nos permitimos suprimir.

Cleveland opuso a la reconvención que se le hizo de llevar el propósito de apoderarse del mando, que ni lo deseaba ni lo aceptaba, y que todo el favor que solicitaba era que se le prestase una chalupa para trasladarse a otra isla.

—¿Y por qué no os ponéis a mis órdenes? —preguntó Goffe con un tono amostazado—; ¿acaso sois ya un gran señor para negaros a servir bajo mi mando? Mis gentes son más antiguos y mejores marinos que vos.

—Me alegraría saber —respondió Cleveland con la mayor sangre fría—, quién es de los buenos marinos el que ha puesto este buque bajo el fuego de esa batería de seis cañones que pudiera echarlo a pique, sin claros tiempo para cortar el cable. Marinos más antiguos y mejores que yo podrán someterse a semejante belitre; pero, capitán, a mí no se me ocurre tal cosa.

—¡Vive Dios! —exclamó Hawkins, jefe de la tripulación—. Los dos habéis perdido el juicio. Un desafío a pistola o sable es bueno, cuando no hay otra cosa que hacer; pero, ¿es posible que gentes como vosotros se diviertan en reñir, para dar tiempo a los perros isleños para atacarnos?

—¡Bien dicho, mi viejo Hawkins! —exclamó el contramaestre Derrick—. Si nuestros dos capitanes no se convienen ni se ponen de acuerdo para la defensa del navío, lo mejor es destituirlos y elegir un tercero.

—Que podríais ser vos, contramaestre —repuso Bunce—; pero no os forjéis ilusiones, porque no ha de llegar el caso. Es necesario que el que mande a caballeros, lo sea él mismo, y yo concedo mi voto al capitán Cleveland, a quien juzgo el más bravo y el más pisado caballero de cuantos han pisado una cubierta.

—¿Os tenéis por caballero? —preguntó Derrick—. Cualquier sastre haría uno mejor con los retales que conserváis de vuestro guardarropa de teatro. Vergüenza debiera darnos de alternar con un desecho de teatro, o, lo que es igual, un vagabundo.

Enfurecido Bunce, echó inmediatamente mano al sable; pero el jefe de la tripulación y el carpintero lo contuvieron, jurando el primero que partiría la cabeza con un hacha a quien tocase al otro; y el segundo recordándoles que el reglamento prohibía expresamente las disputas, y, sobre todo, reñir a bordo.

—No tengo que reñir con nadie —intervino Goffe—; el capitán Cleveland ha querido divertirse paseándose por estas islas y nosotros hemos perdido el tiempo buscándole y esperándole en vez de haber aumentado la bolsa común en veinte o treinta mil dólares. Además, acepto lo que la tripulación decida.

—En este caso —dijo Hawkins—, que se reúna el consejo general, según nuestros estatutos, y resuelva lo que crea más oportuno.

Esta proposición fue aceptada por unanimidad, y acto seguido se puso en práctica.

Los amigos de Goffe advirtieron en seguida, con no poco disgusto, que, como ocurría siempre en análogas circunstancias, habían ellos bebido mucho aguardiente y su razón no estaba lo suficientemente clara para defender con éxito sus opiniones.

Cleveland manifestó que, lejos de desear el mando del buque, pedía único favor que se le condujera a alguna isla o roca a cierta distancia de Kirkwall, y se le dejara a él el cuidado de salir del paso.

El jefe de la tripulación se opuso con energía, diciendo:

—Todos conocemos al capitán Cleveland, y sabemos cuánto valen su valor y su experiencia. Además, nunca deja humedecer su pólvora, y se encuentra siempre dispuesto, en caso necesario, a hacer fuego; y cualquiera puede estar seguro de que, cuando él está a bordo, no falta quien pueda dirigir el buque y mandar la maniobra. En cuanto al capitán Goffe, es tan valiente como el primero; pero es forzoso reconocer que cuando se remoja el tragadero con un vaso de buen *grog*, se vuelve tan quimerista que no es posible permanecer a su lado tranquilo. No habréis olvidado que estuvo a punto de estrellar esta embarcación sobre la maldita roca llamada el *Caballo de Capinsha*, *y* sólo por terquedad; y que, en otra ocasión, creyendo que hacía una gracia, descargó, mientras estábamos en consejo, su pistola por debajo de la mesa y rompió una pierna al pobre Jenkins.

—Nada ha perdido Jenkins —exclamó el carpintero—, porque le corté la pierna con mi sierra tan pronto y bien como el mejor cirujano; le cauterícé la herida con mi hacha enrojecida al fuego, y le construí una pierna de madera que le presta el mismo servicio que la que perdió.

—Sois un hombre muy habilidoso —repuso el contramaestre—, endiabladamente habilidoso, pero no me agradaría mucho que empleaseis vuestra hacha y vuestra sierra para amputarme ninguno de mis remos; es preferible que empleéis esas herramientas en lo necesario para el buque. Mas no se trata de eso ahora, sino de saber si hemos de separarnos del capitán Cleveland, que sirve lo mismo para aconsejar que para obrar. Esto equivaldría a tirar el piloto al mar, cuando el viento empuja al navío hacia la costa. Además, no es un rasgo propio de marino el abandonar a su camarada después de haberlo buscado y aguardado tanto tiempo, que hemos agotado las provisiones. No podemos darnos a la vela si los habitantes de Kirkwall no nos ayudan a abastecernos, y continuando aquí, nos exponemos a tener encima a la fragata *Alción*, que se encuentra a la altura de Peterborough. Creo, por consiguiente, que el capitán Cleveland es el único que puede libertar nuestros cargueros, amenazados de un nudo corredizo, pues se sabrá insinuar con las gentes del país, les hará buenas promesas, y, si es preciso, les enseñará los dientes.

—¿Y qué pretendéis hacer del valiente capitán Goffe? —preguntó un viejo pirata, tuerto—. Sé perfectamente que es muy caprichoso y yo mismo lo he experimentado; pero nadie le excede en valor, y esto lo sostendré mientras me quede la otra linterna para ver.

—Dejadme concluir —replicó —Hawkins—. Propongo que Cleveland tenga el mando desde la una de la tarde hasta las cinco de la mañana, pues durante ese tiempo Goffe está siempre borracho.

Goffe apresuróse a dar testimonio de la verdad de la acusación, mascullando algunas palabras inarticuladas, y amenazando con una pistola a Hawkins.

—¿Lo estáis viendo? —exclamó Derick—. ¿Qué habéis de esperar de un hombre que, hasta en un consejo, se emborracha como el último de los marineros?

—Sí —agregó Buncer—, completamente borracho, y eso enfrente del enemigo, la tormenta, y el senado.

—De todos modos —prosiguió Derrick—, no puede haber dos capitanes en un día,

Librodot

porque el barco no marcharía bien. Que turnen por semanas y que empiece Cleveland.

—Aquí hay gentes tan dignas como él —dijo Hawkins—; por lo demás, nada tengo que oponer contra el capitán Cleveland; y creo, por lo contrario, que es capaz de darnos un golpe de mano mejor que otro cualquiera.

—Sí, sí —exclamó Bunce—, y desempeñará mejor su oficio que su borracho predecesor para meter el resuello a los canallas de Kirkwall. Por consiguiente. ¡Viva el capitán Cleveland!

—Despacio, señores —repuso Cleveland, que no había intervenido hasta entonces en la discusión—; confío que no me nombraréis capitán sin mi consentimiento.

—¿Y por qué no —respondió Bunce—, cuando se trata del bien común?

—Es preciso que me escuchéis. Tomaré el mando del buque, puesto que ese es vuestro deseo y comprendo que sin mí os será difícil desembarazaros...

—De todos modos, lo repito: ¡viva el capitán Cleveland!

—Os ruego, mi querido Bunce, mi honrado Altamonte, que reflexionéis un momento. Accedo a vuestro deseo, amigos, pero a condición de que cuando haya abastecido el buque y esté en estado de darse a la vela, os someteréis al mando del capitán Goffe y me conduciréis a tierra en alguna de las islas próximas. No temáis que os venda, puesto que permaneceré con vosotros hasta el último momento.

—Y algo más —murmuró Bunce entre dientes.

La votación fue nominal y, como todos confiaban en los talentos de Cleveland, superiores, bajo todos aspectos, a los de Goffe, la destitución de éste fue acordada por unanimidad.

Cuando los tripulantes, a quienes las libaciones habían impedido tomar parte en la deliberación, se enteraron de la decisión del consejo general, la aplaudieron, y Goffe, a pesar de su disgusto, juzgó conveniente disimular su resentimiento hasta que circunstancias más favorables le permitieran satisfacerlo.

—En cuanto a Cleveland, se propuso trabajar activa y celosamente para sacar a sus compañeros de la situación peligrosa en que se encontraban. A este propósito, ordenó que se botara la chalupa para ir él mismo a Kirkwall, acompañado de doce hombres escogidos entre los más valientes y vigorosos, todos tan bien vestidos como sus oficiales, armados de sables y pistolas, y algunos con hachas y puñales. Cleveland distinguíase por la elegancia de su traje de terciopelo azul forrado de seda carmesí, y galoneado de oro; chaleco y calzones de terciopelo carmesí; una gorra de la misma tela, con ricos bordados y coronado con una pluma blanca; medias de seda también azules, y zapatos de talón encarnado, lo cual constituía el *summum* de la distinción entre los señores de aquella época. Un silbato de oro, insignia de su mando, pendía de una cadena, del mismo metal, que rodeaba su cuello. También ostentaba, colgadas de una especie de banda de cinta carmesí, sostenida por el hombro, dos pares de pistolas de maravilloso trabajo, además de las que llevaba al cinto. La empuñadura de su espada era de tanto valor como el resto de su equipo, y su buena presencia de tal modo le hacía sobresalir entre sus compañeros que, al presentarse, en tal guisa, en la cubierta del barco, fue recibido con universales aclamaciones.

Goffe fue incluido por Cleveland en el número de los que debían acompañarle, pues el ex capitán se encontraba también muy lujosamente equipado; pero, como su aspecto y actitudes no eran tan distinguidos como los de su sucesor, parecía un campesino transformado en petimetre, o más bien un bandolero vestido con el traje del caminante a

quien acaban de despojar, y cuyo derecho al uniforme que lleva es puesto en duda por quienes lo contemplan.

Cleveland, al llevar en su compañía a Goffe, se propuso seguramente el impedirle que se aprovechase de su ausencia para seducir a la tripulación. Por esta razón, y antes de partir, Cleveland confió el mando del buque a Juan Bunce, de cuyo celo y fidelidad nada tenía que temer, y a quien en una extensa conferencia le instruyó convenientemente de lo que debía hacer en las diferentes circunstancias que pudieran sobrevenir, recomendándole, especialmente, que no dejase de vigilar a los partidarios de Goffe que se quedaban a bordo, por si se les ocurriera atacarles en la ribera.

Dadas estas instrucciones, Cleveland y los suyos entraron en la chalupa, que se alejó del navío, vigorosamente impulsada por los remos.

Al aproximarse a tierra, Cleveland ondeó bandera blanca, y advirtió un movimiento general, como si su llegada produjese gran alarma. Muchos habitantes corrían de un lado para otro; algunos empuñaban las armas, y otros—, en fin, encaminábanse a la batería, en la cual fue enarbolado el pabellón inglés, circunstancias que inquietaron al capitán, pues sabía que, a falta de artilleros, en Kirkwall eran muchos los marineros que conocían perfectamente el manejo de un cañón.

Examinando con atención aquellas disposiciones hostiles, pero sin revelar temor alguno, mandó dirigirse rectamente hacia el muelle. En la orilla había una gran muchedumbre armada de mosquetes, escopetas, medias picas y de aquellos cuchillotes de sacar la grasa a las ballenas, como si se propusieran oponerse al desembarco. Sin embargo, cuando arribó la embarcación, todas aquellas gentes retrocedieron y dejaron que Cleveland y los suyos saltasen a tierra sin el menor obstáculo. Los piratas se colocaron en orden en el muelle, excepto dos que permanecieron en la chalupa y se retiraron a alguna distancia de la orilla; semejante maniobra no tenía más objeto que intimidar a sus contrarios.

Los habitantes de Kirkwall no se acobardaron por eso, pues permanecieron inmóviles con el arma al hombro, dando frente a los piratas y cerrándoles el paso que conducía a la comarca. Unos y otros se contemplaron mutuamente en silencio por algunos instantes.

—¿Qué significa esto, señores? —preguntó al fin Cleveland— ¿Se han convertido los habitantes de las Orcadas en montañeses de Escocia? ¿Por qué estais sobre las armas, esta mañana tan temprano? ¿Acaso tenéis el propósito de obsequiarme con un saludo por haber recobrado el mando de mi buque?

Los habitantes miráronse unos a otros, y uno de ellos repuso:

—No os conocemos —y luego, señalando a Goffe agregó—: Quien se titulaba capitán cuando venía a tierra es este hombre.

—Es mi lugarteniente, y el que me substituye en el mando cuando me ausento; pero no se trata aquí de esto: deseo hablar a vuestro lord corregidor, o jefe de vuestros magistrados.

—El preboste y los magistrados se encuentran ahora reunidos.

—Perfectamente, ¿y en dónde?

—En la casa municipal.

—Pues dejadnos pasar, señores, porque necesitamos ir allá.

Los habitantes se consultaron mutuamente en voz baja, y, después de algunos momentos resolvieron cederles el piso. Cleveland se adelantó lentamente con los suyos en pelotón, sin permitir que nadie se pusiera a los lados de su pequeño destacamento, y

Librodot

ordenó a los cuatro que formaban la retaguardia que se volviesen de vez en cuando para hacer frente a los que les seguían, dificultando así la empresa de los que proyectasen atacarle.

Así, atravesando la calle estrecha, encaminábase a la casa municipal en donde estaban a la sazón reunidos los magistados. Los isleños los apretaron allí de más cerca, con el objeto de agruparse a la entrada y separarlos unos de otros; pero Cleveland había previsto aquel peligro, y antes de entrar en la casa municipal, mandó despejar la puerta, hizo que se adelantaran cuatro hombres para hacer retirar a los que le habían precedido y mandó a otros cuatro hacer frente a la multitud que los seguía. La muchedumbre se retiró y. Cleveland y los suyos penetraron en el edificio y se dirigieron a la sala de deliberaciones.

Los magistrados se miraron unos a otros con inquietud y Cleveland les habló en estos términos:

—Buenos días, señores: animado por el deseo de llegar a una buena inteligencia, vengo a tratar de los medios de proporcionar refrescos a mi buque, anclado en vuestra rada, porque sin esto no es posible levar anclas.

—¡Vuestro buque! —exclamó el preboste—; ¿y quién nos garantiza que sois vos su capitán?

—Miradme bien —respondió Cleveland—, pues eso será suficiente para que no volváis a dirigirme semejante pregunta.

El magistrado le miró y, en efecto, eso bastó para no continuar en aquel sentido el interrogatorio; pero, aceptando el hecho como cierto, prosiguió

—¿Podéis entonces decirme la procedencia y destino del buque que mandáis? Más parecéis un oficial de un navío de guerra, que el capitán de un buque mercante, y nos consta que no pertenecéis a la marina inglesa.

—¿Es acaso, el pabellón inglés —respondió Cleveland—, el único que flota en los mares? Pero, aún suponiendo que mi buque fuese contrabandista, con cargamento de aguardiente, ginebra, tabaco y otros géneros análogos, que estamos dispuestos a cambiar por las provisiones que nos sean necesarias, ¿qué razón hay para que los mercaderes de Kirkwall nos las nieguen?

—Conviene que sepáis, capitán, que, cuando tales buques vienen a visitarnos, es preferible hacer lo que el carbonero cuando encontró al diablo; es decir, ajustar nuestra conducta a la suya, y ved aquí uno —añadió señalando a Goffe—, que era capitán antes que vos... que sabe la buena acogida que a él y a su gente les dispensamos hasta que empezaron a portarse como diablos en carne humana. Aquí está otro que anteanoche detuvo a mi sirvienta, que me precedía con un farol y a quien insultó en mi presencia.

—Perdone Su Excelencia —dijo Derrick, a quien el magistrado se había referido—, y no fui quien disparó sobre el barquichuelo de esa joven, sino un hombre que en nada se me parece...

—¿Pues quién era? —preguntó el preboste.

—Era —repuso Derrick, saludándole grotescamente y haciendo la descripción del magistrado— un hombre de mediana edad, muy semejante a una galeota holandesa con la popa redondeada: llevaba una peluca empolvada y su nariz era encarnada, como la de su señoría. ¿Verdad —preguntó a uno de sus camaradas—, que aquel canalla que quiso la otra noche abrazar a una joven que llevaba una linterna, era muy parecido a Su Señoría?

—¡Vive Dios! Derrick, juraría que era el mismo.

—¡No se insolenten, señores! Toda la tripulación se ha portado aquí lo mismo que

una horda de Madagascar; y vos mismo capitán, si, en efecto, lo sois, ayer promovisteis un alboroto. No os suministraremos provisión alguna si no nos dais mejores informes, y no creáis que os podéis burlar impunemente de nosotros; pues me basta agitar mi pañuelo por una ventana, para echar a pique vuestro navío, que está bajo el fuego de una batería de seis piezas.

—¿Y cuántas piezas están en estado de servicio?

Esta pregunta que formuló Cleveland casualmente y sin malicia, le reveló el embarazo en que puso al preboste para que le contestase, pues el estado en que se encontraba la artillería de Kirkwall no era realmente muy satisfactorio.

—Vamos, vamos, señor preboste —prosiguió Cleveland—, no creáis que es tan fácil asustarnos, pues nos consta que vuestros cañones serían más peligrosos para las pobres gentes que los manejasen, que para nosotros. En cambio, si disparásemos una andanada contra la villa, correría inminentes riesgos la vajilla de vuestras mujeres. ¡Censurar a unos marinos por algunos rasgos de buen humor cuando desembarcan! Los pescadores de Groenlandia que os visitan algunas veces, ¿dejan de hacer verdaderas diabluras? Los marinos holandeses, ¿no hacen cabriolas en las calles de Kirkwall como unas marsopas en el mar agitado? Se me había asegurado que sois inteligente, y estaba convencido de que vos y yo arreglaríamos este negocio en cinco minutos.

—Pues bien —dijo el preboste—, estoy dispuesto a escuchar cuanto tengáis que decirme; ¿me queréis seguir?

Cleveland trasladóse con él a una estancia contigua a la en que se encontraban, diciéndole al entrar:

—Si queréis que deje mis pistolas, porque quizá os infundan espanto, las dejaré.

—¿Qué diablos decís? —exclamó el preboste—; he sido militar y no me atemoriza nadie ni nada.

—Perfectamente; así podréis escucharme con más tranquilidad. Ahora bien; en la suposición de que fuésemos lo que suponéis y cuanto se os antoje, ¿queréis decirme, por el Cielo, qué ganaréis con retenernos aquí? Nada más que derramar sangre, y creedme, nuestras intenciones son mejores de do que os imagináis. La cuestión es muy sencilla: vosotros deseáis que nos vayamos y nosotros también queremos irnos. Proveednos de los medios para partir, y os dejamos en seguida.

—Oídme, capitán —contestó el preboste—: no deseo que corra la sangre. Vos sois un valiente, como muchos de los que había en mi tiempo entre los cazadores, y no debéis agraviarnos si os deseo mejor oficio. Os venderemos las provisiones que necesitéis, a fin de librar a nuestros mares de vuestra presencia; pero existe una dificultad: se aguarda de un momento a otro a la fragata *Alción, y* tan pronto como oiga hablar de vuestro buque, os dará caza, porque un corsario es a veces buena presa. Supongamos, pues, que el *Alción* llega, que os persigue...

—Que nos hace volar, si os place.

—No, esto será si os acomoda; pero, entonces, ¿qué ocurrirá a esta pobre villa por haber favorecido a los enemigos del rey, proveyéndoles de lo que necesitaban? Se le castigará seguramente, y el preboste no saldrá muy librado.

—¡Bah! Eso quedará arreglado, porque puedo doblar vuestra isla, irme a la rada de Stromnes, y allí se nos puede llevar cuanto necesitemos sin que el preboste ni la villa figuren para nada. Además, si se sospechase algo, nuestra superioridad de fuerzas y la falta de medios para retirarnos, os serviría de excusa.

Librodot

—Eso puede hacerse; pero para permitiros que abandonéis nuestra rada, necesito que me deis palabra de no devastar el país.

—También nosotros la necesitamos de que no habéis de esperar para proveemos la llegada del *Alción.* No tengo inconveniente en quedarme en rehenes con vos, siempre que me prometáis no venderme, y enviéis a un magistrado u otra persona de calidad que garantice que no se me ha de hacer traición.

El preboste, después de mover repetidamente la cabeza, manifestó que daría cuenta al Consejo para que éste resolviera un negocio de tanta importancia.

XV

Cuando el preboste y Cleveland regresaron a la sala en que se encontraban los magistrados, dioles cuenta el primero de las proposiciones del pirata, y retiróse con ellos a la habitación inmediata, para deliberar.

Al quedarse solos, Cleveland y su gente fueron obsequiados con refrescos, que aceptaron, pero sin olvidarse de adoptar las precauciones necesarias para evitar una sorpresa.

Mientras tanto, Cleveland se paseaba a lo largo de la estancia, conversando con sus compañeros familiarmente.

Sorprendióles el ver allí a Triptolemo Yellowley, que, encontrándose casualmente en Kirkwall, había sido invitado por los jueces para asistir a la junta, en representación del lord chambelán. El pirata aproximóse a él y, después de saludarle, le preguntó qué asunto le llevaba a las Orcadas.

—He venido —respondió el agricultor—, para apreciar el resultado de algunos de mis pequeños planes. Hace un año que planté un huerto, a cuatro o cinco millas de Kirkwall, y me interesa saber si ha prosperado como asimismo los nueve enjambres de abejas que traje para naturalizarlas aquí y convertir en miel y en cera las flores de las malezas.

—¿Y por qué no habían de prosperar? —repuso el marino que celebró tener con quien hablar para interrumpir el silencio sombrío que guardaban todos.

—No lo creáis. Van como todas las cosas de este país: hacia atrás.

—Será por falta de cuidado. —De ningún modo. Mis colmenas han perecido por haberlas cuidado con exceso. Cuando fui a verlas, el bribón a quien las había confiado, aparentó estar gozoso y satisfecho de sus desvelos. “Hubierais podido ver las colmenas ––me dijo—; pero, si no es por mí, hubierais encontrado tantas abejas como gansos. Las inspeccionaba continuamente, y una mañana hermosa de sol observé que se escapaban los animalitos por unos agujeros, y me apresuré a taparlos con arcilla. Si no lo hago así, no hubiera quedado una abeja.” En resumen, amigo mío, las emparedó como si las pobres bestias hubieran sido víctimas de la peste, y, naturalmente, perecieron todas.

—Entonces, ¡adiós vuestro hidra miel! —replicó el pirata—. Pero ¿abrigáis esperanzas de poder hacer la sidra? ¿Y cómo va la huerta?

—¡Ay, capitán! Este mismo Salomón del Ofir de las Orcadas amaba tanto a mis tiernos frutales, que, temiendo que se constiparan, los regó con agua caliente; de modo que todo ha muerto. Pero, capitán, ¿por qué hablan tanto de los piratas estas buenas gentes, y quiénes son todos estos hombres de mala catadura, que aquí veo, y por qué lleváis vos tantas pistolas?

Librodot

—Eso mismo quisiera yo saber —dijo, interviniendo —en la conversación, el viejo Hagen, que, en otro tiempo, había seguido, aunque no voluntariamente, al emprendedor Montrose—. Si os hubiera encontrado en el valle de Eddera-Ohillis, en donde sir Worry nos zurró tan de lo lindo...

—Sir Worry —contestó Triptolemo— combatía por vos como lo prueba el haber sido hecho prisionero con Montrose y degollado.

El preboste, apareciendo de pronto, puso término a aquella conversación.

—Hemos decidido, capitán —dijo—, que vuestro buque vaya a la rada de Stormness o de Scalpa-Flow para hacer sus provisiones y que terminen los altercados entre vuestra tripulación y los habitantes de la villa. Y, puesto que vos deseáis permanecer en Kirkwall para ver la feria, enviaremos a bordo de vuestro buque a un hombre respetable que aconseje a vuestras gentes cómo han de doblar el promontorio y ganar la rada de Stormness, teniendo en cuenta que la navegación en estos sitios es muy arriesgada.

—Me parece muy bien, señor preboste —contestó el pirata—. Habláis como un magistrado pacífico y juicioso. ¿Y quién es la persona de respeto que honrará mi buque con su presencia mientras yo esté ausente?

—Como aquí todos tenemos muchas ocupaciones, hemos resuelto y decretado que el digno señor Triptolemo Yellowley, administrador del lord chambelán de estas islas, os dispensará el honor de acompañaros...

—¡Yo! —exclamó Triptolemo con extraordinario asombro—. Mis negocios están en tierra firme.

—Estos señores tienen necesidad de un piloto —le dijo el preboste en voz baja—, y tenemos el deber de darle uno.

—¡Bah! —repuso Triptolemo ¿Cómo podría servirles de piloto, si jamás he tocado un timón?

—¡Silencio, silencio! —apresuróse a decir el preboste—. Si oyesen, perderíais en seguida la consideración que merecéis. Aquí no respetamos a un hombre que no sabe gobernar un buque y maniobrar con él. Os acompañará el viejo Pate-Sinclair, y sólo os ocuparéis en comer, beber y divertiros.

—¡Beber y comer! No tengo apetito más que cuando estoy en tierra. El mar me perjudica horriblemente.

—¡Callad! —insistió el preboste—. ¿Pretendéis desacreditaros? El representante del poderoso lord chambelán de las Orcadas y las islas Shetland está incapacitado para decir que el mar le perjudica.

—Necesitamos concluir cuanto antes —intervino Cleveland—, porque debíamos ya haber levado anclas. Señor Yellowley, ¿consentís en honrar mi buque con vuestra presencia?

—Seguramente, capitán —respondió tartamudeando Triptolemo—; me honrará mucho vuestra compañía; pero...

—No hay *pero* que valga interrumpió el preboste—. No admitimos ninguna objeción.

—¡Ni una sola objeción! —insistió el tesorero.

—¡Ni una sola! —repitieron en coro los cuatro *bailes* y quince consejeros.

Asombrado y confundido, fuele imposible a Yellowley el rehusar el papel de Curtius de Kirkwall, y Cleveland apresuróse a confiarlo a los piratas que le habían servido de escolta, encargándoles que le tratasen con respeto. Goffe y sus cornpañeros se dispusieron a partir, llevándoles con ellos entre aplausos de toda la asamblea. Al salir de

Librodot

la estancia, diose cuenta Triptolemo de que Cleveland no le acompañaba y, asustado, retrocedió desde la puerta diciendo:

—Señor preboste, capitán, *bailes,* —tesorero, consejeros, oídme: si el señor Cleveland no se encuentra a bordo para protegerme, no iré como no me lleven atado con correas.

Pero nadie hizo caso de aquella protesta, que todos se negaron a escuchar, y al atemorizado Yellowley fuele forzoso resignarse, dejándose conducir a la calle sin resistencia alguna. El destacamento de piratas, colocándole en el centro, se puso en marcha, con lentitud, en dirección al muelle. Una muchedumbre le seguía con curiosidad; pero nadie osó molestar a los atrevidos piratas, porque la capitulación pacífica que tan sabiamente había ajustado el primer magistrado obtuvo la aprobación general.

Mientras se encaminaba al muelle, Triptolemo examinó detenidamente

la fisonomía, aire y traje de las gentes que lo conducían y en todos ellos creyó descubrir siniestras intenciones. Las miradas de Goffe, que le llevaba sujeto del brazo con una mano, tan fuerte como las tenazas de un herrero, le asustaban y, con voz lamentable y comprimida, preguntó prudentemente:

—¿Acaso me lleváis para matarme?

—Callad si podéis —respondió Goffe—. Hace ya tres meses que no hemos matado a nadie y debéis procurar que lo olvidemos.

—Supongo, valiente y digno capitán, que eso será una broma, porque ¿qué ventajas podría reportaros mi muerte?

—Es, por lo menos, una diversión —respondió Goffe—; pero ya hablaremos más despacio cuando os encontréis dentro de la cala, a no ser que entreguéis un buen puñado de dólares de Chile para vuestro rescate.

—¡Oh! El granuja del enano me robó todo el oro y plata que había en el cuerno.

—Una buena paliza os lo hará encontrar —respondió Goffe con una sonrisa feroz—. Es remedio eficacísimo.

—Capitán, no tengo dinero, ninguno de mi profesión lo tiene. Todo se lo lleva el campo, los útiles de labranza y los obreros.

—Sí, en efecto —repuso Goffe—, sois un pobre diablo, seré vuestro amigo y os protegeré.

Y, luego, acercándose más a Yellowley que le observaba con inquietud, deslizóle al oído estas palabras:

—Si no queréis morir, no vengáis a nuestro buque.

—¡Eso quisiera yo! Pero me lleváis tan sujeto que no podré escaparme.

—Cuando lleguemos a la orilla del mar, y mis camaradas salten a la barca y tomen los remos, os soltaré el brazo. Encomendaos entonces a vuestras piernas y os salvaréis.

Goffe cumplió su palabra y tan pronto como Triptolemo advirtió que se aflojaba la formidable mano que le tenía sujeto corrió con cuanta velocidad le fue posible en dirección a la villa de Kirkwall; pero, temiendo que el pirata lo apresase nuevamente, no se detuvo allí, sino que prosiguió su carrera hasta encontrarse en campo raso, perdiendo en la huida el sombrero y la corbata.

No se intentó perseguir al fugitivo; pero se preparaban uno o dos mosquetes a enviarle un mensajero que le aventajara en ligereza cuando Goffe interviniendo, decidió a sus camaradas a que se abstuviesen de toda hostilidad, exagerando las consecuencias peligrosas que podían derivarse de una infracción a la tregua pactada.

Los vecinos de la villa, considerando la fuga de Triptolemo como una victoria obtenida contra los piratas, dirigiéronse a éstos con aclamaciones insultantes de alegría. Los magistrados, en cambio, se inquietaron por la falta de cumplimiento de uno de los artículos del tratado y si hubieran podido detener al fugitivo sin que se supiese, habrían devuelto al rehén a sus enemigos; pero, como no podían sancionar públicamente semejante acto de violencia, limitáronse a vigilar de cerca a Cleveland, haciéndolo responsable de toda agresión de los piratas. Aquel dedujo fácilmente que Goffe había dejado escapar a Yellowley para exponerle a todas las consecuencias de aquel asunto pero, confiando en la inteligencia y adhesión de su amigo y partidario Juan Bunce o Federico Altamonte, no se inquietó mucho.

Bunce adivinó también que la fuga de Triptolemo era idea de Goffe y, no dudando que Cleveland recobraría nuevamente el mando del navío, dijo cuando se enteró del caso:

—No ha de salirse con la suya el viejo borrachón, o dejo de ser quien soy.

Y, luego, con una elocuencia marítima, acomodada a las circunstancias y a los oyentes, les expuso lo vergonzoso que sería para ellos el permitir que su capitán fuese detenido en tierra, sin garantía alguna de seguridad, decidiéndoles a apoderarse del primer buque algo importante que encontrasen, cuyo casco, cargo, marinos y pasajeros responderían del tratamiento que se le dispensara a Cleveland.

Confiado el mando del buque a un comité, compuesto de Goffe, Hawkins y Bunce, y adoptados otros acuerdos importantes, diéronse a la vela, sin que la batería de seis piezas intentara impedírselo.

XVI

Magnus Troil y sus dos hijas, Minna y Brenda, encontrábanse a bordo de un hermoso brick de su propiedad. El poeta Claudio Halcro les acompañaba en su viaje a las islas Orcadas, a donde se encaminaban por indicación de Norna.

Después de haber sufrido algunos contratiempos a causa de los vientos contrarios que los separaron algo de su rumbo, encontráronse, al fin, frente a la hermosa bahía que existe entre Porrona y Shapinsha. Admiraban las dos hermanas la pesada iglesia de San Magnus, que sobresalía entre los demás edificios de Kirkwall, cuando Magnús y Claudio Halcro divisaron un objeto que les pareció más interesante. Era un *sloop* armado, con todas las velas desplegadas, que acababa de salir de la bahía, favorecido por el viento que al brick del udaller era contrario.

—¡Por las reliquias de San Magnus! —exclamó el udaller—. Es un hermoso buque; pero ignoro de qué nación procede porque no tiene bandera. Parece de construcción española.

—En efecto —repuso Claudio Halcro—; tiene todo el aspecto español y no necesita más que dejarse llevar por el viento contra el cual tenemos que luchar nosotros; pero así va el mundo, según dice el glorioso Dryden. Vuela sobre el mar como una avispa.

—¡Una avispa! —repitió Magnus viendo con cierta sorpresa que el *sloop* variaba de rumbo y se acercaba al brick—. ¡Quiera Dios que no sintamos su aguijón!

En aquel momento el *sloop,* sin izar bandera ni llamar al brick, disparó dos cañonazos, una de cuyas balas rozó la superficie del agua, pasando a una toesa de la proa, y la otra agujereó la vela mayor. Magnus tomó una bocina; llamó al *sloop,* le preguntó

Librodot

quién era y por qué le hostilizaba sin haber mediado provocación.

—Arriad bandera —le contestaron—; cargad la vela mayor, y os enteraréis de quiénes somos.

Era forzoso obedecer para evitar una andanada, y el brick aguardó las órdenes. del *sloop,* que no se hicieron esperar. El *sloop* botó al mar su chalupa, y, embarcándose en ella seis hombres armados bajo el mando de Juan Bunce, se adelantaron hacia su presa.

—Estos hombres, con sus bandas y sus vestidos de seda, tienen trazas de piratas —dijo Claudio Halcro al oído del udaller cuando aquéllos estuvieron cerca.

—¡Hijas mías! ¡Hijas mías! —exclamó Magnus sumamente angustiado—. Bajad al puente, hijas mías, y ocultaos mientras yo...

Dejó su bocina y empuñó una pica, mientras que Minna y Brenda, más asustadas de las consecuencias de su carácter irascible que de todo lo demás, le abrazaban rogándole que no resistiera. Claudio Halcro unía sus ruegos a los de las jóvenes, agregando:

—El mejor medio es el de la dulzura; quizá sea un corsario de Dunkerque, o un navío de guerra cuya insolente tripulación tenga ganas de divertirse.

—No, no —respondió Magnus—; es el *sloop* de que nos ha hablado Bryce Snailsfoot; pero me revestiré de paciencia a causa de mis dos hijas; y sin embargo...

No pudo continuar hablando, porque al mismo tiempo saltó Bunce a bordo con su gente, sacudió el palo mayor y declaró que se posesionaba del barco.

—¿Y con qué derecho y en virtud de qué órdenes os atrevéis a detenernos en el mar? —le preguntó Magnus.

—Ved aquí nuestras órdenes —respondió Bunce mostrando las pistolas que llevaba en el cinto; elegid la que os plazca y os la haré leer.

—¿De suerte que intentáis robarnos? Sea, puesto que carecemos de medios de defensa y no nos podemos resistir. Respetad a las mujeres, y tomad lo que os convenga. No encontraréis mucho;, pero si nos tratáis con comedimiento, nada perderéis.

—¡Respetad a las mujeres! —repitió Fletcher, que formaba parte del destacamento—. ¿Acaso hemos dejado alguna vez de hacerlo así? Las trataremos con galantería: mira, mira, Bunce, qué lindo palmito; será una preciosa corsaria.

Y, al decir esto, asió una mano a Brenda, que estaba temblando de miedo, y con la otra le retiró la capucha del manto con que se había cubierto el rostro.

—¡Socorro, padre mío! —gritó Minna—. ¡Socorro!

Magnus levantó la pica contra Fletcher, pero Bunce le sujetó el brazo.

—Cuidado, papá —le dijo—, si pretendéis salir bien librado; y vos, Fletcher, dejad a esa joven.

—¿Y por qué?

—Porque os lo mando, Fletcher, y si me desobedecéis, ateneos a las consecuencias. Ahora, hermosas mías, decidme cuál de vosotras dos se llama Minna, nombre pagano que me inspira gran veneración.

—Eso prueba —dijo Claudio Halcro—, que hay poesía en vuestro corazón.

—La ha habido, por lo menos en mi boca; pero estos tiempos pasaron ya. No obstante, necesito saber cuál de las dos se llama Minna. Descubrid un poco vuestro rostro, y nada temáis, porque nadie os ofenderá. Decidme, perlas, ¿a cuál de vosotras le agradaría vivir con un pirata?

Las dos hermanas se abrazaron y palidecieron al oir las familiaridades del joven libertino.

—Nada tenéis que temer; pero no finjáis sorprenderos como si os hablase de cosas jamás oídas, pues por lo menos una de vosotras conoce al capitán Cleveland, el pirata.

Brenda palideció más intensamente y Minna enrojeció al oir tan de improviso el nombre de su amado, porque en la confusión de aquella escena, sólo a Magnus se le había ocurrido que aquel *sloop* fuese el de que había hablado Cleveland en Burgh-Westra.

—Ya me hago cargo de lo que sucede —prosiguió Bunce con excesiva familiaridad––. Nada temáis, papá —agregó dirigiéndose a Magnus—, pues aunque hice pagar tributo a más de una joven bella, vuestras hijas volverán a tierra sin pagar el menor impuesto.

—Si decís verdad —respondió el udaller—, os ofrezco este buque y su cargamento con el mismo placer con que he ofrecido a cualquiera un ponche.

—No vendría mal ahora —replicó Bunce, si hubiera quien lo prepararase.

—Me encargo de eso —dijo Halcro—, y desafío a cualquiera que se dé mejor maña para estrujar un limón, exceptuando, naturalmente a Erick Scambester, que es el mejor ponchero de Burgh-Westra.

—Pues ese no se encuentra muy tejos —repuso Magnus—. Hijas mías, bajad al entrepuente, y enviadnos el bol.

—¡Enviadnos mejor una cubeta! —gritó Fletcher—. ¡Hablar de bol a gente como nosotros!...

—Espero que estas dos jóvenes encantadoras volverán al puente y llenarán mi vaso ––dijo Bunce—, pues creo que mi generosidad lo merece.

—Y también el mío —agregó Fletcher—; sí, que lo llenen hasta el borde, y les daré un abrazo por cada gota que derramen.

—Eso no ha de ocurrir —replicó Bunce—. Prefiero condenarme antes que permitiros tal cosa. Sólo hay un hombre que abrazará a Minna, y ése no seréis vos ni yo. Su hermana ¡no pagará tampoco escote alguno, porque está en su compañía. Después de todo, en las Orcadas sobran jóvenes que nos abracen voluntariamente. Pero, ahora que reflexiono, pueden quedarse sobre el puente y encerrarse, si gustan, en la cámara; nosotros tomaremos el ponche al fresco sobre cubierta, como el papá ha propuesto.

——Seguramente —repuso Fletcher—, no sabéis lo que queréis, y esto me desconsuela. Que me desuellen como a un toro bravo si no sois caprichoso y antojadizo como un mono. ¿Qué mejor distracción que la presencia de esas jóvenes, de cuya vista pretendéis privarnos?

—¡Bah! Tendremos, en cambio —respondió Bunce señalando a Halcro—, al señor ponchero, que brindará y entonará canciones. Entretanto, vais a disponer la maniobra para que prosiga el buque su ruta. En cuanto a vos, piloto, si queréis conservar los sesos donde los tenéis, cuidad de mantener el brick bajo la popa del *sloop;* porque si nos hacéis alguna mala jugada, os echo a pique como a un esqueleto carcomido.

El brick se dio a la vela avanzando con lentitud sin salirse de las aguas del *sloop,* conforme se había convenido. Los piratas se encaminaban a la bahía de Inganess, en donde ambos bajeles podían anclar cómodamente.

Claudio Halcro hacía prodigios de habilidad para preparar a los piratas una gran cubeta de ponche. Cuando estuvo dispuesto, bebiéronlo en grandes vasos, y Magnus quedó tan sorprendido de la enorme cantidad que les vio ingerir, sin que, al parecer, se alterase su razón, que no pudo menos de exclamar, dirigiéndose a Bunce:

—¡Por las reliquias de San Magnus! Me juzgaba capaz de habérmelas con cualquiera; pero al ver a vuestras gentes cómo tragan vaso tras vaso, llega uno a creer, capitán, que su

Librodot

estómago no tiene fondo.

—En nuestra accidentada vida —caballero —respondió Bunce—, sólo la voz del deber o la conclusión del licor —ponen límites a la sed.

—En efecto, caballero —dijo Claudio Halcro—, creo que todavía no ha nacido el corsario que no sea capaz de agotar la gran jarra de Scapa, que se presentaba al obispo de las Orcadas, llena hasta el borde, de la mejor cerveza que podía encontrarse.

—Si para ser obispo no fuera necesario más que beber —respondió Bunce—, tendría yo una tripulación de prelados; pero, como carecen de otras cualidades eclesiásticas y no quiero que se emborrachen hoy, dejaremos los vasos por las canciones.

—¡Vive Dios! —exclamó Fletcher—, que he de ser yo quien cante.

Y acto seguido, entonó la antigua canción del marinero:

Yo tripulaba un gran buque,
bello y recién construido,
y ciento cincuenta hombres
en él llevaba conmigo.

—¡Que el diablo cargue con vuestro carguero! —exclamó Bunce—. ¿No habéis aprendido otra cosa?

—Sea o no de vuestro agrado —replicó Fletcher—, cantaré mi canción —y entonó la segunda copla con una voz sólo comparable al silbido del viento.

Nadie a nuestro capitán en valor aventajaba, y a aprisionar argelinos, iba con rumbo hacia Africa.

—Repito —agregó Bunce—, que me desagrada vuestro canto de buho. Y el diablo me lleve si os dejo sentaros con nosotros para atronarnos con ese ruido infernal.

—Entonces —repuso Fletcher—, cantaré, paseándome, y así no os molestaré, Juan Bunce.

Efectivamente, se levantó y empezó a pasear por el puente, sin cesar de cantar su larga y triste balada.

—Ved aquí cómo los hago andar —dijo Bunce con manifiesta satisfacción—, porque si con cualquiera de estas bellacos se hace uno de miel, se rebela y alborota su vida; atándole corto, me guarda tanta fidelidad como el perro a su amo después que le ha sacudido; pero a vos corresponde —agregó, dirigiéndose a Halcro— brindar y cantar, mas decid solamente la canción, porque yo me encargo del brindis, y éste será: ¡gloria a los piratas, y destrucción a los hombres de bien!

—Si me es permitido os ruego que me permitáis no hacer honor a un brindis con el que no estoy conforme— suplicó Magnus Troil.

—Eso obedecerá seguramente a que os contáis en el número de las personas de bien. Con todo, decidme cuál es vuestra profesión, y os manifestaré el concepto que me merece. En cuanto al confeccionador del ponche, a la primera ojeada he conocido que es un sastre, y, por lo tanto, le es tan imposible el pretender ser hombre de bien, como el no tener picazón en los dedos; y vos seréis un armador de los que, cuando van al Japón, reniegan por codicia de su religión, si llega el caso.

—Estáis equivocado. Soy un habitante de las islas de Shetland.

—¡Hola! ¿Con que sois de aquel país feliz donde la ginebra está al alcance de todas las fortunas y hace siempre buen tiempo?

—Para serviros, capitán— respondió el udaller, esforzándose por reprimir la cólera

Librodot

que sentía al oir que se burlaban de su patria.

—¡Para servirme! Si hubiese un cable extendido desde mi navío encallado hasta vuestras costas, me serviríais cortándolo e incendiando mi buque y me daría por satisfecho si no me descargabais en la cabeza algún hachazo. Pero esto no importa para que me trague mi brindis; y vos, señor maestro de ceremonias, cantadme una canción que sea tan buena como vuestro ponche.

Halcro empezó a cantar:

Jóvenes bellas
cándidas, puras,
en cuya frente
la luz fulgura
oíd mi...

—No quiero oír nada —interrumpió Bunce—, porque esto me recuerda la clase de cargamento que llevamos en este buque, y, ¡por Dios! que he de ser fiel a mi camarada y capitán todo el tiempo que pueda. Por lo mismo no beberé más por ahora, porque este último vaso me ha trastornado la cabeza y no me agrada representar el papel de Casio. No bebo más, ni tampoco beberá nadie.

Y, al decir esto, dio un puntapié a la cubeta de ponche, que, aunque se había hecho de él buen consumo, estaba casi a la mitad; se levantó, sacudió sus piernas para endezarse, como él decía; se puso de medio lado el sombrero y, paseándose con aire de dignidad ordenó que echasen el áncora, lo cual fue ejecutado por ambos buques.

Entretanto el udaller se lamentaba, con Halcro, de su situación.

—Es fatalísima —le decía—, porque estas gentes son unos pillos redomados; y, sin embargo, no me asustarían tanto si no estuviesen aquí mis hijas. Este joven que se da tanto tono, y que al parecer los manda, no es, por cierto, tan diablo como pretende hacer creer.

—Su carácter es bien singular —respondió Halcro—. Derrama el mejor ponche que se ha confeccionado jamás, y se niega a oír la canción más linda que he compuesto en toda mi vida; está loco y no sé qué podamos prometernos.

Cuando los dos buques estuvieron bien anclados, el intrépido lugarteniente Bunce llamó a Fletcher, y fue a sentarse nuevamente junto a sus prisioneros, diciéndoles:

—Os manifestaré el mensaje que voy a enviar a esos bribones de Kirkwall, en atención a que os concierne de algún modo, Le escribiré en mi nombre y en el de Dick Fletcher, porque me gusta que tenga de vez en cuando cierta importancia. ¿No es verdad, Dick? Pues bien, ¿acabarás por responderme, animal?

—Convengo —respondió Dick—, pero vos me tratáis siempre ásperamente, sea de una manera o de otra, y ya veis que..

—Basta, basta, Dick; tened cuidado con la dentadura.

Y, dicho esto, empezó a escribir, y leyó la carta en alta voz, la cual estaba redactada en los siguientes términos:

“Al preboste y aldermán de Kirkwall.

“Señores:

"Puesto que, olvidándoos de vuestra palabra, no nos habéis remitido a bordo un rehén para la seguridad de nuestro capitán, que ha quedado en tierra a vuestras instancias, y para que veáis que no somos gente que nos dejamos burlar impunemente, nos hemos apoderado de un brik a cuyo bordo se encuentra una familia distinguida, a la que daremos, bajo todos dos aspectos, el trato que vosotros deis a nuestro capitán. Este es nuestro primer acto de hostilidad, y podéis tener la seguridad de que no será el último daño que causemos a vuestra villa y comercio si no restituís a nuestro capitán y aprovisionáis nuestro buque conforme a lo tratado.

"A bordo del brick el *Mergoose de Burgh-Westra, al* ancla en la bahía de Inganess.

"*Firmado:*
"EL COMANDANTE,
"de la *Favorita de la Fortuna"*

Después de leerla, firmó FEDERICO ALTAMONTE, entregó la carta a Fletcher para que la' firmase también. Fletcher *leyó* da firma de Bunce con mucha dificultad y no poca admiración, y juró que le imitaría tomando otro nombre nuevo, porque el de FLETCHER era el más difícil de escribir correctamente de cuantos se conocían. Firmó TIMOTEO TUOMUTTON.

—¿No escribiréis algunos renglones para esos canallas de Kirkwall? —preguntó Bunce a Magnus.

—Absolutamente nada —respondió el udaller, firme en sus principios de lo justo y de lo injusto. Los magistrados de Kirkwall conocen bien su deber; y si yo me encontrara en su lugar...

El recuerdo de que sus hijas estaban a merced de aquellos corsarios, le inmutó, no permitiéndole terminar la frase empezada.

—¡Que el diablo cargue conmigo! —exclamó Bunce conjeturando fácilmente lo que pasaba en el interior de su prisionero—. Esa reticencia hubiera producido un efecto admirable en el teatro, y merecido los aplausos de la sala, de plateas y de palcos. Pero hablemos de negocios, viejo papá: sois algo sombrio y no poco tozudo, por lo que muchas gentes de mi profesión os cortarían las orejas y os las pondrían en parrilas para vuestra comida, sazonadas con pimentón. Así se lo vi hacer a Goffe con un pobre diablo que se enfadó porque le echaron a pique su buque, a cuyo bordo iba su hijo único. Yo tengo otro genio, y si vos o vuestras hijas no fueseis bien tratados, echadles la culpa a los de Kirkwall, y no a mí. Esto es justo. Por lo mismo haréis bien en comunicarles las circunstancias en que os encontráis.

Magnus tomó entonces la pluma e intentó escribir; pero su natural orgullo luchaba de tal modo contra las inquietudes paternales, que la mano se negaba a servirle.

—Nada podré hacer —dijo después de haber intentado trazar algunos caracteres, que resultaron garabatos ilegibles por dos o tres veces—, y aun cuando dependiera de ello nuestras vidas, no podré formar una sola letra.

Esforzóse inútilmente para dominar la emoción convulsiva que le agitaba, pues así como el sauce que se dobla al huracán, puede más fácilmente evitar su violencia que resistirla, del mismo modo sucede frecuentemente que, en los momentos de gran peligro, los seres ligeros y frívolos recobran su energía y presencia de alma más pronto que

los dotados de un carácter elevado. Por fortuna en aquella ocasión Claudio Halcro

encontróse dispuesto a ejecutar lo que las sensaciones más vivas no le permitían hacer a su amigo. Tomó la pluma, y explicó, en muy pocas palabras, la situación en que se encontraban y los riesgos que corrían, dándoles al mismo tiempo a entender, con mucha delicadeza, que los magistrados del país debían dar más importancia a la vida y honor de sus conciudadanos, que a la prisión y castigo de los culpables. Sin embargo, para exponer esta última idea, empleó un circunloquio para que no la penetrasen bien los piratas.

Bunce leyó la carta, y se dignó aprobarla: pero, al leer al pie de ella, el nombre de Claudio Halcro, lanzó una exclamación de sorpresa, seguida de algunas interjecciones tan enérgicas, que el respeto a nuestros lectores nos impide reproducir.

—¿Qué —le preguntó—, sois acaso el hombrecillo que tocaba el violín en la compañía del viejo director Gadabout en Hogs-Norton, cuando yo debuté? En verdad que hubiera debido reconoceros en vuestras citas del glorioso Juan Dryden.

Aquel reconocimiento no hubiese agradado mucho al trovador en cualquier otra circunstancia; pero entonces el descubrimiento de una mina de oro no le habría ocasionado mayor alegría. En seguida recordó al joven actor que había debutado en el *Don Sebastián*, tragedia de Dryden, y hecho concebir tan grandes esperanzas, añadiendo, juiciosamente, que nunca la musa del glorioso Juan Dryden había sido tan bien secundada como cuando él fue primer violín (hubiera podido decir único violín) en la compañía cómica de Gadabout.

—Efectivamente —repuso Bunce—, y hubiera podido figurar en la escena tan bien como Boot y Betterton; pero estaba destinado a otro género de empresas —agregó—, y creo que deberé permanecer en ellas hasta que no pueda con mi alma. Por lo que hace al presente, mi antiguo conocido, deseo serviros en algo; venid hacia este lado, y haremos un *aparte*.

Se apoyaron sobre el borde de popa, y Bunce hablóle en voz baja, con más formalidad de la que tenía por costumbre.

—Lo siento —le dijo—, por este viejo y honrado noruego; y Dios no me salve si miento, y también lo siento por sus hijas; tanto más, cuanto que, por razones particulares, protegí a una de ellas. No soy ningún *beatus vir;* pero, ante unas criaturas tan honradas e inocentes, soy Escipión en Numancia y Alejandro bajo la tienda de Darío.

Claudio Halcro recordó la perfección con que Bunce declamaba en otros tiempos los versos de la comedia de Dryden, titulada *Alejandro, y* el ex actor repuso estrechándole la mano cariñosamente.

—¡Ah, querido amigo! Me aduláis; ¿por qué el público no tiene ese discernimiento? No seria ahora lo que soy. El Cielo sabe, mi querido Halcro, el Cielo sabe con qué gusto os guardaría a bordo oyendo los más bellos pasajes de nuestros mejores autores dramáticos, así como a mí me agrada la declamación. La mayoría de los nuestros son unos brutos. Y en cuanto a mi rehén de la villa de Kirkwall, me trata, ¡vive Dios! lo mismo que trato yo a Fletcher; y cuanto más hago por él, mayor dureza emplea conmigo. ¡Cuán agradable sería para mí, en una noche deliciosa entre los trópicos, mientras que un viento favorable empujase nuestro navío, declamar el papel de Alejandro a un amigo que me sirviera juntamente de sala, palcos y plateas! Me acuerdo que sois un poeta; ¿quién sabe si entre las dos no conseguiríamos inspirar a nuestros compañeros. como Orfeo y Eurídice, un gusto más puro, costumbres más dulces y sentimientos más nobles?

Al oírlo, lamentó Halcro el haber hecho su ponche demasiado fuerte y mezclado ingredientes muy excitantes de adulación, temiendo que se le ocurriera al pirata retenerlo

Librodot

por fuerza a bordo.

—Pero éstos, amigo mío —prosiguió Bunce—, son vanos sueños de felicidad, y nada queda al desgraciado Altamonte sino servir al amigo de quien debe despedirse. He resuelto desembarcaros con las dos jóvenes; Fletcher os escoltará; llamadlas y que se alejen antes que el diablo tiente a alguno de la tripulación. Llevaréis mi carta a los magistrados, la apoyaréis con toda vuestra elocuencia, y juradles que, si tocan a Cleveland en un solo cabello, sufrirán las consecuencias.

La resolución de Bunce consoló a Halcro, quien bajó los escalones de la escotilla de dos en dos, llamó a la puerta de la cámara, y costóle trabajo, a causa de la alegría que le agitaba, explicar a Minna y Brenda la misión que se le había confiado. La satisfacción de éstas al enterarse de ella, fue tan grande y tan inesperada, que se envolvieron apresuradamente en sus mantos; y cuando supieron que se había votado la chalupa, subieron con presteza sobre el puente, en donde se les notificó que su padre quedaba a bordo del pirata, lo cual consternó a las dos hermanas.

—Nosotras también nos quedaremos —respondió Minna—, aunque corramos cualquier riesgo. Podemos socorrerle aunque sólo sea por un momento. Queremos vivir y morir en su compañía.

—Quizás le seamos más útiles —dijo Brenda, que comprendía mejor que su hermana la situación en que se encontraban— si conseguimos de los magistrados de Kirkwall que ejecuten lo que les piden estos señores.

—¡Señorita, sois un ángel en ingenio y hermosura! —exclamó Bunce—. Apresuraos, pues, a partir; porque ¡me lleve Belcebú! si no me encuentro como si hubiera una mecha encendida en la santabárbara. No habléis más; porque, de lo contrario, ignoro si me decidiría a dejaros partir.

—Partid, en nombre del Cielo, mis queridas hijas —dijo Magnus—. Dios cuida de mí, y cuando hayáis salido, no me inquietaré ya sino por mí mismo, y diré mientras viva que este buen joven merece ejercer otra profesión. Partid —les repitió—, partid en seguida.

—No os beséis al despediros —gritó Bunce—; porque, si no, juro al Cielo que reclamaré mi parte. Pronto, pronto, embarcaos; pero oídme por un momento —y luego, llamando aparte a los tres cautivos a quienes iba a poner en libertad, les dijo—: Fletcher me responderá de los hombres y os pondrá en seguridad sobre la costa; pero ¿quién puede responderme de Fletcher? Es necesario que ofrezca a Halero esta pequeña garantía.

Y, al decir esto, presentóle una pistola de dos cañones, asegurándole que estaban cargados con bala. Minna advirtió que temblaba la mano del músico al recibir aquel obsequio.

—Dadme, señor, esa arma —dijo ella a Bunce, tomando la pistola—, y no dudéis que sabré defenderme y defenderé a mi hermana.

—¡Bravo, bravo! exclamó Bunce—. Eso es hablar como una compañera digna de Cleveland, del rey de los piratas.

—.Cleveland? —preguntó Minna—. Esta es la segunda vez que lo nombráis. ¿Le conocéis vos acaso?

—¡Si le conozco! —respondió Bunce—. ¿Habrá alguien que conozca mejor que yo al hombre más valiente y arriesgado que se haya paseado jamás entre popa y proa? Cuando salga de su compromiso, lo que no tardará en ocurrir, confío veros venir a bordo y reinar en él como soberana de todos los mares sobre los que navegamos. Supongo que sabréis

Librodot

serviros para vuestra seguridad. Si Fletcher se portara mal con vos, levantad con el pulgar esta piececita de acero, así; y si insiste, colocad de este modo el índice de vuestra hermosa mano, dadle este movimiento, y el mejor camarada que he tenido irá al infierno al punto. Además, si el perro desobedece mis órdenes, merecida tendrá la muerte. Pero ahora embarcaos; sólo pido a cada una de vosotras y en nombre de Cleveland, el ósculo de cortesía.

Brenda, aterrada, no se atrevió a negárselo; pero Minna, retrocediendo, le presentó desdeñosamente su mano. Bunce echóse a reir y besó en actitud teatral la hermosa mano que se le ofrecía como en rescate de sus labios. Al fin, las jóvenes bajaron a la barca al mando de Fletcher, y se alejaron al punto del buque.

Bunce, al quedar sobre cubierta, pensó:

—Si se refiriese en Puerto Real, o en la isla de la Providencia, o en Petit-Goave, lo que acabo de hacer, ¿qué se diría de mí? Que —soy un animal. Sea enhorabuena. He hecho bastante mal durante mi vida para permitirme ejecutar una buena acción aluna vez.

Luego, dirigiéndose a Magnus agregó en voz alta.

—Tenéis unas hijas muy santas; la mayor podría hacer su fortuna en un teatro de Londres. ¡Qué actitud la suya al recibir de mis manos la pistola! El coliseo se hubiera venido abajo con los aplausos.

El udaller casi no le oyó, —pues sólo tenía ojos para acompañar con su catalejo a sus hijas en su viaje. Las vio desembarcar con Halcro y otro hombre, sin duda Fletcher; subir después una colina y encaminarse a Kirkwall; también distinguió a Minna, que como estuviese encargada de velar por la seguridad del grupo, marchaba sola a algunos pasos de distancia, atenta para evitar cualquier sorpresa, y pronta a obrar según las circunstancias lo exigiesen. Por último, cuando estaba a punto de desaparecer, distinguió con júbilo, que se detenían, y que, después de una pausa probablemente empleada en la despedida, se separó el pirata de los tres, y regresó a la playa, Tranquilo ya por lo que a sus hijas se refería, el honrado udaller esperó resignadamente la suerte que el porvenir le reservara.

XVII

A un pequeño destacamento de hombres armados que vio Fletcher desde lejos y que se dirigían a Kirkwall, debióse el que el pirata se separara tan pronto de Claudio Halcro y de las hijas del udaller. Este no los divisó porque se lo impedía una eminencia del terreno.

Cuando Fletcher se disponía a retirarse, Minna lo detuvo un instante diciéndole:

—Deteneos, os lo mando. Decid a vuestro jefe de mi parte, que sea cualquiera la respuesta que reciba de Kirkwall, no deje de conducir su navío a la rada de Stromnes, que ancle allí y envíe a tierra una barca para recibir al capitán Clevelant cuando vea salir humo del puente de Broisgar.

Fletcher deseaba vivamente imitar a su camarada Bunce, y solicitar el mismo favor que éste había obtenido de cada una de las dos hermanas como recompensa del trabajo que se había tomado, escoltándolas, y ni el temor de la tropa que avanzaba, ni el de la pistola con que estaba armada Minna, le hubieran contenido en su atrevimiento; pero el nombre de su capitán, y, especialmente el tono autoritario y el aire de dignidad emplea-dos por Minna, le acobardaron. Saludó, prometiéndole estar alerta, regresó a su barca, y

Librodot

llevó al buque el mensaje que Minna le había dado.

Mientras Halcro y las dos hermanas se adelantaban hacia el destacamento que habían visto en el camino de Kirkwall, y que también se había detenido observando, Brenda, libre del temor que le inspiraba Fletcher, exclamó

—¡Dios bendito¡ ¡Oh Minna! ¡en qué manos dejamos a nuestro padre!

—En la de hombres valientes —respondió Minna con firmeza—; no me inspira ningún temor.

—Valientes serán, si lo queréis ——objetó Claudio Halcro—; pero no por eso dejan de ser criminales. Conozco al buen alhaja de Altamonte, según se hace llamar, aunque no sea ése su nombre verdadero. Jamás ha aullado en una granja perro más rabioso. Empezó su carrera dramática representando una tragedia de Lillo y todos creían que había de acabar en el suplicio como en *Venecia libertada.*

—¡Bah! Eso no importa —respondió Minna—, porque cuando más furiosas son las olas, más fuerte es la voz que las domina. El nombre sólo de Cleveland infunde respeto al más feroz de esos hombres.

—Si tales son los compañeros de Cleveland —agregó Brenda—, tanto peor para él. Su suerte me inquieta muy poco, por quien temo es por la de mi padre.

—Reservad vuestra compasión para aquellos que la han menester —objetó Minna—; y nada temáis por nuestro padre. Dios sabe que aprecio cada una de sus canas más que todos los tesoros del mundo; pero sé también que no corre riesgo alguno en el buque, y que no tardará en encontrarse libre sobre la orilla.

—Quisiera verlo ya —dijo Claudio Halcro—; pero me parece que los magistrados de Kirkwall, aun en la suposición de que Cleveland sea lo que me figuro, no se atreverán a determinar su canje contra el udaller. Las leyes escocesas son muy rigurosas contra la piratería, y esas gentes son unos piratas.

—Pero, ¿quiénes son —Preguntó Brenda—, aquellas gentes que están paradas en lo bajo del camino y que al parecer nos observan atentamente?

—Son una patrulla de milicianos —respondió Claudio Halcro—. El glorioso Dryden los trata con severidad en una de sus poesías; pero era jacobita cuando las escribió.

—Presumo que se han detenido al vernos en lo alto de la colina, temiendo que fuésemos un destacamento de la tripulación del *sloop;* pero ahora que han distinguido vuestros trajes, se adelantan valerosamente.

No tardaron en llegar los milicianos, y, conforme había supuesto Halcro, era una patrulla que vigilaba los movimientos de los piratas, para impedir que entrasen en el país. Felicitaron sinceramente a Claudio Halcro, a quien varios de entre ellos conocían, por haber sido puesto en libertad, y, después que el comandante ofreció a ambas hermanas los socorros que podían necesitar les manifestó su sentimiento por la mala situación en que se encontraba su padre, dándoles a entender, de cierto modo, las dificultades que podían oponerse a su rescate.

Cuando Minna y Brenda llegaron a Kirkwall y consiguieron hablar con el preboste y algunos magistrados, encontraron estos obstáculos más positivamente.

—La fragata *Alción* está en la costa —manifestó el preboste—, ha sido vista a la altura del promontorio de Duncansbay, y, aunque respeto profundamente al señor Troil, el udaller de Burgh-Westra, recaería sobre mí gran responsabilidad si soltase de la cárcel al capitán de un buque semejante, por atender a la seguridad de un particular; quienquiera que éste sea. Todos saben que Cleveland es el brazo y el alma de esos corsarios. ¿Iré yo a

Librodot

enviarlo para que saquee el país, acaso para que combata algún navío del rey, pues es capaz de hacerlo todo, según es de osado?

—De valiente, querréis decir, señor preboste— repuso Minna, que no podía disimular su descontento.

—Llamadle como os plazca, señorita Troil —respondió el magistrado—, pero creo que el valor que induce a batirse uno contra dos, no es otra cosa que una loca temeridad.

—¿Pero dudáis en salvar de los peligros que corre —exclamó Brenda con tono de súplica— a nuestro padre, que es el amigo, y hasta puede decirse el padre de todo el país, que siembra en él tantos beneficios, de quien dependen muchísimas personas, cuya pérdida sería como la de apagarse un faro en una tempestad? ¿Dudáis —repito—, tratándose de una bagatela, como es la de permitir que salga de su prisión un desgraciado y abandonarlo después a su destino?

—La señorita Brenda tiene muchísima razón —dijo Claudio Halcro—; ¿pero no se podría arreglar todo? ¿Qué necesidad hay de orden ninguna para ponerlo en libertad? ¿Queréis, preboste, seguir la opinión de una cabeza algo organizada? Que el carcelero se olvide de echar el cerrojo, o que deje un poco entreabirta una reja, y pronto nos veremos libres del pirata, y dentro de cinco horas estará en nuestra compañía uno de los más dignos habitantes de las islas de Shetland y las Orcadas.

El preboste le respondió, palabra más o menos, en los mismos términos que ya lo había hecho y volviendo a asegurarse que profesaba gran afecto al señor Magnus Troil, de Burgh-Westra, pero que la consideración de un individuo, cualquiera que fuese, no podía decidirle a faltar a sus deberes.

Minna dirigióse entonces a su hermana con un tono sarcástico y que revelaba claramente su descontento, y le dijo:

Olvidáis Brenda, al hablar de la seguridad de un pobre y obscuro udaller de las islas de Shetland, que habláis al primer magistrado de la metrópoli de las Orcadas. ¿Podéis suponer que un hombre tan importante pueda rebajarse hasta una persona tan poco digna de su atención? El preboste admitirá las proposiciones que se le hacen, pero lo pensará hasta que la catedral se le caiga encima.

—¿Os habéis enojado conmigo, señorita? —preguntó el preboste con tono de buen humor—, pues no por eso he de enfadarme con vos. La iglesia de San Marcos está bien cimentada; y creo que existirán otros muchos más que vos y que yo, y, especialmente, después que se ahorque a una cuadrilla de bribones. Prescindiendo de vuestro padre, que es casi mi compatriota, pues posee aquí propiedades y está emparentado con familias de las Orcadas, puedo aseguraros que serviría a un habitante de las islas de Shetland con muchísimo gusto a excepción, no obstante, de los naturales de Kirkwall, que sin duda tienen derecho a cierta preferencia. Si ambas queréis aceptar un alojamiento en mi casa, mi mujer y yo os convenceremos de que seréis tan bien recibidas en Kirkwall, como pudiérais serlo en Lerwick o Scallowic.

Minna no respondió y Brenda rehusó cortésmente aquella invitación alegando la necesidad de alojarse en casa de una de sus parientas, viuda rica de Kirkwall que las aguardaba.

Halcro intentó de nuevo, aunque inútilmente, convencer al preboste, quien respondió que “el recaudador de la aduana le había amenazado con denunciarle por pactar con los extranjeros un tratado, que, después de todo, era el único medio de evitar un derramamiento de sangre en la villa; que si entonces no utilizaba la ventaja que

proporcionaba el arresto de Cleveland y la evasión del señor Yellowley, podía exponerse a peores consecuencias que la censura". Concluyó diciendo que "iba a entender en otro asunto relativo al señor Mertoun, residente en Yarlshof, que se había querellado contra Snailsfoot, mercader ambulante, a quien acusaba de haberse apoderado fraudulentamente, en complicidad con una de sus criadas, de varios objetos que se le habían dejado en depósito, y que tenía que abrir una información respecto al particular para devolver dichos efectos al denunciante que era el responsable ante el propietario legítimo".

De todo aquello sólo interesaba a las dos hermanas el nombre de Merton, que fue una puñalada para el corazón de Minna al recordar la desaparición de Mordaunt, y entristeció a Brenda. Como se trataba de Mertoun, padre que no interesaba a las hijas de Magnus, éstas se despidieron del preboste para dirigirse a casa de su parienta.

Al llegar a ella, Minna procuró indagar, procurando no inspirar sospechas, cuál era la situación del desgraciado Cleveland, y bien pronto supo que era sumamente precaria. El preboste no le había encerrado en un calabozo según Halcro supuso, recordando, sin duda, las circunstancias favorables en que se había entregado, y experimentando quizá cierta repugnancia a faltar en absoluto a la fe debida, a no ser por pura necesidad. Pero, aunque libre en apariencia, estaba estrechamente vigilado por gentes muy bien armadas, que emplearían la fuerza para detenerle si traspasaba los límites que se le había señalado. Se le había preparado alojamiento en el llamado Castillo del Rey, y por la noche se obstruía la puerta de su estancia para impedir que saliera. Esto no obstante, tanto era el terror que inspiraban los recursos, valor y ferocidad que se le suponían al capitán pirata, que el recaudador de aduanas y otros varios vecinos prudentes de Kirkwall, vituperaban al preboste porque no le guardaba mejor.

Desde luego se infiere que, en tales circunstancias, no tendría Cleveland deseo alguno de mostrarse en público, convencido de que sólo inspiraba curiosidad y terror, por lo cual su paseo favorito eran las naves de la catedral de San Magnus. Aquel antiguo y venerable edificio, habiéndose substraído a la destrucción de los primeros tiempos de la Reforma, conserva aún restos de su grandeza episcopal. El lugar destinado al culto está separado, por una reja, de la nave y de la parte occidental.

Cleveland se paseaba, pues, en la parte de la iglesia en que no se celebraban actos religiosos, tanto más libremente cuanto que sus guardias, con sólo vigilar la puerta, podían, sin gran trabajo, impedir que se escapase. Precisamente aquel sitio se adaptaba muy bien al estado de ánimo en que se encontraba el capitán. La bóveda está sostenida por robustas columnas de arquitectura sajona, sobre cuatro de las cuales, más fuertes que las demás, elevábase en tiempos remotos, el campanario, que había sido nuevamente construido bajo un plan truncado y que no guarda proporción con el resto del edificio. Por el costado del Este, una gran ventana gótica, de buena proporción y ricamente adornada daba paso a la luz: el suelo está lleno de inscripciones en diferentes idiomas, que señalan las tumbas de los habitantes de las islas Orcadas, que en diferentes épocas fueron sepultados en aquel recinto.

Se paseaba Cleveland, reflexionando en los acontecimientos de una existencia mal empleada, y que según todas las probabilidades terminaría de un modo afrentoso y violento en la primavera de su vida.

—Pronto estaré entre estos muertos —decía él, mirando el mármol que pisaba—, sin que nadie venga a rezar sobre mis restos mortales: la mano de un amigo no grabará una inscripción en mi sepulcro, ni la vanidad de una familia esculpirá sus armas en el túmulo

Librodot

del pirata Cleveland. Mis huesos blancos, pendientes de un patíbulo en alguna orilla desierta o en lo alto de un cabo solitario, serán un mal agüero, que hará maldita mi memoria. Al surcar el viejo marino aquellas aguas, moverá la cabeza al pronunciar mi nombre y relatará mi historia a sus jóvenes compañeros para que les sirva de lección. ¡Pero Minna! ¡Minna! ¿Qué pensará cuando conozca mi suerte? ¡Ojalá no nos hubiéramos conocido, pues no debemos volver a vernos jamás!

Al decir esto alzó los ojos y encontróse frente a frente con Minna Troil. Una mortal palidez cubría su rostro, su cabello estaba en desorden; pero su mirada firme y serena reflejaba en su semblante la melancolía e impavidez de su carácter. Cubríase con el manto que había cogido al salir del *sloop*. El primer movimiento de Cleveland fue de alegría, y el segundo de sorpresa, no exenta de temor. Iba a exclamar y arrojarse a sus pies; pero ella lo tranquilizó y le impuso silencio levantando un dedo y diciéndole en voz baja, aunque autoritariamente:

—Tened prudencia; se nos observa; hay gente a la puerta; se me han puesto dificultades para entrar. No debo permanecer aquí mucho tiempo porque se pudiera creer... se creería... ¡Oh, Cleveland; todo lo he arriesgado por salvaros!

—¡Por salvarme! ¡Ay, pobre Minna! ¡No podéis salvarme! Me contento con haberos visto otra vez, aunque sólo sea para daros un eterno adiós.

—Cierto es, Cleveland; es preciso que nos despidamos. Vuestro destino y vuestros crímenes nos han separado para siempre. He visto a vuestros compañeros: ¡ya sé lo que es un pirata!

—¡Habéis estado en su poder! —exclamó Cleveland profundamente acongojado—. ¡Se habrán atrevido los malvados! ...

—No, Cleveland, a nada se han atrevido. Vuestro nombre ha refrenado los impulsos de aquellos bandidos; pero esta circunstancia ha recordado las cualidades de que creía en otro tiempo dotado a Cleveland.

—Sí —dijo Cleveland orgullosamente—, mi nombre les contiene y contendrá en medio de sus mayores excesos. Si se hubieran atrevido a ofenderos verían—. Pero, ¿qué es lo que digo, si estoy prisionero?

—Dejaréis de estarlo, pues vuestra seguridad y la de mi padre exige que quedéis libre en seguida. He concebido un proyecto a este propósito, y resueltamente ejecutado no puede malograrse. El día ha caido; envolveos en este manto, y pasaréis fácilmente en medio de vuestros guardianes. Les he dado medios de divertirse, y no piensan en nada más. Encaminaos rectamente a las orillas del lago Stennis, y ocultaos hasta que amanezca. Entonces encended un fuego que haga mucho humo, en el paraje en que, adelantándose la tierra por cada lado del lago, le divide casi en dos partes en el puente de Broisgar. Vuestro buque, que está cerca, os enviará una barca. No vaciléis.

—Pero, ¿qué os ocurrirá, Minna, aun cuando salga bien tan atrevido proyecto?

—La pureza de mis intenciones me justificará ante el Cielo de haber contribuido a vuestra evasión, y la seguridad de mi padre, cuyo destino depende del vuestro, será mi excusa ante los hombres.

Entonces refirióle brevemente su apresamiento y las consecuencias que había tenido. Cleveland levantó los ojos y las manos al Cielo para darle gracias por no haber permitido que las dos hermanas fuesen insultadas por sus compañeros, y agregó apresuradamente:

—Sí, Minna, decís bien; lo exige la seguridad de vuestro padre. Separémonos, pero confío que no será para siempre.

—¡Para siempre! —repitió una voz que pareció que salía del fondo de los sepulcros.

Se estremecieron y miraron en torno suyo, contemplándose en seguida uno a otro. Hubieran llegado a creer que los ecos de las bóvedas habían repetido las últimas palabras de Cleveland; pero el tono enfático con que fueron pronunciadas aquellas dos palabras no les permitía admitir tal hipótesis.

—Sí, para siempre —repitió Norna de Fitful-Head, saliendo de detrás de una de las robustas columnas sobre que se asienta la bóveda de la catedral—. El pie y mano ensangrentados se han encontrado aquí; fortuna es para ambos que se haya cerrado la herida de donde brotó la sangre; sobre todo, para aquel que la derramó. Sí, vosotros os habéis encontrado aquí, y es ésta la vez postrera que os veis.

—No —repuso Cleveand, dispuesto, al parecer, a tomar la mano de Minna—; mientras yo viva, sólo Minna pronunciará mi separación de ella.

—Renunciad a ese inútil desvarío —objetó Norna interponiéndose entre ambos—. No alimentéis tampoco la vana esperanza de encontraros de nuevo. Aquí mismo vais a separaros por una eternidad. El halcón no toma por compañera a la paloma, ni el crimen puede pactar con la inocencia. Minna Troil, contemplas por última vez a este hombre atrevido y criminal. Cleveland, contemplas por última vez a Minna Troil.

—¿Pero suponéis —exclamó Cleveland indignado— que me asusto de ese tono de oráculo? ¿Me contáis en el número de los necios que veneran vuestro absurdo poder, que sólo es pura superchería?

—¡Silencio, Cleveland, silencio! — ordenóle Minna, cuyo temor, mezclado con respeto religioso que le inspiraba Norna, habíase acrecentado en aquel instante por su repentina aparición—. Guardaos; es muy poderosa, sumamente poderosa; y vos Norna, tened en cuenta que de la seguridad de Cleveland depende la de mi padre.

—Es una fortuna para Cleveland que no lo haya yo olvidado —replicó la pitonisa—, y que por amor del uno esté dispuesta a proteger a entrambos. ¡Ocurrencia famosa por cierto, la de pretender que pase por una joven un hombre de su estatura! ¿Cuál hubiera sido su resultado? Cadenas y cerrojos. Yo lo salvaré y lo llevaré a bordo de su navío; pero que renuncie para siempre a estas aguas, y lleve a otros países el terror de su bandera negra, y de su nombre más negro todavía. Si el sol se levanta dos veces y le encuentra anclado, que caiga su sangre sobre su cabeza. Sí; contemplaos una vez más, porque es la última mirada que permito a la afección de dos débiles criaturas, y despedíos para siempre, si tenéis para ello la fuerza necesaria.

—Obedecedla —exclamó Minna—, obedecedla; no os detengáis.

Cleveland le tomó la mano, se la besó febrilmente, y le dijo con una voz que sólo ella oyó. “Adiós Minna, pero hasta la vista.”

—Ahora joven —dijo Norna—, marchaos y dejad a la Reim-Kennar el cuidado de los demás.

—Permitidme una sola palabra, y al punto seréis obedecida respondió Minna—. Decidme si os he comprendido bien. ¿Mordaunt Mertoun está vivo? ¿Se encuentra fuera de peligro?

—Vive, y está a salvo —contestó Norna—; sin lo cual, ¡desgraciada la mano que vertió su sangre!

Minna se dirigió poco a poco a la puerta de la catedral, volviendo varias veces la cabeza para mirar a Norna y Cleveland hasta que los vio partir. Cleveland seguía a la pitonisa, que se adelantaba majestuosa y solemnemente hacia una de las naves de la iglesia.

Librodot

Minna procuró entonces recordar su tranquilidad, y se acercó a la puerta situada hacia el Oriente, por la cual había entrado. Detúvose un momento y oyó decir a uno de los guardias:

—Esa joven de las islas de Shetland hace tiempo que está de conversación con el maldito pirata. Confío que sólo se tratará del rescate de su padre.

—Las jóvenes —agregó otro—, se compadecen más de un buen mozo por muy pirata que sea, que de un viejo y honrado vecino que muere en su cama.

La llegada de Minna interrumpió repentinamente aquel diálogo; y como se vieron sorprendidos, se descubrieron y saludaron torpemente y como avergonzados.

Minna regresó, muy conmovida, a la casa en que se hospedaba, pero satisfecha del resultado de su expedición, que, al parecer, libraba a su padre del peligro, aseguraba la evasión de Cleveland y testimoniaba la salud de Mordaunt. Comunicó al punto aquellas noticias a Brenda, que juntamente con ella, dio gracias al Cielo y empezó a dar crédito al poder extraordinario de Norna; tan complacida quedó del uso que había hecho de él. Felicitáronse durante algún tiempo mutuamente, y las esperanzas les hacía derramar todavía lágrimas, cuando las interrumpió Claudio Halcro, que, dándose importancia, pero con temor, iba a informarles que Cleveland había desaparecido de la catedral, en donde tenía la libertad de pasearse, y que habiendo sabido el presbote que Minna había favorecido su evasión, acercábase para interrogarle sobre aquel suceso.

Al llegar el magistrado, no le ocultó Minna el deseo que tenia de que Cleveland huyera, puesto que no había otro remedio de salvar a su padre de los peligros que le amenazaban; pero negó resueltamente que ella hubiese favorecido su fuga, declarando haberle dejado en la catedral, hacía más de dos horas, en compañía de otra persona cuyo nombre no se creía obligada a revelar.

—Eso no es preciso, señorita Minna Troil —respondió el preboste Torf—; porque, aun cuando no se haya visto entrar esta tarde en la catedral más que a vos y Cleveland, sabemos que vuestra prima la vieja Ulla Troil, a quien los shetlandeses llaman Norna de Fitful-Head, ha cruzado en estos sitios por tierra y mar, y quizá también por los aires, a caballo, en barca, o sobre un palo de escoba. Se ha visto con frecuencia a su enano ir, venir y espiar por todas partes lo que pasaba, porque es excelente espía, que oye todo y no habla con nadie más que con su ama, y eso por gestos. Sabemos también que ella entra en la iglesia, aun cuando estén todas las puertas cerradas, porque más de una vez lo ha hecho, y Dios me libre del espíritu maligno. Por lo que, sin haceros más preguntas, deduzco que ha sido la vieja Ulla la persona que dejasteis en la iglesia con ese bergante, y siendo así, nadie lo atrapará. Sin embargo, señorita Minna, os diré que vosotros los shetlandeses os olvidáis del Evangelio, así como de las leyes humanas, recurriendo al sortilegio para sacar a los criminales de la prisión. Y lo menos que podéis hacer, vuestra prima, vuestro padre y vos misma, es inducir a ese descreído a que se aleje de aquí cuanto antes, sin dañar a nuestra villa y comercio. En este caso, poco importará la fuga, porque Dios sabe que yo no desea ha que muriese ese pobre diablo, con tal que nada hubiese que reconvenirme; y todavía tenía menos deseos de que su prisión ocasionase la menor molestia al digno Magnus Troil de Burgh-Westra.

—Sé dónde os aprieta el zapato, señor preboste ——dijo Claudio Halcro—, y desde luego os aseguro en nombre de mi amigo Magnus Troil, y en el mío, que diremos y haremos cuanto esté en nuestras manos para obligar a ese Cleveland a que se aleje en seguida de nuestras costas.

—Y estoy tan convencida —añadió Minna— de que vuestro deseo es la conveniencia de todos, que mi hermana y yo saldremos mañana temprano para el castillo de Stennis, si el señor Halcro se digna acompañarnos, para ir a recibir a nuestro padre cuando desembarque, con el propósito de exponerle nuestro deseo y rogarle que haga uso de su influencia con ese desgraciado para que deje este país.

El presbote miróla sorprendido y dijo:

—Hay pocas jóvenes que sean capaces de andar ocho millas para aproximarse a una cuadrilla de piratas.

—No nos exponemos a ningún peligro —agregó Claudio Halcro—; porque el castillo de Stennis está bien fortificado, y mi primo, cuyo propietario es, dispone de hombres y armas para defenderlo. Estas señoritas estarán allí tan seguras como en la villa de Kirkwall, y una pronta entrevista de Magnus Troil con sus hijas puede ser muy beneficiosa para todos. Por lo que hace a vos, mi buen y antiguo amigo, os diré con el glorioso Juan Dryden que "El hombre debe sobreponerse al magistrado".

El preboste sonrióse, manifestando que sería una gran felicidad para todos que la *Favorita de la Fortuna* y los piratas que la tripulaban abandonasen aquellas aguas sin que se cometiese ninguna violencia. Agregó que no podía autorizar el suministró de provisiones al buque, pero que tenía seguridad de que, de un modo u otro, se las proporcionarían en Stromness.

Dicho esto, despidióse el magistrado de Halcro y de las dos hermanas, que adoptaron la resolución de ir a la mañana siguiente al castillo de Stennis, situado a las orillas del lago salado del mismo nombre, a cuatro millas de la rada de Stromness, donde se encontraba anclada la *Favorita de la Fortuna.*

XVIII

La casualidad y la tradición habían puesto a Norna en posesión de secretos que la pretendida sibila sabía utilizar para fomentar en el espíritu supersticioso de los isleños la creencia en su pretendido poder extraordinario. Conocía perfectamente sitios y salidas que ignoraban los demás, y de este conocimiento se aprovechaba para aparecer y desaparecer repentinamente con asombro de las gentes. Por eso pudo salir de la especie de tienda en la que desempeñaba el papel de sibila de Burgh-Westra, utilizando un pasadizo abierto en la pared, en el que se entraba por medio de un cuarterón de ensambladura que se deslizaba sobre otro que estaba contiguo. Sólo ella y Magnus conocían aquel secreto y la sibila confiaba que el udaller no lo descubriría. Su fortuna era considerable, y de ella se valía para proporcionarse los avisos de cuanto deseaba saber y los auxilios que necesitaba para la ejecución de sus planes. Cleveland, en aquella ocasión, admiró su sagacidad y recursos.

Apretando con fuerza un oculto resorte, abrió una puerta secreta practicada en el tabique que separa la nave oriental del resto del edificio de la catedral. Aquella puerta daba acceso a un largo pasillo obscuro con muchas vueltas, en el cual entró haciendo señal a Cleveland de que la cerrase. Siguióla éste a tientas y en silencio, subiendo y bajando escalones, cuyo número le avisaba previamente. Se respiraba allí con más facilidad de lo que se hubiera podido suponer, porque había ciertas aberturas, ocultas con mucho artificio e ingeniosamente practicadas, para dar paso al aire exterior: en fin,

Librodot

salieron por otra puerta tan hábilmente construida como la primera, la cual les condujo a una pieza de miserable aspecto, por cuyo techo, abovedado, en el que había una ventana enrejada, penetraba la luz. Los muebles estaban completamente deteriorados, y los únicos adornos que allí había eran una corona de cintas, deslustrada, en un ángulo de la pared; y en el otro, un escudo de armas con una corona de conde y los emblemas de la mortalidad. El azadón y la pala en un rincón de la pieza, y un anciano vestido de negro, a quien el tiempo había comunicado un color de herrumbre, cubierto con un sombrero de anchas alas, decían claramente que se encontraban en el aposento de un sacristán o sepulturero de respetable aspecto.

Al oír el ruido de la puerta corrediza, levantóse de la silla en que estaba sentado, leyendo junto a una mesa. Muy respetuosamente, pero sin la menor sorpresa, se quitó el sombrero que cubría los pocos cabellos entrecanos que había en su cabeza quedándose de pie y descubierto ante Norna, en actitud de profundísima humildad.

—Sed fiel —le dijo Norna—, y guardaos de revelar a ningún mortal el camino secreto del santuario.

El sacristán inclinó la cabeza en señal de sumisión y gratitud, porque, al mismo tiempo que hablaba, Norna le puso en la mano varias monedas de plata. Rogóle después el viejo, con voz temblona, que no olvidase a su hijo, que en aquel momento viajaba por Groenlandia, y que hiciese de modo que su pesca fuese abundante y que regresara con felicidad como el año anterior, cuando trajo —agregó, señalando con el dedo— aquella corona de cintas.

—Haré hervir mi caldera, y pronunciaré encantos en su favor —respondió Norna—; pero, ¿Pacolet me espera con los caballos?

El sacristán respondió afirmativamente, y Norna, diciendo a Cleveland que la siguiese, salió por una puerta trasera a un jardincillo cuya desolación corría parejas con el de la estancia que dejaba. Por una brecha abierta por el tiempo en las tapias pasaron fácilmente a un jardín más espacioso, pero asimismo mal cuidado, y una puerta, asegurada solamente con un pestillo, dioles acceso a una calle larga y estrecha, que , atravesaron apresuradamente, porque Norna manifestó en voz baja a su compañero que era el único sitio en que corrían algún peligro. Allí vivían gentes del pueblo que se habían retirado ya a sus pobres guaridas. Sólo encontraron a una mujer sentada en el umbral de su puerta, y que se metió en su casa tan pronto como conoció a Norna. Salieron luego al campo, en donde les aguardaba el enano mudo de Norna con tres caballos ocultos detrás de la tapia del edificio abandonado. Norna montó sobre uno, Cleveland en otro y Pacolet en el tercero; las caballerías eran buenas y de mayor alzada que las de raza ordinaria de las islas de Shetland: así es que a pesar de la obscuridad, pudieron caminar mucho.

Norna iba delante, y al cabo de una hora' de marcha se detuvieron frente a una cabaña de miserable aspecto, que más bien parecía un establo que una vivienda humana.

—Necesitáis permanecer aquí hasta que amanezca, para que vean vuestra señal desde el buque —dijo a Cleveland.

Y encargando a Pacolet que cuidase de los caballos, hizo entrar al capitán en aquel refugio, que iluminó encendiendo una lamparilla de hierro que llevaba siempre consigo.

—Es un mísero albergue —le dijo—, pero tan seguro, que si fuésemos perseguidos hasta aquí, se abriría la tierra para recibirnos en sus entrañas. Este lugar está consagrado a los dioses de Walhalla; pero, ¿no me diréis ahora, hombre criminal y sangriento si sois amigo o enemigo de Norna, única sacerdotisa que tienen estas divinidades destronadas?

Librodot

—¿Cómo puedo ser enemigo vuestro? La gratitud...

—La gratitud es solamente una palabra, y las palabras son la moneda que reciben los locos de quienes les engañan. Hechos y sacrificios son los que Norna necesita.

—Hablad: ¿que deseáis de mí?

—Que me juréis no ver jamás a Minna Troil, y os alejéis de nuestras costas en el término de venticuatro horas.

—En tan breve tiempo no puedo adquirir las provisiones que necesita mi buque.

—No os faltará, porque yo os proveeré de cuanto necesitéis; además, no están lejos Calthness y las Hébridas, para donde podéis partir.

—¿Y por qué he de marcharme, si no es ése mi gusto?

—Porque vuestra permanencia aquí es peligrosa para alguien y puede perderos. Oídme atentamente. Desde que os vi tendido en la arena, sin. conocimiento, junto a las rocas de Sumburgh, descubrí en vuestro rostro rastros que ligaban vuestro destino al mío y al de las personas que me son queridas; pero no pude colegir si de esto resultaría un bien o un mal. Ayudé a salvar vuestra vida y conservar lo que os pertenecía, al joven a quien habéis perjudicado es lo que más amaba, divulgando en su contra calumnias que...

—¡Que he calumniado a Mordaunt Mertoun! Os juro ante el Cielo que casi no he pronunciado su nombre en Burgh Westra, si a eso os referís. El bribón del buhonero, Bryce Snailsfoot, es quien ha abusado de mi nombre porque veía que había alguna cosa que ganar conmigo, diciendo cosas, verdaderas o falsas, al viejo udaller, que las vió confirmadas en el rumor general. En cuanto a mí, os aseguro que apenas le miraba como a un rival, porque en ese caso hubiera adoptado recursos más honrosos para desembarazarme de él.

—La punta de vuestro puñal de dos filos, clavada en el corazón de un hombre desarmado, ¿era también alguno de esos recursos honrados?

Cleveland enmudeció durante algunos instantes.

—Reconozco —repuso al finque no me conduje bien; pero gracias al Cielo se ha salvado y si deseaba satisfacción estoy dispuesto a dársela en seguida.

—No, Cleveland —contestó la pitonisa—. El espíritu maligno del que sois instrumento, es poderoso, pero nada puede contra mí. Sois digno agente del demonio; sois audaz, duro, impávido, falto de todo principio e impulsado por el único sentimiento de un orgullo indómito que muchos hombres confunden con el honor. Esto es lo que sois y lo que ha guiado todos vuestros pasos en la vida. Siempre habéis sido voluntarioso, precipitado y cruel y nada os ha reprimido; pero recibiréis de mí —añadió tendiendo su varita y con un gesto de autoridad—, aun cuando el mismo demonio que preside vuestros actos se me presentase con todos sus horrores...

—Buena madre —dijo Cleveland con una sonrisa desdeñosa—, reservad ese lenguaje para el marino ignorante que os suplica le concedáis un viento favorable, o para el pobre pescador que os ruega por la buena suerte de su caña y de sus redes. Yo no tengo miedo ni soy supersticioso. Llamad a vuestro diablo, si tenéis alguno a vuestras órdenes, y hacedle que comparezca. El hombre que ha vivido durante años enteros en compañía de diablos humanos, no teme la presencia de un espíritu.

Pronunció estas palabras con tanta indiferencia y desabrimiento, que parecía que no pudiesen resistir a su energía las ilusiones que tenía Norna respecto a su poder extraordinario. Así es, que le preguntó con trémula voz:

—¿Pues qué opináis de mí que os atrevéis a negarme un poder que tan caro me ha

Librodot

costado?

—Os creo una mujer bastante instruida, mi buena madre —respondió Cleveland—, dotada de gran habilidad. Os considero como una mujer que sabe navegar bien la corriente de los sucesos, pero a quien niego la facultad de torcer su curso. No pretendáis inspirarme terror porque no habéis de conseguirlo, y decidme claramente por qué deseáis que me aleje.

—Porque quiero que no volváis a ver a Minna; porque Minna está destinada para Mordaunt Mertoun; porque, si no partís en el término de veinticuatro horas, os perderéis irremisiblemente. Esto es hablaros con claridad. Responded ahora.

—Os diré, entonces, que no abandonaré estos sitios sin ver a Minna nuevamente, y que Mordaunt no se casará con ella mientras yo viva.

—Escuchad, ¡cielos! —exclamó Norna—; escuchad a un hombre que rechaza los medios que se le ofrecen para salvar su vida. Un pecador que no acepta el tiempo que se le concede para arrepentirse y procurar la salud de su alma inmortal. Vedle cuán audazmente confía en la juventud, fuerza y valor.

Mis ojos, tan poco acostumbrados a llorar, se arrasan en lágrimas al pensar en lo que mañana ha de ocurrirle.

—Buena madre —replicó Cleveland con tono firme, pero en el que se advertía cierta emoción—; comprendo en parte vuestras amenazas. Sabéis perfectamente dónde se encuentra el *Alción;* quizá tenéis medios de dirigir su rumbo de modo que nos encuentre, porque reconozco que en ocasiones habéis demostrado gran sagacidad, pero el temor de ese peligro en nada modificará mi resolución; si la fragata viniese aquí en mi persecución, me metería en aguas poco profundas y no creo que se atrevieran a atacarnos con barcas como si fuésemos un jabeque español. Estoy, pues, resuelto a mantener todavía la bandera con que siempre he navegado y aprovecharme de los mil azares que con frecuencia nos han sacado de apuros en peligros más inminentes; y, cuando todo salga mal, combatiré hasta lo último; y cuando ya no podamos combatir, pegaremos fuego a la santabárbara y moriremos lo mismo que hemos vivido.

Cleveland guardó silencio un momento, y como Norna no contestase, él continuó diciendo con un tono más dulce:

—Habéis oído mi contestación, buena madre; concluyamos, pues nuestra discusión, y separémonos como buenos amigos. Quisiera dejaros algo para que, al verlo, os acordéis de un pobre diablo a quien habéis prestado un gran servicio y que os deja sin aborrecimiento, aunque seáis un obstáculo para sus más caros intereses. No rehuséis esta bagatela —agregó, depositando en su mano, casi por fuerza, la cajita de plata que había ocasionado en cierta ocasión una querella entre él y Mordaunt—. No os la ofrezco por lo que valga, pues me consta que no la apreciáis, sino como un objeto que os recuerde haber conocido a aquel de quien se contarán en lo sucesivo muy raras historias en los mares que ha cruzado.

—Acepto vuestro obsequio —respondió Norna—, como una prueba de que si he contribuido a apresurar vuestro destino, ha sido impulsada a ello por otros poderes. Razón tenéis al asegurar que no está en nuestra mano el mudar el curso de los acontecimientos; ellos nos arrastran y esterilizan todos nuestros esfuerzos semejantes al torbellino de Tufrifiloe cuando traga al navío más potente, sin que le sirvan para nada las velas y el timón. ¡Pacolet! ¡Hola, Pacolet! —repitió en voz más alta.

En este momento desplomóse una enorme piedra que descansaba sobre una de las

Librodot

paredes de la cabaña; y si no experimentó miedo alguno, sorprendióse extraordinariamente Cleveland, al ver el disforme enano que salía arrastrándose como un reptil de un subterráneo cuya entrada ocultaba aquella piedra. Norna, impresionada por lo que Cleveland le había dicho respecto a sus pretensiones de un poder sobrenatural, no quiso aprovecharse de aquella ocasión para hacerlo valer de nuevo, y se apresuró a explicar el fenómeno de que acababa de ser testigo.

—En muchos lugares de estas islas —dijo— existen parecidos subterráneos, cuya entrada está cuidadosamente cerrada. Eran sitios de retiro para los antiguos habitantes, que se libraban así del furor de los normandos, que eran los piratas de aquellos tiempos. Os he traído aquí para que, en caso de necesidad, lo utilicéis. Si alguna cosa os revela que sois perseguido, podéis pennanecer oculto en las entrañas de la tierra hasta que se alejen vuestros enemigos, o evadiros por la salida próxima al lago, por la cual ha entrado Pacolet. Voy a dejaros; pero no olvidéis lo que os he dicho, porque vuestra suerte está irrevocablemente resuelta, tan cierto como ahora vivís y respiráis, si antes de veinticuatro horas no abandonáis estas aguas.

—Adiós, buena madre —respondió Cleveland, al tiempo que ella salía mirándole de un modo que revelaba tanto dolor como descontento.

Aquella entrevista impresionó hondamente a Cleveland, a pesar de estar acostumbrado a hacer frente a todos los peligros y a librarse de ellos casi por milagro, pues, aunque trataba de serenarse, las palabras de Norna le habían afectado; tanto más, cuanto que las últimas no las pronunció con aquel tono enfático que él menospreciaba. Le pesaba mil veces haber dilatado de un día a otro no abandonar un oficio tan arriesgado como criminal, y formó nuevo propósito de dejarlo para siempre tan pronto como viese una sola vez a Minna Troil, aunque fuese para despedirse de ella y después de sacar de su peligrosa situación a todos sus camaradas.

—Procuraré —se decía— ser indultado y distinguirme de un modo más honroso en la profesión de las armas.

Aquella resolución, cada vez más firme, contribuyó, en fin, a tranquilizarle. Se envolvió en su capa y disfrutó durante algún tiempo de reposo.

Al despertar, estaba amaneciendo. Se encontró a la orilla de una hermosa sabana de agua dividida en dos brazos casi iguales por medio de dos lenguas de tierra, que se adelantaban una hacia otra desde las dos orillas opuestas y volvían a unirse por una larga calzada, llamada el puente de Broisgar, que tenía grandes aberturas que permitían el paso al flujo y reflujo. Detrás de él, y en dirección al puente, estaba el notable semicírculo de enormes piedras, sólo comparable con el inimitable monumento de Stonehenge. Aquellos inmensos bloques de piedra, de más de doce pies de altura, que rodeaban al pirata, en medio de la débil luz del crepúsculo, semejaban otros tantos fantasmas de gigantes antediluvianos que, envueltos en fúnebres vestiduras, iban a ver, a su pálido reflejo, una tierra que afligieron con sus vejaciones y mancharon con sus crímenes, hasta atraer sobre sí la venganza del Cielo, durante tanto tiempo ultrajado.

Aquel singular y antiguo monumento interesó a Cleveland menos que la vista de Stromness, que apenas podía distinguir a lo lejos. Encendió lumbre en seguida, valiéndose de sus pistolas, y los helechos húmedos que le sirvieron de combustible levantaron un humo considerable.

Con impaciencia era esperada aquella señal a bordo del *sloop*, porque cada día se revelaba más y más la incapacidad de Goffe, y sus más celosos partidarios reconocían

Librodot

que lo mejor que podía hacerse era someterse al mando de Cleveland hasta que llegaran a las Indias Occidentales.

Bunce, que acudió con la chalupa a buscar a su capitán y amigo, gritó, juró, saltó y bailó de alegría al verlo libre.

—Ya se ha empezado a aprovisionar la *Favorita* —le dijo—, e iremos más aprisa sin Goffe, que no piensa más que en emborracharse.

El mismo entusiasmo inspiraba a la tripulación de la chalupa. Se remó vigorosamente, y aunque la marea era contraria y el viento no les favoreciese, Cleveland no tardó en encontrarse a bordo de la embarcación que tenía la desgracia de capitanear.

El primer uso que hizo el capitán de su autoridad, fue comunicar a Magnus Troil que quedaba libre y que le indemnizaría tan pronto como pudiese del retardo que se había ocasionado a su viaje a Kirkwall, y que él deseaba, si se lo permitía, cumplimentarle a bordo de su brick para agradecerle sus servicios y excusarse de su detención.

Cleveland confió a Bunce aquel mensaje, por creerlo el menos bruto de sus camaradas, y el udaller, siempre tan franco como poco ceremonioso, le respondió:

—Decid a vuestro capitán que celebraría infinito poder creer que ninguno de cuantos ha detenido por mar haya sido más infortunado que yo. Decidle también que, si hemos de ser amigos en lo sucesivo, será de lejos, porque me molesta el ruido de sus balas de cañón por mar, así como a él le desagradará el silbido de las de fusil por tierra. Decidle, por último, que me he equivocado en la opinión que de él tenía, y que hubiera hecho mejor reservando a los españoles el modo de tratar a sus compatriotas.

—¿Eso pretendéis que le diga a mi capitán? —preguntó Bunce—. ¡Que me parta un rayo si no experimento deseos de enseñaros urbanidad y cultura! No lo haré por consideración a vuestras hijas y en atención también a mi antiguo amigo Claudio Halcro, cuyo encuentro me ha recordado el cambio de decoraciones y los encendedores de candilejas. ¡Buenos días lobo marino!

Tan pronto como la barca de los piratas se hubo separado del brick para regresar al *sloop,* Magnus, no confiando mucho en la generosidad de los piratas, mandó poner todas las velas, y se dirigió hacia Scalpa-Flow, con propósito de desembarcar allí para ir por tierra a Kirkwall, en donde pensaba encontrar a sus hijas y a su amigo Claudio Halcro.

El viento, qué acababa de levantarse, empujaba velozmente el brick del udaller.

XIX

El sol había ascendido ya mucho en su carrera sobre el horizonte. Muchas barcas de pescadores conducían desde la orilla agua y provisiones de toda clase, y la tripulación las recibía y colocaba a bordo apresuradamente. Todos trabajaban con la mejor voluntad, porque todos, excepto Cleveland, deseaban alejarse de una costa en que el peligro acrecía por momentos, y en donde no había esperanza alguna de botín. Bunce y Derrick efectuaban aquella operación, mientras que Cleveland, que paseaba sobre cubierta, se limitaba a dar de vez en cuando algunas órdenes según las circunstancias lo exigían, sumergiéndose luego nuevamente en sus tristes reflexiones.

Cleveland era un desgraciado a quien la fuerza de las circunstancias y no su natural inclinación había impulsado al crimen. Su padre lo lanzó a aquella carrera; y cuando, al abrazarla, experimentó deseos de vengar la muerte del autor de sus días, podía servirle de

Librodot

excusa el sentimiento que se los inspiró.

A la sazón, atormentábanle los remordimientos, cuya viveza acrecentaba el recuerdo de Minna. De vez en cuando miraba a sus compañeros; y, aunque conocía su maldad empedernida, no podía soportar la idea de que fuesen castigados por sus crímenes.

—Nos marcharemos cuando se presente la marea —decíase a sí mismo—; porque, ¿a qué comprometer su seguridad retardando la partida hasta la hora predicha por aquella mujer singular? Sean los que fuesen los medios que utiliza para adquirir noticias, sus predicciones se confirman. Además, me ha avisado con tanta solemnidad como una madre que censura a un hijo los delitos que ha cometido, y que le anuncia su próximo castigo. Por otra parte, ¿tengo alguna posibilidad de ver a Minna? Ella está, seguramente, en Kirkwall, y el ir allá equivaldría a estrellar mi buque contra las rocas. No, no pondré a estos diablos en peligro. Me marcharé cuando se presente la marea, desembarcaré en una de las Hébridas, o en la costa de noroeste de Irlanda, y volveré aquí disfrazado; pero, ¿por qué volver? ¿Para ver a Minna casada con Mordaunt? No. Que se marche el buque sin mí; sufriré mi destino.

Bunce interrumpió sus meditaciones aproximándose a él para decirle que estaban dispuestos para darse a la vela cuando quisiera.

—Cuando quieras tú —respondió Cleveland—, porque voy a confiarte el mando e ir a Stromness.

—Por el Cielo —replicó Bunce—, que nada haréis. Dejadme a mí el mando, está bien; pero, ¿cómo diablos queréis que me obedezca la tripulación? Hasta el mismo Dick Fletcher pretende a veces tenérselas conmigo. Debéis saber que sin vos nos degollaríamos unos a otros en media hora. Vamos, vamos, mi capitán, lo que sobran son mujeres de ojos negros en el mundo; pero, ¿dónde encontraréis un buque como nuestra pequeña *Favorita,* tripulado por tantos hombres valientes?

—Has perdido el juicio, Bunce —replicó Cleveland medio colérico pero riéndose del tono y gestos enfáticos del cómico pirata.

—Eso puede ser, noble capitán, y quizá no me falte un compañero en mi locura. Vos, por ejemplo, que tan expuesto estáis a representar. *Todo por el amor, o el universo perdido,* de Dryden, no podéis tolerar una inocente alusión poética. Pues bien, tengo que daros noticias extraordinarias, noticias que os sorprenderán.

—Date prisa a decírmelas.

—Los pescadores de Stromness se niegan a recibir dinero por su trabajo ni por las provisiones que traen; ¿no es esto asombroso?

—¿Por qué causa? Es la primera vez que tropiezo con tan extraña generosidad

—Es cierto; porque generalmente quieren hacernos pagar el doble del precio de las cosas. La clave del enigma es la siguiente: El dueño de cierto brick, padre de vuestra bella Imoinda, se ha nombrado cuartel maestre pagador, por gratitud a la cortesía con que hemos tratado a sus hijas y para facilitamos en estas cosas lo que merecemos, según asegura.

—Todo eso revela el buen corazón del viejo udaller. ¿Pero está en Stromness? Suponía que había partido para Kirkwall.

—Ese era su propósito; pero no es sólo el rey Duncan el que no llegó a donde había pensado ir. Al desembarcar, se encontró a una vieja hechicera de las cercanías, que en todo se mete y todo lo anda, y parece que le aconsejó que renunciase a ir a Kirkwall. Por ahora ha anclado en esa casa blanca que está a orillas del lago, y que podéis ver con

Librodot

vuestro anteojo. Se asegura que la tal vieja ha contribuido también al pago de nuestras provisiones. No puedo comprender qué motivo la induzca a ser tan generosa con nosotros, a no ser que nos mire como otros tantos diablos a los que su brujería crea debemos estas atenciones.

—¿Y quién os ha dado estas noticias?

—He hecho una excursión a tierra esta mañana, y he encontrado a un antiguo conocido a quien Magnus Troil había dado el encargo de cuidar del envío de provisiones, y vaciando entre los dos una botella, le he sacado el gusano de la nariz, y he averiguado lo que os he referido, y algo más.

—¿Y quién es ese amigo? ¿Cómo se llama?

—Es una cabeza sin tornillos; un viejo poeta; un músico llamado Halcro.

—¡Halcro! —exclamó Cleveland muy sorprendido—. ¡Claudio Halcro! Pero, ¿no le desembarcaron en

Inganess con Minna y su hermana? ¿En dónde están, pues?

—Esto es precisamente lo que no quiero deciros, porque observo cada uno de vuestros movimientos, y el que habéis hecho de sorpresa, hubiera producido en el teatro un gran efecto; pero ya miráis con el anteojo el castillo de Stennis: pues allí están ellas, y muy bien guardadas. Algunos amigos de la vieja bruja han venido de la montaña llamada la isla de Hoy, y el antiguo señor castellano ha puesto a varios hombres sobre las armas. ¿Pero qué importa, noble capitán? Con una sola palabra que me digáis, raptamos esta noche a ambas doncellas, las ponemos en el entrepuente, al amanecer desplegamos velas, levantamos ancla, nos ponemos en marcha.

—Me enoja tu infamia —dijo Cleveand volviéndole la espalda.

—¡Infame! ¡Y os enojo! ¿Qué os he propuesto, pues, que no lo hayan hecho mil veces aventureros arriesgados como nosotros?

—No me hables más de eso —respondió Cleveland.

Dio luego una vuelta sobre cubierta, y acercándose nuevamente a Bunce, le tomó la mano, y le dijo:

—Necesito verla otra vez.

—De muy buena gana.

—Sí, quiero verla todavía una vez más para renegar a sus plantas de este maldito Oficio, y expiar mis crímenes...

—En la horca —concluyó Bunce—. Bien sabido es que hay poco trecho desde la declaración hasta el suplicio.

—Pero, mi querido Bunce.

—Mi querido Bunce —repitió éste en el mismo tono—; vos sois muy querido también del querido Bunce. Pero haced lo que os plazca, no quiero intervenir en vuestros asuntos, para que no os enoje mi infamia.

—Hay que obrar con este bribón, como con un hijo mimado —dijo Cleveland hablando con Bunce, sin parecer que le dirigía a él la palabra—; y sin embargo, tiene bastante entendimiento, reflexión y amistad para comprender que en una borrasca no es posible medir las frases.

—Verdad es eso, Cleveland, y venga esa mano. Veréis otra vez a vuestra amada porque no quiero echar a perder una escena de despedida. ¿Qué importa que perdamos una marea? Con la de mañana saldremos tan bien como con la de hoy.

Cleveland suspiró, porque recordó la predicción de Norna; pero la posibilidad de

hablar por la última vez con Minna, era una tentación muy fuerte para que la pudiese resistir a pesar de todos los vaticinios y predicciones.

—Voy a tierra un momento —dijo Bunce, pretextando el pago de las provisiones—. Podéis darme un recado o carta para Minna, y estad seguro que le daré ambas cosas tan hábilmente como un gracioso de comedia.

—Pero hay hombres armados —replicó Cleveland, y puedes exponerte.

—No hay cuidado. He protegido a las hijas cuando estaban en nuestro poder, ' y confío que el padre, lejos de hacerme daño, me defenderá cuanto le sea posible.

—Eso es hacerle justicia; y no estaría bien que procediese de otro modo. Voy a escribir en seguida.

Bajó a la cámara, en donde estropeó un montón de papel antes de poder trazar una sola letra que creyese capaz de resolver a Minna a que le concediese una cita a la siguiente mañana para despedirse de ella.

Su amigo Bunce fue mientras tanto en busca de Fletcher, con quien contaba siempre para apoyar cuanto se proponía, y, acompañado de aquel fiel satélite, se presentó Hawkins, maestre de la tripulación, y Derrick, cuartel maestre, que estaban bebiendo ponche.

—Aquí viene a decírnoslo —exclamó Derrick— ¡Hola, señor teniente!, porque yo creo que así se os debe titular, decidnos algo de vuestras determinaciones: ¿cuándo levaremos anclas?

—Cuando Dios quiera, señor cuartel maestre, porque yo lo ignoro.

—¿Cómo diablos es eso? —preguntó Derrick—. ¿No aprovecharemos la marea de hoy?

—¿O lo más tarde mañana? —añadió Hawkins—. ¿Quién ha de impedirlo, después de haber trabajado como negros para colocar los víveres?

—Señores ——dijo Bunce—, bueno es que sepáis que Cupido ha encadenado a nuestro capitán a bordo, ha clavado su talento contra las escotillas y se ha apoderado del timón.

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Hawkins enfadado—. ¿Qué falta nos hace ese relato de comedias? Si necesitáis decirnos algo, ¿no podéis explicaros como hombre?

—De cualquier modo ——dijo Fletcher—, Juan Bunce habla siempre como hombre, y obra también lo mismo así, pues...

—Callad, querido y valiente Derrik —ordenó Bunce—; callad todos. Quiero deciros, señores, en cuatro palabras, que el capitán está enamorado.

—¡Eh! —exclamó Hawkins—. ¿Quién lo hubiera creído? Yo he estado enamorado como el primero; pero cuando el navío estaba anclado, y no tenía otra ocupación.

—Perfectamente —replico Bunce—; pero el resultado es que Cleveland está enamorado. Desea ver mañana a su dama para despedirse de ella. Una entrevista conduce generalmente a otra; y esto pudiera prolongarse hasta que llegue el *Alción*, *y* entonces habrá más estacas que tocinos.

—Eso no, por vida mía —repuso Hawkins—; es preciso rebelarnos e impedirle que vaya a tierra; ¿qué dices tú, Derrick?

—Que tienes razón— respondió el cuartel maestre.

—¿Y cuál es tu opinión, Bunce? —preguntó Fletcher a quien entusiasmaba la idea, pero que no quería expresarse hasta que no lo hiciese su oráculo.

—A mí —dijo Bunce—, no me gustan las revueltas; y, aunque el diablo me lleve, no permitiré a nadie rebelarse a bordo.

Librodot

—En este caso no me rebeleré tampoco —expuso Fletcher—; pero, al cabo, ¿qué vamos a hacer? De cualquier modo, ello es que... se comprende...

—¿Queréis hacerme el favor de callaros, Dick? —ordenó Bunce—. Ahora, Hawkins, os declaro que soy casi de vuestra opinión, y pienso que es preciso emplear una especie de violencia saludable para que nuestro capitán recobre el juicio, pero os consta que es bravo como un león, y que nada hará si no se le deja hacer su capricho. Voy, pues, a tierra, a convenir la hora de la cita. La joven acudirá a ella, y el capitán tampoco faltará. Yo la conduzco a tierra en la chalupa con gentes capaces de remar contra viento y marea, y, a una señal convenida, nos lanzamos sobre los dos y, por buenas o malas, los traemos a bordo. El niño mimado no se enfadará, porque tendrá su juguete. Y, en fin, si se enfada, levaremos anclas sin sus órdenes,— y le daremos tiempo para que pensándolo despacio, haga justicia a sus amigos.

—Está bien pensado ——dijo Hawkins—; ¿qué opinas tú Derrick?

—Bunce tiene siempre razón ——contestó Fletcher—; pero me parece que el capitán levantará la tapa de los sesos a algunos de nosotros.

—Vuelvo a mandarte callar, Dick —dijo Bunce—. ¿A quién importa que te ahorquen o que te abran los sesos?

—Efectivamente, no hay mucha diferencia —respondió Fletcher—, pero sin ton ni son...

—Te digo que calles y me escuches —gritó el inexorable Bunce—.

Nos echaremos sobre él de repente, antes que tome su sable ni pistolas; y, como amigo suyo, os prometo que seré el primero en derribarle en tierra. Debo deciros, además que la fragata a quien el capitán da cara, lleva siempre consigo una linda pinaza, que me propongo confiscar a beneficio mío.

—Sí, sí —dijo Derrick—; se puede confiar en vos porque jamás os olvidáis de nada.

—Por mi fe de hombre honrado —agregó Bunce—, no pienso en mí mismo sino casualmente; y cuando formo un plan, no lo debo a mi —propio ingenio. Conservaremos a nuestro capitán y le devolveremos el juicio, los brazos y el corazón, será una escena digna del desenlace de una comedia. Voy, pues, a tierra para concertar la cita, y entretanto reunid algunos marineros que no. estén borrachos y a quienes se pueda confiar nuestro proyecto.

Bunce retiróse con su amigo Fletcher, y los dos piratas veteranos quedaron frente a frente contemplándose silenciosos durante largo rato.

—Mal rayo me parta, Derrick —dijo al fin Hawkins interrumpiendo el silencio—, si no me desagradan muchísimo estos dos jóvenes caballeritos. No son de buena madera, y se parecen tanto a los piratas que he conocido, como este *sloop* a un navío de línea de alto bordo. ¿Has olvidado al viejo Sharpe, que leía las preces a su tripulación todos los domingos? ¿Qué hubiera dicho si le hubiesen propuesto el traer a bordo a dos muchachas?

—¿Y qué hubiera dicho el viejo Barba Negra si hubieran intentado reservarlas para sí solos? Hubieran merecido que se les expulsase del barco por su desvergüenza, o que se les atase espalda con espalda para que bebiesen agua en el vaso grande; y cuanto antes, mejor.

—Muy bien, Derrick; ¿pero quién iba a mandar el *stoop?*

—¿Es que has olvidado quizá al viejo Goffe?

—¡Oh! el viejo Goffe está casi siempre borracho. Sereno no vale para nada, y cuando

Librodot

está bebido es un perro rabioso. No se puede pensar en el viejo Goffe.

—¿Pues qué dices de ti o de mí? —preguntó el cuartel maestre—. Podemos dejar que la suerte decida.

—No, no —respondió Hawkins después de reflexionar un momento—. Si tuviésemos siempre vientos favorables, cualquiera de los dos sería suficiente para mandar la maniobra; pero, para dominarlos, necesitamos todo el saber de Cleveland. Creo, por lo tanto, que por ahora lo mejor es ejecutar el proyecto de Bunce; óyele como ruge por la chalupa. Necesito subir al puente para hacerla botar al mar por honor suyo. ¡Mala peste lo lleve!

La chalupa fue lanzada al mar felizmente, y desembarcó a Bunce a distancia de unos cien pasos del antiguo castillo de Stennis. Cuando estuvo cerca, vio que se habían adoptado apresuradamente varias precauciones para defenderlo: las ventanas de los pisos inferiores estaban parapetadas, dejando claraboyas para disparar los mosquetes: un cañón de marina guardaba la puerta, y había en ella, además, dos centinelas. A Bunce se le negó la entrada resueltamente, aconsejándole se ocupase en sus asuntos si quería evitar una desgracia. Al manifestar que deseaba hablar con alguien de la casa, pues el negocio que allí le había llevado era tan urgente— como importante, presentóse Claudio Halcro, y con una aspereza afectada, el admirador del glorioso Dryden le reconvino su locura y obstinación.

—Os parecéis —le dijo—, a las necias mariposas que revolotean en torno de una luz, hasta que se queman las alas.

—Y vosotros —respondió Bunce—, sois un enjambre de avispas, a quienes el humo de cinco o seis granadas desalojará de vuestra colmena si queremos.

—Ahumad la cabeza de un loco. Hacedme caso y ocupaos en vuestros asuntos; porque, si no, encontraréis quien os ahume pronto también. Partid y decidme brevemente que deseáis, porque no debéis esperar que se os reciba sino con arcabuzazos. Tenemos aquí bastante fuerza, y hemos visto llegar de la isla de Hoy al joven Mordaunt Mertoun, a quien vuestro capitán medio ha asesinado.

—Vaya; sólo_ le ha sacado un poco de mala sangre.

—Pues no necesitamos aquí de sangradores. Además, vuestra víctima nos va a pertenecer más íntimamente de lo que vos ni yo podemos pensar, por lo que podéis persuadiros de que vuestro capitán ni las gentes de su tripulación pueden ser aquí vistos.

—¿Y si traigo el dinero para pagar los víveres?

—Guardadlo para cuando os lo pidan. Hay dos clases de malos pagadores: los que pagan demasiado pronto y los que no pagan nunca.

—Permitidme a lo menos que de las gracias a quien se debe.

—Guardad también ese testimonio de gratitud hasta que os lo pidan.

—¿Y ése es el recibimiento que se le dispensa a un antiguo conocido?

—¿Y qué puedo hacer, señor Altamonte? —preguntó Halcro algo conmovido—. Si el joven Mordaunt hubiera estado en mi lugar, os hubiera recibido de otro modo. Retiraos, por amor de Dios, porque si no escribiremos en la tragedia: sa*len guardias y prenden a Altamonte.*

—Les evitaré ese trabajo —respondió Bunce—. Un momento no más: traigo un pedazo de papel para la mayor de las hijas del señor Troil; la despedida del capitán Cleveland. Me parece que no os negaréis a entregárselo.

—Ah, diablo! Ya, ya sé. ¡Adiós, bella Arminda! ¿Está en verso ese billete?

—¡Oh! Hay en él sonetos, elegías, canciones... pero debéis entregárselo con

Librodot

precaución y en secreto.

—¿Es verdad? ¡Está eso bueno! ¡Enseñadme a mí cómo han de entregarse tales billetes! ¡A mí, que he sido miembro del club de Will! ¡A mí, que he oído pronunciar todos los brindis del club de Kit-Cat! Lo pondré en manos de Minna en atención a nuestro anticuado conocimiento, señor Altamonte, y también en obsequio a vuestro capitán, que no parece efectivamente tan canalla como lo exige su oficio. En una carta de despedida, no puede haber nada malo.

—¡Adiós, pues, mi antiguo camarada—, adiós para siempre y un día más! —dijo Bunce; y tomando la mano del poeta, se la apretó tanto que le hizo aullar como un perro al que quemasen una pata.

La familia de Magnus Troil estaba reunida en el castillo de Stennis, en el cual se montaba con gran cuidado la guardia para evitar una sorpresa.

El udaller había recibido muy atentamente a Mordaunt Mertoun cuando éste acudió en su auxilio al frente de un pequeño destacamento levantado por Norna, y cuyo mando le había ella entregado. No fue difícil convencer al udaller de que las relaciones del buhonero carecían de fundamento, y de que Snailsfoot, al calumniar a Mordaunt, no se había propuesto más que perderle en la opinión de Magnus para realzar otro tanto a Cleveland, de quien esperaba obtener mayores ventajas. Es verdad que tales relaciones fueron confirmadas por la señora Glowrowrum y por la fama pública que había pintado a Mordaunt Mertoun como quien aspira a la estimación de dos amables hermanas de Bugh-Westra, dudando, como verdadero sultán, a cuál de ellas elegir. Pero Magnus no ignoraba que la opinión pública era una solemne embustera, y estaba bastante dispuesto, tratándose de chismografía, a mirar a la señora Glowrowrum como una intrigante. Volvió, pues, a merecer Mordaunt su gracia; escuchó con sorpresa el relato que le hizo Norna de los derechos que pretendía tener sobre aquel joven, y no con menos interés la confidencia de que pensaba legarle los bienes considerables que su padre le había dejado al morir. Probablmente, aunque él no contestó a ciertas palabras relativas a una unión entre su joven heredero y la mayor de las hijas de Magnus, pensó también que semejante proyecto de alianza merecía ser pensado, tanto por el mérito personal del joven, cuanto porque de ese modo volvería a su familia el total de los bienes considerables divididos entre su padre y el de Norna. El udaller recibió, pues, muy bondadosamente a su joven amigo, y como Mordaunt era el de menos edad y el más activo de todos los hombres que había en el castillo, Magnus y el dueño de la casa le confiaron, de común acuerdo, el mando de la guardia durante la siguiente noche, y el relevo de los centinelas en las horas de costumbre.

XX

No había amanecido aún, cuando Mordaunt Mertoun hizo relevar las centinelas que estaban de guardia desde medianoche, y después de ordenar que las relevasen otras al salir el sol, se retiró a una salita del cuarto bajo. Puso sus armas cerca, tendióse a dormir sobre un taburete, y de pronto sintió que le tiraban de la capa en que estaba arrebujado.

—¿Ha salido el sol? —preguntó despertándose.

Los primeros rayos de la aurora brillaban en el horizonte.

—¡Mordaunt! —exclamó una voz cuyos acentos le conmovieron.

Miró el joven hacia el lado de donde salía, y reconoció con tanto placer como sorpresa a Brenda; pero al dirigirle la palabra quedó mudo de consternación al ver sus mejillas pálidas, sus labios trémulos, y sus ojos arrasados en lágrimas, revelando pesadumbre e inquietud.

—Necesitamos, Mordaunt —le dijo—, que nos facilitéis a mí y a mi hermana los medios de salir del castillo en silencio y sin asustar a nadie, porque vamos hasta las piedras llamadas el círculo de Stennis.

—¿Qué significa semejante capricho, mi querida Brenda? —preguntó Mordaunt asombrado—. Seguramente se tratará de alguna práctica supersticiosa de das islas Orcadas; pero el momento no es oportuno, y las órdenes que tengo de vuestro padre son severas, y no puedo permitiros salir sin su permiso. Reparad, mi querida Brenda, que soy un soldado de guardia y que la obediencia es mi primer deber.

—Mirad, Mordaunt, que no se trata de una broma, sino de la vida misma de Minna.

—Pero decidme siquiera por qué desea salir del castillo.

—Tiene un capricho extravagante e insensato; quiere hablar con Cleveland.

—¡Con Cleveland! —exclamó Mordaunt—. Que venga ese malvado a tierra, y se le disparará una granizada de balas: como le viese a cien pasos —agregó, empuñando su fusil—, éste me desembarazaría del agradecimiento que le debo.

—Su muerte desesperaría horriblemente a Minna, y jamás Brenda concederá una sola mirada a quien ocasione a su hermana semejante pesadumbre.

—Pero eso es una locura sin igual, Brenda. Pensad en vuestro honor; pensad en vuestro deber.

—Sólo pienso en el peligro de Minna —respondió Brenda llorando con desconsuelo––; su última enfermedad no fue nada en comparación con el estado en que se encuentra ahora: tiene en la mano su carta, escrita con caracteres de fuego, y en la cual la conjura que le conceda una entrevista para despedirse de ella, si es que quiere evitar su muerte y su condenación. Propuesta que nada tiene que temer, pero que no habrá quien le haga dejar nuestras costas antes que la haya visto. Necesitamos que nos dejéis salir.

—No es posible —respondió Mordaunt, sumamente perplejo—; ese bandido jurará cuanto quiera; pero ¿qué otra garantía nos da? Vamos: no permitiré que Minna salga.

—Ya sé —dijo Brenda con tono de reconvención, mientras se enjugaba las lágrimas entre sollozos que Norna ha hablado algo relativo a vos y a Minna; y, seguramente, son los celos los que se oponen a los deseos de esta desgraciada.

—Sois injusta, Brenda —respondió herido Mordaunt, pues aquella sospecha le lisonjeaba—; sois tan injusta como imprudente. Sabéis que quiero a Minna como hermana vuestra muy particularmente. Decidme, Brenda, pero habladme sinceramente: si os permito semejante locura, ¿creéis contar con la buena fe del pirata?

—¡Oh! Seguramente. ¿Haría, en caso contrario, tales instancias? Es un criminal, un desgraciado, pero no dudamos de su palabra.

—¿Y la cita debe celebrarse en el círculo de Stennis, al salir el sol?

—Sí: y éste es el momento preciso. En nombre del Cielo, dejadnos salir.

—Me pondré por algunos momentos, en lugar del centinela de la puerta, y os dejaré pasar; pero no prolonguéis demasiado esa entrevista peligrosa.

—Os lo prometo. Pero, ¿intentáis aprovecharos de la imprudencia que comete ese

Librodot

infeliz para arrestarle o herirle?

—Os juro, Brenda, por mi honor, que no correrá riesgo alguno, si vos no lo corréis.

—Voy, pues, a buscar a mi hermana —dijo Brenda, y se alejó en seguida.

Mordaunt, después de reflexionar un momento, acercóse al centinela que guardaba la puerta del castillo, y le dijo que despertase a todos sus camaradas, que les hiciera tomar las armas y le avisara cuando estuvieran dispuestos. Entretanto —añadió— quedaré en tu lugar.

Al ausentarse el centinela, se abrió la puerta sigilosamente y aparecieron Minna y Brenda envueltas en sus mantos. La primera se apoyaba en el brazo de su hermana, y llevaba inclinada la cabeza como si se avergonzara de aquella escapatoria. Brenda pasó silenciosamente junto a Mordaunt, mirándole afectuosamente.

Cuando las jóvenes perdieron de vista el castillo, Minna, que hasta entonces había caminado lentamente y tambaleándose, levantó la cabeza y empezó a andar con pasos tan seguros y precipitados, que Brenda, que la seguía trabajosamente, le rogó que no agotase sus fuerzas con una prisa que no era necesaria.

—Nada temas, mi querida hermana —repuso Minna—, pues la fuerza interior que me anima me sostendrá, así lo espero, en esta entrevista. No podía andar sino con la frente inclinada, en presencia de un hombre que me juzgará digna de compasión o menosprecio; pero tú sabes, mi querida Brenda, y Cleveland lo sabrá también, que mi ternura para ese desgraciado es tan pura como los rayos del sol que se reflejan en la ninfa de ese lago. Y me atrevo a confesar ante ese espléndido astro, ante ese cielo en que brilla, que, a no ser por el deseo de decidirle a que emprenda otro género de vida, todas las tentaciones que el mundo encierra no me hubieran hecho consentir en verle nuevamente.

Y, mientras hablaba de este modo, con un tono capaz de inspirar la mayor confianza a Brenda, llegaron a la cima de una pequeña altura que dominaba al Stone-Henge de las Orcadas, o sea, al círculo de piedras emblanquecidas por los rayos del sol naciente extendiendo al Oeste su sombra gigantesca. Aquel espectáculo hubiera impresionado grandemente la imaginación exaltada de Minna, o excitado la curiosidad de su hermana, cuyo espíritu era menos susceptible de profundas emociones, en otras circunstancias; pero ninguna de las dos se encontraba dispuesta a las impresiones que aquel monumento notable de antigüedad produce de ordinario en el alma de los que lo contemplan, porque veían, en la parte del lago que está más allá, llamada el puente de Broisgar, una barca llena de hombres armados, que se aproximaban a la orilla. Un hombre solo, arrebujado en una gran capa, desembarcó y se dirigió hacia aquel monumento circular, al que, por el lado opuesto, se acercaban también las dos hermanas.

—Son muchos —dijo Brenda a su hermana con voz que el miedo hacía temblar—, son muchos y están armados.

—Las armas son una precaución —respondió Minna—, y esto les es indispensable en la situación en que se encuentran. No temas traición alguna de su parte, porque no es propio de su carácter.

Momentos después llegaron al centro del círculo en donde, en medio de enormes piedras se eleva una, sostenida en otro tiempo por pequeñas columnas, de las que se ven todavía algunos restos, y que acaso servía de altar.

—En la antigüedad —dijo Minna—, según las leyendas que tan caras me han costado, nuestros antepasados ofrecían aquí sacrificios a las divinidades del organismo; y aquí donde veo abjuraría las vanas ideas que la seducción de la juventud y una

Librodot

imaginación en extremo romántica me habían hecho concebir; aquí es donde renunciaría a ellas y las sacrificaría a un Dios más poderoso y misericordioso, que entonces desconocían.

Puesta en pie junto a aquella piedra, vio a Cleveland que se acercaba, pero no con el aire y aspectos habituales. Caminaba con timidez y sus ojos bajos le hacían tan diferente de sí mismo, como lo eran la cabeza erguida, aire tranquilo y actitud digna de Minna, comparados con su paso vacilante y exterior humilde y abatido cuando, al salir del castillo de Stennis, necesitó apoyarse en el brazo de su hermana. Si no están equivocados los que atribuyen aquel singular monumento a los druidas, Minna pudiera pasar por el Haxa o gran sacerdotisa de aquel orden, de cuyas manos esperaba algún campeón su iniciativa. Atribuyendo a aquel círculo un origen godo o escandinavo, pudiera haber sido reputada por Freya, esposa del dios Tonante, a cuya presencia aquel osado rey del mar se prosternaba con un respetuoso temor que ningún otro mortal le podía inspirar. Brenda, temerosa e inquieta, observaba atentamente todos los movimientos de Cleveland, sin que hubiese cosa que distrajese su atención, fija únicamente en él y en su hermana.

Cleveland detúvose a tres pasos de Minna, y la saludó con una profunda inclinación de cabeza. Después de algunos momentos de silencio, Minna prorrumpió:

—Hombre infortunado, ¿por qué habéis querido aumentar nuestras penas? Marchaos en paz de este país, y ¡quiera el Cielo conduciros por mejor senda de la que hasta aquí habéis seguido!

—El Cielo no me ayudará sino por mediación vuestra —respondió Cleveland—. Estaba a obscuras al llegar a esta comarca. Apenas si sabía que mi oficio, mi miserable oficio, era más criminal a los ojos de Dios y de los hombres, que el de los armadores que vuestras leyes autorizan. En él se me educó; y a no ser por los deseos que me habéis inducido a formular, quizá hubiese muerto impenitente. No me desechéis, pues; dejadme que lleve a cabo alguna empresa capaz de conseguir que se olvide mi conducta pasada, y completad vuestra obra.

—No pienso reconveniros, Cleveland, el que, abusando de mi inexperiencia, me llenaseis de esas ilusiones a las que me exponía la credulidad de mi juventud, haciéndome confundir vuestra fatal carrera con la gloriosa vida de nuestros antiguos héroes, porque no tardaron en desvanecerse al ver a vuestros compañeros; sin embargo, no os recrimino por habérmelas inspirado. Partid, Cleveland; separaos de los miserables que os acompañan, y, creedme, si el Cielo os concede la gracia de distinguiros con una acción gloriosa, ojos hay en estas islas solitarias que llorarán de júbilo, así como ahora lloran de pesar.

—¿Y es ésa la esperanza que me dais? preguntó Cleveland—. ¿No puedo esperar que, si me separo de mis compañeros actuales; si se me indulta y revelo por la buena causa tanto ardor como he manifestado hasta aquí por la mala; si, pasado algún tiempo —no me importa cuanto— recobro mi honor, no puedo esperar, repito, que Minna me perdone lo que Dios y mi patria me hayan perdonado?

—No, Cleveland —respondió Minna firmemente—. Ahora vamos a separarnos para toda vida y sin esperanza alguna. Consideradme muerta, si continuáis siendo lo que sois; pero si mudáis de conducta, creed que rogaré día y noche al Cielo por vuestra felicidad, aunque haya perdido la mía para siempre. Adiós, Cleveland.

Cleveland púsose de rodillas, profundamente afectado y extendió el brazo para tomar la mano que Minna le ofrecía.

Librodot

En aquel momento, Bunce, saliendo de detrás de una de las grandes piedras que formaban el círculo de Stennis, presentóse diciendo, algo conmovido:

—Jamás he visto en teatro alguno representar una escena más tierna de despedida; pero que me lleve el diablo si os dejo terminarla como la habíais pensado.

Al mismo tiempo y antes que Cleveland pudiese oponer resistencia alguna o dirigirle algunas palabras, arrojóse sobre él, y con la ayuda de otros camaradas que acudieron en seguida, le sujetó por los brazos y las piernas y el capitán fue conducido hacia el lado del lago. Minna y Brenda gritaron e intentaron huir; pero Derrick se apoderó de la primera tan fácilmente como un buitre pilla a una paloma, en tanto que Bunce cogió a Brenda, dirigiéndole algunas palabras de consuelo, y toda la tropa corrió precipitadamente hacia la barca. A su carrera puso término un acontecimiento tan inesperado como fatal para sus criminales proyectos.

Al poner Mordaunt sobre las armas a la guardia del castillo, hízolo para atender a la seguridad de las dos hermanas. Salió a la cabeza de su tropa, vigiló atentamente todos los movimientos de los piratas; y cuando les vio que dejaban la barca y se encaminaban al lugar de la cita de Cleveland, sospechó alguna traición; pero aprovechándose de un camino hondo, o, mejor dicho, de una antigua zanja, colocóse con su gente entre la orilla y los piratas, sin que estos les viesen. Al primer grito de las dos hermanas, salieron y dirigiéndose contra los bandoleros, apuntándoles, pero sin atreverse a disparar por temor a herir a las jóvenes que se encontaban entre los brazos de sus raptores.

Corrió Mordaunt tan ligero como un ciervo hacia Bunce, que no queriendo soltar su presa, y no pudiendo defenderse de otro modo, servíase de Brenda como de un parapeto para parar todos los golpes con que le amagaba su adversario. Aquella defensa no podía sostenerse mucho tiempo contra el joven más ligero de pies y suelto de brazos que había en las islas de Shetland; y, después de una o dos embestidas falsas, consiguió Mordaunt derribar al pirata con un culatazo de su fusil, del que no se atrevió a hacer otro uso; pero algunos de los hombres ¡el castillo dispararon y los piratas que llevaban a Cleveland le soltaron para atender a su propia seguridad, defendiéndose o huyendo; pero no hicieron con esto sino aunentar el número de sus enemigos, porque Cleveland al ver a Minna arrastrada por Derrick, la arrancó con una mano de los brazos de que malvado, a quien descerrajó son la otra un pistoletazo que le atravesó los sesos. Algunos de los piratas fueron muertos o hechos prisioneros; los demás huyeron en sus barcas, sin causar daño alguno a Mordaunt y los amigos de éste.

Al ver entonces el joven Mordaunt que las dos hermanas estaban libres y que corrían hacia el castillo, se dirigió a Cleveland con sable en mano. El pirata le enseñó una pistola diciéndole:

—Mordaunt, jamás he dejado de hacer blanco.

Y, acto seguido, disparó al aire y arrojó al lago la pistola. Desenvainando después su sable, y volteándolo varias veces sobre su cabeza, le arrojó tras de la pistola. Era, sin embargo, tan grande la opinión formada de la fuerza y recursos de Cleveland, que su enemigo no dejó de precaverse todavía, aproximóse a él y le preguntó si se rendía.

—Yo no me rindo a nadie —repuso el capitán pirata—; pero he tirado mis armas.

Entonces se apoderaron de él sin que se resistiera, y Mordaunt prohibió que se le maltratase.

Así fue conducido por los vencedores al castillo de Stennis y le encerraron en un aposento del último piso, con un centinela a su puerta. A Bunce y Fletcher, que fueron

hechos prisioneros en el campo de batalla después de la escaramuza, se les encerró en el mismo aposento; pero a otros dos piratas dióseles por calabozo la cueva.

No necesitamos describir los transportes de júbilo de Magnus Troil cuando, al despertarse al ruido del tiroteo, vio a sus hijas en salvo y supo que su enemigo estaba prisionero; su alegría fue tanta, que hasta se olvidó de preguntar por qué causa habían estado expuestas a tan grave peligro, abrazó repetidas veces a Mordaunt, y le llamó su salvador, jurando, por las reliquias de su santo patrón, que un joven tan valiente y un amigo tan fiel tenía el derecho de elegir entre mil hijas suyas, a pesar de cuanto dijese lady Glowrowrum.

—En el aposento que servía de prisión al capitán y sus dos compañeros, el desgraciado Cleveland estaba sentado junto a la ventana, con los ojos fijos en el mar, que parecía absorber su atención, hasta el extremo de no acordarse de que no se encontraba solo. Juan Bunce meditaba el modo de reconcliarse con su capitán, porque empezaba a conocer que el papel que había representado, aunque inspirado por la amistad, no había arrancado aplausos. Su admirador y fiel partidario Fletcher estaba echado en una cama de campaña, y aparentemente dormido, porque no quiso intervenir en la conversación, que no tardó en entablarse.

—Vamos, Clevedand, habladme, os lo suplico —dijo el lugarteniente arrepentido—, aunque no hagáis más que maldecir mi estupidez.

—Callaos y dejadme —repuso Cleveland—; conservo todavía un amigo de corazón, y me ponéis en el caso de que lo emplee contra vos o contra él mismo.

—Lo comprendo, tenéis razón —insistió Bunce, y empezó a recitar versos de la *Venecia libertada*, de Otway.

—Os súplico que calléis. ¿No tenéis bastante con haberme perdido por vuestra infame traición, sino que pretendéis todavía que me incomode con vuestras bufonadas? Entre cuantos hombres o cuantos demonios tripulan ese buque, jamás se me hubiera ocurrido que fueseis vos, quien había de levantar un dedo contra mí.

—¡Yo levantar un dedo contra vos! —exclamó Bunce—. Cuanto he hecho ha sido por el afecto que me inspiráis, por haceros el más feliz mortal que hubiese pisado cubierta, teniendo al lado a vuestra amada y cincuenta valientes a vuestras órdenes. Aquí está Dick Fletcher, que confirmará que mi intención no ha sido otra, si quiere hablar, en vez de estar tumbado como un leño. Levántate, Dick, y hazme justicia.

—Sin duda, Bunce, sin duda —respondió Fletcher débilmente e incorporándose con trabajo—. Siempre habéis hablado y obrado con la mejor intención; pero, aunque así sea, ved que ahora no ha resultado bien, porque estoy desangrándome, y creo que voy a pique.

—No sois bastante bruto para eso —replicó Bunce corriendo hacia él, así como Cleveland, con el propósito de socorrerle; pero todo era ya inútil. Fletoher tendióse nuevamente en el lecho, y expiró sin exhalar un gemido.

—Siempre lo he tenido por un imbécil —dijo Bunce enjugándose una lágrima—; pero jamás lo conceptúe capaz de hacer un *mutis* semejante en el teatro de este mundo. He perdido al hombre que me era más adicto. . .— y sus ojos anegáronse en llanto nuevamente.

—Era un fiel alano de raza inglesa —agregó Cleveland contemplando con fijeza al finado, a quien la muerte no había alterado las facciones, y que, con mejor consejero, no hubiera tenido tan desastroso fin.

Lo mismo pudierais decir de algunos otros, capitán si les hicieseis justicia.

—Es verdad; lo mismo puedo decir de vos.

—Pues bien; decidme ahora: *Bunce, yo te perdono;* la frase no es larga y no necesitáis molestaros mucho para pronunciarla:

—Os perdono con todo mi corazón —dijo Cleveland, aproximándose a la ventana—; y con tanta más voluntad cuanto que ha amanecido el día que a todos debía perdernos.

—¡Qué! ¿Creéis en la predicción de la vieja de que me hablasteis?

—En breve se cumplirá su fatídico augurio. Venid acá: ¿qué barco creéis que sea el que vemos y va a doblar el promontorio del lado del Este, preparándose para entrar en la bahía de Stromness?

—Lo ignoro; pero ahí tenéis en campaña al viejo Goffe que, seguramente, lo toma por un buque de los de la compañía de Indias, cargado de ron y azúcar, porque empieza a largar cable para salir a su encuentro.

—¡En vez de echarse en aguas bajas, que era el único medio de salvación que le quedaba! —exclamó Cleveland—. ¡Ah bestia, idiota, borrachón! Sí, pues ahora le darán un buen rancho, porque es el *Alción.* Mirad cómo iza su bandera y dispara una andanada. ¡Adiós la *Favorita de la Fortuna!* Espero, sin embargo, que defenderán hasta la última tabla. El maestre y Gorre eran valientes, aunque muy brutos.

¡Ah! ved a la *Favorita* haciendo fuego al alejarse a todas velas. Eso revela que les queda algún juicio.

—¡Hola! —dijo Bunce—: ved enarbolar el Jolly Roger, la bandera vieja con la calavera y el reloj de arena: son resueltos.

—Sí, pero nuestra arena corre demasiado. Esto no puede concluir bien. ¡Fuego, mis valiente, fuego! La mar o el aire es mejor que la horca.

La inquietud que experimentaban obligóles a guardar silencio durante algunos momentos: el *sloop,* aunque apretado de cerca seguía disparando andanadas en su huida, y la fragata le daba siempre cara, casi sin responder al fuego. Por fin, los dos bajeles se encontraron tan cerca uno del otro, que fue fácil conocer, por las maniobras, que el *Alción* se proponía abordar la *Favorita* y no echarla a pique, sin duda para no perder el botín del buque pirata.

—¡Vamos, Goffe; vamos, Hawkins! —exclamaba el capitán como si sus órdenes hubieran de ser obedecidas—. ¡La atención a la maniobra! Una andanada de entretenimiento, mientras que os encontráis bajo su proa; después virad de bordo, y partid como una oca silvestre. ¡Ah, las velas flamean, y el timón está inclinado! ¡Que la mar trague a esos marinos de agua dulce! Han permitido que vire, y la fragata los aborda.

Las diferentes maniobras que el ataque y la defensa habían exigido, aproximaron tanto a los dos buques, que Cleveland, por medio de su anteojo, pudo ver a los tripulantes del *Alción* entrando al abordaje en gran número y con el sable en la mano. En aquel momento crítico una nube densa de humo se elevó repentinamente a bordo del buque pirata, envolviendo a éste y a su enemigo.

—¡Salgan todos! —exclamó Bunce juntando las manos.

—¡De este modo concluyen la *Favorita* y su tripulación! —decía Cleveland al mismo tiempo.

Pero al disiparse el humo, advirtióse que las dos embarcaciones habían sufrido pocas averías; sin duda la falta de pólvora había inutilizado el proyecto de los piratas de hacer volar, en su desesperación y a un mismo tiempo, ambos barcos.

Terminado aquel combate, el capitán Weatherport, comandante del *Alción,* envió un

Librodot

oficial, con un destacamento de soldados de marina, para solicitar que se le entregasen los piratas prisioneros, y especialmente a Cleveland y Bunce, capitán y lugarteniente.

Era imposible negarse a una pretensión tan justa, aunque Magnus Troil hubiese deseado que el techo bajo el cual se encontraba, sirviese de asilo al menos a Cleveland. Pero las órdenes que traía el oficial eran perentorias, y agregó que el capitán Weatherport se proponía enviar por tierra sus prisioneros a Kirkwall, con buena escolta, para ser interrogados allí por las autoridades civiles, antes de embarcarlos para Londres, donde serían juzgados por el almirante. Magnus rogó que Cleveland fuese tratado con consideración y que no se le despojase de nada, a lo que el oficial accedió fácilmente, impresionado por el exterior noble e imponente del pirata, y compadecido de su situación. Hubiera deseado el honrado udaller dirigir algunas palabras de consuelo a Cleveland; pero no acertó a expresarse, y se limitó a mover la cabeza.

—Mi antiguo amigo —le dijo Cleveland—, tenéis derecho para estar quejoso de mí y, lejos de eso, me compadecéis. Os prometo, en testimonio de gratitud a vos y a los vuestros, que mi mano no volverá a armarse contra nadie. Tomad, ésta era mi única esperanza, o, mejor dicho, mi última tentación (y al decir esto, sacó del pecho una pistola de bolsillo y se la entregó a Magnus). Recordadme a la memoria de... pero no, no, que todo el mundo me olvide. Caballero —dijo al oficial—, soy vuestro prisionero.

—Yo también —agregó Bunce con voz y gestos teatrales.

XXI

A las once de la mañana súpose en Kirkwall que el buque pirata había sido apresado por el *Alción,* noticia que produjo extraordinario regocijo a todo el vecindario.

Aquel día fueron pocas las transacciones que se hicieron en la feria, porque todos la abandonaron para salir al encuentro de los prisioneros. Los vecinos, recordando que se habían paseado por las calles con la misma desenvoltura con que lo habían hecho en país conquistado, lisonjeábanse ahora viéndolos tan abatidos. Delante iba un destacamento de soldados de marina, en cuyas bayonetas reflejaban los rayos del sol; detrás, los desgraciados prisioneros encadenados dos a dos. Sus hermosos vestidos destrozados, no eran ya más que harapos. Unos estaban heridos y cubiertos de sangre; otros ennegrecidos y quemados por la explosión que ellos mismos provocaron al intentar volar el buque. Algunos, al parecer, reflexionaban respecto a su situación, aunque la mayor parte afectaban una sombría impasibilidad. Unos pocos desafiaban su desgracia, repitiendo las canciones impías y obscenas con que habían escandalizado a Kirkwall cuando recorrían sus calles en medio del mayor desorden.

Recriminábanse mutuamente Hawkins y Goffe, encadenados juntos, acusando el primero a Goffe de no entender su oficio y de haber hecho maniobras falsas, mientras Goffe reconvenía a Hawkins haberle estorbado volar la *Favorita* gastando toda la pólvora en disparos inútiles, y siendo, por consiguiente, el responsable de lo ocurrido.

Rompían la marcha los dos piratas citados, y Cleveland y Bunce, a quienes se evitó la humillación de llevar cadenas, iban los últimos. El aspecto melancólico, pero decidido del capitán, contrastaba con el paso teatral y amanerado de su lugarteniente, que se esforzaba por ocultar de aquel modo sus sensaciones. Todos miraban a Cleveland compasivamente; a Bunce con una mezcla de menosprecio y de lástima, mientras que la mayor

Librodot

parte de los demás sólo inspiraban horror.

No había en Kirkwall una persona que no corriese para gozar del espectáculo que atraía sus miradas, exceptuando al viejo Mertoun, a la sazón muy ocupado en una demanda judicial que había entablado contra el honrado Bryce Snailsfoot. El buhonero había sido condenado a entregar a Mertoun la caja de Cleveland, con los papeles y demás efectos que contenía, para que quedase bajo su custodia hasta entregarla a su legítimo propietario. Mertoun deseaba que la justicia se encargase del depósito, pero, habiendo visto algunos documentos, varió repentinamente de opinión, encargóse de la caja, regresó a su casa apresuradamente y se encerró en su gabinete para reflexionar con detención sobre las noticias que acababa de adquirir, y buscando los medios de celebrar una entrevista con la misteriosa Norna de Fitful-Head.

En la conversación que tuvo con él en el cementerio de la iglesia arruinada de San Ringán, habíale encargado la bruja que fuese a la nave izquierda de la catedral de San Magnus en Kirkwall, a la hora de las doce, del quinto día de la feria de Saint-Ollaw, asegurándole que encontraría a alguien que le diese noticias de Mordaunt.

—Indudablemente —pensaba él— es Norna a quien encontraré en la catedral, y sería necesario verla en seguida; pero, ¿en dónde? Lo ignoro en absoluto; pero es mejor perder algunas horas esperándola que exponerme a ofenderla presentándome antes del momento señalado por ella.

Olvidando, pues, todo otro asunto, mucho tiempo antes del mediodía y cuando la noticia de lo ocurrido a los piratas no había alborotado aún al vecindario de Kirkwall, Mertoun se paseaba por la nave solitaria de la catedral, aguardando impaciente el cumplimiento de las promesas de Norna. El reloj marcó las doce; pero la puerta de la iglesia no se habría, ni entraba nadie en el recinto misterioso. Resonaban todavía las bóvedas con las últimas ondulaciones de la campana, cuando Norna salió del fondo de aquel vasto edificio. Mertoun, sin detenerse a reflexionar sobre aquella misteriosa aparición, le salió al encuentro, exclamando:

—Ulla, Ulla Troil, necesito que me ayudéis a salvar a nuestro desgraciado hijo.

—No me llaméis así —respondió Norna—, porque he abandonado ese nombre a los vientos de la noche, y me ha costado un padre.

—Dad al olvido aquella noche de horror; ahora necesitamos una gran tranquilidad, alejando todo cuanto pueda turbarla; ayudadme, si podéis, a salvar a nuestro desgraciado hijo.

—Está ya salvado, Vaughan; y salvado hace mucho tiempo. ¿Pensáis que la mano de una madre, y madre como yo, podría esperar vuestro tardío e impotente auxilio? No, Vaughan; sólo he permitido que me reconozcáis para mostraros mi triunfo sobre vos, siendo ésta la única venganza que toma la poderosa Norna de las injurias hechas a Ulla Troil.

—¿Lo habéis salvado, en efecto? ¿No está ya con esa cuadrilla de asesinos? Hablad, decidme la verdad; creeré cuanto os plazca que crea. Probadme que se ha escapado y que no corre peligro.

—Os diré más: no sólo se ha escapado y que no corre peligro, gracias a mis desvelos, sino que será feliz contrayendo un enlace honroso. Sí, hombre de poca fe, hombre infiel, que sólo confiabais en vos mismo, esto es lo que ha hecho Norna. Años hace que os he conocido, pero no he querido presentarme ante vos sino con la seguridad de haber dominado el destino que amenazaba a mi hijo. Todo se conjuraba en contra suya; los pla-

Librodot

netas le anunciaban la muerte en medio de las aguas; otros se cubrían de sangre; pero mi ciencia ha apartado de él esos peligros. He combatido y aniquilado su influencia; he desviado el curso de los astros. ¿Qué incrédulo habrá sobre la tierra, ni qué espíritu infernal más allá de los límites del globo, que en lo sucesivo no se incline ante mi poder?

El entusiasmo con que se expresaba se asemejaba tanto a la locura, que Mertoun le respondió:

—Si hablaseis con más claridad me convencería de la suerte de mi hijo.

—¡Dudad todavía, escéptico! No sólo mi hijo está libre de todo peligro, sino que estoy vengada sin haberlo pretendido; vengada, sí, de las sombrías influencias que tan frecuentemente se oponían a mis proyectos, del que ponía en continuo riesgo la vida de mi hijo. Sí; y en prueba de lo que os digo, sabed que Cleveland, el pirata Cleveland, se encuentra ahora mismo prisionero en Kirkwall, y expiará con su vida el delito de haber derramado algunas gotas de sangre del ser que concibieron las entrañas de Norna.

—¿Quién es —preguntó Mertoun con voz atronadora—, quien debe expiar sus crímenes con su vida?

—El pirata Cleveland —respondió Norna—; y yo, cuyos consejos ha desobedecido, soy quien ha permitido esa expiación.

—¡Ah, mujer infame! —rugió Mertoun, rechinando los dientes—. Tú has matado a tu hijo, como mataste a tu padre.

—¡A mi hijo! ¿Qué hijo? ¡Mordaunt es vuestro hijo, el mío! ¿No lo es? Respondedme al punto. ¿No lo es?

—Sí —respondió Mordaunt—; es mi hijo, o, cuando menos, la ley me concede el derecho de llamarlo así. Pero, desventurada, ¿qué tiene que ver Mordaunt en eso? Vuestro hijo es Cleveland, como lo es mío, sangre de nuestra sangre, carne de nuestra carne, y si sois causa de su muerte, abandonaré al mismo tiempo que él, esta miserable vida.

—Escuchadme, Vaughan, escuchadme; no creáis que me declare vencida. Probadme la verdad de lo que me decís y lo socorreré, aunque tenga que invocar a todo el infierno. Pero necesito pruebas, porque vuestras palabras no me merecen crédito.

—¡Mujer infame! ¡Socorrerle vos! ¿Para qué os han servido todas las estratagemas, intrigas, charlatanismo y locura? De todos modos, os hablaré como si estuvierais cuerda y hasta pasaré porque sois muy poderosa. Escuchadme, pues Ulla; veréis las pruebas que me pedís, y buscad luego un remedio si podéis. Cuando huí de las Orcadas —prosiguió después de un breve silencio—, hace veinticinco años, llevé conmigo al desgraciado niño que habíais dado a luz. Me fue entregado por uno de vuestros parientes, quien me dijo que os encontrabais muy enferma, no tardando luego en circular por todas partes el rumor de vuestra muerte. Es inútil que os diga cómo se encontraba mi espíritu en el momento de abandonar Europa. Me refugié en Santo Domingo, donde una joven y hermosa española me consoló de mis desgracias; me casé con ella y fue madre de Mordaunt Mertoun.

—¡Y os casasteis con ella! —exclamó Norna en tono de reconvención.

—Me casé, Ulla, pero ella se encargó de vengaros: me fue infiel, y su infidelidad me dejó dudas acerca de la legitimidad de Mordaunt, y también me vengué.

—¡Ah! —exclamó Norna exhalando un grito de espanto—. ¿Acaso le disteis muerte?

—Salí lo antes posible de la isla de Santo Domingo —continuó Mertoun sin responder directamente a la pregunta—. Llevé conmigo nuestro hijo a la Tortuga, en donde poseía una casa, y dejé a Mordaunt, que tenía tres o cuatro años menos que

Librodot

Clemente, en Puerto Real, determinado a proveerle de lo necesario, pero a no verle más. Clemente tenía quince años cuando los españoles saquearon nuestra casa. La necesidad unióse en mi alma a la desesperación y una conciencia ulcerada. Me hice pirata y eduqué a Clemente en ese aborrecible oficio. Sin embargo, sus pocos años, su valor y los conocimientos que no tardó en adquirir, le valieron pronto el comando de un buque. Pasáronse así dos o tres años, y mientras mi hijo y yo navegábamos cada uno por su lado, se reveló mi tripulación y me dejó por muerto en una costa de las islas Bermudas. Conseguí restablecerme, y mi primer cuidado, después de una larga enfermedad, fue el de adquirir noticias de Clemente; pero, habiendo sabido que su tripulación también se había amotinado, abandonándole en un islote desierto y estéril, supuse que habría muerto de hambre y de miseria.

—¿Y quién os asegura que no es así? ¿Cómo probaréis que ese Cleveland es Clemente Vaughan?

—Vais a comprenderlo. Sabed que es una cosa corriente entre esos aventureros el cambiarse los nombres, y Clemente pensaría, entonces, que el de Vaughan era demasiado conocido. Esta circunstancia hizo que no tuviese noticias de él. Apoderáronse con esto más y más los remordimientos de mi corazón, y, horrorizado contra toda la naturaleza, y, particularmente contra todas las mujeres, resolví hacer penitencia todo el resto de mi vida en un lugar solitario de las islas de Shetland. Habría podido someterme al ayuno y a las manifestaciones corporales —así opinaban los venerables sacerdotes católicos a quienes consulté—; pero encontré una penitencia más noble y más severa llevando conmigo al joven y desgraciado Mordaunt, con objeto de tener siempre ante mi vista un vivo recuerdo de mi desgracia y de mi crimen. Realicé mi propósito tan exactamente, que mi razón ha estado varias veces a punto de extraviarse. Y ahora, para colmo de desventuras, encuentro a mi Clemente, ese Clemente a quien puedo llamar hijo mío, que reaparece para sufrir una muerte infame y afrentosa, a causa de los manejos de su propia madre.

Norna rióse estrepitosamente, diciendo:

—La novela está bien forjada para inducirme a que socorra con mi poder al compañero de sus fechorías. ¿Cómo puedo creer que Cleveland es hijo mío, habiendo tal diferencia de edad como la que pretendéis?

—Esa es una ilusión debida a su estatura alta y tez morena, ayudadas por la imaginación.

—Probadme claramente que Cleveland es mi hijo, y el sol se pondrá en Oriente antes que pueda tocársele a uno solo de sus cabellos.

—Observad y no lo dudaréis, si queréis ver estos documentos y diarios —dijo Mordaunt, poniendo en sus manos una cartera.

—Es que temo no poder leerlos —contestó Norna, después de un esfuerzo estéril—: se me va la vista.

—Seguramente Cleveland os lo hubiera probado mejor; pero los que le han apresado se habrán apoderado de sus papeles más importantes. Tenía, entre otras cosas, una cadena de oro, una caja de plata con una inscripción rúnica que vos me habíais regalado en tiempos más felices.

—¡Tenía una caja de plata! —exclamó Norna sobreexcitada—. Cleveland me ha regalado una hace veinticuatro horas; no la he mirado aún.

La sacó del bolsillo, la examinó con atención, leyó la inscripción de la cubierta, y dijo:

—Perfectamente; ahora sí que se me puede llamar la Reim-Kennar, pues esta inscripción me revela que soy la asesina de mi hijo, como lo fui de mi padre.

Y, al decir esto, cayó sin conocimiento al pie de una de las columnas. Mertoun gritó en demanda de socorro, sin esperanza de lograrlo. El anciano sacristán no tardó en acudir y el infortunado Vaughan, no contando ya con el apoyo de Norna, apresuróse a salir de la iglesia para ir a informarse de la suerte de su hijo.

XXII

El capitán Weatherport había ido a Kirkwall, donde lo recibieron los magistrados con tanta alegría como gratitud. Se habían congregado a *este* fin, y el preboste le manifestó que agradecía a la Providencia que hubiese conducido a aquellas aguas al *Alción* en el momento en que era imposible que se le escapara el pirata. Mirándole el capitán sorprendido, le contestó:

—Dad mejor gracias al aviso que vos mismo me enviasteis.

—¿Que yo os envié? —repuso asombrado el preboste.

—Sí, señor; ¿no sois vos el señor Jorge Torf, primer magistrado de Kirkwall? ¿No sois vos quien me ha enviado esta carta?

Con extraordinaria sorpresa, cogió el preboste la carta dirigida al capitán Weatherport, comandante del *Alción,* avisándole la presencia de piratas en la costa, su fuerza, etc., y agregando que, noticiosos ellos de que el *Alción* cruzaba aquellas aguas, abrigaban el propósito de evitar su caza retirándose a aguas menos profundas en los estrechos que separaban las islas; y que en último recurso, eran bastante resueltos para volar el *sloop,* lo que haría perder un botín riquísimo. Se decía además, que el *Alción* haría muy bien navegando dos o tres días entre el promontorio de Duncansbay y el cabo Wrath para alejar las inquietudes que su proximidad ocasionaba a los piratas, e inspirarles confianza, tanto más cuanto sabía *el* autor de la carta que pensaban, si la fragata abandonaba la costa, entrar en la bahía de Stromness y sacar sus cañones a tierra, a fin de reparar algunas averías. Terminaba la carta, asegurando al capitán Weatherport que, si el *Alción* se presentaba en la bahía de Stoniness en la mañana del 24 de agosto, podría apresar a los piratas; pero, que, si llegaba antes, probablemente se le escaparían.

—Esta carta —dijo el preboste—, no es de mi puño, capitán, ni mía la firma; yo no os hubiera aconsejado que tardaseis tanto tiempo en venir a estas aguas.

El capitán Weatherport quedó extraordinariamente sorprendido.

—Lo que puedo deciros, es —respondió—, que la he recibido en la bahía de Thurso y que gratifiqué con cinco chelines a los tripulantes de la barca que me la llevó, porque había atravesado el brazo de mar de Pentland con un tiempo borrascoso. Patrocinaba la barca un enano mudo, la más horrible criatura que he visto jamás. Por cierto que me produjeron gran asombro las noticias detalladas que habíais adquirido, señor preboste.

—Es una suerte que todo haya ocurrido de este modo —añadió el magistrado—; pero se me ocurre que la intención del autor de la carta era que encontraseis el nido sin los polluelos.

Y, diciendo esto, entregó la carta a Magnus Troil, quien se la devolvió sonriendo sin hacer observación alguna. Había comprendido que Norna tenía buenas razones para saber con certeza el momento en que debía llegar la fragata.

Librodot

Sin molestarse en reflexionar lo que parecía inexplicable, el capitán Weatherport solicitó que se interrogase a los piratas. Condujeron en seguida a Cleveland y Altamonte, nombre que Bunce había tomado, como acusados de haber sido capitán y lugarteniente de los piratas. Al empezar a preguntarles, Mertoun, después de cierto altercado con los porteros, precipitóse en el salón de la audiencia.

—¡Os traigo una víctima! —exclamó—. Admitid el sacrificio que os hago de mi vida y perdonádsela a mi hijo; soy Basilio Vaughan, y este nombre es bien conocido en los mares de las Antillas.

Esta declaración produjo general sorpresa; pero nadie la experimentó mayor que Magnus Troil, quien apresuróse a explicar a los magistrados y al capitán Weatherport que la persona que se acusaba de aquel modo, vivía desde muchos años antes en la principal de las islas de Shetland, y su conducta había sido siempre irreprochable.

—Entonces —dijo Wertherport—, no puede ser condenado, porque, durante ese tiempo, ha habido dos amnistías para todos aquellos que renunciasen a la piratería; y a fe que, al verlos tan tiernamente abrazados, quisiera poder decir lo mismo, del hijo.

—Pero, ¿qué significa esto ni qué explicación tiene? —preguntó el preboste—. Siempre hemos conocido a este anciano con el nombre de Mertoun, y a este joven con el de Cleveland, y ahora se apellidan los dos Vaughan.

—Vaughan —repuso Magnus—, es un apellido que no he podido olvidar; y, según lo que me ha dicho mi prima Norna, este anciano se llama así.

—Y también este joven, según creo —agregó Weatherport, que había estado hojeando largo rato un librito de memorias—. Oídme por un momento prosiguió, dirigiéndose al joven Vaughan, a quien hasta ahora hemos llamado Cleveland—. Vos os llamáis según se dice, Clemente Vaughan. ¿Erais vos el que, muy joven aún, mandabais hace ocho o nueve años una banda de piratas que saqueó en las costas de Nueva España, un lugar llamado Quempoa, con la esperanza de apoderaros de un tesoro?

—Sería inútil la negativa —respondió el prisionero.

—En efecto —replicó Weatherport—; pero puede serviros la afirmación. Recordad bien. Los mulatos se salvaron, mientras vos defendíais con riesgo de vuestra vida el honor de dos señoras españolas. ¿Recordáis esa circunstancia?

—Seguramente; me acuerdo yo muy bien —repuso Bunce—, porque los bribones, precisamente por eso, dejaron abandonado a nuestro capitán en una isla desierta, y a punto estuve de ser colgado de una verga por haber tomado su partido.

—Está bien probado —repuso Weatherport—, y la vida del joven Vaughan no corre peligro. Las señoras a quienes salvó eran hijas del gobernador de la provincia, quien, agradecido, solicitó hace ya mucho tiempo de nuestro gobierno el perdón de su libertad. Al encargárseme hace seis o siete años la persecución de los piratas en las Indias Occidentales, se me dieron órdenes especiales relativas a Clemente Vaughan; pero este apellido era desconocido, y sólo oí hablar de Cleveland. Si sois pues, Clemente Vau*ghan*, puedo aseguraros que obtendréis un perdón absoluto tan pronto como lleguéis a Londres.

Cleveland le saludó, ruborizado, Mertoun se, arrodilló dando fervorosas gracias a la Providencia, y todos los espectadores se enternecieron. Mandóseles retirar, y se prosiguió el interrogatorio.

—Y ahora, señor lugarteniente —dijo el capitán Weatherport, al antiguo Roscio—, ¿tenéis que alegar algo en vuestra defensa?

—Poco o nada —respondió Bunce—, a no ser que buscaseis mi nombre escrito en

Librodot

este librito que tenéis en la mano, porque yo estuve junto al capitán Clemente Vaughan durante todo el negocio de Quempoa.

—Os llamáis Federico Altamonte —dijo el capitán, y este nombre no aparece aquí, pues sólo veo el de un tal Juan Boune o Bunce, que aquellas señoras recomendaban también.

—Ese soy yo capitán, yo mismo, y puedo probarlo; y aunque este nombre sea algo plebeyo, quiero mejor vivir siendo Juan Bunce, que ser ahorcado llamándome Federico Altamonte.

—Entonces —repuso el capitán—, si sois Juan Bunce, podéis tener alunas esperanzas.

—¡Gracias! —exclamó Bunce variando repentinamente de tono.

—Puesto que un cambio de nombre tiene tanta virtud —dijo—. el pobre Fletcher hubiera podido quizá salir del paso bajo el de Timoteo Tugmutton; pero de cualquier modo, y para valerme de una de sus expresiones...

—Que se lleven al lugarteniente —ordenó Weatherport—, y que traigan a Goffe y los demás compañeros. Creo que habrá entre ellos más de uno que merezca ser ahorcado...

Predicción parecía aquella en extremo exacta, pues tales eran— las pruebas de sus crímenes. Dos días después todos los prisioneros fue, ron conducidos a bordo del *Alción,* que no tardó en darse a la vela con rumbo a Londres.

Durante el tiempo que el desgraciado Cleveland pasó en Kirkwall fue tratado cortésmente por el capitán del *Alción;* y Magnus Troil que, sin reconocerlo claramente, sabía en secreto que existía entre ellos cierto parentesco, cuidóse de que nada le faltara, y le prodigó toda especie de consideraciones.

Norna, que se interesaba más que nadie por el preso, no se encontraba en situación de podérselo manifestar. El sacristán la había encontrado desmayada, y cuando volvió en sí estaba completamente loca, por lo que fue necesario rodearla de personas que la cuidasen.

Todo lo que consiguió averiguar Cleveland de las dos hermanas de Burgh-Westra, fue que habían enfermado a consecuencia del susto recibido; pero la víspera de su partida se le entregó secretamente el billete siguiente:

"Adiós. Cleveland. Nos separamos para toda la vida, y así debe ser. Hanse desvanecido para siempre las ilusiones que me forjaron mi educación solitaria y mi inexperiencia; pero, en cuanto a vos, estoy segura de que no me equivoqué al suponeros un hombre para quien el bien tiene naturalmente más atractivos que el mal, y a quien la necesidad, el ejemplo y la costumbre lanzaron a la carrera funesta que habéis seguido hasta ahora. Pensad en mí como en una muerta, a no ser que os hicieseis tan digno de elogio, como lo sois de reconvenciones. Pensad en mí como un ser que se interesará siempre por vos, aunque no vuelva a veros más."

El billete estaba firmado con las iniciales M. T., y Cleveland conmovido hasta derramar lágrimas, lo leyó y releyó multitud de veces, guardándolo después junto a su corazón.

A Mordaunt escribió también su padre, despidiéndose de él para siempre. Basilio Mertoun agregaba que, en lo sucesivo, le dispensaba de cumplir para con él los deberes de hijo, en atención a que, a pesar de los esfuerzos realizados durante tantos años

Librodot

consecutivos, jamás había podido profesarle el amor de un padre: le revelaba un escondrijo construido por él en el antiguo castillo de Yarlshof, en el que guardaba sumas considerables en dinero contante y alhajas preciosas. "Usad de él sin ningún escrúpulo ——le decía—, porque no han sido adquiridas en la piratería, y por ello no me debéis gratitud alguna, porque es la fortuna de vuestra madre Luisa Gonzaga, y que, por lo mismo, es vuestra. Perdonémonos recíprocamente nuestras faltas, como personas que no han de volver a verse jamás.

Y así ocurrió, en efecto, pues Basilio Vaughan, contra el cual no se formuló acusación alguna, desapareció, tan pronto como se hubo decidido la suerte futura de Cleveland. Fue creencia general la de que se había retirado a un país extranjero, ingresando en un convento.

Por una carta que recibió Minna a los dos meses de haber salido el *Alción* de Kirkwall se tuvo conocimiento de la suerte de Cleveland. Toda la familia se encontraba en Burgh-Westra, y también Mordaunt, a quien el buen udaller creía que nunca le dispensaba una acogida como era su deseo y como la merecía, después del servicio que había prestado a sus hijas. Norna, que empezaba a curarse de su locura, residía entonces en casa de Magnus; y Minna, que prodigaba los ciudados que dependían de ella a la infeliz víctima de sus propias ilusiones, estaba sentada a su lado, observando con placer los síntomas precursores de su vuelta a la razón, cuando le entregaron la siguiente carta de Cleveland:

"¡Minna! ¡querida Minna! ¡Adiós para siempre! Creed que jamás tuve un solo pensamiento criminal contra vos. Desde que os vi, hice el propósito de separarme de mis camaradas, imaginando mil planes que resultaron tan fallidos como me merecía; porque, en verdad, ¿hubiera podido el destino de una criatura tan amable, tan pura e inocente, unirla a un ser tan culpable? No hablaré de tales sueños; mi suerte es menos rigurosa que la que esperaba y merecía, pues el poco bien que he podido hacer, ha contrabalanceado en la opinión de los honrados y bondadosos jueces los graves males que he causado. Me he librado de la muerte afrentosa a que han sido condenados algunos de mis compañeros, y además, estando próxima la guerra con España, el capitán Weatrherport, que va a navegar con rumbo a los mares de las Indias Occidentales, ha solicitado permiso para emplearme bajo sus órdenes, juntamente con alguno de mis compañeros menos culpables. Una generosa compasión le ha sugerido este pensamiento, que en seguida ha sido aceptado, porque se supone que podemos ser muy útiles por el conocimiento que tenemos de estas costas y sus mares, y tenemos el propósito de no emplearlo más que en servicio de nuestra patria. Minna, si alguna ves oís pronunciar mi nombre, si la virtud puede asegurar la dicha de quien la practica, no necesito hacer votos por la vuestra, pues seguramente gozaréis de ella. Adiós, Minna, adiós para siempre."

Esta carta hizo derramar a Minna amargas lágrimas, despertando la atención de Norna, que no estaba todavía restablecida por completo. La vieja Reim-Kennar se la arrancó de las manos y la leyó al principio como una persona que nada de nuevo encuentra. La volvió a leer, y pareció que se le despertaban ciertos recuerdos, cayéndosele al fin. Recogió la inmediatamente Minna, y retiróse a su cuarto con aquel tesoro.

Desde entonces su locura varió de aspecto. Dejó el traje que hasta entonces había usado por otro más sencillo y menos imponente; despidió a su enano, después de darle

Librodot

generosamente lo necesario para vivir y no experimentó deseos de volver a su vida errante; hizo desmantelar su observatorio de Fitful-Head; no respondió más al nombre de Norna, ni permitió que se le diese otro que el de Ulla Troil; pero necesitamos decir ahora cuál fue la transformación de mayor trascendencia que se operó en ella en medio de la desesperación en que la habían sumido las circunstancias de la muerte de su padre. Parecía haberse considerado excluida para siempre de la gracia divina y ocupada en las vanas ciencias ocultas, sus estudios, a semejanza de los del médico de Chancer, no se extendían hasta la Biblia. Esto no obstante, el libro de las Sagradas Escrituras jamás se le caía de la mano; y si algunos ignorantes acudían, como en otro tiempo, a consultarla acerca de la dirección de los vientos, contestaba invariablemente: "los vientos están en la mano del Señor". Su conversión pareció sincera, mostrándose arrepentida de la presunción con que había pretendido encaminar los sucesos subordinados a una mano omnipotente. Siguió mostrándose siempre muy adicta a Mordaunt, aunque esto sólo fuese efecto de la costumbre. Al morir, cuatro años después de los últimos acontecimientos referidos, viose que, según las vivas instancias de Minna, había dejado a Brenda sus propiedades, muy considerables, disponiendo, además, por una cláusula especial de su testamento, que se quemasen todos los libros, todos los instrumentos de su laboratorio, y, en resumen, cuanto se relacionaba con sus antiguos estudios.

Dos años antes que muriese Norna, Brenda había contraído matrimonio con Mordaunt Mertoun, o, mejor dicho, con Vaughan, pues todo ese tiempo se necesitó para que Magnus Troil, a pesar de su afecto a Brenda y el mucho aprecio que dispensaba a Mordaunt se resolviese a consentir aquel matrimonio; pero las buenas cualidades de Mordaunt le habían ganado el corazón, y el viejo udaller conoció también la imposibilidad de encontrar otro yerno de mejor conveniencia. Miró en torno suyo y consolóse al ver lo que él llamaba usurpaciones de la pequeña nobleza escocesa sobre el *país,* pensando que tanto valía que su hija se casase con el hijo de un pirata inglés, como con el de un salteador escocés. El respetable anciano vivió hasta una edad muy avanzada, viendo crecer en torno suyo una numerosa familia, y distrayendo sus ocios con los cantos de Claudio Halcro y las doctas disertaciones de Triptolemo Yellowley. Éste había renunciado a sus grandes pretensiones, conociendo mejor las costumbres de sus convecinos los isleños; y, recordando las numerosas contrariedades que le habían ocasionado sus tentativas prematuras de perfeccionamiento, se había hecho un honrado v útil administrador del lord chambelán, y no se juzgaba nunca más feliz que, cuando pudiendo escaparse del riguroso régimen a que le tenía sometido su hermana, iba a ocupar un asiento en la mesa bien servida del dignísimo udaller. Miss Bárbara suavizóse también algo al verse de nuevo en posesión del famoso cuerno lleno de antiguas monedas de oro y plata. Aquel pequeño tesoro pertenecía a Norna, la cual lo había ocultado en el lugar en que se encontró. A'1 enviarlo, como regalo, a las personas que casualmente lo habían descubierto. tuvo cuidado de que dijesen a la señorita Baby que desaparecería nuevamente si no dedicaban una razonable cantidad a satisfacer las necesidades de la familia, preocupación a la que Tronda Dronsedaughter, que sirvió de agente a Norna en aquel asunto, debió, con seguridad el no morir lentamente de inanición.

Mordaunt y Brenda fueron tan felices como los mortales pueden serlo. Se amaban y eran ricos, y, sin descuidar ninguno de los deberes que tenían que cumplir, y con una conciencia tan pura como la luz del día, reían, cantaban, bailaban sin preocuparse de cuanto en el mundo sucedía.

Librodot

Pero Minna, Minna, de un alma tan elevada, imaginación tan viva y sensibilidad y entusiasmo tan exquisitos, cuya juventud iba marchitándose poco a poco, ¿era dichosa? Lo era, porque digan lo que quieran los escépticos, a cada deber que se cumple va añeja cierta satisfacción mental; y cuanto más penosa sea la tarea que nos imponemos, más grande es el sentimiento interior de los esfuerzos que nos ha costado. El descanso corporal, después de penosas fatigas no es comparable con el que disfruta el espíritu en tales circunstancias. La resignación y las constantes atenciones que dispensaba a su padre, a su hermana y a la desgraciada Norna fueron tesoros inagotables de consuelo para Minna, quien, transcurridos algunos años y después de haber seguido paso a paso los hechos gloriosos que realizaba Cleveland, supo, al fin, que había perdido la vida en el desempeño de una tan arriesgada como honrosa empresa que le fue confiada. Bunce, que entonces le seguía en la carrera de las virtudes, como le había seguido en otro tiempo en la de los crímenes, notificó a la hija mayor de Magnus Troil aquel triste acontecimiento, en términos que probaban que, aun cuando su cabeza fuese muy ligera, no se había corrompido por completo su corazón con la misma vida desordenada que había hecho anteriormente. En la misma acción se distinguió y adelantó notablemente; pero esto no le consoló de la pérdida de su antiguo capitán. Al leer Minna aquella carta, levantó al Cielo los ojos bañados en lágrimas y le dio las gracias por haber permitido a Cleveland morir en el campo del honor.

Adorando a sus parientes y protegiendo a los pobres, de quienes era la providencia, pasó Minna el resto de su vida, y cuando, ya en edad avanzada, rindió tributo a la madre tierra y voló su alma a la ignorada región de lo infinito, a sus deudos y protegidos consolóles la convicción que tenían de que la forma carnal era lo único que la había diferenciado de los ángeles.